

201

DAD A

CIÓN GE



CONSELADO

IMPERIO



DC201

T5

1846

V.7

C.2

GENERAL D





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

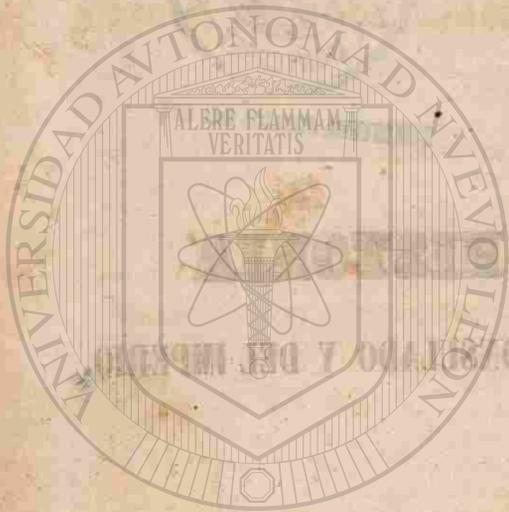


BIBLIOTECA PÚBLICA DEL EST.

**HISTORIA**  
**DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.**

Biblioteca popular.

T. VII. 4



# HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO,

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.

POR M. A. THIERS.

Traducida al castellano

POR DON JOAQUIN PEREZ COMOTO.

TOMO VII.



Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria

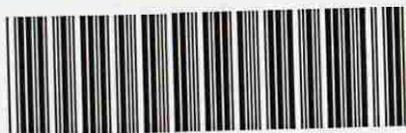
MADRID 1847.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE D. F. DE P. MELLADO.—Editor.

54682

17013



1080045720



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Biblioteca Universitaria  
Capilla Alarcón

SIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

15018

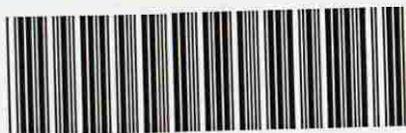
24682

## LIBRO VEINTE Y CINCO.

Jena.

Situación del imperio francés al empezar la guerra contra Prusia.—Asuntos de Nápoles, la Dalmacia y Holanda.—Medios de defensa de que se valió Napoleon por si se formaba una coalición general.—Plan de campaña.—Napoleon deja á Paris y se traslada á Wurtzburgo.—La corte de Prusia vá tambien á reunirse con el ejército.—El rey, la reina, el principe Luis, el duque de Brunswick, y el principe de Hohenlohe.—Primeras operaciones militares.—Combates de Schleitiz y Saafeld.—Muerte del principe Luis.—Turbacion de espíritu en el estado mayor prusiano.—El duque de Brunswick toma el partido de retirarse hácia el Elba, cubriéndose con el rio Saale.—Pron-titud con que Napoleon ocupa los desfiladeros del Saale.—Memorables batallas de Jena y Awerstaedt.—Derrota y desorganización del ejército prusiano.—Capitulacion de Erfurt.—El cuerpo de reserva del principe de Wurtemberg es sorprendido y derrotado en Halle.—Retirada divergente y precipitada del duque de Weimar, el general Blucher, el principe de Hohenlohe, y el mariscal Kalkreuth.—Marcha ofensiva de Napoleon.—Ocupacion de Leipsick, Wittemberg y Dessau.—Paso del Elba.—Sitio puesto á Magdeburgo.—Entrada triunfal de Napoleon en Berlin.—Disposiciones que toma acerca de los prusianos.—Gracia concedida al principe de Hatzfeld.—Ocupacion de la linea del Oder.—Persecucion contra los restos del ejército prusiano por parte de la caballeria de Murat, y la infanteria de los mariscales Lannes, Soult y Bernadotte.—Capitulacion de Prenzlou y de Lubeck.—Rendicion de las plazas de Magdeburgo, Stettin y Custrin.—Al cabo de un mes es dueño Napoleon de toda la monarquia prusiana.

Prusia cometió una imprudencia de bulto entrando á luchar contra Napoleon precisamente en el momento en que el ejército francés, que



1080045720



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Biblioteca Universitaria  
Capilla Alarcón

SIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

17018

24682

## LIBRO VEINTE Y CINCO.

Jena.

Situación del imperio francés al empezar la guerra contra Prusia.—Asuntos de Nápoles, la Dalmacia y Holanda.—Medios de defensa de que se valió Napoleón por sí se formaba una coalición general.—Plan de campaña.—Napoleón deja á Paris y se traslada á Wurtzburgo.—La corte de Prusia vá tambien á reunirse con el ejército.—El rey, la reina, el príncipe Luis, el duque de Brunswick, y el príncipe de Hohenlohe.—Primeras operaciones militares.—Combates de Schleitz y Saafeld.—Muerte del príncipe Luis.—Turbación de espíritu en el estado mayor prusiano.—El duque de Brunswick toma el partido de retirarse hácia el Elba, cubriéndose con el rio Saale.—Pron-titud con que Napoleón ocupa los desfiladeros del Saale.—Memorables batallas de Jena y Awerstaedt.—Derrota y desorganización del ejército prusiano.—Capitulación de Erfurt.—El cuerpo de reserva del príncipe de Wurtemberg es sorprendido y derrotado en Halle.—Retirada divergente y precipitada del duque de Weimar, el general Blücher, el príncipe de Hohenlohe, y el mariscal Kalkreuth.—Marcha ofensiva de Napoleón.—Ocupación de Leipsick, Wittemberg y Dessau.—Paso del Elba.—Sitio puesto á Magdeburgo.—Entrada triunfal de Napoleón en Berlin.—Disposiciones que toma acerca de los prusianos.—Gracia concedida al príncipe de Hatzfeld.—Ocupación de la línea del Oder.—Persecución contra los restos del ejército prusiano por parte de la caballería de Murat, y la infantería de los mariscales Lannes, Soult y Bernadotte.—Capitulación de Prenzlau y de Lubeck.—Rendición de las plazas de Magdeburgo, Stettin y Custrin.—Al cabo de un mes es dueño Napoleón de toda la monarquía prusiana.

Prusia cometió una imprudencia de bulto entrando á luchar contra Napoleón precisamente en el momento en que el ejército francés, que

regresaba de Austerlitz, se hallaba todavía en el centro de la Alemania, y era mas capaz de obrar que ningun otro ejército del mundo. Además, fué una inconsecuencia y grande apelar á la guerra sin auxilio de nadie, siendo así que no se atrevió un año antes á tomar parte en ella, cuando iba á tener por aliados á Austria, Rusia, Inglaterra, Suecia y Nápoles. Ahora por el contrario, aniquilada Austria con los esfuerzos que últimamente habia hecho, y enfadada por la indiferencia con que la habian mirado, estaba resuelta á presenciar impasible las desgracias de otro; Rusia se hallaba muy distante del teatro de la guerra, pues sus tropas se habian retirado al Vístula; Inglaterra furiosa por lo de Hanover, se habia declarado en hostilidad abierta contra Prusia; Suecia habia seguido su ejemplo, y Nápoles no existia. Es verdad que cualquiera que hubiese sido amigo de Francia, podia contar, en el mero hecho de convertirse en su enemigo, conque acudirian á socorrerle, variando de modo de pensar, Inglaterra y los países que tenia á sueldo; pero era preciso para ello entrar en esplicaciones con el gabinete británico, empezando desde luego por devolver el Hanover, lo cual nunca habria sucedido, á lo menos sin recibir alguna compensacion, por muy malas que fueran las relaciones que tuviese con Francia. Rusia sin embargo, aunque habia perdido sus primeras ilusiones de gloria, se mostraba dispuesta á volver á intentar fortuna con las armas en la mano en compañía de las tropas prusianas, que eran las únicas de Europa en quienes tenia confianza; pero antes de que sus ejércitos entrasen en línea debian transcurrir muchos meses,

y era preciso además conducirlos tan lejos como en 1805. De consiguiente, Prusia iba á encontrarse sola por algun tiempo frente á frente de Napoleón, con quien debia habérselas en octubre de 1806 en medio de Sajonia, como Austria se las hubo, en octubre de 1805 en medio de Baviera, con la diferencia de que á la sazón no tenia aquel que superar el obstáculo de las distancias, puesto que en vez de estar acampado en las orillas del Océano, se hallaba en el centro de Alemania, pudiendo llegar á la frontera de Prusia á los dos ó tres dias de marcha.

Para hacer lo que Prusia hizo entonces se necesitaba haber perdido completamente la razón; pero el espíritu de partido es tal, tan incurables son sus ilusiones, que en todas partes se miraba aquella guerra como si pudiese ofrecer probabilidades imprevistas, y abrir á la Europa, vencida hasta allí, un porvenir mejor. Decíase que Napoleón habia triunfado de los austriacos porque eran débiles, y de los rusos porque eran unos ignorantes; pero que aquella vez tenia que habérselas con los discípulos de Federico el Grande, con los únicos herederos de las verdaderas tradiciones militares, y quizá daria con Rosbach en lugar de Austerlitz. A fuerza de repetir estas y otras cosas, acabaron por creerlo, y los prusianos, que debian haber temblado solo al pensar que iban á batirse con los franceses, concibieron estraordinaria confianza; y eso que habia hombres prudentes que no ignoraban lo insensato de semejante esperanza, pero en Viena reinaba una mezcla de sorpresa y satisfaccion al ver que esos prusianos tan celebrados iban á luchar de pronto con el

capitan, que al decir de todos debia su gloria á la degradacion del ejército austriaco. Los enemigos de Francia sintieron, pues, por un momento no poca alegría, porque creyeron que iba á caer de la cúspide de la grandeza; y efectivamente así sucedia por desgracia; pero no tan pronto, y si unicamente despues de haber cometido faltas que aun entonces no podian echársele en cara.

Por lo que hace á Napoleon, ningun temor le inspiraba la guerra en que iba á entrar, pues aunque no conocia á los prusianos, á quienes nunca habia encontrado en el campo, se decia á si mismo que esos prusianos, de tanto mérito desde que eran enemigos suyos, consiguieron contra bisonos franceses menos triunfos que los austriacos, y que si no supieron vencer cuando se batian contra soldados regimentados de prisa y corriendo, mal vencerian á un ejército aguerrido y mandado por él. Así es, que escribió á sus hermanos que se hallaban en Nápoles y Holanda, no tuviesen el menor asomo de inquietud, pues aquella lucha se terminaria mas pronto que la anterior, y no solo Rusia, sino sus aliados, cualesquiera que fuesen, saldrian con las manos en la cabeza, asegurando en esas mismas cartas, que iba á acabar de una vez con la Europa, y á hacer que sus enemigos no pudieran moverse en diez años.

Como era un gefe tan prudente como osado, tomó tantas precauciones como hubiera podido tomar contra soldados y generales, iguales ó superiores en mérito á los suyos, y aunque no creia cuanto se aseguraba de los prusianos, puso en planta lo que aconseja la prudencia, la cual nos manda que apreciemos en lo que vale al enemigo

conocido, y mas de lo que merece al que no se conoce. Ademas de esta consideracion habia otra que estimulaba su previsora actividad; á saber, que estaba resuelto á luchar á sangre y fuego contra el continente, y por lo mismo que desconfiaba de sus medios marítimos, queria vencer á Inglaterra venciendo á sus aliados, y persiguiéndoles hasta que soltasen las armas. Sin fijarse en el tiempo que podria durar aquella guerra, ni hasta donde se estenderia, presumia que tendria que avanzar mucho hácia el Norte, y tal vez que ir á buscar á Rusia en su propio territorio; y admirado de lo que últimamente habia hecho Prusia, como que desde París no podia desentrañar las causas tan diversas como complicadas que inducian á obrar al gabinete de Berlin, creia que en setiembre de 1806, ni mas ni menos que en setiembre de 1805, iba á estallar una gran coalicion, sordamente dispuesta; que la inesperada osadía del rey Federico Guillermo no era otra cosa que el primer sintoma de esa coalicion, y se figuraba que toda la Europa iba á desplomarse sobre él, sin esceptuar el Austria, á pesar de sus pacíficas protestas. Engañábale, sin embargo, la desconfianza muy natural por cierto que habia despertado en él la agresion del año anterior, pues aunque de la resolucion que acababa de tomar Prusia, debia resultar otra nueva coalicion, no seria aquella potencia la causa, sino el efecto de ella. Por lo demas, no solo Napoleon, sino toda la Europa, miraba con sorpresa lo que sucedia en Berlin, pues todos creen que los gabinetes no obran por pasion, sino por cálculo. La pasion los mueve sin embargo, y así como enfadados de pronto uno

contra otro dos hombres, empuñan el acero, por un interés mal pensado, muchas veces vienen á las manos dos naciones. El mal estar moral de Prusia, hijo de sus faltas, y de los malos tratamientos que por ellas habia sufrido por parte de Napoleon, era mucho mas que una traicion meditada, la causa verdadera de aquellos arrebatos repentinos que nadie podia comprender.

Creyendo, pues, en la existencia de una nueva coalicion, quiso Napoleon perseguirla hasta en el fondo de las heladas regiones del Norte, y con este fin dispuso lo necesario para conjurar la tormenta que preveia, recurriendo no solo á medios de ataque contra sus adversarios, medios que tenia á su mano hallándose como se hallaba reunido en el centro de Alemania, el ejército grande sino á medios de defensa para los vastos Estados que debia dejar tras sí, mientras él caminase hácia el Elba, el Oder, y quizá hácia el Vistula y el Niemen. A medida que su dominacion se estendia era preciso que sus cuidados fuesen mayores pues tenia que ocuparse, de Italia desde el estrecho de Messina hasta el Isonzo, y aun mas allá, puesto que le pertenecia la Dalmacia, y de Holanda, convertida de estado aliado en reino de familia. En una palabra, tenia que mirar por la conservacion de aquellas comarcas, y además de su gobierno, desde que sus hermanos reinaban en ellas.

No hay que negar que con dar Napoleon á su familia la corona de las Dos Sicilias, aumentó sus dificultades tanto como su poderio. Todo el que examine de cerca los cuidados, la gente y el dinero que le costó el tener á su hermano José en el reino de Nápoles, creará que en vez de arrojar

á los Borbones de la Italia meridional, acaso le hubiera valido mas dejarlos allí despues de castigar su última traicion, imponiéndoles gruesas contribuciones de guerra, reduciendo á limites mas estrechos su territorio, y obligándoles con dureza á que no permitiesen que los ingleses comerciasen en los puertos de Calabria y Sicilia. Es verdad que á suceder esto no se hubiera acabado de regenerar la Italia, de arrancar aquel pais tan noble como hermoso del bárbaro sistema bajo que se hallaba oprimido, y asociarle completamente al social y político de Francia; es verdad que las córtes de Nápoles y Roma siempre hubieran sido dos enemigos solapados, dispuestos á llamar á los ingleses y rusos. Empero estas razones, que seguramente eran poderosas, y justificaban á Napoleon de haber emprendido la conquista de la península italiana, desde el Isonzo hasta el Tarento eran entonces decisivas, no para limitar sus empresas en el Mediodía de la Europa, sino para limitarlas en el Norte, pues la Dalmacia exigia veinte mil hombres, la Lombardia cincuenta mil y Nápoles otros cincuenta, es decir, ciento veinte mil para la Italia sola; y si se necesitaban aun doscientos ó trescientos mil desde el Danubio al Elba, era de temer que no pudiera sufrirse por mucho tiempo semejante carga, ó que hubiera que sucumbir en el Norte por estenderse demasiado en el Mediodía, ó en el Mediodía por haber intentado demasiado en el Norte. Repetimos con este motivo lo que hemos dicho en otra parte; á saber, que de tener que reducirse á limites mas estrechos, mas valia que esto fuese en el Norte, pues si la familia de Bonaparte procuraba esten-

derse en Italia ó en España, como antiguamente lo hizo la casa de Borbon, obraba en el verdadero sentido de la política francesa, mucho mas que trabajando en crear para sí nuevos tronos en Alemania.

José, á quien acogió perfectamente la parte ilustrada y rica de la poblacion, maltratada por Carolina, y á quien aplaudió un instante el pueblo como una novedad, sobre todo en la Calabria que acababa de recorrer, conoció sin embargo á poco tiempo lo sumamente difícil que era desempeñar su tarea. No teniendo como no tenia materiales en los almacenes y arsenales, ni fondos en las arcas públicas, pues el anterior gobierno no habia dejado en ellas ni un ducado, obligado á crear cuanto faltaba, y temiendo agravar con impuestos á un pueblo cuyo cariño procuraba atraerse, se veía en grandes apuros, pues pedir á un pais su dinero cuando tenia tambien que pedirle su afecto era lo mismo tal vez que hacer que negase uno y otro. Sin embargo, era preciso proveer á las necesidades del ejército francés, al cual no solia dar sueldo Napoleon cuando lo tenia fuera de Francia y José sacaba del tesoro imperial tropas ó letras, que suplicaba á su hermano aceptase, pidiéndole sin cesar subsidios y tropas; pero Napoleon le contestaba que iba á luchar contra la Europa entera, conjurada sigilosa ó públicamente, que no podia pagar, además del ejército del imperio, el de los reinos aliados, y que bastante hacia con prestar tropas á sus hermanos, para que fuese tambien á prestarles dinero. Con todo, los sucesos que acaecieron en el reino de Nápoles, obligaron á Napoleon á no negar nada de cuanto le pedian.

Gaeta, plaza fuerte del continente napolitano, era la única poblacion del reino que no se habia rendido al ejército francés, siendo muy difícil sitiarse aquella fortaleza, construida en el estremo de un promontorio, bañada por el mar por tres costados, no tocando en tierra sino por uno solo, y dominando por aquel lado todo el terreno, además de estar defendida por obras regulares, con tres órdenes de bateria. Asi es, que se hallaba detenida delante de sus muros parte del ejército francés, ocupada en trabajos de caminos que era preciso abrir muchas veces en piedra viva, mientras que otra parte de ese mismo ejército guarnecía á Nápoles, y el resto, diseminado en la Calabria para contener la rebelion pronta á estallar, se componia de un monton de tropas enteramente dispersas. A esto hay que agregar que el fin del estío, tan funesto en Italia para los estrangeros, habia diezmando las fuerzas francesas, y no hubieran podido reunirse seis mil hombres en un mismo punto.

Napoleon, cuya correspondencia con sus hermanos convertidos en reyes, merece ser estudiada porque es una leccion profunda del arte de reinar, reñia algunas veces á José con una severidad que le dictaba su razon, pero de ningun modo su corazon, reprendiéndole por su debilidad, por su falta de accion, y porque se dejaba llevar de las ilusiones de un carácter benévolo é insubstancial. En esa correspondencia se dice que José no se atrevia á imponer contribuciones, y sin embargo, queria formar un ejército napolitano, que pretendia tener una guardia real, y retenia á su lado para que protegiese su persona á gran parte de

las fuerzas puestas á su disposicion, que dirigia mal el sitio de Gaeta, y por último, que no hacia ningun preparativo para la espedicion de Sicilia.

«Lo que debes hacer por tus pueblos, le escribia Napoleon, es poner orden en la hacienda, pero no puedes evitar que sobre ellos pesen los gastos de la guerra, porque las contribuciones son necesarias para pagar las tropas. Nápoles debe dar 100.000.000 como el vireino de Italia, y de estos 100.000.000 bastan 30 para pagar cuarenta mil hombres.» (Carta de 6 de marzo de 1806). «No creas que los pueblos, y sobre todo los napolitanos, quieren al que se muestra débil, y ten por seguro que es una quimera de los que te adulan, eso de que á la reina Carolina la miraban con ódio, y tú te vas haciendo popular por la blandura de tu carácter. Si yo perdiera una batalla en el Isonzo, sabrias lo que debemos pensar de tu popularidad, y la pretendida impopularidad de la reina Carolina. Los hombres son bajos, abyectos, y solo obedecen á la fuerza: ponte en el caso de un revés (lo cual puede sucederme á cada momento), y ya verás como ese pueblo se levanta en masa, gritando ¡muera los franceses! ¡muera José!; viva Carolina! y tendrás que venirte á mi campamento. (Carta de 9 de agosto de 1806). «*Un desterrado y vagabundo es un personaje muy tonto.* Es preciso gobernar con justicia y severidad, suprimir los abusos del antiguo régimen, establecer orden en todas partes, impedir no solo las dilapidaciones de los napolitanos, sino la de los franceses, crear la hacienda, y pagar bien á mi ejército, pues á él debes el estar ahí.» (Carta del 22 de abril de 1806). «En cuanto á una guardia real, es

un lujo digno, cuando mas del vasto imperio que yo gobierno, y que hasta me pareceria demasiado costoso, si no debiera hacer sacrificios por la magestad de este imperio, y el interés de mis soldados, á cuyo bienestar conviene la formacion de un cuerpo escogido. En cuanto á formar un cuerpo napolitano, guárdate de pensar en ello, pues te abandonaria en caso de peligro, haciéndote traicion para acatar á otro soberano. Forma, si tal es tu voluntad, tres ó cuatro regimientos, y envíamelos, que yo haré que adquirieran lo que solo se adquiere en la guerra, disciplina, valor, el sentimiento de la honra y fidelidad, para que cuando te los devuelva sean dignos de formar el núcleo de un ejército napolitano. Entre tanto sírvete de suizos, pues no podré dejarte por mucho tiempo cincuenta mil franceses, aunque estuvieras en estado de poder pagarlos, y los suizos son los únicos soldados extranjeros fieles y valientes.» Carta de 9 de agosto). «Situa en Calabria algunas columnas ambulantes compuestas de corsos, porque son excelentes para esta guerra, y pelearán con entusiasmo por nuestra familia.» (Carta de 22 de abril de 1806). «No disemines las fuerzas, pues los cincuenta mil hombres que tienes á tus órdenes son mas que suficientes, si sabes emplearlos. Yo quisiera que con solo veinte y cinco mil hombres guarnecieses tu reino, y que cuando fuese preciso acudir á las armas, te presentases en el campo de batalla con muchas mas fuerzas que el enemigo. El primer cuidado de un general debe ser distribuir sus tropas de modo que puedan acudir á todas partes, pero este es el verdadero secreto del arte que ninguno posee, ninguno, ni

aun Massena, á pesar de lo grande que se presenta en los peligros.»

Quería Napoleon que José se limitase á guarnecer á Nápoles con dos regimientos de caballería y algunas baterías de artillería volante, disponiendo en seguida el ejército en escalones, desde Nápoles hasta el fondo de la Calabria, con un fuerte destacamento situado frente á Sicilia, de donde podia llegar un ejército inglés, y que se mantuviese así dispuesto á reunir en tres marchas un cuerpo considerable, sea en Nápoles, sea en Calabria, séase en el punto por donde se temiese un desembarque. Quería sobre todo que se apresurara á apoderarse de Gaeta, cuyo sitio absorbía parte de las fuerzas disponibles, y que despues de terminado el sitio se ocupase en formar una gran plaza fuerte que sirviese de apoyo al nuevo trono, que estuviese situada en el centro del reino, y á donde pudiera refugiarse un rey de Nápoles con su tesoro, sus archivos, los napolitanos fieles á su causa, y el resto de sus tropas, para resistir durante seis meses á una fuerza sitiadora de sesenta mil anglo-rusos (Carta de 2 de setiembre de 1806). Napoleon no creía á propósito para esto la ciudad de Nápoles, y además, segun su modo de ver las cosas, un rey extranjero no podia sin algun riesgo situarse en medio de una poblacion numerosa, enemiga por necesidad. Deseaba tambien que aquella plaza fuerte influyese sobre la capital, el mar y lo interior del reino, por lo cual despues de discutir varios puntos, y examinar principalmente en el mapa la posicion de Nápoles y la de Capua, prefirió á Castellamare por su inmediacion á la capital del reino, por ser punto marítimo y hallarse

en el centro. Hecha esta eleccion, mandó estudiar el terreno para resolver la clase de obras que debían hacerse, añadiendo en sus cartas: «todos los años deben dedicarse 5 ó 6.000,000 para esa gran obra, y hacer lo mismo por espacio de diez años, pero de modo que á medida que se vayan gastando 6.000,000 adquiera la plaza mayor grado de fuerza, y que al segundo ó tercer año puedas ya cerrarte en esa vasta fortaleza, pues ni tú ni yo sabemos lo que podrá suceder dentro de dos, de tres ó de cuatro años: ¿son nuestros acaso los siglos? Si tienes energia, podrás mantenerte en ese asilo durante mucho tiempo, arrojando desde allí el rigor de la fortuna, y esperando un cambio favorable.»

Por último, Napoleon queria que su hermano fuese preparando poco á poco los medios necesarios para pasar el estrecho de Messina con diez mil hombres, fuerza suficiente á su parecer para conquistar la Sicilia, y de más fácil transporte en las falúas que tanto abundan en el mar de Italia. En consecuencia encargó que inmediatamente se hiciesen trabajos de defensa en Scylla ó en Messina, para reunir allí con toda seguridad las fuerzas navales que necesitaba. Empero lo que principalmente recomendaba era la pronta conclusion del sitio de Gaeta, pues así que esto se verificase quedaria disponible una mitad del ejército: además instaba á su hermano á que repartiase de otro modo las fuerzas, repitiéndole sin cesar: «dentro de poco tendrás que habértelas con un desembarque y una insurreccion, y ni podrás rechazar el uno ni reprimir la otra.»

José comprendía la profundidad de estos con-

sejos, quejábanse algunas veces del language que para dárcelos empleaba Napoleon, y los seguía según su leal saber y entender. Rodeado de algunos franceses, amigos suyos, de Mr. Roederer, que se ocupaba con actividad de reformas administrativas y rentísticas, y del general Mateo Dumas, que se dedicaba, con inteligencia por cierto, á organizar la fuerza pública, hacia lo mejor que podia para crear un gobierno, y regenerar el hermoso pais de que era rey. Salicetti, hombre de talento y valor, dirigia la policia con el vigor que recomendaban las circunstancias; pero mientras que José hacia esfuerzos por desempeñar su regia tarea, justificando los ingleses las previsiones de Napoleon, se aprovecharon de lo mucho que duraba el sitio de Gaeta, en el cual se hallaban la mitad de las fuerzas, y de las calenturas que las diezaban, para desembarcar en el golfo de Santa Eufemia, donde aparecieron ocho mil hombres á las órdenes del general Stuart. El general Reynier, que estaba situado en Cosenza, reunió unos cuatro mil franceses, y corrió valerosamente al punto del desembarque; pero dicho oficial, entendido y valiente, era tan desgraciado, que destinado á Nápoles por pura condescendencia de Napoleon, quien se acordaba de las faltas que cometió en Egipto, tuvo tan mala suerte en aquella ocasion, como habia tenido en los campos de Alejandria. Atacó al general Stuart en medio de un terreno cenagoso donde no podian obrar sus cuatro mil hombres de consuno para suplir con la uniformidad del movimiento su inferioridad numérica, y fué rechazado, teniendo que retirarse á lo interior de la Calabria. Aquel descalabro, aunque no debia considerarse como

una batalla perdida, causó el mismo efecto, y dió lugar á que la Calabria se insurreccionase á espaldas de los franceses. El general Reynier tuvo que sostener encarnizados combates para reunir sus destacamentos dispersos, vió asesinar cobardemente, sin poder socorrerlos á sus enfermos y heridos, y se vió obligado á tener que abrirse paso prendiendo fuego á las aldeas y degollando á los habitantes de las poblaciones rebeldes. Por lo demas, obró con energia y celeridad, y supo mantenerse firme en medio de un espantoso incendio. El general Stuart se portó en aquella ocasion de un modo que le honra, pues disgustado con el asesinato de los franceses, tan general como horrible, procuró suplir con el amor del dinero la humanidad que faltaba á aquellos feroces montañeses; ofreció diez ducados por cada soldado y quince por cada oficial que le presentasen vivos, y trató á los que consiguió salvar con los miramientos que se deben entre sí las naciones civilizadas, cuando tienen que hacerse la guerra.

Estos sucesos que tan bien demostraban lo acertado de los consejos de Napoleon, sirvieron de estimulante al nuevo gobierno napolitano, y José aceleró el sitio de Gaeta, á fin de poder llevar todo el ejército hácia la Calabria. Tenia á su lado á Massena, cuyo nombre hacia temblar á la poblacion napolitana, y le habia encargado la toma de Gaeta, pero retardó el enviarlo allí hasta el dia en que terminados los trabajos de ataque, fuese preciso desplegar mucho vigor. Los generales de ingenieros Campredon y Vallongue eran los encargados en dirigir las operaciones del sitio, y siguieron lo dispuesto por Napoleon, quien queria

se reservase la artillería de grueso calibre para cuando las baterías estuviesen colocadas muy cerca del casco de la plaza. Viéndose obligados a tener que abrir la trinchera en un suelo en que á cada momento se encontraba piedra viva, caminaron con lentitud, y sufrieron, sin contestar á él, el fuego de una cantidad enorme de cañones y morteros. Los sitiadores recibieron ciento veinte mil balas de cañon y veinte y un mil bombas antes de responder ni una vez siquiera á aquella masa de proyectiles, hasta que así que llegaron á distancia conveniente para establecer las baterías de brecha, empezaron un fuego destructor. Las fuertes murallas de Gaeta, edificadas sobre roca, resistieron al principio, acabando por desplomarse de repente y presentando á la vista dos brechas anchas y practicables. Los soldados pedían se diese el asalto en premio de sus largos trabajos, y Massena formó dos columnas de ataque con el objeto de concedérselo; pero los sitiados ofrecieron capitular. En consecuencia se entregó la plaza el día 18 de julio con todo el material que contenía, y la guarnición se embarcó para Sicilia, despues de comprometerse á no volver á servir contra José. Aquel sitio costó á los sitiadores mil hombres, y otros tantos á los sitiados, perdiendo en él la vida el general de ingenieros Vallongue, uno de los oficiales mas distinguidos de su arma, y saliéndole gravemente herido el príncipe de Hesse-Philipstadt, que mandaba la plaza.

Massena partió inmediatamente con las tropas que la toma de Gaeta dejaba disponibles, atravesó á Nápoles el día 1.º de agosto, y corrió á socorrer al general Reyner, que se mantenía en Co-

senza, en medio de la insurreccion calabresa. El refuerzo que llevaba Massena, ascendia á trece ó catorce mil hombres, número mas que suficiente, sin contar la presencia de Massena, para arrojar á los ingleses al mar. Así es que apenas supieron se acercaba el ilustre mariscal, se embarcaron el 5 de setiembre, y Massena solo tuvo que habérselas con insurrectos, mas numerosos que lo que creía y mas encarnizados que lo que al principio supuso. Se vió, pues, en la necesidad de quemar varios case-rios y pasar á cuchillo á las hordas de bandidos que degollaban á los franceses, desplegando en aquella ocasion el valor de siempre, y consiguiendo en pocas semanas amortiguar sensiblemente el fuego de la insurreccion. Gracias á esto, al empezar en Prusia los grandes sucesos que vamos á contar, iba renaciendo la calma en la Italia meridional, y el rey José podia tenerse por seguro, á lo menos por algun tiempo, en su nuevo reino.

En aquella misma época, acaecian en Dalmacia sucesos de gravedad, pues los rusos no querian devolver las bocas del Cattaro, y autorizado Napoleon con semejante conducta, y sobre todo por el modo que tuvieron de ocupar á Corfú, cuya soberanía habian usurpado; autorizado, decimos para obrar, resolvió apoderarse de la pequeña república de Ragusa, que separaba á Cattaro del resto de Dalmacia. Envió, pues, á su ayudante de campo Lauriston, con una brigada de infantería, para que se instalase allí; pero no tardó éste en verse envuelto por los montenegrinos que se habia insurreccionado, y por un cuerpo ruso de algunos miles de hombres. Bloqueado por los

ingleses por la parte del mar, y sitiado por tierra por feroces aldeanos y una fuerza regular rusa, se hallaba en un verdadero peligro, peligro á que hacia frente con valor. Afortunadamente el general Molitor, compañero de armas tan leal como oficial firme y habil en presencia del enemigo, voló á socorrerlo: no siguiendo el espresado general el ejemplo sobrado frecuente en el ejército del Rhin, de dejar en peligro á un vecino á quien no se quisiese bien, se dirigió espontáneamente hácia Ragusa á marchas forzadas con un cuerpo de cuatro mil hombres, embistió con decision el campamento de los rusos y montenegrinos, apoderóse de él á pesar de estar frecuentemente atrincherado, y sacó del peligro á los franceses que se hallaban en la plaza, pasando para ello á cuchillo á gran número de montenegrinos, con lo cual les quitó la gana para mucho tiempo de intentar una nueva incursion en Dalmacia.

Segun se vé, no dejaba de costar trabajo establecer la dominacion francesa en aquellas lejanas comarcas, arrancadas al consentimiento de Europa por medio de grandes batallas, y donde era preciso batirse todos los dias para que sus habitantes no se saliesen de los límites de la obediencia. Al otro extremo del imperio, ofrecia dificultades de diferente índole pero tan serias como aquellas, la fundacion de otro reino de familia, esto es el de Holanda. Los holandeses, gente sesuda y pacifica, no se insurreccionaban como los aldeanos de la Calabria ó de la Iliria; pero oponian al rey Luis su habitual inercia, suscitándole tantos obstáculos como á José los calabreses. El gobierno stathouderiano habia dejado

á Holanda muchas deudas, y los que habian ido sucediéndose despues, habian contraido otras de mucha consideracion para costear los gastos de la guerra, de suerte que cuando Luis llegó á Holanda, se encontró con un presupuesto de 78.000,000 de florines, siendo así que las rentas solo ascendian á 35.000,000. En esos 78.000,000 de gastos, los intereses de la deuda solo figuraban por 35.000,000 de florines, pagándose con el residuo el ejército, la marina y las obras en los diques. A pesar de lo malo de esta situacion, los holandeses no querian oír hablar ni de nuevas contribuciones, ni de reducir algun tanto los intereses de la deuda, porque acostumbrados como se hallaban aquellos prestamistas de profesion á dar sus capitales á todos los gobiernos, fuesen nacionales ó extranjeros, miraban la deuda como la propiedad mas sagrada del mundo. La idea de una contribucion sobre las rentas, que hubo de concebirse, porque estas eran en Holanda uno de los valores mas importantes, mejor repartidos, y de consiguiente la base mas amplia para un impuesto, sacaba de quicio á los holandeses y fué preciso renunciar á ella. Amenazaba pues, no una insurreccion, como en Nápoles, sino el no pago de todas las atenciones, pues por lo que hace á los holandeses no eran hostiles al nuevo rey por odio que tuviesen á la monarquia, ó por cariño hácia la casa de Orange, sino que deseaban ardentemente la paz marítima, y la echaban menos, como que á ella, mucho mas que á la república ó al stathouderato, debian sus riquezas. Teniendo como tenian con los ingleses grandes relaciones de interés, y pareciéndose á ellos en costum-

bres, se hubieran inclinado á Inglaterra, si esta nacion no hubiese mirado con ojos de codicia sus colonias. En vano se les decia que sin la dificultad que empezaba á nacer de esas mismas colonias, la paz seria la mitad mas facil, que su participacion en los gastos de la guerra era en justo premio de los esfuerzos que estaba haciendo Francia en todas las negociaciones para recobrar sus posesiones maritimas, y que teniamos derecho á abandonarlos si no querian contribuir á sostener la lucha, en vano se les decia todo esto, pues respondian que estaban prontos á renunciar á sus colonias, á trueque de conseguir la paz. Aunque hablaban de este modo, hubieran clamado justamente si Francia hubiese tratado sobre semejante base: por lo demas, la riqueza que hoy tiene Java nos dá á conocer si los intereses que defendia Francia eran de poca importancia; siendo estos intereses los de las colonias. El rey Luis tomó el partido que le parecia mas facil, que fué entrar en las miras de los holandeses, y grangearse su cariño accediendo á sus deseos. No hay duda que al aceptar el gobierno de un pais, debe uno prohiar sus intereses; pero es preciso distinguir los duraderos de los que no lo son, es preciso favorecer unos, sobreponerse á otros, y si el rey de una nacion estrangera hasubido al tronopor las armas de su patria, es preciso renuncie á un papel que le obligaria á hacer traicion al uno ó al otro. Luis no se veia en tan dura necesidad, porque la verdadera politica de los holandeses debió consistir en unirse estrechamente á Francia, para luchar contra la supremacia maritima de la Inglaterra, por cuyo triunfo debian perder la libertad de los

mares, que era donde pasaban la vida, y sus colonias, sin las cuales no podian subsistir. Queriendo darles gusto mas bien que servir sus intereses, Luis aceptó un sistema de hacienda, que estaba de acuerdo con sus miras del momento. A los 35.000,000 de florines de que se componian los ingresos, añadiéronse cerca de otros 15 en nuevas contribuciones, con lo cual ascendia el total de las rentas á 50.000,000 de florines; y para reducir los 78.000,000 de gastos á 50 disminuyóse proporcionalmente el ejército y la marina, escribiendo el rey de Holanda á Paris que iba á abdicar el trono si no aprobaban aquella rebaja. De este modo encontraba Napoleon en sus propios hermanos el espíritu de resistencia de los pueblos aliados, que creyó se atraeria mas y mas convirtiéndolos en reinos para los individuos de su familia. Asi es que se resintió en gran manera, pues bajo aquel espíritu de resistencia se ocultaba mucha ingratitud, tanto de parte de los pueblos que Francia habia sacado de la esclavitud, como de los reyes á quienes habia coronado. Con todo no dió suelta á su resentimiento, y contestó que consentia en las rebajas propuestas, pero que no estrañase Holanda que en las negociaciones que entonces se ventilaban ó las que se entablasen en lo sucesivo, la dejase abandonada á sus propios recursos. «Holanda, así decia, tiene derecho á negar subsidios, pero tambien lo tiene Francia para negarle su apoyo.»

Como los enemigos son maliciosos, no tardan en penetrar los secretos mas ocultos, de suerte que adivinaron por la conducta de Luis que se resistia á seguir los consejos de Napoleon, y esto

le valió una popularidad inmensa. El referido monarca además hacia gala de una severidad de costumbres, adecuada á los gustos de un país económico y prudente, y con esto se grangeó mas y mas el cariño del pueblo holandés. Sin embargo, al mismo tiempo que Luis ostentaba sencillez, queria costear una coronacion y una guardia real, creyendo que de este modo se aseguraria mejor la posesion del trono de Holanda que le interesaba mas que lo que aparentaba. Napoleón criticó la creacion de dicha guardia por las mismas razones que ya habia manifestado á José, y se opuso perentoriamente á la ceremonia de una coronacion en los momentos en que iba á arder en Europa el fuego de una guerra general. Así, pues, desde el primer día sobrevenian las dificultades inherentes á esos tronos de familia que Napoleón fundó por cariño y por sistema. Unos aliados independientes, á quienes hubiese tratado con arreglo á los servicios que le prestaran hubieran valido mas seguramente en cuanto á poder y cariño.

Tal era la marcha general de las cosas en la vasta estension del imperio francés en el momento mismo del rompimiento con Prusia. Sin contar las tropas de la confederacion del Rin y del reino de Italia, tenia Napoleón cerca de quinientos mil hombres, entre los cuales es preciso comprender á los suizos que servian en virtud de capitulaciones, y además algunos valaisanos, polacos y alemanes que habian pasado al servicio de Francia. Después de descontar los gendarmes, veteranos é inválidos, todavía quedaban cuatrocientos cincuenta mil hombres de tropas activas, cuyo

número se componia de ciento treinta mil que se hallaban al otro lado de los Alpes, incluso los depósitos, ciento setenta mil en el ejército grande, acantonados en el Palatinado alto y la Franconia, cinco mil que quedaron en Holanda, otros cinco mil á bordo de los buques, y por último ciento cuarenta mil esparcidos por lo interior, á los cuales pertenecian la guardia imperial, los regimientos no empleados fuera y los depósitos. Exceptuando algunos regimientos de infanteria, que constaban de cuatro batallones, todos los demas tenian tres, estando destinados dos de ellos á entrar en campaña, por lo cual se llamaban batallones de guerra, y uno de depósito situado por lo regular en la frontera. Los batallones de depósito del ejército grande estaban colocados á lo largo del Rin, desde Huningue hasta Wesel, y algunos en el campamento de Boloña, hallándose los del ejército de Italia en Piamonte y Lombardia. Napoleón ponía sumo cuidado en organizar los depósitos, y queria que los conscriptos llegasen á ellos con un año de antelación, para que durante él se les instruyese, disciplinase y acostumbrase á las fatigas; fin á de que pudieran reemplazar á los soldados veteranos que fallecian de muerte natural ó perecian en la guerra. La conscripcion de 1805 llamada á las armas á fines del mismo año, y la mitad de la de 1806 que lo fué al principio del año, llenaron los cuadros de hombres aptos para el servicio, y un buen número de ellos fué enviado á Alemania é Italia. Napoleón llamó también á la segunda mitad de la clase de 1806, conocida con el nombre de reserva en las leyes de aquella época, debiendo tener presente que entonces subia el

contingente de cada año á sesenta mil hombres á propósito para ser incorporados, á pesar de que todavía no regia la ley de la conscripcion en siete ú ocho departamentos de la Bretaña y la Vendée, lo cual es digno de llamar la atención. De consiguiente iban á ingresar en los cuadros treinta mil hombres mas; pero con la marcha de los hombres ya instruidos debia quedar hueco suficiente para los recién llegados. Napoleon por otra parte, queria dirigir hácia Italia gran parte de estos últimos, tomando precauciones particulares con los conscriptos destinados á pasar los Alpes. Aun antes de incorporarlos, hacia que marchasen en gruesos destacamentos, mandados por oficiales, y uniformados, á fin de no presentar fuera del imperio hombres aislados, vestidos de paisanos.

Después de cuidar del aumento del ejército, Napoleon siguió completando sus recursos con extraordinaria habilidad.

Austria aseguraba que sus intenciones eran pacíficas y Napoleon hacia iguales protestas; pero resolvió no obetante tomar sus medidas, por si se aprovechaba de su alejamiento para caer sobre Italia. El general Marmont ocupaba la Dalmacia con veinte mil hombres, y Napoleon le previno, después de escalonar destacamentos desde el centro de la provincia hasta Ragusa, que se mantuviese con el grueso de sus fuerzas en Zara, ciudad fortificada y capital de aquel país, que reuniese allí víveres, armas y municiones, y por último que la convirtiese en punto de apoyo para todas sus operaciones tanto defensivas como ofensivas. Si le atacaban en Zara, podia oponer larga y vigorosa resistencia, y si por el contrario, se veia

obligado á alejarse para concurrir á las operaciones del ejército de Italia, en aquella misma plaza tenia un lugar seguro donde poder depositar material, heridos, enfermos, todo cuanto no se necesita para la guerra activa, y lo que no pudiese llevar consigo.

Eugenio, rey de Italia y confidente de los pensamientos de Napoleon, tenia órden de no dejar en Dalmacia nada que no fuese absolutamente indispensable, en material ó en hombres, y de reunir todo lo demas en las plazas fuertes de Italia. Estas plazas desde la conquista de los estados venecianos, habian sido objeto de una nueva clasificación, calculada con habilidad, y estaban llenas de trabajadores que se ocupaban en construir las obras propuestas por el general Chasseloup y mandadas ejecutar por Napoleon. La principal y mas avanzada hácia el Austria, era Palma-Nova, y después de la famosa ciudadela de Alejandria, era la en que con mayor actividad se trabajaba, porque dominaba la llanura del Frioul. Las otras eran; Osopo, un poco á la izquierda, y cerrando las gargantas de los Alpes Julianos: en seguida sobre el Adige Legnago, sobre el Mincio Mantua, y por último, sobre el Tanaro Alejandria, base esencial del poderío francés en Italia. En esas plazas se mandó encerrar la artillería, la cual subia á mas de ochocientas bocas de fuego, previniendo no se dejase fuera de su recinto ningun objeto, como cañon, fusil ó proyectil, de que el enemigo pudiera apoderarse por sorpresa. Venecia, cuyo estado de defensa no se habia mejorado aun, pero que tenia en su favor las lagunas, entró tambien en aquella clasificación, eligiendo Na-

poleon para que la mandase al general Miollis, dotado de extraordinaria energia, y previniendo a este último ejecutase allí con premura las obras necesarias para poder aprovecharse de las ventajas del sitio, hasta que se construyeran las obras regulares que debian convertirla en una plaza inespugnable. En aquellos reductos de Osopo, Palma-Nova, Legnago, Venecia, Mantua y Alejandria, distribuyó Napoleon los depósitos, repartiendo los que pertenecian a los ejércitos de Dalmacia y Lombardia, en las plazas de Palma-Nova hasta Alejandria, á fin de que las guarneciesen, instruyéndose al mismo tiempo. Los pertenecientes al ejército de Nápoles se reunian en las Legaciones, y allí debian dirigirse los quince ó veinte mil conscriptos destinados á Italia. Napoleon no cesaba de repetir que la calidad y duracion de un ejército dependian del cuidado que se pusiese en conservar la salud de los batallones de depósito, y en tal concepto tomó las medidas necesarias para que la salubridad corriese parejas con la instruccion, y para que aquellos batallones pudiesen suministrar siempre, ademas de la gente necesaria para los de guerra, las guarniciones de las plazas y una ó dos divisiones de refuerzo, que estuviesen prontas á dirigirse á los puntos en que fuera necesaria su presencia. Asegurada de este modo la defensa de las plazas, quedaba enteramente disponible el ejército activo, el cual consistia para Lombardia en diez y seis mil hombres, esparcidos en el Frioul, y en veinte y cuatro mil escalonados desde Milan á Turin, unos y otros dispuestos á marchar. Quedaba el ejército de Nápoles, que se componia de unos cincuenta mil

hombres, y cuya mayor parte se hallaba en estado de obrar inmediatamente. Massena se encontraba en punto conveniente, y tenia orden, así que estallase la guerra con Austria, de encaminarse hácia la Italia alta con treinta mil hombres, y reunirlos á los cuarenta mil que ocupaban el Piamonte y la Lombardia. Ningun ejército austriaco era capaz de desalojar al tercio de Massena, como dispusiese de setenta mil franceses; y pudiera apoyarse en Palma-Nova, Osopo, Venecia, Mantua y Alejandria. Por último, aunque sucediese lo que no era de temer, el general Marmont debia hacer su papel, pues de ser bloqueado en Dalmacia, estaba seguro de retener delante de sí á treinta mil austriacos por lo menos, y si no lo era, podia caer sobre el costado ó la espalda del enemigo.

Tales eran las instrucciones dirigidas al príncipe Eugenio para que pusiese la Italia en estado de defensa, á cuyo fin se le decia lo siguiente: «Lee todos los días esas instrucciones, y examina por la noche lo que hayas hecho para ejecutarlas, pero sin ruido, sin calentamientos de cabeza, y sin nada de alarmas.» (Saint-Cloud, 18 de setiembre de 1806).

Napoleon, siempre pensando en lo que podria intentar Austria mientras él estuviese en Prusia, tomó iguales precauciones por la parte de Baviera, mandando al mariscal Soult que dejase una fuerte guarnicion en Braunau, plaza de alguna importancia, á causa de estar situada sobre el Inn. Ademas encargó se hiciesen las obras mas urgentes, y reuniera allí la madera que baja de los Alpes por el Inn, diciendo que *con brazos y madera*

podía crearse una plaza fuerte en cualquier parte, aunque no hubiese nada. Envió de guarnición á Braunau al 3.º de línea, hermoso regimiento de cuatro batallones, tres de ellos de guerra, mas de quinientos hombres de artillería, otros quinientos de caballería, un destacamento bávaro, y muchos oficiales de ingenieros, cuya fuerza total ascendía á unos cinco mil hombres. También reunió allí viveres para ocho meses, gran cantidad de municiones, y una considerable de dinero, añadiendo á estas precauciones la elección de un comandante enérgico, al cual dió instrucciones dignas de servir de lección á todos los gobernadores de poblaciones sitiadas. Estas instrucciones contenían la órden de defenderse á todo trance, y de no rendirse sino en caso de absoluta necesidad, y despues de sufrir tres asaltos repetidos.

Napoleon decidió además, que parte del ejército bávaro, el cual estaba á su disposición en virtud del tratado de la confederación del Rin, se reuniese en las orillas del Inn, mandando formar una división de quince mil hombres de todas armas, y situarla á tiro de cañon de Braunau. Aquellas fuerzas, si no podían entrar en acción, eran sin embargo un obstáculo para un enemigo que desembocase de pronto, y un punto de apoyo para el ejército que fuese á socorrer la Baviera. Efectivamente, por mucho que se internase Napoleon en Alemania, siempre podía, despues de alejar á los prusianos y rusos ganando una batalla, dar una vuelta, caer por Silesia ó Sajonia sobre Bohemia, y castigar severamente á Austria, si se atrevía á intentar una nueva agresión.

Puesto ya en guardia contra el Austria, pensó

Napoleon en las partes del imperio por donde era de temer desembarcasen los ingleses, mandando á su hermano Luis que formase un campamento en Utrech, compuesto de doce ó quince mil holandeses, y de los cinco ó seis mil franceses que habían quedado en Holanda. Además reunió en derredor de la plaza de Wesel, que Francia acababa de adquirir en cambio del ducado de Berg, dado á Murat, una división francesa de diez á doce mil hombres, debiendo trasladarse á Wesel el rey Luis, tomar el mando de aquella división, y con ella y las tropas del campamento de Utrech, dar un ataque simulado con treinta mil hombres contra Wesfalia. También se le encargó espaciese la voz de que iban á reunirse ochenta mil hombres, y que hiciese algunos preparativos en la parte material con el fin de que adquiriese crédito aquella voz, pues Napoleon, por razones que pronto apreciaremos en su justo valor, deseaba llamar hacia aquel lado la atención de los prusianos, pero en la realidad quería que el rey Luis no se alejase demasiado de Holanda, y que siempre estuviera en situación, ora de defender su reino contra los ingleses, ora de enlazar sus movimientos con los de los cuerpos franceses situados en el Rin ó en Boloña. Además de los siete cuerpos del ejército grande, cuyo papel era hacer la guerra á lo lejos, Napoleon resolvió formar otro al mando del mariscal Mortier, para que hiciese un movimiento perpendicular en derredor de Maguncia, vigilase la Hesse, tranquilizase con su presencia á los confederados alemanes, y diese ayuda al rey Luis hacia Wesel. Aquel cuerpo, formado con tropas del interior, debía componer-

se de veinte mil hombres, siendo menester toda la industria de Napoleon para que ascendiese á este número, porque quitando de los ciento cuarenta mil hombres que habia en el interior los depósitos y la guardia imperial, quedaban disponibles muy pocas tropas. Dejando aparte aquel octavo cuerpo, el mariscal Brune estaba encargado lo mismo aquel año que el anterior, en guardar la escuadrilla de Boloña con los marinos y algunos batallones de depósito, que ascendían á unos diez y ocho mil hombres. Napoleon no quería valerse de los guardias nacionales sino con mucha circunspeccion, porque temia agitar el pais y estender sobre todo á una parte sobrado grande de la poblacion las cargas de la guerra. Contando no obstante con el espíritu belicoso de ciertas provincias fronterizas, no le causaba repugnancia sacar de Lorena, Alsacia y Flandes, algunos destacamentos poco numerosos, bien escogidos, compuestos con las compañías preferentes, es decir, con los granaderos y zapadores, y pagados desde el momento que mudasen de puesto. Su número debia ser seis mil para el Norte, y seis mil para el Este, no cabiendo duda que los seis mil guardias nacionales del Norte, reunidos á las órdenes del general Rampon establecidos en Saint-Omer, y organizados con esmero, pero poco distantes entre sí, presentaban una reserva útil, siempre dispuesta á correr en busca del mariscal Brune, para socorrerle con generoso patriotismo. En cuanto á los seis mil guardias nacionales del Este, debian reunirse en Maguncia, formar la guarnicion de esta plaza, y dejar así mas disponibles las tropas del mariscal Mortier.

El mariscal Kellermann, que era uno de los veteranos, á quienes Napoleon acostumbraba poner al frente de la reserva, mandaba los depósitos estacionados á lo largo del Rhin, y al mismo tiempo que cuidaba de su instruccion, podia, valiéndose de soldados ya instruidos, formar un cuerpo de alguna valia, trasladándose allí rápidamente, cuando el Rhin Alto se viese amenazado de algun riesgo.

Gracias á esta reunion de medios, habia con que hacer frente á todas las eventualidades: que la Hesse, por ejemplo, escitada por los prusianos, inspirase alguna inquietud; allí estaba el mariscal Mortier que podia trasladarse desde Maguncia á donde conviniese con el cuerpo octavo, debiendo llevarle parte de las tropas acampadas en Utrech y Wesel, el rey Luis, escalonado, como ya sabemos. Si el peligro amenazaba á Holanda, tenian orden de reunirse el príncipe Luis y el mariscal Mortier, yendo tambien hacia allí el mariscal Brune. Si, por el contrario, el peligro amagaba á Boloña, el mariscal Brune debia ser socorrido por el rey Luis, quien tenia obligacion de acudir en caso de necesidad hacia aquella parte de las fronteras del imperio. Con este sistema de escalones, calculado con rigurosa esactitud, todos los puntos expuestos á cualquier incidente, desde el Rhin alto hasta Holanda, y desde Holanda hasta Boloña, podian ser socorridos á tiempo, y tan pronto como lo exigiese la marcha del enemigo mas diligente.

Quedaban por guardar las costas de Francia, desde Normandia hasta Bretaña, y Napoleon dejó en aquellas provincias varios regimientos, reuniendo como lo tenia de costumbre las compañías

de preferencia, en un campamento ambulante formado en Pontivy, compañías que ascendían á dos mil cuatrocientos granaderos y zapadores. El general Boyer estaba encargado en mandarlos, y tenía á su disposición fondos secretos, espías y destacamentos de gendarmes, debiendo patrullar por los sitios sospechosos, y si Cherburgo ó Brest se veían amenazados de un desembarque, acudir allí con los dos mil cuatrocientos hombres que tenía á sus órdenes. Napoleón solo conservó en París un cuerpo de ocho mil hombres, compuesto de tres regimientos de infantería y algunos escuadrones de caballería, regimientos formados con conseriptos, y por cuya instrucción miraba cuidadosamente Junot, gobernador de París, empleando en ello toda su ciencia. Aquellos ocho mil hombres componían la última reserva, dispuesta á trasladarse á donde fuese necesario, pues Napoleón acababa de imaginar un medio de que las tropas via asen en posta, medio que empleó la guardia imperial, la cual se trasladó desde París al Rhin en seis días. Las tropas destinadas á viajar de aquel modo, hacían el primer día de salida una marcha forzada á pie, y luego entraban en carros, cada uno de los cuales llevaba diez hombres, y se hallaban escalonados de diez en diez leguas, de modo que andaban al día veinte. Por cada tiro de caballerías se pagaba 5 francos, de suerte que no se quejaban los labradores que tenían que prestar aquel servicio. Napoleón mandó preparar un convoy en los caminos de Picardía, Normandía y Bretaña, á fin de trasportar en cuatro, cinco ó seis días á Boloña, Cherburgo ó Brest los ocho mil hombres que habían quedado en París, en cuyo caso no habría en la capital fuerza alguna

regular, porque decía Napoleón al príncipe Cambraceres, que le manifestaba alguna inquietud con tal motivo: «es preciso que París se acostumbre á no ver en las esquinas de las calles tantos centinelas.» Solo debía permanecer por lo tanto en París la guardia municipal, que entonces ascendía á tres mil hombres, bastando el nombre de Napoleón y lo pacífico de aquellos tiempos, para guardar la capital, sin necesidad de mas fuerzas.

En cuanto á los puertos de Tolon y Génova, Napoleón dejó en ellos fuertes guarniciones, aunque sabía que los ingleses no eran tan necios que fuesen á intentar un ataque contra plazas tan bien fortificadas. Por donde él temía era por Boloña.

Así, pues, en el vasto círculo á donde se extendían su prevision, trató de conjurar todos los riesgos posibles. Si, dando Austria á Prusia un socorro que no había recibido de ella, tomaba parte en la guerra, el ejército de Italia, concentrado á las órdenes de Massena, y apoyado en plazas de primer orden, tales como Palma-Nova, Mantua, Venecia y Alejandría, podía oponer setenta mil hombres á los austriacos, mientras que con doce ó quince mil caería el general Marmont sobre el costado por el camino de Dalmacia. El Inn, Braunau y los bávaros debían ser suficientes en el primer momento para defender á Baviera. El mariscal Keilermann contaba con los depósitos para cubrir el Rhin alto. El mariscal Mortier, el rey Luis y el mariscal Brune, con solo salir al encuentro unos de otros, estaban en situacion de poder reunir cincuenta mil hombres en el punto que se viese amenazado, desde Maguncia hasta Helder, y desde el Helder hasta Boloña. París en fin, en caso de un

peligro inminente, podía reducirse á sus tropas de policia, y enviar un cuerpo de reserva á las costas de Normandía ó de Bretaña.

Aquellas diferentes combinaciones, redactadas con suma claridad no solo en el todo sino en los pormenores, fueron comunicadas al principe Eugenio, al rey José, al rey Luis, á los mariscales Kellermann, Mortier y Brune, y en una palabra, á cuantos debian concurrir á su ejecucion. Cada uno de ellos sabia lo necesario para cumplir con su cometido, y el archicanciller Cambaceres, situado en el centro, daba órdenes en nombre del emperador, siendo el único que estaba enterado del conjunto.

Como a Napoleon le bastaban veinte y cuatro ó cuarenta y ocho horas para arreglar sus planes, y ordenar los pormenores, cuando se decidia á obrar, dictó entonces casi sin descansar en uno ó dos dias unas doscientas cartas, que han llegado hasta nosotros, y eternamente servirán de modelo para el arte de organizar ejércitos y gobernar imperios. El principe Berthier, que solia ser intérprete de su voluntad, tuvo que quedarse en Munich con motivos de los asuntos de la Confederación del Rhin, por lo cual llamó al general Clarke, dedicando el 18 y 19 de setiembre á dictarle sus órdenes. Napoleon preveía que habian de transcurrir aun veinte dias en inútiles esplicaciones con Prusia, y que despues empezaria la guerra inevitablemente, porque las esplicaciones no podian poner término á semejante controversia: empleó, pues, aquellos veinte dias en completar el ejército grande, y proporcionarle cuanto pudiese necesitar todavía.

En veinte dias no podia ponerse en pie de

guerra un ejército numeroso, aun cuando los regimientos de que debiera componerse estuviesen completamente organizados cada uno por su parte. Reunirlo en un punto principal, distribuirlo en brigadas y divisiones, formarle un estado mayor, y proporcionarle parques, equipages y toda especie de material, exigia tambien una série de operaciones tan largas como complicadas; pero sorprendido Napoleon el año anterior por el Austria en el momento de pasar á Inglaterra, y aquel año por la Prusia á su regreso de Austerlitz, tenia un ejército perfectamente preparado, y ya en medio del teatro de la guerra, puesto que se hallaba en el Palatinado alto y la Franconia. Nada dejaba que desear bajo ningun aspecto, pues disciplina, instruccion, hábitos de guerra renovados recientemente en una campaña inmortal, fuerzas reparadas con muchos meses de descanso, completa salud, deseo de pelear, amor á la gloria, cariño sin limites, todo lo tenia. Si habia perdido algun tanto de la regularidad en las maniobras en que se distinguia al salir de Boloña, habia reemplazado esta cuatidad mas aparente que sólida con un aplomo y una libertad en los movimientos que solo se adquiere en los campos de batalla. Su uniforme, usado pero limpio, aumentaba su aire marcial, pues ya hemos dicho en otra parte que no habia querido sacar de los depósitos ni trage nuevo ni soldada, á fin de disfrutar todo esto cuando se celebrasen las funciones que Napoleon tenia dispuestas para setiembre, funciones soberbias pero quiméricas, como el millar que ofreció la Convencion. Aquel ejército heroico, consagrado á luchar eternamente, no debia conocer otras funciones que

batallas, mas entradas triunfales que las que hiciera en las capitales conquistadas, ni otra admiracion que la de los vencidos. ¡Gracias que hubiera algunos entre aquellos valientes que estuvieran destinados por la suerte á volver á sus hogares, y á morir con tranquilidad! Y aun esos mismos estaban condenados á ver á su patria invadida, desmembrada, y privada de la grandeza á que la elevaron á costa de su generosa sangre.

Sin embargo, por muy bien preparado que esté un ejército, nunca lo está hasta el punto de no necesitar nada. Napoleon unia á su esperiencia profunda de la organizacion de las tropas un conocimiento personal de su ejército, verdaderamente extraordinario, pues sabia donde residian sus regimientos, en qué estado se hallaban, á quanto ascendian, lo que faltaba á cada uno, tanto en gente como en la parte material, y si dejaban en alguna parte un destacamento que disminuyese su número, sabia á donde ir á buscarle. Su primer cuidado era siempre calzar al soldado y librarle del frío, por lo cual envió al momento zapatos y capotes, disponiendo que cada soldado llevase puestos un par de zapatos, y otros dos en la mochila, y que uno de dichos pares se diese á los cuerpos por vía de gratificacion, gratificacion de no escasa importancia si se tiene en cuenta lo módico que es el haber del soldado. Aunque el ejército no necesitaba aun caballos, solícito por el buen estado de los depósitos, y deseoso de que ni faltasen hombres ni caballos, mandó comprar en Francia y el estrangero todos los de montar y de tiro que se encontrasen. En seguida dispuso que saliesen de los depósitos, los cuales iban á llenar-

se de concriptos, treseientos ó cuatrocientos hombres por cada regimiento, á fin de que los batallones de guerra tuviesen ochocientas ó novecientas plazas, porque sabia que á los dos meses de campaña, quedarian reducidas á seiscientas ó setecientas. Con esto debia aumentarse el ejército grande en veinte mil combatientes, siendo posible entonces licenciar, sin que las filas disminuyesen demasiado, á los soldados consumidos de cansancio, pues únicamente saliendo heridos ó perdiendo la vida era como los soldados de la revolucion descansaban de sus trabajos. Así es que habia en las filas soldados ya viejos, agregados á sus regimientos como á una familia, y rebajados de toda clase de servicio, pero siempre dispuestos á desplegar su antiguo valor en caso de peligro, y ocupados en contar en sus momentos de ocio á los soldados bisonños los prodigios á que habian concurrido. Habia tambien muchos oficiales, capitanes en su mayor parte, que no se hallaban en estado de servir, y Napoleon mandó sacar de las escuelas militares á todos los jóvenes en edad de poder hacer la guerra, para nombrarlos oficiales, porque apreciaba á los alumnos de aquellas escuelas, y veia en ellos no solo instruccion sino valor, efecto de una buena educacion, que así eleva el corazon como la mente.

Después de adoptar los medios necesarios para rejuvenecer el ejército, se ocupó en organizar los equipages, porque queria no fuesen muy pesados, á fin de llevar los menos bagages posibles. Algunos han sostenido que se inclinaba á no tener almacenes, pero era mucha su esperiencia, para que fuese á mirarlos con desden. Además, cuida-

ba de las provisiones lo mismo que de las plazas fuertes; pero la guerra ofensiva, que prefería á cualquiera otra, no permitía formar almacenes, pues hubiera sido preciso formarlos en territorio enemigo, acostumbrando como acostumbraba invadir el suelo extranjero así que se daba principio á las operaciones. El sistema adoptado para dar de comer á las tropas se reducía á vivir por la noche sobre el país ocupado, á estenderse lo bastante para poder mantenerse, y no para ser dispersados, y luego á llevar consigo en carromatos pan para muchos dias. Aquellas provisiones, cuidadas con esmero, y renovadas siempre que se hacía alto, servían cuando había una aglomeracion extraordinaria de tropas, lo cual sucedía antes ó despues de dar una batalla; y para conducir las calculó Napoleon que necesitaba dos carros para cada batallon, y uno para cada escuadron. En una palabra, el ejército necesitaba cuatrocientos ó quinientos carros, incluso los de los enfermos y heridos, y se prohibió espresamente que ningun general se sirviese para su uso particular de los carros destinados para las tropas. El servicio de trasportes corria á cargo de una compañía, que alquilaba al estado sus carros con tiros y todo, y como se descubriese que favorecido por ella un mariscal, tenia varios á su disposicion, Napoleon reprendió severamente semejante infraccion de las reglas establecidas, haciendo responsable al principe Berthier del cumplimiento de sus órdenes. Entonces no habian penetrado aun en el ejército los abusos que el tiempo y la riqueza de sus gefes, que cada vez iba en mayor aumento, no tardaron en introducir en él.

Napoleon mandó en seguida reunir gran cantidad de grano á lo largo del Rhin, y fabricar galletas para conducir aquellos víveres á Maguncia y desde allí hácia Wurtzburgo, embarcándolas en el Mein. Situada la ciudad de Wurtzburgo en la Franconia alta, cerca de los desfiladeros que desembocan en Sajonia, y dominada por una excelente ciudadela, debía ser nuestra base de operacion; pero Napoleon indagó si en las inmediaciones habria otros puntos fortificados, y como los oficiales que salieron sigilosamente á reconocer el terreno, designasen á Forchheim y Kronach, mandó armarlas, para depositar allí con toda seguridad los víveres, municiones y utensilios que habia resuelto reunir.

Hacia algunos meses que Wurtzburgo pertenecía al archiduque Fernando, que habia ido siendo sucesivamente gran duque de Toscana, elector de Salzburgo, y por último, desde la paz con Austria, duque de Wurtzburgo. Por lo demas, el referido principe pedía se le agregase á la confederacion del Rhin, en medio de la cual se hallaban sus nuevos estados, y siendo como era tan bondadoso como entendido, estaba dispuesto en favor de Francia como podia estarlo un principe austriaco, de suerte que Napoleon estaba seguro de conseguir de él cuanto fuese necesario para llevar á cabo los preparativos que iban á hacerse. Wurtzburgo se convirtió, pues, en el punto céntrico donde se reunían los hombres y el material que Napoleon habia mandado juntar.

Por lo que hace á dinero, no faltaba desde la crisis rentística del año anterior, y ademas el tesoro del ejército era un recurso de mucho precio,

pues sin gastar los fondos de aquel tesoro, exclusivamente consagrados á la dotacion de sus soldados, Napoleon tomaba de él cantidades á préstamo, que el estado debia rembolsar en seguida pagando el capital y los intereses. Así es que Napoleon envió mucho metálico á Strasburgo, y dió fondos al príncipe Berthier, para superar con el poder del dinero contante los obstáculos que pudiera encontrar al tiempo de realizar sus mandatos.

Ya hemos visto que la guardia imperial viajó en posta, gracias á las carretas colocadas de trecho en trecho en el camino, por cuyo medio se enviaron tres mil granaderos y cazadores de á pie; pero como no podía usarse esta clase de transporte para la caballería y artillería, pusieron en camino por la vía ordinaria los granaderos y cazadores de á caballo, que eran unos tres mil, así como el parque de artillería de la guardia, compuesto de cuarenta bocas de fuego, en toda una reserva de siete mil hombres, propia para hacer frente á cuanto ocurriera de improviso. Napoleon, tan osado en concebir planes como prudente al tiempo de ejecutarlos, tenia en mucho las reservas, y para crear una mas que nada instituyó la guardia imperial; pero como no tardaba en descubrir los inconvenientes que resultan de las cosas mejores, le pareció que aquella guardia era demasiado costosa, y temió que si la formaba con reclutas, iba á dejar al ejército escaso de hombres escogidos. Los velites, que eran una especie de voluntarios enganchados, de que se le ocurrió valerse para aumentar la guardia sin necesidad de acudir al ejército, le parecieron tambien sobrado costosos y pocos, por lo cual mandó componer, con el tí-

tulo de *fusileros de la guardia*, un regimiento de infantería, cuyos soldados debian salir del cupo anual, y los oficiales, cabos y sargentos de la guardia, debiendo llevar el uniforme de esta y servir con ella, con lo única diferencia de ser tratada como tropa bisoña, es decir de no entrar tanto en accion, disfrutar un leve aumento de sueldo, y tener á poco todas las cualidades de la misma guardia, sin costar tanto, y sin privar al ejército de sus mejores soldados. Hasta no ver el resultado de aquella ingeniosa combinacion, recurrió Napoleon al medio ya usado de sacar de los cuerpos y reunir en batallones, las compañías de granaderos y zapadores, que fué como formó en 1804 los granaderos de Arras, convertidos despues en granaderos de Oudinot. En aquella época se tomaron las compañías de todos los regimientos que no estaban destinados á formar parte de la expedicion de Boloña; pero despues de lo de Austerlitz, varias de dichas compañías pasaron de nuevo á sus cuerpos. Napoleon mandó, pues, agregar á las que habian quedado juntas los granaderos y zapadores de los depósitos y regimientos estacionados en las divisiones militares números 25 y 26 (pais comprendido entre el Rhin, el Meuse y el Sambra), organizarlos en batallones de á seis compañías cada uno, y dirigirlos á Maguncia. Aquel era un nuevo cuerpo de siete mil hombres; que unido á la guardia imperial, debia hacer subir la reserva del ejército á eatorce mil, y añadió dos mil cuatrocientos dragones escogidos, formados en batallones de á cuatro compañías o escuadrones, debiendo servir ya á pie ya á caballo al lado de la guardia. Los referidos escuadrones, sacados de Champaña,

Borgoña, Lorena y Alsacia, podían ser conducidos al Mein en veinte días poco más ó menos.

La reserva, cuya composición acabamos de describir, añadida á los conscriptos sacados de los depósitos, iba á aumentar considerablemente las fuerzas dispuestas á marchar á Prusia. El ejército grande se componía de siete cuerpos, seis de los cuales se hallaban en Alemania, y el segundo había pasado á Dalmacia á las órdenes del general Marmont, siendo los comandantes de ellos los mismos de antes. El mariscal Bernadotte mandaba el primer cuerpo compuesto de veinte mil hombres; Davout mandaba el tercero compuesto de veinte y siete mil; Soul estaba á la cabeza del cuarto, cuya fuerza ascendía á treinta y dos mil soldados; Lannes, siempre fiel, pero sensible é irritable, dejó por un instante el quinto cuerpo, de resultas de un disgusto pasajero; pero acababa de volver á tomar el mando, así que empezó á hablarse de guerra, de dicho cuerpo, que subía á veinte y dos mil hombres, á pesar de que ya no formaban parte de él los granaderos de Oudinot. El mariscal Ney seguía mandando el sexto, que había quedado reducido á veinte mil soldados vivos y efectivos. El sétimo, mandado por el mariscal Augereau, ascendía á diez y siete mil, y la reserva de caballería, que andaba diseminada por los países abundantes en forrage, podía reunir veinte y ocho mil caballos. Murat continuaba al frente de ella, y había recibido orden de dejar el ducado de Berg, orden que se apresuró á cumplir, porque deseaba volver á dar principio á una clase de guerra que tan bien sabía hacer y porque entreveía, en premio de sus hazañas, no un ducado sino un reino.

Aquellos seis cuerpos, con la reserva de caballería, ascendían á ciento setenta mil combatientes, y añadiendo la guardia, las tropas escogidas, los estados mayores y el parque de reserva, puede decirse que el ejército grande se componía de unos ciento noventa mil hombres. Era de presumir que en los primeros días no podrían reunirse todos, pues de la guardia y las compañías preferentes, solo debería haber llegado la guardia de á pie, pero ciento setenta mil hombres eran suficientes para dar principio á aquella guerra. Componíanse los cuerpos de las mismas divisiones, las mismas brigadas y los mismos regimientos que en la última campaña: disposición acertadísima, porque tanto los oficiales como los soldados se conocían ya, y se sabían unos de otros. En cuanto á la organización general, continuaba siendo la misma, esto es, la que Napoleón substituyó á la organización del ejército del Rhin, y cuya escelencia acababa de experimentar en la campaña de Austria, la cual fué la primera en que se vió á doscientos mil hombres marchar á las órdenes de solo un gefe. El ejército se dividía como siempre en cuerpos de infantería y artillería, con algunos cazadores y húsares que los protegiesen; la caballería en masa continuaba bajo el mando de Murat, pero Napoleón era su verdadero comandante por los motivos que en otra parte hemos dado á conocer; y la guardia, así como las compañías preferentes, formaban una reserva general de todas armas, que nunca dejaba á Napoleón, y marchaba á su lado, no para cuidar de su persona, sino para obedecer con mas celeridad sus mandatos.

Las órdenes para que el ejército se pusiese en

movimiento, se dieron de modo que pudieran estar cumplidas para principios de octubre, previniendo Napoleón á los mariscales Ney y Soult que se reuniesen en el país de Bareuth, para formar la derecha del ejército; á los mariscales Davout y Bernadotte, que se reunieran alrededor de Bamberg para formar el centro; y á los mariscales Lannes y Augereau, que se reuniesen en las cercanías de Coburgo, para formar la izquierda. De este modo concentraba sus fuerzas en las fronteras de Sajonia, llevado de miras militares, cuya extensión y profundidad apreciaremos bien pronto. Murat tenía orden de reunir la caballería en Wurtzburgo, y la guardia de á pie, conducida en seis días al Rhin, marchaba hácia el mismo punto, debiendo hallarse en sus puestos aquellos diferentes cuerpos para el 3 ó 4 de octubre, con orden espresa de no pasar las fronteras de Sajonia.

Dispuesto ya todo, lo mismo en lo relativo á la seguridad del imperio, que en lo concerniente á la guerra activa que iban á emprender, se decidió Napoleón á dejar á París, sin que á todo esto hubiese acontecido novedad alguna en las relaciones con Prusia. Laforest guardó silencio, según le había prevenido Napoleón, pero escribió diciendo que dominado el rey por pasiones de córté y las que abrigaban los jóvenes aristócratas, había salido para su ejército, por lo cual era inevitable la guerra, á menos que los dos monarcas tuviesen algunas esplicaciones directas desde sus cuarteles generales, esplicaciones que pusiesen término á aquella deplorable falta de inteligencia, y pudieran dejar satisfecho el orgullo de ambos gobiernos.

Desgraciadamente no eran de esperar semejantes esplicaciones, pues aunque Mr. de Knobelsdorf que se había quedado en París, aseguraba que las intenciones de su gabinete eran de paz, estaba muy poco iniciado en el secreto de los negocios, y no comprendiendo como no comprendía, las pasiones de su córté, hacia al lado de Napoleón el papel de un personage respetado pero inútil. Según las noticias que llegaban del Norte, Rusia se preparaba á tomar las armas en favor de Prusia; pero según lo que escribían de Austria, esta nación carecía de fuerzas, y miraba con odio á Prusia, siendo temible para Francia solo en caso de un gran revés. En cuanto á Inglaterra, así que murió Mr. Fox, el partido de la guerra inauguró su triunfo haciendo proposiciones inadmisibles, como, por ejemplo, que se concediese á los Borbones de Nápoles, es decir, á los ingleses, las islas Baleares, la Sicilia y la Dalmacia; proposiciones que lord Landerdale, amigo sincero de la paz, sostenía metódicamente, porque su cándida ignorancia no le dejaba ver las verdaderas intenciones de su gabinete. Napoleón no quiso despedirle bruscamente, pero le dirigió una respuesta que equivalía al envío de sus pasaportes, disponiendo en seguida se pasase una comunicación al Senado en que se espusiesen las negociaciones de Francia con Prusia, y el triste resultado que habían tenido. Con todo, mandó retardar el envío de dicha comunicación hasta que se declarase la guerra entre ambas naciones de un modo irrevocable: pero como era preciso motivar su salida de París, anunció que puesto que las potencias del Norte tomaban una actitud amenazadora, creía necesario ponerse á la cabeza de su

ejército, á fin de estar prevenido para lo que pudiera suceder. En seguida tuvo un consejo para explicar á los dignatarios del imperio lo que debían hacer y el papel que les correspondía desempeñar en los diferentes casos que podían presentarse; y como el archicanciller Cambaceres, en quien tenia suma confianza, aun estando en Paris sus hermanos Luis y José, debía poseerla en mayor grado, cuando no dejaba allí ni un príncipe siquiera de su familia, le dió poderes ilimitados, haciéndole presidente del consejo de Estado, del Senado y del consejo del Imperio. Junot, que era uno de los gefes mas adictos á Napoleon, obtuvo el mando de las tropas acantonadas en la capital, y solo quedaron en Paris las mugeres de la familia imperial, pues asustada Josefina al ver á Napoleon espuesto á nuevos riesgos, pidió y logró permiso para seguirle hasta las orillas del Rhin, creyendo que si se establecía en Maguncia podria tener noticias de él con mas frecuencia. Además del gobierno del imperio, el archicanciller debía correr con el de la familia imperial, pues Napoleon le mandó aconsejase y contuviese á las personas de dicha familia que faltasen en algo ó á la decencia, ó á las reglas trazadas por el mismo Napoleon.

El 24 de setiembre por la noche se puso éste en camino en compañía de la emperatriz y Mr. de Talleyrand, se detuvo algunas horas en Metz para ver la plaza, y se dirigió en seguida hácia Maguncia, á donde llegó el 28. Allí supo que se habian cruzado en su marcha él y un correo de gabinete procedente de Berlin, que debía entregarle las últimas esplicaciones de Prusia, de suerte que solo avanzando hácia Alemania podia obtener las accla-

raciones definitivas que esperaba. En Maguncia vió al mariscal Kellermann, que estaba dedicado á organizar los depósitos, y al mariscal Mortier que mandaba el octavo cuerpo, y volvió á explicarles como tenían que obrar á medida que fuesen ocurriendo los sucesos. Además mandó completar las provisiones reunidas en Maguncia, introdujo algunas modificaciones en el armamento de la plaza, apresuró la marcha de los soldados sacados de los depósitos, y el envio de viveres y municiones destinados á pasar del Rhin al Mein, para subir por el mismo Mein hasta Wurtzburgo. Una multitud de oficiales, corrían en todas direcciones, y se presentaban á cada momento á darle cuenta de las comisiones que habian desempeñado: además, acostumbrados á no afirmar nada que no hubiesen visto por sus propios ojos, iban y venían sin cesar, para darle á conocer el verdadero estado de las cosas y el punto donde se habian cumplido sus órdenes. En Maguncia despidió Napoleon su servidumbre civil para conservar únicamente la militar, y se sintió conmovido algun tanto al ver llorar á la emperatriz, pues aunque tenia confianza en su suerte, se apoderó de él la inquietud general que producía en torno suyo la perspectiva de una guerra duradera en el Norte, en regiones apartadas y contra naciones nuevas para él. Separóse, pues, con algun sentimiento de Josefina y Mr. de Talleyrand, y siguió su marcha, yendo á distraerle á poco lo vasto de sus pensamientos, y el espectáculo de inmensos preparativos, de un género de emoción que de mejor gana alejaba de su alma, que de su imperioso y tranquilo semblante.

En Wurtzburgo le esperaban mucho generales

y príncipes alemanes, para rendirle homenaje, anticipándose á todos el nuevo duque de Wurtzburgo, propietario y soberano de aquel punto. Aquel príncipe á quien conoció en Italia, recordaba á Napoleon los primeros días de su gloria, así como las mas amistosas relaciones, pues era el único soberano italiano que no se ocupó en hacer daño al ejército francés, por lo cual le hizo participar con sentimiento las vicisitudes que todos sufrían en aquella época. Napoleon se hospedó en el palacio de los antiguos obispos de Wurtzburgo, palacio magnífico, poco inferior al de Versalles, monumento pomposo de las riquezas de la iglesia germánica, tan poderosa y espléndidamente dotada en otro tiempo, como ahora pobre y decaída. Allí tuvo una larga conferencia con el archiduque Fernando acerca de la situación general de las cosas, y particularmente de las disposiciones de la corte de Austria, de la cual era pariente muy inmediato aquel príncipe, pues era hermano del emperador Francisco, y conocía á aquella perfectamente. Amigo de la paz el duque de Wurtzburgo, y dotado de los conocimientos que adornaban á los príncipes austriacos educados en Toscana, deseaba por su misma tranquilidad que Francia y Austria se aviniesen entre sí, de suerte que se aprovechó de los últimos sucesos para hablar á Napoleon de la cuestion de alianza, cuestion gravísima, declamar contra la de Prusia, y elogiar la de Austria. Para ello trató de sugerirle algunas de las ideas que predominaron en el siglo último, cuando unidos contra el gabinete de Berlin los de Versalles y Viena, estaban ligados, al mismo tiempo que por una guerra comun, por medio de matrimonios; y

le recordó que merced á aquella alianza estuvo la marina francesa en un estado brillante, esforzándose en querer demostrarle que aunque Francia era mas omnipotente que nunca en el continente, carecía á la sazón de las fuerzas marítimas que se necesitaban para restablecer y proteger su comercio, destruido hacia quince años. Semejante lenguaje no era nuevo para Napoleon, pues todos los días lo estaban oyendo en boca de Mr. de Talleyrand; pero como el duque de Wurtzburgo creía al parecer que la corte de Viena se aprovecharía de aquella ocasion para unirse á Francia, á fin de que le sirviese de apoyo en vez de ser para ella un enemigo temible, Napoleon, que se hallaba dispuesto por las circunstancias que le rodeaban á acoger semejantes ideas, se conmovió de tal modo que escribió á su embajador Mr. de la Rochefoucauld, mandándole hiciese en Viena proposiciones de amistad, con tal reserva que no padeciese su dignidad, pero de modo que Austria supiese dependía de ella el formar con Francia una alianza íntima y cordial (1).

Por muy poderoso y confiado que fuese Napoleon, empezaba á creer que sin una grande alianza continental, siempre estaria espuesto á que se renovasen las coaliciones, á tener que aplazar su lucha con Inglaterra, y á gastar en tierra recursos que necesitaba invertir esclusivamente en el

(1) Para probar lo bien dispuesto que se hallaba Napoleon á transigir con Austria, publicamos la carta que escribió á Mr. de la Rochefoucauld, advirtiéndole que las espresiones injuriosas de que en ella se vale para hablar de Prusia, deben atribuirse á lo enfadado que estaba por la conducta que con él habia observado

mar; y como acababa de escapársele la alianza de Prusia, que habia cultivado, por desgracia con poco esmero, era natural que pensase en Austria; pero aquella idea, reciente en él, era una ilusion momentánea, poco digna de su prevision. No hay duda en que si hubiera querido pagar de pronto con un sacrificio aquella alianza, y devolver á Austria algunos de los despojos que le habia arrebatado, se hubieran podido poner de acuerdo;

cuando menos lo esperaba, pues no solia espresarse en semejantes términos, sobre todo acerca del rey de Prusia, á quien apreciaba á pesar de todo.

*A Mr. de la Rochefoucauld, mi embajador cerca de S. M. el emperador de Austria.*

Wurtzburgo 3 de octubre de 1806.

Desde ayer me hallo en esta, habiendo tenido ocasion de hablar largamente con S. A. R., á quien he manifestado que estoy firmemente resuelto á romper todos los lazos que me unian á Prusia, sea cualquiera el resultado que tengan los negocios que hoy se ventilan. Segun las últimas noticias que he recibido de Berlin, puede ser que no estalle la guerra; pero estoy decidido á no ser aliado de una potencia tan velicidosa y despreciable: lo que haré será á no dudarlo vivir en paz con ella, porque no tengo derecho para derramar la sangre de mis pueblos bajo frivolos pretestos. Sin embargo, como necesito una alianza en el continente para ocuparme en formar una marina, las circunstancias me obligaron á pensar en Prusia; pero esta potencia es en el día lo que fué en 1740, y ha sido en todos tiempos, esto es inconsecuente y falta de honor. Al emperador de Austria, siempre le

pero cómo pedir á Austria, que habia perdido en diez años los Países Bajos, la Lombardia, los ducados de Módena y Toscana, la Suabia, y el Tirolo y la corona germánica, cómo pedirle que formase alianza con el conquistador que le habia arrebatado tanto territorio y poderío? Podia esperarse que permaneciese neutral, despues de haber empeñado su palabra en el bivac de Urschitz, y acordándose de Rivoli, Marengo y Austerlitz: pe-

he apreciado, aun en medio de sus reveses, y de los sucesos que han labrado nuestra division, porque le creo un hombre constante y esclavo de su palabra. Debeis esplicaros, pues, en este sentido, aunque sin apresuraros mucho, porque si bien no tengo que temer á nadie por mi posicion y mis fuerzas, todos estos esfuerzos gravitan sobre mis pueblos. Yo necesito tener por aliada á una de las tres potencias, Rusia, Prusia ó Austria; pero como de ningun modo podemos fiarnos de Prusia, solo nos quedan Rusia y Austria. La marina floreció en otro tiempo en Francia, merced á la alianza de Austria, y ademas esta potencia necesita estar tranquila, en lo cual estoy conforme con todo mi corazon. Me convendria una alianza que estuviese fundada en la independencia del imperio otomano, la garantia de nuestros estados, y arreglos que consolidasen el imperio otomano, dejándome en libertad de dirigir mis esfuerzos hácia la marina. Como la casa de Austria me ha hecho insinuaciones muchas veces, creo que el momento actual es mas favorable que ninguno si sabe aprovecharlo. No os digo mas. Al principe de Benevento he manifestado mi modo de pensar mas minuciosamente, y no dejará de poneros al corriente. Por lo demas, el día en que hayais dado á conocer lo mas ligeramente posible, que no estoy lejos de adherirme á un sistema que anadase mis relaciones con Austria, ese día habreis desempeñado vuestra tarea. Tened siempre fija la vista en Moldavia y Valaquia, á fin de avisarme cualquier movimiento que los rusos intenten contra el imperio otomano,

Recibid, etc.

NAPOLÉON.

ro atraerla á una alianza era una quimera de Mr. de Talleyrand y del duque de Wurtzburgo, uno de los cuales obraba por afición, mientras que el otro se hallaba dominado por los intereses de su nueva posición. Esta tendencia á buscar una alianza imposible, probaba harto bien la falta que se cometió tratando con ligereza la alianza de Prusia, que era á un mismo tiempo posible, fácil, y se fundaba en grandes intereses comunes. A mayor abundamiento, aquel arreglo con Austria, era un ensayo que Napoleón hacia de paso, por no desperdiciar una idea útil, pero cuyo buen éxito no tenía por indispensable, en el alto grado de poder á que había llegado. Efectivamente, á pesar de todo lo que se decía de los prusianos, tenía esperanzas de derrotarlos tan bien y tan pronto, que no tardaría en ver postrada á sus pies á la Europa, siendo su aliado el abatimiento de sus enemigos, á falta de su buena voluntad.

También llegó á Wurtzburgo un individuo de la confederación del Rin de suma importancia, esto es el rey de Wurtemberg, que en otro tiempo fué simple elector, y entonces era rey creado por Napoleón; conociéndosele por un príncipe dotado de un carácter violento y de no escasa penetración. Napoleón tenía que arreglar con él los pormenores del casamiento en que ya habían convenido, á saber, del príncipe Gerónimo Bonaparte con la princesa Catalina de Wurtemberg, y después que se ocupó de aquel asunto de familia, se entendió con el rey de Wurtemberg acerca de la cooperación de los confederados del Rin, quienes debían dar unos cuarenta mil hombres, sin contar los quince mil bávaros que se hallaban en los

contornos de Braunau. Como los alemanes auxiliares no habían llevado á bien el servir á las órdenes del mariscal Bernadotte durante la campaña de Austria, y los bávaros más que ningunos pedían por gracia especial se les permitiese no militar bajo su mando, se decidió que todos los alemanes auxiliares formarían un cuerpo solamente, y que marcharían en pos del ejército grande, á las órdenes del príncipe Gerónimo, que había dejado el servicio marítimo por el de tierra. Estando como estaba destinado aquel príncipe á contraer matrimonio con una princesa alemana, y probablemente á recibir su dote en Alemania, era acertado hacer que se familiarizase con los alemanes, al mismo tiempo que estos se familiarizaban con él.

La conversacion del emperador de los franceses y del monarca alemán giró en seguida sobre la corte de Prusia, acerca de la cual podía dar á Napoleón el rey de Wurtemberg muchas noticias, pues tenía una porción de cartas escritas en Berlín, en que pintaban, con subidos colores la exaltación que se había apoderado de todas las cabezas, incluso las que parecían estar más sanas. El duque de Brunswick, que por su edad é ilustración, no debía participar del arrebató general, se dejó llevar también de él, y escribió al rey de Wurtemberg, amenazándole con que no tardaría en ir á plantar las águilas prusianas en Stuttgart si no abandonaba la confederación del Rin; pero poco intimidado con semejantes amenazas el rey de Wurtemberg, enseñó todas aquellas cartas á Napoleón, quien sacó provecho de ellas, no sin que se aumentara la soberbia que ya tenía á la corte de Prusia. Napoleón se informó y mucho,

acerca del ejército prusiano y de su mérito real y positivo; y el rey de Wurtemberg le celebró extraordinariamente la caballería prusiana, presentándola á sus ojos como tan temible, que admirado el emperador de lo que acababa de oír, habló de ello con todos sus oficiales, cuidó de irlos preparando para aquel encuentro, les recordó el modo de maniobrar que habia tenido en Egipto, y les dijo con la viveza de lenguaje peculiar en él, que era preciso marchar hacia Berlin formados en cuadro de doscientos mil hombres.

Aunque Napoleon no habia recibido una declaración de guerra definitiva de parte de la corte de Prusia, se decidió, por el único hecho de haber invadido el ejército prusiano á Sajonia, á tener por declarada la guerra, y así como el año anterior habia calificado como un acto de hostilidad la invasion hecha en Baviera por el Austria, calificó tambien aquel año como otro acto de hostilidad el que Prusia hubiese invadido á Sajonia. Este modo de sentar la cuestión era hábil, pues así daba á entender que solo intervenia en Alemania para proteger á los príncipes alemanes de segundo orden, contra los de primero: por lo demas, con tales condiciones podia tenerse por completamente declarada la guerra, pues los prusianos habian pasado el Elba por el puente de Dresde, é iban rodeando la estrema frontera de Sajonia, como los franceses lo hacian por su parte, en el mero hecho de ocupar el territorio franciano.

Para comprender el plan de campaña de Napoleon contra Prusia, uno de los mas bellos y grandes que se han concebido y ejecutado en el mun-

do, necesitamos fijar la vista en la configuracion general de Alemania.

El territorio aleman pertenece á Prusia y Austria, cuyas potencias dividen entre si la riqueza, la dominacion y la política, dejando entre una y otra cierto número de pequeños estados, que deben la independenciam que hoy conservan á su situacion geográfica, á las leyes del imperio y al influjo francés. Austria está situada en el Oriente de Alemania y Prusia en el Norte, ocupando la primera casi todo el hermoso valle del Danubio, rio de considerable estension, tortuoso, encajonado desde que nace entre los Alpes y los montes de Bohemia, que se ensancha mas abajo de Viena, y adquiere cien leguas de latitud entre los montes Cárpatas y los de Iliria, abarcando en aquellos anchos ribazos el soberbio reino de Hungría. A Austria es preciso buscarla en el fondo de aquel valle, pasando el Rhin alto entre Strasburgo y Basilea, atravesando en seguida los desfiladeros de Suabia, y descendiendo por un camino peligroso el curso del rio hasta la rada en que se alza Viena. Prusia, por el contrario, está situada en las vastas llanuras del Norte, cuya entrada ocupa, por lo cual se llamaba antiguamente *Marca de Brandeburgo*, y para llegar á ella es preciso, no subir el Rhin alto hasta Basilea, sino pasarlo por la mitad de su curso en Maguncia, ó ir bajando hasta Wesel, y pasar de este modo ó dando la vuelta, el centro montuoso de Alemania. Apenas se llega mas allá de los montes poco elevados de Franconia, Thuringe y Hesse, se desemboca en una llanura inmensa, que recorren unos tras otros el Weser, el Elba, el Oder, el

Vístula y el Niemen, cuyo último rio termina por el Norte en el Océano septentrional, y por el Este al pie de los montes Urales. Esta llanura se llama Westfalia, Hanover, Prusia, á lo largo del mar del Norte, Polonia en lo interior del continente, y Rusia hasta el Ural. En la pendiente de los montes de Alemania, que es por donde se llega á ella, es decir en Sajonia, Thuringe y Hesse, esta cubierta de una tierra vegetal sólida, y en la orilla de los rios de una riquísima tierra de aluvion; pero en el espacio que queda entre ambos rios, y sobre todo á lo largo del mar, siempre es arenosa, y como las aguas no tienen allí corriente, forman una multitud de lagos y pantanos. Por único terreno quebrado presenta dunas de arena, por única vegetacion abetos, abedules y algunas encinas, ofreciendo un aspecto tan triste y severo como el mar cuya imágen recuerda á menudo, como los altos y sombríos árboles de que está cubierta, como el cielo del Norte en fin. Las orillas de los rios son fertilísimas; pero en lo interior erocen acá y allá, en medio de los claros que dejan los bosques de abetos, mezquinas plantas; y si algunas veces presenta el espectáculo de la abundancia, es porque han estercolado el terreno grandes manadas de rebaños. Tanto pueden sin embargo la economía, la constancia y el valor, que en aquellos arenales se ha formado un estado de primer orden, que si no es rico vive con comodidad: ese estado es Prusia, obra atrevida de un hombre grande, de Federico II y de una série de príncipes, que antes ó despues de aquel monarca se guiaron por su mismo espíritu, aunque sin tener su genio. Y tanto es tambien lo que puede la

civilizacion, que del seno de aquellos pantanos rodeados de arenosos montecillos y cubierto de abetos y abedules, ha salido, gracias á Federico el Grande, el palacio real de Potsdam, esto es el Versalles del Norte, donde el genio de las artes ha sabido dar un tinte de hermosura y elegancia á la tristeza que reina en aquellas regiones frias y oscuras.

El Elba, que es el primer rio de importancia que se encuentra en aquella llanura, bajando de los montes del centro de la Alemania, es el punto principal del poderío prusiano, el baluarte que lo cubre y el vehiculo que trasporta sus productos. En su curso superior riega los campos de Sajonia, atraviesa á Dresde, y baña el pie de la fortaleza de Torgau, que en otro tiempo fué sajona: en seguida pasa por medio de Prusia, rodea á Magdeburgo, que es su principal fortaleza, y protege á Berlin, esto es á la capital, que está situada mas allá, á igual distancia del Elba y del Oder, entre lagos, dunas y canales. En fin, antes de desaguar en el mar del Norte, forma el puerto de la rica ciudad de Hamburgo, que introduce en Alemania por las aguas de este rio todas las producciones del universo. Cualquiera comprenderá, pues, porque ambiciona Prusia la posesion de todo el curso del Elba, y desea absorber por una parte la Sajonia, y por otra las ciudades anseáticas y el Hanover, ambicion y deseo que hoy duermen, á causa de que satisfechas todas las ambiciones europeas á costa de Francia en 1815, se hallan adormecidas por algun tiempo, segun parece. Empero en la época cuya historia nos ocupamos en trazar, conmovidos los estados, ardia en todos ellos el fuego

de los deseos, y Prusia nos habia pedido las ciudades anseáticas: en cuanto á Sajonia, nunca se habia atrevido á reclamar otra cosa si no que estuviese bajo su dependencia, con el título de confederacion del Norte; y es natural que Napoleon abrigase con motivo de Sajonia la envidia que abrigaba con motivo de Baviera, cuando hacia el disparate de envidiar tambien á Prusia.

El que esté, pues, en guerra con esta nacion, debe pasar el Elba, como debe bajar el curso del Danubio el que quiera luchar contra el Austria. Una vez forzado el Elba, caen á tierra los medios de defensa con que cuenta Prusia, pues es lo mismo que quitarle la Sajonia, reducir á la nada á Magdeburgo, y dejar sin proteccion á Berlin, ocupando hasta sus vias de comercio, lo cual es de suma gravedad, en caso de prolongarse la guerra. Así es que mientras que con respecto al Danubio, hay que bajar su curso hasta Viena despues de llegar hasta donde nace, hasta con respecto al Elba, pasarle para conseguir el objeto principal; y todo el que haya concebido los vastos designios de Napoleon, comprenderá la necesidad que habia de correr al Oder, para interponerse entre Prusia y Rusia, interceptando los socorros que pudieran enviarse mutuamente. Tambien es preciso avanzar hasta el Vistula, derrotar á la Rusia en Polonia, cuyos hijos abriga en secreto contra ella tantos motivos de resentimiento, é imitar el ejemplo de Anibal, que vino á establecer la guerra en el centro de las provincias italianas, las cuales sufrían bramando de cólera el yugo mal asegurado de la antigua Roma. Tales son los escalones de esa marcha inmensa hácia el Norte, que solo un hom-

bre, esto es Napoleon, ha intentado hasta el dia. ¿Habrá quien la intente otra vez? Nadie lo sabe en el mundo; pero si la Providencia lo tiene dispuesto así, que á lo menos sea una tentativa formal, que redunde en beneficio de la libertad y de la independencia del Occidente.

Sin embargo, para llegar á la llanura septentrional en cuya entrada está situada Prusia, es preciso atravesar el montuoso pais que forma el centro de la Alemania, ó bien dar la vuelta para ir á la playa que con el nombre de Wesfalia, se estiende entre los montes y el mar del Norte.

Aquella comarca, que cierra la entrada de Prusia, se compone de un grupo de montes cubiertos de árboles, largo y ancho, que por un lado toca en Bohemia, y por el otro se eleva en el Norte hasta los llanos de Wesfalia, en medio de los cuales termina, despues de adquirir mayor altura por un momento, para formar las cumbres del Hartz, tan ricas en metales. Aquel grupo montañoso, que separa las aguas del Rhin de las del Elba, cubierto en la parte alta de arbolado, hace que entren en el Rhin, el Mein, el Lahn, el Sieg, el Ruhr y el Lippe; en el Elba, el Elster, el Saale y el Vustrut; y por último directamente en el mar del Norte, el Ems y el Weser.

Para atravesar esa cordillera de montes, hay varios caminos: en primer lugar, se puede, saliendo de Maguncia, dirigirse hácia la derecha, y subir el tortuoso valle del Mein, hasta mas arriba de Wurtzburgo, y aun hasta el sitio donde nace. Allí, esto es, en las cercanías de Coburgo, se encuentran las cimas cubiertas de arbolado que con el nombre de selva de Thuringe, separan á la

Franconia de Sajonia, y donde brotan el Mein por un lado, y el Saale por el otro; se atraviesan por tres desfiladeros, que son los de Bayreuth en Hof, Kronach en Schleitz, Coburgo en Saalfeld, y se baja á Sajonia por el valle del Saale. El segundo camino se halla á la izquierda de esos montes cubiertos de arbolado que forman la selva de Thuringe, y siguiéndolo, se vuelve á subir el Mein, de Maguncia hasta Hanau: allí se deja para penetrar en el valle de la Werra, ó pais de Fulde, se deja á la derecha la selva de Thuringe, se baja por Eisenach, Gotha y Weimar, y se llega á las orillas del Elba. Este camino ha sido siempre la carretera de Alemania, esto es, la de Francfort á Leipsick.

El tercer camino, consiste en fin, endar vuelta al centro montañoso de la Alemania, y subir hácia el Norte, hasta llegar á la llanura de Wesfalia, lo cual se consigue siguiendo la corriente del Rhin hasta Wesel, pasándolo en esta poblacion, y caminando en seguida por medio de Wesfalia y Hanover, á la derecha de los montes y á la izquierda del mar. Al paso se encuentra el Ems, el Weser, y por último el Elba, convertido en aquel sitio en uno de los rios mas caudalosos de Europa.

De estos diferentes medios de penetrar en los llanos del Norte, Napoleon escogió el primero, es decir, el que va á parar desde el nacimiento del Mein al del Saale, atravesando los desfiladeros de Franconia.

Los motivos que tuvo para obrar así eran muy poderosos, pues en primer lugar tenia sus tropas en la Franconia alta, y si las conducia hácia el Norte para llegar á Wesfalia, se esponia á tener

que andar doble ó triple camino, y á revelar su movimiento, aunque no fuese mas que con lo largo del tránsito. Además de la estension y de lo que significaba aquel tránsito, hubiera encontrado el Ems, el Weser y el Elba, teniendo que atravesar estos rios por la parte baja de su curso, esto es, por donde son un verdadero obstáculo para el caminante. Estas razones eran mas que suficientes para que solo quedasen dos partidos que tomar; á saber, ó entrar en la carretera central de Alemania, que se dirige por Francfort, Hanau, Fulde, Gotha, y Weimar hácia Leipsick, y pasa á la izquierda de la selva de Thuringe; ó bien era preciso volver á subir el Mein hasta su nacimiento, y salir al valle de Saale por el del Mein, lo cual dependia de pasar á la derecha de la selva de Thuringe. Sin embargo, entre estos dos caminos, era mucho mas preferible el segundo por una razon importante para el plan general de Napoleon y su sistema de guerra. Cuanto mas á la derecha pasase, tantas mas probabilidades tenia de coger la vuelta á los prusianos por la izquierda, llegando al Elba mas pronto que ellos, separándolos de Sajonia, quitándoles los recursos y soldados que por ella pudieran recibir, pasando el Elba por el punto mas fácil de atravesar, apoderándose de Berlin, y por último, despues de adelantarse á los prusianos hácia el Elba, adelantarse tambien en el Oder, que era por donde los rusos podian llegar en socorro suyo. Si Napoleon conseguia este objeto, hacia una cosa parecida á lo que hizo el año anterior, cuando cogió la vuelta al general austriaco Mack, le privó de los auxilios rusos, y cortó en dos mitades las fuerzas de la

coalicion, á fin de derrotarlas una tras otra. Llegar primero al Elba y al Oder, era, pues, el gran problema que habia que resolver en aquella guerra, y para ello debia preferir Napoleon los desfiladeros que van á parar de Franconia á Sajonia, pasando á la derecha de la selva de Thuringe: esto sin contar que todas sus tropas habian sido conducidas allí, y para entrar en accion no tenian sino partir del punto en que se hallaban.

Pero lo que debia hacer sobre todo, era que los prusianos pudiesen en duda su verdadero proyecto, persuadiéndoles iba á tomar el camino de Fulde, Eisenach y Weimar, es decir, el camino central de Alemania, el que pasa á la izquierda de la selva de Thuringe. Con este fin situó parte de su ala izquierda, compuesta de los cuerpos quinto y sétimo, y mandada por los mariscales Lannes y Augereau, hácia Koenigshofen é Hildburghausen, en el Werra, para dar á entender que iba á trasladarse á la Hesse alta. Y efectivamente, esto era bastante para engañarlos; pero Napoleon no se limitó á esto, sino que quiso aumentar su incertidumbre, mandando hacer otras demostraciones por la parte de Wesfalia. La marcha del rey de Holanda, antes de la cual se hicieron correr voces falsas, tuvo este objeto; pero con todo, no se logró engañar á los prusianos hasta el punto de persuadirles que Napoleon iba á dar el ataque por Wesfalia, pues además de la presencia del ejército francés en Franconia, bastó para que penetrasen el engaño una circunstancia accesoria. La division de Dupont, que desde los combates de Haslach y Albeck, estaba separada del cuerpo principal del ejército, fué enviada hácia el bajo

Rhin, á fin de que ocupase el gran ducado de Berg; pero al aproximarse la guerra, volvió hácia Maguncia y Francfort, movimiento de derecha á izquierda que quitaba toda verosimilitud á una operacion ofensiva por la parte de Wesfalia, y hacia creer que el ataque seria, ó por el pais de Fulde, ó por Franconia, sea á izquierda, sea á derecha de la selva de Thuringe. La duda consistia en cual de estos dos caminos preferiria Napoleon, duda que este profundo calculista mantenía con gran esmero en el ánimo de los generales prusianos.

No puede formarse una idea de la agitacion que reinaba entre aquellos desgraciados generales, que reunidos en Erfurt al otro lado de la selva de Thuringe, con los ministros, el rey, la reina y la corte, se ocupaban en deliberar en una especie de confusion difícil de pintar. Las fuerzas prusianas, reunidas al principio en cada circunscripcion militar, se reconcentraron en seguida en dos masas, una en las cercanías de Magdeburgo, al mando del duque de Brunswick, y otra en las de Dresde, á las órdenes del principe de Hohenlohe. El ejército principal, trasladado de Magdeburgo á Naumburgo, situado en las orillas del Saale, y despues á Weimar y Erfurt, se hallaba en aquel momento al rededor de esta última ciudad, formado detrás de la selva de Thuringe, cubierto el frente con dicha selva, y la izquierda con las márgenes escarpadas del Saale. El duque de Weimar, con un fuerte destacamento de tropas ligeras, ocupaba la parte interior de la selva, y hacia reconocimientos, mientras que el general Ruchel formaba la derecha de aquel ejército con las tropas de Wesfalia.

Aquel ejército principal, incluyendo el cuerpo del general Ruchel, podía calcularse en noventa y tres mil hombres, y el segundo, organizado en Silesia, había marchado hacia Sajonia, para hacer que el desgraciado elector, que ni tenía interés ni afición á la guerra, para hacer, decimos, persuadiéndolo unas veces, y atemorizándolo otras, que tomase parte en ella. Así es, que despues de vacilar por espacio de mucho tiempo, prometió veinte mil sajones, que eran unos soldados bastante buenos, y entregar el puente de Dresde á los prusianos, con la condicion de que pondrian la Sajonia á cubierto de una invasion enemiga, situando en ella uno de los ejércitos de operaciones. Los veinte mil sajones no estaban prontos, y hacían esperar al príncipe de Hohenlohe, quien iba subiendo lentamente el Saale, para tomar posición frente á los desfiladeros que van á parar de Franconia á Sajonia, y de cara á las tropas francesas allí reunidas. El contingente prusiano del país de Bayreuth, mandado por el general Tanenzien, se había retirado hacia Schleitz al ver que nosotros nos acercábamos, con lo cual formaba la vanguardia del príncipe de Hohenlohe, quien con los veinte mil sajones que esperaba, y los treinta y tantos mil prusianos de Silesia, debía mandar un cuerpo de mas de cincuenta mil hombres.

A esto se reducian los dos ejércitos prusianos, consistiendo toda la reserva en un cuerpo de quince mil hombres que se hallaba en Magdeburgo, á las órdenes de un príncipe de Wurtemberg, indispuesto con su familia. A esto es preciso agregar las guarniciones de las plazas del Oder y el Vistula, que ascendian á unos veinte y cinco mil

hombres: de suerte que, contando los veinte y cinco mil sajones, los prusianos solo tenían á su disposición de ciento ochenta á ciento ochenta y cinco mil hombres, ó lo que es lo mismo, de ciento sesenta á ciento sesenta y cinco mil suyos propios (1).

Iban, pues, á contrarestarnos con ciento ochenta mil alemanes contra ciento noventa mil franceses, á quienes debian seguir dentro de poco otros cien mil, y que eran tan aguerridos, que podian presentarse en la proporcion de uno contra dos, y aun algunas veces de uno contra tres, delante de las mejores tropas europeas: esto sin ha-

(1) A continuacion verán nuestros lectores el número mas exacto, á nuestro parecer, de las fuerzas prusianas:

	Hombres.
Vanguardia al mando del duque de Weimar. . .	40,000
Cuerpo principal mandado por Brunswick. . .	66,000
Tropas de Westfalia que formaban á las órdenes del general Ruchel la derecha de Brunswick. . .	47,000
<b>Total del ejército principal. . . . .</b>	<b>93,000</b>
Cuerpo del príncipe de Hohenlohe, incluidos los sajones. . . . .	50,000
Reserva al mando del príncipe de Wurtemberg. . .	15,000
Guarniciones del Oder y el Vistula. . . . .	25,000
<b>Total de las fuerzas prusianas. . . . .</b>	<b>183,000</b>

Podemos calcular sin embargo que eran ciento ochenta y cinco mil, pues generalmente se hacia subir á mas de cincuenta mil el número de soldados que mandaba el príncipe de Hohenlohe.

blar del peso que arrojaban en la balanza el genio y la presencia de Napoleon. Era de consiguiente una locura insigne por parte de los prusianos acometer semejante lucha, aunque no contemos la falta política de una guerra entre Prusia y Francia, falta que debe recaer sobre ambas naciones. Por lo demás, los prusianos eran valientes, como siempre lo han sido los alemanes; pero desde que se concluyó la guerra de Siete Años, es decir, desde 1763, no habían figurado en ninguna guerra formal, pues aunque en 1792 intervinieron en la lucha trabada entre la Europa y la revolución francesa, esta lucha duró poco, y no fué muy encarnizada. Así es, que no habían participado de ninguno de los cambios introducidos en el espacio de quince años en el modo de organizar las tropas europeas, consistiendo para ellos el arte de la guerra en una regularidad de movimientos, que vale mucho mas en una maniobra que en un campo de batalla. Además, llevaban consigo un número de bagages, suficiente por sí solo para perder á un ejército, merced á los obstáculos que de ellos resultan en las marchas. A mayor abundamiento, los prusianos, y sobre todo los oficiales, abrigaban un orgullo estremado, orgullo que nace de una gran fuerza moral: pero con él andaba mezclado un sentimiento mucho mas noble aun, esto es un patriotismo ardiente si irreflexivo.

Su ejército pecaba no menos que por la calidad de las tropas, por la confusion de pareceres. El rey había confiado la direccion de aquella guerra al duque de Brunswick, teniendo en cuenta la fama que de antiguo disfrutaba el sobrino y discípulo de Federico el Grande; pero hay reputacio-

nes que por muy bien cimentadas que estén, pierden algunas veces los imperios. Electivamente no puede negarse el mando á los hombres que han adquirido gran nombradía, y así que se les da, conociendo el público que la gloria oculta pura insuficiencia, critica la misma eleccion que el ha impuesto, y la empeora debilitando con la critica la autoridad moral del que manda, sin considerar que la autoridad material nada vale sin ella. Esto es lo que sucedia con respecto al duque de Brunswick: los prusianos deploraban en lo general aquella eleccion, espresándose de un modo de que sería imposible hallar egemplo en otra parte, pues no parecia sino que la nacion de que vamos hablando, había nacido en el seno del ejército la libertad del pensamiento y de la palabra. El duque de Brunswick, que tenia no pocas luces, ventaja que no siempre poseen los hombres cuyo mérito ha exagerado la fama, no se creia con la aptitud necesaria para dirigir una guerra tan activa y terrible como todas las de aquella época; pero aceptó el mando porque como anciano era débil, y porque no queria tener el pesar de haberlo dejado en manos de algun rival suyo. Así es que se hallaba agoviado bajo el peso de aquella carga, y juzgando á los demas tan bien como se juzgaba á sí mismo, apreciaba en lo que valia la locura de la corte y de los nobles que secundaban sus esfuerzos, causándole no menos terror que su propia incapacidad. Al lado del duque de Brunswick se hallaba otro resto del reinado de Federico, á saber el anciano mariscal de Mollendorf, cargado de años, pero modesto, adicto á su patria, y que no egercia autoridad alguna, dando

consejos únicamente, porque como el rey estaba lleno de incertidumbre en todo y por todo, no se atrevía á tomar el mando ni se decidía á confiarlo enteramente á nadie, consultando acerca de todas las resoluciones de su estado mayor y deliberando sobre cada orden antes de permitir su cumplimiento. A la debilidad de los ancianos hay que agregar las pretensiones de los jóvenes, quienes estaban convencidos de que ellos eran los únicos que tenían talento y derecho para dirigir la guerra. El principal de ellos era el príncipe de Hohenlohe, jefe del segundo ejército, y uno de los soberanos alemanes despojados de sus estados por la confederación del Rhin. Lleno de pasiones y orgullo, adquirió en la guerra de 1792, gracias á algunos rasgos de atrevimiento que fué á coronar la fortuna con un buen éxito, la reputación de un general hábil y emprendedor, reputación muy poco merecida, pero que bastó para inspirarle la ambición de ser un jefe independiente del generalísimo, y obrar con arreglo á sus propias inspiraciones. Pidió, pues, al rey que se lo concediese, y no atreviéndose éste ni á acceder ni á resistir á sus deseos, permitió que al lado del comandante en jefe, hubiese otro secundario, mal definido, y que tendía al aislamiento y la insubordinación. Queriendo desde entonces el príncipe de Hohenlohe atraer la guerra hácia sí, hacia esfuerzos para ver de establecer el teatro de las operaciones militares en la parte alta del Saale, que era donde él se hallaba, mientras que el duque de Brunswick aspiraba á fijarlo detras de la selva de Thuringe, á donde habia ido á situarse; conflicto que debia producir consecuencias

muy tristes. Al lado de estos figuraban los declamadores, como el general Ruchel, que se propasó hasta el extremo de ofender á Mr. de Haugwitz, y el príncipe Luis, que tanto habia contribuido á inducir á la corte, decididos unos y otros á favorecer únicamente el plan que consistiese en tomar al momento la ofensiva, por temor de que hubiese un cambio en la opinion, y Federico Guillermo y Napoleon se aviniesen. Entre aquellos generales, se distinguia uno que formaba contraste con los demas: llamábase Kalkreuth, tenia menos edad que los unos, no era tan jóven como los otros, aventajaba á todos en talento, podia aun arrostrar las fatigas, aunque habia tomado una parte gloriosa en las campañas del gran Federico, gozaba con justo título la confianza del ejército, creia una extravagancia la actual guerra, juzgaba al general en jefe como un hombre incapaz, y decia su opinion con una audacia que contribuia á minar poderosamente la autoridad del generalísimo. El ejército queria que el mariscal de quien vamos hablando lo mandase, aunque tal vez no se hubiese portado mejor que el duque de Brunswick, en presencia de los franceses y de Napoleon. A estos personajes militares se habian unido varios otros civiles, como Mr. de Haugwitz, primer ministro; Mr. Lombard, secretario del rey; Mr. de Luchesi-<sup>N</sup>ni, ministro de Prusia en Paris, ademas una porción de príncipes alemanes, entre los cuales se hallaba el elector de Hesse, á quien querian aunque inútilmente, inducir á que tomase parte en la guerra, y por último, para colmo de confusion, la reina con algunas damas de su servidumbre, la reina que se presentaba á caballo á las tropas, las

cuales la victoreaban con entusiasmo. Cuando los hombres sensatos preguntaban que hacia allí aquella augusta señora, que tan mal pegaba por su rango y su sexo en un cuartel general, respondian que su energia era muy útil, que ella era quien sostenia al rey en su resolucion, de suerte que para disculpar su presencia en el ejército alegaban una razon tan fuera de propósito como esa misma presencia.

Mr. de Haugwitz, Mr. Lombard, y todos los antiguos partidarios de la alianza francesa, procuraban conseguir su perdon desaprobando su anterior conducta de un modo muy poco honroso para ellos. MM. de Haugwitz y Lombard, que tenian bastante talento para juzgar lo que estaba pasando á su vista, y que debieron retirarse cuando vieron que no predominaban las ideas de paz, para dejar á Mr. de Hardemberg las consecuencias que podian producir las ideas de guerra, se mostraban, por el contrario, muy acalorados, para que se creyese en la sinceridad de su nuevo modo de pensar, llevando su debilidad hasta calumniarse á sí mismos, pues insinuaban que su aficion á la alianza francesa tenia por objeto engañar á Napoleon, y retardar un rompimiento que previan, pero cuyo término habia mandado terminantemente alejar, el rey siempre amigo de la paz. Pasar por truanes en otro tiempo, á fin de que hoy se nos tenga por sinceros, es una conducta muy poco hábil y honrosa. Así es que lo que ganaba Mr. de Haugwitz obrando de este modo, era perder en un dia el mérito de haber seguido una política acertada, para cargar con la responsabilidad de otra desastrosa que no era suya.

Habia entonces en Alemania un escritor de folletos dotado de talento y elocuencia, enemigo declarado de Francia, y cuyas pasiones patrióticas, aunque verdaderas, no eran desinteresadas del todo, pues los gabinetes de Viena y Londres le pagaban sus diatribas. El escritor á quien aludimos era Mr. de Genz, que se ocupaba hacia muchos años en estender los manifiestos de la coalicion, y llenaba los periódicos de Europa de declamaciones virulentas contra Francia. MM. de Haugwitz y Lombard le llamaron al cuartel general prusiano para que redactase el manifiesto de Prusia, y suplicaban á aquel autor de libelos, le halagaban, le daban mil excusas, colmándole de atenciones, hasta presentarlo á la reina, y haciendo de modo que tuviese entrevistas con esta princesa. Despues de haberlo denunciado muchas veces á Francia como un cizañero vendido á Inglaterra, rogabanle en aquel momento que inflamase contra esa misma Francia todos los corazones alemanes, encargándole ademas saliese garante en Austria de su sinceridad, y los disculpase de no haber peleado antes contra el enemigo comun, asegurando que siempre le habian aborrecido.

En aquella estraña reunion de militares, príncipes, ministros, hombres y mugeres, todos los cuales se mezclaban en opinar, aconsejar, aprobar ó censurar, se discutia acerca de la política y la guerra, procurando Mr. de Haugwitz, que queria prolongar sus ilusiones, como en otro tiempo quiso prolongar su poder, persuadir á todos y á cada uno, que todo iba bien, muy bien, mucho mejor de lo que podia esperarse. Para ello se alababa de haber hallado en el Austria disposiciones su-

mamente amistosas, hablando de comunicaciones secretas que presagiaban no tardaría aquella potencia en tomar parte en la guerra; celebraba la generosidad del emperador Alejandro, publicando como noticia cierta la llegada próxima al Elba de tropas rusas; daba por adquirido el consentimiento del elector de Hesse, añadiendo iban á reunirse al ejército prusiano treinta mil hessenses, que eran los mejores soldados de la confederacion; y por último, anunciaba la repentina reconciliacion de Prusia con Inglaterra, y la salida de un plenipotenciario británico para el cuartel general prusiano. Mr. de Haugwitz no podia creer sin embargo en la veracidad de estas noticias, pues sabia que acordándose Austria de la conducta que con ella habian observado, solo se uniria á Prusia el dia en que Napoleon fuese vencido, es decir, cuando ya no la necesitase; que las tropas rusas llegarían al Elba dentro de tres ó cuatro meses, es decir, cuando ya se hubiese decidido la cuestion; que el elector de Hesse, siempre astuto, aguardaba para declararse el éxito de la primera batalla que se diese; que Inglaterra, en fin, cuya reconciliacion con Prusia era cierta efectivamente, solo podia suministrar dinero, cuando lo que ella necesitaba era soldados para oponerlos á los terribles guerreros que mandaba Napoleon. Sabia que la cuestion consistia en vencer con el ejército prusiano, reducido á sus propias fuerzas, enervado con el tiempo que llevaba de paz, y mandado por un viejo, al ejército francés, que en el espacio de quince años no habia hecho otra cosa sino conseguir victorias, y militaba á las órdenes de un hombre como Napoleon, pero procuraba engañarse á

si mismo y engañar á los demas un dia, una hora siquiera, y esparcia voces á que no daba crédito, esforzándose en querer cubrir con algunas sombras el precipicio hácia que caminaban.

No era mejor la disposicion de ánimo en que se hallaban para discutir los planes de campaña, pues todo lo que habian deducido de las grandes lecciones de arte militar que Napoleon habia dado á Europa, es que era preciso tomar la ofensiva sin detencion alguna, derrotar á los franceses con sus propias armas, es decir, con la audacia y la celeridad, y como Prusia no era capaz de sufrir por mucho tiempo los gastos de un gran armamento, hacer por acabar de una vez, dando una batalla decisiva con todas las fuerzas de la monarquia. Formalmente estaban persuadidos, á pesar de lo de Austerlitz, Hohenlinden, y otras cien batallas campales, que los franceses por su prontitud en el obrar y su destreza, eran á propósito mas que nada para la guerra de parada, pero que en una accion general en que jugasen grandes masas, podría mas que su agilidad la táctica tan sólida como bien entendida del ejército prusiano. Para ser escuchado favorablemente, se necesitaba allí hablar de guerra ofensiva, y si hubiese habido uno que se presentase con un plan de guerra defensiva, por muy bien razonado que fuese; si alguno hubiera invocado las reglas eternas de la prudencia para decir que á un enemigo de tanta experiencia, tan impetuoso é invencible hasta entonces, era preciso oponer el tiempo, el espacio y obstáculos naturales perfectamente escogidos, sabiendo esperar la ocasion, que la fortuna no concede á los hombres temerarios que se anticipan á ella, ni á

los tímidos que evitan su encuentro, sino á los que se aprovechan de ella así que se presenta; cualquiera que se hubiese atrevido á dar semejantes consejos, habria pasado por un cobarde ó un traidor vendido á Napoleon. Sin embargo, como entonces no podia hacer frente el ejército prusiano al francés, el simple buen sentido aconsejaba que presentasen á Napoleon obstáculos que no fuesen pechos de soldados. Estos obstáculos, segun ya podia verse, y la esperiencia reveló bien pronto, eran la distancia, el clima y la reunion de fuerzas rusas y alemanas en los bajos helados del Norte, no dejando, con marchar hácia adelante, que Napoleon se ahorrase la mitad de la distancia; que la guerra se trasladase á un clima templado, y que se aprovechase de la ventaja de pelear contra los prusianos antes de que llegaran los rusos. Lo que convenia sobre todo, tratandose como se trataba de un enemigo tan listo, tan diestro y tan hábil en aprovecharse de un movimiento falso, era no esponerse, tomando una posición demasiado avanzada, á ser cortados en su línea de operacion, separados del Elba ó del Oder, envueltos y destruidos desde el momento de principiar la guerra. Los austriacos, á quienes tanto habian criticado el año anterior, debian haber servido de leccion, é impedido con el recuerdo de sus descalabros, que los alemanes fuesen sorprendidos, derrotados y desarmados por segunda vez, antes de que llegaran á socorrerlos sus aliados del Norte.

Así, pues, enseñaba la prudencia que, en vez de avanzar hácia los bosques cubiertos de arbolado que separan el valle del Elba del del Rhin, se mantuviesen simplemente en masa detras del El-

ba, única barrera que podia contener á los franceses, les disputasen el paso del mejor modo posible, luego el Elba pasado ya por ellos, se retirasen al Oder, y del Oder al Vistula, hasta reunirse con los rusos, procurando dar acciones parciales, que sin comprometerles hubieran hecho que los prusianos se acostumbraesen de nuevo á la guerra, costumbre que habian perdido hacia mucho tiempo. Cuando se hubiesen reunido ciento cincuenta mil prusianos con otros ciento cincuenta mil rusos, en las llanuras pantanosas unas veces y heladas otras de Polonia, hubiera tenido Napoleon, y no de otro modo, que luchar con serias dificultades.

Repetimos que no se necesitaba genio, sino simplemente buen sentido para concebir semejante plan; además de que habia un francés, un gran general, Dumouriez, en fin, que en otro tiempo salvó á Francia contra ese mismo duque de Brunswick, y que depravado despues en el destierro, procuraba aconsejar á nuestros enemigos, sin que estos le oyesen, que enviaba memorias y mas memorias á los gabinetes europeos, para manifestarles que el medio mas seguro de luchar contra Napoleon, era oponerle las distancias, el clima, el hambre y las ruinas. Tan cierto estaba de ello el mismo Napoleon que cuando supo que los prusianos avanzaban mas allá del Elba, se negó á creerlo al principio (1).

Es verdad que de adoptar semejante plan, se perdía la cooperacion de Hesse y Sajonia, se abandonaba á merced del enemigo sin pelear las pro-

(1) A continuacion verán nuestros lectores parte de una car-

vincias mas bellas de la monarquía, así como los recursos que tanto abundaban en aquellas provincias, y se comprometia el honor de las armas con una retirada tan brusca; pero estas objeciones, graves á no dudar, eran mas especiosas que verdaderas. Efectivamente, la Hesse no queria ponerse en manos de hombres que llevaban estampado en la frente el sello de la derrota, y veinte mil sajones no valian la pena de sacrificar por ellos un buen sistema de guerra. En cuanto á las

ta que revela el modo de pensar de Napoleón acerca de esto:

*Al mariscal principe de Neufchatel.*

Saint-Cloud 24 de setiembre de 1806.

Mi querido primo: os envío copia de las órdenes que he dado para que el ejército se ponga en movimiento, copia que os dirigí el día 20 del que corre por la mañana, y que siento no haberos enviado doce horas despues de haber salido mi correo de 20 de setiembre, porque pudo haber sido interceptado. Sin embargo, no tengo motivos para temerlo, y el 24 al medio día, debéis haber recibido mi primer correo del 20. Cuando esta carta llegue á vuestras manos, que sin duda será el 27, habrá recibido órdenes el mariscal Soult para que se ponga en marcha el 26; y como se necesitan tres ó cuatro días de camino para ir á Amberg, podrá estar allí el 30, aunque se le ha mandado que no llegue hasta el día 3 del mes entrante. Os espido, pues, la presente, que recibireis el 27 para que aceleréis el movimiento del mariscal Soult. *Importa mucho que llegue pronto á Amberg, pues el enemigo está en Hof, estravagancia de que no le creia capaz, figurándome que permanecería á la defensiva á lo largo del Elba...*

NAPOLÉON.

provincias que tenían escrúpulo en abandonar iban á perderse de grado ó por fuerza así que Napoleón hiciese un movimiento ofensivo, y habiendo como le habian visto recorrer el Austria á pasos de gigante, sin que le detuvieran montes ni rios, era una puerilidad contar con el espacio. Esas líneas de la selva de Thuringe, el Elba y el Oder, que temian tener que entregar, iba á arrebatárselas Napoleón con solo una manobra, sin que pudieran irse retirando por grados, antes, por el contrario, perdiendo segun ellos mismos conocian, además de las provincias comprendidas en aquellas líneas, el ejército, es decir, la monarquía. Por lo que hace en fin al honor de las armas, era preciso tener en poco las apariencias, pues nunca ha comprometido la reputacion de un ejército una retirada que pueda atribuirse á cálculo.

A mayor abundamiento, ninguna de estas ideas se habia discutido en el tumultuoso consejo donde deliberaban acerca de las operaciones de la próxima guerra el rey, los principes, los generales y los ministros. Reinaba en él tal entusiasmo que solo se permitia discutir acerca de planes ofensivos, y todos estos planes tendian á llevar el ejército prusiano á Franconia, esto es á donde estaba acantonado el ejército francés, para ver de sorprenderlo, y rechazarlo hacia el Rhin, antes de que tuviese tiempo de reconcentrarse.

El plan que mas convenia á la prudencia del duque de Brunswick, era permanecer agazapado detras de la selva de Thuringe, y esperar en aquella posicion á que Napoleón desembocase por un lado ú otro de dicha selva, esto es por los desfiladeros que de Franconia van á parar á Sajonia, ó por el

camino central de Alemania, que va de Francfort á Weimar. En el primer caso, hallándose los prusianos á la derecha de la selva de Thuringe, y teniendo cubierto el frente con Saale, no tenían que hacer otra cosa sino dejar que Napoleon avanzase, pues si les embestia antes de ir mas lejos, ellos le oponian las orillas del Saale, casi imposibles de pasar delante de un ejército de ciento cuarenta mil hombres, y si corría hácia el Elba, iban en su seguimiento, siempre protegidos por esas mismas orillas. Si, por el contrario, aunque esto era lo menos probable, teniendo en cuenta el sitio escogido para la reunion principal de las tropas de Napoleon, atravesaba toda la Franconia para ganar el camino central de Alemania, la travesia era tan larga, que tenían tiempo para reunirse en masa, y escoger terreno á propósito para dar la batalla, en el momento en que desembocase de los montes. A no adoptar desde luego para primer teatro de guerra defensiva la linea del Elba, lo mejor que habia que hacer seguramente era situarse detras de la selva de Thuringe, como habia dispuesto el duque de Brunswick.

Pero aunque este era su parecer, no se atrevió á proponerlo, y dejándose llevar del impulso general, imaginó un plan de guerra ofensiva, mientras que el príncipe de Hohenlohe, que era quien solia contradecirle, imaginaba otro. Para tomar la posicion que ocupaban, habia salido de Magdeburgo el duque de Brunswick, y el de Hohenlohe de Dresde, volviendo á subir el primero por la orilla izquierda del Saale, y el segundo por la derecha; de suerte que, siguiendo el sistema de la guerra ofensiva, se podia pasar como ya hemos di-

cho, por un lado ú otro de la selva de Thuringe, ó volver á subir por la parte alta del Saale, y atravesar los desfiladeros que ponen en comunicacion á Sajonia con Franconia, delante de los cuales iban reuniéndose entonces los franceses, ó bien dirigirse al lado opuesto, atravesar la Hesse alta y marchar de Eisenach hácia Fulde, Schweinfurt y Wurtzburgo. Queriendo el príncipe de Hohenlohe hacer el principal papel, proponia que el duque de Brunswick se quedase en el sitio donde se hallaba, mientras él volvía á subir por la parte alta del Saale, pasaba los desfiladeros de Franconia, caía sobre el Mein alto, sorprendía á los franceses apenas reunidos, y los rechazaba hácia el Mein bajo, sobre Wurtzburgo, Francfort y Maguncia. Una vez empezadas á ser rechazadas las tropas francesas, el duque de Brunswick se uniría á él, por cualquier camino que fuese, para acabar de derrotar á los franceses con las fuerzas prusianas en masa.

El duque habia formado el proyecto de obrar por la parte opuesta, dirigirse hácia adelante por Eisenach, Fulde, Schweinfurt y Wurtzburgo, es decir por el camino central de Alemania, caer sobre el mismo Wurtzburgo, y cortar de este modo á los franceses que se hallaban en Franconia, el camino de Maguncia. Este proyecto valia mas que el otro seguramente, pues mientras que el príncipe de Hohenlohe, con proponer que desembocasen hácia el Mein alto, hubiera replegado á los franceses hácia el Mein bajo, de Coburgo á Wurtzburgo, y hecho que al replegarse se reuniesen, el duque de Brunswick, por el contrario, con dirigirse hácia el mismo Wurtzburgo, hubiera cortado á los franceses que se hallaban en el Mein alto de los

que estaban en el bajo, interponiéndose entre Wurtzburgo que era el punto centrico donde iban reuniéndose, y Maguncia que era su base de operaciones: esto sin contar que hubiera obrado con ciento cuarenta mil hombres reunidos, é intentado la ofensiva con las fuerzas que para ello son necesarias á todo el que se atreve á tomarla. Empero, cualquiera que fuese el plan que adoptasen, era preciso para que hubiese probabilidades de buen éxito, en primer lugar, que el ejército prusiano fuese, ya que no igual en mérito al francés, capaz á lo menos de sufrir un choque con él; y en segundo, que se anticipasen á Napoleon, sorprendiéndole antes que concentrase sus fuerzas hácia Wurtzburgo. Ahora bien, el duque de Brunswick mandó emprender el movimiento el día 10 de octubre, y Napoleon se hallaba en Wurtzburgo el 3, á la cabeza de sus fuerzas reunidas, y en estado de poder hacer frente á todo cuanto sobreviniera.

Mientras que disputaban de este modo acerca de planes ofensivos que se fundaban en el ridículo supuesto de sorprender á los franceses el día 10 de octubre, cuando Napoleon se hallaba el 3 en medio de sus tropas reunidas, supieron su llegada á Wurtzburgo, empezando á columbrar á donde tendian sus disposiciones. Entonces conocieron que habian hecho mal en calcular su actividad por la de que ellos se sentian dotados, y el duque de Brunswick, que si no tenia el golpe de vista, la resolucion y la actividad propias de un gran general, estaba no obstante muy acostumbrado á ver las cosas bajo su verdadero aspecto, conoció mas que ninguno lo peligroso que era ir á afrontarse con el ejército francés ya reunido, y

teniendo á Napoleon á su cabeza. Desde aquel mismo instante, pues, renunció á proyectos de ofensiva, concebidos por condescendencia, y se fijó mas y mas en que debía permanecer en la posición ofensiva tomada detrás de la selva de Thuringe, esforzándose en querer demostrar á cuantos le rodeaban las ventajas de aquella posición, y repitiéndoles que si Napoleon pasaba por Kœnigshofen, Eisenach, Gotha y Erfurt, con lo cual iba á parar á Alemania por la carretera central, podian cogerle por el flanco, en el momento en que desembocase por los montes; y si, por el contrario, se presentaba en los desfiladeros que van á parar de Sajonia á Franconia, hácia la parte alta del Saale, podian ocupar el curso de este rio, y esperarle á pie firme detrás de sus escarpadas orillas. Otras razones tenia el duque que no confesaba, para preferir decididamente aquella posición: allá en el fondo de su corazón censuraba la guerra, y acababa de descubrir con no poco regocijo una probabilidad de conjurarla. A creer lo que decian los espías, Napoleon habia mandado hacer grandes obras defensivas hácia Schweinfurth, en el camino que va desde Wurtzburgo á Kœnigshofen y Eisenach, y aunque era verdad que deseando engañar Napoleon á los prusianos dispuso se hiciesen obras en diferentes direcciones, especialmente en la de Schweinfurth, Kœnigshofen, Hildburghausen y Eisenach, el duque de Brunswick deducia de esto, no que Napoleon pensaba presentarse por la carretera central que va de Francfort á Weimar, sino que queria situarse al rededor de Wurtzburgo, y tomar allí una posición defensiva. Las conferencias que te-

nia con Mr. de Lucchesini, contribuían también á que se persuadiese de ello, pues aquel embajador, que dos meses antes enfureció en mala hora con noticias exageradas á su gabinete, mezclando entonces algunas verdades con muchas mentiras, afirmaba que Napoleón no deseaba la guerra, que sin duda alguna había tratado á Prusia ligeramente, pero que nunca había alimentado contra ella ningún proyecto de agresión, y que sería muy posible fuese á situarse en Wurtzburgo, para esperar allí detrás de buenos atrincheramientos las últimas esplicaciones del rey Federico Guillermo.

Ya era tarde para atreverse á manifestar aquella verdad, así como escogían para manifestarla el instante en que dejó de ser esacta, pues si antes de dejar á París, se inclinaba Napoleón algún tanto á la guerra, y estaba dispuesto á poner término á sus diferencias con Prusia por medio de algunas esplicaciones amistosas, ahora que se hallaba á la cabeza del ejército, y medio había sacado la espada de la vaina, iba á sacarla del todo, y á obrar con su natural presteza. Nada más lejos de su carácter que pensar en situarse delante de Wurtzburgo, en una posición defensiva; pero de aquel proyecto malamente atribuido á Napoleón, y de las noticias dadas por Mr. de Lucchesini, deducía el duque de Brunswick con júbilo que era una cosa posible evitar la guerra, sobre todo si tenía la precaución de quedarse detrás de la selva de Thuringe, y de dejar entre ambos ejércitos este obstáculo para un encuentro.

El rey, aunque no lo decía, era del mismo modo de pensar, y así convocó el día 5 de octubre en Erfurt un consejo de guerra, al cual asistieron el

duque de Brunswick, el príncipe de Hohenlohe, el mariscal de Mollendorf, muchos oficiales de E. M., los gefes de los cuerpos, el rey y los ministros. Dicho consejo duró dos días cabales, y el duque propuso se ventilase en él la cuestión de si era prudente ir á buscar á Napoleón en una posición inatacable, no teniendo, como en el primer proyecto de ofensiva, esperanzas de sorprenderle. Sobre este punto se disputó larga y acaloradamente, procurando inculcar el príncipe de Hohenlohe por medio del gefe de su E. M., la idea de operar por la parte alta del Saale, y pasar los desfiladeros, en cuya entrada había reunido Napoleón sus tropas; pero el duque de Brunswick combatió semejante idea, dando á conocer de nuevo las ventajas de la posición tomada detrás de la selva de Thuringe. De este modo sostuvieron los dos generales en gefe por medio de los oficiales de su E. M. una lucha obstinada, sin que se pusieran de acuerdo sobre ningún punto. Mientras el duque de Brunswick altercaba con el príncipe de Hohenlohe, Mr. de Haugwitz disputaba con Mr. de Lucchesini, y sostenía, á propósito de las disposiciones pacíficas que se atribuían á Napoleón, que ya no era tiempo de contar con ellas. No solo chocaron las ideas, sino las pasiones, y el general Ruchel volvió á insultar á Mr. de Haugwitz, de suerte que aquel debate sirvió para aumentar la oscuridad que reinaba en aquellas cabezas y el resentimiento que abrigaban aquellos corazones. El rey sobre todo, que procuraba de buena fé ilustrarse, porque no se atrevía á fiarse en sus luces, y conocía lo inminente del peligro, se afligió profundamente. En cuanto á la generalidad de los

que asistieron al consejo, viendo que no habia posibilidad de fijarse en una cosa, y deseando conocer mejor las verdaderas resoluciones de Napoleon, convino en el proyecto de hacer un reconocimiento general, reconocimiento que debian ejecutar simultáneamente los tres cuerpos principales de ejército que mandaban el príncipe de Hohenlohe, el duque de Brunswick y el general Ruchel, pero el rey modificó el proyecto, reduciendo los tres reconocimientos á uno solo, que debia dirigir el coronel Muffling, oficial de E. M. del duque de Brunswick, hácia el camino que va de Eisenach á Schweinfurth, que era por donde Napoleon hacia, al parecer, algunos preparativos de defensa. Al príncipe de Hohenlohe se le dió orden de que siguiese reconcentrando el ejército de Silesia, en la parte alta del Saale; dejando al general Tauenzien con el destacamento de Bayreuth, en observacion hácia los desfiladeros de Franconia, á cuya medida militar hay que añadir otra política, que fué enviar á Napoleon una nota definitiva, manifestándole la resolucion irrevocable de la corte de Prusia. En aquella nota debia esponerse las relaciones que habian existido entre ambas cortes, lo mal que Francia habia pagado el buen modo de proceder de Prusia, y la obligacion en que se hallaba el gabinete de Berlin de exigir una esplicacion acerca de todos los intereses que se ventilaban, y á la cual precediera un paso que tranquilizase á Alemania, es decir, la retirada de las tropas francesas aquende el Rhin, retirada que debian emprender el dia 8 de octubre.

Si es que deseaban la paz, la nota proyectada era seguramente muy mal medio para mantener-

la, pues era desconocer de un modo extraño el carácter de Napoleon, intimarle que se retirase en dia fijo. Empero, mientras que el duque de Brunswick y el rey, procuraban encontrar alguna probabilidad de paz, permaneciendo detrás de la selva de Thuringe, se veian obligados para contentar á los furiosos que querian la guerra, á hacer algunas demostraciones aparentes de arrogancia, sometiéndose á los caprichos de un ejército que se habia convertido en muchedumbre popular, y gritaba, hácia exigencias y mandaba, como hace la muchedumbre cuando se le entregan las riendas del poder.

Así es como gastaban el tiempo los prusianos mientras Napoleon lo invertia por su parte en preparativos tan bien concebidos y con tanta actividad ejecutados. Sin detenerse en Wurtzburgo, se trasladó á Bamberg, retardando su entrada en Sajonia hasta saber el *ultimatum* de Prusia, para que pesase sobre ella y no sobre él la culpa de la agresion. Su derecha, compuesta de los mariscales Soult, y Ney, estaba delante de Bayreuth, dispuesta á desembocar por el camino que va de Bayreuth á Hof, hácia la parte alta del Saale. El centro, formado con los cuerpos de los mariscales Bernadotte y Davout, precedido de la caballeria de reserva, y seguido de la guardia de á pie, se hallaba en Kronach, esperando ordenes para avanzar por Lobenstein hácia Saalburgo y Schleitz. La izquierda, que se componia de los cuerpos de los mariscales Lannes y Augereau, hacia hácia Hildburghausen demostraciones falsas, y á la primera señal debia dirigirse de la izquierda á la derecha, esto es de Coburgo á

Neustadt, á fin de desembocar por Grafenthal en Saalfeld. Aquellas tres columnas tenian que recorrer los desfiladeros angostos, cercados de árboles y herizados de rocas, que ponen en comunicacion á Franconia con Sajonia, y van á parar á la parte alta del Saale: con todo aun no habiamos pasado la frontera de Sajonia, y seguíamos en el territorio franconiano, con el pie levantado para echar á andar. Es verdad que no se habia reunido toda la guardia imperial, que faltaba la caballeria y artilleria de dicha guardia, las cuales no habian podido viajar en posta como la infanteria, y que tampoco habian llegado las compañías preferentes y el gran parque; pero Napoleón tenia ya bajo su mando 170,000 hombres, número mas que suficiente para derrotar al ejército prusiano.

El dia 7 recibió la nota de Prusia, y se enfureció en extremo, diciendo al general Berthier, que estaba con él:—Príncipe, acudiremos á la cita con exactitud, y el dia 8 estaremos en Sajonia, en vez de estar en Francia.—En seguida dirigió á su ejército la siguiente proclama:

#### SOLDADOS:

«Estaba dada la orden para que volviéseis á Francia; os ibais acercando á ella; debiais ser festejados por los triunfos que habeis conseguido; pero cuando nos abandonabamos á esta seguridad con demasiada confianza, se urdian nuevas tramas bajo la máscara de amistad y alianza.

En Berlin han resonado gritos de guerra: el mismo espíritu de vértigo que á favor de nuestras disensiones intestinas, condujo hace catorce años á los prusianos á las llanuras de Champaña, domina hoy en sus consejos. Ya no quieren destruir á Paris hasta en sus cimientos, sino plantar sus banderas en las capitales de nuestro aliados, y arrancar de nuestra frente los laureles que la ciñen! Quieren que evacuemos á Alemania en presencia de su ejército.... Soldados, entre vosotros no hay uno que quiera volver á Francia por otro camino que el del honor; y solo debemos entrar en ella bajo arcos triunfales. ¿Habremos despreciado el furor de las estaciones, la cólera de los mares y la soledad de los desiertos, habremos vencido tantas veces á la Europa coligada contra nosotros, y llevado nuestra gloria de Oriente á Occidente, para volver hoy á nuestra patria como desertores, despues de haber abandonado á nuestros aliados, para oír decir que el águila francesa ha huido asustada de las águilas prusianas? ¡Desgraciados de los que nos provocan! ¡Que los prusianos sufran la misma suerte que hace catorce años! que sepan que si es fácil adquirir señorios y poder con la amistad de un gran pueblo, su enemistad es mas terrible que las tempestades del Océano.»

Al dia siguiente 8 de octubre, mandó Napoleón que todo el ejército pasase la frontera de Sajonia, y las tres columnas de que se componia, se pusieron en movimiento á un mismo tiempo. Murat que precedia al centro, fué el primero que entró á la cabeza de la caballeria ligera y del 27 de

Neustadt, á fin de desembocar por Grafenthal en Saalfeld. Aquellas tres columnas tenian que recorrer los desfiladeros angostos, cercados de árboles y herizados de rocas, que ponen en comunicacion á Franconia con Sajonia, y van á parar á la parte alta del Saale: con todo aun no habiamos pasado la frontera de Sajonia, y seguíamos en el territorio franconiano, con el pie levantado para echar á andar. Es verdad que no se habia reunido toda la guardia imperial, que faltaba la caballeria y artilleria de dicha guardia, las cuales no habian podido viajar en posta como la infanteria, y que tampoco habian llegado las compañías preferentes y el gran parque; pero Napoleón tenia ya bajo su mando 170,000 hombres, número mas que suficiente para derrotar al ejército prusiano.

El día 7 recibió la nota de Prusia, y se enfureció en extremo, diciendo al general Berthier, que estaba con él:—Príncipe, acudiremos á la cita con exactitud, y el día 8 estaremos en Sajonia, en vez de estar en Francia.—En seguida dirigió á su ejército la siguiente proclama:

#### SOLDADOS:

«Estaba dada la orden para que volviéseis á Francia; os ibais acercando á ella; debiais ser festejados por los triunfos que habeis conseguido; pero cuando nos abandonabamos á esta seguridad con demasiada confianza, se urdian nuevas tramas bajo la máscara de amistad y alianza.

En Berlin han resonado gritos de guerra: el mismo espíritu de vértigo que á favor de nuestras disensiones intestinas, condujo hace catorce años á los prusianos á las llanuras de Champaña, domina hoy en sus consejos. Ya no quieren destruir á Paris hasta en sus cimientos, sino plantar sus banderas en las capitales de nuestro aliados, y arrancar de nuestra frente los laureles que la ciñen! Quieren que evacuemos á Alemania en presencia de su ejército.... Soldados, entre vosotros no hay uno que quiera volver á Francia por otro camino que el del honor; y solo debemos entrar en ella bajo arcos triunfales. ¿Habremos despreciado el furor de las estaciones, la cólera de los mares y la soledad de los desiertos, habremos vencido tantas veces á la Europa coligada contra nosotros, y llevado nuestra gloria de Oriente á Occidente, para volver hoy á nuestra patria como desertores, despues de haber abandonado á nuestros aliados, para oír decir que el águila francesa ha huido asustada de las águilas prusianas? ¡Desgraciados de los que nos provocan! ¡Que los prusianos sufran la misma suerte que hace catorce años! que sepan que si es fácil adquirir señorios y poder con la amistad de un gran pueblo, su enemistad es mas terrible que las tempestades del Océano.»

Al día siguiente 8 de octubre, mandó Napoleón que todo el ejército pasase la frontera de Sajonia, y las tres columnas de que se componia, se pusieron en movimiento á un mismo tiempo. Murat que precedia al centro, fué el primero que entró á la cabeza de la caballeria ligera y del 27 de

ligeros, y lanzó sus escuadrones por el desfiladero del medio, esto es por el que va de Kronach á Lobenstein. Apenas llegó mas allá de los montes cubiertos de arbolado que separan á Franconia de Sajonia, envió sobre la derecha hácia Hof, y sobre la izquierda hacia Saalfeld, varios destacamentos, á fin de que despejasen los puntos por donde debían penetrar las demas columnas del ejército; y en seguida marchó rectamente de Lobenstein hácia Saalburgo. Allí encontró apostada en el Saale una partida de infantería y caballería, perteneciente al cuerpo del general Tauenzien, partida que hizo ademan de querer defender el Saale, el cual es un obstáculo de poca importancia en aquella parte de su curso, haciendo varios disparos de cañon contra nuestros ginetes. Contestámosles con algunas piezas de artillería ligera, que por lo regular siempre iban con la caballería de reserva y luego les presentamos varias compañías de infantería del 27 de ligeros; mas sin defender el paso del Saale, ni á Saalburgo se retiró hácia Schleitz, situado á alguna distancia del sitio en que habian tenido aquel primer encuentro. Por la parte de Hof, sobre nuestra derecha, nada descubrió la caballería que pudiera embarazar la marcha de los mariscales Soult y Ney, bastante fuertes por otra parte para abrirse paso. A la izquierda, por el contrario, hácia Saalfeld, descubrió á lo lejos fuerzas de consideracion, al mando del príncipe Luis. Aquellos dos cuerpos del general Tauenzien y el príncipe Luis formaban parte del ejército del príncipe de Hohenlohe, que á pesar de haber recibido orden terminante de pasar á la orilla izquierda del Saale,

y de ir á apoyarse en el duque de Brunswick, andaba remiso en obedecer, y seguia diseminado por el pais montuoso que el Saale atraviesa en su nacimiento.

Las tres columnas del ejército francés siguieron avanzando simultáneamente por los desfiladeros indicados, aunque quedándose algo detras de la izquierda, porque tenia que volver á subir de Coburgo á Grafenthal, lo cual la obligaba á andar doce leguas por caminos poco á propósito para la artillería. Por lo demas ningun obstáculo sério paralizaba la marcha de nuestras tropas, cuyo espíritu era excelente, manifestandose el soldado sumamente alegre, y no haciendo caso de algunos trabajos, inevitables en un pais pobre y escabroso. La victoria, pues no dudaban alcanzarla, era para nuestras tropas el mejor desquite que pudieran tener de sus males.

Al dia siguiente 9 de octubre, dejó el centro á Saalburgo, y avanzó hácia Schleitz, despues de pasar el Saale; yendo á la cabeza Murat, con dos regimientos de caballería ligera, y Bernadotte, con la division de Drouet. A eso de medio dia llegaron delante de Schleitz, aldea situada sobre un corto manantial de agua que se llama Wiesenthal, y desagua en el Saale. Al pie de una altura que está mas allá de Schleitz y de Wiesenthal, se descubria formado en batalla el cuerpo del general Tauenzien, dando la espalda á dicha altura desplegada la infantería, dispuesta la caballería sobre las alas, y con la artillería al frente, siendo su número al parecer ocho mil infantes y dos mil caballos. Napoleon, que habia pasado la noche en las cercanias de Saalburgo, acudió allí al ins-

tante, y á la vista del enemigo mandó dar el ataque, dirigiendo en consecuencia el mariscal Bernadotte algunas compañías del 27 de ligeros, mandadas por el general Maison, sobre Schleitz. El general Tauenzien, supo que el grueso del ejército francés seguía á aquella vanguardia, y no pensó en defender el terreno que ocupaba, contentándose con reforzar el destacamento que guardaba á Schleitz, á fin de ganar tiempo para retirarse con un corto combate de retaguardia. El general Maison entró en Schleitz con el 27 de ligeros, y rechazó á los prusianos; mientras que los regimientos número 94 y 95 de línea, de la division de Drouet, pasaban el Wiesenthal, uno mas abajo de Schleitz, y otro por el mismo Schleitz, contribuyendo á precipitar la retirada del enemigo, el cual se dirigió hacia las alturas situadas detras de la referida aldea. Los nuestros le persiguieron rápidamente sobre aquellas alturas, y así que llegaron á la cima, siguieron su alcance cuesta abajo por la parte opuesta. Murat, con los húsares del regimiento número 4.º y los cazadores del 5.º (este último se quedó un poco detras), estrechó de cerca á la infantería enemiga, que iba escoltada por dos mil caballos; pero al ver las pocas fuerzas de que disponia Murat, se arrojaron sobre él algunos escuadrones prusianos. Murat les salió al encuentro, los cargó sable en mano, á la cabeza de los húsares del 4.º y los rechazó; pero atacado á poco por una caballería mayor en número, llamó á toda prisa á los cazadores del 5.º así como á la infantería ligera del general Maison, que aun no habian podido unirsele. En este intervalo sufrió varias cargas, que sostuvo con su acostumbrado

valor; mas afortunadamente acudieron á galope los cazadores del 5.º, se reunieron con los húsares del 4.º y dieron á su vez una carga vigorosa. El general Tauenzien quiso desembarazarse de aquellos dos regimientos de caballería ligera, y lanzó sobre ellos los dragones encarnados de Sajonia así como los húsares prusianos; pero en aquel momento llegaron cinco compañías del 27 de ligeros, mandadas por el general Maison, quien no teniendo tiempo para formarlas en cuadro, mandó que pasasen á fin de cubrir de el flanco nuestra caballería, y despues ordenó hacer á boca de jarro un fuego tan certero, que derribó en el suelo á doscientos dragones encarnados. Entonces toda la caballería prusiana tomó la huida, y Murat corrió tras ella con los húsares del 4.º y los cazadores del 5.º, rechazando en completo desórden hasta los bosques á la caballería é infantería del general Tauenzien. El enemigo se retiró de prisa y corriendo, dejando sembrados los caminos de fusiles y gorras, y en nuestro poder cuatrocientos prisioneros ademas de trescientos muertos y heridos. Empero el efecto moral de aquel combate fué mucho mayor que el efecto material, pues los prusianos pudieron ver con qué soldados se las habian. Si Murat, como Napoleon observó muy bien, hubiese tenido á mano alguna mas caballería, no se hubiera visto tan obligado á pagar con su persona, y los resultados hubieran sido de mas importancia (1).

(1) *Al gran duque de Berg y de Clèves, en Schleitz.*

Cuartel general imperial y real, 10 de octubre de 1806 á las 5 de la mañana.

El general Rapp me ha manifestado el feliz resultado del

Napoleon quedó muy contento de aquel combate, que probaba lo poco temible que era la caballería prusiana, á pesar de lo bien equipada que estaba y lo bien que sabia manejar sus caballos, para sus fuertes peones y audaces ginetes. Por lo demas estableció su cuartel general

encuentro de ayer, y creo que no tenéis á mano bastante caballería reunida. Si la disemináis toda no os quedará nada, cuando tenéis á vuestras órdenes seis regimientos. Os habia encargado que á lo menos enviáseis á mano cuatro, y sin embargo ayer solo os vi con dos. Hoy no son tan importantes los reconocimientos sobre la derecha, pues como el mariscal Soult llega á Plauen, es preciso reconocer con fuertes destacamentos las cercanías de Posneck y Saalfeld, para saber lo que por allí sucede. Anoche llegó á Grafenthal el mariscal Lannes, y mañana atacará á Saalfeld: ya sabéis, pues, cuanto me importa conocer en el mismo dia el movimiento sobre Saalfeld, á fin de que si el enemigo ha reunido allí mas de veinte y cinco mil hombres pueda enviar refuerzos por Possheim y cogorlos por la cola. He mandado que las divisiones de Dupont y Beaumont se trasladan hácia Schleitz, y es preciso, por lo que pueda suceder, reconocer una buena posición delante de aquella aldea que pueda servir para campo de batalla en que jueguen mas de ochenta mil hombres. Esto no debe impedirlos que al rayar el dia envíeis tropas, y no en corto número, para que hagan un reconocimiento hácia Auma y Posneck, disponiendo que las apoye Drouet con su division. El mariscal Davout con la primera estará en Saalburgo, las otras dos delante, cerca de Obersdorf, y su caballería ligera, mas adelante aun, mientras que el mariscal Ney irá á situarse en Tanna. Vuestra tarea debe reducirse hoy á aprovechar la jornada de ayer para recoger mas prisioneros y todas las noticias que se puedan adquirir, y á hacer un reconocimiento sobre Auma y Saalfeld, á fin de saber de un modo positivo cuales son los movimientos del enemigo.

NAPOLEON.

en Schleitz, á fin de esperar allí el resto de la columna del centro, y sobre todo para que la derecha, mandada por los mariscales Ney y Soult, y la izquierda, conducida por Lannes y Augereau, tuviesen tiempo de pasar los desfiladeros, y de ir á formarse en batalla sobre las alas. Segun lo que veia, y le contaban sus espías, los cuales ballaban el país cubierto de columnas separadas, creia que acababa de sorprender al enemigo al tiempo de emprender un movimiento de reconcentracion, y que iba á turbarse y no poco en sus operaciones. Segun los partes del ala derecha, mandada, como ya hemos dicho, por los mariscales Soult y Ney, no tenian delante gente enemiga, y apenas veian algunos destacamentos de caballería que se alejaban al acercarse ellos. Por el contrario, de la izquierda enviaban partes en que se decia que en Saalfeld habia un cuerpo, á cuyo frente debia llegar el mariscal Lannes al dia siguiente, por lo cual dedujo Napoleon que el enemigo se retiraba hácia el Saale, dejando abierta la carretera de Dresde. Por lo que hace á él, estaba resuelto, no á penetrar en ella antes de haber derrotado á los prusianos, sino á derrotarlos sin tardanza, ora le saliesen al encuentro para impedirle el paso, ora tuviese que ir á buscarlos detras de las escarpadas orillas del Saale (1).

(1) Por la siguiente carta se enterarán nuestros lectores del modo de pensar de Napoleon en aquel momento.

*Al mariscal Soult, en Plauen.*

Obersdorf 10 de octubre de 1806, á las ocho de la mañana.

Ayer arrollamos á los ocho mil hombres que de Hof se ha-  
Biblioteca popular.

T. VII. 7

El príncipe de Hohenlohe, siempre en la persuasión de que él era el único que había adivina-

bían retirado á Schleitz, donde esperaban recibir refuerzos por la noche, habiendo sido acuchillada su caballería y hecho prisionero un coronel, además de quedar en el campo de batalla más de dos mil fusiles y gorras. La infantería prusiana no ha sabido mantenerse firme, y si solo hemos hecho dos á tres mil prisioneros, se debe á que era de noche, y se diseminaron por los bosques. Cuento sin embargo de cogier hoy un buen número de los fugitivos.

Hé aquí lo que me parece más claro: según indicios, los prusianos tenían el proyecto de atacar: su izquierda desemboca mañana por Jena, Saalfeld y Coburgo; el príncipe de Hohenlohe tenía su cuartel general en Jena, y el príncipe Luis en Saalfeld. La otra columna desemboca por Meiningen sobre Fulda, de suerte que me inclino á pensar que no tenéis á nadie par delante, y que quizá no haya mil hombres hasta Dresde. Si podéis derrotarles un cuerpo, hacedlo, pues mis proyectos se reducen hoy á lo siguiente: como no puedo ponerme en marcha, porque tengo demasiadas cosas que arreglar detrás de mí, haré que avance mi vanguardia hasta Auma. Delante de Schleitz he reconocido un buen campo de batalla para ochenta ó cien mil hombres, y por lo mismo hago que el mariscal Ney marche á Tanna, que dista dos leguas de Schleitz. Tampoco vos estando como estáis en Plauen, os halláis tan lejos que no podáis ir allí en veinte y cuatro horas.

El día 5 hizo el ejército prusiano un movimiento sobre el Thuringe, de suerte que trae un retraso de algunos dias. A todo esto no me ha reunido aun con mi izquierda, sino es por medio de algunos piquetes de caballería que nada significan.

Hasta hoy no llega á Saalfeld el mariscal Lannes, á menos que no esté allí el enemigo con fuerzas considerables.

Así, pues, perderemos los dias 10 y 11 en cuanto á marchar hácia adelante: pero así que me reúna con la izquierda, avanzaré hasta Neustadt y Triplitz, después de lo cual, haga lo que haga el enemigo, si me ataca, me alegraré mucho de ello,

do los proyectos de Napoleon, y que solo á él se le había ocurrido el medio verdadero de frustrarlos, proponiendo llegasen antes que él á los des-

y si se deja atacar, le dará su merecido. Si desfila por Magdeburgo, situaos delante de él en Dresde, en el concepto de que deseo en gran manera una batalla, pues si el enemigo ha querido atacarme, es porque confía en sus fuerzas. De consiguiente no es imposible que ataque; pero es lo mejor que puede hacer para darme gusto, porque después de esa batalla, estaré antes que él en Dresde y Berlin.

Espero impaciente mi guardia de á caballo, porque no nos vendrán mal cuarenta piezas de artillería y tres mil caballos como los suyos. Ya sabéis lo que pienso hacer hoy y mañana: en cuanto á vos, sois dueño de obrar como mejor os parezca; pero proporcionad pan, á fin de que si venis á reuniros conmigo, tengáis para unos cuantos dias.

Si os parece que podéis hacer algo contra el enemigo, así que se halle á una jornada de vuestras tropas, hacedlo con toda libertad, estableciendo algunos piquetes de caballería que mantengan comunicación rápida entre Schleitz y Plauen, porque lo que es hasta ahora empieza la campaña bajo muy buenos auspicios.

Creo que estareis en Plauen, y sino lo estáis, sería muy conveniente que os apoderaseis de él.

Decidme la gente que á vuestro parecer tenéis delante: en cuanto á la que había en Hof, no se ha retirado por Dresde.

P. D. En este mismo instante llega á mis manos vuestro parte del día 9 á las seis de la tarde, y en contestacion os digo que apruebo las disposiciones que habeis tomado. Supuesto que los mil caballos que se hallaban en Plauen se han retirado á Gera, no me queda duda alguna de que este es el punto en que va á reunirse el ejército enemigo. Lo que si dudo es que pueda reunirse enteramente antes que yo llegue allí. Por lo demás, hoy debo recibir más noticias, y podré calcular con mayor exactitud. También recibireis vos en Plauen las cartas interceptadas en el correo.

filaderos de Franconia, flotaba entre mil pensamientos diferentes, inclinándose unas veces á ejecutar las órdenes del duque de Brunswick, y volver á pasar el Saale, y formando otras la descabellada resolución de dirigirse hácia Mittel-Pollnitz, para dar allí la batalla; de suerte que dictaba órdenes y contraórdenes que desesperaban á sus tropas, poco á propósito para una marcha, cargadas de bagages y mal abastecidas de viveres. A todo esto, el príncipe Luis, impaciente por tener un encuentro con los franceses, y queriendo á toda costa pasar á formar la vanguardia del ejército prusiano, consiguió que le dejaran en Saalfeld, donde se hallaba todavía el 10 de octubre por la mañana.

Hácia aquel punto debía marchar, así que desembocase por Grafenthal, la columna francesa de la izquierda; y efectivamente, luego que Lannes, que formaba la cabeza de aquella columna, llegó á Grafenthal, lo cual sucedió el día 9, se dirigió hácia Saalfeld el 10 por la mañana, llegando á sus inmediaciones muy temprano. Las laderas cubiertas de arbolado que suele haber á orillas del Saale, se alejan en aquel punto de su lecho, y forman una llanura pantanosa, en medio de la cual se eleva la pequeña población de Saalfeld, rodeada de murallas, y edificada en la orilla misma del río. Así que Lannes llegó á la circunferencia de aquellas laderas, desde donde se va á parar á Saalfeld, descubrió por delante de la villa el cuerpo del príncipe Luis, compuesto de siete mil infantes y dos mil caballos. El príncipe había tomado posiciones poco militares, pues su izquierda, que se componía de tropa de infantería, se apoya-

ba en la población y el río, y su derecha compuesta de caballería, se extendía por la llanura, mientras que dominado hácia el frente por el círculo de colinas, desde donde podía la artillería francesa arrojar contra él un fuego terrible de metralla, tenía á su espalda un cenagoso arroyo, esto es el Schwartz, que va á desaguar en el Saale mas abajo de Saalfeld, y que es bastante difícil de atravesar, de suerte que se le presentaba por allí muy mala retirada. Si hubiese estado dotado de alguna prudencia, y no le hubieran obligado sus bravatas anteriores, á ser temerario, se habría retirado cuanto antes, bajando el Saale hasta Rudolstadt ó Jena; pero desgraciadamente no estaba en su carácter, ni en el papel que se había propuesto desempeñar, retroceder al primer encuentro de los franceses. Lannes no tenía á mano ni el cuerpo de Augereau, que formaba con él la columna de la izquierda, ni aun todo su cuerpo, estando reducido á la simple division de Suchet y dos regimientos de caballería ligera, esto es los húsares de 9 y 10; pero no por eso dejó de empezarse el ataque al momento. Lo primero que hizo fué colocar la artillería en las colinas desde donde dominaba la línea de batalla del príncipe Luis, y mandó hacer sobre ella un fuego muy vivo: en seguida arrojó sobre su izquierda parte de la division de Suchet, con orden de que desfilase á lo largo de los bosques que coronaban las alturas, y cogiese la vuelta por la derecha al príncipe Luis, bajando por las orillas del arroyo llamado, como ya hemos dicho, el Schwartz. En pocos instantes se ejecutó este movimiento, y mientras que la artillería, colocada en forma de

batería sobre el frente de los prusianos, los ocupaba matándoles gente, deslizándose nuestros tiradores por entre los bosques, empezaron á hacer por la espalda cuando menos lo esperaban un fuego mortífero. Entonces mandó Lannes que la infantería bajase en masa á la llanura, para ver de arrollar á la infantería enemiga, y el príncipe Luis, que aun cuando hubiese tenido una experiencia de la guerra que no tenia, no podia tomar ningun buen partido en aquellas posiciones, empezó por dirigirse hácia su infantería, á fin de sostener el choque de la division de Suchet; pero despues de hacer esfuerzos de valor dignos de mejor suerte, vió rotos sus batallones, y arrojados en tropel hácia las murallas de Saalfeld. No sabiendo al frente de quien ponerse, corrió á su caballería para cargar á los dos regimientos de húsares, que habian seguido el movimiento de nuestros tiradores, y los cargó con ímpetu, consiguiendo al principio rechazarlos; pero reunidos á poco, y vueltos vigorosamente hácia adelante, rompieron su numerosa caballería, persiguiéndola con tal ardor que, no pudiendo rehacerse, se arrojó en tropel en los pantanos del Schwartz. El príncipe, vestido con un brillante uniforme, y adornado con todas sus condecoraciones, se portó en la pelea con el valor que convenia á su nacimiento y carácter. Dos de sus ayudantes de campo cayeron muertos á su lado, y cercado él á poco, quiso salvarse; pero se le enredó el caballo en un vallado, y tuvo que detenerse. Entonces, creyendo un cuartel maestre ó aposentador, que se las habia con un oficial de superior graduacion, mas de ningun modo con un príncipe de la sangre, corrió á él gritando: — ¡Entregaos, ge-

nera!!— El príncipe contestó á aquella intimacion con un sablazo, y el cuartel maestre clavó la punta del sable en el pecho, derribándole muerto del caballo. Entonces rodearon los nuestros el cadáver, y así que conocieron de quien era, lo depositaron en Saalfeld con todos los miramientos debidos á su rango y su infortunio. Las tropas prusianas y sajonas, pues habia allí de unas y otras, privadas de su jefe, y encerradas en un paso peligroso, se escaparon como pudieron, abandonándonos veinte piezas de artillería, cuatrocientos entre muertos y heridos, y unos mil prisioneros.

Este fué el principio de la campaña: los primeros golpes de la guerra, como lo dijo Napoleon al dia siguiente en un boletín, acababan de matar á uno de sus autores. Tan poco distaban unos de otros, que Napoleon oia desde Schleitz los cañonazos que se disparaban en Saalfeld, el príncipe de Hohenlohe los oia por su parte desde las alturas de Mittel-Pollnitz, y allá en Jena retumbaba el eco en la línea que ocupaba el gran ejército prusiano. Todos los hombres sensatos de dicho ejército, se estremecian como si el cañon fuese á anunciar trágicos sucesos, y en cuanto á Napoleon, conociendo el punto donde se habia trabado el combate, envió un refuerzo á Lannes, y varios oficiales para que adquiriesen noticias. El príncipe de Hohenlohe por su parte andaba á caballo, sin dar órdenes, y preguntando á cuantos iban y venian: no hay duda en que era un espectáculo muy triste ver luchar tanta incapacidad é imprudencia con tanta vigilancia y genio.

Algunas horas despues, los fugitivos fueron á decir á ambos ejércitos el resultado que habia te-

nido aquel encuentro, y el fin trágico del príncipe Luis, fin digno de su vida, bajo el doble aspecto de la imprudencia y el valor. Entonces conocieron los prusianos lo que debían esperar de su acertada táctica, opuesta al modo de obrar, sencillo, hácedero y rápido de los generales franceses.

En un momento cundió la consternación de Saalfeld á Jena y á Weimar, y el príncipe de Hohenlohe, que ya había visto por sus propios ojos, la desanimación que se había apoderado de las tropas del general Tauenzien, embargada la imaginación con la refriega de Saalfeld, se trasladó á Jena, haciendo circular en todas direcciones órden para que volviessen atrás las tropas y se dirigiesen al Saale, á fin de resguardarse en dicho río, si es que después de tantos movimientos contradictorios, podían llegar allí á tiempo. Con esta eran ya tres las contraórdenes dadas á aquellos infelices, que no sabían lo que se quería de ellos, y que no estaban acostumbrados como los franceses á hacer varias marchas en un día, ni á vivir con lo que hallaban al paso. Algunos fugitivos del cuerpo derrotado en Saalfeld, que corrían hácia Jena, y disparaban sin motivo como soldados que van á la desvandada, fueron hechos prisioneros por unos tiradores franceses, lo cual causó un terror indecible entre las tropas que se dirigían hácia Jena, y los muchos bagageros que con ellos iban. Pusiéronse, pues, en fuga en el mayor desorden, corriendo hácia los puentes del Saale, y desde allí á las calles de Jena, de modo que en poco tiempo se convirtió aquello en una confusión que auguraba muy mal de los sucesos que iban á sobrevenir.

Luego que Napoleon se instruyó del combate dado en Saalfeld, queriendo atraer sus alas hácia el centro, á medida que iba saliendo de los desfileros por donde había entrado en Sajonia, mandó á Lannes, no que bajase el Saale, pues en tal caso se alejaba demasiado de él, y se acercaba al enemigo mas que lo que debía, sino que hiciese un movimiento de derecha, y se trasladase por Posneck y Neustadt, á Auma, que era donde había establecido el cuartel general. Augereau debía ocupar el espacio que quedaba entre el Saale y el cuerpo de Lannes, y mandando también Napoleon hacer por la derecha un movimiento de concentración, dirigió al mariscal Soult hácia Weida y Gera, á lo largo del Elster, al mismo tiempo que dispuso ocupase Ney á Auma, luego que hubiese salido de allí el cuartel general. De esta suerte tenía á la mano ciento setenta mil hombres, á distancia de siete ú ocho leguas, pudiendo reunir diez mil en unas cuantas horas, y al mismo tiempo que se reconcentraba iba avanzando, dispuesto á atravesar el Saale caso de que fuese preciso forzar por allí las posiciones del enemigo, ó á correr hácia el Elba, á ser necesario anticiparse. Por lo demás, no andaba mas que cuatro ó cinco leguas al día, para dar tiempo á que sus cuerpos se le reuniesen, pues los dos de reserva se hallaban todavía detras, especialmente la artillería y la caballería de la guardia, así como los batallones preferentes. Aunque sabía desde los dos combates anteriores lo que debía pensar de las tropas prusianas, marchaba con la prudencia propia de los grandes capitanes, en presencia de un ejército que hubiera podido oponerle ciento treinta á cien-

to cuarenta mil hombres formados en masa.

El 12 por la tarde dejó á Auma para trasladarse á Gera, mientras que la caballería, que, segun escribia Napoleon, estaba *sorrada en oro*, andaba de acá para allá por entre las columnas de bagages de los desgraciados sajones, apoderándose de muchas y buenas presas; como que en solo un golpe de mano cogió quinientos carros. Al fin, segun cartas interceptadas, y lo que contaban los espías, se supo que el gran ejército prusiano mudaba de posiciones, y avanzaba de Erfurt hácia Weimar, para acercarse á las orillas del Saale, con uno de estos dos objetos; ó de ocupar el puente de Naumburgo, por donde pasa la carretera central de Alemania, á fin de retirarse hácia el Elba, cubriendo á Leipsick y Dresde, ó de aproximarse al curso del Saale, para impedir que lo hicieran los franceses. Al frente de esta doble eventualidad, lo primero que hizo Napoleon fué tomar la precaucion de encaminar inmediatamente hácia Naumburgo al mariscal Davout, á fin de que cortase el paso del puente con los veinte y seis mil hombres del tercer cuerpo. Luego lanzó á Murat con la caballería á lo largo de las orillas del Saale, para que vigilase su curso, y reconociese el terreno hasta Leipsick; dirigió al mariscal Bernadotte hácia Naumburgo, con encargo de que apoyase á Davout en caso necesario; y envió hácia Jena á los mariscales Lannes y Angereau, porque su objeto era apoderarse al instante de los dos pasos principales del Saale, esto es los de Naumburgo y Jena, ora para detener al ejército prusiano, si intentaba atravesar el rio y retirarse hácia el Elba, ora para ir á buscarlo á las alturas de que el Saale está rodeado,

si intentaba permanecer allí á la defensiva. En cuanto á él se mantuvo con los mariscales Ney y Soult á tiro de cañon de Naumburgo y Jena, dispuesto á marchar sobre uno ú otro punto, segun aconsejasen las circunstancias.

El 13 por la mañana recibió aviso de que el enemigo se acercaba definitivamente hácia el Saale, decidido aunque no del todo á dar en sus orillas una batalla defensiva, ó á pasarlo para dirigirse al Elba; pero el mayor número de tropas se presentaba por el camino que vá de Weimar á Jena. Sin pérdida de momento, Napoleon montó á caballo para trasladarse á Jena, dió personalmente instrucciones á los mariscales Soult y Ney, y les mandó que aquella tarde, ó á lo menos por la noche, estuviesen en dicha poblacion. A Murat lo previno que condujese la caballería tambien hácia Jena, y á Bernadotte que tomase en Dornburgo posiciones que estuviesen situadas entre Jena y Naumburgo, hecho lo cual partió inmediatamente, no sin enviar oficiales á que detuviesen á cuantos se hallasen en marcha para Gera, y los hicieran dirigirse hácia Jena.

La noche anterior habia entrado en Naumburgo el mariscal Davout, ocupado el puente, y apoderándose de almacenes de consideracion, así como de un buen número de pontaneros. Bernadotte fué á unirsele; Murat envió su caballería ligera hasta Leipsick, apoderándose por sorpresa de las puertas de aquella gran ciudad comercial; y Lannes se dirigió hácia Jena, ciudad pequeña pero que tiene universidad, estando situada á orillas del Saale. Despues de rechazar en completo desorden hasta ella á las tropas enemigas que se

habian quedado de la parte acá del rio, así como á los bagages que obstruian el camino, se apoderó de Jena, y situó puestos avanzados en las alturas de que está rodeada, descubriendo desde dichas alturas el ejército del príncipe de Hohenlohe, quien habia vuelto á pasar el Saale y estaba acampado entre Jena y Weimar, de lo cual dedujo Lannes que en aquel punto debian irse reuniendo todas las tropas.

Efectivamente todo el ejército se hallaba allí á punto de tomar una resolución definitiva, como así lo hizo, decidiéndose el príncipe de Hohenlohe á obedecer las ordenes del duque de Brunswick, y á volver á pasar el Saale, para reunirse al principal ejército prusiano. Si las hubiese obedecido antes, hubiera tomado allí posiciones con mas orden, y sin perder sus bagages, mientras que haciéndolo tan tarde, colocó mal sus tropas, no tenia víveres, y no sabiendo proporcionárselos, le pedia inútilmente al ejército principal, que poseía nada mas que los necesarios para él. Los sajones, cuya conducta habia sido buena, pero que figuraron en los dos primeros encuentros por la casualidad de los sucesos; los sajones, que veian su pais entregado á merced de los franceses, quejábanse amargamente de que no les cuidaban bien, de que estaban mal mantenidos, y de que se les hacia tomar parte en una guerra que se anunciaba del modo mas funesto, teniendo sus aliados que calmarlos lo mejor que pudieron, y colocarlos en segunda linea.

A pesar de que las cosas empezaban de un modo tan triste, habianse reunido los prusianos á lo largo de la selva de Thuringe, teniendo el Saa-

le para contener á los franceses si intentaban pasarlo, ó para bajar con seguridad hacia el Elba si se apresuraban á acudir allí; de suerte que se hallaban en el caso ya que tanta importancia daban á aquella posicion, de no abandonar la idea que habian formado, y de aprovecharse, por el contrario, de las ventajas que podia producirles el seguir en ella. Efectivamente, aunque el Saale es vadeable, corre en un lecho que presenta una especie de garganta continua, estando cubierta la orilla izquierda, que era donde los prusianos tenian su campamento, de alturas escarpadissimas, cuyo pie baña el rio, y cuya cima es un bosque espeso. Mas allá se encuentran unas laderas, á propósito para contener un ejército, y bajando de Jena hasta Naumburgo, son mayores que en ninguna otra parte los obstáculos que impiden el paso, pues ademas de Jena y Naumburgo, solo habia tres puntos por donde poder penetrar, esto es Lobstedt, Dornburgo y Camburgo, distantes entre sí dos leguas, y muy fáciles de defender. De consiguiente puesto que en vez de situarse detras del Elba, querian salir al encuentro de los franceses, y pelear en masa, no habia sitio mas ventajoso que la margen izquierda del Saale para trabar una accion general. Es verdad que se habian privado de diez mil hombres que componian la vanguardia del duque de Weimar, y habian salido á reconocer el terreno que se estiende mas allá de la selva de Thuringe; es verdad que habian perdido cinco ó seis mil entre muertos, prisioneros y fugitivos, en los combates de Schleitz y Saalfeld; pero al príncipe de Hohenlohe le quedaban cincuenta mil hombres, sesenta y seis mil al duque

de Brunswick, y diez y siete ó diez y ocho mil al general Ruchel, es decir ciento treinta y cuatro mil hombres, ejército harto temible detras de una posicion como la del Saale desde Jena hasta Naumburgo. Con situargruesos destacamentos delante de los pasos principales, y las demas tropas en masa algo detras, en una posicion central, á fin de poder acudir con fuerzas suficientes al punto atacado, se hallaban en estado de dar una batalla peligrosa para el ejército francés, y si no de arrebatarle los laureles de la victoria, á lo menos de disputárselos de tal modo, que les fuera fácil retirarse, y no quedase asegurada la suerte de la guerra.

Empero cada dia iba en aumento la confusion que se habia apoderado de los hombres que componian el estado mayor prusiano. El duque de Brunswick, que hasta entonces habia mostrado tanto acierto en el modo de ver las cosas, y que al parecer conocia las ventajas de la posicion ocupada para cualquier evento posible, cuando, segun todas las apariencias, iba á realizarse uno de los casos previstos, perdió repentinamente su buen sentido, y queria levantar el campo de prisa y corriendo. El movimiento que hizo el mariscal Davout hacia Naumburgo fué para él un rayo de luz, y de la aparicion de dicho mariscal sobre Naumburgo dedujo que Napoleon queria no dar la batalla, sino precipitar su marcha hacia el Elba para impedir á los prusianos el paso de Sajonia, y aun de Prusia, como cortó al general Mack el paso de Baviera y Austria. Temiendo, pues, ser envuelto, como lo habia sido Mack, y verse reducido lo mismo que él á tener que soltar las armas, esto turbaba

la sensata imaginacion del infeliz anciano, hasta el extremo de querer ponerse en marcha al instante para dirigirse al Elba. Se habian burlado en Prusia con tan poca conmiseracion y tanta injusticia, del infortunado Mack, que la idea de encontrarse en igual situacion turbaba todos los entendimientos, y para evitarlo se esponian á caer en otra situacion que no valia mucho mas. Sin embargo, la en que se hallaban los prusianos estaba muy lejos de parecerse á la del general austriaco, pues bien podia Napoleon hacer un movimiento rápido hacia el Elba, dejando atras al duque de Brunswick, separándolo de Sajonia, y aun quizá llegando antes que él á Berlin; pero no envolverse y obligarle á capitular. Ora perdiere el duque una batalla en las orillas del Saale, ora no llegase á tiempo al Elba, siempre tenia segura la retirada hacia Magdeburgo y la parte baja del Elba, y aunque estuviese espuesto á llegar á ella en mal estado, no podia ser hecho prisionero en las vastas llanuras del Norte, como los austriacos en el paso peligroso del valle del Danubio. Por otra parte, mientras que el ejército del general Mack se componia cuando mas de setenta mil hombres, el del duque de Brunswick ascendia á ciento cuarenta y cuatro mil, contando los que mandaba el duque de Weimar, y no es facil envolver á un ejército así, hasta el punto de obligarlo á depouer las armas. Pero ya que tanto habian querido pelear, ya que tanto deseo habian tenido de encontrarse con los franceses, pensando hasta en pasar los montes para ir á buscarlos á Franconia, ¿por qué cuando los encontraban en un terreno excelente para si propios, y muy escabroso para

ellos, no se situaban allí en masa, á fin de arrojarlos en el profundo y pedregoso lecho del Saale, al momento que intentasen subir á las alturas? Mas toda su sangre fria desapareció así que tuvieron cerca al enemigo á quien desafiaban de lejos, y en Schleitz y Saalfeld mostró el ejército prusiano que no era de mejor calidad que los ejércitos austriacos y rusos.

Impaciente el duque de Brunswick por librarse de la suerte tan temida del general Mack, tomó el partido de levantar el campo inmediatamente, y dirigirse hácia el Elba á marchas forzadas, cubriéndose con el Saale, lo cual era lo mismo que abandonar á los franceses Leipsick, Dresde y toda la Sajonia. El principe de Hohenlohe, despues de decidirse, aunque tarde, á volver á pasar el Saale, estaba acampado en las alturas del Jena, y el duque de Brunswick dispuso permaneciese allí para cerrar aquel boquete, mientras que el ejército principal desfilaba por detras del de Silesia, llegaba al Saale en Naumburgo, y bajaba hasta el Elba.

Al general Ruchel le mandó que se detuviese en Weimar el tiempo necesario para reunir la vanguardia, ocupada en un reconocimiento inútil mas allá de la selva de Thuringe, y en cuanto á él, llevando consigo las cinco divisiones del ejército principal, resolvió levantar el campo el dia 13, seguir el camino real que va de Weimar á Leipsick hasta el puente de Naumburgo, y dejar en dicho puente tres divisiones para que lo custodiasen, mientras que con otras dos iba á asegurarse del paso de Unstrut, uno de los muchos riachuelos que desaguan en el Saale, replegar, des-

pues de salvar este obstáculo, las tres divisiones apostadas en Naumburgo, atraer hácia á sí al principe de Hohenlohe y al general Ruchel que se habian quedado atrás, y costear de este modo el Saale hasta el sitio en que se une este rio con el Elba, en las cercanías de Magdeburgo.

Tal fué el plan de retirada que adoptó el duque de Brunswick: por cierto que no merecia la pena dejar la línea defensiva del Elba, de que nunca debieron separarse, para volver á ella tan pronto y con tantos riesgos.

En consecuencia, el ejército principal recibió órden de ponerse en movimiento el mismo dia 13 de octubre, y el principe de Hohenlohe de ocupar las alturas de Jena, y cerrar aquel paso, mientras que las cinco divisiones del duque de Brunswick, dejaban á Weimar, yendo á dormir aquella noche en Naumburgo, y seguian la marcha á una legua de distancia unas de otras, andando al dia seis leguas. No era así como marchaban los franceses cuando tenian que alcanzar un objeto importante. Evacuado Weimar, el general Ruchel debia dirigirse allí inmediatamente, disposicion que fué comunicada, así como todas las demas, á los encargados en ejecutarlas, despues de lo cual se puso en marcha el ejército del duque de Brunswick, yendo á la cabeza el rey, los principes y hasta la reina, y detras una masa de bagages propia para imposibilitar cualquier maniobra. Como los cañonazos se oian de tan cerca, no podia permanecer la reina en el cuartel general, porque su presencia, que al principio no debia ser muy bien vista bajo el aspecto del decoro, era peligrosa para ella, y un motivo de inquietud para el rey: fué

preciso, pues, que éste le mandase terminantemente dejara el ejército, como así lo hizo anegados los ojos en lágrimas, no dudando en vista de lo sucedido en Schleitz y Saalfeld, que la política de que ella había sido instigadora por desgracia iba a producir consecuencias funestas.

Mientras que el duque de Brunswick marchaba de este modo hacia Naumburgo, el príncipe de Hohentlohe, que se había quedado en las alturas de Jena con cincuenta mil hombres, teniendo a retaguardia al general Ruchel con diez y ocho mil se ocupó en restablecer un tanto el orden en sus tropas, y mandó que recorriesen la campiña algunos carros á fin de recoger viveres, y proporcionar sobre todo algun alivio á los sajones, cuyo descontento crecía cada vez mas. Por lo demás, creía lo mismo que el duque de Brunswick que los franceses corrían hacia Leipsick y Dresde, para ser los primeros que llegasen al Elba, y en manera alguna se ocupaba de Jena, haciendo muy poco caso de las alturas situadas detrás de aquella ciudad.

Ya hemos visto que Napoleon, dejó á Gera en la tarde del 13 de octubre, y se dirigió rápidamente hacia Jena, mandando que le siguiesen todas las tropas. Así que llegó á dicha ciudad donde le aguardaba impaciente el mariscal Lannes, que le había precedido, ambos montaron á caballo sin pérdida de momento, para ir á reconocer el terreno. En Jena mismo empieza á ensancharse el valle del Saale, siendo una continuada pradera la baja y húmeda orilla por donde caminábamos, mientras que la margen izquierda, por el contrario, esto es, la que ocupaban los prusianos, pre-

senta alturas escarpadas, cuyo pico domina á Jena y á que se sube por barrancos estrechos, tortuosos, y cubiertos de arbolado. A la izquierda de Jena, hay una garganta mas abierta, y no tan escabrosa, que se llama Mühlthal, y donde se ha abierto la carretera que va de aquella ciudad á Weimar; carretera que se dirige al principio al fondo de aquella garganta, se eleva despues en forma de caracol, y sigue por las laderas que hay detrás. Para forzar aquel paso, mas abierto en verdad, pero guardado por gran parte del ejército prusiano, era preciso dar un terrible asalto, no siendo de consiguiente aquel el punto á propósito para trepar á las laderas, á fin de dar allí la batalla á los prusianos.

Pero los nuestros no tardaron en hallar mejores posiciones, pues los osados tiradores de Lannes penetraron en los barrancos que se encuentran al salir de Jena, consiguieron subir al monte mas alto, y desde allí descubrieron al ejército prusiano, acampado en las laderas de la orilla izquierda. Siguiéronales á poco algunos destacamentos de la division de Suchet, y ocuparon terreno, rechazando los puestos avanzados del general Tauenzien, de suerte que gracias á la osadía de nuestros soldados, conquistamos las alturas que dominan la orilla izquierda del Saale, pero desgraciadamente por un camino poco á propósito para la artillería. Allí fué á donde Lannes condujo á Napoleon, en medio de un fuego de tiradores que no cesaba, y que hacia muy peligroso cualquier reconocimiento.

La altura principal de las que dominan á Jena se llama Landgrafenberg; pero desde los sucesos,

memorables de que fué teatro, la conocen aquellos habitantes con el nombre de Napoleonsberg, siendo por lo demás, la mas elevada de aquel pais. Al contemplar Napoleón y Lannes desde aquella altura la campiña circunvecina, con la espalda vuelta á la ciudad de Jena, veian á la derecha el Saale corriendo en una garganta tortuosa, profunda y cubierta de arbolado, hasta Naumburgo, que dista seis ó siete leguas de Jena. Por delante veian laderas, que se estendian á lo lejos, y se inclinaban por una pendiente insensible hácia el valle del Ilm, en cuyo fondo está situada la ciudad de Weimar. A la izquierda descubrian la carretera que va de Jena á Weimar, elevándose por una especie de rampas de la garganta del Mühlthal, hácia aquellas laderas, y corriendo en linea recta hácia Weimar. Dichas rampas, como ya hemos dicho, presentan una especie de caracol cuyo nombre alemán han recibido, pues se llaman *Schnecke*; y en el camino que va de Jena á Weimar se hallaba escalonado el ejército prusiano del príncipe de Hohenlohe, sin que pudiera calcularse esactamente su número. En cuanto al cuerpo del general Ruchel apostado en Weimar, no podia descubrirse por la distancia, sucediendo lo mismo con el ejército grande del duque de Brunswick, que como se dirigia de Weimar á Naumburgo, estaba oculto en las hondonadas del valle del Ilm.

Viendo Napoleon delante de él tropas en masa cuya fuerza no podia saberse de un modo fijo, supuso que el ejército prusiano habia escogido aquel terreno para campo de batalla, y sin descansar tomó las disposiciones necesarias, para desembo-

car con su ejército por el Landgrafenberg, antes que el enemigo acudiese con todas sus tropas decidido á arrojarle en los precipicios del Saale. Necesitaba, pues, darse prisa, y aprovecharse del espacio que habian conquistado nuestros tiradores para situarse en la altura; pero solo teniamos á nuestra disposicion la cima, porque á muy pocos pasos se hallaba el cuerpo del general Tauenzien, del cual nos separaba únicamente un ligero pliegue de terreno. Apoyábase dicho cuerpo en dos aldeas, una de ellas, esto es, Closewitz, situada á nuestra derecha y rodeada de un bosquecillo, y la otra, es decir, Cospoda, á la izquierda, tambien cercada de un bosque de alguna estension. Napoleón queria dejar quietos á los prusianos en aquellas posiciones hasta la mañana siguiente, y conducir entre tanto al Landgrafenberg parte de su ejército; pero como en el espacio que ocupaba apenas cabian Lannes y la guardia, mandó fuesen conducidos sin detencion por los escarpados barrancos que sirven para subir de Jena al Landgrafenberg, colocando á la izquierda la division de Gazan, á la derecha la de Suchet, y en medio y algo detrás la guardia de á pie, la cual acampó formando un cuadro de cuatro mil hombres, en cuyo centro estableció su propio hivac. Desde entonces fué cuando los habitantes de aquel pais, pusieron á aquella altura el nombre de Napoleonsberg, marcando con un monton de toscas piedras el sitio en que pasó aquella noche memorable, un personaje, popular en todas partes, incluso los sitios en que se presentó como un guerrero terrible.

Pero como no todo consistia en llevar la infan-

teria al Landgrafenberg, sino que era preciso conducir tambien la artilleria. Napoleon corrió á caballo en todas direcciones, hasta que encontró un paso menos escarpado que los demas, y por donde podia penetrar la artilleria, aunque hubiese que hacer grandes esfuerzos para arrastrarla. Por desgracia era demasiado estrecho el camino; pero Napoleon envió un destacamento de soldados ingenieros, y les mandó ensancharlo, para lo cual tuvieron que abrir á pico la roca. El mismo, llevado de su impaciencia, dirigía los trabajos con una antorcha en la mano, y no se alejó hasta que cuando ya estaba la noche muy avanzada, vió rodar las primeras piezas de artilleria. Por lo demás fué preciso que doce caballos tirasen decada una de ellas, hasta la cumbre de Landgrafenberg. Propónase Napoleon atacar al general Tauenzien al rayar el dia, y conquistar empujándole de pronto, el espacio necesario para poder desplegar su ejército; pero temiendo desembocar por una salida solamente, y queriendo tambien llamar la atencion del enemigo á otros puntos, mandó á Angereau, que se hallaba á la izquierda, penetrarse en la garganta del Mühlthal, llevase al camino de Weimar una de sus dos divisiones, y ganase con la otra la parte opuesta del Landgrafenberg, á fin de coger al general Tauenzien por la espalda. Al mariscal Soult, que se hallaba á la derecha, y cuyo cuerpo debia llegar de Gera aquella noche, le mandó subiese por los otros barrancos que de Lobstedt y Dornburgo van á parar á Closewitz, á fin de que cayese tambien sobre el general Tauenzien, cogiéndole por la espalda, con cuya doble diversion á derecha é izquierda, no dudaba Napoleon que

forzaria á los prusianos en sus posiciones, y adquiriria el espacio que necesitaba su ejército para poder desplegarse. En cuanto al mariscal Ney y Murat, debian subir al Landgrafenberg por el camino que habian seguido Lannes y la guardia.

En la noche del 13 envolvía el campo de batalla una oscuridad profunda, y Napoleon habia colocado su tienda en el centro del cuadro formado por la guardia, dejando únicamente que se encendieran unas cuantas fogatas. El ejército prusiano por su parte habia encendido todas las suyas, viéndose las del príncipe de Hohenlohe por toda la estension de las laderas, y allá en el fondo del horizonte á la derecha, sobre las alturas de Naumburgo, donde se alzaba el antiguo castillo de Eckartsberge, los del ejército del duque de Brunswick, visible de pronto para Napoleon. Entonces creyó que, lejos de retirarse las tropas prusianas, todas iban á tomar parte en la batalla, y envió nuevas órdenes á los mariscales Davout y Bernadotte, mandando al primero que guardase bien el puente de Naumburgo, y aun lo pasase si podia, para caer sobre los prusianos por la espalda, mientras que las demas tropas le acometian de frente. Al segundo, que estaba situado como intermediario, le mandó concurrirse al movimiento proyectado, ya uniéndose al mariscal Davout, si se hallaba cerca de él, ya arrojándose directamente sobre el flanco de los prusianos, si habia tomado en Dornburgo posiciones que estuviesen mas inmediatas á Jena. Por último á Murat le mandó llegase con la caballeria lo mas pronto que pudiera.

Mientras que Napoleon tomaba estas disposi-

ciones, el príncipe de Hohenlohe ignoraba completamente la suerte que le aguardaba, siempre en la persuacion de que el grueso del ejército francés, en lugar de pararse delante de Jena, corría hacia Leipsick y Dresde. Asi es que suponía tendría que habérselas cuando mas con los cuerpos de los mariscales Lannes y Augereau, quienes habiendo pasado el Saale despues del combate de Saalfeld, debían segun él presentarse entre Jena y Weimar, como si bajasen de las alturas de la selva de Thuringe. Con semejante idea, no pensó en hacer frente hacia Jena, y solo opuso por aquella parte el cuerpo del general Tauenzien, formando su ejército á lo largo del camino que va de Jena á Weimar. Su izquierda, compuesta de sajones, guardaba la cima de la *Schnecke*, y su derecha se extendía hasta Weimar, dándose la mano con el cuerpo del general Ruchel; pero sin embargo, como se oyese fuego de guerrillas en el Landgrafenberg, lo cual causó alguna conmocion, y el general Tauenzien pidiese socorro, el príncipe de Hohenlohe mandó tomar las armas á la brigada sajona de Cerrini, á la prusiana de Sanitz, y á varios escuadrones de caballería, dirigiendo aquellas fuerzas hacia el Landgrafenberg, para que arrojase de él á los franceses, situados en aquel punto, segun creía, en corto número. En el momento de ir á ejecutar aquella resolucion, llegó el coronel de Massenbach con una orden del duque de Brunswick en que se le repetía no trabase ninguna accion seria, limitándose á guardar bien los pasos del Saale, y sobre todo el de Dornburgo que inspiraba serios temores, pues se habian visto por alli algunas tropas ligeras. El príncipe de Hohenlohe, con-

vertido cuando no debía serlo, en el general mas obediente del mundo, se paró de pronto al ver lo que le mandaban del cuartel general, siendo una cosa muy singular que por obedecer una orden en que se le prevenía no trabase la batalla, abandonase el boquete por donde debían recibir al dia siguiente una bien desastrosa. Sea lo que fuere, lo cierto es que renunciando á la idea de recobrar el Landgrafenberg, se contentó con enviar al general Tauenzien la brigada de Cerrini, y situar en Nerkwitz, frente á Dornburgo, y á las órdenes del general Holzendorf, la brigada prusiana de Sanitz, los fusileros de Pelet, un batallon de Schimmelfennig, y por último, varios destacamentos de caballería y artillería. Ademas envió alguna caballería ligera á Dornburgo, para saber lo que por alli sucedía, y volvió á su cuartel general de Cappellendorf, cerca de Weimar, diciendo allá para sí que con cincuenta mil hombres, y aun setenta mil contando el cuerpo de Ruchel, protegido como se hallaba hacia Dornburgo por el general Holzendorf, y hacia Jena por el general Tauenzien, haciendo frente á la calzada que va de esta ciudad á la de Weimar, castigaria la audacia de los mariscales Lannes y Augereau, si es que se atrevían á atacarle con los treinta ó cuarenta mil franceses de que podían disponer, y restableceria el honor de las armas prusianas, gravemente comprometido en Schleitz y Saalfeld.

Napoleón se levantó antes que fuese dia, volvió á dar instrucciones á sus lugartenientes, y mandó que sus soldados tomasen las armas. La noche estaba fria, y la campiña cubierta á lo lejos de una niebla espesa, como la que envolvió du-

rante algunas horas el campo de batalla de Austerlitz; pero Napoleon recorrió el frente de las tropas, escoltado por unos cuantos hombres que llevaban antorchas encendidas, habló á oficiales y soldados, les esplicó la posicion que ocupaban ambos ejércitos, y les demostró que los prusianos estaban tan comprometidos como los austriacos el año anterior; que si los veíamos aquel día, quedarían cortados del Elba y el Oder, separados de los rusos, y reducidos á entregar á los franceses toda la monarquía prusiana; y que en semejante situacion, el cuerpo francés, que se dejase derrotar, haria que se frustrasen los mas vastos designios, y se deshonraria para siempre. Les recomendó no poco que se mantuviesen en guardia contra la caballería prusiana, y la recibiesen formados en cuadro con su acostumbrada firmeza, palabras que fueron acogidas con los gritos de *adelante! viva el emperador!* A pesar de lo densa que era la niebla, los puestos avanzados enemigos divisaron el resplandor de las antorchas, oyeron los gritos de alegría de nuestros soldados, y fueron á dar la alarma al general Tauenzien. En aquel mismo instante se ponía en movimiento de orden de Napoleon el cuerpo de Lannes, yendo delante la division de Suchet, dividida en tres brigadas. La de Claparede, compuesta del 17 de ligeros y de un batallon escogido, marchaba á la cabeza, desplegada en una línea; sobre las alas de aquella línea, y para librarla de los ataques de la caballería, iban en columna cerrada los regimientos número 34 y 40, formando la segunda brigada; y la de Vedel, desplegada en batalla, cerraba aquella especie de cuadro. A la izquierda de la division de Suchet,

pero algo detras, iba la division de Gazan, formada en dos líneas, y precedida por la artillería; y así era como avanzaban á tientas entre la niebla. La division de Suchet se dirigia hácia la aldea de Closewitz que estaba á la derecha, y la de Gazan hácia la de Cospoda, situada á la izquierda, cuando los batallones sajones de Federico Augusto y de Rechten, así como el batallon prusiano de Zweifeld, vieron en medio de la niebla una masa que se movia, y todos á un tiempo hicieron fuego contra el 17 de ligeros, que contestó á él inmediatamente. Los fusilazos duraron algunos instantes, viéndose unos y otros los fogonazos y oyendo los tiros, pero sin distinguirse, hasta que los franceses se acercaron, y acabaron por descubrir el bosquecillo que rodeaba á la aldea de Closewitz. El general Claparede se arrojó hácia allí con viveza, y despues de pelear cuerpo á cuerpo, se apoderó de él, así como de la espresada aldea, continuando su marcha, luego que privó de aquel apoyo á la línea del general Tauenzien, bajo las balas que salian de aquella densa bruma. La division de Gazan por su parte llegó á la aldea de Cospoda, y se situó en ella, apoderándose igualmente de un cierto caserío llamado Lutzenrode, que ocupaban los fusileros de Erichsen, con lo cual pudieron los nuestros desplegarse con mas facilidad. En aquel momento sufrieron las dos divisiones de Lannes nuevas descargas de artillería y fusilería, por parte de los granaderos sajones de la brigada de Cerrini, que despues de recoger los puestos avanzados del general Tauenzien, marchaban hácia adelante, y hacian fuego por batallon con tanto aplomo como si estuviesen ejecutando una maniobra. El 17 de li-

geros, que se hallaba á la cabeza de la division de Suchet, no tenia ya cartuchos, por lo cual pasó á formar detras, ocupando su puesto el 34, cuyo regimiento mantuvo el fuego por algun tiempo, hasta que alcanzó á los granaderos sajones á la bayoneta, y los rompió. No tardó en propagarse la derrota á todo el cuerpo del general Tauenzien, y las divisiones de Gazan y Suchet cogieron unos veinte cañones y muchos fugitivos. Saliendo de Landgrafenberg, las colinas en que los nuestros acababan de desplegarse, iban inclinándose, como ya hemos dicho, hácia el valle del Ilm, de suerte que se caminaba con rapidez, por un terreno pendiente, y en pos de un enemigo que iba huyendo. Merced á lo activo de aquel movimiento, pasaron nuestras tropas á dos batallones de Cerrini, así como á los fusileros de Pelet, que se habian quedado en las cercanías de Closewitz, y aquellas tropas fueron rechazadas por todo el resto del dia hácia el general Holzendorf, á quien la vispera se dió la comision de que guardase el boquete de Dornburgo.

Aquella accion no duró dos horas, lo cual es nuevo en los fastos de la guerra, realizando Napoleón de consiguiente la primera parte de su plan, que consistia en apoderarse del espacio necesario para desplegar su ejército. Al mismo tiempo, ejecutábanse sus instrucciones en todos los puntos con una puntualidad digna de llamar la atencion. A la izquierda, el mariscal Augereau, despues de dirigir la division de Hendelet así como su artilleria y caballeria al fondo del Mühlthal, hácia la carretera de Weimar, trepaba con la division de Desjardins por la parte opuesta del Landgrafen-

berg, é iba á formar sobre las laderas la izquierda de la division de Gazan. Hácia la derecha, el mariscal Soult, una de cuyas divisiones habia llegado únicamente, esto es la del general Saint-Hilaire, subia de Lobstedt por detras de Closewitz, frente á las posiciones de Nerkwitz y Alten-Gone, ocupadas por los restos del cuerpo de Tauenzien, y el destacamento del general Holzendorf. El mariscal Ney, que tenia impaciencia por asistir á la batalla, destacó de su cuerpo un batallon de zapadores, otro de granaderos, el 25 de ligeros, y dos regimientos de caballeria, tomando la delantera con aquellas tropas escogidas; pero entró en Jena cuando concluia el primer acto de la jornada. Murat, en fin, volvía á galope con los dragones y coraceros de los reconocimientos que habia hecho en la parte baja del Saale, y subia hácia Jena á todo escape, por lo cual resolvió Napoleon detenerse algunos instantes en el terreno conquistado, para dar tiempo á que sus tropas fuesen llegando á la línea.

A todo esto, los fugitivos del general Tauenzien fueron á alarmar todo el campamento de los prusianos, y al oír cañonazos el príncipe de Hohenlohe, corrió al camino de Weimar, donde estaba acampada la infanteria prusiana, no creyendo aun que se hubiese trabado una accion general, y quejándose de que se cansase á las tropas para un hecho de armas inútil. Desengañado á poco, tomó sus medidas para dar la batalla, porque sabiendo que los franceses habian pasado el Saale por Saalfeld, esperaba verlos aparecer entre Jena y Weimar, donde habia formado su ejército á lo largo del camino que va de una de estas ciudades á la otra. Como esta conjetura no se realizaba, era

preciso tomar nuevas disposiciones; y así lo hizo con prontitud y resolución, enviando el grueso de la infantería prusiana á las órdenes del general Grawert, para que ocupase las posiciones que habia abandonado el general Tauenzien. Dejó además hácia el *Schneck*, que iba á formar su derecha, la division de Niesemeuschel, compuesta de dos brigadas sajonas mandadas por Burgsdorf y Nehroff, el batallón prusiano de Bogustawski, y una numerosa artillería, con orden de defender hasta el último extremo las rampas del camino de Weimar que hay que subir para llegar á las laderas. Para que esto pudiera hacerse con mas facilidad, agregó á aquellas tropas la brigada de Cerrini reforzada con cuatro batallones sajones, tomadas cuyas resoluciones, colocó detras de su centro cinco batallones de reserva á las órdenes del general Dyhern para apoyar al general Grawert, y mandó reunir á alguna distancia del campo de batalla los restos del cuerpo de Tauenzien, repartiéndoles municiones. En cuanto á su izquierda, ordenó al general Holzendorf marchase hácia adelante, si es que podia, para caer sobre la derecha de los franceses, mientras él hacia esfuerzos para contenerlos de frente. Por último, acudió en persona con la caballería prusiana y la artillería volante hácia donde se hallaban los franceses, á fin de detener su ímpetu, y proteger la formacion de la infantería del general Grawert.

Serian las diez, y la accion, interrumpida hacia una hora, iba á empezar de nuevo mas vigorosamente, pues mientras que á la derecha desembocaba el mariscal Soult por Lobstedt, y trepaba por las alturas con la division de Saint-Hilaire,

mientras que en el centro se desplegaba el mariscal Lannes con las divisiones de Suchet y Gazan, sobre las laderas conquistadas aquella mañana, y á la izquierda, subia del Mühlthal el mariscal Augereau, ganando la aldea de Iserstedt, llevado el mariscal Ney de su ardor por los combates, habia ido avanzando con sus tres mil hombres escogidos, ocultos en la niebla, y habia ido á situarse entre Lannes y Augereau, frente á la aldea de *Vierzehn-Heiligen*, que se hallaba en medio del campo de batalla. Llegó allí, pues, en el momento en que el principe de Hohenlohe acudia á la cabeza de la caballería prusiana, y encontrándose de pronto con el enemigo, traba el combate antes que el emperador hubiese mandado dar principio otra vez á la accion. Viendo Ney que la artillería montada del principe de Hohenlohe estaba ya colocada en forma de batería, lanza sobre ella los cazadores del regimiento número 40, regimiento que se aprovecha de un bosquecillo para formarse, sale de él á galope, sube por la derecha hácia el flanco de la artillería prusiana, acuchilla á los artilleros, y se apodera de siete piezas, bajo el fuego de toda la linea enemiga. Pero una masa de coraceros prusianos cae sobre él, y tiene que retirarse precipitadamente: Ney lanzó entonces el 3.º de húsares, cuyo regimiento maniobra como el 40 de cazadores, aprovecha el bosquecillo para formarse, se eleva sobre el flanco de los coraceros, despues se arroja de pronto sobre ellos, los pone en desorden, y los obliga á retirarse. Con todo, como no bastaban dos regimientos de caballería ligera, para hacer frente á treinta escuadrones de dragones y coraceros, nuestros cazadores y hús-

res tienen que buscar á poco un abrigo detras de nuestra infanteria, viendo lo cual Ney dirige hácia adelante el batallon de granaderos y el de zapadores que habia llevado consigo, los forma en dos cuadros, y colocándose en uno de ellos, los opondrá á las cargas de la caballeria prusiana. Deja que los coraceros enemigos se acerquen hasta veinte pasos de sus bayonetas, los aterra con el aspecto de una infanteria inmóvil que ha reservado sus tiros, y á una señal que hizo, una descarga á boca de jarro cubre el suelo de muertos y heridos. El enemigo les acomete varias veces, pero aquellos dos cuadros se mantienen firmes.

Napoleon, que se hallaba en la altura de Landgrafenberg, se admiró en extremo al ver que volvia á empezar el fuego sin orden suya, y supo con asombro que el mariscal Ney, á quienes suponía atras, habia venido á las manos con los prusianos. Acude, pues, sumamente descontento, y al llegar cerca de Vierzehn-Heiligen divisa desde lo alto al mariscal Ney que se defendía, en medio de dos cuadros débiles en número, contra toda la caballeria prusiana. Como tan heroico continente era para desarmar á cualquiera, Napoleon envia el general Bertrand con dos regimientos de caballeria ligera, los únicos de que podia disponer no estando allí Murat, para que contribuyese á liberar al mariscal Ney, y manda á Lannes que avance con la infanteria. El intrépido Ney eutretanto no se desanima; antes por el contrario, mientras que renueva con cuatro regimientos de á caballo las cargas de su caballeria, dirige el 25 de infanteria ligera á su izquierda á fin de apoyarse en el bosque de Iserstedt, que Augereau se esfuerza

ha en querer conquistar por su parte; manda avanzar al batallon de granaderos hasta el bosquecillo que habia protegido á sus cazadores, y lanza el batallon de zapadores sobre la aldea de Vierzehn-Heiligen, para que se apodere de ella. Pero en aquel mismo instante llega á socorrerle Lannes, arroja en dicha aldea el regimiento número 21 de infanteria ligera, y poniéndose á la cabeza de los regimientos números 100, 103, 34, 64 y 88 de línea, desemboca frente á la infanteria prusiana del general Grawert. Esta se despliega delante de la aldea de Vierzehn-Heiligen con una regularidad en los movimientos hija del mucho egercicio, se forma en batalla, y empieza á hacer un fuego de fusileria regular y terrible. Los tres cortos destacamentos de Ney sufren cruelmente; pero subiendo Lannes sobre la derecha de la infanteria del general Grawert, procura dejarla atras á pesar de las cargas repetidas de la caballeria del principe de Hohenlohe que va á acometerle en su marcha.

El principe de Hohenlohe sostiene con valor sus tropas en medio del peligro, volviendo á formar bajo el fuego el regimiento de Sanitz, que se habia desbandado. En seguida quiere que el regimiento de Zastron tome á la bayoneta la aldea de Vierzehn-Heiligen, creyendo que esto decidirá la victoria; pero van á anunciarle que empiezan á presentarse otras columnas enemigas, y que el general Holzendorf, se sostenia contra fuerzas superiores, por lo cual no podia favorecerle, diciéndole al mismo tiempo que el general Ruchel iba á unirle con su cuerpo de ejército. Entonces se figuró que convenia esperar aquel poderoso so-

corro, y mandó cubrir de obuses la aldea de Vierzehn-Heiligen, queriendo atacarla con las llamas antes de atacarla con sus bayonetas. Al mismo tiempo envía oficiales y mas oficiales al general Ruchel, para instarle á que acuda, y le promete la victoria si llega á tiempo, pues segun él están á pique de retroceder los franceses. Todo aquello era una vana ilusion, hija de un valor ardiente pero ciego, pues la fortuna habia decidido las cosas de otro modo. Angereau desemboca al fin por medio del bosque de Iserstedt con la division de Desjardins, liberta la izquierda de Ney, y rompe el fuego contra los sajones, que defienden el *Schnecke*, mientras que el general Hendelet los ataca en columna cerrada sobre la carretera que va de Jena á Weimar. Al otro lado del campo de batalla, el cuerpo del mariscal Soult, despues de arrojar del bosque de Closewitz los restos de la brigada de Cerrini, así como á los fusileros de Pelet, y rechazar el destacamento de Holzendorf, dispara sus cañones sobre el flanco de los prusianos. Viendo Napoleón el progreso que hacian sus dos alas, y así que supo la llegada de las tropas que se habian quedado atras, no temió empeñarse en la lucha con todas las fuerzas que habia en aquel terreno, inclusa la guardia, y manda avanzar. Entonces se comunica á toda la línea un impulso irresistible: los nuestros empujan á los prusianos ya deshechos, y los arrollan hácia el terreno inclinado que baja del Landgrafenberg al valle del Ilm. El regimiento de Hohenlohe y los granaderos de Hahn de la division de Grawert, quedan destruidos casi del todo por el fuego ó la bayoneta; el general Grawert es gra-

vemente herido, al tiempo de dirigir su infantería; y ningun cuerpo se mantiene firme. Metralhada la brigada de Cerrini, retrocede hácia la reserva de Dyhernn, que en vano opone sus cinco batallones al movimiento de los franceses, pues descubierta á poco, no tarda en ser alcanzada, envuelta por todas partes, y reducida á desbandarse. El cuerpo de Tauenzien, reunido por instante, y conducido de nuevo al fuego por el príncipe de Hohenlohe, sufre la derrota, general á todos los demas. En cuanto á la caballería prusiana, aprovechándose de la falta de caballería pesada francesa, dió algunas cargas para cubrir á su infantería ya rota; pero nuestros cazadores y húsares le hacen frente, y aunque conducidos varias veces, vuelven sin cesar á la carga, sostenidos y embriagados de gozo con la victoria. A aquella retirada en desórden se sigue una carnicería espantosa, haciendo los nuestros á cada paso prisioneros, y apoderándose de baterías enteras de artillería.

En tan grande peligro, acude al fin, pero demasiado tarde, el general Ruchel, marchando sobre dos líneas de infantería, con la caballería de su cuerpo á la izquierda, y á la derecha la sajona, mandada por el valiente general Zeschwitz, que habia ido á tomar aquellas posiciones espontáneamente. Con estas tropas sube al paso las laderas inclinadas que van á parar del Landgrafenberg al Ilm; pero al mismo tiempo bajan en derredor de él como un torrente los prusianos y franceses, perseguidos los unos por los otros, de suerte que fué acogido por una especie de tempestad apenas se presentó en el campo de batalla. Mieu-

tras avanza, con el corazón oprimido al ver aquel desastre, los franceses se precipitan sobre él con el ímpetu propio de soldados victoriosos, siendo la primera que se dispersa la caballería que cubría su flanco izquierdo. Aquel desgraciado general, amigo poco inteligente pero entusiasta, de su país, sufre personalmente el primer choque; mas recibe un balazo en el pecho y es conducido medio muerto en brazos de sus soldados. Su infantería, privada de la caballería que la cubría, se ve atacada de costado por las tropas del mariscal Soult, y amenazada de frente por las de los mariscales Lannes y Ney; de lo cual resulta que sobrecogidos de terror los batallones situados en el extremo izquierdo de la línea, se desbandan, arastrando en su fuga el resto del cuerpo de ejército. Para colmo de infortunio, llegan á galope, al mando de Murat, los dragones y coraceros franceses, impacientes por tomar parte en la batalla, rodean á los batallones desbandados, acuchillan á los que procuran mantenerse firmes, y persiguen á los demas hasta las orillas del Ilm, donde hacen una multitud de prisioneros.

Quedaban únicamente en el campo de batalla las dos brigadas sajonas de Burgsdorf y Nehroff, que despues de haber defendido con honra el *Schnecke* contra las divisiones de Hendelet y Desjardins del cuerpo de Augereau, habian sido forzadas en su posicion por la destreza de los tiradores franceses, y operaban en retirada, formando dos cuadros. Estos cuadros presentaban tres frentes de infantería y uno de artillería, cuya última arma formaba el frente de detras, y las dos brigadas sajonas iban retirándose, parándose unas

véces, disparando cañonazos otras, y luego prosiguiendo su marcha. La artillería de Augereau les seguía haciéndoles disparos, y una nube de tiradores franceses corria tras ellas, molestándolas con su fuego de fusilería, cuando Murat, que acababa de arrollar á los restos del cuerpo de Ruchel, cae sobre las dos brigadas sajonas, y manda cargar con furia á sus dragones y coraceros. Los dragones llegan á la primera, pero no pueden entrarle: vuelven á la carga y la rompen; mientras que el general Hautpoul ataca á la segunda con los coraceros, la rompe tambien, y le causa los destrozos que una caballería victoriosa hace en una infantería cuyas filas ha roto. Aquellos desgraciados no tienen otro recurso que entregarse prisioneros, suerte que tambien cupo al batallon prusiano de Boguslawski, á quien sucedió lo mismo. El valiente general Zeschwitz, que habia acudido con la caballería sajona á socorrer á su infantería, hace inútiles esfuerzos para sostenerla, pues es envuelto por ella, y tiene que ceder á la derrota general.

Murat ordena sus escuadrones, con el fin de recoger nuevos trofeos, y corre hacia Weimar, pues á alguna distancia de aquella ciudad habia desfilamentos de infantería, caballería y artillería, mezclados confusamente en la cumbre de una cuesta larga y rápida, que forma la carretera, y va á parar al fondo del valle de Ilm. Dichas tropas aglomeradas sin orden ni concierto, apoyábanse en un bosquecillo llamado *Webicht*, cuando de pronto aparecen los brillantes cascos de la caballería francesa. Algunos fusilazos, disparados por instinto de conservacion, salen de aquella multitud aterra-

da, á cuya señal se precipita en masa hácia la cuesta que hay que bajar para ir á Weimar: peones, ginetes, artilleros, todos se arrojan unos sobre otros en aquel abismo, atrayendo sobre sí un nuevo desastre digno de compasion. Murat lanza parte de sus escuadrones, los cuales empujan con las puntas de los sables á aquella aterrada horda de fugitivos, y la persiguen hasta las calles de Weimar, mientras que Murat da un rodeo, deja atrás la ciudad, y corta á los prusianos y sajones, haciendo millares de prisioneros.

De setenta mil prusianos que se presentaron en aquel campo de batalla, no quedó un cuerpo en pie, ninguno se retiró en buen orden. De cien mil franceses, pues á este número ascendian los cuerpos de los mariscales Sault, Lannes, Augereau, Ney, Murat y la guardia, pelearon unos cincuenta mil cuando mas, siendo suficientes para arrollar al ejército prusiano, cuya mayor parte, como si se hubiese apoderado de ella una especie de vértigo, tiraba las armas, no conocia banderas ni oficiales, y corría por todos los caminos de Thuringe. La campiña que hay entre Jena y Weimar, estaba cubierta de unos doce mil prusianos y sajones, muertos y heridos, y de cerca de cuatro mil franceses, entre muertos y heridos tambien, viéndose tendidos en el suelo, y en número mas que regular, una porcion de oficiales prusianos, que pagaron noblemente con su vida las insensatas pasiones que abrigaban. Quince mil prisioneros y doscientas piezas de artillería, cayeron en poder de nuestros soldados, ébrios de gozo; los obuses de los prusianos prendieron fuego á la ciudad de Jena, y desde las colinas donde se dió el

combate, se veian las columnas de llamas que se levantaban en medio de la oscuridad; y los obuses de los franceses surcaban á Weimar, amenazada de igual suerte. Los gritos de los fugitivos que atravesaban las calles corriendo, y el ruido de la caballería de Murat que las recorría á galope, llenaban de espanto á aquella encantadora ciudad, noble asilo de las letras, y teatro pacífico del comercio intelectual mas bello que entonces se egercia en el mundo. Parte de los vecinos de Weimar, así como de Jena, habian abandonado sus hogares, y los vencedores disponian como dueños supremos de ambas ciudades, estableciendo almacenes y hospitales en las iglesias y sitios públicos. Napoleon volvió á Jena, y se ocupaba, como lo tenia de costumbre, en recoger los heridos, oyendo gritos de ¡viva el emperador! mezclados con los ayes de los moribundos. ¡Escenas terribles, cuyo aspecto no podría tolerarse, si el genio y heroísmo desplegados en ellas no fuesen mas poderosos que el horror que inspiran, y si la gloria, lumbrera que todo lo embellece, no las iluminara con su brillante esplendor!

Emperó por grandes que fuesen los resultados ya conseguidos, Napoleon no sabia aun hasta donde se extendia su victoria, ni los prusianos hasta donde llegaba su infortunio, pues mientras sonaba el cañon en Jena, se oía tambien resonar á lo lejos hácia Naumburgo. Napoleon miró muchas veces á aquella parte, diciendo para sí que los mariscales Davout y Bernadotte, quienes tenían á sus órdenes cincuenta mil hombres, nada podian temer del ejército prusiano, pues creía haberse las en Jena con las principales fuerzas de

ese mismo ejército; por lo cual mandó repetidas veces á dichos mariscales se dejasen matar hasta que no quedase uno, antes que abandonar el puente de Naumburgo. El príncipe de Hohenlohe, que se retiraba profundamente afligido, oyó también cañonazos por la parte de Naumburgo, y se inclinaba á dirigirse hácia allí, atraído unas veces y disuadido otras, por las noticias que llegaban de Awerstaedt, sitio en que estaba acampado el ejército del duque de Brunswick. Unos decían que dicho ejército habia conseguido una victoria completa, y otros por el contrario que habia sufrido un desastre, mayor aun que el del príncipe de Hohenlohe; pero no tardó éste en saber la verdad. Hé aquí lo que sucedió aquel día memorable, en que á cuatro leguas de distancia se dieron dos batallas sangrientas.

El día antes marchó el ejército real en cinco divisiones hácia la carretera que va de Weimar á Naumburgo, y recorriendo aquellas laderas, que forman ondulaciones como las olas del mar en la campiña de Thuringe, y van á terminar en costas escarpadas hácia las orillas del Saale, se detuvo en Awerstaedt, poco antes del desfiladero de Kosen, posicion militar muy conocida; es decir que anduvo cinco ó seis leguas, no sin que se creyese que era mucho para tropas que no estaban acostumbradas á las fatigas de la guerra. Bivaqueó, pues, el día 13 por la noche, delante y á la parte opuesta de la aldea de Awerstaedt, alimentándose mal, por no saber subsistir sin almacenes, y cuidándose muy poco, ni mas ni ménos que el príncipe de Hohenlohe, de los boquetes por donde era una cosa posible se presentasen los franceses.

Mas allá de Awerstaedt, y antes de llegar al puente de Naumburgo, se encuentra una especie de ensenada, bastante ancha y cortada por un arroyo, que despues de dar algunos rodeos va á reunirse con el Ilm y el Saale. Dicha rada, cuyos planos están inclinados uno hácia el otro, parece un campo de batalla á propósito para contener dos ejércitos, sin mas obstáculo entre ellos que un arroyo fácil de pasar. El camino que va de Weimar á Naumburgo lo recorre de una parte á otra, descendiendo al principio hácia el arroyo, hácia por un puentecillo, se eleva en seguida sobre el plano opuesto, y atraviesa una aldea llamada Hassenhausen, que es el único punto de apoyo que existe en medio de aquel terreno descubiertó. Mas allá de Hassenhausen, el camino se detiene de pronto al llegar al borde exterior de la ensenada de que se trata, y baja rápida y tortuosamente hácia las orillas del Saale, ó lo que es lo mismo hácia el desfiladero de Kosen, por debajo del cual se halla un puente, llamado de Kosen, ó de Naumburgo.

Sabiendo, pues, que los franceses estaban en la parte opuesta del Saale, por Naumburgo, lo natural era que los prusianos fuesen á tomar posiciones, á lo menos con una division, en la cima de las rampas de Kosen, no para pasar por allí, puesto que lo único de que se trataba era de ocultar aquel paso, sino para impedir que los franceses penetraran por él, mientras que cubiertas las demas divisiones por el Saale, proseguian su movimiento de retirada. Ninguno del estado mayor prusiano pensó en ello sin embargo, contentándose con enviar á hacer un reconocimiento algunas patrullas

de caballería, que se retiraron despues de hacer algunos disparos de pistola contra los puestos avanzados del mariscal Davout. Por estas patru-llas supieron que los franceses no se habian si- tuado en el desfiladero de Kosen, y creyéndose con esto en seguridad, al dia siguiente debian atravesar tres divisiones la ensenada que acaba- mos de describir y ocupar las rampas por donde se baja á las orillas del Saale, mientras que las otras dos divisiones, las cuales iban detras de las tres primeras al mando del mariscal Kalkreuth, tenian orden de apoderarse del puente de Frey- burgo sobre el Unstrat, para asegurar al ejército el paso de aquel punto, situado en la confluencia del Saale.

Inútil es pensar en muchas cosas cuando se está en un campo de batalla, sino se piensa en todas, porque el punto que se deja olvidado es justamente el que escoge el enemigo para sorpren- dernos. Tan grave era en aquellos momentos des- cuidar el desfiladero de Kosen, como abandonar á Napoleon el Landgrafenberg.

El mariscal Davout, á quien Napoleon situó en Naumburgo, no solo tenia muy buen criterio, sino una firmeza extraordinaria, una severidad inflexi- ble, y se mostraba inclinado á vigilar atentamente, por lo amigo que era de cumplir con su deber, y porque era muy corto de vista; por manera que aquel guerrero ilustre debia á un defecto físico una cualidad moral. Como le costaba trabajo dis- tinguir los objetos, los observaba muy de cerca, y luego que los veia, hacia que otros los viesan, abrumando con preguntas á los que se hallaban á su alrededor, no descansando ni dejando que na-

die descansase hasta no adquirir los informes ne- cesarios, y no resignándose jamás á vivir en la incertidumbre en que se aduermen tantos gene- rales, dejando á merced de la casualidad su glo- ria y la vida de sus soldados. Aquella noche fué á reconocer personalmente lo que sucedia en el desfiladero de Kosen, y por algunos prisioneros hechos de resultas de una escaramuza, supo que se acercaba el gran ejército prusiano guiado por el rey, los príncipes y el duque de Brunswick. Inmediatamente envió un batallon al puente de Kosen, y mandó á sus tropas se pudiesen en pie á eso de media noche, á fin de ocupar antes que el enemigo las alturas que dominan el Saale. Hallábase á la sazón el mariscal Bernadotte en Naumburgo, con orden de dirigirse á donde cre- yese mas útil, y especialmente de ayudar al ma- riscal Davout, si este lo necesitaba; por lo cual se trasladó á Naumburgo Davout, participó á Ber- nadotte lo que acababa de saber, le propuso com- batieran juntos, y hasta se ofreció á ponerse á sus órdenes, pues los cuarenta y seis mil hombres que entre los dos reunian no eran demasiado pa- ra hacer frente á los ochenta mil que, segun fama, componian el ejército prusiano. El mariscal Da- vout insistió en nombre de consideraciones de mu- cho peso; y si el mariscal Lannes, ó cualquier otro, hubiese estado en el lugar de Bernadotte, no se hubiera invertido el tiempo en inútiles esplica- ciones: mas decimos si el generoso Lannes hu- biese visto aparecer al enemigo, habria abrazado á un rival, por mucho que le odiase, y peleado con entusiasmo. Pero el mariscal Bernadotte, in- terpretando del modo mas torcido las órdenes del

emperador, se empeñó en dejar á Naumburgo para dirigirse hácia Dornburgo, donde el enemigo no se habia presentado siquiera. ¿De qué provenia tan estraña resolucion? De un sentimiento detestable, por el que se sacrifica muchas veces la sangre de los hombres, y la salvacion del estado: Bernadotte obraba así por odio, por envidia, por espíritu de venganza (1). Bernadotte aborrecia, y

(1) A continuacion verán nuestros lectores una carta que el emperador escribió al principe de Puente-Corvo despues de la batalla de Awerstaed, y confirma nuestros asertos. En dicha carta espresa Napoleon su descontento, aunque no con la vehemencia propia del que sentia.

*Al principe de Puente-Corvo.*

Witemberg, 25 de octubre de 1806.

He recibido vuestra carta, y puesto que ya no tiene remedio, no os acriminaré por lo pasado. Vuestro cuerpo de ejército no se ha hallado en el campo de batalla, y esto ha podido ser muy fatal para mí. Sin embargo, os habia mandado terminantemente que os halláseis en Dornburgo, paso principal para el Saale, el mismo dia en que el mariscal Lannes se hallase en Jena, el mariscal Angereau en Kala, y el mariscal Davout en Naumburgo. Por no haber ejecutado estas disposiciones, os mandé á decir aquella noche que si seguiais aun en Naumburgo, debiais marchar hácia donde estaba el mariscal Davout para ayudarle. Cuando recibisteis esta orden, estábais todavia en Naumburgo, y no obstante preferisteis emprender una marcha falsa para volver á Dornburgo, con lo qual no habeis asistido á la batalla, teniendo que sufrir el mariscal Davout los principales esfuerzos del ejército enemigo. Todo esto es muy triste, etc.

mucho, al mariscal Davout por motivos bastante frivolos, y le dejó entregado á sus propias fuerzas, las cuales consistian en tres divisiones de infanteria y tres regimientos de caballeria ligera. El mariscal Bernadotte se llevó consigo hasta una division de dragones que habia sido desmembrada de la reserva de caballeria, para que ayudase á los cuerpos primero y tercero, y de la cual no podia disponer esclusivamente.

Sin embargo de esto, el mariscal Davout no anduvo indeciso sobre el partido que tenia que tomar, pues resolvió impedir el paso al enemigo, y que no le quedase un soldado, antes que dejar abierto un camino que Napoleon ponía tanto empeño en querer cerrar. El 13 por la noche se puso en marcha hácia el puente de Kosen, con las tres divisiones de Gudin, Friand y Morand, las cuales formaban veinte y seis mil hombres vivos y efectivos, la mayor parte de ellos de infanteria, que afortunadamente era la mejor del ejército, pues aquel inflexible mariscal mantenía en sus tropas una disciplina de hierro. Con aquellos veinte y seis mil hombres se proponia pelear contra setenta mil, segun unos, y ochenta segun otros, aunque en la realidad eran sesenta y seis mil. En cuanto á los soldados, no estaban acostumbrados á contar el enemigo, sea cual fuese su número, y siempre se creian obligados á entrar en lucha, sino es que tambien tenían seguridad de vencer.

Despues de hacer que sus tropas empuñasen las armas mucho tiempo antes que fuese de dia, pasó el puente de Kosen, que habia ocupado la noche anterior, subió con la division de Friand las rampas de Kosen, y fué á parar á eso de las seis

emperador, se empeñó en dejar á Naumburgo para dirigirse hácia Dornburgo, donde el enemigo no se habia presentado siquiera. ¿De qué provenia tan estraña resolucion? De un sentimiento detestable, por el que se sacrifica muchas veces la sangre de los hombres, y la salvacion del estado: Bernadotte obraba así por odio, por envidia, por espíritu de venganza (1). Bernadotte aborrecia, y

(1) A continuacion verán nuestros lectores una carta que el emperador escribió al principe de Puente-Corvo despues de la batalla de Awerstaed, y confirma nuestros asertos. En dicha carta espresa Napoleon su descontento, aunque no con la vehemencia propia del que sentia.

*Al principe de Puente-Corvo.*

Witemberg, 25 de octubre de 1806.

He recibido vuestra carta, y puesto que ya no tiene remedio, no os acriminaré por lo pasado. Vuestro cuerpo de ejército no se ha hallado en el campo de batalla, y esto ha podido ser muy fatal para mí. Sin embargo, os habia mandado terminantemente que os halláseis en Dornburgo, paso principal para el Saale, el mismo dia en que el mariscal Lannes se hallase en Jena, el mariscal Angereau en Kala, y el mariscal Davout en Naumburgo. Por no haber ejecutado estas disposiciones, os mandé á decir aquella noche que si seguiais aun en Naumburgo, debiais marchar hácia donde estaba el mariscal Davout para ayudarle. Cuando recibisteis esta orden, estábais todavia en Naumburgo, y no obstante preferisteis emprender una marcha falsa para volver á Dornburgo, con lo qual no habeis asistido á la batalla, teniendo que sufrir el mariscal Davout los principales esfuerzos del ejército enemigo. Todo esto es muy triste, etc.

mucho, al mariscal Davout por motivos bastante frivolos, y le dejó entregado á sus propias fuerzas, las cuales consistian en tres divisiones de infanteria y tres regimientos de caballeria ligera. El mariscal Bernadotte se llevó consigo hasta una division de dragones que habia sido desmembrada de la reserva de caballeria, para que ayudase á los cuerpos primero y tercero, y de la cual no podia disponer esclusivamente.

Sin embargo de esto, el mariscal Davout no anduvo indeciso sobre el partido que tenia que tomar, pues resolvió impedir el paso al enemigo, y que no le quedase un soldado, antes que dejar abierto un camino que Napoleon ponía tanto empeño en querer cerrar. El 13 por la noche se puso en marcha hácia el puente de Kosen, con las tres divisiones de Gudin, Friand y Morand, las cuales formaban veinte y seis mil hombres vivos y efectivos, la mayor parte de ellos de infanteria, que afortunadamente era la mejor del ejército, pues aquel inflexible mariscal mantenía en sus tropas una disciplina de hierro. Con aquellos veinte y seis mil hombres se proponia pelear contra setenta mil, segun unos, y ochenta segun otros, aunque en la realidad eran sesenta y seis mil. En cuanto á los soldados, no estaban acostumbrados á contar el enemigo, sea cual fuese su número, y siempre se creian obligados á entrar en lucha, sino es que tambien tenían seguridad de vencer.

Despues de hacer que sus tropas empuñasen las armas mucho tiempo antes que fuese de dia, pasó el puente de Kosen, que habia ocupado la noche anterior, subió con la division de Friand las rampas de Kosen, y fué á parar á eso de las seis

de la mañana, á las alturas que forman uno de los costados de la ensenada de Hassenhausen. Pocos instantes habian trascurrido, cuando los prusianos aparecieron al otro lado, de suerte que los dos ejércitos hubieran podido verse hácia los extremos de aquella especie de anfiteatro, si la niebla que á aquellas horas envolvía el campo de batalla de Jena, no hubiese envuelto tambien el de Awers-taedt. La division prusiana de Schmeltan iba á la cabeza, precedida de una vanguardia de caballería de seiscientos ginetes, á las órdenes del general Blucher, y algo detras marchaba el rey con el duque de Brunswick y el mariscal Mollendorf. Habia bajado el general Blucher hasta el cenagoso arroyo que atraviesa la ensenada, habia ya pasado el puentecillo, y subia al paso por la carretera, cuando se encontró con un destacamento francés de caballería, mandado por el coronel Bourke y el capitán Hulot. Disparáronse de una y otra parte algunos pistoletazos en medio de la niebla, é hicimos algunos prisioneros á los prusianos, despues de cuyo atrevido reconocimiento, ejecutado en medio de una densísima niebla, fué á colocarse el destacamento francés bajo la proteccion del 25 de línea, que conducia el mariscal Davout. Este mandó colocar algunas piezas de artillería en la calzada misma, y tirar á metralla sobre los seiscientos caballos del general Blucher, los cuales no tardaron en desordenarse, dejando en poder de dos compañías del 25 una batería montada que llevaba aquel cuerpo de caballería, batería que fué conducida á Hassenhausen. Semejante encuentro revelaba toda la gravedad de la situación, pues era claro que iba á darse una gran batalla,

aunque la incertidumbre producida por la niebla debia retardar el momento, pues ni unos ni otros podian ejecutar un movimiento serio, en presencia de un enemigo invisible por decirlo así. El mariscal Davout, yendo como iba de Naumburgo para cortar la retirada á los prusianos, tenia vuelta la espalda al Elba y la Alemania, el Saale á la izquierda y á la derecha unas alturas cubiertas de arbolado, siendo enteramente contraria la posición de los prusianos, que iban de Weimar. Gracias sin embargo á la tardanza que causó la niebla, tuvo tiempo el mariscal Davout para situar en buen punto á la division de Gudin, que fué la primera que llegó y se componia de los regimientos número 25, 85, 42 y 21 de línea, y de seis escuadrones de cazadores. Al regimiento número 85 lo colocó en la aldea de Hassenhausen, y como á la derecha de dicha aldea (que lo era tambien de los franceses), pero algo delante, hubiera un bosquecillo de sauces, diseminó en él una porcion de tiradores, los cuales empezaron á hacer un fuego mortífero sobre la línea prusiana, que iba ya distinguiéndose. A los otros tres regimientos los apostó á la derecha de la aldea, dos de ellos desplegados en batalla, y formados de modo que presentasen una doble línea, y el otro en columna cerrada, dispuesto á formarse en cuadro sobre el flanco de la division. El terreno que hay á la izquierda de Hassenhausen se reservó para las tropas del general Morand, y en cuanto á las del general Friand, las circunstancias que pudieran sobrevenir durante la batalla, debian determinar la posición que fuese conveniente darles.

El rey de Prusia, el duque de Brunswick y el

mariscal Mollendorf, que habian pasado el arroyo con la division de Schmettan, al ver las disposiciones que tomábamos delante de Hassenhausen, deliberaron sobre si deberian atacar al instante, y el duque de Brunswick se mostró inclinado á esperar á la division de Wartensleben, para obrar mas de consuno; pero el rey y el mariscal Mollendorf fueron de dictámen de que no convenia retardar el combate. Por lo demas, el fuego de fusilería fué haciéndose tan vivo, que tuvieron que contestar á él, y trabar la lucha al instante, desplegándose en batalla con la division de Schmettan, frente al terreno que ocupaban los franceses, teniendo por delante á Hassenhausen, que en medio de aquel terreno descubierto iba á ser el ege de la batalla. En seguida quisieron apagar el fuego de los tiradores franceses que se habian emboscado detrás de los sauces, pero inútilmente, pues ademas de lo diestros que eran, tenian con que abrigarse: entonces se dirigieron un poco hácia la derecha de Hassenhausen (derecha para los franceses é izquierda para los prusianos), á fin de librarse de aquel fuego nutrido y mortífero. La division de Schmettan se acercó á las líneas de nuestra infantería para disparar contra ella, y como la niebla empezaba á disiparse, descubrió á la infantería de la division de Gudin formada á la derecha de Hassenhausen. Al ver esto el general Blucher, reunió su numerosa caballería, y dando un rodeo, fué á cargar por el flanco á la espresada division; pero Gudin no le dió tiempo, pues el regimiento número 25, que se hallaba en primera línea, forma al momento un cuadro con su batallon de derecha, el 21 que es-

taba en segunda línea, imitó su ejemplo, y por último, el regimiento número 12 que estaba de retaguardia, se formó en cuadro con sus dos batallones, esperando con tanta tranquilidad como confianza á los escuadrones del general Blucher aquellas tres masas erizadas de bayonetas. Los generales Petit, Gudin y Gauthier tomaron puesto cada uno en un cuadro, y el mariscal andaba y viniendo del uno al otro. El general Blucher, que se distinguia por su denuedo, mandó dar la primera carga, teniendo cuidado de dirigirla él mismo; pero sus escuadrones no llegaron á nuestras bayonetas, pues una lluvia de balas los contuvo, obligándolos á variar de direccion repentinamente. Al general Blucher le mataron el caballo, mas cogió el de un trompeta, y repitió la carga hasta tres veces, siempre con mal éxito, no tardando la caballería en arrastrarle en su derrota. Nuestros escuadrones de cazadores, que se habian mantenido ocultos en un bosquecillo, se lanzaron en persecucion de aquella caballería fugitiva, y la obligaron á desaparecer mas pronto, no sin matarle algunos hombres.

Hasta entonces habia conservado su terreno el tercer cuerpo, sin comoverse siquiera, cuando fué á presentarse en el lugar del combate la division de Friant, que tan bien se portó en Austerlitz. Viendo el mariscal Davout que los esfuerzos del enemigo se dirigian hácia la derecha de Hassenhausen, envió la division de Friant hácia aquel sitio, y reconcentró la de Gudin al rededor de la espresada aldea, que segun todas las apariencias iba á ser atacada violentamente, enviando al mismo tiempo orden al general Morand para que

apresurase el paso, y fuera á situarse á la izquierda de la aldea.

Por parte de los prusianos, la segunda division, esto es, la de Wartensleben, llegaba sin aliento, pues habia tenido que retardar su marcha de resultas de haber obstruido el camino á la espalda los bagages, y la de Orange, detenida por igual causa, acudia tambien presurosa, lo cual prueba que por no estar acostumbrado á la guerra aquel ejército, se movia con lentitud, sin concierto y embarazosamente.

Llegado el momento de volver á empezar el combate con furor, la division de Wartensleben se dirigió hácia la izquierda de Hassenhausen, mientras que la de Schmectan, guiada vigorosamente por los oficiales prusianos, se adelantó hasta la misma aldea, y luego replegó sus dos alas al rededor de ella á fin de envolverla. Por fortuna habia alli tres regimientos del general Gudin, y el 83, que ocupaba el frente, se portó aquel dia con un valor heróico. Rechazado á lo interior de la aldea, impedía el paso con extraordinario denuedo, contestando con un fuego obstinado y diestramente dirigido al espantoso que los prusianos hacian en masa, y ya habia perdido la mitad de su gente, sin dejar de permanecer siempre firme. Durante este tiempo, aprovechándose la division de Wartensleben de que la de Morand no habia ocupado todavia la izquierda de Hassenhausen nos amenazaba con dar vuelta á la aldea, haciendo que fuese delante un numeroso cuerpo de caballeria; pero al ver esto el general Gudin desplegó en batalla á la izquierda de la aldea uno de los cuatro regimientos que mandaba, esto es, el 12,

para impedir que el enemigo llegase antes. Como Hassenhausen era el único punto que en aquel terreno descubierto podia servir de apoyo á los unos y á los otros de obstáculo, era evidente que debian disputarlo con encarnizamiento. Así sucedió efectivamente, recibiendo el valeroso general Schmectan, que iba á la cabeza de sus infantes, un balazo que le obligó á retirarse. El duque de Brunswick, al ver la obstinada resistencia de los franceses, sentia una secreta desesperacion, y creia iba á realizarse la catástrofe, cuyo presentimiento affigia su alma hacia un mes, pero como aquel anciano guerrero, aunque vacilante en los consejos, nunca se mostraba indeciso en el campo de batalla, quiso ponerse á la cabeza de los granaderos prusianos, y conducirlos al asalto de Hassenhausen, siguiendo un pliegue de terreno que se encuentra al lado de la calzada, y por donde se podia llegar con mas facilidad á la aldea. Hácelo así; pero al tiempo de exhortarles y enseñarles el camino, recibe en el rostro una herida mortal de una bala encadenada de cañon, y sus soldados se lo llevan despues de teparle la cara con un pañuelo, para que el ejército no conozca quién es el herido. Esta noticia causa en el estado mayor prusiano un noble furor; el respetable Mollendorf no quiere sobrevivir á aquella jornada, avanza con decision y tambien sale herido mortalmente; el rey y los principes se portan en el peligro como simples soldados, y al rey le matan un caballo, sin querer no obstante dejar el fuego. Al fin llega la division de Orange, y dividida en dos brigadas, una va á sostener á la division de Wartensleben á la izquierda de Hassenhausen (izquierda tambien de los franceses),

para ver si dando la vuelta, viene á tierra aquella posicion, y mientras la otra va á llenar á la derecha el espacio que la division de Schmettan dejó vacío para caer sobre Hassenhausen, y sobre todo á contender á la division de Friant, que empieza á ganar terreno sobre el flanco del ejército prusiano.

El mariscal Davout, presente siempre en lo mas fuerte del riesgo, envia hácia la derecha á la division de Friant, la cual hace un vivo fuego contra la brigada de la division de Orange, que contestó á él del mismo modo. En el centro, en Hassenhausen mismo, sostiene los corazones, anunciando va á llegar Morand, y en la izquierda donde aparece al fin éste, corre á formar aquella division, que si no era mas valiente que las otras dos, porque las tres lo eran igualmente, se componia de mayor número de hombres. El intrépido Morand llevaba consigo cinco regimientos, estos es; el 43 de ligeros, y los 61, 51, 30 y 17 de línea, cuyos regimientos tenian nueve batallones, pues el décimo se habia quedado custodiando el puente de Kosen. Desde luego se les destinó á ocupar el terreno llano que hay á la izquierda de Hassenhausen, y contra el cual habian asestado los prusianos una numerosa artilleria, dispuesta á destruir las tropas que por allí se presentasen. Es decir, que cada uno de los nueve batallones, despues de trepar por las rampas de Kosen, debia desembocar en la ladera bajo el fuego de metralla del enemigo, pero sin embargo, se despliegan en batalla unos detrás de otros, formándose en el mismo instante en que llegan á entrar en línea, á pesar de las repetidas descargas de la artilleria

prusiana. El 43 de ligeros es el primero que aparece, se forma; y avanza rápidamente, pero se adelanta tanto, que tiene que replegarse sobre los otros regimientos. El 61 que le sigue, es acogido del mismo, pero ni siquiera se conmueve: antes, por el contrario, viendo un soldado, á quien sus camaradas llamaban el emperador, porque tenia alguna semejanza con Napoleon, viendo decimos, que su compañia titubeaba, corre hácia adelante, se coloca de guia, y esclama;—Amigos, seguid á vuestro emperador.—Todos le siguen, y se apiñan bajo aquella lluvia de metralla, con lo cual acaban de desplegarse los nueve batallones, y marchan en columnas cerradas, llevando la artilleria en el hueco que queda entre batallon y batallon. Al tiempo de conducir el mariscal Davout sus batallones, recibe un balazo en la cabeza que le atraviesa el sombrero por junto á la escarapela, y le arranca algunos cabellos, aunque sin tocar al cráneo. Los nueve batallones se sitúan frente á la línea enemiga, y hacen retroceder á la division de Wartenleben, así como á la brigada de Orange, que habia ido á apoyarla. En seguida despejan, siempre ganando terreno, el flanco de Hassenhausen, y obligan á la division de Schmettan á replegar sus alas, que habia estendido al rededor de la aldea. Despues de un fuego de fusileria que duró mucho tiempo, la division de Morand vé amontonarse sobre su cabeza otra nueva tempestad; cual es una masa enorme de caballeria, que al parecer se reune detrás de las filas de la division de Wartenleben. El ejército real llevaba consigo la mayor y mejor parte de la caballeria prusiana, pudiendo presentar catorce ó quince mil ginetes,

perfectamente montados, y acostumbrados á maniobrar, por el largo tiempo que llevaban de ejercitarse en ellas. Con aquella masa de caballería, pues, quieren los prusianos hacer un esfuerzo desesperado contra la division de Morand, lisongeándose que en el terreno llano que separa á Hassenhausen del Saale, iba á ser hollada por sus caballos, ó á precipitarse á lo largo de las rampas de Kosen. Si lo consiguen, siendo arrollada la izquierda del ejército francés, envuelto Hassenhausen, y hecho prisionero Gudin en la aldea, la division de Friant no tiene otro remedio que batirse en retirada á paso mas que acelerado; pero viendo el general Morand los preparativos del enemigo, dispone siete de sus batallones en cuadro, y deja dos desplegados en batalla para enlazar sus operaciones con las de Hassenhausen. Hecho esto, se situa en uno de los cuadros, el mariscal Davout se coloca en otro, y se disponen á recibir á pie firme la masa de enemigos que se prepara á caer sobre ellos. De pronto se abren las filas de la infantería de Wartensleben, y vomitan torrentes de caballería prusiana, hasta el número de diez mil caballos, mandados por el príncipe Guillermo, y que dan muchas y repetidas cargas contra los nuestros. Cada vez que se acercan, esperan nuestros intrépidos peones con sangre fría á que sus oficiales manden hacer fuego, dejan venir los escuadrones enemigos á treinta ó cuarenta pasos de sus líneas, y hacen descargas tan ciertas, tan mortíferas, que derriban á centenares de hombres y caballos, formando una muralla con los cadáveres. En el tiempo que media entre estas descargas, pasan de un cuadro á otro el general

Morand y el mariscal Davout, para animar á todos y á cada uno con su presencia. Los ginetes prusianos reiteran con furor sus rudos ataques, pero ni siquiera llegan á nuestras bayonetas, hasta que al fin, despues de repetirse con frecuencia aquella escena tumultuosa, desanimada la caballería prusiana, se retira detrás de su infantería. Entonces el general Morand, deshace sus cuadros, despliega sus batallones, los forma en columna de ataque, y los lanza sobre la division de Wartensleben. Acometida vigorosamente la infantería prusiana, retrocede delante de nuestros soldados, y baja hasta la orilla del arroyo, al mismo tiempo que el general Friant obliga en la derecha á retirarse á la primera brigada de la division de Orange, y de resultas de este doble movimiento, descubiertas las dos alas de la division de Schmettan, horriblemente diezmada ésta, tiene que tomar la fuga, y alejarse de la aldea de Hassenhausen, disputada con tanta violencia á la division de Gudin.

De este modo vamos empujando las tres divisiones prusianas hasta mas allá del pantanoso arroyo que atraviesa el campo de batalla, despues de lo cual se detiene el ejército un instante para tomar aliento, porque hacia dos horas que duraba aquel combate desigual, y nuestros soldados se morian de cansancio. La division de Gudin, á quien se habia dado el encargo de defender á Hassenhausen, sufrió enormes pérdidas; pero la de Friant medianamente, y en cuanto á la de Morand, poco maltratada por la caballería, como toda infantería que no es rota por el enemigo, aunque la artillería le hizo mas daño, se encontraba en estado de poder pelear, estando las tres dispuestas á dar

principio de nuevo á la lucha , si así era preciso, para hacer frente á las dos divisiones prusianas de reserva, que habian presenciado el combate, desde el otro lado de la ensenada en que se daba la batalla. Dichas dos divisiones, que eran las del Kuhnheim y Arnim, esperaban la señal para entrar en línea á su vez, y renovar la lucha al mando del mariscal Kalkreuth.

Durante este tiempo deliberaban entre si los gefes del ejército prusiano, opinando el general Blucher que toda la caballería en masa debia reunirse á las dos divisiones de reserva, y caer sobre el enemigo á la desesperada. El rey pensó lo mismo al principio; pero no faltó quien le hizo presente que con solo un día que esperasen, irian á unirseles el príncipe de Hohenlohe y el general Ruchel con su cuerpo, no pudiendo menos que quedar derrotados los franceses por tantas fuerzas reunidas. Esta suposicion no era fundada, pues á ser permitido contar con la llegada de los cuerpos de Hohenlohe y Ruchel, los franceses que tenian delante, debian ser reforzados tambien por el ejército grande; de suerte que ninguna probabilidad valia tanto como hacer el último esfuerzo, sin la menor demora, y decididos á vencer ó morir, si bien esta última probabilidad no era muy grande, envista del estado en que se hallaban las divisiones de Friant y Morand. Sin embargo de esto, se dió la orden de retirada, pues aunque el rey habia mostrado extraordinario valor, esta cualidad no constituye el carácter; además de que todos cuantos le rodeaban, estaban profundamente abatidos.

Por la tarde se dió principio al movimiento de retirada, avanzando el mariscal Kalkreuth para

protegerlo con sus divisiones de refresco, mientras que el general Morand por su parte se habia aprovechado de una alturilla llamada Sonnenberg, y está situada á la izquierda del campo de batalla, para colocar baterías que hacian un fuego sumamente incómodo sobre los prusianos. El mariscal Davout puso en movimiento sus tres divisiones, llevándolas aceleradamente mas allá del arroyo, con lo cual consiguió que los nuestros siguiesen su marcha á pesar del fuego de las divisiones de reserva, se acercasen á ellas á tiro de fusil, y las obligasen á batirse en retirada, sin desorden, es verdad, pero con precipitacion. Si el mariscal Davout hubiese tenido á su disposicion los regimientos de dragones que la vispera se llevó el mariscal Bernadotte, hubiera hecho prisioneros á millares; pero sin embargo cogió mas de tres mil, además de ciento quince piezas de artillería, captura enorme para un cuerpo que solo tenia cuarenta y cuatro. Así que llegó al otro lado de la ensenada en que se habia dado el combate, detuvo su infantería, y como descubriese en las cercanias de Apolda á las tropas del mariscal Bernadotte, le invitó á que cayese sobre el enemigo, y recogiese los vencidos, porque estenuado de fatiga su cuerpo, no podia seguir tras ellos mas tiempo. Los soldados de Bernadotte, que estaban comiendo el rancho al rededor de Apolda, veian la conducta de su gefe con indignacion, y se preguntaban unos á otros para qué servia su valor, sino pensaban en ellos en semejantes circunstancias.

El ejército prusiano perdió entre muertos, heridos y prisioneros doce ó trece mil hombres, quedando mortalmente heridos el duque de Bruns-

wick, el mariscal Mollendorf, el general Schmettan, y sobre todo un número inmenso de oficiales, que cumplieron valerosamente con su deber. El cuerpo del mariscal Davout tuvo crueles pérdidas, quedando fuera de combate siete mil hombres de veinte y seis mil que eran, saliendo heridos los generales Morand y Gudin, muriendo en la acción el general Bill, y hallando la muerte ó heridas de gravedad, la mitad de los generales de brigada y coroneles. Jamás, desde lo de Marengo, habia ensangrentado las armas francesas una acción tan mortífera, jamás se habia dado por un general y las fuerzas que mandaba un ejemplo tan grande de firmeza y heroísmo.

El ejército real se retiró, bajo la protección de las dos divisiones de reserva que mandaba el mariscal Kalkreuth, siendo Weimar el punto donde debían reunirse todos los cuerpos desorganizados por la batalla; pues creían que el príncipe de Hohenlohe se hallaría sano y salvo detras de aquella ciudad. El rey se dirigió á ella, muy triste á no dudarlo, pero contando, sino con que la suerte cambiase, á lo menos con una retirada en buen orden, gracias á los setenta mil hombres á que ascendían las tropas del príncipe de Hohenlohe y el general Ruchel. Caminaba, pues, escoltado por un fuerte destacamento de caballería, cuando se descubrió detras del campo de batalla de Jena á las tropas del mariscal Bernadotte, no quedándoles la menor duda que habia sucedido alguna desgracia al ejército del príncipe de Hohenlohe. Entonces dejaron precipitadamente el camino de Weimar, para dirigirse por la derecha hácia el de Sommerda; pero á poco supieron toda la verdad, porque el

ejército de Hohenlohe iba á buscar al lado del rey el apoyo que éste y sus tropas esperaban le daría el príncipe. Encontráronse las hordas de ambos ejércitos que huían en todas direcciones, y unos y otros supieron habian sido vencidos cada uno por su lado, cuya noticia puso el colmo al desorden, no tan grande al principio en el ejército del rey, porque nadie le perseguía. Apoderóse de todas las almas un terror repentino, y todos corrían en confusión por los caminos y senderos, viendo en todas partes al enemigo, y tomando por franceses victoriosos á fugitivos tan llenos de espanto como ellos mismos. Para colmo de infortunio, encontraron en los caminos la masa enorme de bagages que el ejército prusiano, enervado con el largo tiempo que llevaban de paz, arrastraba tras sí, entre los cuales habia muchísimos pertenecientes al rey, que no estaban en relacion con la sencillez personal de Federico Guillermo, pero que se necesitaban yendo como iba allí la corte. Deseando librarse cuanto antes del peligro, los soldados de los dos ejércitos prusianos tenían por una calamidad aquellos obstáculos que se oponían á la rapidez de su fuga, y la caballería daba un rodeo, lanzándose á la campiña, y escapándose por escuadrones aislados, mientras la infantería rompía filas, destruyendo, arrollando aquellos bagages incómodos, y dejando que el vencedor los saquease, porque lo que quería era huir. No tardó en cundir la desesperación general á las dos divisiones del mariscal Kalkreuth, que eran las únicas que se mantenían en buen orden, y á pesar de la energía de su jefe empezaron á disolverse, desorganizándose un cuadro á cada hora que pasaba. En cuan-

to á los soldados, como no habian participado de las pasiones que abrigaban sus oficiales, creian mas sencillo, tirar las armas, y esconderse en los bosques para librarse de las consecuencias de la derrota, de suerte que los caminos estaban atestados de mochilas, fusiles y cañones. Así es como se retiraba el ejército prusiano por las llanuras de Thuringe, y hácia los montes de Hartz, presentando un espectáculo bien diferente del que ofrecia pocos dias antes, cuando se comprometia á portarse contra los franceses de otro modo que los austriacos y los rusos (1).

Parte del ejército de Hohenlohe huia por la derecha hácia Sommerda, y parte por la izquierda hácia Erfurt, mas allá de Weimar. Una mitad del ejército real, esto es, la que primero dejó el campo de batalla, y tenia orden de dirigirse hácia Weimar, viendo que esta ciudad se hallaba en manos del enemigo, iba á Erfurt, llevando consigo al duque de Brunswick, el mariscal Mollendorf y el general Schmettan, mortalmente heridos como ya hemos dicho; y el resto del ejército real marchaba hácia Sommerda, no porque así se le hubiese mandado, sino porque aquella poblacion y la de Erfurt eran las únicas que habia detras del pais en que se dió la accion. Por lo demas, desde que aquel delirio de terror se apoderó de todas las cabezas, nadie habia podido dar una orden. El rey, rodeado de alguna caballería, marchaba hácia Sommerda, y el príncipe de Hohenlohe, que se ha-

(1) No hacemos otra cosa que reproducir aqui lo que dicen los oficiales prusianos en los diferentes relatos que han publicado.

bia retirado con mil doscientos á mil quinientos caballos, no tenia doscientos cuando á la mañana del dia siguiente 13 llegó á Tennstädt, preguntando qué habia sido del rey, mientras éste preguntaba por él, porque ningun gefe sabia donde estaban los demas.

Durante aquella terrible noche, los vencedores sufrían tanto como los vencidos, pues estaban tendidos en el suelo, bivaqueando en una noche crudísima, y no teniendo casi nada que comer, de resultas de un dia de combate, naturalmente poco productivo en víveres. Muchos de ellos, heridos de mas ó menos gravedad, yacían en tierra al lado de los heridos enemigos, con cuyos ayes confundían los suyos, porque por muy bien organizado que esté un hospital de sangre, no puede recoger en tan corto espacio de tiempo de doce á quince mil heridos. Napoleon no solo por bondad de alma sino por cálculo, cuidó personalmente por espacio de algunas horas de su traslacion, y en seguida volvió á Jena, donde recibió importantes noticias acerca de una segunda victoria, mas gloriosa todavía que la alcanzada á su vista. Al principio no queria creer todo lo que le decían, porque queriendo disculpar el mariscal Bernadotte con una mentira su imperdonable conducta, le escribió una carta en que le manifestaba que apenas tenia delante el mariscal Davout nueve ó diez mil hombres. El capitán Trobiand, oficial de Davout, fué á decirle que habian tenido que pelear contra setenta mil hombres; pero en vez de creerlo contestó: —Vuestro mariscal ha visto el ejército enemigo con ojos de aumento.—Sin embargo, así que supo todos los pormenores, se alegró en extremo, y col-

mó de elogios primero, y bien pronto de recompensas, la admirable conducta del tercer cuerpo, indignándose contra el mariscal Bernadotte, aunque no le causó mucha sorpresa su conducta. En el primer momento quiso castigarle con severidad, y aun pensó en semeterlo á un consejo de guerra, pero el parentesco, y una especie de debilidad que la inclinaba á solo cebarse en él de palabra, le hicieron variar de resolucion, convirtiéndose su severidad en un disgusto que no trató de ocultar. El mariscal Bernadotte no recibió otro castigo que escribirle el príncipe Berthier y el mismo Napoleon, cartas que debieron afligirle profundamente, si es que tenia corazón de buen ciudadano y soldado.

Al dia siguiente por la mañana salió para Naumburgo el mariscal Duroc, con una carta del emperador para el mariscal Davout, y grandes testimonios de satisfaccion para todo el cuerpo del ejército.— Tanto vos como vuestros soldados, señor mariscal, decía Napoleon, habeis adquirido derechos eternos á mi aprecio y gratitud.— Duroc debía ademas visitar los hospitales, ver á los heridos, prometerles serian recompensados espléndidamente, y dar dinero con mano pródiga á cuantos lo necesitasen. La carta del emperador se leyó en los cuartuchos donde se habían amontonado los heridos, y aquellos infelices gritaban *viva el emperador!* en medio de sus dolores, manifestando así deseos de recobrar la vida para consagrársela de nuevo.

Desde el dia siguiente 13 de octubre, trató Napoleon de aprovechar la victoria, con esa exactitud en que no le ha igualado ningun otro capitán antiguo ó moderno. Desde luego mandó á los ma-

riscasles Davout, Lannes y Augereau, cuyos cuerpos sufrieron mucho en la jornada del 14, que descansasen dos ó tres dias en Naumburgo, Jena y Weimar; pero el mariscal Bernadotte, cuyos soldados no habian disparado un tiro, los mariscales Soult y Ney, que solo se batieron con parte de sus tropas, y Murat, cuya caballeria no habia sufrido otra cosa que fatigas, tuvieron que avanzar, para ir hostigando al enemigo, y recoger los restos del ejército prusiano, fáciles de capturar en el estado de desorganizacion en que se hallaban. Murat, que habia dormido en Weimar, recibió una órden en que se le mandaba acudiese con sus dragones á Erfurt el 15 por la mañana, y Ney otra en que se le prevenia le siguiese inmediatamente. En cuanto al mariscal Soult debia marchar en persecucion del ejército enemigo por Sommerda, Greussen, Sondershausen y Norhausen, y seguir por la selva de Thuringe hácia los montes de Hartz, donde al parecer trataba de buscar refugio. Al mariscal Bernadotte se le mandó dirigirse aquel mismo dia hácia el Elba, trasladándose á la derecha del ejército por Halle y Dessau; lo cual demuestra que si Napoleon ponía tanto cuidado la vispera de una batalla en concentrarse, al dia siguiente, cuando ya habia vencido al enemigo, dividía sus cuerpos, á la manera de una ancha red, para coger á los fugitivos, porque era tan hábil para modificar los principios de la guerra segun lo requieran las circunstancias, como para escoger el tiempo oportuno, que es lo que asegura el buen éxito.

Dadas estas órdenes, Napoleon se dedicó durante algunos dias á los negocios politicos. La

direccion que los prusianos seguian en su retirada, los alejaba de Sajonia, y ademas Napoleón tenia en su poder una buena parte de las tropas sajonas, las cuales habian peleado con honra, pero estaban muy disgustadas, no solo con la guerra que hacia su pais por agenas instigaciones, sino del mal tratamiento que habian encontrado en los prusianos, de quienes se quejaban sin rebozo. Napoleón mandó rennir en Jena, en una sala de la universidad, á los oficiales de las tropas sajonas, y valiéndose de un empleado en la secretaria de negocios estrangeros, que se hallaba á su lado, les dirigió algunas palabras que inmediatamente fueron traducidas. En su arenga les dijo que no sabia por qué estaba en guerra con su soberano, que era un príncipe dotado de saber, pacífico y digno de respeto; que hasta habia desenvainado la espada para sacar á su pais de la dependencia humillante en que lo tenia Prusia, y que no veia qué razon hubiese para que teniendo como tenian los sajones y franceses, tan pocos motivos de ódio, insistieran en pelear unos contra otros; que por lo que hacia á él, estaba pronto á darles una prueba de sus amistosas disposiciones, poniéndoles en libertad y respetando á Sajonia, siempre que le prometiesen por su parte, que no volverian á tomar las armas contra Francia, y fuesen á Dresde los principales de ellos á proponer la paz, y á hacer que su soberano la aceptase. Llenos de admiracion los oficiales sajones al ver el personage extraordinario que les hablaba, y agradecidos á la generosidad de sus proposiciones, juraron á una voz que ni ellos ni sus soldados continuarian sirviendo durante aque-

lla guerra, y algunos se ofrecieron á partir al instante para Dresde, asegurando que antes de que hubiesen trascurrido tres dias irian á llevarle el consentimiento de su soberano.

Con esto queria Napoleón desarmar el patriotismo germánico, tan escitado por Prusia, y tratando con aquella dulzura á un príncipe justamente respetado, tener derecho para tratar con rigor á otro príncipe á quien nadie queria bien. Hablamos del elector Hesse, que habia contribuido con sus embustes á provocar la guerra, y que desde que se rompieron las hostilidades procuraba traficar con su adhesion, decidido á entregarse á la potencia que saliese victoriosa. Por lo demas, era enemigo nuestro, aunque no lo decia, y adicto á Inglaterra, en cuya nacion habia depositado sus caudales; y Napoleón no queria, al tiempo de avanzar hacia Prusia, dejar á su espalda semejante enemigo, de quien podia deshacerse sin faltar á los principios de la guerra, y aun á los de una politica leal, porque aquel príncipe habia engañado no solo á Francia sino á Prusia. Antes de ir mas lejos, mandó, pues, Napoleón, al octavo cuerpo que dejase á Maguncia, y se dirigiese hacia Cassel, aunque aquel cuerpo solo debia componerse de unos diez á doce mil hombres; pero al mismo tiempo dispuso que su hermano Luis marchase por Westfalia hacia Hesse, y se reuniese al mariscal Mortier con doce ó quince mil hombres, para contribuir al cumplimiento de lo dispuesto por la victoria. Sin embargo, creyendo que no era muy decoroso que su hermano se encargase de desempeñar una comision tan rigurosa, aconsejó al rey Luis enviase sus tropas á Mortier, y dejase

que éste realizara el despojo de la casa de Hesse, con la exactitud y providad que le distinguían. El mariscal Mortier debía declarar que el elector de Hesse había dejado de reinar (forma que ya se había adoptado con la casa de Nápoles), apoderarse de sus estados en nombre de Francia, y licenciar su ejército, ofreciendo á los soldados hessenses que quisieran servir se trasladasen á Italia. La mayor parte de ellos eran hombres robustos, y bien disciplinados, y estaban acostumbrados á militar fuera de su patria, por cuenta de los que se lo pagaban, especialmente por cuenta de los ingleses, que los empleaban en la India con mucha ventaja. El ejército hessense se componía de treinta y dos mil soldados de todas armas, de suerte que nos convenía en gran manera no dejar detras de nosotros esa fuerza temible, sobre todo si habíamos de dirigirnos á lo interior del Norte, según proyectaba Napoleón.

Con aquellas diferentes órdenes, Napoleón envió al Rin la noticia de sus ruidosos triunfos, noticia que debía disipar las esperanzas de sus enemigos, aumentando en los soldados que se habían quedado en el interior del reino, el deseo de ir á reunirse con el ejército grande. Como lo tenía de costumbre, añadió una multitud de instrucciones relativas á los conscriptos, á la organización de depósitos, á la marcha de los destacamentos destinados á reclutar los cuadros, y al arreglo de los negocios civiles, que nunca se resentían, reinando él, del descuido que la guerra introduce en los demás ramos.

De Jena se trasladó Napoleón á Weimar, donde halló reunida toda la corte del gran duque,

inclusa la gran duquesa, hermana del emperador Alejandro, faltando únicamente el gran duque, encargado del mando de una división prusiana. Aquella corte tan instruida como urbana, había convertido á Weimar en la Atenas de la Alemania moderna, y bajo su protección vivían colmados de honores, ricos y felices, Goethe, Schiller y Wieland. La gran duquesa, á quien se acusaba de haber contribuido á la guerra, corrió á recibir á Napoleón, y alarmada al ver el tumulto que reinaba en su derredor, exclamó al tiempo de acercarse:—Señor, os recomiendo mis súbditos; á lo cual respondió Napoleón con frialdad:—Ya veis lo que es la guerra, señora.—Por lo demás, á esto se limitó su venganza, trató á aquella corte enemiga, pero ilustrada, como Alejandro hubiera hecho con una ciudad de Grecia, se mostró sumamente atento con la gran duquesa, no le manifestó el menor disgusto por la conducta de su esposo, hizo que la ciudad de Weimar fuese respetada, y mandó cuidar á los generales heridos que había en ella. De Weimar tomó á la derecha, y se dirigió hacia Naumburgo, para complimentar personalmente al cuerpo del mariscal Davout, mientras que sus lugartenientes perseguían á todo trance al ejército prusiano.

En aquel intervalo, galopaba el infatigable Murat con sus escuadrones, y así que llegó á Erfurt, puso sitio á la plaza, que aunque no era muy fuerte, estaba rodeada sin embargo de murallas bastante bien conservadas, y provistas de un material considerable. Atestada de heridos y fugitivos, había sido trasladado á ella el mariscal Mollendorf, á quien mandó tratar Napoleón con

las mayores atenciones; pero Murat intimó la rendición, con el apoyo de la infantería del mariscal Ney. Entre los fugitivos prusianos no había quien fuese capaz de hacer frente á los franceses, y resistir enérgicamente su impetuosa persecucion; además de que no eran muy buenos elementos de defensa catorce á quince mil fugitivos, seis mil de los cuales estaban heridos, y la mayor parte medio muertos, sin contar el desorden nunca visto que allí reinaba. La plaza capituló, pues, aquella misma noche, recogiendo los nuestros, además de los seis mil heridos prusianos, nueve mil prisioneros y un botin inmenso, despues de lo cual partieron Ney y Murat inmediatamente para seguir el grueso del ejército prusiano.

A fin de interceptar los cuerpos que huían aisladamente, había enviado Murat los dragones de Klein á Weissensée, poblacion situada entre Sommerda, donde el rey pasó la primera noche, y Sondershausen, que era donde debía pasar la segunda. El general Klein llegó allí antes que los prusianos, y el general Blucher, que mandaba la caballería se admiró en extremo de encontrar al paso á los dragones de Murat. En seguida pidió se le concediese entrar en parlamentos, y entabló una especie de negociacion con Klein, apoyándose en una carta que Napoleon escribia al rey de Prusia, carta en que segun decia, se hablaba de paz, y afirmando bajo su palabra de honor que acababa de firmarse una tregua. El general Klein creyó á Blucher, y no opuso el más mínimo obstáculo á su retirada, salvándose los restos del ejército prusiano, gracias á aquel ardid de guerra. El general Blucher y el mariscal

Kalkreuth pudieron trasladarse á Greussen; pero el mariscal Soult les seguía por el mismo camino, y el 16 por la mañana alcanzó en dicha poblacion á la retaguardia de Kalkreuth, quien á fin de ganar tiempo, acudió tambien á lo de la tregua. En vez de caer Soult en el lazo, dijo que no creía en semejante tregua, y despues de emplear algunos instantes en mútuas conferencias, á fin de dar tiempo á que se le agregase su infantería, atacó á Greussen, la tomó á viva fuerza, y recogió aun muchos prisioneros, caballos y cañones. El día siguiente 17, los perseguidos y perseguidores se encaminaron hácia Sondershausen y Nordhausen, los unos abandonando á los otros bagages, cañones y batallones enteros, de suerte que recojimos más de doscientas bocas de fuego en todos los caminos, y muchos miles de prisioneros.

Cuando el rey de Prusia llegó á Nordhausen, encontró allí al príncipe de Hohenlohe, y creyendo aun en los talentos de aquel general, que había sido derrotado como el duque de Brunswick, pero que tenía á los ojos del ejército el mérito de haber criticado el plan del generalísimo, le dió el mando en gefe. Sin embargo, dejó al frente de las dos divisiones de reserva al anciano Kalkreuth, que tambien tenía el mérito de haber censurado no poco lo que se había hecho, reduciéndose á esto las medidas que el rey tomó despues de aquel gran desastre. Triste, sin pronunciar una palabra, mostrando un rostro severo á los insensatos que habían querido se hiciese la guerra, pero evitando reconvenções que podían ellos dirigirle tambien, pues si de su parte estaba la locura, de parte del rey la debilidad, se encami-

nó hacia Berlin, cuando se necesitaba su presencia mas que nunca para tranquilizar los ánimos abatidos, divididos y agriados, y formar con todos aquellos restos un cuerpo que retardase el paso del Elba, cubriese durante algun tiempo á Berlin, y se retirase hacia el Oder, con lo cual proporcionaria á los rusos un contingente de cierto valor. Su marcha fué un error y grave, ademas de poca digna del valor personal que Federico mostró en la batalla. Por lo demas, al nombramiento del principe de Hohenlohe, añadió aquel monarca otra medida, que fué escribir á Napoleon manifestándole cuanto sentia estar en guerra con Francia, y proponiéndole se abriesen al instante negociaciones para hacer la paz.

Como el rey dejó el cuartel general sin dar instruccion alguna militar á sus generales, estos obraron sin concierto, reuniendo el principe de Hohenlohe los restos de los dos ejércitos, menos la reserva confiada al mariscal Kalkreuth, y formando con ellos tres destacamentos, dos con las tropas que conservaban todavía alguna organizacion, y el tercero con la masa de fugitivos. En seguida dirigió á los tres, por un movimiento á la derecha hacia el Elba, haciéndoles marchar por tres lineas de puntos diferentes, pero situados en una misma direccion, de Nordhausen á Magdeburgo. Hubiera sido muy poco ventajoso dirigirse al Hartz, porque ademas de la falta de víveres, aquella montuosa cordillera no estaba bastante lejos, ni era tan profunda, que pudiera servir de asilo al ejército fugitivo. Antes por el contrario, habrian sido perseguidos por los franceses, acostumbrados á andar por las montañas, y aun tal vez, atravesada

la cordillera, tambien los hubieran encontrado al otro lado, interceptando el camino del Elba. De consiguiente, fué muy acertada la determinacion de tomar á la derecha, para dirigirse directamente hacia el Elba y Magdeburgo. Sin embargo, como llevaban consigo un parque de artillería gruesa que les hacia aliojar el paso, se les ocurrió confiarlo al general Blucher, que dando vuelta por el lado opuesto á los montes del Hartz, por Osterode, Seesen y Brunswick, debia bajar á los llanos del Hanover, sin que los franceses le siguieran, pues era de presumir que estos se arrojarían en masa tras el gran ejército prusiano, y no irían á correr tras un destacamento por medio de los escabrosos caminos de Hesse. En consecuencia el general Blucher, con dos batallones y un grueso cuerpo de caballería, se encargó de escoltar el gran parque. El duque de Weimar, que habia penetrado con la vanguardia en la selva de Thuringe, salió de ella así que supo se habian perdido las dos batallas, y marchaba al pie de los montes, costeando los mas lejos que podia á los dos ejércitos francés y prusiano; pero recibió con tiempo aviso del movimiento que debia hacer el general Blucher, y resolvió unirse á él por Osterode y Seesen. El mariscal Kalkreuth, despues de permanecer algunas horas en Nordhausen para cubrir la retirada, se dirigió rectamente hacia el Elba, mas abajo de Magdeburgo, queriendo marchar solo y disgustado por haber tenido que ir á las órdenes de dos generales á quienes apreciaba muy poco, cuando creia y no sin razon, haber hecho mérito para obtener el mando en jefe.

Los mariscales Ney, Soult y Murat salieron en

persecucion del gran ejército prusiano, forzando la marcha para ver de alcanzarlo, y cogiéndole á cada paso material y prisioneros: pero el camino que va de Nordhausen á Magdeburgo no era tan largo que tuviesen tiempo para ganar á los prusianos en celeridad. Consiguieron no obstante el objeto principal, que fué no dejarles descansar un día siquiera, quitándoles los medios de reorganizarse y formar en el Elba un cuerpo de tropas de alguna importancia.

Durante este tiempo, marchó el mariscal Bernadotte á Halle para pasar por allí el Saale y ganar el Elba hacia Barby ó Dessau. Halle es situada en la parte baja del Saale, mas abajo del sitio en que desagua en este rio el Elster, y mas arriba del en que se reúne con el Elba; y al salir de Weimar el duque de Brunswick para retirarse hacia el Elba cubriéndose con el Saale, mandó al principe Eugenio de Wurtemberg que se dirigiese hacia Halle, para reunirse con el gran ejército prusiano. Dicho principe llegó allí efectivamente con unos diez y siete á diez y ocho mil hombres, único recurso que quedaba á la monarquía, y se situó en un buen punto para recoger al ejército derrotado; pero en vez de dirigirse éste hacia él, tomó el camino de Magdeburgo, y en su lugar apareció el día 17 de octubre por la mañana, un destacamento de tropas francesas. Aquella era la division de Dupont, que por entonces seguía al cuerpo del mariscal Bernadotte. Apenas llegó el general Dupont á la vista de Halle, que tenía orden de atacar, se apresuró á reconocer por sí mismo la posicion que ocupaba el enemigo, enterándose de que el Saale se divide en varios bra-

zos delante de aquella poblacion, y que hay que pasarlo por un puente muy largo, que atraviesa á un mismo tiempo praderas inundadas de agua y algunos brazos del rio. Aquel puente estaba pertrechado con artillería, por delante de él habia tropa de infantería, y en las islas que separan al rio en varios brazos, como ya hemos dicho, habian colocado baterías que enfilaban el camino por donde iban llegando los franceses. Al otro esmo del puente se presenta la poblacion, en cuyas puertas habia barricadas, y por último, mas allá se descubria el cuerpo de ejército del principe de Wurtemberg, formado en batalla sobre las alturas que dominan el curso del Saale. Era preciso, pues, pasar el puente, forzar las puertas de Halle, penetrar en la poblacion, atravesarla y tomar las alturas que hay detras de ella, lo cual era una serie de dificultades casi insuperables. Al ver esto el general Dupont, que tan bien se habia batido en Haslach y Dirnstein, toma al instante una resolucion, decidiéndose á arrollar á las tropas que estaban apostadas en las avenidas del puente, para apoderarse de él, la poblacion y las alturas. Vuelve, pues, á donde se hallaba su division, toma el mando de las tropas del mariscal Bernadotte que éste habia diseminado fuera de tiempo (1), y las dispone del modo siguiente. Coloca en columna cerrada sobre el camino el 9.º de ligeros,

(1) Referimos aqui lo que dice el general Dupont en sus memorias, y podemos afirmar que en esas memorias manuscritas aun, y muy interesantes, en vez de ser Dupont detractor del mariscal Bernadotte, lo trata como amigo, como todos los que triunfaron en 1815, cuando Francia sucumbia.

sobre la derecha el 32 (el que adquirió tanta fama en Italia y seguía mandado por el coronel Darriean), y en seguida el 96 detras para apoyar todo el movimiento. Hecho esto, da la señal, y conduciendo sus tropas él mismo, las impele á la carrera sobre el piquete de infantería apostado á la cabeza del puente. Sufre horribles descargas de fusilería y metralla, pero llega como un relámpago, arrolla contra el puente las tropas que lo guarnecen, y las persigue, á pesar del fuego que sale por todos los lados, fuego que así alcanza á los franceses como á los prusianos. Despues de una refriega que dura algunos instantes, llega al otro extremo del puente, entra en la poblacion en medio de los fugitivos, y rompe en las calles contra los prusianos un vivo fuego de fusilería, hasta que los arroja de la poblacion y cierra las puertas.

El general Dupont, sufrió pérdidas, pero se apoderó de casi todas las tropas que defendian el puente, así como su numerosa artillería. Sin embargo, aun no estaba terminada la operacion, pues el cuerpo del ejército del príncipe de Wurtemberg se mantenía al otro lado de la poblacion, sobre las alturas que hay detras, y era preciso desalojarlo de allí, si se quería seguir siendo dueño de Halle y el puente del Saale. El general Dupont deja á sus tropas tomar aliento, y luego manda abrir las puertas de la villa, dirigiendo su division hácia el pie de las alturas; pero los doce mil hombres allí apostados acogen con un fuego horroroso á los tres regimientos que no contaban arriba de cinco mil combatientes. Sin embargo, avanzan en varias columnas, con el vigor de tropas acostum-

bradas á no retroceder ante ningun obstáculo, y al mismo tiempo dirige el general Dupont uno de sus batallones sobre el flanco de aquella posicion, dá la vuelta, y viendo el efecto que causa esta maniobra, impele sus columnas de ataque. A pesar del fuego enemigo se lanzan los tres regimientos, escalan las alturas, y así que llegan á la cumbre, desalojan de ella á los prusianos. En el terreno situado mas allá se traba un nuevo combate con todo el cuerpo del duque de Wurtemberg; pero la division de Drouet llega en aquel momento, y su presencia quita enteramente la esperanza al enemigo, poniendo fin á sus esfuerzos.

Aquel brillante combate costó á los franceses seiscientos muertos ó heridos, y unos mil á los prusianos, ademas de cuatro mil prisioneros. El duque de Wurtemberg se retiró en desórden hácia el Elba por Dessau y Wittemberg, apresurándose á destruir todos los puentes, y uno de sus regimientos, esto es el de Trescow que habia salido de Magdeburgo para unirsele por la orilla izquierda del Saale, fué sorprendido y hecho prisionero casi del todo. Así, pues, hasta la reserva de los prusianos huía, y estaba tan desorganizada como el resto de su ejército.

Napoleon, que fué á Naumburgo para ver el campo de batalla de Awerstaedt, y felicitar al cuerpo del mariscal Davout por su brillantísima conducta, apenas se detuvo allí, dirigiéndose en seguida á Merseburgo. En el camino que llevaba hallabase el sitio en que se dió la batalla de Rosbach, y como era hombre muy versado en la historia militar, como sabia exactamente todos los pormenores de aquella célebre ac-

cion, envió al general Savary para que indagase donde estaba el monumento levantado para perpetuar la memoria de la batalla. El general Savary lo descubrió en medio de unos sembrados, estando reducido á una columnita de muy pocos pies de altura, y cuyas inscripciones estaban borradas. Unos soldados del cuerpo de Lannes, que pasaban por aquellos sitios, la recogieron, colocando los pedazos en un carro que salió para Francia.

En seguida se trasladó Napoleon á Halle, no pudiendo menos que admirar el hecho de armas de la division de Dupont. Aun habia por el suelo cadáveres que no habian sido enterrados por falta de tiempo, y al ver Napoleon que tenian puesto el uniforme del regimiento número 32 exclamó: —¡Cómo, aun habia soldados del 32! Murieron tantos en Italia, que creía no quedaba uno siquiera.—Y colmó de elogios á las tropas del general Dupont.

A todo esto, los movimientos del ejército enemigo empezaban á verse mas á las claras, y Napoleon dirigió la persecucion conforme á su plan general, que consistia en dejar atras á los prusianos, llegar antes que ellos al Elba y el Oder, é interponerse entre ellos y los rusos, para impedir que se reuniesen. Con este fin mandó el mariscal Bernadotte que bajase el Saale hasta el Elba, y pasase este rio por un puente de barcas que hay cerca de Barby, no lejos de la confluencia del Saale y el Elba. A los mariscales Lannes y Augereau, que habian tenido dos ó tres dias para rehacerse, les previno pasasen el Saale por el puente de Halle, y el Elba por el de Dessau, restableciendo este último, si lo habian des-

truido los enemigos. En cuanto al mariscal Davout, le mandó dejar en Naumburgo todos sus heridos, y dirigirse con su cuerpo de ejército á Leipsick, y de Leipsick á Wittemberga, para apoderarse del paso del Elba que hay en aquel punto, pues si se hacia dueño en tiempo oportuno del curso del Elba, desde Wittemberga hasta Barby, tenia las mayores probabilidades de llegar á Bertin y el Oder antes que el enemigo.

De paso, aunque Leipsick pertenecia al elector de Sajonia, mandó Napoleon al mariscal Davout tomase una medida rigurosa contra los comerciantes de aquella ciudad, que eran los principales traficantes de mercancías inglesas en Alemania. Queriendo castigar Napoleon á la Inglaterra por la guerra que estaba haciendo á Francia, trataba de intimidar á las poblaciones comerciales del Norte, como por ejemplo, Bremen, Hamburgo, Lubeck, Leipsick y Dantzic, las cuales abrian á los ingleses el continente, que él queria cerrarles. Previno, pues, á los comerciantes que sino declaraban las mercancías inglesas que poseian, mandaria hacer visitas domiciliarias, castigando severamente á los que faltasen á la verdad, porque aquellas mercancías iban á ser confiscadas á beneficio del ejército francés.

Durante este tiempo continuaban su marcha hácia el Elba nuestras tropas; pero el mariscal Bernadotte pasó aquel rio por Barby no tan pronto como se le habia mandado, y Napoleon que se contuvo, como ya sabemos, cuando lo de Awerstaedt, dió aquella vez rienda suelta á su descontento, haciendo que el principe Berthier

escribiese una carta al espresado mariscal, en que, á propósito del paso tardío del Elba, le recordaba amargamente su salida precipitada de Naumburgo el día en que se dieron las batallas de Jena y Awerstaedt (1) Sin embargo, como su-

(1) A continuación verán nuestros lectores dicha carta que existe en el archivo de la guerra.

*El mariscal Berthier al mariscal Bernadotte.*

Halle, 21 de octubre de 1806.

Señor mariscal: el emperador me encarga os escriba diciendos que está muy descontento conque no hayais cumplido la orden que recibisteis, y en que se os mandaba fueseis ayer á Calbe para echar un puente en la embocadura del Saale, ó lo que es lo mismo en Barby. Y eso que debiais conocer que todas las disposiciones del emperador estaban combinadas entre si.

S. M. que está muy disgustado con que no hayais ejecutado sus órdenes, os recuerda con este motivo que no os hallasteis en la batalla de Jena, lo cual pudo comprometer la suerte del ejército, y hacer que se frustrasen las grandes combinaciones de S. M., al mismo tiempo que puso en duda y ensangrentó la batalla mas de lo que debia. Por mucho que esto afectase el ánimo del emperador, no quiso hablaros de ello, porque acordándose de vuestros anteriores servicios, temia afligiros, y la consideracion que os tiene le indujo á callar; pero en estas circunstancias, viendo que no habeis ido á Calbe, ni intentado el paso del Elba, séase por Barby, séase en la embocadura del Saale, el emperador se ha decidido á manifestaros su modo de pensar, porque no está acostumbrado á que se sacrifiquen sus operaciones por etiquetas sobre mando, inútiles de todo punto.

El emperador, señor mariscal, me encarga tambien os hablé de una cosa menos importante; á saber: que á pesar de haber recibido ayer orden en que se os mandaba enviaseis aquí

cede cuando nos guiamos no tanto por las reglas de la justicia como por los impulsos del alma, Napoleon, que la primera vez fué demasiado indulgente, se mostró sobrada riguroso la segunda, porque la lentitud del mariscal Bernadotte en pasar el Elba, mas que á él se debia á los elementos. Lannes se arrojó sobre Dessau, y de allí sobre el puente del Elba, que los prusianos habian medio destruido; pero se apresuró á componerlo. El mariscal Davout llegó á Witemberga, y tambien encontró á los prusianos ocupados en destruir el puente del Elba, y dispuestos á prender fuego á un almacen de pólvora poco distante de la poblacion; pero los habitantes de ella, que eran sajones, y sabian ya que Napoleon queria evitar á su patria las consecuencias de la guerra, se apresuraron á salvar el puente, á arrancar las mechas, y á ayudar á los franceses á que evitasen una esplosion. El día 20 de octubre fué cuando los mariscales Davout, Lannes y Bernadotte, pasaron el Elba, á los seis de haberse dado las batallas de Jena y Awerstaedt, de suerte que ni siquiera se perdió una hora. En dos batallas importantes, y en la accion de Halle, accion

tres compañías para conducir vuestros prisioneros, no lo habeis hecho. En Halle quedan 3,500 sin ninguna escolta, y el emperador os manda, señor mariscal, que enviéis inmediatamente un oficial de estado mayor á la cabeza de tres compañías completas que formen trescientos hombres, para recoger todos los prisioneros que hay en el Halle, y conducirlos á Erfurt. Aquí solo queda la guardia imperial, y el emperador no quiere escolte los prisioneros hechos por vuestro cuerpo de ejército. Son las nueve, y ya no se trata de las tres compañías que os pedí ayer.

escribiese una carta al espresado mariscal, en que, á propósito del paso tardío del Elba, le recordaba amargamente su salida precipitada de Naumburgo el día en que se dieron las batallas de Jena y Awerstaedt (1) Sin embargo, como su-

(1) A continuación verán nuestros lectores dicha carta que existe en el archivo de la guerra.

*El mariscal Berthier al mariscal Bernadotte.*

Halle, 21 de octubre de 1806.

Señor mariscal: el emperador me encarga os escriba diciendos que está muy descontento conque no hayais cumplido la orden que recibisteis, y en que se os mandaba fueseis ayer á Calbe para echar un puente en la embocadura del Saale, ó lo que es lo mismo en Barby. Y eso que debiais conocer que todas las disposiciones del emperador estaban combinadas entre si.

S. M. que está muy disgustado con que no hayais ejecutado sus órdenes, os recuerda con este motivo que no os hallasteis en la batalla de Jena, lo cual pudo comprometer la suerte del ejército, y hacer que se frustrasen las grandes combinaciones de S. M., al mismo tiempo que puso en duda y ensangrentó la batalla mas de lo que debia. Por mucho que esto afectase el ánimo del emperador, no quiso hablaros de ello, porque acordándose de vuestros anteriores servicios, temia afligiros, y la consideracion que os tiene le indujo á callar; pero en estas circunstancias, viendo que no habeis ido á Calbe, ni intentado el paso del Elba, séase por Barby, séase en la embocadura del Saale, el emperador se ha decidido á manifestaros su modo de pensar, porque no está acostumbrado á que se sacrifiquen sus operaciones por etiquetas sobre mando, inútiles de todo punto.

El emperador, señor mariscal, me encarga tambien os hablé de una cosa menos importante; á saber: que á pesar de haber recibido ayer orden en que se os mandaba enviaseis aquí

cede cuando nos guiamos no tanto por las reglas de la justicia como por los impulsos del alma, Napoleon, que la primera vez fué demasiado indulgente, se mostró sobrada riguroso la segunda, porque la lentitud del mariscal Bernadotte en pasar el Elba, mas que á él se debia á los elementos. Lannes se arrojó sobre Dessau, y de allí sobre el puente del Elba, que los prusianos habian medio destruido; pero se apresuró á componerlo. El mariscal Davout llegó á Witemberga, y tambien encontró á los prusianos ocupados en destruir el puente del Elba, y dispuestos á prender fuego á un almacen de pólvora poco distante de la poblacion; pero los habitantes de ella, que eran sajones, y sabian ya que Napoleon queria evitar á su patria las consecuencias de la guerra, se apresuraron á salvar el puente, á arrancar las mechas, y á ayudar á los franceses á que evitasen una esplosion. El día 20 de octubre fué cuando los mariscales Davout, Lannes y Bernadotte, pasaron el Elba, á los seis de haberse dado las batallas de Jena y Awerstaedt, de suerte que ni siquiera se perdió una hora. En dos batallas importantes, y en la accion de Halle, accion

tres compañías para conducir vuestros prisioneros, no lo habeis hecho. En Halle quedan 3,500 sin ninguna escolta, y el emperador os manda, señor mariscal, que enviéis inmediatamente un oficial de estado mayor á la cabeza de tres compañías completas que formen trescientos hombres, para recoger todos los prisioneros que hay en el Halle, y conducirlos á Erfurt. Aquí solo queda la guardia imperial, y el emperador no quiere escolte los prisioneros hechos por vuestro cuerpo de ejército. Son las nueve, y ya no se trata de las tres compañías que os pedí ayer.

vivamente disputada, solo se invirtió el tiempo necesario para pelear, y la marcha de nuestras columnas no se suspendió ni un instante. Los mismos prusianos, á pesar de la rapidez con que huían, no llegaron al Elba hasta el 20 de octubre, y lo pasaron por Magdeburgo, el mismo día en que los mariscales Lannes y Davout lo pasaban por Dessau y Witemberga, pero se presentaron en un estado de desorganizacion que cada vez iba en mayor aumento, sin poder defender su curso inferior, y sin tener siquiera la esperanza de llegar antes que ellos á la línea del Oder, que era en lo que estribaba su salvacion.

A pesar de la impaciencia que tenia Napoleon por trasladarse á Berlin, á fin de dirigir sus tropas hácia el Oder, se detuvo un día en Witemberga, para tomar allí precauciones de marcha que cuidaba de ir multiplicando á medida que llevaba la guerra á mayor distancia. Ya hemos visto que cuando iba internándose en Austria, convertia en puntos de apoyo á Augsburgo, Braunan y Lintz: pues bien, en la expedicion mucho más larga sin duda alguna, que emprendia á la sazón, quería formar por el camino sitios que sirviesen de abrigo para sus hombres cansados ó enfermos, los reclutas que le enviaban de Francia, y el material que se proponia reunir tanto en municiones como en viveres. Así que se apoderó de Erfurt, varió su línea de puntos de descanso, y en vez de hacer que pasase por Franconia, que era la provincia por donde habia entrado en Prusia, le dió su dirección natural, haciendo que pasase por la carretera comun y central de Alemania, esto es por Maguncia, Francfort, Eisenach,

Erfurt, Weimar, Naumburgo, Halle y Witemberga. Erfurt tenia bastante buena defensa, estaba lleno de un material considerable, y Napoleon lo convirtió en primera parada del camino militar que queria trazar por medio de Alemania. Witemberga poseia antiguas fortificaciones medio destruidas, y por este motivo, pero sobre todo teniendo en cuenta el puente que allí habia para pasar el Elba, mandó Napoleon poner aquella plaza en estado de defensa, á lo menos segun lo que se podia hacer en el espacio de dos ó tres semanas. Entregó, pues, una gran cantidad de dinero al general Chasseloup para que emplease, pagándoles su trabajo, á seis ó siete mil jornaleros de aquel país, en construir obras de campaña de gran relieve, á falta de otras regulares; mando descarnar las antiguas escarpas, levantar las que no tenian la altura necesaria, y donde no habia tiempo para hacer obras de albañileria, dispuso se pusiese madera en igual de piedra, pues la habia y muy abundante en las selvas inmediatas. Levantáronse inmensas empalizadas, y en cierto modo se edificó un campo romano, como los que edificaban los antiguos conquistadores del mundo en medio de las Galias y la Germania, mandando tambien Napoleon construir hornos en el mismo Witemberga, reunir granos, y hacer galleta. Quiso igualmente que en aquel sitio se reuniese el gran parque de artilleria, y que se organizarasen talleres, apoderándose de los edificios y sitios públicos para crear hospitales capaces de contener los heridos y enfermos de un ejército numeroso. Por último, mandó poner en batería sobre las improvisadas murallas de aquel vasto

depósito, mas de cien cañones de grueso calibre, recogidos en su victoriosa marcha. En seguida, así como habia nombrado al general Clarke gobernador de Erfurt, nombró á su ayudante de campo Lemerroy, gobernador de Witemberga, repartiendo entre esta poblacion y la de Erfurt los heridos, que clasificó en heridos de gravedad y heridos levemente, es decir, en heridos que necesitaban mucho tiempo para restablecerse, y en heridos que podian volver á las filas al cabo de pocos dias. Los heridos levemente se quedaron en Witemberga, á fin de que pudieran incorporarse á sus banderas inmediatamente, y los otros fueron enviados á Erfurt. Por lo que hace á las tropas, cada regimiento, ademas del depósito principal que tenia en Francia, tuvo tambien otro de campaña en Witemberga, donde debian quedar los hombres causados ó levemente indispuestos, á fin de que, cuidandolos algunos dias, pudieran volver á ponerse en marcha, sin llenar de aspeados los caminos, y sin presentar el espectáculo que ofrece la cola de un ejército, enfermo, impotente, y que va alargándose á medida que son mayores los movimientos y dura mas la guerra. Los destacamentos de conscriptos que salian de Francia formando cuerpo, tenian orden de detenerse en Erfurt y Witemberga, para pasarles allí revista, darles lo que les hiciera falta, aumentar su número con los hombres ya restablecidos, y dirigirlos á sus regimientos. Por último, Napoleón mandó se enviase á aquellos mismos depósitos, pero sobre todo al de Witemberga, la inmensa cantidad de magníficos caballos que iba recogiendo en toda la Alemania, y dispuso que

todos los regimientos de caballería pasasen por allí, á fin de que pudieran irse remontando. La misma orden se dió á los dragones que llegaban de Francia desmontados, pues en aquellos depósitos tenian los caballos que no habian podido proporcionarles el gobierno dentro del reino. Así es como Napoleón concentraba en un asilo bien defendido, todos los recursos del país conquistado, que con tanta habilidad sabia quitar al enemigo, y utilizar en provecho propio. Yendo como iba victorioso, y continuando su marcha hácia adelante, aquellas plazas eran para él unos puntos de parada, provistos de víveres en abundancia, municiones y material, y situados en el camino por donde tenian que pasar los cuerpos que iban á reforzar el ejército. Empero si se veia obligado á retirarse, eran puntos de apoyo y medios á propósito para rehacerse, colocados en la línea de retirada.

Después de verlo y ordenarlo todo por sí mismo, Napoleón dejó á Witemberga, y se encaminó hácia Berlin, porque el destino habia dispuesto que en el espacio de un año, visitase en clase de vencedor á Berlin y Viena. El rey de Prusia, que le habia escrito proponiéndole la paz, le envió M. de Lucchesini, á fin de negociar una tregua; pero Napoleón no quiso recibirle, dejando al cuidado del mariscal Duroc, el contestar al ministro del rey Federico Guillermo, según lo exigiesen las circunstancias. Efectivamente, con acceder á los deseos del rey de Prusia se daba tiempo á que los rusos socorriesen á los prusianos, razón militar que no admitia réplica, á menos que no se presentase el enviado con poder especial de Rusia

y Prusia, para tratar inmediatamente de la paz, con las condiciones que Napoleón tenía derecho á imponer despues de las victorias que últimamente habia conseguido.

Mandó, pues, á todos sus cuerpos que marchasen hácia Berlin, disponiendo que el mariscal Davout saliese de Witemberga, por el camino que va directamente de esta poblacion á la capital del reino, esto es, por Fúterbock, y Lannes y Augereau, por el que conduce de Treuenbrietzen á Potsdam. Napoleón, con la guardia de á pié y á caballo, que estaba ya reunida, y ademas reforzada con siete mil granaderos y cazadores, marchaba entre aquellas dos columnas, porque para premiar al mariscal Davout por lo bien que se portó en Awerstaedt, queria fuese el primero que entrase en Berlin y recibiese de manos de los magistrados las llaves de la capital. En cuanto á él, antes de trasladarse á Berlin, se proponia permanecer en Potsdam, morada que fué de Federico el Grande, y por lo que hace á los mariscales Soult y Ney, les mandó poner sitio á Magdeburgo, así como á Murat que se quedase emboscado durante algunos dias en los alrededores de aquella gran plaza, á fin de recoger las hordas de fugitivos que corrian hácia allí en tropel.—Esa es una ratonera, le escribía Napoleón, en que con tu caballería atraparás á todos los cuerpos desbandados que busquen un sitio seguro por donde poder á travesar el Elba. En seguida debia Murat reunirse en Berlin con el ejército grande, para acudir desde allí hácia el Oder.

Despues de dejar que sus cuerpos de ejército se adelantasen un poco, se puso en marcha el 24

de octubre, y pasó por Kropitad para dirigirse á Potsdam; pero le sorprendió en el camino una furiosa tormenta, aunque el tiempo habia sido muy bueno desde el principio de la campaña. A pesar de ir á caballo, no era aquel un motivo para que se parase; pero sin embargo, le propusieron se acogiese á una casa que habia en medio de unos bosques, y era propia de un montero de Sajonia, y así lo hizo. Algunas mugeres que segun su lenguaje y vestidos, pertenecian á un rango elevado, recibieron sentadas alrededor de una gran lámpara á aquel grupo de oficiales franceses, á quienes se hubieran guardado bien de recibir mal, no solo por temor, sino por política. Al parecer ignoraban quién era el principal de aquellos oficiales, en torno del cual se agrupaban los demas con muestras de respeto, cuando una de ellas, jóven todavia, exclamó no poco conmovida:—Ese es el emperador!—¿En qué me conoceis? le dijo Napoleón con sequedad.—Yo estuve con V. M. en Egipto, señor.—¿Y qué fuisteis á hacer en Egipto.—Mi marido era un oficial que ha muerto á vuestro servicio, y despues solicité una pension para mi y para mi hijo, pero como era estrangera, no pude conseguirlo, y he venido á casa de la dueña de esta morada, que ha tenido la bondad de recogerme y confiarme la educacion de sus hijos.—El semblante de Napoleón, severo al principio, porque no le gustó que le conocieran, perdió de pronto su adusta espresion. En seguida, dijo el emperador:—Pues bien, señora, se os dará una pension, y en cuanto á vuestro hijo, yo me encargo de educarlo.

Aquella misma noche quiso autorizar con su

firma ambas resoluciones, y dijo sonriéndose: —Nunca había tenido una aventura en un bosque, de resultas de una tormenta; pero hoy me ha sucedido una, y no de las peores.

El 25 de octubre por la noche llegó á Potsdam, é inmediatamente se dió á visitar la morada del gran capitán, del gran rey, á quien llamaban el filósofo *sin aprension*, con alguna razon por cierto, pues al parecer sostuvo el peso de la espada y el cetro con risueña indiferencia, burlándose de todas las córtés de Europa, y aun nos atreveríamos á decir desus pueblos, sino hubiese puesto tanto cuidado en gobernarlos bien. Napoleón recorrió el palacio grande y el chico de Potsdam, haciendo que le enseñasen las obras de Federico, las cuales estaban llenas de notas puestas por Voltaire, trató de inquirir en su biblioteca qué libros servian para pasto de aquella imaginación, y en seguida fué á ver en la iglesia de Potsdam el modesto mausoleo en que reposa el fundador de Prusia. En Potsdam se conservaba la espada de Federico, su cinturón, y el cordon del águila negra que solía llevar, y Napoleón los cogió diciendo: —Hé aquí un magnífico regalo para los inválidos, pero sobre todo para los que formaron parte del ejército de Hanover. Sin duda será para ellos una suerte ver en poder nuestro la espada del que venció en Rosbach. —Al apoderarse Napoleón con tanto respeto de aquellas preciosas reliquias, no ofendia seguramente ni á Federico ni á la nacion prusiana; pero juan extraordinario, cuán digno de meditacion es el misterioso enlace que liga, confunde, separa ó aproxima las cosas de este mundo! ¡No hay duda que era muy extraño el encuentro de Napoleón y Fede-

rico! ¡El rey filósofo, que sin sospecharlo siquiera, se convirtió desde el solio en uno de los que promovieron la revolucion francesa, tendido en su atahud, recibia al general de aquella revolucion, que iba á visitarle, convertido en emperador, y dueño por entonces de Berlin y Potsdam! ¡El vencedor de Rosbach recibiendo desde su sepulcro al vencedor de Jena! ¡Qué espectáculo tan magnífico y sorprendente! ¡Por desgracia, no debian ser aquellos los últimos cambios de la fortuna!

Mientras que el cuartel general se hallaba en Potsdam, el mariscal Davout entraba el 25 de octubre en Berlin con su cuerpo de ejército. Al emprender su retirada el rey Federico Guillermo, dejó entregado el mando de la capital al gobierno de la clase media, que presidia el príncipe de Hatzfeld, personage de consideracion, y los representantes de aquel gobierno ofrecieron á Davout las llaves de la capital; pero las devolvió diciendo pertenecian al que era mas que él, esto es, á Napoleón. Dejó en la ciudad solamente un regimiento para que cuidase del órden á medias con la milicia ciudadana, y en seguida fué á situarse media legua mas allá, es decir en Friedeichsfeld, posicion fortísima, dando la derecha al Spree, y la izquierda á unos bosques. De órden de Napoleón acampó militarmente, con la artillería apuntada, parte de sus soldados de consigna en el campamento, y la otra yendo á visitar alternativamente la capital que habían conquistado con sus hechos de armas. Mandó construir barracas de paja y abeto, para que las tropas estuviesen al abrigo de los rigores de la estacion, y como no era necesario recomendar la disciplina al mariscal Davout, como solo se necesi-

taba cuidar de que no fuese tan severa, prometió á los magistrados de Berlin respetaria las personas y propiedades, como debe hacer todo conquistador civilizado, con la condicion de que los habitantes se mantendrian sumisos y le darian viveres durante el corto tiempo que el ejército debia permanecer dentro de sus muros, lo cual no era una carga muy pesada para una poblacion como Berlin.

Por lo demas, al dia siguiente de haber entrado los franceses en la capital, estaban abiertas las tiendas, y los habitantes circulaban tranquilamente por sus anchas calles, en mayor número que de costumbre, apesadumbrados y curiosos al parecer, lo cual era natural en un pueblo, patriota pero vivo, ilustrado, lleno de admiracion por todo lo que sea grande y deseoso de conocer á los generales y soldados que mas fama tenian entonces en el mundo. Por otra parte, desaprobaban que su gobierno hubiese emprendido una guerra descabellada, y semejante desaprobacion debia disminuir el rencor con que miraban á unos vencedores que habian sido provocados. Al mariscal Lannes se le envió hácia Potsdam y Spandau; el mariscal Augereau atravesó á Berlin en pos del mariscal Davout, y despues de permanecer Napoleon en Potsdam el 25 y 26, y en Charlottemburgo el 27, fijó su entrada en Berlin para el 28.

Aquella era la primera vez que iba á entrar como vencedor, siguiendo el egemplo de Alejandro ó César, en una capital conquistada, pues no fué asi como entró en Viena, cuya ciudad apenas visitó, viviendo siempre en Schœnbrunn, lejos de las miradas de los vienenses. Hoy, séase que estuviera orgulloso por haber destruido á un ejército

que pasaba por invencible, séase que deseara llenar de asombro á la Europa con un espectáculo ruidoso, séase que le hubiese desvanecido el humo de la victoria, subiéndosele á la cabeza mas de lo que solia, escogió la mañana del 28 para hacer en Berlin una entrada triunfal.

Toda la poblacion estaba en movimiento, á fin de presenciar aquella escena, y Napoleon entró rodeado de su guardia, y seguido de los hermosos coraceros mandados por los generales Hautpoul y Nansouty. La guardia imperial, lujosamente vestida, estaba aquel dia mas respetable que nunca, y delante los granaderos y cazadores á pie, detrás los granaderos y cazadores de á caballo, en medio los mariscales Berthier, Duroc, Davout y Augereau, y en el seno de aquel grupo, aislado por respeto, Napoleon con el sencillo uniforme que llevaba en las Tullerías y en los campos de batalla, Napoleon, objeto de las miradas de una multitud inmensa, silenciosa y llena de tristeza al mismo tiempo que de admiracion; tal fué el espectáculo que se ofreció á la vista de aquel pueblo, en la ancha y larga calle de Berlin, que va á parar desde la puerta de Charlottemburgo al palacio de los reyes de Prusia. El pueblo recorria las calles, la clase media, rica se asomaba á las ventanas, y en cuanto á la nobleza, habia huido atemorizada y llena de confusion. Las mugeres de aquella opulenta clase media, contemplaban con avidez el espectáculo que tenian á la vista; algunas vertieron lágrimas; pero ni una siquiera prorumpió en gritos de odio, ó de adulacion al vencedor. ¡Dichosa Prusia que no fué dividida, y conservó su dignidad en medio de su desastre! La entrada del enemigo

no llevaba consigo la ruina de un partido, ni el triunfo de otro, ni habia en el seno de aquella nacion una faccion indigna que, rebotando odioso úbilo, aplaudiese la presencia de soldados extranjeros. ¡Nosotros los franceses, mas desgraciados en nuestros descalabros que los prusianos, hemos visto ese gozo execrable, porque nada nos ha quedado por ver en este siglo: todo, todo lo hemos presenciado, los extremos de la victoria y la derrota, de la grandeza y la abyeccion, del patriotismo mas puro y la traicion mas negra!

Napoleon recibió de manos de los magistrados las llaves de Berlin, y despues se trasladó á palacio, donde dió audiencia á todas las autoridades públicas, empleó un lenguaje dulce y consolador, prometió que sus soldados tendrian orden, con tal que lo tuviesen los habitantes, y solo habló en tono severo de la aristocracia alemana, diciendo que á ella se debian los males de Alemania, que se habia atrevido á provocarle á entrar en lucha y que la castigaria, reduciéndola á que tuviese que mendigar el sustento en Inglaterra. Por lo demás, se instaló en el palacio del rey, y allí recibió á los representantes de las córtes amigas, llamando tambien á Berlin á Mr. de Talleyrand.

Sus boletines en que contaba día por día lo que iba haciendo el ejército, en que respondia muchas veces con virulencia á sus enemigos, que eran una recopilacion de reflexiones políticas, y de lecciones para reyes y pueblos, los dictaba él rápidamente; pero antes de ser publicados, solia révisarlos Mr. de Talleyrand. En ellos referia los progresos que hacia en el pais enemigo, y hasta lo que sabia acerca de las causas políticas que daban

lugar á la guerra; pero en los de Prusia prodigó homenajes de respeto á la memoria del gran Federico, pruebas de aprecio á su desgraciado sucesor, dejando entrever que se compadecia de su debilidad, y virulentos sarcasmos contra las reinas que se mezclaban en los negocios de Estado, esponiendo sus esposos y su patria á espantosos desastres; tratamiento poco generoso para con la reina de Prusia, que bastante tenia con el sentimiento que le causaban los errores que habia cometido, y con sus desgracias, para que hubiera quien añadiese el ultrage al infortunio. Aquellos boletines, en que se traslucia con sobrada claridad la licencia de un soldado vencedor, atrajeron á Napoleon la crítica de muchas personas, en medio de los gritos de admiracion que sus triunfos arrancaban hasta á sus mismos enemigos.

Enfurecido como se hallaba contra el partido prusiano, que habia promovido la guerra, recibió severamente á unos enviados del duque de Brunswick, que como va sabemos, fué mortalmente herido en la batalla de Awerstaedt, y que antes de espirar, recomendó á la clemencia del vencedor su familia y sus súbditos. ¿Qué tendria que decir, les contestó Napoleon, qué tendria que decir el que os envia, si hiciera yo sufrir á la ciudad de Brunswick el trastorno con que amenazaba hace quince años á la capital del gran pueblo que yo gobierno? El duque de Brunswick desaprobó el insensato manifiesto de 1792, y era de creer que con la edad podria en él la razon mas que las pasiones; pero sin embargo ha vuelto á autorizar con su nombre las locuras de una juventud aturdida que ha perdido á Prusia! A él

le tocaba mantener en su respectiva línea de conducta, á las mugeres, á los cortesanos, á los oficiales, y dominar á todo el mundo con la autoridad de su edad, sus luces y su posición; pero no ha tenido fuerzas para ello, y la monarquía prusiana ha venido á tierra, siendo yo el dueño de los Estados de Brunswick. Decid al duque que lo trataré como se debe tratar á un general desgraciado, justamente célebre, y herido por el mismo instrumento que á todos nos puede alcanzar; pero que no puedo consentir siga siendo príncipe soberano un general del ejército prusiano.»

Estas palabras, que publicó en los boletines daban á entender que Napoleón no quería tratar mejor el derecho de soberanía del duque de Brunswick, que el del elector de Hesse. Por lo demás si con unos se mostraba duro, á otros los trataba con benevolencia y generosidad, según la mayor ó menor participación que habían tenido en la guerra, por lo cual habló en términos muy urbanos del anciano mariscal Mollendorf. Estaban en Berlín el príncipe Fernando, hermano de Federico el Grande, y padre del príncipe Luis, así como la princesa su esposa; la viuda del príncipe Enrique, y dos hermanas del rey, una recién parida y otra enferma, y Napoleón fué á visitar á todos aquellos miembros de la familia real con el más profundo respeto, conmoviéndolos con aquellas atenciones, pues no existía á la sazón ningún soberano, cuya deferencia valiese tanto como la suya. En la situación que había llegado á ocupar, sabía calcular sus menores demostraciones de benevolencia ó severidad, y usando en aquel momento del derecho que tienen todos los generales

en tiempo de guerra, de interceptar la correspondencia para descubrir la marcha del enemigo, se apoderó de una carta del príncipe de Hatzfeld en que este noticiaba al de Hohenlohe la posición que ocupaba el ejército francés en los alrededores de Berlín. El príncipe de Hatzfeld, como jefe que era del gobierno municipal establecido en Berlín, había prometido bajo juramento que nada emprendería contra el ejército francés, y solo se ocuparía en mirar por el reposo, la seguridad y el bienestar de la capital; de suerte que había contraído un compromiso de lealtad para con el vencedor, quien por interés hacía el país vencido, consintió en dejar al frente del gobierno una autoridad que hubiera podido abolir. Con toda la falta era muy disculpable, siendo como era hija del patriotismo, que es uno de los sentimientos que más honran al que los abriga; pero Napoleón temía no imitasen aquel ejemplo los burgomaestres, y que el enemigo supiese sus movimientos hora por hora. Quiso, pues, intimidar á las autoridades prusianas con un acto de rigor que hiciese ruido, y no sintió que recayese sobre uno de los principales individuos de la nobleza, acusado de haber sido ardiente partidario de la guerra, acusación falsa, porque el príncipe de Hatzfeld pertenecía al número de señores prusianos que tenían moderación, por lo mismo que eran ilustrados. Napoleón mandó llamar al príncipe Berthier, y encargar al mariscal Davout, con cuya severidad contaba, que formase una comisión militar, para que se aplicara al príncipe de Hatzfeld por su conducta las leyes de la guerra contra los que se dedican al espionaje. Cuando el príncipe Ber-

thier supo la resolución que había tomado Napoleón, hizo esfuerzos inútilmente para disuadirle de ella y no atreviéndose los generales Rapp, Caulaincourt y Savary á hacerle reflexiones que solo estaban bien en boca del mayor general, se hallaban consternados. No sabiendo, pues, á que medios recurrir, ocultaron al príncipe en palacio, so pretexto de mandar prenderle, y avisaron á la princesa de Hatzfeld, jóven interesante que se hallaba en cinta, el riesgo que amenazaba á su esposo. La princesa corrió á palacio, y no podía llegar mas á tiempo, pues ya estaba reunida la comision, y había pedido los documentos que probaban el delito. Napoleón que acababa de dar una vuelta por Berlin, se apeó del caballo, é iba á poner el pie en el umbral de palacio, al son de las cajas que tocaban marcha, cuando se presentó delante de él sumamente afligida la princesa de Hatzfeld, á quien acompañaba Duroc. Sorprendido de aquel modo, no podía negarse á recibirla, por lo cual le concedió la audiencia en su gabinete, y viendo que la princesa estaba sobrecogida de terror, hizo que se acercase á donde él estaba, para darle como le dió á leer la carta interceptada, diciéndole:—¿Conoceis señora la letra de vuestro marido?—La princesa temblaba de pies á cabeza, y no sabía que contestar; pero Napoleón la tranquilizó, añadiendo:—Quemad la carta, y con eso no tendrá la comision militar pruebas que acrediten la acusacion.

Aquel acto de clemencia, que no podía rehusar Napoleón despues de haber visto á la princesa de Hatzfeld, le costó sin embargo, porque entraba en sus proyectos intimidar á la nobleza alemana,

particularmente á los magistrados de las ciudades, que revelaban al enemigo el secreto de sus operaciones; pero mas tarde conoció al príncipe de Hatzfeld, apreció en su verdadero valor su carácter y talento, y se alegró de no haberle entregado á la justicia militar. ¡Dichosos los gobiernos que tienen amigos prudentes que retarden sus medidas de rigor! No se necesita que la tardanza sea muy larga, para que dejen de querer se ejecuten esas medidas á que iban á recurrir al principio con tanta vehemencia.

Durante aquel tiempo no dejó Napoleón de dirigir los movimientos de sus lugartenientes contra los restos del ejército prusiano, pues estando como estaba situado en Berlin con sus principales fuerzas, ocupaba á los prusianos el camino recto que vá del Elba al Oder, y solo los dejaba para que pudieran llegar á este último rio, caminos largos, casi impracticables y fáciles de interceptar. Efectivamente, Berlin se halla entre el Elba y el Oder, á igual distancia de estos dos rios, y las llanuras de arena cuya descripción hemos hecho ya, se aproximan al Báltico hácia Meklemburgo, levantándose en forma de colinas y presentando una série de lagos de todos tamaños, que están paralelos al mar, y á que no puede darse nombre por su escesivo número. La corriente de aquellos lagos, contrariada por la cordillera de dunas, en vez de dirigirse rectamente hácia el mar, se encamina á lo interior del pais por un raudal de agua de escasa importancia, esto es el Havel, que corre hácia Berlin, donde se encuentra con el Sprée que viene de direccion contraria, es decir de Lusacia, provincia que separa á Sajonia

de Silesia. El Havel y el Sprée confunden sus aguas junto á Berlin, se esparcen por los alrededores de Spandau y Potsdam, donde forman otros lagos, que Federico el Grande cuidó de embellecer, y por un movimiento á la izquierda se dirigen al Elba; de suerte que describen una línea transversal, que por una parte une á Berlin con el Elba, y por la otra, continuada por el canal de Finow, junta á dicha capital con el Oder. Por medio de aquel país, surcado por raudales de agua naturales ó artificiales, y cubierto de lagos, selvas y arenales, es por donde debían pasar los restos fugitivos del ejército prusiano.

Napoleon, situado en Potsdam y Berlin desde el día 25 de octubre, podia anticiparse á ellos en cualquier direccion que tomasen, pues tenia el cuerpo de Lannes en Spandau, los de Augereau y Davout en el mismo Berlin, y por último, el de Bernadotte mas allá, unos y otros dispuestos á marchar, así que hubiese el menor indicio de la direccion que seguia el enemigo, para averiguar, cuya direccion mandó Napoleon á la caballería que rondase alrededor de Berlin y Potsdam, y recorriese las orillas del Havel y el Elba.

Spandau se habia rendido ya, pues aunque aquella plaza, situada muy cerca de Berlin, en medio de las aguas del Sprée y el Havel, fuerte por el sitio que ocupa, y respetable por sus obras, podia oponer una larga resistencia, á tal extremo habian llegado la presuncion é incuria del gobierno prusiano, que ni siquiera armó la plaza, aunque los almacenes de que estaba provista contenian un material de consideracion. El 25, esto es, el mismo día en que Davout entró en Berlin, Lan-

nes se presentó al pie de las murallas de Spandau y amenazó al gobernador con que seria tratado del modo mas severo, si no consentia en rendirse. En las murallas no habia cañones; la guarnicion queria capitular, porque participaba del terror que habia penetrado en todos los corazones; y el gobernador era un militar anciano á quien habian quitado los años la energia; conociendo todo lo cual Lannes, le asustó refiriéndole los desastres del ejército prusiano, y le arrancó una capitulacion, en virtud de la que fué entregada la plaza inmediatamente á los franceses, y la guarnicion declarada prisionera de guerra. Se necesitaba la imprevision del gobierno, que no habia cuidado de armar aquella fortaleza, y la desmoralizacion que reinaba en todas partes, para esplicar una capitulacion tan estraña.

El emperador se trasladó á Spandau, y resolvió convertirla en el tercer depósito de los que queria formar en Alemania, pues aquel punto ofrecia tantas mayores ventajas, cuanto que estaba situado á tres ó cuatro leguas de Berlin, rodeado de agua, perfectamente fortificado, y lleno de una inmensa cantidad de granos. Napoleon mandó armar la plaza al instante, construir en ella hornos; almacenar municiones, organizar hospitales, y por último, hacer lo mismo que en Witemberga y Erfurt, enviando allí cuanta artillería, fusiles y municiones de guerra habia recogido en Berlin. En dicha capital encontraron nuestras tropas trescientas bocas de fuego, cien mil fusiles, y mucha pólvora y proyectiles, cuyo vasto material, así como una gran cantidad de grano, fueron puestos á recaudo contra cualquier

tentativa que pudiera hacer el pueblo de Berlín, pues aunque entonces estaba tranquilo y sumiso, podía convertirse su docilidad en rebelion al primer descalabro que sufriésemos, si es que sufriamos alguno.

Mientras que se tomaban estas medidas de precaución, la caballería ligera, que no cesaba de hacer escursiones acá y allá, descubrió la marcha del ejército prusiano. Los once días que habian trasecurrido desde la batalla de Jena, esos once días que los franceses emplearon en ganar el Elba, pasarlo y ocupar á Berlín, los invirtieron tambien los prusianos en llegar al Elba, reunir allí sus diseminados restos, y subir en seguida hácia Mecklemburgo, para alcanzar la línea del Oder, dando un rodeo hácia el Norte. Así que se supo esto, Napoleon envió á Murat á Oranienburgo y Zehdenick, para que siguiese por las orillas del Havel y el canal de Finow, pues el príncipe de Hohenlohe debía dirigir su marcha á lo largo de aquellas líneas militares que le servian de apoyo. Napoleon mandó costearlas, á fin de mantenerse siempre entre el enemigo y el Oder, y luego, así que hubiéramos dejado atrás á los prusianos procurar envolverlos de modo que no se escapase ni un soldado siquiera. El mariscal Lannes se encaminó, pues, en pos de Murat, con encargo de que anduviese tanto como la caballería; el mariscal Bernadotte siguió á Lannes, el mariscal Davout, despues de descansar tres ó cuatro días, porque lo necesitaba, debía trasladarse á Francfort sobre el Oder; el mariscal Augereau y la guardia permanecer en Berlín; y los mariscales Ney y Soult, poner sitio, como ya hemos dicho, á Magdeburgo.

El desgraciado príncipe de Hohenlohe habia tomado efectivamente la resolución que se le atribuia, pues perseguido á muerte por los franceses llegó á Magdeburgo, esperando encontrar allí reposo, víveres, material, y sobre todo el tiempo necesario para reorganizar su ejército, pero salió fallida su esperanza. La falta de precauciones, para en caso de una retirada, tan fácil de preveer, se reproducia en todas partes, y en Magdeburgo no habia otras provisiones que las indispensables para la guarnición. Así es que el anciano Mr. de Kleist, gobernador de aquella plaza, proveyó á las primeras necesidades de los fugitivos, dándoles pan; pero se negó á seguir alimentándolos por mas tiempo, temiendo disminuir sus propios recursos, si llegaba á ser sitiado. Además, habia tantos bagages en lo interior de Magdeburgo, que el ejército no pudo alojarse, siendo preciso colocar la caballería en los glasis ó esplanadas, y la infantería en los caminos cubiertos. Poco despues, de resultas de las continuas embestidas de la caballería francesa, la cual se apoderaba de los destacamentos enteros bajo tiro de cañon de la plaza, tuvieron las tropas prusianas que pasar al otro lado del Elba, y asustado Mr. de Kleist con el desórden que reinaba dentro y fuera de Magdeburgo, instó al príncipe de Hohenlohe á que continuase su retirada hácia el Oder, dejándole en libertad para poder ponerse en un estado de defensa. Solo tuvo, pues, el príncipe dos días para reorganizar un ejército, que se componia de restos, y en que era preciso reunir algunos batallones para formar uno: esto sin contar que por haber llamado el rey hácia la Prusia oriental al ma-

riscal Kalkreuth, tenia el principe de Hohenlohe encargo de recoger las dos divisiones de reserva, y que ir á reunirse con ellas en la parte baja del Elba, ó lo que es lo mismo mas abajo de Magdeburgo.

En medio de estos apuros, se puso en marcha el principe de Hohenlohe con tres columnas, debiendo el general Schimmelpfennig cubrir por la derecha con un destacamento de caballeria é infanteria, el ejército, por la parte de Potsdam, Spandau y Berlin, costear al principio el Havel, y luego, así que hubiesen subido lo bastante para poder dar vuelta á Berlin, costear tambien el canal de Finow, flanqueando así la retirada hasta Prenzlau, pues á causa de la posición que ocupaban los franceses, solo podia llegarse al Oder hacia su embocadero. El grueso de la infanteria, marchando en el centro, á tanta distancia del cuerpo de Schimmelpfennig como del Elba, debia pasar por Genthin, Balthenau, Gransée y Prenzlau, y la caballeria que ya se hallaba en las orillas del Elba, donde se aprovechaba de la abundancia de forrage, debia seguir las márgenes de dicho rio por Jerichow y Havelberg, yendo á parar por Wittstock, Mirow, Strelitz, y Prenzlau, á Stettin que era el punto comun de reunion.

El cuerpo del duque de Weimar y el gran parque, conducidos por el general Blucher, habian dado la vuelta afortunadamente al Hartz por Hesse y Hannover, sin que les inquietaran los franceses, que habian acudido presurosos al Elba. Por lo demas, el duque de Weimar, logró enganar al mariscal Soult por medio de una maniobra bastante astuta. Al principio fingió que iba á ata-

car la linea de circunvalacion establecida al rededor de Magdeburgo, y luego se escabulló de pronto, pasando repentinamente el Elba por Tangermunde, y ganando deeste modo la orilla derecha, con unos doce á catorce mil hombres. El general Blucher pasó el rio mas abajo, y el principe de Hohenlohe dispuso que el duque de Weimar se dirigiese tambien al punto convenido, esto es, á Stettin, á donde debia llegar atravesando el Mecklenburgo. Por lo que hace á Blucher, le dió el mando de las tropas que fueron derrotadas en Halle, tropas que habian pasado de manos del duque de Wurtemberg á las del general Natzmer, debiendo formar con ellas el general Blucher la retaguardia del ejército prusiano.

Si aquellas fuerzas hubiesen conseguido escaparse de los franceses, y llegar á Stettin, hubieran podido despues de ser reorganizadas, y agregadas al contingente de la Prusia oriental, formar detrás del Oder un ejército de algun valor, y dar la mano á los rusos con utilidad de unos y otros. El principe de Hohenlohe conservaba cuando menos veinte y cinco mil hombres; el cuerpo de Natzmer, con los demas restos de Blucher, contaba cerca de nueve á diez mil, y las tropas del duque de Weimar, ascendian á trece ó catorce mil; de suerte que el total de las fuerzas se componia de cincuenta mil hombres, que unidos á otros veinte mil que se habian quedado en la Prusia oriental, hacian setenta mil combatientes, los cuales podian hacer un papel importante si obraban en combinacion con los rusos. Aun faltaban veinte y dos mil hombres que defendian á Magdeburgo, pues los sajones se apresuraron á volver á sus

hogares, aprovechándose de la clemencia con que los trató Napoleón.

El príncipe de Hohenlohe tenía que realizar su retirada por medio de un país pobre y difícil de recorrer, así como por entre los numerosos escuadrones de la caballería francesa, la cual obró al principio con mucho tiento en presencia de la prusiana, cuyo mérito tanto le elogiaban; pero embriagada ahora de gozo con sus triunfos, se había hecho tan atrevida, que simples cazadores no temían medir sus fuerzas con coraceros.

El príncipe se puso en camino el 22 de octubre por los puntos indicados; dirigiéndose hácia Plane el cuerpo de flanqueadores de Schimmelpfennig, la infantería hácia Geuthin, y la caballería hácia Jericow. Las tropas marchaban con lentitud á causa de los arenales, el cansancio de hombres y caballos, y lo poco acostumbrados que estaban á las fatigas, de suerte que lo mas que podían andar eran siete ú ocho leguas al día, mientras que la infantería francesa, andaba quince en caso de necesidad. Además se había introducido en los cuerpos una gran indisciplina, pues la desgracia, que agría los caracteres, disminuyó el respeto que se debe á los gefes, llegando á tal extremo el desórden en la caballería, que se iba en tropel, sin obedecer á nadie. Así es, que el príncipe de Hohenlohe tuvo que mandar hacer alto, y arengó al ejército severamente, recordándole sus deberes, despues de lo cual mandó fusilar á un soldado de caballería que habia herido á un oficial. Por lo demás, es preciso que conozcamos que esto sucede casi siempre de resultas de grandes reveses, y aun despues de gran-

des victorias, porque los triunfos llevan consigo el desórden ni mas ni menos que las derrotas. Los franceses, ávidos de botín, corrian en todas direcciones lo mismo que los prusianos, sin querer conformarse con las órdenes de sus gefes, y el mariscal Ney escribió al emperador que si no le autorizaba para hacer grandes escarmientos, no estaba segura la vida de los oficiales. ¡Qué singulares son las consecuencias que produce el trastorno de los estados! ¡Los movimientos precipitados que ese trastorno acarrea, desorganizan así al vencido como al vencedor! Habíamos conseguido perfeccionar la guerra en grande, y casi tocábamos ya los límites en que se convierte en una confusión inmensa!

El 23 estaba la infantería prusiana en Bathenau, y la caballería en Havelberg; pero la misma premura con que cortaron los puentes, detuvo en su marcha al cuerpo de la derecha, esto es el de Schimmelpfennig, teniendo que acercarse al Elba por medio de una conversion á la izquierda, para evitar los muchos raudales de agua que se encuentran entre el Havel y el Elba. Torcieron, pues, hasta Rinow, y el 24 estaban, la caballería en Kiritz, la infantería en Neustadt, y el cuerpo de Schimmelpfennig, en Fehrbelin, pasando allí mismo á manos del general Blucher el cuerpo de Natzmer, que remplazó hácia Rinow al cuerpo principal, cuya retaguardia formaba.

Así que llegó á aquel punto, el príncipe de Hohenlohe deliberó acerca de la marcha que debía seguir, pues habia subido mucho hácia el Norte por cima de Berlin, Spandau y Potsdam, y á cada paso se desorganizaba mas el ejército. Mas-

senbach, coronel de estado mayor, fué de parecer que se debía conceder un día de descanso á las tropas, á fin de reorganizarlas, y estar á lo menos en estado de combatir, si tenían un encuentro con los franceses; pero el príncipe de Hohenlohe respondió, y con razon, que uno, dos, y aun tres dias, no bastaban para reorganizar el ejército, y podrían dar tiempo á que los franceses lo cortasen de Stettin y el Oder. Como lo tenían de costumbre, adoptaron un término medio, que fue citarse para Gransée, donde debía pasarse una revista general, y dirigir alocuciones á las tropas, para recordarles su deber, continuando despues de la cita, que se fijó para el día 26, la marcha sin desampararse unos á otros.

Però como los franceses estaban advertidos, la caballería de Murat corría hácia Fehrbelin por un lado, y por el otro hácia Zehdenick; Lannes, despues de entrar el día 25 en Spandau, se ponía en marcha el 26 por la noche con la infantería, para apoyar á Murat; el mariscal Soult seguía los pasos al duque de Weimar, mientras que el mariscal Ney ponía sitio á Magdeburgo, y por último, el mariscal Bernadotte avanzaba entre los mariscales Soult y Lannes. Así, pues, tres cuerpos de ejército franceses, además de la caballería de Murat, y menos los coraceros que quedaron en Berlin, perseguían en aquel momento á los prusianos. El 26 se hallaba en Gransée, esto es, en la cita indicada, la infantería del príncipe de Hohenlohe, formada en torno de su general, oyendo sus exortaciones, y acogiendo la esperanza de estar pronto en Stettin y poder descansar detras del Oder; pero en aquel mismo instan-

te sorprendían los dragones de Murat en Zehdenick al cuerpo de Schimmelpfennig, arrollaban su caballería, le mataban trescientos ginetes, cogían de selecientos á ochocientos, y obligaban á la infantería de aquel cuerpo de flanqueadores á dispersarse en los bosques.

Aquella noticia que llevaron á Gransée los aldeanos y fugitivos, indujo al príncipe de Hohenlohe á desalojar al momento, y dirigirse otra vez á la izquierda hácia Furstemberga, en lugar de ir á Templin, que era el camino directo de Stettin. De este modo tenía esperanza de reunir la caballería, y alejarse al mismo tiempo de los franceses; pero mientras daba aquel rodeo, Murat se dirigía por el camino mas corto hácia Templin, y no deteniéndose Lannes, ni de día ni de noche, se mantenía como siempre á la vista de los escuadrones de Murat.

Aquella noche la pasó el príncipe de Hohenlohe en Furstamberga, é hizo que la pasase también su infantería, mientras que Lannes, la empleaba en marchar. Lo mismo los franceses que los prusianos, continuaron subiendo al Norte hácia Templin y Prenzlów, punto comun del camino de Stettin, yendo á algunas leguas unos de otros, y separados únicamente por una cortina de árboles y lagos; pero todavía les faltaban doce leguas, ó lo que es lo mismo siete millas, para llegar á Prenzlów. El 27 por la mañana partió el príncipe de Hohenlohe para Boitzemburgo, mandando á decir á la caballería que fuese á unirsele, y á la retaguardia, á cuyo frente iba el general Blucher, que apresurase el paso.

Caminó todo el día, no teniendo otro alimento

que dar á sus tropas sino el que les suministraba el patriotismo de los aldeanos, quienes ponian en los caminos montones de pan, y calderos llenos de patatas cocidas. Al oscurecer se acercaron á Boitzemburgo, y Mr. de Arnim, que era el señor de aquel lugar, fué á anunciar que habia mandado preparar alrededor de su castillo, tiendas de campaña abundantemente provistas de viveres y de bebidas. Aquella era una noticia soberbia para hombres que se morian de hambre y cansancio; pero al acercarse á Boitzemburgo destruyeron algunos tiros la esperanza que habian concebido de tomar algun descanso y un poco de alimento. La caballeria ligera de Murat, que ya habia llegado á aquel pueblo, estaba comiéndose los viveres destinados para los prusianos; pero como no podia hacer frente á estos, que eran en mucho mayor número, dejó á Boitzemburgo. Los desgraciados soldados del príncipe de Hohenlohe devoraron lo que quedaba; mas como la presencia de los ginetes franceses les advertian que se diesen prisa, partieron aquella misma noche, volviendo á dar un rodeo á la izquierda por no encontrarse con los franceses, y llegar antes que ellos á Prenzlów. Caminaron toda la noche, hisonjeándose de ganarles en celeridad, y al despuntar el dia empezaron á descubrir á Prenzlów; pero tambien vieron á la derecha, en medio de los bosques y lagos de que estaba lleno el camino, á unos soldados de caballeria forzando el paso. Como la niebla no permitia reconocer el color de su uniforme, no se sabia si eran franceses ó prusianos, y todos se preguntaban con ansiedad, creyendo unos que habian visto el penacho blanco de un regimiento

prusiano, y otros, por el contrario, que era el casco de los dragones de Murat. Por último, en medio de aquellas conjeturas, hijas del temor en unos y del deseo en otros, llegan á la vista de Prenzlów, y no falta quien les asegure que aun no han aparecido los franceses: penetran en un arrabal, que tiene un cuarto de legua de estension, y la mitad del ejército prusiano habia ya entrado en él, cuando de pronto se oye un grito de alarma. Eran los dragones franceses, que habiendo llegado en el momento en que se hallaba en Prenzlów parte del ejército prusiano, atacan la cola y la arrollan contra el mismo Prenzlów. Luego cargan sobre ella en todas direcciones, arrojándose en las calles de la poblacion, y empujados los dragones de Pritwitz por los franceses, caen sobre la infanteria prusiana, y la desordenan. Entonces se traba una refriega espantosa, cuyo tumulto y peligro aumenta el miedo: el ejército prusiano, cortado en varias porciones, huye hasta mas allá de Prenzlów, y toma posicion del mejor modo posible en el camino de Stettin; pero no tarda en ser envuelto, y Murat intima la rendicion al príncipe de Hohenlohe. Lleno éste de pesar, pero rechazando con horror la idea de una capitulacion, se niega á semejante propuesta, y Murat contesta al oficial que le va á llevar la negativa del príncipe:—Pues bien, si no os rendis, todos sereis acuchillados.—Un resto de esperanza sostiene aun al príncipe de Hohenlohe; el creer que Murat solo lleva consigo caballeria; pero en aquel mismo instante llega la infanteria de Lannes, que desde Spandau habia caminado de dia y de noche, deteniéndose únicamente para comer.

El coronel de estado mayor Massenbach vá á afirmar que la ha visto, y entonces no queda al enemigo ninguna probabilidad de poder salvarse. Murat pide se le permita hablar con el príncipe de Hohenlohe, y el soldado ascendido á príncipe, tan generoso como intrépido, consuela al general prusiano, prometiéndole una capitulacion honrosa, todo lo mas honrosa que pueda ser, sin faltar á las instrucciones que ha recibido de Napoleon. Murat exige que todos los soldados queden prisioneros, pero consiente en que todos los oficiales no pierdan su libertad, y puedan llevarse cuanto poseen, con tal sin embargo de que no sirvan mientras dure la guerra. Tambien consiente en que los soldados no pasen por la humillante formalidad de tener que soltar las armas, desfilando por delante de los franceses, única diferencia en que se distinguen, en medio de aquella desgracia, de las tropas que mandaba el austriaco Mack. Viendo el príncipe de Hohenlohe que no puede conseguir mejores condiciones, y aun conociendo que Murat no puede conceder mas, se vuelve á donde están sus oficiales, manda que formen círculo, y con los ojos inundados de lágrimas, les espone el estado de las cosas, diciéndoles que él era uno de los que mas habia declamado contra toda clase de capitulacion; pero que conoce no queda ya ningún recurso, ni aun el de pelear con honra, porque faltan municiones, y el espíritu de las tropas ha llegado al último grado de abatimiento. Ninguno propuso un medio para conjurar aquella desgracia, por lo cual se rompió el círculo, prorumpiendo los oficiales en maldiciones, y haciendo pedazos las armas.

Firmó, pues, el príncipe la capitulacion, y en todo el día 28, es decir, un año despues de la catastrofe del general Mack, se constituyen prisioneros de guerra catorce mil hombres de infantería y dos mil de caballería. Los vencedores estaban enagenados de gozo, y de qué otra cosa mejor podian alegrarse! ¿No merecian semejante premio por su osadía en las maniobras, la paciencia con que habian sufrido privaciones iguales cuando menos á las de los vencidos, y el ardor con que hicieron marchas mas rápidas que las suyas? Desgraciadamente hubo algun desorden en Prenzlów, á causa de la prisa con que los soldados querian recoger el botin, que consideraban como fruto legitimo de la victoria; pero los oficiales franceses desplegaron la mayor firmeza para proteger á los oficiales prusianos. Hasta los escritores alemanes les han hecho esta justicia, justicia que no tuvieron motivos para hacer en 1815, á los prusianos, los departamentos del Norte de Francia.

Empero aun tenian mas trofeos que recoger los franceses, pues cierto número de escuadrones y batallones prusianos que no habian estado en Prenzlów, marcharon mas hácia el Norte, con direccion á Passawalck, y la caballería ligera del general Milhaud los alcanzó, haciendo soltar las armas á seis regimientos de caballería, varios batallones de infantería, y un parque de artillería montada. Durante este tiempo, corria el general Lassalle á Stettin, con algunos húsares y cazadores, seguido por la infantería de Lannes, siendo una cosa extraordinaria que un oficial de caballería ligera, se atreviese á intimar la rendicion á Stettin, plaza fuerte, que tenia una guarnicion

numerosa y una artillería inmensa. El general Lassalle vió al gobernador, y le habló con tal convicción de que el ejército prusiano había quedado completamente destruido, que aquel gobernador entregó la plaza con todo cuanto contenía, inclusa la guarnición, que se componía de seis mil hombres, entrando Lannes en ella al día siguiente. Nada puede dar seguramente mejor idea de la desmoralización de los prusianos, y del terror que causaban los franceses, que un hecho tan extraño y nuevo en los anales de la guerra.

De todo el ejército prusiano, solo quedaban sin haber caído prisioneros el general Blucher y el duque de Weimar, que llevaban consigo unos veinte mil hombres. Si llegáramos á coger el último resto con que contaban, podía decirse que en quince días habían sido destruidos ó hechos prisioneros, ciento sesenta mil hombres, sin que ni uno siquiera pasara el Oder. Los mariscales Soult y Bernadotte iban persiguiendo al general Blucher y al duque de Weimar, quienes debían ser alcanzados muy pronto por Murat, y se hallaban cortados por la parte del Oder, puesto que Lannes ocupaba á Stettin; de suerte, que tenían muy pocas probabilidades de poder salvarse.

Cuando Napoleón supo todo esto, se alegró en extremo, y escribió á Murat una carta en que le decía: «Puesto que tus cazadores toman plazas fuertes, yo no tengo que hacer otra cosa sino licenciar mi cuerpo de ingenieros, y mandar derretir mi artillería gruesa.» En el boletín solo nombró á la caballería, y nada dijo de la infantería de Lannes, sin embargo de que contribuyó á la capitulación de Prenzlau tanto como aquella;

pero semejante omisión provino de que Murat, con la prisa que tenía por contar los hechos de armas de su caballería, no pensó en hablar del cuerpo de Lannes. Cuando éste recibió el boletín, no se atrevió á leerlo á sus soldados, por temor de alligirles, y dijo á Napoleón por escrito: «La adhesión que tengo á V. M. me hará siempre superior á todas las injusticias; ¿pero qué digo á estos valerosos soldados á quienes he hecho marchar de día y de noche, sin descansar, sin tomar alimento siquiera? ¿qué otra recompensa pueden esperar sino que publiquen su nombre las cien trompetas de la fama, de que vos disponéis únicamente?» Esa emulación, ese ardiente anhelo de alcanzar gloria, que solo se manifiesta aquí por medio de una tristeza noble, prueba bastante el heroico entusiasmo que entonces abrigaban todos los corazones.

Napoleón contestó con mucho afecto á Lannes, diciéndole: «Está visto que tanto vos como vuestros soldados sois unos niños. ¿Creeis que yo no sé cuanto habeis hecho para auxiliar á la caballería? la gloria es de todos, y otro día aparecerá vuestro nombre en los boletines del ejército grande.»

Transportado de gozo Lannes, reunió su infantería en una plaza pública de Stettin, y mandó leer en las filas la carta de Napoleón. Sus soldados, tan contentos como él, acogieron aquella lectura con gritos repetidos de ¡viva el emperador! y aun hubo algunos que gritaron: ¡viva el emperador de Occidente! Aquel singular modo de llamar á Napoleón que tan de acuerdo se hallaba con su secreta ambición, era hijo, pues, de la exal-

tacion del ejército, y probaba que á los ojos de todos llenaba ya el Occidente con su poderio y su gloria.

Lannes, rebotando, no en adulacion sino en júbilo, porque como él estaba contento, queria que lo estuviese tambien su soberano, le escribió diciéndole: «Señor, vuestrossoldados gritan ¡viva el emperador de Occidente! ¿Deberemos nosotros llamarnos así en las cartas que os escribamos?» (1)

(1) A continuacion verán nuestros lectores algunas cartas del mariscal Lannes, que dan á conocer el espíritu de que en aquella época se hallaban animadas las tropas, y pueden servir para comprender el verdadero carácter de aquellos prodigiosos sucesos.

*El mariscal Lannes á S. M. el emperador.*

Stettin, 2 de noviembre de 1806.

Señor: ha recibido la carta que V. M. me ha dispensado la honra de escribirme, y no es posible expresar el placer que me ha causado: lo único que deseo en el mundo es que V. M. esté segura de que hago cuanto está en mi mano para ver de aumentar su gloria.

He participado á mi cuerpo de ejército lo que V. M. ha tenido á bien decir acerca de él, y sería imposible pintar á V. M. lo contento que se ha puesto, porque una palabra vuestra es suficiente para llenarle de júbilo.

Habiéndose extraviado hácia la parte de Gartz tres húsares, se encontraron en medio de un escuadron enemigo, y corriendo á él le apuntaron, diciéndole que echase pie á tierra al instante, porque lo tenia cercado un regimiento. El comandante de aquel escuadron mandó á los soldados que se apeasen, y entregó las armas á los tres húsares, quienes han traído aquí al escuadron en clase de prisionero de guerra.

Desearia conocer las intenciones de V. M., para saber si de-

Napoleon no contestó, y aquel título, que brotó por decirlo así del entusiasmo de los soldados, no fué acogido, si bien Napoleon lo aplazaba para otro tiempo. De todas las grandezas con que soñó, esa es la única que no se realizó, ni aun por un instante: bien es verdad que si no se llamó emperador de Occidente, mandó en sus vastos dominios; pero no solo ambiciona el hombre en su orgullo tener poderio, sino que le den el nombre adecuado á ese mismo poderio.

bo llevar la division de Suchet á Stargard, y hacer que la caballería avance, pues por este medio economizariamos los viveres que hay en la plaza de Stettin, sin embargo de que aun no los he tocado; como que los soldados están acantonados en las cercanías, y se mantienen con lo que encuentran en las casas donde están alojados.

Hoy he dado vuelta á la plaza con el general Chasseloup, y la encuentro en muy mal estado, siendo preciso, á lo que creo, gastar mucho dinero para ponerla en estado de defensa. Tambien hemos estado en Damm, posicion soberbia de suyo, y á donde solo se llega por una calzada que tiene legua y media de largo, y en que hay á lo menos cuarenta puentes. Creo que si V. M. se propone seguir adelante, hará que esta posicion no pueda ser tomada.

Acaban de asegurarme que el rey ha tratado muy mal á los señores que le rodean, y le habian aconsejado nos hiciere la guerra; que nunca le han visto tan furioso; y que les dijo eran unos bribones, que le habian hecho perder la corona, no quedándole otra esperanza que ir en busca del gran Nipoleon, con cuya generosidad cuenta. Soy con el mas profundo respeto etc.

LANNES.

Passewalck. 1.º de noviembre de 1806.

Señor: ayer tuve la honra de anunciar á V. M. la salida de treinta piezas de artillería, sesenta furgones, y otros tantos car- Biblioteca popular. 7. VII. 14

Hecho prisionero el príncipe Hohenlohe con sus tropas, solo quedaba por coger el general Blücher con la retaguardia, y el cuerpo que mandaba el duque de Weimar, cuerpo que pasó á servir á las ordenes del general Vinning, cuando el duque aceptó el buen trato con que Napoleón acogió á toda la casa de Sajonia, y dejó el ejército. Había pues que hacer veinte y dos mil prisioneros, pues á este número ascendían aquellas fuerzas, para que no quedase ni un destacamento siquiera de tropas prusianas desde el Rhin al Oder,

ros cargados de municiones, cada uno de ellos tirado por diez caballos, y escoltados por mil quinientos soldados de artillería volante. En verdad, señor, que nunca he visto una gente tan magnífica: es un parque soberbio, y hoy hago que salga para Spandau. Casi todos estos artilleros son de á caballo, y marchan con el mayor orden, pudiendo V. M., si así lo dispusiese, enviarlos á Italia, porque estoy seguro que si se pusieran á su frente algunos oficiales que hablasen el alemán, esos hombres servirían perfectamente. Desearia que V. M. viesese ese convoy, porque con eso se decidira á enviarlos al reino de Italia.

El gran duque de Berg me escribe, que tiene esperanza de alcanzar mañana al enemigo, es decir al gran cuerpo del duque de Weimar y de Blücher, con el príncipe de Puente-Corvo, habiendo hecho ya algunos prisioneros á la cola de la columna. De resultas de este aviso, voy á llamar toda la caballería ligera que habia enviado hácia Böttzenburgo, y á reunir en Stettin todo el cuerpo que se halla á mis ordenes.

En dicha plaza se han encontrado doscientas piezas de artillería en sus respectivas cureñas, y otras muchas de repuesto, infinidad de pólvora, municiones y almacenes.

Voy á enviar toda mi caballería ligera hácia la orilla derecha del Oder, á recoger todo el trigo y la harina que pueda, para aumento de nuestros almacenes; á mandar construir hornos y hacer toda la galleta que me sea posible.

La guarnición de Stettin se componia de seis mil hom-

y Napoleón mandó perseguirlos sin descanso, á fin de recoger hasta el último soldado.

Lannes se situó en Stettin, con el objeto de ocupar aquella plaza importante, y proporcionar descanso á sus infantes, pues lo necesitaban en gran manera, y Murat, Bernadotte y Soult, bastaban para acabar de destruir á veinte y dos mil prusianos, estenuados de fatiga. Para conseguirlo solo se necesitaba marchar, á menos que no lograsen llegar al mar, y encontrar bastantes embarcaciones en que poder ir á la Prusia oriental. Murat se dirigió, pues á escape, hácia el camino del litoral,

bres, que he dispuesto salgan para Spandau escoltados por un regimiento de la division de Gazan, á cuyo general solo le queda otro regimiento. La division de Suchet ha dado tambien mucha gente para escoltar los prisioneros, de modo que mi cuerpo de ejército está reducido á muy poca cosa.

Si Stettin ofrece bastantes medios para vestir al soldado, lo haré, porque está enteramente desnudo: por lo demas, se está haciendo inventario de cuanto existe en aquella plaza, y tendré la honra de enviarlo á V. M.

Entretanto, ruego á V. M. I. me dé á conocer cuales son sus intenciones lo mas pronto posible, pues esta noche estará mi cuartel general en Stettin.

Ayer mandé leer á las tropas la proclama de V. M., y las últimas palabras que contiene, han conmovido hondamente el corazon de los soldados, los cuales se pusieron á gritar: *Viva el emperador de Occidente!* Me es imposible decir á V. M. cuanto le quieren estos bravos militares, pues ninguno ha estado nunca tan enamorado de una querida, como ellos lo están de la persona de V. M. Ruego á V. M. me diga si quiere que en lo sucesivo dirija mis partes al emperador de Occidente, y so la pido en nombre de las tropas que mando.

Soy con el mas profundo respeto, etc.

LANNES.

à fin de impedirles se acercasen à él, y penetró hasta Stralsund, mientras que saliendo el mariscal Bernadotte de las cercanias de Berlin, y Soult de las orillas del Elba, subian hácia el Norte para arrojar al enemigo en la red que le tendia la caballeria francesa.

El general Blucher tomó en Waren, cerca del lago de Muritz, el mando de los dos cuerpos prusianos, cuando ya era imposible refugiarse hácia la Prusia oriental por el Oder, cuyo rio guardaba el ejército francés por todas partes. La entrada al litoral y Stralsund, estaba tambien interceptada por la caballeria de Murat, de suerte que no quedaba otro recurso que volverse atras y regresar hácia el Elba, proyecto que formó el general Blucher, esperanzado de arrojarse sobre Magdeburgo, aumentar sus fuerzas hasta convertir à la guarnicion en un verdadero cuerpo de ejército, y hacer una resistencia brillante, apoyado en aquella gran fortaleza.

Encaminóse, pues, hácia el Elba, para ver si podia pasarlo por las cercanias de Lauenburgo; pero sus ilusiones duraron poco, porque no tardó en saber por algunas patrullas enemigas, que estaba envuelto por todas partes, pues Murat iba ya costeando el mar por la derecha, y por la izquierda le habian cortado los mariscales Bernadotte y Soult la ida à Magdeburgo. No sabiendo qué proyecto adoptar, caminó algunos dias rectamente, es decir hácia la parte baja del Elba, como si fuera un cuerpo francés que regresara à Francia por Mecklemburgo y Hanoover; pero à cada instante se disminuian mas y mas sus fuerzas, porque ó huian à los bosques sus soldados, ó mejor querian entre-

garse prisioneros, que sufrir por mas tiempo fatigas que ya se habian hecho intolerables. Tambien perdia bastante gente en combates dados à retaguardia, que si, gracias a lo escabroso del terreno, no siempre se convertian en completa derrota, acababan por abandonarnos el terreno disputado, y perdiendo muchos hombres, que ó bien traian prisioneros, ó quedaban fuera de combate.

De este modo fué marchando desde el dia 30 de octubre hasta 5 de noviembre, en que no sabiendo à donde encaminar sus pasos, recurrió à un acto de violencia que solo podia justificar la necesidad. Cerca de alli estaba situada la ciudad de Lubeck, libre con arreglo à la constitucion germánica, y que teniendo como tenia derecho para permanecer siendo neutral, no debia tomar parte alguna en las hostilidades; pero el general Blucher resolvió penetrar en ella à viva fuerza, apoderarse de los grandes recursos que contenia, tanto en víveres como en dinero, y sino podia defenderse alli, coger todos los buques mercantes que hubiese en aquellas aguas, y embarcar sus tropas, para trasladarlas à la Prusia oriental.

En consecuencia, el dia 6 de noviembre entró, apelando à medios violentos, en Lubeck, à pesar de la protesta de los magistrados; pero convertidos los terraplenes en paseo público, habian perdido su fuerza principal, y la ciudad tenia tan poca guarnicion, que al general Blucher no le costó trabajo entrar en ella. Inmediatamente alojó sus soldados en las casas, donde tomaron todo cuanto necesitaban, y además exigió à los magistrados una buena contribucion. Lubeck está situada, como es sabido, en la frontera de Dinamarca, guar-

dada por un cuerpo de tropas danesas, y el general Blucher dijo al dinamarqués, que si dejaba que los franceses invadieran su frontera, él la invadiría también para refugiarse en Holstein, á lo cual contestó el general dinamarqués, que antes que permitir fuese invadido su territorio, perecería con todo su cuerpo. El general Blucher, se encerró pues en Lubeck, confiado en que si los franceses respetaban la neutralidad de Dinamarca, no le cogerían la vuelta; pero mientras creía disfrutaria alguna seguridad, protegido por lo restos de la fortificación, y desquitándose con la abundancia propia de una gran ciudad comercial, de las privaciones que había sufrido en su penosa retirada, aparecieron los franceses. Como la neutralidad de Lubeck no existía, y tenían derecho para perseguir en ella á los prusianos, así que llegaron, que fué el día 7, atacaron las obras que cubrían las puertas llamadas de Burg-Thor y Mühlen-Thor, tomando una el cuerpo del mariscal Bernadotte, y otra el mariscal Soult. En seguida escalaron bajo el fuego de metralla, y con una audacia nunca vista, obras que, aunque deterioradas, ofrecían obstáculos difíciles de vencer, y se trabó en las calles un combate encarnizado, viendo los desgraciados vecinos de Lubeck, convertida su opulenta ciudad en una carnicería. Destrozados los prusianos ó envueltos, tuvieron que huir, dejando en el sitio mil muertos, unos seis mil prisioneros y toda su artillería. El general Blucher salió de Lubeck, y fué á tomar posición entre el territorio medio inundado de las cercanías de la ciudad, y la frontera dinamarquesa, deteniéndose allí sin víveres ni municiones. Ya no quedaba otro remedio

queréndirse, é imitar el ejemplo del general Mack, á quien tanto habian criticado durante un año, y el del príncipe de Hohentlohe, á quien hacia ocho dias que también censuraban amargamente. El general Blucher capituló, pues, el 7 de noviembre, con todo su cuerpo de ejército, bajo las mismas condiciones que el príncipe de Hohentlohe; pero quiso que se añadiesen algunas palabras á la capitulación, á lo que accedió Murat, teniendo en cuenta su desgracia. En las palabras añadidas se decía que se rendia por falta de municiones, y aquella capitulación proporcionó á los franceses catorce mil prisioneros, que agregados á los ya hechos en Lubeck, formaban un total de veinte mil hombres.

Empezando á contar desde aquel dia, no quedaba ni un cuerpo prusiano desde el Rhin al Oder, pues los setenta mil hombres que habian tratado de llegar á este último rio, fueron dispersados, muertos ó hechos prisioneros. Mientras que esto sucedia en Mecklemburgo, la importante plaza de Custrin, que está situada en las orillas del Oder, se sometia á algunas compañías de infantería mandadas por el general Petit, valiéndonos aquella otra capitulación cuatro mil prisioneros, almacenes de consideracion, y la segunda posición fuerte que se encuentra en la parte baja del Oder. Así, pues, ocupaban los franceses sobre aquel rio, las plazas de Stettin y Custrin, habiéndose instalado Lannes en la primera, y Davout en la segunda. ®

Quedaba sobre el Elba la gran plaza de Magdeburgo, que contenia veinte y dos mil hombres de guarnicion, y un vasto material. El mariscal Ney le habia puesto sitio, y habiéndose propor-

cionado algunos morteros, á falta de artillería de plaza, amenazó varias veces á ésta con que la bombardearía, amenaza que se guardó muy bien de cumplir. Dos ó tres bombas, disparadas al aire, intimidaron á la población, que corrió á casa del gobernador, pidiendo á gritos no la espusiera á inútiles destrozos, puesto que la monarquía prusiana no podía ya defenderse; y tal era la desmoralización que se había apoderado de los generales prusianos, que á Kleist le parecieron muy buenas aquellas razones, y al día siguiente de haber capitulado Lubeck, entregó á Magdeburgo con veinte y dos mil prisioneros.

Así, pues, desde que principió la campaña, los prusianos habían hecho cuatro veces, esto es en Erfurt, Prenzlau, Lubeck y Magdeburgo, lo que tanto criticaron en los austriacos, á pesar de que solo lo hicieron estos una vez en Ulm. Esta observación no tiene por objeto ofender su desgracia, bien reparada despues, sino probar que un año antes debieron respetar el infortunio ageno, y no declarar á los austriacos como unos cobardes, por el mezquino cálculo de que los franceses parecieran menos valientes y hábiles.

De los ciento sesenta mil hombres á que ascendía el ejército activo de los prusianos, no quedaba, pues, un resto siquiera; pues, dejando á un lado las exageraciones que se esparcieron por Europa, sorprendida con tales hazañas, quedaron muertos ó heridos cerca de veinte y cinco mil hombres, y prisioneros unas cien mil. De los otros treinta y cinco mil, ni uno logró volver á pasar el Oder, regresando á su patria los sajones, y soltando las armas los prusianos, ó huyendo por los

campos. Podía decirse, sin faltar en lo mas mínimo á la verdad, que no existía el ejército prusiano, y Napoleon era dueño absoluto de la monarquía de Federico el Grande, exceptuando únicamente algunas plazas de Silesia incapaces de hacer resistencia, y la Prusia oriental, protegida por la distancia, y por su inmediación á Rusia. Napoleon se apoderó de todo el material que había en Prusia, tanto en cañones y fusiles, como en municiones de guerra, y adquirió víveres para sustentar á su ejército durante una campaña, veinte mil caballos para remontar su caballería, y banderas con que llenar los edificios de su capital. Y todo esto se realizó en un mes, pues Napoleon entró en Prusia el día 8 de octubre, y recibió la capitulación de Magdeburgo, que fué la última que se hizo, el 8 de noviembre, consistiendo lo maravilloso de la campaña que acabamos de referir, en esa rapidez con que vino á tierra el poderío prusiano. No es un milagro muy grande ciertamente, que ciento sesenta mil franceses, que habían llegado á ser perfectos militares, gracias á quince años de guerra, venciesen á ciento sesenta mil prusianos, enervados con el largo tiempo que llevaban de paz; pero es una cosa que asombra la marcha oblicua del ejército francés, marcha combinada de tal modo, que anticipándose constantemente al prusiano, durante una retirada de doscientas leguas, desde Hof á Stettin, éste llegó al Oder el mismo día en que ocupamos dicho rio, quedando destruido ó hecho prisionero sin que escapase un hombre, y el rey de una vasta monarquía, el segundo sucesor del gran Federico, se vió en un mes sin tropa y sin estados! Y este suceso es tanto mas sorpren-

dente, cuanto que no se trata aquí de macedonios derrotando á persas tan cobardes como ignorantes, sino de un ejército europeo que derrota á otro ejército europeo tambien, y ambos instruidos y valientes.

Por lo que hace á los prusianos, si se quiere saber en qué consistió aquella derrota nunca vista, despues de la cual se entregaban ejércitos y plazas a una simple intimacion de unos cuantos húsares, ó de algunas campañas de infanteria ligera, hay que acudir á la desmoralizacion de que suele ir acompañada una empresa insensata y presuntuosa. Despues de haber negado los prusianos, no las victorias de los franceses, porque no podian negarlas, sino su superioridad militar, se quedaron tan sobrecogidos al primer encuentro que con ellos tuvieron, que creyeron era imposible la resistencia, y se pusieron en fuga tirando las armas. Aterrados ellos, aterraron tambien á la Europa, la cual se estremeció con lo de Jena mucho mas que con lo de Austerlitz, porque despues de lo de Austerlitz, quedaba al menos á los enemigos de Francia la confianza que tenian en el ejército prusiano; pero despues de lo de Jena, el continente era del ejército francés, segun todas las apariencias. Los soldados de Federico el Grande eran el último recurso con que contaba la envidia; pero vencidos estos soldados, solo quedaba á esa misma envidia uno que por desgracia nunca le falta; anunciar que el genio, irresistible de hoy mas, cometeria errores; sostener que no hay cabeza que se mantenga firme con semejantes triunfos. Y lo mas triste es que el genio, despues de exasperar á la envidia con sus triunfos, se encarga de consolarla con sus errores.

## LIBRO VEINTE Y SEIS.

Eylau.

Efecto que causan en Europa las victorias conseguidas por Napoleon en su lucha contra Prusia.—A qué se atribuyen las hazañas de los franceses.—Orden del rey Federico Guillermo que tendia á horror en el ejército prusiano las distinciones hijas del nacimiento.—Napoleon manda levantar el templo de la Magdalena, y que se dé el nombre de Jena al puente formado frente á la escuela militar.—Pensamientos que concibe en Berlin embriagado de gozo con sus triunfos.—La idea de vencer EL MAR POR MEDIO DE LA TIERRA, se convierte para él en sistema, y contesta al bloqueo marítimo con el bloqueo continental.—Decretos de Berlin.—Resolucion de llevar la guerra al Norte, hasta someter todo el continente.—Proyecto de marchar hácia el Vistula, y sublevar la Polonia.—Polacos que acuden á ver á Napoleon.—Sospechas que causa en Viena la idea de reconstituir á Polonia.—Napoleon ofrece á Austria la Silesia en cambio de la Gallizia.—Negativa y odio secreto de la corte de Viena.—Precauciones que toma Napoleon contra aquella corte.—El Oriente mezclado en la reyerta de Occidente.—Turquia y el sultan Selim.—Napoleon envia á Constantinopla al general Sebastiani para inducir á los turcos á que hagan la guerra á los rusos.—Destitucion de los hospodares Ipsilanti y Maruzzi.—Michelson, general ruso, marcha hácia la provincia del Danubio.—Napoleon proporciona medios adecuados á la magnitud de sus proyectos.—Llamamiento á las armas en 1806 de la conscripcion de 1807.—Destino que da á los recién llamados.—Organizacion en regimientos de marcha de los refuerzos destinados al ejército grande.—Nuevos cuerpos sacados de Francia á Italia.—El ejército de Italia es puesto en pie de guerra.—Desarrollo dado á la caballeria.—Medios rentísticos creados con los recursos de Prusia.—No pudiendo aventurarse Napoleon y Federico Guillermo acerca de las condiciones de una tregua, dirige aquel su ejército hácia Polonia.—Murat, Davout, Augereau y Lannes, mar-

dente, cuanto que no se trata aquí de macedonios derrotando á persas tan cobardes como ignorantes, sino de un ejército europeo que derrota á otro ejército europeo tambien, y ambos instruidos y valientes.

Por lo que hace á los prusianos, si se quiere saber en qué consistió aquella derrota nunca vista, despues de la cual se entregaban ejércitos y plazas a una simple intimacion de unos cuantos húsares, ó de algunas campañas de infanteria ligera, hay que acudir á la desmoralizacion de que suele ir acompañada una empresa insensata y presuntuosa. Despues de haber negado los prusianos, no las victorias de los franceses, porque no podian negarlas, sino su superioridad militar, se quedaron tan sobrecogidos al primer encuentro que con ellos tuvieron, que creyeron era imposible la resistencia, y se pusieron en fuga tirando las armas. Aterrados ellos, aterraron tambien á la Europa, la cual se estremeció con lo de Jena mucho mas que con lo de Austerlitz, porque despues de lo de Austerlitz, quedaba al menos á los enemigos de Francia la confianza que tenian en el ejército prusiano; pero despues de lo de Jena, el continente era del ejército francés, segun todas las apariencias. Los soldados de Federico el Grande eran el último recurso con que contaba la envidia; pero vencidos estos soldados, solo quedaba á esa misma envidia uno que por desgracia nunca le falta; anunciar que el genio, irresistible de hoy mas, cometeria errores; sostener que no hay cabeza que se mantenga firme con semejantes triunfos. Y lo mas triste es que el genio, despues de exasperar á la envidia con sus triunfos, se encarga de consolarla con sus errores.

## LIBRO VEINTE Y SEIS.

Eylau.

Efecto que causan en Europa las victorias conseguidas por Napoleon en su lucha contra Prusia.—A qué se atribuyen las hazañas de los franceses.—Orden del rey Federico Guillermo que tendia á horror en el ejército prusiano las distinciones hijas del nacimiento.—Napoleon manda levantar el templo de la Magdalena, y que se dé el nombre de Jena al puente formado frente á la escuela militar.—Pensamientos que concibe en Berlin embriagado de gozo con sus triunfos.—La idea de vencer EL MAR POR MEDIO DE LA TIERRA, se convierte para él en sistema, y contesta al bloqueo marítimo con el bloqueo continental.—Decretos de Berlin.—Resolucion de llevar la guerra al Norte, hasta someter todo el continente.—Proyecto de marchar hácia el Vistula, y sublevar la Polonia.—Polacos que acuden á ver á Napoleon.—Sospechas que causa en Viena la idea de reconstituir á Polonia.—Napoleon ofrece á Austria la Silesia en cambio de la Gallizia.—Negativa y odio secreto de la corte de Viena.—Precauciones que toma Napoleon contra aquella corte.—El Oriente mezclado en la reyerta de Occidente.—Turquia y el sultan Selim.—Napoleon envia á Constantinopla al general Sebastiani para inducir á los turcos á que hagan la guerra á los rusos.—Destitucion de los hospodares Ipsilanti y Maruzzi.—Michelson, general ruso, marcha hácia la provincia del Danubio.—Napoleon proporciona medios adecuados á la magnitud de sus proyectos.—Llamamiento á las armas en 1806 de la conscripcion de 1807.—Destino que da á los recién llamados.—Organizacion en regimientos de marcha de los refuerzos destinados al ejército grande.—Nuevos cuerpos sacados de Francia á Italia.—El ejército de Italia es puesto en pie de guerra.—Desarrollo dado á la caballeria.—Medios rentísticos creados con los recursos de Prusia.—No pudiendo aventurarse Napoleon y Federico Guillermo acerca de las condiciones de una tregua, dirige aquel su ejército hácia Polonia.—Murat, Davout, Augereau y Lannes, mar-

chan hácia el Vistula á la cabeza de ochenta mil hombres.—Napoleon les sigue con un ejército igual en fuerzas, y compuesto de los cuerpos que mandaban Soult, Bernadotte y Ney, la guardia y la reserva.—Entrada de los franceses en Polonia.—Aspecto del terreno y el cielo.—Enusiasmo de los polacos por los franceses.—Condiciones que pone Napoleon para reconstituir á Polonia.—Espiritu que anima á la alta nobleza polaca.—Entrada de Murat en Varsovia.—Napoleon va á establecerse en Posen.—Ocupacion del Vistula desde Varsovia hasta Thorn.—Unidos los rusos con los restos del ejército prusiano, ocupan las orillas del Narew.—Napoleon quiere rechazarlos hácia el Pregel á fin de invernar con mayor tranquilidad sobre el Vistula.—Bonitas combinaciones para destruir á los prusianos y rusos.—Combates de Czarnow, Golymin y Soidau.—Batalla de Pultusk.—Los rusos, rechazados con gran pérdida hasta mas allá del Narew, no pueden ser perseguidos á causa del mal estado de los caminos.—Apuros de los vencedores y vencidos, quienes se atasean en los lodazales de Polonia.—Napoleon se situa delante del Vistula, entre el Bug, el Narew, el Orezec y el Ukra.—Coloca el cuerpo del mariscal Bernadotte en Elbing, delante de la parte baja del Vistula, y forma otro cuerpo con el número 10 á las órdenes del mariscal Lefebvre, para empezar á poner sitio á Dantzic.—Admirable prevision con que cuida de abastecer y poner en estado de seguridad los cuarteles de invierno.—Obras en Praga, Modlin y Sierock.—Estado material y moral del ejército francés.—Alegria de los soldados en medio de un país nuevo para ellos.—El príncipe Gerónimo y el general Vandamme ponen sitio á las plazas de Silesia, con los auxiliares alemanes.—Júbilo de corta duracion en Viena, donde se cree que los rusos han triunfado.—La corte de Viena conoce mejor los hechos, y vuelve á encerrarse en los límites de su habitual reserva.—El general Benningsen, nombrado general en jefe del ejército ruso, quiere emprender de nuevo las hostilidades en la mitad de invierno, y marcha hácia los cantones del ejército francés, siguiendo la parte litoral del Báltico.—Lo descubre el mariscal Ney, y da la voz de alarma á todos los cuerpos.—Bonito combate del mariscal Bernadotte en Mohrungen.—Combinacion acertada de Napoleon para arrojar á los rusos hácia el mar.—El enemigo lo sabe por un oficial que se deja quitar los pliegos que llevaba.—Los rusos se retiran á tiempo.—Napoleon los persigue á todo trance.—Combates de Waltersdorf y Hoff.—No pudiendo huir mas tiempo los rusos, se detienen en Eylau, resueltos á dar la batalla.—El ejército francés, muriéndose de hambre y reducido á la tercera parte por las marchas, llega á donde estaba el ejército ruso, y da en Eylau una batalla sangrienta.—Sangre fria y energia de Napoleon.—Conducta heroica de la caballeria francesa.—El ejército ruso se retira casi destruido; pero el ejército francés, sufre por su parte, crueles pérdidas.—El cuerpo de Augereau queda tan maltratado que es preciso disolverlo.—Napoleon persigue á los rusos hasta Königsberg, y seguro de que se habian retirado mas

allá del Pregel, vuelve á tomar la posicion que tenia sobre el Vistula.—Cambio que introduce en el recinto de sus cuarteles.—Deja la parte alta del Vistula, para situarse en la baja, y detras del Passarge, á fin de cubrir mejor el sitio de Dantzic.—Redobla su afan para abastecer de viveres otra vez sus cuarteles de invierno.—Napoleon se instala en Osterodote, en una especie de granja, y emplea el invierno en alimentar su ejército, llenar las bajas con reclutas, gobernar el imperio y contener á la Europa.—Tranquilidad de ánimo, é increíble variedad de cosas en que se ocupa Napoleon durante su residencia en Osterode y Finkenstein.

En un mes derribó Napoleon la monarquia prusiana, destruyó sus ejércitos, y conquistó la mayor parte de su territorio, quedando únicamente al rey Federico Guillermo una provincia y veinte y cinco mil hombres. Es verdad que llamados los rusos por la corte, la cual se habia refugiado en Königsberg, acudian con la celeridad que permitian la distancia, la estacion y la impericia de un gobierno semi-bárbaro; pero ya hemos dicho lo que hicieron en Austerlitz, y á pesar de su valor, no podia esperarse de ellos, que cambiaran los destinos de la guerra. Los gabinetes y la aristocracia de Europa estaban sumamente conternados, y los pueblos vencidos, vacilando entre el patriotismo y la admiracion, no podian menos que conocer que Napoleon era hijo de la revolucion francesa, propagador de sus ideas, y glorioso aplicador de la igualdad, que es la mas popular de todas ellas. La prueba de lo que para él valia esta igualdad, la tenían en nuestros generales, á quienes ya no se conocia con los nombres de Berthier, Murat ó Bernadotte, sino con los títulos de príncipe de Neufchatel, gran duque de Berg, y príncipe de Puente-Corvo. Por lo demas, trataban de

averiguar porque habíamos conseguido triunfos tan brillantes contra el ejército prusiano, y lo atribuían, no solo á nuestro valor, no solo á la experiencia que teníamos de la guerra, sino á los principios sobre que descansaba la nueva sociedad francesa, explicando el ardor increíble de nuestros soldados por la extraordinaria ambicion que habían sabido escitar en ellos, abriendo ante sus ojos una carrera inmensa, en que podia entrar un aldeano como los Sforce, para salir siendo mariscal, principe, rey y hasta emperador. Es verdad que esta última papeleta había entrado solo una vez en la urna de la fortuna; pero sino había mas que un emperador, que debió el imperio á su prodigioso genio, ¿cuántos duques ó principes no se conocian entonces, cuya superioridad sobre sus compañeros no era para desesperar á nadie?

Las cartas que se interceptaron de oficiales prusianos estaban llenas de reflexiones muy estrañas acerca de esto, habiendo uno que decia á su familia lo siguiente: «Si solo nos valiéramos de nuestros brazos en la lucha contra los franceses, no tardaríamos en vencerlos, porque son de escasa talla, raquíticos, y un alemán seria capaz de batirse con cuatro; pero así que entran en fuego se convierten en unos seres sobrenaturales, impulsados por un ardor inesplicable, de que no se vé el menor vislumbre en nuestros soldados... ¿Qué quereis hacer con campesinos, guiados en las batallas por nobles, de cuyos riesgos participan, sin participar nunca ni de sus pasiones ni de sus recompensas? (1)»

(1) Referimos aquí fielmente el sentido de una porcion de

Véase, pues, como hasta los mismos vencidos, glorificaban los principios de nuestra revolucion, al mismo tiempo que elogiaban nuestro denuedo. Y efectivamente, el rey de Prusia, que se había refugiado á los confines de su reino, preparaba una orden para introducir la igualdad en las filas de su ejército, y borrar todas las distinciones de clase y de nacimiento; ejemplo singular de la propagacion de las ideas liberales, llevadas á las estremidades de Europa por un conquistador, á quien algunos representan como el gigante que queria sofocar esas ideas. Es verdad que comprimió algunas, pero las mas sociales de ellas, adelantaban en pos suyo tanto como su gloria.

Inclinado siempre Napoleon á dar á las cosas el brillo que adornaba su imaginacion; Napoleon, decimos, que al dia siguiente de la batalla de Austerlitz, formó el proyecto de levantar la columna de la plaza de Vandoma, el arco triunfal de la Estrella, y la gran calle Imperial, decretó en medio de la Prusia que acababa de conquistar, la ereccion de un monumento, que despues se ha convertido en uno de los mayores que hay en la capital; hablamos del templo de la Magdalena.

En el terreno que hoy ocupa dicho templo, y que forma con la plaza de la Concordia un conjunto tan magnífico, debia construirse la nueva Bolsa; pero á Napoleon le pareció aquel sitio sobrado bello para que en él se levantase un templo á la riqueza, y resolvió levantarlo á la gloria. Deseñó, pues, se buscase otro barrio en que poder

cartas originales, que se conservan en el Louvre, entre otros muchos escritos de Napoleon.

situar la Bolsa, y que en uno de los cuatro puntos que se descubren desde la plaza de la Concordia, se erigiese un monumento consagrado á la gloria de nuestras armas, y en cuyo frontispicio se pusiese la siguiente inscripcion: EL EMPERADOR NAPOLEON A LOS SOLDADOS DEL EJERCITO GRANDE. En tablas de mármol, debian ponerse los nombres de los oficiales y soldados que habian tomado parte en los grandes sucesos de Ulm, Austerlitz y Jena, y en otras de oro el de los que murieron en aquellas batallas, formando bajos relieves que representasen en un mismo grupo, los oficiales superiores y generales. A los mariscales que mandaban cuerpos de ejército, se les concedió la gloria de colocar sus estatuas en aquel edificio; las banderas cogidas al enemigo debian colgarse en las bóvedas; y por último, Napoleon decidió que todos los años se celebrase el día 2 de diciembre, en loor de las virtudes guerreras, una funcion de carácter antiguo, como debia ser el monumento. Para ello mandó se celebrase una especie de certamen, reservándose la facultad de escoger entre los proyectos que se presentasen el que le pareciese mas conveniente; pero determinó de antemano el estilo de arquitectura que queria se diese al nuevo edificio, diciendo que lo que deseaba era un templo de forma griega ó romana. «Iglesias sí tenemos (así escribió al ministro del Interior), pero no un templo que se parezca al Partenon, y necesitamos uno de ese género en Paris.» En Francia gustaban entonces las artes de Grecia, como hace poco las de la edad media, de suerte que un monumento parecido al Partenon era un regalo enteramente nuevo para la capital. Convertido en el

dia aquel templo griego en una iglesia cristiana (lo cual no hay motivos para sentir), forma contraste con el nuevo destino que se la ha dado, y con las artes de la época actual; pero está visto que nuestros gustos, pasiones é ideas pasan tan pronto como los caprichos de esa fortuna que ha dedicado ese edificio á un uso tan diferente del que se le dió al principio. Sin embargo, ocupa magestuosamente el sitio que se le señaló, y el pueblo no ha olvidado que ese templo debia ser el de la gloria (1).

(1) He aquí algunas cartas de Napoleon, relativas á este asunto, y que nos parecen dignas de ser leidas.

*Al ministro de lo Interior.*

Posen, 6 de diciembre de 1806.

La literatura necesita que se la anime, y puesto que este ramo está á vuestro cargo, debeis proponerme algunos medios para que las bellas letras salgan de la postracion en que yacen, é ilustren á la nacion, como ha sucedido en todos tiempos.

Ya habreis recibido el decreto que he dado acerca del monumento de la Magdalena, y el que se refiere al establecimiento de la Bolsa en aquel sitio. Sin embargo, es necesario que en Paris tengamos una bolsa, y mi intencion es construir una que corresponda á la grandeza de la capital, y á los muchos negocios que algun dia se harán en ella. Preponedme, pues, un local conveniente, advirtiendo que debe ser espacioso, á fin de formar paseos en los alrededores, y que quiero ser en un recinto aislado.

Al señalar un fondo de tres millones para construir el monumento de la Magdalena, y el que se refiere al establecimiento de la Bolsa en aquel sitio. Sin embargo, es necesario que en Paris tengamos una bolsa, y mi intencion es construir una que corresponda á la grandeza de la capital, y á los muchos negocios que algun dia se harán en ella. Preponedme, pues, un local conveniente, advirtiendo que debe ser espacioso, á fin de formar paseos en los alrededores, y que quiero ser en un recinto aislado.

Biblioteca popular.

T. VII. 45

Los hombres adúladores de aquel tiempo, conociendo las flaquezas de Napoleón, y aun exagerándolas hasta igualarlas con su propia bajeza, le

numento de la Magdalena, solo he querido hablar del edificio y no de los adornos, para cuyo costo dedicaré con el tiempo una cantidad mayor. Deseo antes que nada se ajusten las canteras de las cercanías, á fin de hacer una gran plaza redonda en medio de la cual se alce el monumento, y en cuyo derredor mandaré edificar casas arregladas á un plan uniforme.

Creo que no hay inconveniente en que el puente de la Escuela militar se llame *punto de Jena*. Proponedme además un decreto mandando poner á las calles nuevas el nombre de los generales y coroneles que han muerto en esa batalla.

NAPOLÉON.

*Al ministro de lo Interior.*

Finkenstein, 50 de mayo de 1807.

Después de examinar con atención los diferentes planos del monumento dedicado al ejército grande, no he dudado un momento en preferir el de Mr. Vignon, porque es el único que llena mis intenciones. Yo pedía un templo y no una iglesia, ¿pues cómo rivalizar con las de Santa Genoveva, Nuestra Señora, y sobre todo con San Pedro de Roma? El proyecto de Mr. Vignon reúne á muchas otras ventajas, la de estar aun mas en relacion con el palacio del Cuerpo legislativo, y no eclipsará las Tullerías.

Nada quiero que sea de madera; ya he dicho que los espectadores deben colocarse en gradas de mármol que formen anfiteatros destinados para el público... Nada de lo que contenga ese templo debe ser transitorio y movedizo, sino por el contrario, estar fijo en su respectivo sitio. Si fuera posible colocar á la entrada del templo el Nilo y el Tiber, que han sido traidos de Roma, esto seria de muy buen efecto. Es preciso, pues, que Mr.

propusieron mudase el nombre revolucionario de PLAZA DE LA CONCORDIA, en otro mas monárquico, tomado de la monarquía imperial; pero contestó á Mr.

Vignon procuro hacer de modo que entre en su plan definitivo asi como el colocar en lo exterior unas estatuas ecuestres, pues lo que es dentro estarian muy mal. Es preciso tambien designar el sitio en que se ha de poner la armadura de Francisco I cogida en Viena y la cuádriga de Berlio.

Para ese templo no se necesita madera, sino hierro y granito: no faltará quien diga que las columnas que hoy tiene no son de piedra; pero esta objecion nada vale, puesto que con el tiempo pueden renovarse esas columnas sin detrimento del edificio. Sin embargo, si de usar el granito, ha de resultar el gastar mucho tiempo y dinero, será preciso renunciar á él, porque es condicion principal del proyecto, que se ejecute en tres ó cuatro años, y todo lo mas en cinco. Ese monumento depende en cierto modo de la política, y por lo mismo pertenece al número de los que deben levantarse pronto; pero conviene no obstante buscar granito para otros monumentos que mandaré construir, y que por su indole particular, nada importa que se hagan en treinta, cuarenta y aun cincuenta años.

Supongo que todas las obras interiores de escultura serán de mármol, y que no me vendrán con trabajos propios para salones y para los comedores de las espesas de los banqueros de París. Todo lo que es frívolo carece de sencillez y nobleza; todo lo que dure poco tiempo no debe emplearse en ese monumento, y repito que ahí no se necesita ninguna especie de muebles, ni aun cortinas siquiera.

En cuanto al proyecto que ha alcanzando el premio, como llena mi objeto, ha sido el primero que he dejado á un lado. Es verdad que senté por base debía conservarse la parte del edificio de la Magdalena que hoy existe; pero esta espression contiene una elipse, debiéndose entender se conservara lo que se pudiera, porque de otro modo no se necesitaba programa, y todo estaba reducido á seguir el plan primitivo. Mi intencion no era tener una iglesia, sino un templo, y no queria ni que se arrasase todo ni que todo se conservase. Si estas dos proposiciones fueren in-

de Champagny por escrito las siguientes breves palabras: «Es preciso dejar á la plaza de la Concordia el nombre que tiene. ¡LA CONCORDIA! he aquí lo que hace que Francia sea invencible.» (En enero de 1807). Pero aun no tenia nombre un magnífico puente de piedra, mandado construir hacia poco en el Sena, frente porfrente á la Escuela militar, y Napoleon quiso que se le pusiese el de Jena, nombre que ha conservado, y que mas tarde hubiera podido ser fatal para él, si Luis XVIII no lo hubiese salvado en 1814 de la rabia brutal de los prusianos, hecho que honra á aquel monarca.

El cuidado que Napoleon ponía, desde el seno de las capitales conquistadas, en levantar monumentos artísticos, no era un pensamiento accesorio, comparado con otros mas vastos en cuya realizacion se ocupaba, pues así como el glorioso suceso de Austerlitz, le inspiró un sentimiento excesivo de sus fuerzas estimulando mas y mas su gigantesca ambicion, el de Jena colmó la medida

compatibles, á saber, hacer un templo y conservar lo que hay construido en la Magdalena, era una cosa muy sencilla fijarse en la definicion de templo, y cualquiera habria conocido que yo entendia por templo un monumento como los que habia antiguamente en Atenas, y no hay en Paris. Lo que hay en Paris son muchas iglesias, ni mas ni menos que en todas las aldeas. De seguro no hubiera, pues, llevado á mal que los arquitectos hubiesen hecho la observacion de que era una cosa contradictoria querer tener un templo y abrigar la intencion de conservar las obras hechas para una iglesia. Lo primero era la idea principal, y lo segundo una idea accesorio; de suerte que solo Mr. Vignon ha adivinado lo que queria...

NAPOLÉON.

de su confianza y sus deseos. Habiendo como habia destruido tan completamente y tan pronto la potencia militar que mas apreciaba Europa, todo lo creyó posible, todo lo ambicionó; y como á fin de rebajar el mérito de sus anteriores triunfos, habian estado sus enemigos repitiendo sin cesar que el ejército prusiano era el único que debia inspirar temor, el único difícil de vencer, tomó aquello al pie de la letra, y viendo que en un mes lo habia vencido, ó por mejor decir aniquilado, no halló límites á que no pudiera llegar su poderio, ni término á que no alcanzase sus deseos. Se figuró que la Europa era un campo que no tenia dueños y en que él podria edificar cuanto quisiese, cuanto le pareciera grande, acertado, útil y brillante. ¿Y quién se habia de atrever á oponerse á sus intentos, si desarmada Austria con sola una maniobra, esto es la de Ulm, temblaba de miedo, estaba agoviada de cansancio, y era incapaz de volver á tomar las armas; si, aunque los rusos pasaban por valientes, habian tenido que huir desde Munich hasta Olmütz, con la espada del enemigo encima; si, detenidos un instante en Hollabrunn y Austerlitz, sufrieron espantosas derrotas; y por último, cuando la monarquia prusiana acababa de ser destruida en quince dias. ¿Qué obstáculo, repetimos, podia entrever Napoleon, que fuese bastante á contener sus proyectos? Los restos del ejército ruso, reunidos en el Norte con veinte y cinco mil prusianos, no ofrecian un peligro capaz de aterrar á nadie, y así Napoleon escribió lo siguiente al archicanciller Cambaceres: «Todo esto es un juego de chiquillos, y es preciso ponerle término; lo que es esta vez voy á hacer de

modo que no me quede un enemigo. Decidióse, pues, á dar á la guerra tal estension, que arrancara la paz á todas las potencias, pero una paz tan brillante como duradera; mas lo difícil no era arrancarla á las córtes del continente, sino á Inglaterra, que defendida por el Océano, habia escapado al yugo de que la Europa se veia amenazada. Napoleon decia allá para sí que dominaria el mar por medio de la tierra, y que si los ingleses querian cerrarle el Océano, él les cerraria el continente, en cuyo pensamiento se confirmó mas y mas asi que llegó al Elba y el Oder. Convertida para él en sistema esta idea, escribió á su hermano Luis, que se hallaba en Holanda, estas palabras: *voy á conquistar las colonias por tierra; y en la fermentacion de espíritu que en él produjo el éxito extraordinario de la guerra de Prusia, formó los pensamientos mas gigantescos que concibió durante toda su vida. En primer lugar se propuso conservar en depósito cuanto habia conquistado é iba á conquistar todavía, hasta que Inglaterra restituyese á Francia, Holanda y España, las colonias que les habia arrebatado; y como las potencias continentales solo eran en el fondo unos auxiliares pagados por Inglaterra, resolvió hacerlas responsables mancomunadamente de la política británica, y sentar como principio esencial de negociacion, que no devolveria á ninguna de ellas nada de cuanto habia adquirido, mientras Inglaterra no devolviese sus conquistas marítimas en todo ó en parte. Había á la sazón en Charlottenburgo dos plenipotenciarios prusianos, esto es MM. de Lucchesini y Zastrow, y Napoleon les dijo por conducto de Duroc, quien*

seguia siendo amigo de la corte de Berlin, que no pensasen en la paz, mientras Inglaterra no tuviese miras mas moderadas, y que Prusia y Alemania permanecieran bajo su dominio en prenda de lo que Inglaterra habia hurtado á las potencias marítimas; pero que en cambio de una tregua, estaba dispuesto á conceder otra, siempre que le entregasen sin detencion la linea en que queria invernar, esto es la del Vistula, que se proponia fuese el punto de partida de sus operaciones. En consecuencia pidió le dejasen al momento las plazas de Silesia, tales como Breslau, Glogau, Schweidnitz y Glatz, y todas las del Vistula, como eran Dantzig, Graudenz, Thorn y Varsovia, diciendo que si no se las entregaban, no tardaria muchos dias en conquistarlas.

Para realizar el intento de VENCER EL MAR POR TIERRA, privando á la Gran Bretaña de todos sus aliados, y cerrándole todos los puertos del continente, lo primero que debia hacerse era impedir sin dilacion alguna que pudiera penetrar en las vastas playas que ocupaban los ejércitos franceses; y ya Napoleon habia cerrado por sí mismo ó por medio de Prusia, las bocas del Ems, el Weser y el Elba. Esto era aplicar allí de un modo natural y legitimo el derecho de conquista, porque esta confiere todos los de soberanía, y especialmente el de cerrar los puertos, ó interceptar los caminos del pais conquistado, sin que pueda tenerse semejante vigor por una violacion del derecho de gentes, egerzase contra quien se egerza. Empero el prohibir la entrada en el Ems, el Elba y en Weser, era una medida insuficientísima para conseguir el objeto que se proponia Napoleon, pues por mucha

vigilancia que hubiese en las costas, se introducian de contrabando las mercancías inglesas, no solo en Hannover, sino en Holanda, cuyo gobierno estaba bajo nuestra influencia directa, y en Bélgica, que se había convertido en provincia francesa. Por otra parte, cerrados el Ems, el Weser y el Elba, entraban aquellas mercancías por el Oder y el Vistula, para bajar en seguida del Norte al Mediodía. Es verdad que se encarecian mucho; pero como los ingleses necesitaban deshacerse de ellas, las daban a un precio que compensaba los gastos de contrabando con los de transporte, siendo necesario por lo mismo valerse de medios mas rigurosos contra las mercancías inglesas, y Napoleón no era hombre que dejara de acudir á ellos.

La misma Inglaterra acababa de autorizar toda clase de escesos contra su comercio, tomando una medida extraordinaria, lo mas atentatoria que se puede imaginar contra el derecho de gentes mas admitido, y á que se ha dado el nombre de *bloqueo por escrito*. Muchas veces hemos dicho es un principio reconocido por la mayor parte de las naciones marítimas, que todo pais neutral, es decir, cualquier pabellon extraño á la guerra trabada entre dos naciones, tiene derecho para navegar de un puerto á otro, y trasportar cualquier mercancía, aunque sea del enemigo, esceptuando el contrabando de guerra, que consiste en armas, municiones y víveres dispuestos para uso de los ejércitos. Pero si, al poner restricciones á la libertad de navegar, no se atiende á este limite seguro de la presencia de una fuerza efectiva, tampoco hay razon para que no recaiga el derecho de interdiccion sobre todas las costas del globo, so pretes-

to de bloqueo. Ya la Inglaterra había procurado traspasar los limites del bloqueo real y efectivo, sosteniendo que con algunos buques, insuficientes por su número para cerrar las avenidas de una plaza marítima, tenia derecho para declarar el bloqueo; pero al fin convino en que se necesitaba que delante del puerto bloqueado hubiese alguna fuerza, sea cual fuere. Ahora no se atenia á ese limite tan vago ya, y cuando su rompimiento momentáneo con Prusia, á que dió motivo la toma de posesion del Hannover, se atrevió á prohibir á los buques neutrales toda clase de comercio con las costas de Francia y Alemania, desde Brest hasta las bocas del Elba. Esto era abusar de la fuerza hasta el último punto, y desde ese momento bastaba un simple decreto británico para imponer derecho de interdiccion á cualquier parte del globo que se le antojase á Inglaterra dejar sin comercio.

Aquella increíble infraccion del derecho comun, suministraba á Napoleón un pretexto justo para tomar contra el comercio inglés las medidas mas rigurosas; y así se le ocurrió dar un decreto terrible, que, por mucha demasia que se le encuentre, era en justa represalia de las violencias á que se entregaba Inglaterra, y tenia además la ventaja de corresponder perfectamente á las miras que acababa de concebir. Dicho decreto, dado en Berlin el dia 21 de noviembre, y que no solo era aplicable á Francia, sino á los paises ocupados por sus ejércitos, ó aliados suyos, es decir á Holanda, España, Italia, y toda la Alemania, declaraba á las Islas Británicas en estado de *bloqueo*, siendo las consecuencias de ese estado las que siguen:

Se prohibia de un modo absoluto todo comercio con Inglaterra.

Todas las mercancías procedentes de las fábricas ó colonias inglesas, debian ser confiscadas, no solo en la costa sino en lo interior, en los almacenes donde estuviesen depositadas.

Todas las cartas que fuesen á Inglaterra ó viniieran de aquella nacion, dirigidas á un inglés ó escritas en este idioma, debian ser detenidas en las oficinas de correos, y rotas.

Cualquier inglés que se cogiese en Francia ó en los países sometidos á sus armas, era declarado prisionero de guerra.

A todo buque, con solo que hubiese tocado en las colonias inglesas, ó en un puerto de los tres reinos, le estaba prohibido abordar á los puertos franceses ó sometidos á Francia, y si declaraba en falso acerca de esto, se le tenia por de buena presa.

La mitad de lo que produjesen las confiscaciones se destinaba para indemnizar á los comerciantes franceses ó aliados, que hubiesen sufrido despojos por parte de la Inglaterra.

Y por último, los ingleses que cayeran en nuestro poder, debian servir para ser cangeados por los franceses ó aliados, prisioneros de guerra.

A esto se reducian esas medidas, que no hubieran podido disculparse, si la Inglaterra no hubiese tenido cuidado de justificarlas de antemano con sus propios excesos. Bien conocia Napoleon lo rigurosas que eran; pero á fin de hacer que Inglaterra abandonase la conducta tiránica que egercia en el mar, él se mostraba en tierra tan tirano como ella: además, queria intimidar á los agentes del

comercio inglés, y principalmente á los comerciantes de las ciudades anseáticas, que se burlaban de las órdenes dadas en el Elba y el Weser, introduciendo géneros prohibidos en todo el continente. La amenaza de confiscacion, amenaza que no tardó en llevar á cabo, debia hacerles temblar, y sino cerrar, á lo menos angostar, y mucho, los boquetes por donde entraban las mercancías inglesas de un modo subreicio.

Napoleon se decia á sí mismo que todas las naciones comerciales estaban interesadas en la resistencia que él oponia á las inciertas pretensiones de Inglaterra, y de aqui deducia que debian resignarse á sufrir los inconvenientes que resultaban de una lucha necesaria ya. Por otra parte, creia que estos inconvenientes pesaban mas que nadie sobre especuladores de Hamburgo, Brema, Leipsick y Amsterdam, que eran unos contrabandistas de profesion, y semejantes hombres no merecian la pena de que por ellos fuese á reducir sus medios de represalia.

Inmenso fué el efecto que en la opinion de Europa causó ese decreto: unos vieron en él un exceso de despotismo repugnante, otros el sello de una politica profunda, y todos una medida extraordinaria que guardaba proporeion con la lucha gigantesca que sostenian entre sí Francia é Inglaterra, ésta llevando su osadia hasta querer apoderarse del mar, que hasta entonces habia sido el camino comun de todas las naciones, para impedir toda clase de comercio á sus enemigos, y aquella queriendo ocupar á mano armada todo el continente, para cerrar el del mar. El espectáculo que en aquel momento estaban dando las dos naciones

mas grandes del mundo, cuyas pasiones habian roto todos los diques, era una cosa nunca vista por las generaciones pasadas.

Apenas se firmó aquel decreto, concebido y extendido por Napoleon, sin que tuviera parte en él Mr. de Talleyrand, espidiéronse correos extraordinarios para los gobiernos de Holanda, España é Italia, mandando á unos é intimando á otros, que inmediatamente le diesen cumplimiento. Además, el mariscal Mortier, que ya habia invadido á Hesse, recibió el encargo de dirigirse inmediatamente hácia las ciudades anseáticas, esto es hácia Brema, Hamburgo y Lubeck, y de apoderarse no solo de ellas, sino de los puertos de Mecklemburgo y la Pomerania sueca, hasta las orillas del Oder. Mandósele tambien que ocupase los ricos depósitos de las ciudades anseáticas, recogiese los géneros de origen británico, arrestase á los comerciantes ingleses, é hiciese todo esto con puntualidad, exactitud y probidad, debiendo nosotros añadir, que Napoleon dió esta comision á Mortier mejor que á ningún otro, porque esperaba la desempeñaria con tanto rigor como integridad. Prevínosele igualmente llevase consigo á Alemania cierto número de marinos sacados de la escuadrilla de Boloña, hiciera que cruzaran embarcados, por delante del embocadero del Elba y el Weser, colocaran artillería en todos los puntos por donde pudiera pasarse, y echáran á pique á todo buque sospechoso que tratase de forzar el bloqueo.

Tal fué el *bloqueo continental*, con que contestó Napoleon al *bloqueo por escrito*, que á los ingleses se les ocurrió declarar.

Sin embargo, para que el continente se some-

tiera á la política de Napoleon, era preciso que éste diese mas estension á la guerra, pues aunque hacia seis meses que Austria estuvo bajo su férula, y podia volver á estarlo así que quisiese; aunque Prusia lo estaba en la actualidad, Rusia, rechazada siempre que habia aparecido en las regiones de Occidente, se libertaba no obstante de sus golpes, retirándose mas allá del Vistula, y el Niemen. Y como era el único aliado que quedaba á Inglaterra, era preciso derrotarla, como lo habian sido Austria y Prusia, para realizar en toda su estension la política que tendia á VENCER EL MAR POR MEDIO DE LA TIERRA. Napoleon estaba, pues, decidido á subir hácia el Norte, y correr al encuentro de los rusos, por medio de las campiñas de Polonia, dispuestas á insurreccionarse así que se presentase en ellas. Hasta entonces no habia habido ningún guerrero que, saliendo del Rhin, llegase al Vistula, y mucho menos al Niemen; pero el que habia visto ondear la bandera tricolor en las orillas del Adige, el Nilo, el Jordan, el Po, el Danubio y el Elba, podia y debia ejecutar aquella marcha atrevida. Sin embargo, de ir él á las regiones del Norte, iba á suscitarse una cuestion europea de inmenso bulto, cual era el restablecimiento de la Polonia; porque habiendo como habian estado diciendo siempre los polacos que Francia era amiga suya, pero estaba demasiado lejos para ir á favorecerlos, si Francia se acercaba á Polonia hasta llegar al Oder, ¿no debia ésta concebir fundadas esperanzas de que habia llegado para ella el dia de la reparacion, y pensar Francia con madurez en si debia ó no realizar esas esperanzas? Aquellos desventurados polacos,

tan ligeros en el obrar como serios en sus sentimientos, prorumpian en gritos de entusiasmo al saber nuestras victorias, y á Berlin habia acudido una multitud de emisarios, que suplicaban á Napoleon se dirigiese hácia el Vistula, prometiéndole sus bienes, sus brazos y sus vidas, para ayudarle á reconstituir la Polonia. Aquel proyecto, tan seductor, tan generoso, tan político si hubiera sido mas practicable, era una de esas empresas de que debia prendarse en aquel momento la imaginacion exaltada de Napoleon, y uno de esos espectáculos magníficos que convenia á su grandeza dar al mundo. Es verdad que si se trasladaba á Polonia, añadía á las dificultades de la guerra actual, una mucho mas grave que todas, esto es, la distancia y el clima; pero tambien quitaba á Prusia y Rusia los recursos que sacaban de las provincias polacas, recursos considerables tanto en hombres como en géneros alimenticios; minaba por su base el poderío ruso, trataba de hacer á Europa el servicio mas importante que hasta el día se le ha hecho; y añadía nuevas prendas á las de que ya estaba provisto, y debian servirle para conseguir que Inglaterra restituyese puntos marítimos en cambio de otros continentales. Los vastos países situados en el camino que va del Rhin al Vistula, que son una causa de debilidad para un general ordinario, iban á ser para el mayor de los capitanes un manantial abundante de las cosas que se necesitan en la guerra; pues iba á sacar de ellos, gracias á un gobierno hábil, víveres, municiones, armas, caballos y dinero. En cuanto al clima, tan temible en aquellas regiones en noviembre y diciembre, no hay duda en que lo tenia

en cuenta, pero estaba resuelto en aquella campaña á detenerse en el Vistula. Si se lo entregaban de resultas de la tregua que le proponian, tenia el proyecto de situarse en él; y si por el contrario, se lo negaban, queria conquistarlo con solo andar algunas jornadas, para que sus tropas estuviesen allí acampadas durante el invierno, poder sustentarlas con el trigo de Polonia, calentarla con la madera de sus bosques, y llenar las bajas con nuevos soldados procedentes del Rhin, saliendo del Vistula en la primavera siguiente, para penetrar en el Norte, hasta donde no se habia atrevido á llegar nadie.

Escitado por el buen éxito, arrastrado por su génio y por la fortuna á pensar en cosas que no habia alcanzado aun ningun gefe de un imperio ó de un ejército, no vaciló un instante sobre el partido que debia tomar, y todo lo dispuso para avanzar hácia Polonia. Ya al tiempo de pasar el Rhin, entró en sus designios la idea de una marcha atrevida hácia el Norte, pero de un modo vago: en Berlin, y despues de los triunfos tan rápidos como notables que alcanzó contra Prusia, fué cuando formó sobre aquellos un proyecto sério.

En todo esto habia sin embargo, además de los peligros inherentes á la misma empresa, un riesgo particular que Napoleon conocia muy bien, la impresion que causaria á Austria, nacion que si bien vencida, y vencida hasta no poder levantarse, podia sin embargo intentar aprovecharse de la ocasion para caer sobre nosotros por la espalda.

La conducta que á la sazón observaba aquella corte, era para inspirar mas de un temor, pues

habiéndole hecho Napoleón ofertas de alianza de resultas de las conferencias que tuvo con el duque de Wurtzburgo, contestó con fingidas demostraciones de benevolencia, fingiendo al principio que no comprendía los pasos preliminares de nuestro embajador, y cuando nos esplicamos de un modo más claro, alegó que si se unía demasiado estrechamente con Francia, se atraería un rompimiento con Rusia y Prusia, y que cuando salía de una larga lucha, empezada tres veces en el espacio de quince años, no se sentía capaz de pelear en pro ni en contra de ninguna potencia.

A estas palabras evasivas acababa de añadir hechos más significativos, reuniendo en Bohemia sesenta mil hombres, que al principio situó á lo largo de Baviera y Sajonia, pero que en la actualidad marchaban hacia Gallitzia, siguiendo en cierto modo detrás de sus fronteras el movimiento de los ejércitos beligerantes. Además de aquellos sesenta mil hombres, dirigió nuevas tropas hacia Polonia, y formaba con suma actividad almacenes en Bohemia y Gallitzia; y cuando le preguntaban acerca de aquellos armamentos, respondía con razones triviales, sacadas de su seguridad personal, diciendo que espuesta como estaba por todos lados á sufrir el contacto de ejércitos enemigos que se hacían la guerra, no debía permitir que ninguno de ellos violase su territorio, y que las medidas de que le pedían cuenta eran puramente de precaución.

No era hombre Napoleón que se dejase enganar por un lenguaje tan poco sincero. Como necesitaba una alianza, desde que perdió la de Prusia, pensó un momento en la corte de Viena; pero

ahora conocía fácilmente que la potencia á quien acabábamos de quitar en quince años los Países Bajos, Suabia, el Milanesado, los Estados Venecianos, Toscana, el Tyrol, Dalmacia, y en fin, la corona germánica, solo podía ser para nosotros una enemiga irreconciliable, que disimulaba por política sus profundos resentimientos, pero que estaba dispuesta á dejarse llevar de ellos en la primera ocasión que se presentase. Demasiado penetraba que los temores del Austria eran fingidos, porque ninguna de las partes beligerantes tenía interés en provocarla violando su territorio, y sabía que si armaba gente, solo podía ser con el pérfido intento de caer por la espalda sobre el ejército francés. No dando, pues, más importancia de la que tenía, á la palabra de caballero y de soberano que Francisco II empeñó en el campamento de Urchitz, de no volver á pelear contra Francia, pensaba no obstante que si el príncipe de quien vamos hablando se acordaba de aquella palabra dada solemnemente, debía encontrarse apurado para buscar un pretexto especioso de faltar á ella, y formó dos resoluciones después de reflexionarlo bien: se reducía la primera á no dar á Austria el menor motivo para que interviniese en la guerra actual, y la segunda á tomar precauciones, como si debiese intervenir indudablemente, pero tomarlas de un modo ostensible. Su lenguaje estaba de acuerdo con estas resoluciones, pues se quejó desde luego abiertamente de los armamentos que se hacían en Bohemia y Gallitzia, demostrando que comprendía su objeto, y en seguida anunció con igual franqueza las precauciones que se creía en el caso de tomar, y que eran

para desanimar al gabinete de Viena. Volvió á afirmar que no provocaría la guerra, pero que la haría con prontitud y firmeza, si tenían la imprudencia de emprenderla de nuevo; y declaró que por no querer dar el menor pretexto para un rompimiento, no se prestaría para nada á sublevar las provincias polacas que Austria poseía; que la sublevación de la Polonia prusiana y rusa, era un acto de hostilidad, que debía imputarse exclusivamente á los que habían querido la guerra; que conocía lo difícil que era contener á los polacos que dependían de Austria, cuando se agitaban los que dependían de Rusia y Prusia; pero que si en Viena pensaban acerca de esto lo mismo que él, y como él estaban convencidos del error de bulto que se había cometido en el siglo anterior, destruyendo una monarquía que era el baluarte de Occidente, ofrecía un medio muy sencillo de reparar aquel error, volviendo á constituir en reino á Polonia, y ofreciendo de antemano á la casa de Austria una buena indemnización por las provincias que tuviera que sacrificar. Aquella indemnización era la restitución de Silesia, arrebatada á Maria Teresa por Federico el Grande, que valía tanto como la Galliticia, y era una reparación brillante de los males y ultrages que el fundador de Prusia hizo sufrir á la casa de Austria.

En la situación en que se había colocado Napoleón, nada mejor calculado que semejante proposición, pues arrastrado por el curso de los sucesos á tener que destruir la obra del gran Federico, derribando á Prusia de su poderío, no podía hacer cosa mejor que destruir dicha obra completamente, devolviendo á Austria lo que Federico

le quitó, y recobrando lo que le dió. Por lo demás, ofreció este cambio sin pretensiones de querer que lo aceptasen á la fuerza, pues decía que semejante proposición, que en otro tiempo hubiera colmado de júbilo á Austria, despertaba los sentimientos que siempre había abrigado con respecto á Silesia, estaba pronto á darle esto un giro conveniente, y si no era preciso considerarla como no hecha, y se reservaba el derecho de obrar en la Polonia prusiana y rusa, según le aconsejasen los sucesos, obligándose únicamente á no emprender nada que pudiera atentar á los derechos de Austria. Aunque Napoleón tuvo muy buen cuidado de no dar á la corte de Viena motivos de queja, le repitió estaba enteramente preparado, y que si quería la guerra, no le cogería desprevenido. Además, á pesar de que estaba satisfecho de los servicios prestados por su embajador Mr. de la Rochefoncauld, dispuso que le remplazase en su destino el general Andreossy, que como militar, y muy conocedor de las cosas de Austria, podía observar con mejor golpe de vista la índole y estension de los preparativos que estaba haciendo aquella potencia.

En aquel momento tan extraordinario de su reinado, quiso Napoleón que el Oriente secundase los proyectos que tenía acerca del Occidente, pues Turquía se hallaba en un estado de crisis de que esperaba sacar provecho. Aquel desgraciado imperio, amenazado desde el reinado de Catalina hasta por sus amigos, que viendo sus provincias á punto de separarse del lazo común, se apresuraban á apoderarse de ellas por no dejarlas á sus rivales (la conducta que Francia observó en Egip-

to, lo atestigua), aquel desgraciado imperio, decimos, que unas veces se unia á Napoleon por instinto de mútuo interés, otras huía su amistad, por las intrigas de Inglaterra y Rusia, cuyas potencias explotaban cerca del divan el recuerdo de las Pirámides y de Aboukir. En paz con Francia en la época del Consulado, y frió con ella cuando se creó el imperio, imperio que no quiso reconocer, el sultan Selim, acabó despues de la batalla de Austerlitz, por unirse á nosotros intimamente, no solo concediendo á Napoleon el título de Padisha, que le negó al principio, sino enviando á París un embajador extraordinario, con el acta de reconocimiento, una carta dándole la enhorabuena, y algunos regalos. Al obrar de este modo el sultan Selim, se dejó llevar de las verdaderas inclinaciones de su corazón, que le arrastraban hácia Francia, á pesar de las intrigas que le asediaban, y cuya renovacion era una prueba del triste estado de decadencia en que se hallaba el imperio. Aquel príncipe, amable, dotado de talento, tan ilustrado como un europeo, y amante de la civilizacion de Occidente, no por capricho propio de un déspota, sino porque conocia perfectamente lo superior que era aquella civilizacion á la de Oriente, mantuvo allá en su juventud, cuando sumido en la muelle obscuridad del serrallo, conferenciaba á menudo con Mr. Ruffin, correspondencia secreta con Luis XVI, y así que subió al trono, como conservaba la preferencia con que miraba á Francia, era para él una fortuna que esta alcanzase victorias, para tener una razon decisiva de entregarse á ella. Los rusos é ingleses querian combatir aquella inclinacion, aunque

fuese á mano armada, y se les presentaba una ocasion de poder probar la influencia que tenian en Constantinopla, cual era la eleccion que habia que hacer de dos hospodares, uno para Valaquia y otro para Moldavia. Ipsilanti y Maruzzi, que desempeñaban aquel destino, eran adictos á Inglaterra, á Rusia, á cualquiera que desease la ruina del imperio turco, como únicos precursores que eran de la revolucion griega, y se mostraban en el desempeño de su empleo cómplices declarados de los enemigos de la Puerta, habiendo llegado las cosas á tal punto, que esta se vió obligada á separar á unos agentes infieles y peligrosos. Inmediatamente que lo supo Rusia, envió hácia el Duíester al general Michelson, con un ejército de sesenta mil hombres, é Inglaterra dirigió una escuadra á los Dardanelos, para exigir por medio de esta reunion de fuerzas que los mencionados hospodares fuesen repuestos. El jóven emperador Alejandro, que solo se habia presentado en la escena del mundo para sufrir la memorable derrota de Austerlitz, se decia á si mismo que en medio de la sangrienta refriega que sostenian entre sí todas las naciones europeas, era preciso aprovecharse de las circunstancias para avanzar hácia Turquía, y que, cualesquiera que fuesen las probabilidades de triunfo entre el Rhin y el Niemen, quizá le dejarian lo que tomase en Oriente, en compensacion de los que otros tomaran en Occidente. ®

Este cálculo no carecia de exactitud; pero teniendo como tenia á Napoleon sobre las armas, era obrar con poca prudencia privarse de sesenta mil hombres para enviarles hácia el Pruth, como lo

prueba lo alegre que Napoleon se puso cuando llegó á su noticia iba estallar rompimiento entre Rusia y la Puerta. Previendo esto, fué por lo que mostró tanto empeño en ocupar la Dalmacia, lo cual le permitia mantener un ejército en la frontera de Bosnia, y poder socorrer é inquietar facilmente á la Puerta, segun lo exigiese su política; por manera que al ver se acercaba la crisis, que deseaba mas y mas á medida que los sucesos tomaban un carácter de mayor gravedad, eligió por su embajador en Constantinopla á un militar, natural así como él de Córcega, y que á la experiencia que tenia de la guerra, juntaba extraordinaria sagacidad política. El sugeto de quien hablamos era el general Sebastiani, que ya habia tenido en Turquía una comision diplomática, comision que desempeñó perfectamente, y á quien Napoleon encargó al nombrarle embajador, que escitase á los turcos contra los rusos, é hiciese los mayores esfuerzos para ver de provocar en Oriente una guerra. Tambien le autorizó para que sacase de Dalmacia oficiales de artillería é ingenieros, municiones, y aun los veinte y cinco mil hombres que mandaba el general Marmont, si, reducida la Puerta al último extremo, deseaba contar con la presencia de un ejército francés, lo cual era fácil, pues así como la batalla de Austerlitz dió lugar á que Selim se uniese á Napoleon, podia la de Jena enardecerse hasta el punto de querer entrar en lucha. Napoleon escribió á aquel principe ofreciéndole una alianza ofensiva y defensiva, induciéndole á que se aprovechase de la ocasion que se le presentaba de sacar de su postracion la media luna, y anunciándole que

iba á hacer á los turcos el mayor servicio que podia hacérseles, y á reparar la mayor derrota que hasta entonces habian sufrido, procurando restaurar la Polonia. Como consecuencia de esto se mandó al general Marmont aprestase todos los socorros que le pidiesen de Constantinopla, y al general Sebastiani que no perdonase medio alguno para encender una conflagracion que se estendiese desde los Dardanelos hasta las bocas del Danubio, pues si los rusos y turcos venian á las manos, Napoleon conseguia dos objetos, dividir las fuerzas de los rusos, y sumir á Austria en un estado de horrible indecision. No hay duda en que Austria aborrecia á Francia, pero así que viesse que los turcos invadian las orillas del mar Negro, debia sentir una inquietud que daria otro giro á su odio.

Aquella inmensa reyerta, suscitada hacia quince años entre Europa y la revolucion francesa, iba á estenderse del Rhin al Vistula, desde Berlin hasta Constantinopla, y empeñado Napoleon en una lucha de vida ó muerte, adoptó medios proporcionados á la magnitud de sus designios. Lo primero que hizo fué sacar otra conscripcion: ya á fines de 1805 llamó á las armas la primera mitad de la conscripcion de 1806, y la segunda mitad al tiempo de entrar en Prusia, resolviendo hacer lo mismo con respecto á la conscripcion de 1807, y convocarla inmediatamente, aunque solo estábamos á fines de 1806, para que los jóvenes pertenecientes á ella tuviesen un año de instruccion, fuesen adquiriendo fuerzas y se acostumbrasen á las fatigas de la guerra. Con el espíritu que reinaba en los cuadros, aquello era

mas que suficiente para formar muy buenos soldados, además de que aquella conscripción debía proporcionar un notable aumento á las fuerzas efectivas del ejército, las cuales ascendían en 1805, cuando la salida de Bolonia, á cuatrocientos cincuenta mil hombres, subieron con la conscripción de 1806 á quinientos tres mil é iban á elevarse con la de 1807 á quinientos ochenta mil. Como durante la guerra estaba prohibido librarse, lo cual no sucedía en tiempo de paz, el ejército iba aumentándose con cada conscripción que se hacía, pues era preciso que el fuego enemigo ó las enfermedades disminuyesen el número efectivo de una cantidad de hombres proporcionada á la que entraba á servir. La campaña de Austria no nos costó arriba de veinte mil hombres; la de Prusia no nos habia costado aun ese número, y aunque es verdad que haciéndose como se iba haciendo la guerra cada vez á mayor distancia y en climas mas crudos, decaía la calidad de las tropas á medida que los soldados veteranos de la revolucion eran remplazados por bisoños reclutas, lo cual iba á causar mas pérdidas, aun eran poco importantes, y como el ejército se componia de soldados aguerridos, como se rejuvenecía mas bien que se debilitaba con el ingreso en los batallones de guerra de una porcion de conscriptos, habia llegado á un estado de perfeccion.

Napoleon escribió, pues, mandándole llamar á las armas el cupo de 1807, á Mr. de Lacuée, que corria entonces con el despacho de los negocios del ministerio de la Guerra, y era un empleado dotado de capacidad, adicto al emperador, y resuelto á vencer las dificultades de una tarea tan

ingrata, bajo un reinado que consumia tantos hombres. Aunque no era ministro de la Guerra, Napoleon se entendia con él, conociendo la necesidad que habia de dirigirle, sostenerle y escitarle con comunicaciones directas: y así le escribió diciéndole: «Por un mensaje que he pasado al Senado, vereis que llamo á las armas la conscripción de 1807, y que no quiero abandonar la lucha mientras no esté en paz con Inglaterra y Rusia. Por los estados veo que para el dia 15 de diciembre habrá marchado toda la conscripción de 1806.... No necesitais ordenes mias para distribuir esos hombres en los cuerpos... No he perdido gente, pero el proyecto que he formado es mas vasto que todos cuantos hasta hoy he concebido, y tengo por lo mismo que ponerme en situacion de poder hacer frente á todo lo que sobrevenga.» (Berlin 22 de noviembre de 1806. Archivo de la secretaria de Estado.)

Siguiendo Napoleon la costumbre que adoptó el año anterior, de reservar al Senado la facultad de votar el contingente, envió á dicho un mensaje, pidiendo la conscripción de 1807, y enterándole de la estension que habia dado á su politica, de resultas de haber destruido el poder de Prusia. En aquel mensaje, lleno de enérgicos pensamientos, espresados en estilo enérgico tambien, decia que hasta entonces se habian estado burlando los monarcas de Europa de la generosidad de Francia; que apenas quedaba vencida una coaliccion renacia otra; que á poco de haber disuelto la de 1805, tuvo que pelear contra la de 1806; que en lo sucesivo era preciso ser menos generosos; que mantendria en su poder los estados conquistados hasta

que se hiciese la paz en mar y en tierra; que olvidando Inglaterra todos los derechos de las naciones, se habia apropiado el de interdiccion comercial contra una parte del mundo, debiendo él castigarla del mismo modo, y llevar el rigor hasta donde lo permitiesen las circunstancias; y por último, que mas valia, supuesto que era preciso pelear, hacerlo á todo trance y no á medias, pues este era el modo de que la guerra se acabase mas pronto, haciéndose una paz general y duradera. Lo vigoroso del estilo daba mas fuerza á estos pensamientos, en que resaltaba el orgullo, la exasperacion y la confianza; y en seguida reclamaba medios adecuados á sus miras, medios que se reducian como acabamos de manifestar á la conscripcion de 1807, llamada á formar parte del ejército cuando aun no habia terminado el año de 1806.

Arriba hemos espuesto las precauciones que con tanta habilidad tomó Napoleon, en la hipótesis, ó de una guerra en el Norte que durase mucho tiempo, ó de un ataque imprevisto por cualquier parte de su vasto imperio. Los terceros batallones de los regimientos del ejército grande, que formaban depósito, se hallaban, como ya hemos visto, á lo largo del Rhin, bajo el mando del mariscal Kellermann, ó en el campamento de Bolonia á las órdenes del mariscal Brune; y completos ya con los conscriptos de 1806, debiendo no tardar en aumentarse con los de 1807, acostumbrados á los ejercicios y bien equipados, podian reunirse en caso necesario, á las órdenes del mariscal Kellermann, con el octavo cuerpo, que mandaba el mariscal Mortier, para cubrir la parte baja del Rhin, ó unirse bajo el mando del mariscal Brune, con el

rey de Holanda, para cubrir, ya la misma Holanda, ya las costas de Francia hasta el Sena. Los regimientos que no se hallaban ni en Alemania ni en Italia, reunidos en el interior de San Ló, Pontivy y Napoleonville, y formados en pequeños campamentos, estaban destinados á ir á Cherburgo, Brest, la Rochela ó Burdeos, y destacamentos de guardia nacional, pocos en número, pero bien escogidos, uno de los cuales estaba situado en San Omer, otro en el Sena inferior, y otro en las cercanías de Burdeos, debian concurrir á la defensa de los puntos amenazados, en union con algunos cuerpos que marcharian en posta á esos puntos á la primera señal de peligro.

El mismo sistema se adoptó, como ya hemos visto, con respecto al ejército de Italia, cuyos terceros batallones, que andaban esparcidos por la Italia alta, se ocupaban en instruir conscriptos, y al mismo tiempo guarnecian las plazas, mientras que los batallones de guerra se hallaban con los ejércitos activos en Nápoles, Frioul y Dalmacia.

Napoleon resolvió desde luego sacar de los depósitos los refuerzos que necesitaba el ejército grande, cubrir con la nueva conscripcion las bajas que en los mismos depósitos iban á resultar, y como estas bajas iban á ser cubiertas con exceso por el cupo de 1807, aprovecharse de la mayor parte para que los batallones de depósito tuvieran de mil á mil doscientos hombres, y los regimientos de caballeria, siete mil vivos y efectivos en lugar de quinientos. También resolvió aumentar la gente de que se componian las compañías de artilleros, viendo que el enemigo queria suplir la mala calidad de sus tropas con tener muchos ca-

ñones, pues si el número de plazas de los batallones de depósito ascendía á mil ó mil doscientos hombres, siempre se podía sacar de ellos, además de los que se necesitaban para reclutar el ejército activo, los trescientos ó cuatrocientos soldados mejor instruidos, para enviarlos á cualquier parte donde de pronto fuese necesario su presencia.

Napoleon habia hecho ya que saliesen de los depósitos unos doce mil hombres, los cuales fueron conducidos en gruesos destacamentos desde Alsacia á Franconia, y desde Franconia á Sajonia, para cubrir las bajas que la guerra causó en sus cuadros. Unos siete ú ocho mil acababan de llegar, y los cuatro ó cinco mil restantes estaban aun de marcha; pero con ese número no cubria enteramente la gente que habia perdido, mas bien de resultas de las fatigas que con el plomo ó el acero, y como siempre estaba pensando en lo lejos que iba á llevar la guerra, ideó un sistema muy profundo, para conducir los conscriptos desde el Rhin al Vistula de modo que no corriesen riesgo alguno durante tan largo tránsito, no se dispersasen en el camino, y prestasen servicios sin dejar de marchar á retaguardia del ejército. Los destacamentos sacados de cada batallion de depósito, debian formar una ó mas compañías segun el número de que se compusiesen, y estas compañías reunirse en batallones, así como estos en regimientos provisionales de mil doscientos á mil quinientos hombres, dándoseles en el camino oficiales tomados momentáneamente de los depósitos, y organizándolos como si fueran á formar regimientos definitivamente. Puestos en marcha con esta organizacion, y su equipo completo, tenian orden de irse deteniendo

en las plazas de nuestra línea de operaciones, ó lo que es lo mismo en Erfurt, Halle, Magdeburgo, Witemberg, Spandau, Custrin y Francfort sobre el Oder, descansar allí si es que lo necesitaban, dar la guarnicion, á ser esto preciso para nuestra seguridad por la espalda, y así que hiciesen alto dedicarse al ejercicio militar, para que no decayese la instruccion del soldado durante un viage que debia durar algunos meses. De este modo protegian la comunicacion del ejército con las referidas plazas, evitaban que se disminuyese dejando atras demasiadas guarniciones, y aumentaban su número efectivo antes de unirse á él.

Así que llegasen al teatro de la guerra, debian ser disueltos, enviando cada destacamento á su respectivo cuerpo, y regresando los oficiales en posta á sus depósitos para ir en busca de otros reclutas.

Igual organizacion se dió á la caballería, aunque tomó algunas precauciones particulares que exigia la indole de aquella arma.

Además, se mandó que en todas las plazas convertidas en grandes depósitos, tales como Wurtzburgo, Erfurt, Witemberg y Spandau, se reuniese, valiéndose de los recursos que ofrecia el pais, vestuarios, zapateros, armas y viveres en abundancia, á fin de que los comandantes de dichas plazas inspeccionasen el estado de todos los regimientos provisionales que fuesen pasando, proveyesen de armas y equipo á los hombres que careciesen de estas prendas, y retuviesen á los que necesitasen descansar. Los cuerpos que pasasen mas tarde, debian recoger los hombres que se hubiesen quedado en el camino, y como podian tomar tantos

hombres y caballos como soltaban, siempre estaban seguros de llegar por completo al teatro de la guerra. Napoleón leía asiduamente los partes de los comandantes de las plazas por donde atravesaban los regimientos provisionales, comparábalos sin cesar unos con otros, reparaba el menor descuido, y por este medio mantenía á todos en un pie, siendo indudable que se necesitaban todas estas combinaciones, y toda aquella vigilancia para conservar entero un ejército tan grande á tan larga distancia.

No solamente quería Napoleón mantener en sus cuerpos el número efectivo de gente que tenían al entrar en campaña, sino agregar nuevos cuerpos al ejército grande. Ya hemos visto que en París dejó tres regimientos, para formar con ellos una reserva que pudiera trasladarse en posta á las costas de Francia en caso de peligro: pues bien, creyó que podía disponer de dos de aquellos regimientos, esto es del 58 de línea y del 45 de ligeros, gracias al considerable aumento de conscriptos que habían recibido los depósitos. Había en París seis terceros batallones pertenecientes á los regimientos de á cuatro, cada uno de cuyos batallones debía ascender á mil hombres con la conscripción, y Junot, que era gobernador de París, recibió orden de pasarles revista personalmente varias veces á la semana, y de hacer que maniobrase en su presencia aquella reserva de seis mil hombres, siempre dispuesta á salir en posta para Boloña, Cherburgo ó Brest, y que permitía poder disponer sin inconveniente del 58 de línea y del 45 de ligeros. Hizose, pues, lo mandado por Napoleón, y aquellos dos regimientos, que pasa-

ban por los mas hermosos del ejército, marcharon hácia el Elba por Wesel y Wesfalia.

Recordarán nuestros lectores que Napoleón resolvió convertir á los vélites en *fusileros de la guardia*, de cuya disposición resultó formarse un regimiento de dos batallones, cada uno de los cuales tenía mil cuatrocientos hombres, escogidos con sumo cuidado del contingente anual, y mandados por oficiales, sargentos y cabos sacados de la guardia. Napoleón ordenó permaneciese en París aquel regimiento el tiempo puramente necesario para instruirse, y que en seguida saliese en posta para Maguncia.

La defensa de la capital corria á cargo, como hoy sucede, de tropas municipales, compuestas de dos regimientos, y conocidas con el nombre de *regimientos de la guardia de París*. Napoleón mandó aumentar lo mas pronto que se pudiera la fuerza efectiva de aquellos dos regimientos con la última conscripción, y recogiendo el premio de su prevision, pudo sin dejar á París demasiado desprovista de tropas, sacar de la guardia municipal dos batallones, ó lo que es lo mismo un regimiento de mil doscientos á mil trescientos hombres, de excelente aspecto y mejores cualidades. En seguida dispuso saliesen para el ejército, pensando que una tropa que cuidaba del orden interior, no debía ser privada de la honra de servir en el extranjero en favor de su país; además de que si contribuía á asegurar ó aumentar la grandeza de Francia, cuando volviese á ella seria mejor y mas respetada.

La gente que trabajaba en los puertos, no tenía ocupacion ni pan, porque la construccion de

buques se resentía del inmenso desarrollo dado á la guerra continental; pero Napoleon la ocupó útil y saludablemente, formando con ellas batallones de infantería, á que se dió el encargo de guardar sus respectivos puertos, prometiéndoles no saldrían para otra parte. Podía contarse con aquellos hombres, porque tenían cariño á los establecimientos confiados á su vigilancia, y porque participaban del espíritu guerrero que animaba á la marina; de suerte que á Napoleon le valió su idea poder sacar de las tropas que cubrían las costas, tres magníficos regimientos, esto es el 49, el 45 y el 31 de línea que estaban en Boloña, Brest y Saint Lo, y que salieron para el ejército grande, formando como los demás dos batallones de mil plazas cada uno.

Napoleon, pues, tuvo la habilidad de sacar de Francia, sin disminuir demasiado las tropas del interior, siete regimientos de infantería que debían unirse con la legión del Norte, llena de polacos, y que ya se hallaba en marcha hácia Alemania.

Pero lo que Napoleon deseaba mas que nada, en el momento en que iba á dejar las llanuras de Prusia por las de Polonia, era caballería, cuya utilidad apreciaba quizá de un modo exagerado. Así es que la pedía á voz en grito á todos los que corrían con el buen servicio del ejército; acababa de sacar de Maguncia, y hacer que saliesen á pie, parte de ellos para Hesse, y parte para Prusia, cuantos ginetes ya instruidos había en los depósitos; y quiso que dejasen sus caballos en Francia, para darles los que habíamos recogido en Alemania. Al entrar el mariscal Mortier en los

estados del elector de Hesse, licenció el ejército de este príncipe, recogiendo cuatro ó cinco mil caballos escelentes, una porción de los cuales sirvió para remontar á unos mil soldados de caballería franceses, y otros fueron enviados á Potsdam, donde había estensas cuadras, construidas por el gran Federico, quien tenía gusto en ver manobrar á menudo muchos escuadrones á la vez, en la hermosa morada de su recreo, en que vivía á lo rey, á lo filósofo y á lo guerrero. Napoleon mandó levantar bajo las baterías de Spandau, un edificio inmenso en que poder mantener su caballería, y en él reunió todos los caballos cogidos al enemigo, además de otros muchos comprados en las provincias de Prusia. A la cabeza de aquel depósito se puso el general Bournier, que despues de prestar honrosos servicios dejó el ejército activo, y se le encargó no se alejase de él un instante, que cuidara personalmente de que nada faltase á los caballos, que remontase con ellos los que atravesaban la Prusia, les pasase revista, reemplazase los caballos cansados ó que no estuvieran en estado de poder servir, y detuviese también á los ginetes enfermos, para irlos enviando con los regimientos que venían detras. Los trabajadores de Berlin, que habían quedado ociosos de resultas de la marcha de la corte y la nobleza, debían ser empleados en aquel depósito, mediante un salario, unos para hacer monturas, otros arreos, algunos zapatos, y otros construir carros ó componer los que habían sufrido deterioro.

A Italia mas que á ninguna otra parte se le ocurrió á Napoleon acudir para proporcionarse caballería, pues allí no era tan útil como en otros

puntos. En Nápoles solo teníamos que habérmolas con montañeses de Calabria, ó con ingleses que saltaran en tierra desde sus buques sin tropas de á caballo; pero sin embargo, habia en aquel pais diez y seis regimientos nuestros de esta arma, algunos de los cuales eran de coraceros, y los mas hermosos del ejército. Napoleon hizo, pues, que diez marchasen á la Italia alta, dejando seis únicamente de caballeria ligera, cada uno de los cuales llegó á tener mil hombres, gracias al gran número de conscriptos enviados mas allá de los Alpes, es decir que debian presentar una fuerza de seis mil hombres, proporcionando cuatro mil ginetes siempre dispuestos á montar á caballo, y que bastaban para hacer el servicio de observacion que habia que hacer en el reino de Nápoles.

Las llanuras cortadas de la Lombardia, en que son tan dificiles los movimientos de la tropa de á caballo, por los canales, los rios y las largas cortinas de árboles, no eran tampoco un pais en que fuese muy necesaria; ademas de que yendo como habian ido desde el Mediodia al Norte de Italia dos regimientos de aquella arma, se podia separar de ellos algunos, para dirigirlos al ejército grande. Napoleon entresacó, pues, una division de coraceros, formada con cuatro regimientos; que despues se distinguieron tanto á las órdenes del general España, y de la caballeria ligera los regimientos de cazadores número 19, 24, 45, 3.º y 34, que fué enviando á Alemania; de suerte que con los cuatro de coraceros, eran nueve los regimientos de caballeria sacados de Italia, ó lo que es lo mismo una fuerza de cerca cinco mil caballos, parte

de los cuales iba montada, y parte á pie para remontarse en Alemania.

Ocupóse al mismo tiempo Napoleon en poner en pie de guerra el ejército de Italia, á donde habia enviado veinte mil hombres de la conscripcion de 1806, encargando al principe Eugenio no descuidase su instruccion. Dispuesto á penetrar en el Norte, y dejando como dejaba á su espalda al Austria, mas asustada pero tambien mas hostil desde lo de Jena, quiso proceder sin tardanza á la formacion de divisiones activas, de manera que pudiesen entrar inmediatamente en campaña. Ya tenia en Frioul dos divisiones enteramente organizadas; pero mandó completar su artilleria con doce piezas cada division, formar sin demora con todo lo necesario para la guerra, una division en Verona, otra en Brescia, y otra en Alejandria, cada una de ellas compuesta de nueve á diez batallones, preparar su artilleria, componer sus equipages y nombrar su estado mayor. Lo mismo hizo con la caballeria, disponiendo se completasen, no solo por lo que hace á la gente sino á los caballos, los regimientos de dragonés sacados de Nápoles, y que se les diese ademas una division de artilleria ligera. Aquellas cinco divisiones formaban un total de cuarenta y cinco mil hombres de infanteria, y siete mil de caballeria, ó lo que es lo mismo cincuenta y dos mil hombres vivos y efectivos; fuerza que aumentada en caso necesario con el cuerpo de Marmont, y parte del ejército de Nápoles, debia ser suficiente á las órdenes de un general como Massena, para contener á los austriacos, sobre todo si se apoyaba en plazas como Palma-Nova, Legaño, Venecia, Mantua y Alejandria. Napoleon

mandó situar en Venecia los ocho batallones de depósito del ejército de Dalmacia, en Osopo y Palma-Nova los siete del cuerpo de Frioul, y en Pesquiera, Legaño y Mantua los catorce del ejército de Nápoles. Cada uno de aquellos batallones contenía ya más de mil hombres desde el contingente de 1806, é iba á contener de mil y ciento á mil y doscientos con la llegada del cupo de 1807, en cuyo caso era fácil sacar de ellos las compañías de cazadores y granaderos, y componer con ellas divisiones activas excelentes. Tal era el fruto de una vigilancia que nunca desmayaba; pero no contento Napoleón, mandó acabar de surtir de víveres las plazas de guerra.

Así, pues, limitándose á desarrollar el vasto plan de precauciones que Napoleón adoptó al salir de París, ponía la Francia al abrigo de cualquier insulto por parte de los ingleses, libertaba á Italia de cualquier hostilidad repentina por parte de los austriacos, y sin desorganizar los medios de defensa de ninguna de las dos, sacaba de la primera siete regimientos de infantería, y de la segunda nueve de caballería, además de los regimientos provisionales, que partiendo sin cesar del Rhin, debían cubrir las bajas del ejército grande, y protegerle con la espalda.

Podemos calcular en unos cincuenta mil hombres los refuerzos que en un mes iba á recibir el ejército grande, y con los cuerpos que ya se le habían unido desde que entró en Prusia, haciéndole subir á cerca de ciento noventa mil, con los que se disponían á ingresar en él, y los auxiliares alemanes, holandeses é italianos, debía ascender á unos trescientos mil hombres; pero tal y tan ini-

mitable es la diseminacion de fuerzas, aun bajo la direccion del general más hábil, que rebajando de esos trescientos mil soldados los heridos, los enfermos, cuyo número era mayor en invierno y en climas tan lejanos, los destacamentos que se hallaban en marcha, las guarniciones que se dejaban en el camino, y los cuerpos de observacion, que solo podían entrar en fuego ciento cincuenta mil hombres. Tan cierto es que es preciso sean los recursos muy superiores á las necesidades ya previstas, solo para que sean bastantes á cubrir las necesidades efectivas; y si estendemos esta observacion á todas las fuerzas que Francia tenía en 1806, veremos que con un ejército total, que iba á ascender en todo el imperio á quinientos ochenta mil hombres, y á seiscientos cincuenta mil con los auxiliares, á lo más podrían hallarse en el teatro de la guerra, entre el Rhin y el Vistula, ciento cincuenta mil sobre el mismo Vistula y ochenta mil quizá en los campos de batalla donde iba á decidirse la suerte del mundo. Y sin embargo, nunca habían marchado tantos hombres y caballos, nunca habían rodado tantos cañones con esa fuerza de agregacion, hacía un mismo objeto.

Más no consistía todo en reunir soldados, siro que era preciso también buscar recursos rentísticos á fin de darles cuanto necesitasen. Ya hemos visto que Napoleón consiguió que el presupuesto de guerra ascendiese á 700.000.000 (820 con los gastos de recaudacion): con esa cantidad tenía para mantener un ejército de cuatrocientos cincuenta mil hombres; pero como no iba á tardar en tener que pagar á seiscientos mil, resolvió sacar de

los países conquistados los recursos que necesitaba, para pagar sus nuevos armamentos. Siendo como era poseedor de Hesse, Wesfalia, Hannover, las ciudades anséaticas, Mecklemburgo, y por último Prusia, podía sin ser inhumano, imponer contribuciones á aquellos países. Por lo que hace á Prusia, habia dejado en todas partes las autoridades prusianas, aunque poniendo á su cabeza al general Clarke para el gobierno político del país, y para el rentístico á Mr. Daru, hombre muy capaz, aplicado, íntegro, y que entendia en todos los negocios de hacienda, con tanto acierto é inteligencia como los mejores empleados prusianos. Compuesta en aquella época la monarquía de Federico Guillermo, de la Prusia oriental, que se extendia desde Königsberg hasta Stettin, de la Polonia prusiana, Silesia, Brandeburgo, las provincias que hay á la izquierda del Elba, Wesfalia, y el territorio enclavado en Franconia, podía dar á su gobierno cerca de 120.000,000 de francos, deducidos de los mismos productos los gastos de recaudacion, satisfechas la mayor parte de las necesidades del ejército por medio de censos locales, y asegurados los gastos de caminos con ciertas prestaciones impuestas á los arrendatarios de los dominios de la corona. En aquellos 120.000,000 de renta, figuraba por 35 ó 36 la contribucion sobre tierras, por 18 el arrendamiento de los dominios de la corona, por 50 el producto de la sisa, que consistia en un derecho que pagaban los caldos y el tránsito de mercancías, y en fin por 9 ó 10 el monopolio de la sal, completándose los 120.000,000 con varios impuestos accesorios. Una porcion de empleados, reunidos en comisiones

provinciales con el nombre de *cámaras de dominios y de guerra*, administraban aquellos impuestos y rentas, entendian en los repartos, en la recaudacion, y en el arriendo de los numerosos dominios de la corona.

Napoleon decidió continuase aquella administracion, con todos sus abusos, abusos que no tardó en descubrir Mr. Daru, diciendo cuáles eran al gobierno prusiano para que le ayudase á corregirlos: tambien quiso Napoleon que en cada cámara provincial hubiese un agente francés que vigilase la recaudacion de las rentas, y que estas entrasen en la caja central del ejército, debiendo Mr. Daru inspeccionar la conducta de aquellos agentes, y centralizar sus operaciones. Así, pues, la hacienda de Prusia iba á ser administrada por cuenta de Napoleon y en provecho suyo, pero previendo no obstante que de resultas de las circunstancias actuales, el producto anual de 120.000,000 iba á quedar reducido á 70 ú 80, Napoleon usó del derecho de conquista, y no contento con los impuestos ordinarios, decretó además una contribucion de guerra, que podia ascender en todo Prusia á 200.000,000, y debia irse cobrando poco á poco, mientras durase la ocupacion, sobre el tercio de los impuestos ordinarios. Tambien impuso otra contribucion de guerra á Hesse, Brunswick, Hannover y las ciudades anséaticas, sin contar la aprehension de mercancías inglesas.

Con esto, debia mantenerse por sí el ejército, y no consumir nada sin pagarlo, como que se pagó con el producto de las contribuciones, tanto ordinarias como extraordinarias, una porcion de caballos que se compraron, y pedidos inmensos de

vestuario, calzado, jaeces y carros para la artillería, que se hicieron á todas las ciudades, pero en particular á Berlin, con el objeto de dar ocupaciones á artesanos y trabajadores, y proveer á las necesidades del ejército francés.

Estas contribuciones, muy gravosas sin duda, eran sin embargo el medio menos vejatorio de ejercer el derecho de la guerra, derecho que autoriza al vencedor á vivir á costa del pais vencido, porque el merodeo de los soldados se sustitua con la recaudacion bien hecha de un impuesto. Por lo demás, aquellos rigores, inevitables en una guerra, se compensaban con la disciplina mas severa, y el respeto mas completo de la propiedad particular, esceptuando la devastacion del campo de batalla, devastacion que por fortuna cupo en suerte á muy pocas localidades; y si nos remontamos á lo pasado, veremos de seguro que nunca ha habido ejércitos que se portaran, no ya con menos barbarie, sino con tanta humanidad.

Dispuesto Napoleon por sus miras políticas á contemplar á la corte de Sajonia, le ofreció despues de lo de Jena una tregua y la paz, y aquella corte, tan honrada como tímida, aceptó con júbilo semejante acto de clemencia, entregándose á discrecion del vencedor. Napoleon convino en consecuencia en que fuese admitida en la confederacion rhenana, y que su soberano mudase el título de elector en el de rey, con la condicion de que le daria un contingente militar de veinte mil hombres, reducido por entonces á seis mil por consideracion á las circunstancias. El estender la confederacion del Rhin presentaba grandes ventajas, pues aseguraba á nuestros ejércitos el libre

paso por medio de la Alemania, y la posesion en cualquier tiempo que fuese de la línea del Elba, pero á fin de compensar las cargas de la ocupacion militar que quiso evitar á Sajonia en aquel tratado, prometió pagar una contribucion de 25.000,000 en dinero ó en letras de cambio á corto plazo.

Napoleon podia, pues, disponer mientras durase la guerra, cuando menos de 300.000,000; pero llevando la prevision hasta el último extremo no permitió que su ministro del tesoro se durmiese confiado en los recursos de Alemania. Al ejército grande se le debian 24.000,000 de sueldos atrasados, y Napoleon exigió que se depositase, parte de esta cantidad en Strasburgo y parte en Paris, en especies metálicas, porque no queria que en momentos urgentes, hubiese que correr tras de valores que hubieran sido empeñados, por mas ó menos tiempo. De consiguiente, los dejó en depósito en Paris y sobre el Rhin, sin perjuicio de usar de ellos mas tarde, y provisionalmente hizo que se pagase el sueldo con las rentas del pais conquistado, á fin de que los soldados pudieran servirse de su pré, mientras estuviesen en las poblaciones de Prusia, y les fuese dado proporcionarse los goees que solo se encuentran en las grandes poblaciones.

Terminadas todas estas disposiciones, el general Clarke, se quedó en Berlin para gobernar políticamente á Prusia, Mr. Daru para administrar la hacienda, y Napoleon puso en movimiento sus columnas con direccion á Polonia.

El rey de Prusia no aceptó la tregua que se le propuso, porque sus condiciones eran demasiado rigurosas, y porque se le habia hecho esperar

sobrado tiempo. Duroc se avistó con él en Osterode, es decir, en la Prusia antigua; pero le contestó que á pesar de que deseaba sinceramente suspender el curso de una guerra desastrosa, no podía consentir en los sacrificios que se le exigian; que pidiéndole como le pediamos, además de la parte de sus estados ya invadida, la provincia de Posen y la línea del Vístula, le queriamos dejar sin territorio y sin recursos; además de que quedaba espuesta Polonia á una insurrección inevitable, y que por lo mismo se resignaba á continuar la guerra por necesidad, y por ser fiel á sus compromisos, pues habiendo como habia llamado á los rusos, le era imposible ayudarle cordialmente.

En vano reunieron sus esfuerzos MM. de Haugwitz y Lucchesini, que despues de haber participado por un momento del delirio general que se apoderó de la nación prusiana, habian entrado en el camino de la razón guiados por la desgracia; en vano, decimos, reunieron sus esfuerzos para hacer que aceptase la tregua, diciendo que lo que se negaba á Napoleon iba á conquistarlo en quince dias, que se perdía la ocasión de contener la guerra y sus estragos, y que de tratar entonces perdían sin duda alguna las provincias situadas en la margen izquierda del Elba, pero que de entrar en tratos mas tarde, iban á perder, además de esas provincias, la Polonia: en vano dieron estos consejos MM. de Haugwitz y Lucchesini, pues no obtuvo crédito alguno su tardía prudencia. Trasladándose la corte á Königsberg, estaba mas cerca de la influencia rusa; el infortunio, que calmó á los hombres sensatos, exaltó, por el contra-

rio á los hombres faltos de razón, y en vez de imputarse á sí mismo el partido de la guerra los reveses que acababa de sufrir Prusia, los atribuía á traición del partido de la paz. La reina, furiosa con el dolor, insistía mas que nunca en que se volviese á probar la suerte de las armas, con las fuerzas prusianas que quedaban, el apoyo de los rusos, y las ventajas que les daba la distancia, ventajas de consideración para el vencido, y sumamente perjudiciales para el vencedor. MM. de Haugwitz y Lucchesini, privados de toda autoridad, perseguidos con injustas acusaciones, y colmados de ultrajes algunas veces, presentaron su dimisión; y el rey, que era mas justo que la corte, se la concedió con mil demostraciones de atención, sobre todo con respecto á Mr. de Haugwitz, cuyas luces nunca habia cesado de apreciar, cuyos largos servicios conocia, y cuyos consejos sentia no haber seguido siempre.

Los rusos iban llegando efectivamente al Niemen, cuyo río pasó el día 1.º de noviembre con dirección al Vístula, un cuerpo de cincuenta mil hombres, mandado por el general Benningsen. Otro, de igual fuerza, seguía al primero á las órdenes del general Buxhoevden; organizábase una reserva bajo la dirección del general Essen; parte de las tropas del general Michelson subía por el río Dniester para acudir á Polonia, y una nube de cosacos, que habian abandonado sus desiertos, iban delante de las tropas regulares, pero la guardia real no habia salido aun de San Petersburgo. Tales eran las fuerzas disponibles entonces en aquel vasto imperio, que por segunda vez demostraba no eran iguales sus recursos á sus preten-

siones. Unidos á los prusianos, y mientras no llegaba la reserva del general Essen, los rusos podían presentarse en el Vistula con ciento veinte mil hombres, y esto no era para alarmar á Napoleon, si el clima no hubiese favorecido de un modo terrible para nosotros á los soldados del Norte, advirtiéndolo que no solo entendemos por clima el frío, sino el terreno, ó lo difícil que era caminar y mantenerse en aquellas inmensas llanuras pantanosas unas veces, arenosas otras, y mas cubiertas de arbolado que cultivadas.

Además, los ingleses se habian comprometido á contribuir con dinero, material y aun gente, anunciando que desembarcarian tropas en diferentes puntos de las costas de Francia y Alemania, y especialmente que enviarian una expedicion á la Pomerania sueca, á espaldas del ejército francés. Efectivamente, tenían un punto de apoyo muy cómodo en la plaza intundada de Stralsund, situada en las últimas lenguas de tierra del continente alemán, guarnecida por suecos, y preparada para recibir á las tropas inglesas en un asilo casi inviolable. Sin embargo, era probable absorbiese la atención y las fuerzas de los ingleses el deseo de apoderarse cuanto antes de las ricas colonias de Holanda y España, mal defendidas en aquel momento, á causa de que solo se pensaba en la guerra continental. Otro recurso, mucho mas inútil todavía que el que se esperaba de los ingleses, formaba el complemento de los medios de la coalición; á saber, la intervencion de Austria, pues se lisonjearan que si un triunfo cualquiera coronaba los esfuerzos de los prusianos y rusos, se declararia el Austria en su favor, y casi contaban con que

los ochenta mil austriacos reunidos en Bohemia y Galliticia, no tardarian en agregarse á las tropas heligerantes.

Todo esto inquietaba muy poco á Napoleon, lleno entonces de orgullo y confianza mas que nunca lo estuvo; y así ni le sorprendió ni contrarió sus fines el que Prusia no quisiese aceptar la tregua; antes, por el contrario, escribió al rey de Prusia: «V. M. ha dispuesto se me diga que se ha echado en brazos de los rusos, y yo contesto que el porvenir dará á conocer si el partido que ha adoptado es el mejor y mas eficaz que podia adoptar... V. M. ha cogido el cubilete, y quiere jugar á los dados, ellos serán, pues, los que decidan la partida.»

Hé aquí las disposiciones militares que tomó Napoleon para entrar en Polonia. Como de resultados de los preparativos generales que hizo en Francia é Italia, y los medios diplomáticos que ponía en juego en Oriente, nada podia temerse al pronto por parte de los austriacos, estaba tranquilo por este lado. Mayor peligro ofrecían los desembarcos de los ingleses y suecos en Pomerania, que tenían por objeto sublevar á su espalda á Prusia, abatida y humillada; pero sin embargo no dió gran importancia á aquel peligro, pues escribió á su hermano Luis que le molestaba con su alarmas: «Los ingleses tienen que hacer cosa mejor que desembarcar en Francia, Holanda ó Pomerania: mas quieren robar colonias á todas las naciones, que intentar desembarcos, de que no sacan otra ventaja que ser arrojados vergonzosamente al mar.» Lo mas que creía Napoleon era que los doce ó quince mil suecos que habia en Stralsund intentasen algo;

pero en todo caso ahí estaba para evitarlo el octavo cuerpo confiado al mariscal Mortier, quien después de ocupar á Hesse y enlazar el ejército grande con el Rhin, debía, ahora que Hesse estaba ya desarmada, contener á Prusia y guardar el litoral de Alemania. Componíase aquel cuerpo de cuatro divisiones; una holandesa, que no tenía destino fijo desde que el rey Luis regresó á Holanda; otra italiana, que había sacado de Hesse para Hannover; y dos francesas, que iban á completarse con parte de los regimientos recién sacados de Francia. Una porción de aquellas tropas debía poner sitio á la plaza hannoveriana de Hameln que aun permanecía en poder de los prusianos, otra ocupar las ciudades anseáticas, y situado el resto hacia Stralsund y Anklam, estaba destinada á hacer que los suecos se volvieresen á encerrar en la primera de estas dos plazas, si salían de ella, ó á dirigirse hacia Berlin, si se apoderaba de la plebe de la capital un desesperado frenesí.

Consiguiente á esto, se mandó al general Clarke se pusiese de acuerdo con el mariscal Mortier para ver de conjurar cualquier suceso que ocurriese; no se dejó un fusil en Berlin, y se trasladó á Spandau todo el material militar, quedando para cuidar del orden en la capital mil seiscientos vecinos armados, con ochocientos fusiles que pasaban de manos de los que salían del servicio á las de los que les reemplazaban, permitiéndose entrar de guardia solamente á ochocientos de una vez. Si estallaba alguna insurreccion importante, debía retirarse á Spandau el general Clarke, y esperar allí al mariscal Mortier; el vasto depósito de caballería situado en Postdam, podía proporcionar

unos mil ginetes para patrullar, y apoderarse de los hombres aislados que recorrían la campiña desde que se dispersó el ejército prusiano; y por último, llegó la prevision hasta el extremo de registrar los bosques, á fin de recoger los cañones que los prusianos ocultaron en su fuga, y encerrarlos en las plazas fuertes.

Como el cuerpo del mariscal Davout entró en Berlin antes que los demas, había tenido tiempo de descansar, y así, fué el primero que Napoleon encaminó hacia Custrin, y desde este punto hacia la capital del gran ducado de Posen; el cuerpo del mariscal Augereau que fué el segundo que llegó á Berlin, y también había descansado bastante, fué enviado por Custrin y Landsberg hacia Natza, camino del Vistula, con encargo de que marchase á la izquierda de Davout; mas á la izquierda todavía, tenía orden el mariscal Lannes, que desde la capitulacion de Prenzlau residia en Stettin, que había repuesto algun tanto sus tropas, llevaba de refuerzo el 28 de ligeros, y estaba provisto de capotes y calzado; había recibido órdenes, decimos, de tomar víveres para ocho dias atravesar el rio Oder, pasar por Sturgard y Schueidmühl, y reunirse con Augereau en Natza, siendo inútil añadir que no debía dejar á Stettin sin ponerla antes en estado de defensa; y por último, dejando Murat que su caballería fuese llegando de Lubeck á jornadas cortas, se le mandó trasladarse en persona á Berlin, tomar allí el mando de los coraceros, que habían descansado mientras los dragones corrían tras de los prusianos, y agregar á los coraceros los dragones de Beaumont y Klein, que habían salido algo detras de los demas en persecucion del

enemigo, y llevaban caballos frescos sacados del depósito de Postdam. Murat debía reunirse con aquella caballería al mariscal Davout en Posen, llegar antes que él á Varsovia, y ponerse á la cabeza de todas las tropas que se dirigian hácia Polonia mientras no iba á mandarlas Napoleón. En cuanto á éste, como los rusos estaban todavía muy lejos del Vistula, se aprovechaba de aquella tardanza para despachar en Berlin los muchos negocios que traía entre manos, y dejaba que su cuñado diese principio al movimiento hácia Polonia, y sondease las disposiciones de que los polacos se hallaban animados acerca de una insurrección, porque ninguno era tan apropiado como Murat para escitar su entusiasmo participando de él.

Mientras que el ejército francés atravesaba el río Oder y avanzaba hácia el Vistula, el príncipe Gerónimo, al frente de los wurtembergenses, y bávaros, y secundado por el general Vandamme, hombre tan hábil como vigoroso, debía invadir la Silesia, sitiar las plazas de aquel país, conducir parte de sus tropas hasta Kalisch, y cubrir con esto contra Austria la derecha que marchase hácia Posen.

Las tropas que se dirigian hácia Polonia podrían ascender á unos ochenta mil hombres, entre los cuales figuraba por veinte y tres mil el cuerpo del mariscal Davout, el del mariscal Augereau por diez y siete mil, el del mariscal Lannes por diez y ocho mil, el destacamento del príncipe Gerónimo enviado á Kalisch por catorce mil, y por último, la reserva de caballería de Murat por nueve ó diez mil; pero aquellas fuerzas eran más que suficientes para hacer frente á los rusos y prusianos que

estábamos espuestos á encontrar desde luego.

En este intervalo salían de Lubeck para Berlin los cuerpos de los mariscales Soult y Bernadotte, que debían permanecer alguno tiempo en aquella capital, rehacerse en ella, y proveerse de cuanto les hiciera falta. El mariscal Ney que se trasladó á ella despues de la capitulación de Magdeburgo, se preparaba á marchar hácia el Oder: de suerte que, incluyendo la guardia imperial, la división de granaderos y cazadores del general Oudinot, el resto de la caballería de reserva que descansaba en Berlin, y los tres cuerpos de los mariscales Soult, Bernadotte y Ney, podía disponer Napoleón de otro ejército de ochenta mil hombres, á cuya cabeza debía trasladarse á Polonia, para sostener el movimiento del que iba delante.

El mariscal Davout, que fué el primero que se dirigió á Posen, era un hombre tan firme como sedado, de quien no había que temer imprudencia alguna, y así le inició Napoleón en su verdadero modo de pensar acerca de Polonia. Napoleón estaba decidido enteramente á reparar el daño de gravedad que había causado á Europa la abolición de aquel antiguo reino: pero conocía harto bien lo inmensamente difícil que era volver á constituir en nación un estado destruido, sobre todo cuando se trataba de un pueblo tan afamado por su espíritu anárquico como por su valor. No quería, pues, meterse en semejante empresa, sino con condiciones que, sino asegurasen su logro, á lo menos lo hiciesen probable; y para ello necesitaba antes que nada conseguir brillantes triunfos al tiempo de avanzar hácia las llanuras del Norte, donde halló su ruina Carlos XII; y despues que todos los po-

lacos le ayudasen con unánime entusiasmo á alanzar aquellos triunfos, á fin de convencerse de la solidez del nuevo estado que se iba á fundar entre tres potencias enemigas, esto es, Rusia, Prusia y Austria.—Cuando yo vea á todos los polacos en pie, dijo Napoleon al mariscal Davout, proclamaré su independencia, pero no antes.—Y animado de esta idea, mandó que fuese en pos de las tropas francesas un convoy de armas de toda especie, á fin de armar la insurreccion, si, como se anunciaba, se hacia general.

Dejando atras el mariscal Davout los cuerpos de ejército que debian partir del Oder, se puso en movimiento á principios de noviembre, con el orden, con la severa disciplina que acostumbraba mantener en sus tropas. Antes de emprender la marcha, manifestó á sus soldados que entrar en Polonia era entrar en un pais amigo, por lo cual debian tratarlo como á tal; y como se hubiese introducido, segun hemos dicho ya, cierta indisciplinada en las filas de la caballería ligera, la cual contribuye mas á los desordenes por lo mismo que toma mas parte en ella, Davout mandó fusilar en presencia del tercer cuerpo, á dos soldados de aquella arma que habian cometido algunos excesos.

En seguida avanzó con tres divisiones hácia Posen, pais que se parece mucho, entre el Oder y el Vistula, al que se estiende del Elba al Oder. Lo mas generalmente hay que recorrer llanuras arenosas, en medio de las cuales crece con facilidad todo árbol resinoso, pero sobre todo el abeto; y como debajo de la capa de arena se halla una especie de arcilla propia para ser cultivada,

unas veces anegada bajo la arena misma, y sobre nadando otras en la superficie, se encuentra en medio de los bosques de abetos grandes claros, bastante bien cultivados, y en ellos alguna que otra poblacion escasa, pobre, pero robusta, y que vive bajo los árboles, en chozas. El caminar por aquel terreno es inmensamente difícil, porque á la arena movediza sucede una greda en que todo se hunde apenas llueve, y que se convierte al cabo de algunos dias de lluvia en un vasto mar de lodo. Si no se acude á sacar de allí á los hombres, parecen enterrados en el barro, y en cuanto á cañones, caballos y bagages, desaparecen en aquella sima, sin que pueda sacarlos todo un ejército. Así es que únicamente en el verano, cuando la tierra está enteramente seca, ó en el invierno, cuando de resultas de grandes heladas toma el terreno la consistencia de la piedra, se puede pelear en aquella porcion de los llanos del Norte; pero toda estacion intermedia es mortal para las combinaciones militares, sobre todo para las mas hábiles, las cuales dependen, como es sabido, de la rapidez en los movimientos.

Estos caracteres físicos solo se presentan reunidos al acercarse al Vistula, y sobre todo mas á lo lejos entre el mismo Vistula y el Niemen; pero empiezan á verse despues que se pasa el Oder. En aquellas vastas llanuras se nota un fenómeno particular que ya hemos señalado, y que consiste en que alzándose los arenales en forma de dunas á lo largo del mar, arrojan las aguas hácia el interior del pais, donde forman muchos lagos, desaguan en riachuelos, y despues se reune con otros mayores, hasta que se acumulan, convirtién-

dose en anchos rios, como el Elba, el Oder y el Vistula, capaces de abrirse paso por medio de la barrera que oponen los arenales. En Brandeburgo, y Mecklemburgo, es decir, entre el Elba y el Oder, país en que nuestro ejército persiguió á los prusianos, habrán notado nuestros lectores estas particularidades de la naturaleza; pero resaltan mas entre el Oder y el Vistula, donde se levantan los arenales y retienen las aguas, las cuales corren hácia el Oder, por el Netza y el Waria. El Netza viene de la izquierda, y el Warta de la derecha, para el que va de Berlin á Varsovia, y despues de circular uno y otro entre el Vistula, y el Oder, se reunen, para desaguar juntos en el Oder, hácia Custrin. El país que se encuentra á lo largo del mar, forma lo que se llama la Pomerania prusiana, y es aleman por sus habitantes, y por el espíritu de que se halla animado. La parte interior regada por el Netza y el Warta, es pantanosa, arcillosa, bastante cultivada, y slava por la raza á que pertenecen sus habitantes, siendo aquella la Posnania, ó gran ducado de Posen, cuya capital es Posen, ciudad de cierta importancia, situada á orillas del mismo Warta.

Aquella provincia era la en que se notaba mas ardor entre los polacos, quienes, convertidos en prusianos, sufrían al parecer con mayor impaciencia que los demas, el yugo estrangero. Esto no es extraño, pues en primer lugar, la raza alemana y la slava, que vivían juntas en aquella frontera de la Pomerania y el ducado de Posen, se aborrecían por instinto, siendo tanto ó mas vivo su ódio, cuanto mayor era la diferencia entre ambas. En segundo lugar, sin contar aquel ódio, que

por lo regular nace de la vecindad, los polacos no podían olvidar que los prusianos fueron en el reinado del gran Federico los principales autores de la reparticion de Polonia, que despues se portaron con suma perfidia, y acabaron de arruinar á su patria, despues de haber favorecido la insurreccion. Por último, el ver á Varsovia en manos de los prusianos, hacia fuesen mas odiados que sus comparticipes, llegando á tal punto el ódio que les tenían los polacos, que casi hubieran mirado como una emancipacion libertarse del yugo del rey de Prusia, para pertenecer á un emperador de Rusia, que reuniese bajo un mismo cetro todas las provincias polacas, siendo proclamado rey de Polonia. De consiguiente, en el ducado de Posen mas que en ninguna otra parte de Polonia, se mostraban inclinados á la insurreccion.

Tal era bajo el aspecto físico y moral, el país que los franceses iban atravesando en aquel momento; pero á pesar de lo diferente que aquel era de su clima natal, á pesar sobre todo de la diferencia que habia de él á los de Egipto ó Italia, donde habian vivido tanto tiempo, estaban tan alegres y confiados como siempre, y la novedad misma del país que recorrían, era para ellos un motivo de broma, mas bien que de amargas quejas. Por otra parte, lo bien que les acogían los habitantes, les indemnizaba de sus trabajos, pues los vecinos de las aldeas salían al camino, y les ofrecían viveres y las bebidas que hay en aquel país.

Pero no es en los campos, sino entre las poblaciones aglomeradas, es decir en el seno de las ciudades, donde estalla con mas fuerza el entusiasmo de los pueblos. Así es que las disposicio-

nes merales de los polacos se manifestaron con mas ardor que en ninguna otra parte, en Posen, ciudad que tendria quince mil almas, y que no tardó en contener un doble con los que de las provincias inmediatas corrieron á recibir á sus libertadores. Las tres divisiones del cuerpo de Davout entraron en Posen en los dias 9, 10 y 11 de noviembre, siendo acogidas con tales arrebatos de entusiasmo, que aquel grave mariscal se conmovió, y se dejó llevar tambien de la idea de restablecer el reino de Polonia, idea bastante popular en la masa del ejército francés, pero muy poco entre los gefes.

En consecuencia, escribió á Napoleon cartas en que resaltaban extraordinariamente los sentimientos que acababan de manifestarse en torno suyo, y dijo á los polacos que para reconstituir su patria, necesitaba Napoleon estar seguro de que harian un gran esfuerzo por su parte, en primer lugar para ayudarle á alcanzar triunfos importantes, pues sin ellos no podria obligar á la Europa á que aprobase la restauracion de Polonia, y en segundo para inspirarle alguna confianza de que seria duradera la obra que iba á emprender, obra muy dificultosa, puesto que se trataba de restaurar un estado, destruido hacia ya cuarenta años, y que habia ido degenerando en el espacio de mas de un siglo. Los polacos de Posen, mas entusiastas que los de la misma Varsovia, prometieron hacer cuanto se les exigiese, pues nobles, sacerdotes, todas las clases en fin, deseaban con ardor se les libertase del yugo alemán, antipático á su religion, á sus costumbres y á su raza; y á este precio estaban dispues-

tos á todo. El mariscal Davout solo tenia tres mil fusiles que darles; pero se los repartieron al momento, pidiendo mas, y asegurando que cualquiera que fuese su número, no faltarian manos que los empuñasen. El pueblo formó batallones de infanteria, los nobles y sus vasallos escuadrones de caballeria, y en todas las poblaciones situadas entre la parte alta del Warta y la del Oder, la poblacion, así que vió estaba cerca el principe Gerónimo, arrojó de allí á las autoridades prusianas, las cuales debieron la salvacion de sus vidas á que los franceses impidieron se cometiesen violencias y excesos, siendo general la insurreccion desde Glogau á Kalisch, que era el camino que seguia el principe.

En Posen se nombró una autoridad provisional, con quien se convino en las medidas que se debian tomar para alimentar al ejército francés á su paso, pues no se podia imponer contribuciones de guerra á Polonia, exceptuada de las cargas que pesaban sobre los países conquistados, con la condicion, de que uniria sus esfuerzos á los nuestros, y nos cederia parte de los granos de que estaba provista. La nueva autoridad polaca se puso, pues, de acuerdo con el mariscal Davout, para construir hornos, y reunir trigo, forrage y ganado, cuyos primeros preparativos se llevaron á cabo, merced al celo de que se hallaba animado el país, y algunos fondos existentes en las arcas prusianas. De esta suerte se dispuso todo lo necesario para recibir el grueso del ejército francés, y sobre todo á su gefe, á quien aguardaban no solo con viva curiosidad si no con grandes esperanzas.

Casi al mismo tiempo, caminaba el mariscal Augereau por los confines de Posnania y Pomerania, dejando el rio Warta á la derecha, y dirigiéndose por la izquierda, á lo largo del Netza. En su marcha pasó por Landsberg, Driesen y Schneidmühl, atravesando un pais triste, pobre, y poblado medianamente, y que no podia dar señales de vida muy significativas: asi es que como no encontró nada que pudiera exaltar su imaginacion, le costó trabajo marchar, y hubiera vivido con dificultad, á no ser por un convoy de carros en que iba el pan para sus tropas. En las cercanias de Nackel dejan de correr las aguas hácia el rio Oder, y se dirigen hácia el Vístula, por lo cual sale del mismo Nackel, y va á parar á la ciudad de Bromberga, depósito del comercio de aquel pais, un canal que une al Netza con el Vístula. Allí encontró el mariscal Augereau algun alivio á sus fatigas.

El mariscal Lannes avanzó por Stettin, Stargard, Deutsch-Krone, Schneidmühl, Nackel y Bromberga, flanqueando la marcha del cuerpo de Augereau, como este flanqueaba la de Davout. Tambien él costeó los confines del territorio aleman y polaco, y recorrió un pais mas escabroso y triste aun que el que habia atravesado el mariscal Augereau encontrando á los alemanes hostiles, y tímidos á los polacos; de suerte que dominado por las impresiones que recibia en un pais salvaje y desierto, y por los informes que iba recogiendo acerca de los polacos, en una comarca que no les favorecia mucho, se inclinó á mirar como una obra temeraria y aun insensata, la restauracion de Polonia. Ya hemos hablado de

aquel hombre raro, y de sus cualidades y defectos; pero tendremos que hablar muchas veces, al narrar los sucesos de una época en que tanto prodigó su noble vida. Impetuoso Lannes en sus sentimientos, de caracter desigual, y mal humorado aun con su soberano á quien queria bien, era uno de esos hombres á quienes abate el sol si se pone, y los eleva al salir; pero como nunca perdía su heroico temple, volvía hallar en los peligros la enérgica calma que le arrebatában por un momento los trabajos y obstáculos. No seríamos justos con ese guerrero dotado de superioridad, sino añadiésemos á esto que en él se junta un gran fondo de buen criterio, á la desigualdad de genio, que le hacia criticar á Napoleón por su inmoderada afición á las hazañas de guerra, y dar á entender muchas veces, en medio de nuestros mejores triunfos, que no siempre nos favorecería la fortuna. Despues de haber salido triunfantes en la guerra de Prusia, queria nos detuviésemos en el Oder; y en vez de reservar su opinion allá para sí, cuando llegó á Bromberga al cabo de una marcha penosa, escribió á Napoleón que acababa de recorrer un pais arenoso, estéril, despoblado, y que, á no ser por el cielo, podia compararse con el desierto que hay que atravesar para ir de Egipto á Siria; que el soldado estaba triste, y atacado de calentura, lo cual atribuía á lo húmedo del terreno y de la estacion; que los polacos se mostraban poco dispuestos á insurreccionarse, y temblaban bajo el yugo de sus dominadores; que era preciso no juzgar de sus disposiciones por el entusiasmo facticio de algunos nobles atraídos á Posen por el ruido y la

novedad; y por último, que en el fondo continuaban siendo insustanciales, estaban divididos, eran anárquicos, y que el que quisiese volver á constituirlos en nacion, consumiria inútilmente la sangre de Francia por realizar una obra sin solidez ni duracion.

Napoleón, que se habia propuesto permanecer en Berlin hasta últimos de noviembre, recibia sin admiracion alguna los partes de sus lugartenientes, y esperaba cudiese á todas las provincias polacas el movimiento causado por la presencia de los franceses, para formar opinion acerca del restablecimiento de Polonia, y resolverse á atravesar aquel pais como si fuese un campo de batalla, ó á levantar en él un gran edificio politico. En consecuencia, hizo que Murat se pudiese en marcha, no sin volver á especificarle antes las condiciones con que pensaba restaurar la Polonia, y lo que queria se hiciese en la marcha hácia Varsovia.

A todo esto los rusos habian llegado al Vistula tomando posesion de la misma Varsovia, y el único cuerpo prusiano que quedaba al rey Federico Guillermo, á las órdenes del general Lestocq, hombre tan valiente como entendido, estaba situado en Thorn, con guarnicion en Graudenz y Dantzig.

Napoleón quiso que al acercarse á Varsovia, se estrechasen unos con otros los diferentes cuerpos del ejército, á fin de que con ochenta mil hombres en masa, fuerza muy superior á cuantas podian reunir los rusos en un mismo punto, estuviesen sus generales al abrigo de cualquier derrota. Tambien les encargó no buscasen ni aceptasen la batalla, á menos que no fuesen mucho mayores

en número, y que avanzasen con muchas precauciones, apoyándose todos en la derecha, para cubrirse con la frontera austriaca. Esta frontera la formaban en aquella época, el rio Pilica, que corría por la orilla izquierda del Vistula, y el Narew, que se deslizaba por la orilla derecha, yendo á desaguar los dos en el Vistula cerca de Varsovia; por manera que apoyándose en la derecha, saliendo de Posen, se acercaban al Pilica y el Narew, y se cubrian por todas partes con la neutralidad del Austria. Si los rusos tomaban la ofensiva, solo podian hacerlo pasando el Vistula por nuestra izquierda, en las cercanías de Thorn, y en este caso, con que nos dejásemos caer á la izquierda, conseguimos una de estas tres cosas, ó rechazarlos en el Vistula, ó acosarlos hasta el mar, ó precipitarlos sobre las bayonetas del segundo ejército francés que se hallaba en marcha hácia Posen. Es preciso añadir, por lo demas, que si contra su costumbre, no se presentaba Napoleón en masa delante del enemigo, con lo cual se hubieran cortado todas las dificultades, era porque sabia que los rusos reunidos no llegaban á cincuenta mil, y porque el estremado cansancio de parte de sus tropas, de resultas de haber corrido hasta Prenzlów, y Lübeck, le obligaba á tener que formar dos ejércitos, uno compuesto de los que podian marchar inmediatamente, y el otro, de los que necesitaban descansar algunos dias, antes de volver á ponerse en camino. Véase, pues, como las circunstancias introducen variaciones en la aplicacion de los principios mas constantes, consistiendo en el tacto de un gran capitán el modificar esa aplicacion con seguridad y aplomo.

Napoleon previno, pues, al mariscal Davout se dirigiese á la derecha, como lo exigia la situacion del camino que vá de Posen á Varsovia, pasase por Sempolno, Klodawa, Kutno, Sochaczew y Blonia, y enviase sus dragones directamente del Vistula á Kowal, para darse la mano á los mariscales Lannes y Augereau. El primero de estos mariscales, despues de desquitarse, en medio de la abundancia de todo que habia en Bromberga, de las privaciones que sufrió durante su larga marcha entre arenales, siguió los pasos á Augereau, porque se le mandó volviere á subir el Vistula, y que por la derecha se dirigiese de Bromberga á Inowraclaw, Brezesc y Kowal, desfilando bajo las baterias de Thorn, y yendo á enlazar sus operaciones con las del mariscal Davout, cuya izquierda debia formar. El mariscal Augereau le siguió algo despues, y recorriendo el mismo camino, fué á formar la izquierda de Lannes.

El dia 16 de noviembre y los siguientes, precedido el mariscal Davout por Murat, se trasladó de Posen, no sin dejarlo todo perfectamente arreglado, hácia Sempolno, Klodawa y Kutno, mientras que Lannes salió de Bromberga, desfiló á la vista de Thorn, y resguardándose con el Vistula, penetró de nuevo en los arenales que se presentan generalmente en aquella parte del curso del Vistula, y sintió por segunda vez los trabajos que se pasan en un país estéril, falto de todo y desierto, lo cual aumentó la prevencion con que miraba la guerra que iba á emprenderse. En seguida fué por Kowal y Kutno el cuerpo del mariscal Davout, y Augereau le siguió las huellas, participando de sus impresiones como sucedia siempre, pues tenia

con Lannes mucha analogia de carácter, aunque era muy inferior á él en talento y energía.

Como Murat y Davout tenian pocas intenciones de dar una batalla sin que el emperador estuviera presente, ademas de que se les habia mandado lo evitasen, avanzaron con mucha precaucion hasta las cercanias de Varsovia, y el 27 de noviembre, rechazó de Blonia la caballería ligera á un destacamento enemigo, llegando hasta las mismas puertas de la capital. Por todas partes fuimos encontrando rusos que se retiraban, destruyendo antes los viveres, ó trasladándolos de la orilla izquierda del Vistula á la orilla derecha, pero en su retirada no hicieron otra cosa que atravesar por Varsovia, en cuya ciudad se creian menos seguros á medida que con la aproximacion de los franceses se estremecian todos los corazones. Volvieron, pues, á pasar el Vistula, para encerrarse en el arrabal de Praga, situado, como es sabido, en la orilla opuesta; pero al tiempo de pasarlo, destruyeron el puente de Praga, y echaron á pique ó se llevaron consigo todos los barcos que podian servir para crear medios que pudieran servir de pasage.

Al dia siguiente entró Murat en Varsovia, á la cabeza de un regimiento de cazadores y de los dragones de la division de Beaumont, no siendo tan espresivo como en Posen el entusiasmo de los habitantes de las aldeas y los campos que atravesó porque lo comprimia la presencia de los rusos. Empero como en una poblacion grande el ardor patrio guarda proporecion con el juicio que forma de su propia fuerza, todos los vecinos de Varsovia salieron á recibir á los franceses. Hacia mucho tiempo que los polacos, guiados por un instinto se-

creto, miraban las victorias de Francia como si fuesen de Polonia; de suerte que se estremecieron de gozo cuando tuvieron noticia de la batalla de Austerlitz, ganada tan cerca de las fronteras de Galliteia, y la de Jena, que no parecia sino que se habia ganado en el camino de Varsovia, concibiendo grandes esperanzas con la entrada de los franceses en Berlin, y la aparicion de Davout en el Oder. Al fin veian á aquellos franceses tan afamados como deseados, y á su cabeza aquel valiente general de caballeria, hoy principe y mañana rey, que conducia la vanguardia con tanta osadía como esplendor. Aplaudieron, pues, con frenesí su buen aspecto, su heróica apostura á caballo y le saludaron una y mil veces gritando *viva el emperador! vivan los franceses!* Aquello fué un delirio de que participaron todas las clases de la poblacion, pudiéndose desde entonces considerar como algo menos quimérica la resurreccion de Polonia, al ver aparecer el ejército grande, que á las órdenes del gran capitán habia vencido á todos los ejércitos de Europa. Viva, profunda, sin limites, fué la alegría de aquel pueblo desventurado, victima hacia tanto tiempo de la ambicion de las potencias del Norte, y de la pereza de las córtes del Mediodia, pero que decia allá para sí que al fin habia llegado la hora en que el emperador de los franceses iba á reparar la conducta débil de los reyes de Francia. Los rusos habian destruido en todas partes los viveres, pero los polacos se apresuraron á alojar en sus casas y dar de comer á los oficiales y soldados franceses.

Dos dias despues, entró en Varsovia la infantería del mariscal Davout, que no habia podido se-

guir el paso de la caballería, y fueron recibidas con el mismo júbilo, con las mismas demostraciones, aquellas tropas que tan bien habian peleado en Awerstaedt, Austerlitz y Marengo, debiendo añadir que en aquel primer momento, en que el regocijo y la esperanza impedian pensar en dificultades, todo parecia bello y magnífico.

Napoleon pensaba sinceramente, como ya hemos dicho, en restaurar la Polonia, pues segun su modo de ver las cosas, este era el medio mas útil y mejor dispuesto de renovar á la Europa, cuya faz queria variar. Y efectivamente, ya que creaba nuevos reinos, para convertirlos en otros tantos puntos en que poder apoyar su jóven imperio, nada mas natural que sacar de su estado de prostracion al mas brillante de todos los reinos destruidos; pero ademas de lo difícil que era lograr que Rusia y Prusia sacrificasen una porcion tan considerable de territorio, lo cual solo podia conseguirse derrotándolas de una vez para siempre, habia otra dificultad, cual era quitar la Galliteia á Austria. Mas si la referida provincia no entraba á formar parte del nuevo reino, si nos contentábamos con re-hacer la nueva Polonia con las dos terceras partes de la antigua, corriamos tambien el gravísimo riesgo de inspirar al gabinete de Viena con semejante restauracion, doble desconfianza que antes, ódio y mala voluntad, atrayendo quizá un ejército austriaco hácia la retaguardia del ejército francés. Napoleon solo queria, pues, contraer con los polacos compromisos condicionales, y estaba decidido á no proclamar su independenciamientras no lo mereciesen por su unánime entusiasmo, un gran celo en secundar sus esfuerzos, y la enérgica re-

solucion de defender la nueva patria que iba á dárseles. Desgraciadamente, menos estusiasmada que el pueblo la alta nobleza polaca, desanimada con las diferentes insurrecciones que se habian intentado, y temiendo no la abandonasen despues de haberla comprometido, vacilaba en arrojarse en brazos de Napoleon, y creia que en el estado en que se hallaba, tenia mejores cosas que hacer que insurreccionarse, para recibir de manos de los franceses una existencia, independiente pero falta de apoyo, y espuesta á todos los peligros que podia sobrevenirles, estando como estaban colocados entre Prusia, Austria y Rusia. La referida nobleza que cayó bajo el yugo de Prusia al mismo tiempo que Varsovia, no aborrecia á aquella córte como todos los polacos convertidos en prusianos, y la mayor parte de sus individuos hubiesen mirado como un cambio feliz de la fortuna pasar á ser súbditos de Alejandro, con tal que se les permitiese formar nacion, y hacer bajo el dominio del emperador de Rusia, el papel que hacen los húngaros bajo el dominio del emperador de Austria. Estar reunidos en un mismo pueblo, y pasar de un soberano aleman á otro slavo, les parecia una suerte casi envidiable, ó á lo menos la única á que debian aspirar en aquellas circunstancias. A los ojos tambien de muchos de ellos, imbuidos de secreto por las intrigas rusas, era aquel el único modo practicable de reconstituir á Polonia, porque decian que Rusia estaba cerca de ellos, y en estado de poder sostener su obra, si es que la emprendia, mientras que la existencia que recibiesen de Francia, seria precaria, efimera, y se desvaneceria así que el ejército francés se alejase. No hay duda que

habia algunas razones de prudencia que poder hacer valer en favor de aquella idea de semi-constituir á Polonia en reino, idea hija de un patriotismo á medias; pero los que formaban aquel voto, olvidaban que si la existencia que Polonia recibia de Francia, estaba espuesta á perecer así que los franceses volvieran á pasar el Rhin, la que la diesen los rusos, estaba tambien espuesta á otro riesgo tan seguro como inmediato; á saber á que el resto del imperio la absorbiese, á sufrir, en una palabra, la asimilacion completa, resultado que sin cesar debia esperar Rusia, y que no dejaria de realizar en la primera ocasion que se le presentase, como los sucesos han demostrado despues. Era preciso, pues, ó renunciar á ser polacos, ó consagrarse á Napoleon, pero consagrarse á toda costa, y cualquiera que fuese el riesgo que pudiera traerles su conducta, con todas las incertidumbres que llevaba consigo aquella empresa, el dia en que se presentase en Varsovia el omnipotente reformador de Europa. Ciertos motivos, no tan elevados como estos, obraban en la porcion de nobleza que acogia con frialdad la emancipacion de Polonia por mano de los franceses; á saber, la envidia que le causaban los generales polacos formados en nuestros ejércitos, y que llegaban á su pais con reputacion, pretensiones, y una opinion exagerada de su mérito. Sin embargo, aquellos diferentes motivos no impedian que la generalidad de la nobleza se alegrase de ver á los franceses; pero eran mas cautos en manifestar su alegria, y llevaban su prudencia hasta el extremo de querer imponer condiciones á un hombre á quien por patriotismo no debian imponer ninguna. Empero las masas, mas

unánimes, menos contenidas por la reflexion, y mejores en aquel momento, porque hay un instante, uno solo, en que la razon no vale tanto como dejarse llevar por las pasiones, y porque por ciego que sea el entusiasmo, es condicion necesaria para salvar á los pueblos, las masas, decimos, querian que todos se echasen en brazos de los franceses, induciendo á ello al pueblo, á los nobles y los sacerdotes.

Animados de tan contrarios sentimientos, los grandes de Varsovia rodearon á Murat, y fueron á manifestarle sus votos, no como una exigencia, sino como consejos que le daban, y con el objeto, segun decian, de que todos los polacos se levantasen en masa. Aquellos votos se reducian á pedir que Napoleon proclamase inmediatamente la independencia de Polonia, y que no se limitase á esto, sino que escogiese un rey en su propia familia, y lo colocase con toda solemnidad en el trono de Sobieski, añadiendo que si les garantizaba lo uno y lo otro, no volverian á dudar de las intenciones de Napoleon, ni de su firme resolucion de sostener su obra, y se entregarian á él en cuerpo y alma. El rey que debía salir de la familia imperial estaba designado de antemano, no siendo otro que aquel valiente general de caballeria, tan propio para ser rey de una nacion de ginetes, esto es, Murat, quien efectivamente alimentaba en su corazon deseos de ceñirse una corona, y con especialidad la que le ofrecian en aquel momento, pues lo mismo se adaptaba á sus heroicas inclinaciones, que á sus frivolos y fastuosos gustos. Hasta habia acomodado su traje á aquel nuevo papel, llevando de Paris los fútiles adornos

que podian dar á su uniforme francés alguna semejanza con el uniforme polaco.

Murat se hallaba devorado, desde que se casó con una hermana de Napoleon, de la pasion de reinar, y esta pasion que tan cara fué mas tarde para su gloria y su vida, se aumentó, gracias á las escitaciones de su esposa, que tenia mas ambicion que él, y era capaz por conseguir sus deseos, de inducir á su marido á que cometiese acciones reprobadas. Al ver que el trono de Polonia estaba vacante, Murat no pudo contener su impaciencia, y participando sin dificultad alguna de las ideas de la nobleza polaca, se encargó de comunicarlas á Napoleon, lo cual no era muy fácil, porque aunque éste no desconocia las brillantes y generosas cualidades que adornaban á su cuñado, desconfiaba en estremo de su veleidoso carácter, tratándole muchas veces con severidad y dureza.

Murat sabia muy bien de qué modo acogeria Napoleon unas ideas que contrariaban su politica y que tendrian por otra parte la apariencia de una proposicion interesada; de suerte que no habló del rey que designaban los polacos, contentándose con esponer sus ideas de un modo general y dar á conocer su deseo de ver proclamada inmediatamente la independencia de Polonia, y garantida por un rey francés de la familia de Bonaparte.

Mientras los cuerpos del ejército marchaban hácia Varsovia, Napoleon dejó á Berlin, y llegó el 25 de noviembre á Posen, recibiendo allí las cartas de Murat. Como no necesitaba que le diesen las cosas para saberlas, y aun en medio del mas hábil disimulo, penetraba los secretos del alma, además de que el modo de disimularlas de

Murat no era de aquellos que no pudieran penetrarse, no tardó en descubrir la ambicion que devoraba á aquel corazon, tan valiente como débil, y se enfadó no solo contra él, sino contra los polacos, viendo en lo que le proponian cálculos, reserva, condiciones, un entusiasmo á medias y por lo que hace á él, peligrosos compromisos, sin tener un equivalente en una cooperacion poderosa. Por una singular reunion de circunstancias, el mismo dia recibió pliegos de París, relativos al célebre Kociusko, á quien queria sacar de Francia, para ponerle á la cabeza de la nueva Polonia. Aquel patriota polaco, á quien impidieron en aquella época consejos desafortunados que sirviese á su patria con utilidad, vivia en París en medio de los descontentos, que eran muy pocos, y aun no habian perdonado á Napoleon el 18 de brumario, el concordato y el restablecimiento de la monarquía. Componíase aquella sociedad tan honrada como irivola de algunos senadores é individuos del antiguo Tribunalado, y Kociusko cometió el error de contestar de un modo contradictorio é intempestivo al único hombre que entonces podia salvar su patria, y que tenia intencion de hacerlo. Además de los compromisos que reclamaban los nobles de Varsovia, y que no era posible contraer al frente del Austria, Kociusko exigió otras condiciones políticas, sumamente pueriles, en el momento en que se trataba de restaurar la Polonia, y antes de saber qué constitucion se le daria. Viéndose contrariado Napoleon por los polacos de París, convertidos en ideólogos, y por los de Varsovia, convertidos en rusos, empezó á mirarlos con desconfianza y frialdad.

Por lo que respeta á Kociusko, Napoleon contestó al ministro Fouché, que era el que le habia hecho las proposiciones.—Kociusko *es un necio* que no tiene en su patria toda la importancia que cree tener, y á quien no necesito para restaurar la Polonia, si la suerte de las armas me favorece.—Tambien escribió una carta á Murat en que se expresaba así en tono severo: «Di á los polacos que con esos cálculos y esas precauciones personales, no se liberta un pais que está sufriendo el yugo extranjero, y que al contrario, levantándose todos á la vez, ciegame, sin reserva, y resueltos á sacrificar los bienes y la vida; se puede tener, no la certeza, sino la simple esperanza de sacudir ese yugo. Por lo demas, yo no he venido aquí á mendigar un trono para mi familia, porque tengo otros que dar, sino por el bien del equilibrio europeo, á intentar una empresa difficilísima, que importa á los polacos mas que á nadie, puesto que se trata de su existencia nacional, al mismo tiempo que de los intereses de Europa. Si á fuerza de entusiasmo, secundan mis esfuerzos lo bastante para que consiga mi intento, les concederé la independencia; pero si no, nada haré para que salgan del dominio de sus soberanos los prusianos y rusos. La nobleza de provincia, por lo que veo aquí, en Posen, no abriga todas las miras mentirosas de la que vive en la capital: al contrario, encuentro en ella franqueza, entusiasmo, patriotismo, lo que se necesita en fin para salvar á Polonia, y cuanto busco inútilmente en los grandes señores de Varsovia.»<sup>®</sup>

Napoleon descontento, pero sin renunciar por eso al proyecto de mudar la faz del Norte europeo por medio de la restauracion de Polonia, tomó la

resolucion de no ir á Varsovia y de permanecer en Posen, donde era objeto de un entusiasmo extraordinario. Lo que hizo fué enviar á Varsovia un polaco, cuyo talento apreciaba mucho, esto es, á Mr. Wibiski, noble que estaba mas versado en la ciencia de las leyes y la politica que en las artes de la guerra, pero que conocia á fondo su pais, y se hallaba animado de un verdadero patriotismo. Napoleon le espuso lo difícil que era su posicion, en presencia de los tres antiguos comparticipes de Polonia, dos de los cuales estaban armados contra él, y el otro dispuesto á pronunciarse; y la necesidad en que se hallaba de obrar con mucho miramiento y de hallar en un movimiento espontáneo y unánime por parte de los polacos, al mismo tiempo que un pretexto para proclamar su independencia, un socorro bastante para sostenerla. Su lenguaje, tan sensato como sincero, persuadió á Mr. Wibiski, quien se trasladó á Varsovia para hacer que participasen de las convicciones que él abrigaba, sus compatriotas mas distinguidos por su posicion y sus luces.

Aquel singular conflicto en que se hallaban Napoleon y los polacos, por querer estos que se empezase por proclamar su independencia, y el emperador que empezaran por merecerla, no debe ser un motivo de censura ni para ellos ni para él, sino una prueba de lo difícil que era realizar aquella empresa. Obrando como obraban los polacos, confesaban que creian poco sólida una existencia dada por un protector que residia tan lejos de Polonia, y le pedian para tranquilizarse, no solo que se comprometiese solemnemente, sino que afirmase su obra con los vinculos de la sangre. Na-

poleon confesaba por su parte que aunque tenia suficientes fuerzas para querer variar la faz de Europa, y la osadia necesaria para llevar la guerra hasta el Vístula, vacilaba en proclamar la independencia de Polonia, hallándose como se hallaba al frente de dos de los tres comparticipes, y teniendo el otro á su espalda. Con todo, si algo hubiese que criticar sobre esta materia, seria el modo de pensar de los polacos, pues Napoleon nada debia á estos, sino en razon de lo que hiciesen por Europa cuyo representante era, mientras que ellos lo debian todo á su patria, hasta una confianza imprudente, aunque esta confianza debiese agravar sus males. Mostrándose prudente Napoleon, cumplia con su deber, pero queriendo serlo los polacos, faltaban al suyo, pues en la situacion en que se hallaban, no consentia su deber en ser prudentes sino en estar decididos á perder la vida en defensa de su causa (1).

Situado Napoleon en Posen, en medio de la nobleza del gran ducado, que acudió á agruparse en torno suyo, se ocupó en crear uno de esos establecimientos militares que acostumbraba á for-

(1) El mariscal Davout, partidario que era de la restauracion de Polonia, escribia con fecha 1.º de diciembre: «Lo que es gente se reúne con mucha facilidad; pero faltan personas que se encarguen de organizarla é instruirla, y fusiles. El espíritu público es excelente en Varsovia; pero los grandes se valen de su influencia para calmar el ardor que es general en las clases medias. La incertidumbre sobre el porvenir les asusta, y dan á entender sobradamente que no se declararán abiertamente hasta que no se declare tambien su independencia, y nos obliguemos fácilmente á garantirla Varsovia. 1.º de diciembre de 1806.»

mar en el camino, para que le sirviesen de escalones, á medida que iba llevando la guerra á mayores distancias. Para ello compró grauos, forrages, y sobre todo paño, pues en Posen habia una fabrica importante surtida de él, organizó el reparto de los viveres, arregló los hospitales, y en una palabra hizo cuanto era menester para formar en el centro de Polonia una gran plaza-depósito. Es verdad que dicha plaza no estaba fortificada, como las de Witemberg ó Spandau, sino abierta como la ciudad de Berlin; pero la defendia el cariño de sus habitantes, consagrados de todo corazon á la causa de los franceses.

Napoleon dirigió en seguida los movimientos de su ejército conforme á su plan de invasion. Ya habia llegado á Posen el mariscal Ney; los mariscales Soult y Bernadotte caminaban hácia allí á jornadas cortas, despues de tomar en Berlin el descanso que tanto necesitaban sus tropas; la guardia y los granaderos se hallaban en Posen al lado del emperador; y el principe Gerónimo envió á los bávaros hácia Kalisch, empezando él con los wurtembergenses á circunvalar por Glogau las plazas de Silesia.

Napoleon envió al mariscal Ney de Posen á Thorn, para que tratara de apoderarse de esta última plaza, y sorprender el paso del Vistula; al mariscal Angereau le mandó prosiguiese su movimiento por la derecha costeano el Vistula desde Thorn á Varsovia; y al mariscal Lannes, que ya habia ejecutado ese mismo movimiento, que entrase en Varsovia, reemplazando al mariscal Davout, así que éste restableciera los puentes del Vistula, que unen á la ciudad de Varsovia con el arra-

bal de Praga. Al mandar á los mariscales Ney y Davout que pasasen cuanto antes el Vistula por Thorn y Varsovia, les encargó se apoderasen del paso de un modo permanente, construyendo sólidas cabezas de puente, y aplazó sus movimientos ulteriores para cuando estuviesen firmemente establecidas aquellas dos bases de operacion, ocupándose entre tanto en hacer que avanzasen sin prisa ni fatiga los cuerpos de los mariscales Soult y Bernadotte, á fin de entrar en línea al frente de todas sus tropas reunidas.

En aquel intérvalo, permanecian en Varsevia, y procuraban cumplir allí lo que mandaba el emperador, Murat con la reserva de caballeria, y el mariscal Davout con su cuerpo de ejército. Durante el tiempo que llevaban de residencia en aquella capital, ocupáronse los rusos en trasladar los viveres ó destruirlos, en echar á pique todas las barcas, y no dejar en fin ni medios de subsistencia, ni medios de pasage; pero gracias al celo de los polacos, se suplió en gran parte á cuanto faltaba. Con arreglo á autorizacion de Napoleon, á quien no dolia gastar el dinero de que estaba provisto, se celebraron contratos con los comerciantes judios, que se mostraban tan astutos como hábiles en sacar de aquellas vastas comarcas los granos de que abundaban; y aunque habia á lo largo de Gallitcia un cordon austriaco que impedia la esportacion de géneros alimenticios, los judios se encargaron de obviar la dificultad. Para ello dieron sumas considerables á los aduaneros austriacos, y con esto y darles tambien toda la sal que habia en los almacenes prusianos, prometieron dejarían pasar por el rio Pilica al Vis-

tula, y por éste á Varsovia, el trigo y la avena, trayendo ademas una cantidad considerable de ganado.

En seguida se pensó en pasar el gran rio, que dividia á la capital en dos mitades; pero lluvioso el tiempo unas veces y otras frio, lo cual era la peor de las condiciones atmosféricas en semejante pais, no permitia ni echar un puente, ni pasar sobre el hielo, porque sin estar helado el Vistula, arrastra enormes témpanos. Enviáronse destacamentos de caballería ligera á lo largo de las orillas, para que se apoderasen de las barcas que el enemigo no hubiese tenido tiempo de echar á pique, de este modo se reunió en Varsovia cierto número de ellas, pero como aun no se podia echar un puente á causa del hielo, que la corriente arrastraba con violencia, se intentó por algunos destacamentos pasar en lanchas. Se necesitaba todo el atrevimiento que da la costumbre de vencer, para que nuestros generales y soldados intentasen semejante operacion, porque aquellos destacamentos trasladados unos detras de otros, podian ser cogidos, antes que se aumentase su número hasta poder defenderse; pero así que el general ruso que mandaba la vanguardia vió que los nuestros empezaban á pasar, dió la voz de alarma, abandonó el arrabal de Praga, y se retiró hácia el rio Narew, línea militar cuya direccion daremos pronto á conocer, y que se halla á algunas leguas de Varsovia. Apresuráronse nuestras tropas á aprovecharse de aquella circunstancia, una division del cuerpo de Davout pasó á la orilla opuesta del Vistula, tomó á Praga y avanzó hasta Jablona. A todo esto los hielos que arras-

traba el Vistula no eran tantos como antes, y gracias á la intrepidez de los marinos de la guardia, así como al celo de los barqueros polacos, al cabo de pocos dias se habian construido puentes de barcas, pudiendo pasar Davout con todo su cuerpo á la orilla derecha, situarse en Praga, y aun mas allá en una fuerte posicion sobre el Narew. El cuerpo de Lannes fué á desquitarse en Varsovia de las privaciones que sufrió al volver á subir el Vistula, y el mariscal Augereau le reemplazó, tomando posiciones mas abajo de Varsovia, en Utrata, frente por frente á Modlin, es decir de la confluencia del Narew y el Vistula. Su cuerpo sufría allí mucho, y solo se alimentaba con el pan que Lannes y Murat le enviaban de Varsovia, con un esmero propio de buenos camaradas.

Mientras se realizaba el paso del Vistula en Varsovia; el mariscal Ney se dirigió por Gnesen é Inowraclaw hácia Thorn, poblacion ocupada por el cuerpo prusiano de Lestocq, que se componia de quince mil hombres, aun despues de dejar guarniciones en Graudenz y Dantzig. El mariscal Ney se acercó á Thorn, que al contrario de Varsovia, se halla en la orilla derecha del Vistula, y solo tiene en la izquierda un simple arrabal: un gran puente, que descansaba sobre arcos de madera, y se apoyaba en una isla, unia las dos orillas; pero el enemigo casi lo hubiera destruido, teniendo el mariscal Ney que avanzar con una simple cabeza de columna, y reconocer las orillas del Vistula, en compañía del coronel Savary, comandante del regimiento número 44 de línea. Thorn está situado en la frontera que separa el pais slavo del aleman, y las dos poblaciones, enemigas en

todos tiempos, lo eran mucho mas entonces, estando á punto de venir á las manos cuando llegaron los franceses. Así es que los barqueros polacos ayudaron á las tropas del mariscal Ney, y le llevaron suficientes barcas para trasportar algunos centenares de hombres. El coronel Savary, con un descamto de su regimiento, y algunas compañías del 69 de línea y el 6.º de ligeros, entró en aquellas barcas, y empezó á cruzar el rio, navegando entre enormes témpanos de hielo, en presencia del enemigo que le esperaba en la orilla opuesta. Así que se acercó, rompió el fuego de fusilería, siendo tanto mas incómodo, cuanto que el hielo, mas condensado en las orillas que en medio del rio, no permitia á las barcas abordar. Unos barqueros alemanes trataron de unir sus esfuerzos á los obstáculos del sitio, para impedir que los franceses desembarcasen; pero al ver esto los barqueros polacos, mas atrevidos y numerosos que los alemanes, se arrojaron sobre estos, los rechazaron, y entrando en el agua hasta medio cuerpo, empujaron las barcas hácia la orilla, bajo el fuego de los prusianos. Los cuatrocientos franceses que iban en ellas, saltaron al instante en tierra, corriendo hácia el enemigo, y enviadas las barcas al otro lado del Vistula, no tardaron en conducir nuevos destacamentos, apoderándose de Thorn las tropas de Ney.

Después de aquel hecho atrevido, y llevado á cabo con tan buena fortuna, Ney se dedicó á disponer las cosas de modo que tanto él como los cuerpos que fuesen á unirsele, pudieran situarse en Thorn. Lo primero que hizo fué reparar el puente, lo cual no costó mucha dificultad, en atencion

á que no lo habian destruido del todo, y en seguida, viendo que allí habia muchas barcas, porque la navegacion es mas activa en la parte baja del Vistula que en la alta, reunió las que creyó necesarias, y las envió á Varsovia, y á los puntos intermedios, especialmente Utrata, donde las necesitaba en gran manera el mariscal Augereau, para poder trasportar sus víveres. Después se ocupó en hacer en Thorn lo que ya se habia hecho en Posen y Varsovia, es decir crear provisiones de víveres, hospitales, y toda clase de establecimientos, conduciendo por medio de la navegacion los grandes recursos que habia en Bromberga, poblacion situada en el canal de Nackel, á poca distancia de Thorn. Ney formó en seguida los siete regimientos de que se componia su cuerpo de ejército al rededor de Thorn, colocándolos como los rayos que van á parar á un centro, y en la circunferencia la caballeria ligera, á fin de librarse de los cosacos, que son unos batidores tan activos como incómodos.

Cuando Napoleon supo que, gracias al celo y la osadía de sus lugartenientes, era dueño del curso del Vistula en dos puntos tan principales como Thord y Varsovia, paralizó el plan de operaciones que habia formado para fines del otoño, pues conocia lo bastante el estado del pais y la accion que las lluvias egercian sobre aquel suelo arcilloso, para no decidirse á tomar cuarteles de invierno. Antes sin embargo queria dar á los rusos un golpe, sino decisivo, suficiente á lo menos para rechazarlos hasta el Niemen, y que él pudiera tomar sus cuarteles de invierno á lo largo del Vistula. A fin de que se comprendan mejor los movimientos

que meditaba, daremos una idea exacta de los sitios, y de las posiciones que el enemigo habia ocupado en ellos.

Cuando el rey de Prusia fué rechazado del rio Oder, se dirigió hacia el Vistula; pero rechazado allí tambien, se retiró á Königsberg, situado á orillas del Pregel, de suerte que hallándose en aquella estremidad de su reino, le quedaba que defender, de acuerdo con los rusos, el espacio comprendido entre el Vistula y el Pregel. El terreno presenta allí los mismos caracteres que entre el Elba y el Oder, y entre el Oder y el Vistula, es decir, una larga cordillera de dunas paralelas al mar, que retienen las aguas y son causa de que se formen una porcion de lagos, que se estienden desde el Vistula al Pregel. Esos lagos corren, unos directamente hácia el mar por medio de riachuelos que van á desaguar en él, y otros hácia lo interior del pais, por una multitud de arroyos, tales como el Omulew, el Orezyc y el Ukra, que desaguan en el Narew, y con este en el Vistula. Aquel pais singular, comprendido entre el Vistula y el Pregel, tiene dos vertientes, una que mira hácia el mar, es alemana, fué colonizada antiguamente por la orden teutónica, y está muy bien cultivada; y otra que mira á lo interior, poco habitada, poco cultivada, cubierta de espesas arboledas, y casi impenetrable en el invierno: es decir que en la parte de mar habia recursos, y en lo interior no se encontraba otra cosa que obstáculos y falta de medios de subsistencia. En la embocadura del Vistula y el Pregel, hay dos grandes poblaciones comerciales, que son Dantzic en la primera, y Königsberg en la segunda, llenas en la época de que ha-

blamos de recursos inmensos, sacados del pais, ó de los que los ingleses habian llevado y estaban llevando todos los dias. Perfectamente fortificada Dantzic, y provista de una guarnicion numerosa, no podia caer en poder nuestro sino al cabo de un largo sitio; por manera que para los rusos y prusianos era un punto de apoyo, de gran importancia en la parte baja del Vistula, y hacia que fuese precaria nuestra instalacion en la parte alta, permitiendo siempre al enemigo poder pasar aquel rio hácia nuestra izquierda, y amenazarnos por la espalda. Mal fortificada Königsberg, pero defendida por la distancia, contenia los últimos recursos de Prusia, en material, municiones, dinero, oficiales y soldados, era el principal depósito del enemigo, y su medio de comunicacion con los ingleses. Entre Dantzic y Königsberg se entiende una gran laguna llamada Friche-Haff, parecida á las de Venecia y Holanda, y formada con lo mismo que ha producido todos los fenómenos de aquel territorio, esto es la acumulacion de arenales, que colocados en un largo banco paralelo á la orilla, separan las aguas llovedizas de las maritimas, formando un mar intermedio. El mismo fenómeno se observa en la embocadura del Oder con el nombre de Grosse-Haff, y en la del Niemen con el de Curische-Haff. Además de Dantzic y Königsberg, otras poblaciones comerciales, como Mariemburgo, Elbinga y Brannsbérga, situadas en derredor de Friche-Haff, presentan un cordon de ricas y populosas ciudades, siendo todo lo que quedaba á Federico Guillermo, de la monarquía prusiana. El referido monarca, situado en Königsberg, habia esparcido sus tropas entre esta poblacion y la

de Dantzig, enlazando sus operaciones con las de los rusos por la parte de Thorn, de manera que defendia la bajada hácia el mar con treinta mil hombres, incluidas las guarniciones. Los rusos con cien mil, ocupaban la vertiente interior, apoyada la espalda en unos bosques espesos, y protegidos por los rios Ukra y Narew, rios que se reunen antes de desaguar en el Vistula, y describen un ángulo cuyo remate vá á apoyarse en aquel gran rio, algo mas abajo de Varsovia.

Los coligados podian ejecutar dos combinaciones; ó reunirse en masa hácia el mar, para aprovecharse de los muchos puntos de apoyo que poseian en el litoral, sobre todo Dantzig, y pasar por la parte baja del Vistula, obligándonos á volver á tomar la alta, sino queriamos que nos cogiesen la vuelta; ó dejar que los prusianos guardasen el mar, y comunicándose entre sí por medio de algunos destacamentos colocados en la línea de los lagos, conducir los rusos hácia la region de los bosques, en el ángulo descrito por el Ukra y el Narew, formando así una especie de rinconada, y dirigiendo la estremidad hácia Varsovia. Napoleón estaba preparado para uno y otro caso, siendo su proyecto, si los prusianos y rusos obraban en masa hácia el mar, subir de nuevo el rio Narew, por los caminos que atraviesan la region interior, y despues dejarse caer por la izquierda, para arrojar al enemigo al mar ó hácia la parte baja del Vistula. Mas si, al contrario, se quedaban los prusianos hácia la costa, entre Dantzig y Königsberg, y los rusos avanzaban á lo largo de Narew y el Ukra sobre Varsovia, penetrando Napoleón por Thorn entre unos y otros, estaba decidido á girar perpendicu-

larmente sobre la derecha, cuya estremidad descansaria sobre Varsovia, subir por la izquierda, á fin de separar con aquel movimiento de conversion á los prusianos de los rusos, y arrojar á estos en el caos de bosques y pantanos que hay en lo interior. Si se lograba esta separacion, era fácil de conquistar la region marítima, defendida por algunos miles de prusianos, y al mismo tiempo nos apoderábamos de todas las riquezas materiales de la coalicion.

Segun las apariencias, los coligados habian adoptado la segunda de las dos combinaciones que acabamos de describir, pues, los prusianos ocupaban la region marítima, ligando sus operaciones con las de los rusos por medio de un destacamento situado en las cercanias de Thorn, y los rusos estaban formados en masa en la region inferior, sobre el Narew y los riachuelos que en él desaguan. El general Benningsen, que mandaba el primer ejército ruso, compuesto de cuatro divisiones, se habia replegado del Vistula al Narew, al acercarse los franceses, y tomado posiciones en el fondo del ángulo formado por los rios Ukra y Narew; el general Buxhoevden, con el segundo ejército, compuesto tambien de cuatro divisiones, estaba detras sobre la parte alta del Narew y el Omulew, en las cercanias de Ostrolenka; y el general Essen no habia llegado aun al teatro de la guerra con las dos divisiones de reserva. A fin de adular las pasiones de los ya veteranos soldados rusos, se nombró comandante en gefe de todas aquellas tropas, al general Kamenski, lugarteniente que fué de Suwarow, y que era tan rudo y enérgico como el ilustre guerrero moscovita,

pero no tenía ninguno de sus talentos. Después de retrogradar en un principio en presencia de los franceses, echando menos los rusos el terreno perdido, quisieron volver hacia adelante; pero al ver que nuestro ejército estaba muy bien preparado para recibirlos, tornaron á ocupar sus posiciones detras del Ukra y el Narew.

Así que Napoleón se enteró de la situación en que se hallaban los prusianos y rusos, esto es de que los primeros se habían establecido á lo largo del mar, y aglomerado los segundos en la region interior, ligándose entre si unos y otros hacia Thorn de un modo débil, resolvió oponerles la maniobra que habia ideado para este caso, es decir, desembocar por Thorn con su izquierda reforzada, separar los prusianos de los rusos, y arrojar á estos en las escabrosidades de lo interior. Ya habia dirigido hacia Thorn al mariscal Ney; pero encaminó tambien allí al mariscal Bernadotte con el primer cuerpo, y la division de Dupont, enviando el cuerpo del mariscal Soult intermedariamente por Sempolno hacia Plock, para que pasase el Vistula entre Varsovia y Thorn, y encargándole ligase sus operaciones, por la izquierda con los mariscales Ney y Bernadotte, y por la derecha con el mariscal Augereau. Como los dragones remontados en Potsdam se habian incorporado ya al ejército, Napoleón los reunió á la porcion de caballería pesada que habia estado descansando en Berlin, y compuso con ellos una segunda reserva de tropas de á caballo, que confió al mariscal Bessières, quien dejó por un momento el mando de la guardia imperial. Enviada á Thorn aquella segunda reserva, que ascendia de siete á ocho

mil caballos, se agregó á los cuerpos de los mariscales Ney y Bernadotte, con lo cual se reunió en el extremo izquierdo del ejército francés una columna de cuarenta á cuarenta y cinco mil hombres, que bastaba para realizar el movimiento de conversion proyectada. El mariscal Soult, á la cabeza de veinte y cinco mil hombres, formaba el centro; los mariscales Augereau, Davout y Lannes, formaban la derecha, destinada á apoyarse en Varsovia; y todos aquellos cuerpos estaban bastante cerca unos de otros para cooperar de consuno, y poder presentar en el espacio de algunas horas, setenta mil hombres en cualquier punto donde apareciese el enemigo confiado en sus muchas fuerzas. Napoleón suponía, pues, que si su izquierda avanzaba á marchas rápidas mientras la derecha giraba perpendicular y lentamente, podria recoger á los rusos de paso, y después de separarlos de los prusianos, arrollarlos del rio Ukra al Narew, y de este hacia Bug, lejos del mar y perdidos en lo interior de Polonia. Si el tiempo favorecia estos proyectos, facilitando las armas, era posible que los rusos fuesen rechazados á tanta distancia de su base de operaciones, y del pais en que vivian, que su derrota se convirtiese en un verdadero desastre.

Queriendo Napoleón girar sobre Varsovia, pero poder igualmente alejarse de ella en caso necesario, si se veia obligado á seguir el movimiento de su izquierda y subir con ella, mandó hacer obras de importancia en el arrabal de Praga. Reducianse estas obras á fortificarlo con unas hechas de tierra y madera, lo que equivale á una escarpá de mampostería, debiendo añadir que fortifi-

cado aquel barrio de este modo, debía servir de cabeza de puente en Varsovia. En seguida mandó Napoleon al mariscal Davout, que se había dirigido desde el Vistula hacia el Narew, echase un puente en este último rio, y lo pusiese en estado de defensa; y al mariscal Augereau, que se preparase para pasar el Vistula por Modlin, echase allí tambien un puente fijo, y lo hiciese inatacable en una y otra orilla. Al general Chasseloup se le encargó trazase las obras mandadas hacer, encargándole igualmente Napoleon emplease exclusivamente tierra y madera, colocase allí la artillería gruesa cogida al enemigo, y diese trabajo, pagándoles por supuesto, á gran número de jornaleros polacos. Concluiremos diciendo que Napoleon deseaba que aquellas fortificaciones de tierra y madera, adquiriesen el valor de una fortificación permanente, para que dejando allí á los polacos recién armados y algunos destacamentos franceses, pudieran defenderlas, mientras el ejército se dirigía hacia adelante, si así lo exigía el resultado de las operaciones emprendidas.

Como las órdenes de Napoleon siempre se ejecutaban con puntualidad, á menos que no fuese absolutamente imposible darles cumplimiento, por que él mismo cuidaba de su ejecución con suma vigilancia, el general Chasseloup dió principio al instante á las obras mandadas hacer; pero le costó trabajo encontrar jornaleros, pues de resultas de las violencias ejercidas por los rusos, y el temor de que los franceses hiciesen otro tanto, los aldeanos habían huido con familias, ganado, acémilas y carros hacia el territorio de la Polonia austriaca, cuya frontera, por lo inmediata, y por es-

tar cerrada á los dos ejércitos beligerantes, presentaba un asilo próximo y seguro. Aldeas enteras habían huido, llevando al frente sus sacerdotes, á fin de librarse de los horrores de la guerra, y no se encontraban brazos por ningún precio. En Varsovia era donde había algunos, pero casi todos estaban ocupados en construir hornos, y arreglar los establecimientos militares que era preciso proporcionar á un ejército de doscientos mil hombres, no pudiendo emplearse en otra parte. Echóse mano, pues, de los soldados; pero desgraciadamente empezaban estos á resentirse de las fatigas, y sobre todo de la influencia de la estación, hasta entonces mas húmeda que fría. Resentíanse tambien de las privaciones, porque las provisiones pedidas á Galiçia no llegaban, y aun en Varsovia no andaban muy abundantes en cuanto á alimento. El mariscal Lannes estaba allí acampado con sus dos divisiones; el mariscal Davout mas allá, es decir en la orilla del Narew, rio que desagua en el Vistula, algo mas abajo de Varsovia; y desde Varsovia al Narew había cerca de ocho leguas, muchas landas, poco terreno cultivado y menos habitaciones. Los soldados del cuerpo de Davout tenían que comer carne de cerdo, por carecer de vaca ó carnero, y estaban atacados de disenteria, no comiendo ademas otro pan que el poco ó mucho que le enviaban todos los días. El mariscal de quien vamos hablando, tenía su cuartel general en Jablona, y la cabeza de su columna en la misma orilla del Narew, hacia Okunin, frente por frente á la confluencia del Ukra y el Narew. No contento con esto, y á pesar de las vanguardias rusas, pasó el Narew, echó

un puente en dicho río, con la ayuda de algunas barcas que se habían recogido, y mandó hacer obras de defensa en los extremos del puente; de suerte que podía maniobrar en una y otra orilla. Sin embargo, pasó el Narew mas abajo del puente en que el Ukra se reúne con él, y le faltaba pasarlo mas arriba, ó por el mismo Ukra, para penetrar en el ángulo que ocupaban los rusos; pero como eran muchos, y estaban fuertemente atrincheros en un terreno elevado, cubierto de arbolado, y armado con artillería, solo podíamos atacarlos pasando el Ukra á viva fuerza, ó lo que es lo mismo, trabar la lucha que solo debía emprenderse estando presente Napoleon.

Los trabajadores del mariscal Davout casi se daban la mano con los del mariscal Augereau, quien se ocupaba con actividad en levantar las obras que se le había mandado hacer en el Vistula, hácia Modlin, en el sitio en que este río mezcla sus aguas con las del Narew; pero carecia de los medios necesarios, porque todo lo habían destruido los rusos al tiempo de retirarse. Doce barcas, recogidas no solo en la parte alta sino en la baja de Modlin, le sirvieron para que los destacamentos fuesen pasando unos tras de otros, y se afanaba en construir un vasto puente en Modlin, con obras defensivas en las dos orillas. Empero, colocadas sus tropas en medio de los arenales que hay en aquella parte del país, vivían aun peor que las del mariscal Davout, por lo cual tenía prisa de trasladarse á Plonks, mas allá del Vistula, frente por frente al Ukra, y en una comarca mas fértil. El mariscal Soult, por su parte, hizo las marchas que le mandó el emperador, y

empezó á pasar por Plonks, desde donde podía, ó reunirse con el mariscal Augereau, que estaba en Plonks, ó con los mariscales Ney, y Bernadotte, que se hallaban en Biezun, segun diesen de si las circunstancias. En cuanto á los cuerpos, cuya base de operaciones era Thorn, no carecían de nada.

Aquellos vencedores tan listos, que el año anterior invadieron el Austria con tanta prontitud, hallábanse casi detenidos en su marcha triunfal, por un clima húmedo, y nebuloso, un terreno movedizo, arenoso unas veces, y otras pantanoso, y la escasez de viveres, que se iba aumentando á medida que desaparecían los campos cultivados y las poblaciones. Sorprendidos de ello, pero no abatidos, decían mil bromas acerca del cariño que los polacos tenían á semejante patria, y no pedían otra cosa sino que el enemigo de Austerlitz, se les pusiese delante, para vengarse en él de las desgracias causadas por el terreno y el clima.

Al ver Napoleon que los rusos avanzaron primero, retrocedieron despues, y por último, se retiraron de un modo definitivo, creyó que se replegaban hácia el río Pregel, para tomar allí cuarteles de invierno, y mandó á Murat y á Bessieres que los persiguiesen, á la cabeza de cinco mil caballos, el uno de ellos desembocando por Varsovia, con la primera reserva de caballería, y el otro por Thorn con la segunda. Pero no tardó en recibir partes del mariscal Davout, quien, situado como se hallaba en la confluencia del Narew y el Ukra veía á los rusos fuertemente establecidos detras de dichos dos rios; otros del mariscal Augereau,

conformes con los anteriores, y sobre todo del mariscal Ney, que acostumbraba á observar al enemigo de mas cerca, por cuyos partes conoció que ya era tiempo de marchar contra los rusos, y aun preciso, si no queria dejar que invernasen en una posicion demasiado inmediata al ejército francés. Por otra parte, ya se habian acabado los puentes del Vistula, que se proponia convertir en otros tantos puntos de apoyo, y provistos como estaban de algunas obras defensivas, eran capaces de resistir bastante, con tal que hubiese en ellos algunas tropas.

Napoleon salió, pues, de Posen en la madrugada del 15 de diciembre, á los diez y nueve dias de haber permanecido allí, pasó por Kutno y Lowicz, envió á todas partes viveres y medios necesarios para establecer hospitales de sangre, para en caso de un movimiento retrógrado poco probable, pero que su prudencia no podía dejar de tomar en cuenta, y cuidó, en fin, de que sus columnas marchasen hácia Varsovia, ocupándose mas que nada, en que llegasen á aquella ciudad, la guardia y los granaderos de Oudinot (1).

(1) La siguiente carta, indica, harto bien, la situacion en que se hallaban las cosas en el momento de que hablamos en el anterior relato.

*Al general Clarke.*

Lowicz, 18 de diciembre de 1806, á las 7 de la noche.

En este instante acabo de llegar á este punto, y os escribo para que no os alarmeis. Aqui nada hay de nuevo; los ejércitos están en presencia uno de otro, hallándose los rusos en la ori-

Para evitar ruidosas demostraciones, porque no le convenia pagar con compromisos imprudentes algunas aclamaciones populares, entró de noche en la capital de Polonia, á donde ya habia llegado Wibiski, dedicándose con toda la habilidad de su talento, á persuadir á sus compatriotas que debian consagrarse á Napoleon, antes de exigir que él lo hiciera. Muchos de ellos se rindieron á la evidencia de las razones que les dió, siendo uno de los que se ofrecieron á secundar los proyectos de Napoleon, el principe de Poniatowski, sobrino del último rey, jóven, brillante, valeroso, y que era una especie de héroe, adormecido en la molicie, pero dispuesto á despertar, así que oyese el bélico estruendo. El conde de Potoki, el anciano Malakouski, mariscal que fué de una de las últimas dietas, y otros que habian ido á Varsovia, se reunieron en torno de las autoridades francesas, para ver de formar un gobierno; y efectivamente,

Ha derecha del Narew, y nosotros en la izquierda. Además del puente de Praga, tenemos otros dos, uno en Modlin, y otro en Narew, en la embocadura del Ukra, sin contar á Thorn, y que nuestro ejército, coge veinte leguas, antes de que haya manobrado el enemigo; noticia que os conviene saber. Es muy posible que dentro de ocho dias tengamos una accion que ponga fin á la campaña, y así tomad toda clase de precauciones, para que no quede un fusil ni en Berlin ni en el campo; para poner en buen estado de defensa á Spandau, y Custrin, y para que el servicio sea completo en todas partes.

Escribid á Maguncia y Paris, solo por escribir, diciendo que nada hay de nuevo, y lo que es preciso hacer, en general, todos los dias cuando no pasen correos míos, porque así destruiremos las malas voces que circulen.

NAPOLEON.

conformes con los anteriores, y sobre todo del mariscal Ney, que acostumbraba á observar al enemigo de mas cerca, por cuyos partes conoció que ya era tiempo de marchar contra los rusos, y aun preciso, si no queria dejar que invernasen en una posicion demasiado inmediata al ejército francés. Por otra parte, ya se habian acabado los puentes del Vistula, que se proponia convertir en otros tantos puntos de apoyo, y provistos como estaban de algunas obras defensivas, eran capaces de resistir bastante, con tal que hubiese en ellos algunas tropas.

Napoleon salió, pues, de Posen en la madrugada del 15 de diciembre, á los diez y nueve dias de haber permanecido allí, pasó por Kutno y Lowicz, envió á todas partes viveres y medios necesarios para establecer hospitales de sangre, para en caso de un movimiento retrógrado poco probable, pero que su prudencia no podía dejar de tomar en cuenta, y cuidó, en fin, de que sus columnas marchasen hácia Varsovia, ocupándose mas que nada, en que llegasen á aquella ciudad, la guardia y los granaderos de Oudinot (1).

(1) La siguiente carta, indica, harto bien, la situacion en que se hallaban las cosas en el momento de que hablamos en el anterior relato.

*Al general Clarke.*

Lowicz, 18 de diciembre de 1806, á las 7 de la noche.

En este instante acabo de llegar á este punto, y os escribo para que no os alarmeis. Aqui nada hay de nuevo; los ejércitos están en presencia uno de otro, hallándose los rusos en la ori-

Para evitar ruidosas demostraciones, porque no le convenia pagar con compromisos imprudentes algunas aclamaciones populares, entró de noche en la capital de Polonia, á donde ya habia llegado Wibiski, dedicándose con toda la habilidad de su talento, á persuadir á sus compatriotas que debian consagrarse á Napoleon, antes de exigir que él lo hiciera. Muchos de ellos se rindieron á la evidencia de las razones que les dió, siendo uno de los que se ofrecieron á secundar los proyectos de Napoleon, el principe de Poniatowski, sobrino del último rey, jóven, brillante, valeroso, y que era una especie de héroe, adormecido en la molicie, pero dispuesto á despertar, así que oyese el bélico estruendo. El conde de Potoki, el anciano Malakouski, mariscal que fué de una de las últimas dietas, y otros que habian ido á Varsovia, se reunieron en torno de las autoridades francesas, para ver de formar un gobierno; y efectivamente,

Ha derecha del Narew, y nosotros en la izquierda. Además del puente de Praga, tenemos otros dos, uno en Modlin, y otro en Narew, en la embocadura del Ukra, sin contar á Thorn, y que nuestro ejército, coge veinte leguas, antes de que haya manobrado el enemigo; noticia que os conviene saber. Es muy posible que dentro de ocho dias tengamos una accion que ponga fin á la campaña, y así tomad toda clase de precauciones, para que no quede un fusil ni en Berlin ni en el campo; para poner en buen estado de defensa á Spandau, y Custrin, y para que el servicio sea completo en todas partes.

Escribid á Maguncia y Paris, solo por escribir, diciendo que nada hay de nuevo, y lo que es preciso hacer, en general, todos los dias cuando no pasen correos míos, porque así destruiremos las malas voces que circulen.

NAPOLEON.

nombraron uno provisional, empezando todo á marchar, aunque habia murmuraciones, inevitables entre gente de tan poca esperiencia, y que tanto se inclinaba á la envidia. Diéronse armas, organizáronse batallones, no solo en Varsovia, sino en Posen, y queriendo Napoleon ayudar al nuevo gobierno polaco, le exceptuó del pago de toda contribucion, con tal que suministrase los viveres de urgente necesidad. Por lo demas, la alta sociedad de Varsovia, se mostró muy solícita en servirle, y toda la nobleza polaca, abandonó sus castillos para ir á ver y saludar al hombre grande que queria ser el libertador de Polonia.

A pesar que llegó el día 18 por la noche, quiso Napoleon montar á caballo el 19 por la mañana, para ir á reconocer personalmente, que posición ocupaba el mariscal Davout, en el Narew, pero una espesa niebla se lo impidió. Dispuso, pues, lo necesario para atacar al enemigo, del 22 al 23 de diciembre, y escribió á Davout, diciéndole: «Ya es tiempo de que tomemos cuarteles de invierno; pero esto no puede verificarse, hasta que no rechacemos á los rusos.»

Las cuatro divisiones del general Benningsen iban delante, siendo la primera la del conde Tolstoy que estaba apostada en Czarnowo y ocupaba el remate del ángulo que formaban al reunirse el Ukra y el Narew. La del general Setmaratzki, situada detrás hácia Yebroszki, guardaba las cercanías del Narew; la del general Saken, situada tambien detrás hácia Lopaczina, guardaba las inmediaciones del Ukra; la del principe Gallitzin que se hallaba de reserva en Pultusk, y las cuatro que mandaba el general Buxhoevden, esta-

ban muy distantes de las del general Benningsen y no podian favorecerlas mucho, porque acantonadas dos de ellas en Pupou, observaban el territorio situado entre los rios Narew y Bug, y porque las otras dos estaban acampadas mas lejos todavia en Makow y Ostrolenka. Rechazados los prusianos de Thorn, hallábanse en la parte alta del Ukra, hácia Soldau, enlazando sus operaciones con las de los rusos por la parte del mar, y ya habiamos dicho que aun no habian llegado las dos divisiones de reserva del general Essen, de suerte que la masa total de los coligados que debian entrar en accion, se componia de ciento quince mil hombres.

Fácil es conocer que no era muy afortunada la combinacion de los rusos por lo que hace al ángulo del Ukra y el Narew, y que habian concentrado allí pocas fuerzas: si en vez de tener solo una division en la punta del ángulo, y otra á cada lado á demasiada distancia de la primera, ó lo que es lo mismo, cinco fuera del radio, se hubiesen distribuido con inteligencia en aquel terreno tan favorable para la defensiva; si hubiesen ocupado fuertemente la confluencia al principio, y despues los dos rios, esto es el Narew desde Czarnow á Pultusk, y el Ukra desde Posnichowo á Kolozomb; y por último, si hubieran colocado de reserva en una posición central, como por ejemplo en Nasielsk, una masa principal dispuesta á acudir á cualquier punto amenazado, hubieran podido disputarnos el terreno con ventaja propia, pero los generales Benningsen y Buxhoevden no se querian bien, por lo cual no procuraban acercarse uno al otro, y el anciano

Kamenski que habia llegado la vispera, no tenia ni el talento ni la voluntad que se necesitaba para tomar otras disposiciones que las que ya habian adoptado ellos, segun la inclinacion de cada cual.

Napoleon, que solo veia desde fuera la posicion de los rusos, conocia que estaban atrincherados detras del Narew y el Ukra para guardar sus orillas; pero sin saber como estaban alli situados ni de qué modo habrian distribuido sus fuerzas. Sin embargo, creyó que era preciso quitarles desde luego la confluencia donde era probable se defendiesen enérgicamente, y así que hubiese tomado dicho punto, procederá la ejecucion de su plan, plan que consistia en arrojar á los rusos, por medio de un movimiento de conversion de izquierda á derecha, al pais pantanoso y cubierto de arbolado que hay en el interior de Polonia. En consecuencia, despues de reiterar á los mariscales Ney, Bernadotte y Bessieres, que formaban su izquierda, la órden que ya les habia dado sobre que se dirigiesen rápidamente desde Thorn á Biezun, hácia el curso superior del Ukra, y á los mariscales Soult y Augereau; que formaban su centro, la de que saliesen de Plock y Modlin para reunirse en Plonsk sobre el Ukra, se puso á la cabeza de su derecha, compuesta del cuerpo de Davout, del de Lannes, la guardia y la reserva, y resolvió forzar al instante la posicion que ocupaban los rusos en la confluencia del Ukra y el Narew, dejando para defender las obras de Praga, á los polacos recién armados, con una division de dragones, fuerza suficiente para contrarestar cualquier suceso imprevisto,

porque el ejército no debia alejarse mucho de Varsovia. Napoleon llegó á Okunin el dia 23 diciembre por la mañana, con un tiempo húmedo y estando los caminos llenos de barro; pero inmediatamente echó pie á tierra, para enterarse por sí mismo de si estaban bien ó mal tomadas las disposiciones. Aquel general, que segun dicen algunos criticos, al mismo tiempo que dirigia ejércitos de trescientos mil hombres, no sabia conducir una brigada al fuego, reconoció personalmente las posiciones enemigas, y colocó donde le pareció oportuno hasta compañías de cazadores.

Habiamos ya pasado el Narew por Okunin, mas abajo de la confluencia del Ukra y el otro espresado rio; mas para penetrar en el ángulo que forman los dos, era preciso pasar uno de ellos mas arriba del puente en que se reunen; y siendo como era el Ukra el menos ancho, prefirieron los nuestros pasar por este, para lo cual se aprovecharon de una isla que lo dividia en dos brazos cerca de su embocadura, á fin de disminuir la dificultad. Situados en dicha isla, tenian que pasar el otro brazo para llegar á la punta de tierra que ocupaban los rusos, entre el Ukra y el Narew, punta de tierra que, cubierta de gigantescos árboles, de arbustos y malezas, cortados pero que empezaban á brotar, y de pantanos, presentaba á la vista un bosque espesísimo: mas allá no era tan escabroso dicho bosque, luego subia el terreno y presentaba un repecho que se extendia desde el Narew al Ukra; viéndose á la derecha de aquella trinchera natural, la aldea de Garnowo sobre el Narew y á la izquierda la de Posnichowo sobre el Ukra. Los rusos tenian en el bosque una van-

guardia de tiradores, siete batallones, una numerosa artillería en la parte alta del terreno, dos batallones de reserva, y toda la caballería detrás, y así que Napoleón llegó á la isla, subió por medio de una escala al tejado de una casa de campo, estudió con su anteojo la posición de los rusos y tomó las siguientes disposiciones: esparció gran número de tiradores por todo lo largo del Ukra, y mucho más arriba del punto por donde debía pasarse, mandándoles hiciesen un fuego vivísimo, y que encendiesen grandes hogueras con paja húmeda, para que el río se cubriese de un humo espeso y se figurasen los rusos íbamos á atacarlos más arriba de la confluencia hácia Posnichowo. También dirigió hácia allí á la brigada de Gauthier, del cuerpo de Davout; á fin de llamar más y más la atención del enemigo; y mientras estas órdenes se ejecutaban, reunió á la caída de la tarde todas las compañías de cazadores de la división de Morand, en el punto por donde se proponía pasar, mandándoles tirasen sobre la otra orilla por entre los árboles, para ver de alejar los puestos avanzados del enemigo, en tanto que los marinos de la guardia traían las barcas reunidas en el Narew.

El 17 de línea y el 13 de ligeros estaban formados en columna, y dispuestos á embarcarse por destacamentos, el resto de la división de Morand se hallaba en masa detrás, á fin de pasar cuando el puente estuviese concluido; las demás divisiones del cuerpo de Davout aguardaban en el puente de Okunin que llegase el momento de poder obrar, y Lannes avanzaba presuroso desde Varsovia á Okunin.

Los marinos de la guardia no tardaron en traer algunas barcas, con cuya ayuda fueron transportados de una orilla á otra varios destacamentos de cazadores, los cuales penetraron en el bosque y alejaron de él al enemigo, mientras que los oficiales pontoneros y los marinos de la guardia se ocupaban en echar de prisa y corriendo un puente de barcas.

En estado ya de poder pasarse por él, la división de Morand lo pasó á las siete de la noche en columnas cerradas, y se dirigió hácia adelante, precedida por el 17 de línea, el 13 de ligeros y una nube de tiradores. Las tropas avanzaban protegidas por las sombras de la noche y de los árboles, y los zapadores de los regimientos iban abriendo paso á la infantería por medio del bosque, cuando salvados aquellos primeros obstáculos, halláronse á descubierto, al frente de la ladera que había entre el Narew y el Ukra y que estaba protegida, ora por madera cortada y hacinada, ora por una numerosa artillería. En medio de la oscuridad de la noche, empezaron á hacer los rusos contra nuestras columnas un fuego nutrido de metralla y fusilería, que nos causó algún daño; pero mientras que los cazadores de la división de Morand y el 13 de ligeros se acercaban en clase de tiradores, el coronel Lanusse, á la cabeza del 17 de línea, se formó en columna de ataque sobre la derecha, para apoderarse de las baterías rusas. Ya había tomado una, cuando los rusos se dirigieron en masa sobre su flanco izquierdo, y le obligaron á retroceder; pero en aquel mismo momento llegaba el resto de la división de Morand, decidido á sostener á sus dos primeros regimientos.

Efectivamente, como al 13 de ligeros se le hubieran acabado los cartuchos, le reemplazó el regimiento número 30, y los nuestros se dirigieron otra vez por la derecha á atacar la aldea de Czarnowo, mientras que hácia la izquierda se encaminaba el general Petit con cuatrocientos hombres escogidos á atacar las trincheras rusas colocadas contra el Ukra, frente por frente á Posnichowo. A pesar de ser de noche, maniobrabase con el mayor orden, atacando á Czarnowo dos batallones del regimiento número 30, y uno del 17, para lo cual uno de ellos costó la orilla del Narew, y los otros dos treparon directamente por la ladera en que está edificada la aldea. Aquellos tres batallones tomaron á Czarnowo, y seguidos por los regimientos números 51 y 61, fueron á parar á la derecha rechazando á los rusos á la llanura que se vé mas allá. Al mismo tiempo, asaltaba el general Petit las trincheras enemigas hácia el Ukra, y secundado por el fuego de artillería que la brigada de Gauthier hacia sobre la otra orilla, se apoderaba de ellas. Es decir, que á eso de media noche éramos dueños de las posiciones que los rusos ocupaban en el Narew y el Ukra; pero en la lentitud en que se retiraban, segun permitia descubrir la oscuridad, debia creerse volverian á la carga, y con este motivo el mariscal Davout envió la segunda brigada de la division de Gudin para que socorriese al general Petit, mas espuesto que nadie. Segun se habia previsto, los rusos volvieron á la carga durante la noche por tres veces, con el intento de recobrar la posicion que habian perdido, y echar á los franceses de la ladera, hácia la punta de tierra cubierta de arbolado y pantanosa

en que habian desembarcado; pero los nuestros les dejaron que se acercasen á treinta pasos, y contestando las tres veces á su ataque con un fuego hecho á boca de jarro, les obligaron á pararse; luego los alcanzaron, y los rechazaron á la bayoneta, hasta que estando muy adelantada la noche, se declararon en retirada hácia Nasielsk. Jamás se ha dado de noche un combate con mas orden, exactitud y audacia: los rusos dejaron en nuestro poder entre muertos, heridos y prisioneros, unos mil ochocientos hombres, y mucha artillería, perdiendo nosotros por nuestra parte, setecientos hombres, entre ellos cien muertos.

Napoleon que no habia dejado el sitio del combate, felicitó al general Morand y al mariscal Davout por su buena conducta, y se apresuró en seguida á sacar las consecuencias que se desprendian del paso del Ukra, dando las órdenes que exigian las circunstancias. Privados los rusos del punto de apoyo que tenian en la confluencia del espresado rio y del Narew, no debia ocurrirles defender el Ukra cuya linea acababa de ser forzada en su embocadura; pero como no sabiamos cual era su verdadera situacion, era de temer se hallasen con bastantes fuerzas en el puente de Kolozomb sobre el Ukra frente por frente á Plonsk, punto donde debian encontrarse los cuerpos de los mariscales Soult y Angereau. Napoleon dispuso que la reserva de caballería mandada á la sazón por el general Nansouti, por haber caído enfermo en Varsovia Murat, subiese el Ukra por las dos orillas y fuese batiendo sus cercanias hasta Kolozomb para enlazar sus operaciones con las de los mariscales Angereau y Soult, ayudar-

les á pasar el Ukra si hallaban dificultades y ligarlos por último por el mariscal Davout que iba á marchar hácia adelante, atravesando por medio del pais comprendido entre el Ukra y el Narew. Al mariscal Davout le mandó se encaminase directamente hácia Nasielsk, haciendo que lo apoyasen la guardia y la reserva, y en fin, previno al mariscal Lannes pasase el Ukra por el mismo sitio donde acabábamos de forzar el paso, y que subiese á la derecha del cuerpo de Davout, costando el Narew hasta Pultusk, poblacion que iba á ser un punto de gran importancia, porque rechazados los rusos del Ukra sobre el Narew, solo tenian para pasar este último rio los puentes que hay en Pultusk; ademas como era natural, se confirmó la orden que ya se había dado á los mariscales Soult y Augereau de que se dirigiesen hácia Plonsk para pasar por allí el Ukra, y los mariscales Ney, Bernadotte y Bessieres de que avanzasen rápidamente hácia Biezun, ó lo que es lo mismo hácia el origen de Ukra.

Napoleon continuó manteniéndose junto al mariscal Davout, y quiso marchar hácia Nasielsk en la mañana del 24, á pesar de los trabajos de la noche anterior, tomando únicamente la precaucion de poner al frente la division de Friant, para proporcionar algunas horas de descanso á la de Morand, que estaba fatigada del combate de Czarnowo. A la caída de la tarde llegaron los nuestros á Nasielsk donde hallaron á la division de Tolstoy, que había sido arrojada de Czarnowo y mostraba intenciones de oponernos alguna resistencia, á fin de dar tiempo á que se reuniesen con ella los destacamentos que se dirigian al Ukra.

Ya hemos dicho que las cuatro divisiones del general Benningsen se hallaban la de Tolstoy en Czarnowo para defender la confluencia de los dos rios, la de Saken en Lopaczina para vigilar por la parte del Ukra, la de Setmaratzki en Yebroszki para guardar el Narew y en fin la de Gallitzin en Pultusk para servir allí de reserva, si bien esta aunque estaba muy lejos del Ukra tenia tambien en este rio una fuerte vanguardia mandada por el general Barklay de Tolly. Esta disposicion mezclada y confusa denotaba que no era muy buena la direccion dada á las operaciones del ejército ruso: el movimiento natural de aquellas divisiones sorprendidas por un vigoroso ataque contra el Ukra, era replegar sus destacamentos para retirarse hácia el Narew; y efectivamente ese fué el movimiento de que se dejaron llevar, y que su general en gefe vió ejecutar mas bien que mandarlo.

El conde de Tolstoy, comandante de la division replegada hácia Nasielsk, se mantuvo allí firme hasta que vió volver el destacamento encargado de custodiar el Ukra hácia Borkowo, á quien perseguia la caballeria de reserva. Sin embargo el general Friant desplegó su division al frente de los rusos y marchó hácia ellos, obligándolos á retirarse de prisa y corriendo; los dragones se arrojaron entonces sobre ellos, matándoles ó cogiéndoles algunos centenares de hombres, ademas de algunas piezas de artilleria y bagages que quedaron en nuestro poder.

El mismo dia 24 llegó el mariscal Augereau de las cercanias del Ukra, y quiso forzar el paso mandando atacar á un mismo tiempo los puentes

de Kolozomb y Sohoczyn. El regimiento de línea número 14 á las órdenes de su coronel Savary, el mismo que pasó el Vistula, por Thorn el 6 de diciembre (1) se arrojó sobre los restos apenas reparados del puente de Kolozomb, y pasó heroicamente por medio de un horrible fuego de fusilería; pero aquel valiente coronel cayó en la otra orilla, atravesado de varios lanzazos. El ataque del puente de Sohoczyn no pudo conseguirse, y los nuestros se dirigieron hácia un lado inmediato por donde verificaron el paso; de suerte que el cuerpo de Augereau se encontró el día 24 en la otra orilla del Ukra, y avanzaba llevándose por delante los destacamentos de las divisiones rusas que se habian quedado custodiando aquel rio. La caballería de reserva á las órdenes del general Nansouti, los perseguia tambien, dirigiéndose hácia Nowemiasto, ó lo que es lo mismo del Ukra

(1) Los lectores que se acuerden de haber visto figurar al 14 de línea con su coronel Savary en el paso del Vistula por Thorn, á las órdenes del mariscal Ney, no podrán comprender como podía hallarse ese mismo regimiento el 24 de diciembre, bajo el mando del mariscal Augereau, en el paso del Ukra por Kolozomb; pero es fácil explicarlo: esto consiste en que Augereau dejó en Bromberga á ese regimiento cuando subió por la orilla izquierda del Vistula desde Thorn hasta Modlin, por lo cual quedó, aunque momentáneamente, á disposición del mariscal Ney, y verificó á sus órdenes el paso del Vistula por Thorn.

No pondríamos esta nota que á algunos parecerá inútil, si ciertos críticos tan poco observadores como poco instruidos, no nos hubiesen acusado de que hacemos figurar en diferentes acciones cuerpos que no habian tomado en ellas parte alguna. Hay ataques de que debemos cuidarnos muy poco; pero sin embargo por respeto al lector imparcial hemos querido probarle que no hemos perdonado medio alguno para conseguir ser rigurosamente exactos.

al Narew á fin de darse la mano con el cuerpo del mariscal Davout; á la izquierda del puesto de Augereau, se disponia el mariscal Soult á pasar el Ukra hácia Sohoczyn, y la izquierda, mandada por Ney, Bernadotte y Bessieres, continuaba subiendo por un movimiento rápido desde Thorn hácia Biezun y Soldau.

El 25 por la mañana dirigió Napoleon sus columnas hácia Strezegocyn, con un tiempo espantoso para un ejército, que tenia que maniobrar, y sobre todo que hacer varios reconocimientos á fin de descubrir los proyectos del enemigo. Derretido completamente el hielo, tanto por esto como por las aguas llovedizas que caian á menudo, estaba tan empapada la tierra que en ciertos sitios se hundian hasta las rodillas, habiéndose encontrado algunos hombres medio sepultados en aquel suelo convertido de pronto en un gran pantano. Era preciso, pues, doblar los tiros de la artillería para conseguir arrastrar algunas piezas, y aunque es cierto que algo ganáhamos, cogiendo á cada paso á los rusos cañones, bagages, muchos rezagados y heridos, y por último bastantes desertores polacos que se quedaban atras para entregarse al ejército francés, tambien perdimos la ventaja de la celeridad que no tiene precio, la asistencia de la artillería que no podiamos llevar con nosotros, y los medios de adquirir datos siempre proporcionados á la mayor ó menor facilidad en las comunicaciones. Figúrense nuestros lectores unas llanuras inmensas, cubiertas unas veces de lodo y otras de espesas arboledas, muy mal pobladas por lo regular, y mucho peor todavía desde la emigracion general entre aquellos ha-

bitantes, al mismo tiempo que unos ejércitos buscándose ó tratando de evitar un encuentro en aquel pantanoso desierto, y podrán formar una idea aunque débil, del espectáculo que en aquel momento presentaban los franceses y rusos, en aquella parte de Polonia.

Como Napoleon distinguia mal los movimientos del enemigo en medio de aquel pais llano y cubierto de árboles, y no podia suplir lo que no veia por medio de multiplicados reconocimientos, se hallaba en el mayor apuro. Parecióle sin embargo que las columnas rusas que se hallaban en retirada, se dirigian de la izquierda á la derecha, esto es del Ukra al Narew, por lo cual envió á Lannes hácia Putusk, y creyendo descubrir tropas enemigas que marchaban en seguimiento de dicho general, separó la division de Gudin del cuerpo de Davout; para que impidiese fuera acometido Lannes por la espalda. Empero, delante de él, y en direccion á Golymin habia bastantes fuerzas reunidas; anunciábase la presencia de muchas tropas, que habian llegado á aquel punto por detrás del ejército ruso; decian que un cuerpo de veinte mil hombres se retiraba del Ukra hacia Ciechanow y Golymin; y en medio de aquel caos queriendo Napoleon dirigirse en seguida al enemigo mas inmediato, hácia el cual hacian al parecer un movimiento de conversion todos los demás, dejó que Lannes escoltado por la division de Gudin se dirigiese por la derecha sobre Pultusk, y él marchó en derechura sobre Golymin con dos de las tres divisiones de Davout, con todo el cuerpo de Augereau, y con la guardia y la reserva de caballería. Mandó ademas al mariscal Soult,

que habia pasado el Ukra, marchase á Ciechanow y ordenó á los mariscales Ney, Bernadotte y Bessieres que habian salido de Thorn, continuasen su movimiento de conversion por Biezun, Soldau y Mlawa lo cual los conducia sobre el flanco y casi sobre las retaguardias de los rusos.

De este modo caminaron nuestras tropas con el mayor trabajo durante todo el dia 15 y la mañana del 26, invirtiendo dos horas y aun algunas veces tres, en recorrer una legua.

Sin embargo, los diferentes cuerpos del ejército ruso no habian tomado exactamente la direccion que supuso Napoleon; pues las cuatro divisiones del general Benningsen se replegaron casi del todo hácia Pultusk. Rechazada la de Tolstoy de Czarnowo á Nasielsk, de este punto á Strezegocin, tomó el camino que corta por medio del territorio situado entre el Ukra y el Narew; y así que llegó á Strezegocyn; se dirigió hácia la derecha, esto es hácia Pultusk, luego que pudo reunir sus destacamentos que andaban esparcidos. La de Setmaratzki, que los dias anteriores estuvo situada en Yebroszki á orillas del Narew, como solo tenia que andar algunos pasos para llegar á Pultusk, se trasladó allí inmediatamente. La de Gallitzin, que al mismo tiempo que tenia su cuartel general en Pultusk, tenia tambien puestos avanzados sobre el Ukra, se reconcentró hácia Pultusk; pero los destacamentos de dicha division que guardaban el Ukra, fueron cortados por nuestra caballería, teniendo que refugiarse en Golymin. Por último, la division de Saken, encargada particularmente de guardar el Ukra y que tenia su cuartel general en Lopaczina, perseguida por

la caballería francesa, se retiró parte á Golymin, y parte á Pultusk. Así, pues, las dos divisiones de Tolstoy y Setmaratzki completa, y parte de las de Gallitzin y Saken, se hallaban el 26 en Pultusk: ea cuanto á los restos de las divisiones de Gallitzin y Saken que se refugiaron á Golymin, se encontraron con una de las de Buxhoewden, esto es, con la de Doctorow que se había dirigido hácia adelante, dando así motivo á que corriese la voz de que detras del ejército ruso había bastantes fuerzas reunidas. Los prusianos en fin que iban huyendo de los mariscales Ney, Bernadotte y Bessieres, abandonaron el Ukra, y se retiraron por Soldau hácia Mlawa, procurando siempre en su retirada darse la mano con los rusos.

El 26 por la mañana llegó Lannes á la vista de Pultusk, donde descubrió fuerzas muy superiores á las de que él podía disponer; como que las cuatro divisiones rusas, á pesar de no estar completas dos de ellas, no contaban menos de cuarenta y tres mil hombres, (1) y Lannes solo tenía diez y siete ó diez y ocho mil, con los dragones del general Becker. Con la division de Gudin iban á llegar por la izquierda de cinco á seis mil, pero Lannes lo sabia de un modo confuso, y en el estado en que se hallaban los caminos, aunque aquel refuerzo distaba poco de Pultusk, no podía llegar hasta muy tarde al campo de batalla. Empero Lannes no era hombre que se dejaba intimidar; ni él ni sus soldados temian afrontarse con los rusos, cualquiera que fuese su número y por muy

(1) Plotto, oficial del ejército ruso y testigo ocular, confiesa en su narración que este era el número de que se componían los rusos.

experimentado que fuese su valor, de suerte que formó en batalla su corto ejército, cuidando de enviar un aviso al mariscal Davout, en que le participaba el encuentro entrevisto que acababa de tener en Pultusk, diciéndole se hallaba espuesto á una situación sumamente critica.

Las cercanías de Pultusk estaban cubiertas por un gran bosque, y saliendo de este bosque se hallaba un terreno descubierto, sembrado acá y allá de algunos bosquecillos, empapado por la lluvia como todo lo demas del pais, que iba subiendo poco á poco en forma de terraplen, y después terminaba de pronto en una cuesta rápida hácia Pultusk y en Narew. El general Benningsen había formado su ejército en aquel terreno, dando la espalda á la poblacion, y apoyando una de sus alas en el río y en el puente que lo atraviesa, mientras la otra se apoyaba en un bosquecillo: una fuerte reserva servia de sosten al centro; la caballería estaba colocada en los intervalos de su línea de batalla, y algo delante, y aunque los rusos habían perdido parte de su artillería, llevaban consigo tantos cañones desde la campaña de Austerlitz, que les quedaban los suficientes para cubrir su frente con una línea de bocas de fuego, y hacer temible en extremo la aproximacion á aquel frente.

Lannes solo podía oponerles algunas piezas de corto calibre que había sido preciso arrastrar por medio del lodo con grandes esfuerzos y valiéndose de todos los tiros de la artillería. Por lo demas puso á la division de Suchet en primera línea, y guardó la de Gazan de reserva á la entrada del bosque para hacer frente á los acontecimientos,

los cuales debian ser muy graves, en la incertidumbre en que todos se hallaban de lo que iba á suceder. Con muy pocos hombres bien conducidos podia tomarse aquella posicion, ademas de que tenian la ventaja de presentar menos bulto á la formidable artillería de los rusos: Lannes des-embocó, pues, por el bosque solo con la division de Suchet, formada en tres columnas, una á la derecha á las órdenes del general Claparede, compuesta del 17 de ligeros y la caballería ligera del general Treyehard, otra en el centro, mandada por el general Vedel y compuesta del 64 de línea y el primer batallon número 88, y otra á la izquierda, bajo el mando del general Reille, y compuesta del segundo batallon del 88, el 34 de línea y los dragones del general Becker. El proyecto de Lannes era atacar por la derecha y hácia el Narew, porque si conseguia penetrar en la poblacion, derribaba de un golpe la posicion de los rusos, y aun los ponía en una situacion desastrosa.

Saliendo como salia de los bosques y trepando por la ladera bajo unalluvia de metralla, dirigió hácia adelante sus tres escasas columnas; pero desgraciadamente el suelo empapado y resvaladizo no permitia atacar con ímpetu, único modo de equilibrar la desventaja del número y la posicion. Con todo, aunque avanzando con trabajo, alcanzó al enemigo y lo rechazó, hácia las escarpadas cuevas en que termina el terreno por la parte del Narew y Pultusk.

Los nuestros marchaban con ardor é iban á precipitar de la loma al río á las tropas rusas del general Bagowout, cuando el general en gefe

Benningsen envió presuroso parte de su reserva á que socorriese á dicho general, é hizo que acometiese por el costado á la brigada de Claparede, que formaba la cabeza de nuestro ataque. Lannes, que se hallaba en lo mas fuerte de la refriega, contestó á esta maniobra, llevando del centro hácia la derecha la brigada de Vedel, compuesta como acabamos de decir del 64 de línea, y el primer batallon del regimiento número 88: con esto tambien él acometió por el costado á los rusos que habian ido á socorrer al general Bagowout, y empujando unos sobre otros hácia el Narew, hubiera terminado la lucha en aquel punto y tal vez la batalla, si en medio de una borrasca de nieve no hubiese sido sorprendido por la caballería rusa antes de que pudiera formarse en cuadro, al batallon del 88. Este valiente batallon quedó desecho y tendido en el suelo, pero reunido al instante por un oficial llamado Voysin, cuyo carácter se dió á conocer en el momento del peligro, se repuso inmediatamente, y aprovechándose á su vez de los apuros de la caballería rusa, mató á bayonetazos á aquellos ginetes, hundidos ni mas ni menos que nuestros peones en un mar de lodo.

Así, pues, en la derecha y en el centro aunque el combate no fué tan decisivo como hubiera podido serlo, redundó no obstante en ventaja de los franceses, quienes dejaron á los rusos arrinconados al otro extremo de la loma, y espuestos á rodar hácia la poblacion y el río. En la izquierda, nuestra tercera columna, compuesta del 34 de línea, el segundo batallon del 88, y los dragones del general Becker tenia que disputar al enemigo

los cuales debian ser muy graves, en la incertidumbre en que todos se hallaban de lo que iba á suceder. Con muy pocos hombres bien conducidos podia tomarse aquella posicion, ademas de que tenian la ventaja de presentar menos bulto á la formidable artillería de los rusos: Lannes desembocó, pues, por el bosque solo con la division de Suchet, formada en tres columnas, una á la derecha á las órdenes del general Claparede, compuesta del 17 de ligeros y la caballería ligera del general Treyehard, otra en el centro, mandada por el general Vedel y compuesta del 64 de línea y el primer batallon número 88, y otra á la izquierda, bajo el mando del general Reille, y compuesta del segundo batallon del 88, el 34 de línea y los dragones del general Becker. El proyecto de Lannes era atacar por la derecha y hacia el Narew, porque si conseguia penetrar en la poblacion, derribaba de un golpe la posicion de los rusos, y aun los ponía en una situacion desastrosa.

Saliendo como salia de los bosques y trepando por la ladera bajo unalluvia de metralla, dirigió hacia adelante sus tres escasas columnas; pero desgraciadamente el suelo empapado y resvaladizo no permitia atacar con ímpetu, único modo de equilibrar la desventaja del número y la posicion. Con todo, aunque avanzando con trabajo, alcanzó al enemigo y lo rechazó, hacia las escarpadas cuevas en que termina el terreno por la parte del Narew y Pultusk.

Los nuestros marchaban con ardor é iban á precipitar de la loma al río á las tropas rusas del general Bagowout, cuando el general en jefe

Benningsen envió presuroso parte de su reserva á que socorriese á dicho general, é hizo que acometiese por el costado á la brigada de Claparede, que formaba la cabeza de nuestro ataque. Lannes, que se hallaba en lo mas fuerte de la refriega, contestó á esta maniobra, llevando del centro hacia la derecha la brigada de Vedel, compuesta como acabamos de decir del 64 de línea, y el primer batallon del regimiento número 88: con esto tambien él acometió por el costado á los rusos que habian ido á socorrer al general Bagowout, y empujando unos sobre otros hacia el Narew, hubiera terminado la lucha en aquel punto y tal vez la batalla, si en medio de una borrasca de nieve no hubiese sido sorprendido por la caballería rusa antes de que pudiera formarse en cuadro, al batallon del 88. Este valiente batallon quedó desecho y tendido en el suelo, pero reunido al instante por un oficial llamado Voysin, cuyo carácter se dió á conocer en el momento del peligro, se repuso inmediatamente, y aprovechándose á su vez de los apuros de la caballería rusa, mató á bayonetazos á aquellos ginetes, hundidos ni mas ni menos que nuestros peones en un mar de lodo.

Así, pues, en la derecha y en el centro aunque el combate no fué tan decisivo como hubiera podido serlo, redundó no obstante en ventaja de los franceses, quienes dejaron á los rusos arrinconados al otro extremo de la loma, y espuestos á rodar hacia la poblacion y el río. En la izquierda, nuestra tercera columna, compuesta del 34 de línea, el segundo batallon del 88, y los dragones del general Becker tenia que disputar al enemigo

el bosquecillo en que se apoyaba el centro de los rusos. El 34, dirigido por el general Reille, y acogido repentinamente por unas baterías ocultas, sufrió crueles pérdidas; pero sin embargo se apoderó del bosque secundado por las cargas de los dragones del general Becker: algunos batallones del general Barclay de Tolly lo recobraron, mas los franceses volvieron á hacerse dueños de él, sosteniendo por espacio de tres horas un combate encarnizado y desigual, hasta que obligados los rusos á replegarse, lo mismo en aquel punto que en los demas, tuvieron que acercarse mas y mas á la poblacion para apoyarse en ella. Desembarazado Lannes del combate á la derecha, se dirigió á la izquierda para animar á las tropas con su presencia, y no hay duda que si en aquel momento hubiese sabido con alguna certeza lo que sucedia en otra parte, y hubiera estado mas seguro de que iba á ser socorrido, hubiera podido hacer que la division de Gazan obrase, en cuyo caso, precipitados los rusos hácia el otro lado del terreno, se hubieran ahogado en el Narew. Pero Lannes veía mas allá de su izquierda, y al extremo derecho de los rusos, á la division de Tolstoy, rodeando el barranco de Moczyu, y formando por detras una especie de garabato para cubrir la parte extrema de la posicion, por lo cual creyó mas prudente no comprometer en la lucha todas sus tropas. Por orden suya, pues, permaneció inamóvil á la entrada del bosque la valiente division de Gazan, sufriendo á trescientos pasos las balas de cañon del enemigo, pero haciendo el servicio de contener á los rusos y de impedirles que combatesen con todas sus fuerzas.

El dia iba á acabarse, cuando al fin llegó á nuestra izquierda la division de Gudin, oculta á la vista de nuestro ejército por los bosques, pero descubierta por los cosacos, quienes al momento lo pusieron en conocimiento del general Benning-sen. De toda su artillería, solo llevaba la division de Gudin dos piezas que le costó mucho trabajo arrastrar hasta el sitio del combate, y fué á dar contra el extremo derecho de los rusos y la punta del ángulo que presentaba su línea replegada. El general Baultanne, que aquel dia mandaba la division de Gudin, despues de algunos disparos de cañon se formó por escalones á la izquierda, y marchó con resolucion contra el enemigo, previniendo al mariscal Lannes que iba á entrar en accion. Su ataque causó un efecto decisivo pues obligó á los rusos á replegarse; pero aquella division separada ya por los bosques del cuerpo de Lannes, agrandó con avanzar el espacio que le separaba de él. Soplaban en aquel instante una ráfaga de viento, que hacia que la lluvia y la nieve diesen de cara á nuestros soldados, y llevados los rusos de una supersticion que hay en el Norte, supersticion que consiste en creer es de muy buen agüero una tormenta, corrieron hácia adelante, exhalando gritos propios de salvages. Arrojárse entre el espacio que quedaba entre la division de Gudin y el cuerpo de Lannes, echando de su puesto á una de ellas y dejando atras la otra, mientras la caballería se precipitaba en el hueco; pero el regimiento número 34, por parte de la division de Suchet, y el 85 por la de Gudin, se formaron en cuadro, y paralizaron aquella carga, que mas bien que un ataque serio, era una demos-

tracion que querian hacer los rusos para encubrir su retirada.

Los franceses habian conquistado, pues, en todos los puntos el terreno desde donde se domina al Pultusk, y solo les quedaba que hacer el último esfuerzo para precipitar á los rusos al Narew, cuando aprovechándose de la noche el general Benningsen, escabulló su ejército, haciendo que pasase por los puentes de Pultusk. Mientras daba órdenes para emprender la retirada, lleno de ardor Lannes y animado por la llegada de la division de Gudin, deliberaba sobre si debia atacar inmediatamente por segunda vez ó dejarlo para cuando amaneciese; pero lo avanzado de la hora, y lo difícil que era comunicarse entre sí en aquel caos de lodo, lluvia y oscuridad fueron causa de que se aplazase el combate. A la mañana siguiente la repentina retirada de los rusos, fué á arrebatár á los franceses el premio que tan bien merecian por su lucha atrevida y obstinada.

Aquel combate encarnizado en que durante todo un dia estuvieron diez y ocho mil hombres en presencia de cuarenta y tres mil, podia llamarse victoria, pues gracias á la escasez del número y á la superioridad de su táctica, apenas perdieron los franceses mil y quinientos hombres entre muertos y heridos (hablamos con datos auténticos), y la pérdida de los rusos por el contrario, subió entre muertos y heridos á mas de tres mil hombres, dejando tambien en nuestro poder dos mil prisioneros y una inmensa cantidad de cañones.

Sin embargo, así que el general Benningsen entró en Pultusk, escribió á su soberano que acababa de conseguir una victoria notable contra el

emperador Napoleon, que mandaba tres cuerpos de ejército, esto es los de los mariscales Davout, Lannes y Suchet, y á mas la caballeria del príncipe Murat. Ahora bien, ya sabemos que allí no habia tal cuerpo del mariscal Suchet, puesto que éste mandaba simplemente una division del mariscal Lannes; que en el campo de Pultusk hubo dos divisiones del mariscal Lannes, solo una del mariscal Davout, ninguna caballeria del príncipe Murat y mucho menos emperador Napoleon que mandase personalmente aquella tropa.

Muchas veces he hablado de que en los boletines del imperio se mentia, á pesar de que eran mas verídicos que todos los papeles que en aquella época se publicaban en Europa; pero ¿qué diremos de semejante modo de contar hechos propios? Los rusos eran sobrados valientes para que necesitaran faltar á la verdad.

Aquel mismo dia 26 las dos divisiones con que se habia quedado el mariscal Davout, así como las dos que componian el cuerpo del mariscal Augereau, llegaron frente á Golymin, aldea cercada de un cordón de bosques y pantanos, entremezclado con alguna que otra casilla de campo, y detras de la que se hallaban los rusos, con una fuerte reserva dentro de la misma aldea.

Desembocando el mariscal Davout por la derecha, es decir por el camino de Pultusk, mandó atacar los bosques que por aquella parte formaban el obstáculo que habia que vencer para penetrar en Golymin, y saliendo el mariscal Augereau por la izquierda, es decir por el camino de Lopaczina, tenia que atravesar unos pantanos sembrados de algunos bosquecillos, y en medio de dichos pan-

tanos una aldea que tomar, esto es la de Buskowo, que era por donde pasaba el único camino practicable. La valiente infantería del mariscal Davout rechazó, pero no sin pérdida, á la infantería rusa de los cuerpos separados de Saken y Gallitzin, y despues de un vivo fuego de fusilería la alcanzó á la bayoneta, obligándola por medio de combates sostenidos cuerpo á cuerpo, á que abandonase los bosques en que se apovaba. A la derecha de esos bosques tan disputados, forzó el mariscal Davout el camino que va de Pultusk á Golymin, y arrojó sobre los rusos parte de la caballería de reserva, mandaba por Kapp, uno de esos intrépidos ayudantes de campo, á quienes Napoleon tenia á mano para emplearlos en las ocasiones difíciles. Kapp arrolló á la infantería rusa, dió vuelta á los bosques y derribó el obstáculo que protegía á Golymin; pero espuesto como estaba á sufrir un fuego vivísimo, salió con un brazo roto. Por la izquierda, Augereau atravesó los pantanos á pesar de las fuerzas enemigas situadas en aquel punto, tomó la aldea de Buskowo, y marchó por su parte hácia Golymin, objeto común de todos nuestros ataques, donde al fin entramos á la caída de la tarde, apoderándonos de la aldea, despues de sostener una acalorada refriega con la reserva de la division de Doctorow. Lo mismo que en Pultusk recogimos mucha artillería y algunos prisioneros, quedando el suelo sembrado de cadáveres rusos, pues nuestras tropas mataban mas gente que la que cogian.

En dicho día 26 nuestras columnas luchaban con las rusas en un espacio de veinte y cinco leguas, y por un efecto de la casualidad, imposible

de evitar cuando las comunicaciones son difíciles, mientras que Lannes, halló delante de sí dos ó tres veces mas rusos que franceses tenia, los demas cuerpos apenas encontraron un equivalente, como sucedió á los mariscales Augereau y Davout en Golymin, ni un enemigo con quien pelear, lo cual sucedió al mariscal Soult en su marcha hácia Ciechanow, y al mariscal Bernadotte al tiempo de dirigirse hácia Biezun. Sin embargo, el mariscal Bessieres, que servia de explorador á nuestra ala izquierda con la segunda reserva de caballería, alcanzó á los prusianos en Biezun, haciéndoles buen número de prisioneros, y el mariscal Ney que formaba la extrema izquierda del ejército, marchó de Straburgo á Soldau y Mlawa, llevándose por delante el cuerpo de Lestocq. El 26 llegó á Soldau, precisamente en el mismo momento en que Lannes se batia en Pultusk, así como los mariscales Davout y Augereau en Golymin, y dirigió la division de Marchand hácia Mlawa, á fin de dar la vuelta á la posicion de Soldau, precaucion necesaria por que podian encontrarse allí dificultades insuperables. Efectivamente Soldau, que era un lugarejo, estaba situado en medio de un pantano que solo podia atravesarse por una calzada de setecientas ú ochocientas toesas de largo, y que unas veces descansaba en el suelo, y otras en puentes que el enemigo habia tenido muy buen cuidado de cortar. Seis mil prusianos guardaban aquella calzada enlilada en toda su estension por una batería, y amenazada por otra situada en un punto bien escogido; pero Ney marchó hácia ella impetuosamente con los regimientos números 69 y 76, arrojó maderos sobre los puentes cortados, tomó

las baterías á paso acelerado, arrolló á la bayoneta á la infantería que estaba formada en columna en la calzada, y entró mezclado con los fugitivos en Soldau. Allí se travó contra los prusianos una acción vivísima, siendo preciso quitarles aquel lugar casa por casa; á la caída de la tarde y después de hacer esfuerzos increíbles, lo conseguimos; pero en aquel momento reune sus columnas detras de Soldau el valiente general Lestocq y hace que juren sus soldados que recobrarían el puesto perdido. Tratados los prusianos por los rusos, después de lo de Jena como lo fueron los austriacos después de lo de Ulm, querían vengar su hora, y probar que nadie les ganaba en valor; y cumplieron su palabra, pues cuatro veces desde las siete de la noche hasta las doce, atacaron á Soldau á la bayoneta; pero otras tantas fueron rechazados. Su valor tenía toda la violencia que da la desesperación, mas sin embargo, acalaron por retirarse después de una pérdida inmensa entre muertos, heridos y prisioneros.

Así, pues, en aquel día, y en un espacio de veinte y cinco leguas, esto es, desde Pultusk hasta Soldau peleóse con encarnizamiento, y derrotados los rusos en donde quiera que trataron de hacernos resistencia, solo debieron su salvación á haber abandonado la artillería y bagages. De ciento quince mil hombres que tenía su ejército, perdió cerca de veinte mil, quedando fuera de combate ó prisioneros muchos de ellos, y desertándoseles gran número de origen polaco: además recogimos mas de ochenta piezas de artillería de grueso calibre, y una cantidad considerable de bagages, no perdiendo nosotros ni un prisionero ni un de-

sertor; pero las balas enemigas nos mataron ó hirieron de cuatro á cinco mil hombres.

El proyecto de Napoleon reducido á separar á los rusos del mar y arrojarlos por medio de un movimiento de conversión del Ukra al Narew, ó lo que es lo mismo, de las magníficas costas de la antigua Prusia á lo interior, cubierto de arbolado, pantanoso é inculto, de Polonia, se realizó en todos los puntos, si bien en ninguno de ellos se dió una de esas grandes batallas, que siempre marcaban de un modo brillante las acertadas maniobras de aquel capitán inmortal. La heroica acción que Lannes sostuvo en Pultusk, era para los rusos una derrota, pero una derrota sin desastre, lo cual era tan nuevo para ellos como para nosotros: sin embargo, si hubiese habido posibilidad de marchar en su seguimiento al día siguiente y el otro, los rusos se hubieran visto obligados á entregarnos los trofeos que no podían disputar por mas tiempo ni á nuestro valor ni á nuestra habilidad. Arrojos mas allá del Ukra, el Orezyc y el Narew, á un bosque impenetrable de quince ó veinte leguas de estension, que hay entre Pultusk, Ostrolenka y Ortellsburgo, su completa destruccion hubiera sido un efecto inevitable de las profundas combinaciones de Napoleon y de las nulas ó desgraciadas disposiciones de sus generales.

Empero era imposible dar un paso sin perderse en laberintos inmensos; los hombres se sepultaban hasta la cintura en aquellos espantosos lodazales, de que no podían salir sino se les ayudaba, muchos perecieron allí por falta de socorro.

Napoleón, cuyos planes nunca fueron mejor concebidos y cuyos soldados jamás se mostraron

mas valientes, se vió obligado á detenerse despues de hacer todavía dos ó tres marchas hácia adelante, para asegurarse bien de la derrota de los rusos y subir hácia el Oregén. Aquella campaña extraordinaria, empezada en el Rhin y acabada en el Vistula, terminó dignamente, causando nosotros al enemigo gran pérdida de hombres y cañones, y asegurándonos cuarteles de invierno en el centro de Polonia. Por lo demás, el estado del cielo y del terreno esplicaba harto bien por qué los resultados conseguidos en aquellos últimos dias no fueron ni tan grandes ni tan sólidos como los que el mundo estaba acostumbrado á ver en Napoleon: sorprendidos los rusos de no haber sucumbido tan pronto como los prusianos en Jena, los austriacos en Ulm, y ellos mismos en Austerlitz, iban á envanecerse sin duda de una derrota ménos pronta que de costumbre, y á inventar fabulas acerca de sus soñados triunfos; pero era preciso resignarse á ello. No hubieran sido mas afortunados aquella vez que en Austerlitz, si como Austerlitz hubiese habido lagos cubiertos de hielo en vez de lodazales por donde no se podia caminar, conzo la estacion dió lugar inesperadamente á que el terreno se convirtiese en un pantano en vez de endurecerse con el hielo, libráronse asi de un desastre; este era un capricho de la fortuna, la cual habia favorecido demasiado á Napoleon hasta entonces, para que no le perdonase aquella ligera inconstancia: lo que se necesitaba era que pensasen en lo mismo y que aprendiese á conocerla. A mayor abundamiento, el estar acampadas sus tropas en el Vistula, y ondear sus águilas en Varsovia, eran un espectáculo bastante extraordinario para que estuviese satis-

fecho, para que la Europa permaneciese tranquila, para que asustada Austria se mantuviese en los límites de la reserva, y por último, para que Francia confiara en su buena estrella.

Residió en Golymin dos ó tres dias, con el fin de proporcionar á su ejército algun descanso, y el primero de enero de 1807 volvió á Varsovia, para determinar el punto donde debia establecer sus cuarteles de invierno.

Para apreciar debidamente el recinto que eligió para acantonar sus tropas, es preciso trazar la forma que presentan aquellos sitios mas allá del Vistula. La multitud de lagos, de que ya hemos hablado varias veces, y que separan aqui la antigua Prusia de Polonia, esto es el territorio alemán del slavo, ó la region marítima y rica de la region interior y pobre, y entran la mayor parte de sus aguas hácia el centro del país por una infinidad de riachuelos tales como el Omulew, el Orezye y el Ukra, los cuales desaguan en el Narew, y por medio de este rio en el Vistula. Y mientras que por el Omulew, el Orezye y el Ukra, recibe el Narew en su seno, las aguas de los lagos que no pueden correr hácia el mar, y que del Occidente, recibe por el Bug las de los que bajan del Este y el centro de Polonia. En Sierock se confunde con el Bug, y engrosado con todos los que desagüen en él, los conduce en un solo ramal hasta el Vistula, con cuyo rio se reune en Modlin.

El Narew presenta, pues, un tronco comun que se apoya en el Vistula, y á cuyo derredor van á parar como otras tantas ramificaciones, el Bug á la derecha, y el Ukra, en Orezye y el Omulew á la izquierda: entre esas diversas ramificaciones,

y apoyándose en el tronco principal hácia Sierock y Modlin, fué donde Napoleon distribuyó sus cuerpos de ejército.

Hizo que Lannes se acantonase entre el Vistula, el Narew y el Bug, en el ángulo que forman estos tres rios, guardando á un mismo tiempo á Varsovia con la división de Suchet, y á Jablona, el puente de Okunin y Sierock, con la de Gazan, y estableciendo el cuartel general de Lannes en Sierock, es decir, en la confluencia del Bug y el Narew. El cuerpo del mariscal Davout debió acampar en el ángulo que describen el Bug y el Narew, situando su cuartel general en Pultusk, y estendiéndose sus puestos avanzados hasta Brok sobre el Bug, y hasta Ostrolenka sobre el Narew. El cuerpo del mariscal Soult se situó detrás del Orezye, teniendo su cuartel general en Golymin, y reuniendo á sus tropas la caballería de reserva, con lo cual podía cubrir la vasta estension de su frente por medio de los numerosos escuadrones, puestos á su disposicion. El cuerpo del mariscal Augereau se alojó en Plonsk, detrás del mariscal Soult, ocupando el ángulo abierto entre el Vistula y el Ukra, y estableciendo su cuartel general en Plonsk. El cuerpo del mariscal Ney fué á colocarse á la extrema izquierda de Augereau, hácia Mlawa, que es donde nacen el Orezye y el Ukra, cerca de los lagos, protegiendo el flanco de los cuatro cuerpos de ejército que estaban situados como otros tantos rayos al rededor de Varsovia, y dándose la mano con el del mariscal Bernadotte, que defendia la parte baja del Vistula.

Acantonado éste muy cerca del mar, por delante de Graudenz y Elbing, tenia cargo de

guardar, como ya hemós indicado, la parte baja del Vistula, y proteger el sitio de Dantzic, que era indispensable ejecutar para asegurar la posicion del ejército; además de que dicho sitio estaba destinado á formar el acto intermedio que está entre la campaña que acababa de concluir, y la que iba á empezar en la primavera.

Así que apareciese el enemigo todos los cuerpos debian reconcentrarse del modo siguiente: El de Lannes hácia Sierock, el de Davout hácia Pultusk, el de Soult hácia Golymin, el de Augereau, hácia Plonsk, el de Ney hácia Mlawa, y el de Bernadotte entre Graudenz, y Elvin hácia Osterode, con encargo los cuatro primeros de defender á Varsovia, el quinto de enlazar entre sí los cuarteles del Narew con los del litoral, y el último de proteger la parte baja del Vistula y el sitio de Dantzic.

Además de haber dispuesto sus cantones de un modo tan hábil, tomó Napoleon precauciones hijas de una prevision admirable. Como los soldados no habian cesado de vivaquear desde que se dió principio á la campaña, es decir, desde el mes de octubre anterior, debian al fin alojarse en las aldeas y vivir en ellas, pero de manera que pudiesen reunirse al menor asomo de peligro. La caballería ligera, la de linea y la pesada, formadas unas detrás de otras, y apoyadas en algunos destacamentos de infantería ligera, formaban una cortina por delante de los cantones, para alejar á los cosacos y evitar sorpresas por medio de frecuentes reconocimientos. Las tropas dedicadas á este servicio durísimo, y sobre todo en invierno, se abrigan en cabañas de madera, que tanto abundan en Polonia.

Mandóse registrar los campos para ver de descubrir el trigo y las patatas que los habitantes escondieron en su fuga, reunir los ganados que andaban dispersos, y crear con lo que se recogiese almacenes, que situados cerca de cada cuerpo y bien cuidados, debian estar al abrigo de cualquier clase de merodeo. Los cuerpos que no estaban muy bien situados, bajo el aspecto de los recursos alimenticios, debian recibir de Varsovia granos, forrage, y carne, disponiendo Napoleon se embarcara en el Vistula lo que habia que enviárseles: de este modo debia el convoy bajar el rio hasta el punto mas inmediato á cada cuerpo, y desembarcados en seguida los artículos, ser trasportados por los equipages del ejército ó por carros contruidos en el pais, porque Napoleon habia mandado pagarlo todo en dinero, ya á causa de los polacos, á quienes queria contemplar, ya á causa de los habitantes, á quien es esperaba atraer por medio de la ganancia.

Es preciso observar que al mismo tiempo que cada cuerpo estaba acantonado de modo que pudiera trasladarse rápidamente al sitio del peligro, tenia una base en el Vistula ó en el Narew, á fin de utilizar los trasportes por agua. Consiguiente á esto, Lannes en Varsovia, Davout en Pultusk, Augereau en Wyszogrod; Soult en Ploek, Ney en Thorn, y Bernadotte en Marienburgo y Elving, tenían por base una vasta línea de navegacion, siendo en aquellos diversos puntos donde debian hallarse sus depósitos, hospitales, provisiones y talleres, porque allí mejor que en ninguna otra parte, podia llegar con facilidad todo lo que se necesita en esos establecimientos.

Como en las historias de guerra solo se habla por lo regular de ejércitos formados y dispuestos á entrar en accion, no puede figurarse el lector los esfuerzos que cuesta hacer que llegue á su puesto el hombre armado, equipado, mantenido, instruido, y en fin curado, si ha sido herido, ó ha caido enfermo. Todas estas dificultades se aumentan á medida que se varia de clima, ó se alejan las tropas del punto donde salieron. Y como la mayor parte de los generales ó gobiernos descuidan esta especie de atenciones, sus ejércitos desaparecen á ojos vistos. Solo los que se dedican á ello con constancia y agilidad, consiguen conservar sus tropas, sin que disminuaya su número, á lo menos de un modo sensible, y sin que pierdan sus buenas disposiciones; como lo prueba admirablemente la operacion que hemos descrito; operacion que es el egeemplo mas notable que puede darse de esa clase de dificultades, completamente vencidas y superadas.

Napoleon quiso que despues de escoger los sitios propios para cada canton, y reunir los artículos necesarios ó traer de Varsovia los que faltaban, se construyesen hornos y se compusieran los molinos destruidos, exigiendo que así que estuviese asegurada la manutencion regular de las tropas, y se hubiese logrado preparar mas viveres que los que se necesitaban indispensablemente para el consumo diario, se formase una provision de reserva, de pan, galleta y bebidas espirituosas, no en el sitio donde se fijaba el depósito, sino en el punto donde debia reunirse cada cuerpo de ejército en caso de ataque. Cualquiera adivinará el motivo de esto: su deseo era que si,

apareciendose pronto el enemigo, se veian obligadas las tropas á tomar las armas, cada cuerpo tuviese con que poder vivir durante siete ú ocho dias de marcha, tiempo que por lo regular le bastaba para realizar una gran operacion y decidir una campaña.

Con el dinero de las contribuciones recaudadas en Prusia, que al principio se reunia sobre el Oder, y que en seguida se conducia hácia el Vistula por medio de los carromatos de la artillería, suministró el pré de la tropa exactamente, y además concedió socorros extraordinarios para las *masitas* de los regimientos. Entiéndese por *masita* la parte de sueldo que cada soldado deja en un fondo comun para alimentar, vestir y calzar á todos, de suerte que aquel era un modo de aumentar el mantenimiento de las tropas en proporcion á lo difícil que era vivir, ó á la mayor rapidez con que se consumian los artículos propios para equipo.

Los primeros dias de estar situados allí, en medio de los pantanos y bosques de Polonia, y durante los rigores del invierno, fueron penosos. Si hubiese hecho mas frio, como los soldados se calentaban á costa de las selvas de Polonia, hubieran sufrido menos con las heladas que con aquella humedad penetrante que empapaba el suelo, imposibilitaba casi la llegada á cualquier punto, hacia que fuesen mayores las fatigas propias del servicio, entristecia la vista, debilitaba el cuerpo y abatía el ánimo. En aquel pais no puede haber un invierno mas malo que uno en que llueva á menudo, y el año en que pasaban estos sucesos, variaba sin cesar la temperatura, helando unas veces, derritiéndose el hielo otras, no pasando

nunca de uno ó dos grados de frio, y volviendo á caer á poco en la temperatura húmeda y blanda del otoño, por manera que se deseaba el frio, como en los climas templados se desea el sol y la verdura en la primavera.

Sin embargo al cabo de algunos dias se mejoró la situacion de las cosas: los cuerpos se alojaron en las aldeas que habian abandonado los habitantes, y las tropas que se hallaban de vanguardia construyeron cabañas con ramas de abeto: halláronse muchas patatas y bastante ganado, pero como ya estuviesen cansados los soldados del primer alimento y deseasen comer pan, poco á poco fué descubriéndose en los bosques el grano que se habia ocultado, y fué conducido á los almacenes; y tambien se recibió bastante por el Vistula y el Narew, gracias á la industria de los judíos que lo llevaban á Varsovia por medio de los cordones militares que tenia establecidos Austria. Ganados astutamente por aquellos hábiles comerciantes los guardianes de la frontera austriaca, aslojaron en su vigilancia, pagándoles nosotros exactamente, ó con la sal cogida en los almacenes prusianos, ó en dinero contante. Los hornos que habian sido destruidos se iban componiendo, empezaban á organizarse almacenes de reserva; y llegaban tambien aunque con mas dificultad, vinos, tan necesarios para la salud del soldado como para su buen humor, cuyos vinos se sacaban de todas las poblaciones del Norte á que los lleva el comercio, siendo trasportados en seguida hasta el Vistula por el Oder, el Warta y el Netza. Es verdad que todos los cuerpos no disfrutaban de las mismas ventajas, estando mas espuestos que ningun

otro á las privaciones los de los mariscales Davout y Soult, como mas avanzados hácia la region cubierta de árboles, y mas distantes de la navegacion del Vistula. Los cuerpos de los mariscales Lannes y Augereau, que se hallaban mas cerca del gran río de Polonia, no sufrían tanto, y el infatigable Ney, no carecia de nada gracias á su industria y atrevimiento. Hallándose como se hallaba muy inmediato al territorio alemán, rico en estremo, penetró hasta las orillas del Pregel, y de vez en cuando hacia por allí expediciones atrevidas colocando á la tropa en carrillos cuando helaba, y merodeando hasta en las puertas de Königsberg, ciudad que faltó poco para caer una vez en poder nuestro.

El cuerpo de Bernadotte estaba muy bien situado en la parte baja del Vistula para poder vivir; pero el tener cerca las guaruiciones prusianas de Graudenz, Dantzic y Elbing, le incomodaba mucho, impidiéndole disfrutar segun deseaba de los recursos del país.

Despues de tener varios encuentros con los cosacos, les obligaron los nuestros á que dejasen tranquilos sus cantones, y notando que la caballeria ligera bastaba para guardarse del enemigo, al paso que la pesada sufría mucho de estar acantonada en los puestos avanzados, ilustrado Napoleon con la esperiencia de algunos dias, varió algun tanto sus disposiciones. La caballeria pesada la trajo hácia el Vistula, acantonándose en los alrededores de Thorn los coraceros del general Hautpoul, desde Thorn hasta Varsovia, los dragones de todas las divisiones, y detras del Vistula entre el río y el Pilica, los coraceros del general Nansouti. La caballeria ligera, reforzada con al-

gunas brigadas de dragones, permaneció en los puestos avanzados. pero fué á rehacerse de dos en dos regimientos hácia el Vistula, donde abundaba el forrage. La division de Gudin del cuerpo de Davout, mas maltratada que ninguna otra del ejército, pues habia tomado parte en las dos acciones mas terribles de aquella guerra, esto es en Awerstaedt y Pultusk, fué enviada á Varsovia, para que se desquitase allí de sus fatigas y combates.

Seguramente que el ejército no estaba tambien cuidado en el fondo de Polonia como en el campamento de Boloña, donde por espacio de dos años se habia estado reuniendo todo lo necesario para sus necesidades; pero tenia lo que le hacia falta, y aun algunas veces mas. Asi es que Napoleon contestó lo siguiente al ministro Fouché, que puso en su noticia las voces que esparecian los hombres mal intencionados acerca de los trabajos que pasaban nuestras tropas.

«Es verdad que como los almacenes de Varsovia no contienen provisiones en grande, y es imposible reunir en poco tiempo una gran partida de granos, los viveres han andado escasos; pero tambien es un absurdo pensar falten en Polonia, como si dijéramos en Egipto, trigo, vino, carne y patatas.

«Tengo en Varsovia una provision, que me dá al dia cien mil raciones de galleta; en Thorn tengo otra y almacenes en Posen, Lowycz, y toda la línea, de modo que puedo mantener á mi ejército por espacio de mas de un año. Acordaos de que cuando la expedicion á Egipto, salian cartas del ejército en que se decia que las tropas se estaban

muriendo de hambre. Haced que se escriban artículos en este sentido, porque nada tiene de particular que careciésemos de algunas cosas en el momento en que arrojábamos á los rusos de Varsovia; pero los productos del país son tales, que no debemos abrigar temor alguno....» (Varsovia 18 de enero de 1807.)

Habia sin embargo en aquel valiente ejército gran número de enfermos, ó por mejor decir, mas que de costumbre, estando atacados de calenturas y de dolores, de resultas de vibaquear continuamente bajo un cielo frio y sobre un suelo húmedo. Para juzgar lo que padecerian nuestros soldados basta saber lo que sucedia á los gefes: varios mariscales, y en particular los conocidos por *italianos* y *egipcios*, porque habian servido en Italia y Egipto se hallaban gravemente indispuestos; Murat no pudo tomar parte en las últimas operaciones ejecutadas hacia el Narew; Augereau, que padecia de reumatismo, tenia que sustraerse del contacto de un aire frio y húmedo, y Lannes cayó enfermo en Varsovia, viéndose obligado á tener que separarse del quinto cuerpo porque no podia mandarlo.

Napoleón coronó su obra cuidando á los enfermos y heridos como antes habia cuidado de que nada faltase á las demas tropas. Para ello mandó preparar en Varsovia, seis mil camas y otras tantas ó poco menos en Thorn, Posen, y á espaldas del ejército, entre el Vistula y el Oder. En Berlin cogieron los nuestros la lana perteneciente á los dominios de la corona, y tela propia para tiendas de campaña, haciendo con una y otra colchones para los hospitales; y teniendo como tenia á su

disposicion la Silesia, que el principe Gerónimo habia ocupado y que abunda en lienzos, Napoleon mandó comprar una gran cantidad para hacer camisas. En seguida encargó la direccion de los hospitales á Mr. Daru, organizando de un modo particular estos establecimientos, pues decidió que en cada hospital hubiera un enfermero en gefe, siempre provisto de dinero contante, encargado bajo su propia responsabilidad, de proporcionar á los enfermos lo que necesitasen, y vigilado por un sacerdote católico. Este sacerdote, al mismo tiempo que egercia las funciones propias de un ministro de la religion, debia egercer tambien una especie de vigilancia paterna, rendir cuentas al emperador y poner en su noticia el menor descuido que notase hacia los enfermos, en cuyo protector se constituia. Napoleon quiso que este sacerdote tuviese sueldo, y que cada hospital viniese á ser en cierto modo una especie de curato ambulante que marchase en pos del ejército.

Estos son los cuidados á que se entregaba ese gran capitán, á quien los partidos, llenos de odio siempre, nos presentaron el dia de su caída como un bárbaro conquistador que llevaba los hombres al matadero, sin cuidarse de mantenerlos en las marchas, ni de curarlos cuando eran mutilados por su causa, y haciendo tanto caso de ellos como de los animales, que tiraban de su artillería y sus bagages!

Despues de ocuparse de los hombres con un celo que no por ser interesado deja de ser noble, puesto que no faltan generales y soberanos que dejan morir de miseria á los soldados que sirven de instrumento para su poderio y su gloria, Na-

poleon dedicó su atención á las obras que se estaban haciendo en el Vistula, y á que llegasen con exactitud los refuerzos á fin de que en la primavera pudiera presentarse su ejército á los ojos del enemigo mas formidable que nunca. Ya hemos visto que mandó hacer obras en Praga, con el objeto de que Varsovia pudiera defenderse con una simple guarnicion, caso de que él tuviese que seguir adelante; de examinarlo todo personalmente resolvió levantar ocho reductos, cerrados por la garganta, con su escarpa y contraescarpa, revestidas de madera (el sitio de Dantzing; no tardó en dar á conocer quanto valia revestirlas obras con madera) y que abrazase en su recinto todo el arrabal de Praga; pero quiso añadir tambien una obra que situada detras de aquellos ocho reductos, y delante del puente de barcas, que reunia á Varsovia con Praga, sirviese á un mismo tiempo de punto á donde poder retirarse la guarnicion de aquella especie de plaza fuerte, y de cabeza de puente al de Varsovia. Mandó, pues, hacer en Okuni, que era donde se habian echado puentes sobre el Narew y Ukra, varias obras para protegerlos y que no pudiera el enemigo quitarselos al ejército francés, ejecutándose lo mismo en el puente de Modlin, que se habia echado en la confluencia del Vistula y el Narew, valiéndose de una isla para sentar en ella los medios de pasage, y construir una obra defensiva sumamente sólida. Asi, pues, entre los tres puentes de Varsovia, Okuni y Modlin, por donde cruzaban tantos y tan anchos raudales de agua, Napoleon aseguró para sí todos los puntos por donde podia pasarse y los interceptó á los rusos de modo que aquellos grandes

obstáculos naturales, allanados para él y convertidos en dificultades insuperables para el enemigo, fuesen en su mano un medio poderoso de poder maniobrar, y que sobre todo pudiera dejarlos entregados á sí mismos, si impulsado por la guerra tenia que subir hácia el Norte mas de lo que habia subido. Napoleon completó aquel sistema con una obra de igual clase que mandó hacer en Sierock, en la confluencia del Narew y el Bug, pudiendo estar seguro de que con la madera que tanto abundaba en aquellos sitios y el dinero constante de que disponia, no solo tendria materiales, sino brazos para darles el destino conveniente.

Ya sabemos que Napoleon sacó de París dos regimientos de infantería, esto es el 45 de ligeros, y el 58 de línea, un regimiento de fusileros de la guardia y otro de la guardia municipal, ademas de tres que sacó de Brest, Saint-Lo y Bolonia. Aquellos siete regimientos estaban en marcha, así como los provisionales destinados á conducir los reclutas de los batallones de depósito á los de guerra; pero dos de ellos, es decir el 45 de ligeros y el 58, dejaron atras á los demas y se reunieron con el cuerpo del mariscal Mortier, quien de este modo llegó á tener á sus órdenes ocho regimientos franceses, sin contar los holandeses ó italianos que debian completar el número vivo y efectivo de sus tropas. Aprovechándose Napoleon de aquel refuerzo, que entonces escedia á las necesidades del octavo cuerpo, pues al parecer no amenazaba riesgo alguno, por las playas del Báltico, separó de él los regimientos número 2.º y el 45 de ligeros, que formaban cua-

tro mil hombres y eran muy buenos soldados, agregando á ellos los holandeses, ocho batallones polacos armados en Posen, la legion del Norte, llena de polacos que servian á Francia hacia mucho tiempo, los cuatro magníficos regimientos que habian llegado de Italia, y por último dos de los cinco de caballeria ligera procedentes tambien de aquel reino, esto es el 19 y el 23 de cazadores. Con todas estas tropas compuso un nuevo cuerpo de ejército, á que dió el nombre de décimo cuerpo, pues los alemanes que se hallaban en Silesia á las órdenes del príncipe Gerónimo habian ya recibido el de 9.º, y confió el mando del cuerpo recién formado al anciano mariscal Lefebvre, á quien habia llevado consigo en el ejército grande, poniéndole interinamente á la cabeza de la guardia de infanteria. En seguida encargó á dicho mariscal tomase por asalto á Colberga, y empezase á poner sitio á Dantzig, plaza que tenia una importancia capital, por la posicion que ocupaba en el teatro de la guerra. Baste saber que dominaba la parte baja del Vistula, protegía la llegada del enemigo por mar, y contenia recursos inmensos que debian derramar la abundancia en nuestro ejército, si lograba apoderarse de ella. Además, mientras no la tomásemos, podia el enemigo, con solo hacer un movimiento ofensivo hácia el mar, mas allá de la parte baja del Vistula, obligarnos á tener que dejar la parte alta; y retroceder hácia el Oder, razon por la cual estaba resuelto Napoleón que el sitio de Dantzig, fuese la gran operacion del invierno.

Consagrando así Napoleón la estacion cruda á tomar las plazas, queria sitiar no solo las de la

parte baja del Vistula, que se hallaban á su izquierda, sino las de la parte alta del Oder, que se hallaban á la derecha. Ya hemos visto que apoyado su hermano Gerónimo por el general Vandamme, debia acabar de subyugar la Silesia, adquiriendo unas tras otras las fortalezas del Oder, fortalezas que siendo como habian sido construidas con mucho esmero por el gran Federico para conquistar definitivamente lo en que consistió la gloria de su reinado, presentaban graves dificultades que superar, no solo por la magnitud y belleza de las obras, sino por las guarniciones que estaban encargadas de defenderlas. La rendicion de Magdeburgo, Custring y Stettin, habia cubierto de oprobio á los comandantes que las entregaron bajo el imperio de una desmoralizacion general, y bien pronto hubo una reaccion en el ejército prusiano, tan profundamente desanimado al principio de resultas de lo de Jena. El horror indignado habló al corazon de todos los militares, y estaban decididos á morir con honra, aun cuando no tuviesen esperanza de vencer, mucho mas habiendo como habia amenazado el rey con castigos terribles á los comandantes que entregasen las plazas de que eran gobernadores antes de hacer cuanto constituye una defensa honrosa segun las reglas del arte. A mayor abundamiento los prusianos empezaban á conocer que las plazas fuertes que quedaban á la izquierda y á la derecha de Napoleón, iban á adquirir verdadera importancia, porque eran otros tantos puntos de apoyo que le harian falta en su atrevida marcha, y que debian secundar la resistencia de sus enemigos; de suerte que todos los comandantes de guarnicion prusiana es-

taban resueltos á defenderlas enérgicamente.

El príncipe Gerónimo solo tenia consigo wurtemburgenses y bávaros, y con estas tropas auxiliares nada mas que un regimiento de franceses, esto es, el 13 de línea, ademas de algunos escuadrones franceses de caballería ligera. Aquellos auxiliares alemanes no habian adquirido aun el valor militar que mostraron despues en mas de una ocasion; pero el general Vandamne, que mandaba el noveno cuerpo á las órdenes del príncipe Gerónimo, y el general Mont-Brunt que mandaba la caballería, ayudados por los jóvenes llenos de ardor que componian el estado mayor francés, les inspiraron poco tiempo el espíritu de que entonces se hallaba animado nuestro ejército, y que comunicaba á todas las tropas que se hallaban en contacto con él. Vandamne, que nunca habia dirigido el sitio de una plaza ni poseia conocimiento alguno de los que debe saber un ingeniero, pero que todo lo suplía con un instinto feliz de la guerra, intentó tomar por asalto las plazas de Silesia, aunque sabia que los gobernadores de ellas estaban decididos á defenderse á toda costa. Para ello se le ocurrió emplear un medio que habia salido bien en Magdeburgo, y consistia en intimidar á los habitantes para que se entregasen á pesar de las guarniciones: empezó, pues, por Glogau, que era la plaza mas inmediata á la parte baja del Oder, así como al camino que seguian nuestras tropas, cuya guarnicion era poco numerosa, y donde reinaba todavia la desmoralizacion. Vandamne mandó poner en batería varios morteros y cañones de grueso calibre, y despues de algunas amenazas que no dejaron de causar efecto, con-

siguió el dia 7 de diciembre capitulase la plaza, en la cual se encontró grandes recursos en artillería, y toda clase de provisiones. En seguida subió Vandamne el Oder, y empezó á poner sitio á Breslau, situada en este rio á veinte leguas mas allá de Glogau.

Esta plaza habia sido tomada con los wurtemburgenses: pero esto no era bastante para sitiarse á Breslau, capital de Silesia, poblacion de sesenta mil almas, provista de seis mil hombres de guarnicion, muchas y sólidas obras y con un buen comandante. El príncipe Gerónimo que penetró hasta las cercanías de Kalisch mientras que el ejército francés entraba en Polonia, volvió hácia el Oder así que Napoleon fuertemente establecido en el Vistula, no necesitaba que el cuerpo noveno estuviese á su derecha. De consiguiente Vandamne contó para emprender el sitio de Breslau con los wurtemburgenses, dos divisiones bávaras, algunos artilleros é ingenieros franceses, y por último el 18 de línea. El sitiarse de un modo regular una plaza tan vasta, le pareció obra larga y dificultosa, y procuró intimidar la poblacion como ya lo habia hecho en Glogau; para lo cual escogió en el arrabal de San Nicolás un sitio donde poder establecer baterías incendiarias. A pesar de hacer un fuego bastante vivo sobre el interior de la poblacion, no consiguió el resultado que se proponia, gracias al vigor del comandante, teniendo que pensar en un ataque mas serio. El principal medio de defensa de Breslau consistia en tener un muro con sus correspondientes baluartes y rodeado de un foso profundo, lleno con las aguas del Oder; pero los ingenieros franceses, conocieron que aquel

muro no estaba revestido en todas partes, y que por ciertos puntos solo presentaba una escarpa formada de tierra. En consecuencia Vandamme determinó dar el asalto del muro, pues no siendo de mampostería, sino un simple declive formado con céspedes, podía ser escalado por unos soldados á quienes nada atemorizase: lo primero que habia que hacer para pasar el foso que el Oder inundaba con sus aguas, era preparar unas balsas, y Vandamme mandó disponer lo necesario para aquella empresa atrevida; pero desgraciadamente el enemigo descubrió los preparativos: la luna brilló en todo su esplendor la noche en que debia darse el asalto, y todo esto hizo que se frustrase el intento. Entre tanto el príncipe Anhalt-Tless, que mandaba la provincia, reunió los destacamentos de todas las plazas, y levantó y armó á varios paisanos, con lo cual llegó á reunir un cuerpo de doce mil hombres, socorro exterior que dió esperanzas á la guarnicion de la plaza. Sin embargo, como á los sitiadores no podia sucederles cosa mejor que resolver en campo abierto la cuestion de la toma de Breslau, Vandamme salió al encuentro del príncipe de Anhalt con los bávaros y el 13 de línea francés, luchó con él dos veces; le derrotó completamente, y volvió á presentarse delante de la plaza, privada desde entonces de toda esperanza de socorro. Al mismo tiempo cayó una granhelada, y el general sitiador resolvió pasar el foso sobre el hielo, escalando en seguida las obras de tierra. Pero viéndose espuesto el comandante á que tomásemos la plaza por asalto, peligro espantoso para una poblacion rica y populosa consintió en capitular, y entregó la plaza el dia 7 de enero,

al cabo de un mes de resistencia, con las mismas condiciones que se habian entregado Magdeburgo, Custrin y las demas fortalezas de Prusia.

Aquella no solo era una conquista brillante, sino sumamente útil por los recursos que podia proporcionar al ejército francés, y sobre todo porque nos aseguraba el imperio de Silesia, que es una de las provincias mas ricas de Prusia, y aun de Europa. Así es que Napoleon felicitó á Vandamme por aquel hecho de armas, y á su hermano Gerónimo, quien se mostró tan entendido como un buen oficial, y tan animoso como un soldado valiente.

Algunos dias despues, conquistó tambien el cuerpo noveno á Brig, poblacion situada mas arriba de Breslau sobre el Oder, por manera que siendo ya nuestro todo el centro de Silesia, solo nos faltaba que tomar Schweidnitz, Glatz y Neissa, que cierran los puertos de Silesia, por la parte de Bohemia. Napoleon mandó sitiarlas unas tras otras, y se decidió, por lo que á él concernia, á ejecutar un acto de rigor, si bien conforme con el derecho de la guerra, esto es á destruirlas; como así lo mandó, disponiendo se derribasen las obras de las que ya estaban en su poder. Para obrar así tenia dos razones, una del momento y otra que se referia á lo que pudiese sobrevenir, pues no queria diseminar sus tropas multiplicando en su derredor puntos donde fuese preciso dejar guarnicion, y como no contaba con la alianza de Prusia, al mismo tiempo que conocia cada vez mas que Austria no le miraba muy bien, lo único en que podia esperar era en la mala inteligencia que siempre habia dividido aquellas dos córtes. Desmantelada fué

Silesia por la parte de Austria, debia ser en lo sucesivo para Prusia objeto de inquietud, ocasion de gastar, y causa de que fuese debilitándose poco á poco.

Así, pues, á espaldas del ejército, y á derecha é izquierda, el progreso harto visible de nuestras operaciones atestiguaba que el enemigo no podia inquietarnos, puesto que dejaba que se realizase. Solo algunos partidarios, procedentes de las plazas de Colberga y Dantzic, y reclutados por prisioneros prusianos que se habian escapado, infestaban los caminos; pero varios destacamentos se ocupaban en perseguirlos. Con todo, un suceso de poca importancia dió lugar á que se temiese un instante por la tranquilidad alemana: Hesse cuyo soberano acababa de ser destronado, destruidas sus plazas, y disuelto su ejército, era como es natural la provincia alemana que peor miraba á los franceses, y treinta mil hombres licenciados, privados de sueldo y de medios de subsistencia y ociosos, eran aunque estuviesen desarmados, una gente peligrosa que la prudencia aconsejaba no dejásemos en aquel país. Parte de ellos fueron alistados, sin decirles á donde iban á servir, si bien debian ser destinados á Nápoles; pero divulgado el secreto por algunas indiscreciones cometidas en Maguncia, las tropas alistadas se insurreccionaron, diciendo queriamos enviar los hessenses á Calabria para que pereciesen allí. El general Lagrange, que mandaba en Hesse, solo tenia á su disposicion muy pocas tropas, de suerte que los insurrectos desarmaron á un destacamento francés, amenazando con que sublevarian toda la provincia; pero Napoleon habia proporcionado de antemano

los medios de hacer frente á aquel suceso. Como no estaban muy lejos los regimientos provisionales que habian salido del Rin, un regimiento italiano que marchaba á reunirse con el mariscal Mortier, los fusileros de la guardia sacados de Paris, y uno de los regimientos de cazadores procedentes de Italia, encaminóseles de prisa y corriendo hácia Cassel, y la insurreccion se apagó inmediatamente.

El inmenso territorio que se estiende desde el Rin al Vistula, ó lo que es lo mismo desde los montes de Bohemia hasta el mar del Norte, estaba, pues, sometido á nuestro dominio, y las plazas se iban entregando á nuestras tropas, atravesando por ellas tranquilamente nuestros refuerzos, y cuidando del orden, mientras marchaban hácia el teatro de la guerra para cubrir las bajas del ejército grande.

Sin embargo, con tal descaro dijo el general ruso Benningsen que habia conseguido la victoria, que el rey de Prusia recibió en Königsberg, y el emperador Alejandro en San Petersburgo, las felicitaciones que con este motivo se les dirigieron, y aunque los resultados materiales, como por ejemplo el haberse retirado los rusos hácia el Pregel, habernos nosotros situado tranquilamente en el Vistula, y emprender y realizar la toma de plazas en el Oder, respondian debidamente á todas las fanfarronadas de un enemigo que se creia victorioso porque no habia sufrido un desastre tan completo como el de Austerlitz ó Jena, llevase no obstante la afectacion hasta mostrar cierta alegría.

En Viena, y en el seno de la corte imperial,

fué donde mas alegres se mostraron, dándose la enhorabuena mutuamente el emperador, los archiduques, los ministros y los grandes señores; cosa natural y legitima si se atiende al language que el gabinete de Viena habia usado en las comunicaciones que últimamente dirigió á Napoleon, language que escedia quizá á los limites en que debe mantenerse el disimulo en semejantes casos. Por lo demas, el error que causaba la alegría de nuestros enemigos no fué de larga duración, pues Mr. de Lucchesini, que dejó la córte de Prusia, al mismo tiempo que Mr. de Haugwitz, pasaba á la sazón por Viena, para trasladarse á Luca, donde habia nacido, y como no tenia que hacerse ilusiones á sí mismo, ni interés en engañar á los demas, dijo la verdad sobre las sangrientas acciones de que acababa de ser teatro el Vistula. Segun él, y así era efectivamente, los lodazales de Polonia habian paralizado los movimientos de vencidos y vencedores, permitiendo á los rusos poder libertarse de la persecucion de los franceses, pero batidos los rusos en todas partes, no tenían probabilidad alguna de hacer frente á los temibles soldados de Napoleon, y era de esperar que en la primavera, ó quizá así que cayesen los primeros hielos, haria éste una irrupcion hácia el Pregel ó el Niemen, terminando la guerra con un hecho de armas ruidoso. Mr. de Lucchesini añadió que el ejército francés no estaba demoralizado ni privado de recursos, como se queria hacer creer, pues por el contrario se mantenia bien y se iba acostumbrando al húmedo y frio clima de Polonia, ni mas ni menos que se acostumbra en otro tiempo al clima seco y abrasador

del Egipto, teniendo ademas gran fé en el genio y la fortuna de su gefe.

Estas noticias dadas por un hombre que observaba las cosas con calma y desinterés, aguardaron el regocijo de los austriacos, y la córte de Viena, no solo para calmar á Napoleon con un paso amistoso, sino para tener en el cuartel general francés una persona que participase los hechos con exactitud, pidió se le permitiese enviar á Varsovia al baron de Vincent. Los ministros de las córtes estrangeras que siguieron á Mr. de Talleyrand á Berlin, y aun algunos hasta Varsovia, habian sido despedidos politicamente porque eran unos testigos incómodos, y solian convertirse en murmuradores; pero sin embargo de esto, Mr. de Vincent fué recibido por contemplacion á Austria, y porque pudiera conocer de un modo directo la verdad que teniamos interés en descubrirle mas bien que ocultarle. Mr. de Vincent llegó, pues, á Varsovia á fines de enero.

Mientras que Napoleon invertia el mes de enero de 1807, ya en consolidar su posicion en el Vistula y el Oder, ya en aumentar su ejército con los refuerzos que llegaban de Francia é Italia, ya en fin en sublevar el Oriente contra Rusia, manteniéndose dispuesto á hacer frente á cualquier ataque inmediato, pero sin creer en semejante ataque, los rusos le preparaban uno, y de los mas temibles, á pesar de la crudeza de la estacion. Despues de la accion de Pultusk, en que el general Benningsen quedó derrotado, dijera lo que dijera, porque el que consigue una victoria no se retira con tanta premura, pasó el Narew, hallándose á la sazón el territorio lleno de landas, pan-

tanos y bosques que se estiende entre el Narew y el Bug. Allí recogió dos divisiones del general Buxhoewden, que este habia dejado inútilmente en Popowo, sobre el Bug, durante las últimas refriegas, y subió el Narew con ellas y las divisiones de su ejército que se habian batido en Pultusk. En aquel mismo momento las dos mitades de division del general Benningsen, que no habian podido unirse a él, agregadas a las dos divisiones del general Buxhoewden que se hallaban en Golymin y Makow, permanecian en la otra orilla del Narew, cuyos puentes acababan de ser arrastrados por los hielos. Imposibilitadas con esto una y otra porcion del ejército ruso, de comunicarse entre sí, subian por las orillas del Narew, y era fácil destruirlas aisladamente a estar informados de la situacion en que se encontraban, y si ademas hubiese permitido alcanzarlas el estado de los caminos. Empero no todo se sabe en la guerra, siendo el general mas hábil aquel que a fuerza de aplicacion y sagacidad, llega a ignorar algo menos que de costumbre los proyectos del enemigo. En cualquiera otra circunstancia, Napoleon cuya actividad rayaba en prodigio, y que tan bien sabia aprovecharse de la victoria, hubiera podido descubrir la peligrosa situacion en que se hallaba el ejército ruso, destruyendo infaliblemente la porcion que se hubiese dedicado a perseguir; pero hundido en el lodo, sin artilleria y sin pan, se veia obligado a permanecer completamente inmóvil, ademas de que habiendo como habia llevado sus soldados al otro extremo de Europa, consideraba como una especie de crueldad someter su obediencia a mayores pruebas.

Los generales Benningsen y Buxhoewden hicieron algunos esfuerzos para ver de reunirse, pero los puentes, restablecidos varias veces, se rompieron otras tantas, por lo cual se vieron obligados a subir el Narew lentamente, manteniéndose como podian, y procurando llegar a un sitio donde fuese fácil juntarse. Con todo, consiguieron avisarse personalmente en Nowogrod, y aunque no estaban muy dispuestos a entenderse entre sí, convinieron en un plan dirigido nada menos que a proseguir las hostilidades, a pesar del estado del pais y de la estacion. El general Benningsen, que a fuerza de decir habia salido victorioso en Pultusk acabó por creerlo, queria a toda costa volver a tomar la ofensiva, y por su influjo se decidió continuasen inmediatamente las operaciones militares, siguiendo una marcha contraria en un todo a la que se adoptó al principio, pues en vez de costear el Narew y los riachuelos que desaguan en él, apoyando la espalda en el territorio cubierto de arbolado, con lo cual fijaban a Varsovia como punto de ataque, resolvieron dar un gran rodeo, girar por medio de un movimiento hácia atras alrededor de la vasta masa de árboles, atravesar en seguida la línea de los lagos, y dirigirse hácia la region marítima por Brannsborga, el Binga, Marienburgo y Dantzig. Operando hácia aquella parte, tenian seguridad de poder mantenerse, gracias a lo rico que es el terreno, a lo largo de la costa, y lisongeábanse ademas de que sorprenderian la estrema izquierda de los cantones franceses, cogieran tal vez prisionero al mariscal Bernadotte que estaba situado en la parte baja del Vistula, pasarian facilmente este rio en

que habia varios puntos de apoyo, y se dirigirian mas allá de Dantzig, con lo cual se derribaba de un golpe la posicion que Napoleon tenia por delante de Varsovia.

Con efecto, si fijamos la vista en la línea que describen el Vistula y el Oder al encaminarse al Báltico, vemos que al principio corren hácia el N. O. el Vistula hasta las cercanías de Thorn, y el Oder hasta las de Custrin, y que en seguida se levantan de pronto, para correr hácia el N. E. con lo cual forman un ángulo oscuro marcado, el Vistula hácia Thorn, y el Oder hácia Custrin. De esta direccion resulta, sobre todo en lo que concierne al Vistula, que el cuerpo ruso que pasase dicho río entre Grandentz y Thorn, se hallaria mucho mas cerca de Posen, base de nuestras operaciones en Polonia, que el ejército francés acampado en Varsovia. La diferencia consistia casi en una mitad, de suerte que era un proyecto bien concebido el de pasar el Vistula entre Thorn y Marienburgo, sin perjuicio de ejecutarlo bien, que es de lo que depende siempre el buen resultado de los mejores planes. Efectivamente, mas de una vez hemos demostrado que sino se calcula con exactitud la distancia y el tiempo, no se marcha con prontitud, no se despliega el mayor vigor en los encuentros contra el enemigo, y por último no se prosigue con firmeza un proyecto hasta no verlo realizado enteramente, cualquier maniobra por muy atrevida que sea, se convierte en tan funesta como afortunada hubiera podido ser. Y lo que es en el caso presente, si se frustraba, veíanse los enemigos con Napoleon delante, separados de Königsberg, arrinconados hácia el mar, y es-

puestos á un verdadero desastre, porque repitiendo una verdad que ya hemos manifestado en otra parte, en todas las grandes combinaciones se corre tanto peligro como el que se hace correr al contrario.

Apenas se habian puesto de acuerdo los dos generales rusos acerca del plan que debia seguirse, cuando de resultas de los hechos falsos referidos por el general Benningsen, la corte de San Petersburgo le concedió la cruz de San Jorge, nombrándole general en jefe y desembarazándole de la supremacia militar del anciano Kamienski, y la rivalidad del general Buxhoevden, pues á ambos generales se les mandó que dejasen el ejército.

Así que Benningsen se vió solo al frente de las tropas rusas, insistió como es natural, en realizar el plan que habia formado, y se apresuró á ponerlo en ejecucion, subiendo al Narew hasta Tykoczyn, pasando el río Bober cerca de Goniondz, esto es por el mismo sitio en que le pasó Carlos XII un siglo antes, y yendo á atravesar la línea de los lagos, junto al de Spribinga, por Arys, Rhan, Prastemburgo y Biohoffstein. El nombre de estos sitios indica que habia llegado al territorio alemán, es decir á la Prusia Oriental; y efectivamente se hallaba en él, penetrando hasta Heilsberga, sobre el Alla, el 22 de enero, al mes de haberse dado las acciones de Pultusk, Golymin y Soldau. No es así como es preciso marchar para sorprender á un enemigo que siempre está alerta; pero sin embargo, oculto con aquella impenetrable cortina de árboles y lagos, que separaba los dos ejércitos, el general ruso logró que los franceses no notasen su movimiento.

Ya en aquella época habia llegado al fin el general Essen con las dos divisiones de reserva, tantas veces anunciadas, lo cual hizo subir á diez el número total de las divisiones del ejército ruso, sin contar el cuerpo prusiano que mandaba el general Lestocq. Dichas dos nuevas divisiones, que se componian de reclutas, fueron destinadas á guardar, además del Bug y el Narew, la posicion que antes ocuparon las dos divisiones del general Buxhoevden, que no tomaron parte en las operaciones del mes de diciembre. La division de Sedmaratzki, se apostó en Goniondz, sobre el Bober, para vigilar la linea de los lagos, mantener abiertas las comunicaciones con el cuerpo del general Essen, y dar que sospechar á los franceses por la derecha. Asi, pues, de diez que eran las divisiones del general Benningsen solo conservaba siete que poder llevar á la costa y la parte baja del Vistula; pero aun deduciendo las pérdidas que sufrieron en diciembre, podian ascender á ochenta mil hombres, y á noventa mil por lo menos con el cuerpo prusiano de Lestocq (1).

Ya hemos dicho que las aguas de los lagos corrian, unas hácia lo interior del país, por el Omulew, el Orezyc y el Ukra, que desembocan en el Narew y el Vistula, y otra hácia fuera por medio de riachuelos que se encaminan en derechura al mar, y el principal de los cuales es el Passarge,

(1) Asi lo dice en su narracion Ploto, quien para que resalte mas el mérito del ejército ruso, rebaja el del gobierno, tratando siempre de reducir el número de las fuerzas que entraron en accion. Y efectivamente, es una cosa estraña que solo pudieran presentar en su misma frontera á un enemigo que iba de tan lejos, noventa mil hombres capaces de pelear.

que cae perpendicularmente en el Frische-Hlaff. Los cuerpos franceses que estaban esparcidos, por la derecha sobre el Narew y los riachuelos que en él desaguan y por la izquierda sobre el Passarge, cubrian la linea del Vistula, desde Varsovia hasta el Binga, y ya hemos manifestado que los mariscales Lannes y Davout tenian sus cantones á lo largo del Narew, desde el punto en que este se reune con el Vistula hasta Pultusk, y aun mas arriba, formando la derecha del ejército francés y cubriendo á Varsovia. El cuerpo del mariscal Soult estaba situado entre el Omulew y el Orezyc, desde Ostrolenka á Willeberg y Chorzellen, dándose la mano por una parte con las tropas del mariscal Dupont, y por otra con la del mariscal Ney, y formando de este modo el centro del ejército francés. El mariscal Ney que habia avanzado mas, hallándose en Tlohenstein en la parte alta del Passarge, ligaba sus operaciones con las del mariscal Soult allá donde nace el Omulew, y con las del mariscal Bernadotte detrás del Passarge. Este último mariscal, protegido por el riachuelo que acabamos de nombrar, y que ocupaba á Osterode, Mohrunge, Preuss-Tlollapd y el Binga, formaba la izquierda del ejército francés hácia el Frische-Hlaff, y cubria la parte baja del Vistula así como á Dantzic.

El mariscal Ney, cuya posicion era mas avanzada que la de ningun otro aumentaba aun la distancia que le separaba del grueso del ejército con sus atrevidas escursiones, pues así que el suelo se endurecia algun tanto con los hielos, embarecaba en carrillos sus tropas ligeras, y corria hasta las cercanias de Kœnigsberg á buscar viveres para

sus soldados, haciendo por este medio muy buenas aprensiones que contribuyeron y no poco al bien estar de su cuerpo de ejército. El Alla cuyas orillas recorría, cerca del Passarge, en un grupo de lagos que hay entre Hohenstein y Allenstein, despues se separa de ellos, formando un ángulo recto, y mientras que el Passarge corre por la izquierda hacia el mar (Ofrische-Haff), el rio de que vamos hablando corre en derecha hacia Pregel, de modo que el Alla, el Passarge y el Pregel del mar, presenta por decirlo así, los cuatro lados de un cuadrado entre largo. El mariscal Ney, que estaba situado en Hohenstein, en el remate del ángulo que describen el Passarge y el Alla antes de separarse, teniendo á la derecha por detrás los cantones del mariscal Soult, y á su izquierda tambien por detrás los del mariscal Bernadotte, y que bajaba y subía á menudo por la orilla del Alla en sus correrías hasta el Pregel, no podia menos que encontrar al ejército ruso al tiempo de hacer su proyectado movimiento.

Varias veces le habia reprendido Napoleon temiendo no se comprometiese; pero el atrevido mariscal insistió en ir mas lejos de lo que se le habia mandado, y encontró el ejército ruso que habia pasado el Alla, é iba á atravesar el Passarge por las cercanías de Deppen. Por lo demas avanzan dos columnas, debiendo una de las dos que estaban destinadas á atravesar el Pasarge por Deppen, penetrar hacia Liebstadt para ver de acercarse á la parte baja del Vístula y sorprender los cantones del mariscal Bernadotte.

El mariscal Ney, cuya indócil temeridad tuvo

á lo menos la ventaja de avisarnos á tiempo (ventaja que á nadie debe animar á ser desobediente porque rara vez produce tan buenos efectos), el mariscal Ney, decimos, se apresuró á replegarse y á dar parte al mariscal Bernadotte que se hallaba á su izquierda, y al mariscal Soult que se hallaba á su derecha, del riesgo de que se hallaban amenazados, enviando tambien al cuartel general situado en Varsovia, la noticia de la súbita aparición del enemigo. En seguida tomó en Hohenstein un puesto á propósito, para poder ir á socorrer los cantones del mariscal Soul establecidos sobre el Omulew, ó los del mariscal Bernadotte detrás del Passarge, indicando á este la posición de Osterode, magnífica posición situada sobre unas laderas detrás de los voscos y lagos donde reunidos los cuerpos primero y sexto, podian presentar cerca de treinta y tantos mil hombres á los rusos, en un sitio casi inespugnable.

Empero las tropas del mariscal Bernadotte esparcidas hasta el Binga, cerca del Frische-Hoff, tenían que andar mucho para reunirse; y si el general Benningsen hubiese marchado rápidamente, hubiera podido sorprenderlas y destruirlas antes de reconcentrarse. El mariscal Bernadotte envió pues, á las tropas de su derecha orden de que se encaminasen directamente hacia Osterode, y á las de la izquierda que se reuniesen en el punto común de Mohrungen, que está en el camino de Osterode, algo detrás de Liebstadt, es decir, muy inmediato á la vanguardia rusa. El peligro era urgente, pues la vispera habia maltratado la vanguardia en Miga, á un destacamento francés que quedó en Liebstadt, y el general Marcol, con unos

quince ó diez y seis mil hombres, formaba á la cabeza de la columna rusa de la derecha. El día 25 de enero por la mañana tenia el enemigo en la aldea de Pfarrers-feldthen tres batallones, y detrás mucha infantería y caballería formada en masa, llegando el mariscal Bernadotte á eso de medio día aquel sitio, poco distante de Mohrun-gen, con tropas que ya habian andado diez ó doce leguas; pues se pusieron en marcha la noche anterior. Inmediatamente tomó sus disposiciones enviando un batallon del 9 de ligeros á la aldea de Pfarrers-feldthen, á fin de evitar al enemigo aquel primer punto de apoyo; el valiente batallon entró en él con bayoneta calada bajo un vivo fuego de fusilería que hicieron los rusos, y sostuvo en lo interior de la aldea un combate encarnizado, perdiendo en medio de la refriega su águila, pero no tardó en recobrarla. Otros batallones rusos fueron á reunirse con los que ya habian entrado en accion, viendo lo cual el mariscal Bernadotte envió dos batallones franceses mas, que despues de una lucha sumamente violenta, acabaron por apoderarse de Pfarrers-feldthen. Mas allá se veia en un terreno elevado, el grueso de la columna enemiga, apoyada por una parte en bosques, por la otra en unos lagos, y protegida hácia su frente por una numerosa artillería; el mariscal Bernadotte formó en batalla el regimiento número 8, el 9<sup>o</sup> de línea y el 27 de ligeros, marchando en derecha hácia la posicion de los rusos á pesar de un fuego mortifero. Envestida dicha posicion con arrojo, la defendieron los rusos obstinadamente; pero la fortuna quiso que el general Dupont llegase de las orillas de Frische-Haff, por el camino

de Preuss-Holland presentándose con los regimientos número 32 y 96 en la aldea de Georgenthal, sobre la derecha de los rusos, los cuales no pudieron hacer frente á aquel doble ataque, y abandonaron el campo de batalla, cubierto de cadáveres. Aquel combate los costó de mil quinientos á mil seiscientos hombres entre muertos y prisioneros, y á los franceses unos seiscientos á setecientos entre muertos y heridos, consistiendo en la dispersion de las tropas, y en los muchos enfermos, el que el mariscal Bernadotte no hubiese podido reunir en Mohrun-gen arriba de ocho ó nueve mil soldados, para pelear contra quince ó diez y seis mil.

El resultado de aquel encuentro fué que los rusos obrasen con mas circunspeccion, y que las tropas del mariscal Bernadotte tuviesen tiempo de reunirse con Osterode, posicion en que juntas con las del mariscal Ney, nada tenian que temer. Efectivamente, Bernadotte se trasladó á Osterode, y en los días 26 y 27 de enero se estrechó contra Ney, aguardando á pie firme las empresas ulteriores del enemigo, pero el general Benningsen, ora sorprendido de la resistencia que encontró en su marcha, ora porque quisiese reconcentrar su ejército, lo reunió en Liebstadt, y allí hizo alto.

El 26 y 27 de enero fué tambien cuando Napoleon informado gradualmente por las noticias que recibia de varios puntos del movimiento de los rusos, fijó completamente sus intentos. Al principio creyó que las correrías del mariscal Ney habian dado lugar á represalias por parte del enemigo, y en el primer momento se mostró muy disgustado; pero no tardó en comprender la verda-

dera causa de la aparición de los rusos, conociendo era aquella una empresa seria que tenia un objeto muy diferente al de disputar cantones.

Aunque aquella nueva campaña interrumpia el descanso que tanto necesitaban sus tropas, pronto pasó del disgusto á la alegría, considerando sobre todo el estado de la temperatura. Hacia un frio terrible, y si bien los grandes rios no estaban aun helados, las aguas estancadas lo estaban enteramente, y Polonia presentaba á la vista una gran llanura de helada, en que no habia peligro de que se sepultasen los cañones, los caballos ni la gente. Napoleon recobraba, pues, la libertad de poder maniobrar, y con ella la esperanza de poner término á la guerra con un hecho de armas ruidoso.

Inmediatamente formó su plan, conforme á la direccion que habia tomado el enemigo. Cuando los rusos amenazaban á Varsovia, tomando las orillas del Narew, pensó en desembocar por Thorn con su izquierda reforzada, á fin de separarlos de los prusianos, y arrojarlos en el caos de bosques y pantanos que presenta lo interior del pais. Empero al verlos decididos á costear el litoral para pasar la parte baja del Vistula, debia adoptar la marcha contraria, es decir, volver á subir por el Narew que ellos abandonaban, y anticipándose lo bastante, caer repentinamente sobre ellos, á fin de arrollarlos hacia el mar. Esta maniobra, si tenia buen resultado, era decisiva, porque de seguir el primer plan, rechazados los rusos hacia lo interior de Polonia, estaban espuestos á verse en una situacion arriesgada, pero siguiendo el segundo arrinconados hacia el mar, no tenian

remedio sino capitular como los prusianos en Prenzlau ó en Lubeck.

Napoleon resolvió en consecuencia reunir todo un ejército hacia donde se hallaba el mariscal Soult, tomando el cuerpo que éste mandaba como centro de sus movimientos del modo siguiente. Mientras que reuniendo Soult sus divisiones hacia la de la izquierda, tenia que marchar por Willebergá sobre Passenheim y Allenstein, el mariscal Davout que formaba el extremo derecho del ejército, debia trasladarse al mismo sitio por Pultusk, Myszneic, y Ortelsburgo; el mariscal Augereau que formaba la retaguardia, debia ir allí desde Plonsk por Neidemburgo y Hohensstein; y el mariscal Ney que formaba la izquierda, debia llegar allí tambien de Osterode. En la aldea de Allenstein, escogida por Napoleon para punto comun de reunion, es donde empiezan á separarse el Passarge y el Alla reunidos momentáneamente, y una vez situados allí los nuestros, si los rusos insistian en querer atravesar el Passarge, ya estábamos sobre su flanco, fallándonos poco para dejarlos atrás. Importaba, pues, mucho conducir á tiempo á dicha aldea los cuatro cuerpos que mandaban los mariscales Davout, Soult, Augereau y Ney.

Murat apenas se habia restablecido de su indisposicion, pero supliendo las fuerzas con el ardor de que se hallaba animado, montó á caballo aquel mismo dia, y despues de recibir instrucciones de boca del mismo emperador, reunió inmediatamente la caballeria ligera y los dragones, para llevarlos á la cabeza del cuerpo de Soult, debiendo reunirsele lo mas pronto posible la ca-

ballería pesada que estaba acantonada en el Vistula, hacia Thorn.

Sabiendo Napoleón que el general Essen se hallaba entre el Bug y el Narew, consintió en pasarse sin el cuerpo del mariscal Lannes, que era el quinto, y le mandó se situase en Sierock, para hacer frente á las dos divisiones rusas que estaban apostadas por aquella parte, y caer sobre ellas así que hiciesen un movimiento contra Varsovia. Y como Lannes no se hallase en estado de poder tomar el mando del cuerpo quinto, á causa de su poca salud, Napoleón hizo que le remplazase su edecán Savary en cuya inteligencia y decisión tenía suma confianza.

En seguida dirigió la guardia de á pie y de á caballo detrás del mariscal Soult, y en cuanto á la reserva de granaderos y cazadores que había tomado cuarteles de invierno mas allá del Vistula, entre Varsovia y Poszen, se privó de ella, mandándole interceptase las cercanías de Ostrolenka, y formase un escalon intermedio entre el ejército grande y el cuerpo quinto que queda en el Narew. Dicha reserva tenía encargo de socorrer al referido cuerpo si las divisiones del general Essen amenazaban á Varsovia, y en caso contrario debía incorporarse al cuartel general.

Tomadas estas disposiciones hacia la derecha, Napoleón tomó hacia la izquierda precauciones mucho mas profundas todavía, y que demostraban la gran estension que queria dar á su movimiento. Al mariscal Bernadotte, que se hallaba en Osterode, le mandó retrocediese lentamente hacia el Vistula, que en caso necesario se replegase hasta Thorn para ver atraer allí al enemigo, que despues se

escabullese cubriéndose con una vanguardia como si fuera una cortina, y por medio de una marcha forzada fuese á parar á la izquierda del ejército grande á fin de hacer mas decisiva la maniobra con que queria arrollar á los rusos hacia el mar y la parte baja del Vistula. Sin embargo, Napoleón no se limitó á esto, pues temiendo que los rusos, si conseguimos cogerlos la vuelta, limitasen el ejemplo del general Blucher, quien separado de Stettin, corrió á Lubeck, y que se dirigiesen del Vistula al Oder, trató de evitar este peligro dando al décimo cuerpo el destino mejor que podia dársele. El referido cuerpo debía sitiarse á Dantzic, á las órdenes del mariscal Lefebvre, pero aun no estaba reunido del todo, teniendo únicamente Lefebvre bajo su mando el 13 de línea, el 2.º de ligeros, los coraceros del general España y los ocho batallones polacos armados en Poszen. Napoleón le mandó que permaneciese con sus tropas á lo largo del Vistula y mas arriba de Graudenz, disponiendo que los fusileros de la guardia, el regimiento de la guardia municipal de Paris, la ligera del Norte, dos de los cinco regimientos de cazadores de Italia que ya habían entrado en Alemania, y por último los badenses, se reunieran en Stettin bajo el mando del general Menardr, y subieran hacia Poszen, procurando incorporarse con el mariscal Lefebvre, quien iria en su busca ó dejaría que le buscasen á él, segun lo permitieran los sucesos, á fin de caer todos juntos sobre el cuerpo ruso que quisiese dirigirse del Vistula al Oder. En fin el mariscal Mortier tenía orden de dejar el bloqueo de Stralsund, colocar en él en buenas líneas de circunvalacion las tropas indispen-

sables, reunirse despues con los demas al general Menard, y tomar su misma direccion, si en vez de subir hasta el Vistula para reforzar al mariscal Lefebvre se veia obligado el cuerpo de dicho general, de resultas de la persecucion á tener que volver hácia el Oder.

Napoleon dejó en Varsovia á Duroc, sugeto en quien tenia suma confianza, y como el principe Poniatowski hubiese organizado algunos batallones polacos, dispuso que los mas adelantados en su organizacion, asi como los regimientos provisionales que iban llegando de Francia, guardasen las obras de Praga, bajo las órdenes del general Lemarrois. En seguida hizo que saliesen de Varsovia con galleta y pan todos los caruages de que pudo disponer, esperando que los hielos facilitarían los medios de conduccion, y no careceria de nada su ejército, el cual debia estar reunido en Allenstein para el dia 3 ó 4 de febrero, en virtud de aquellas órdenes, dadas el 27, 28 y 29 de enero. Es preciso observar que aun se hallaban en marcha los refuerzos traídos con tanta prevision de Francia á Italia, que el 2.º de ligeros, el 45 de línea y los cuatro regimientos de coraceros sacados del ejército de Napoles, eran los únicos que habian llegado al Vistula, no habiendo alcanzado aun la línea del Elba los demas cuerpos; que apenas habia recibido Napoleon los primeros destacamentos de reclutas sacados de los depósitos al dia siguiente de la batalla de Jena, lo que habia proporcionado mas doce mil hombres cuando mas, número que no bastaba ni con mucho para cubrir las bajas causadas por la guerra ó las enfermedades estacionales; que la mayor parte de los cuerpos se hallaban

reducidos á una tercera ó cuarta parte; que los de Lannes, Davout, Soult, Augereau, Ney y Bernadotte, con la guardia, ademas los granaderos de Oudinot y la caballería de Murat, no componian arriba de ciento y tantos mil hombres (1): en que dejando á Lannes y á Oudinot hácia la derecha, y no teniendo como no tenia grandes probabilidades de traer á Bernadotte hácia la izquierda debia quedarle setenta y cinco mil hombres á lo sumo, para dar la batalla al general Benningsen, que tenia noventa mil con los prusianos.

A pesar de esta inferioridad numérica, como Napoleon contaba con sus soldados y con los cami-

(1) He aqui la verdadera fuerza de que constaban los cuerpos, advirtiendo que la hemos comparado con la que aparece en una multitud de documentos auténticos.

El mariscal Lannes. . . . .	12,000	hombres.
El mariscal Davout. . . . .	18,000	
El mariscal Soult. . . . .	20,000	
El mariscal Augereau. . . . .	10,000	
El mariscal Ney. . . . .	10,000	
El mariscal Bernadotte. . . . .	12,000	
El general Oudinot. . . . .	6,000	
La guardia. . . . .	6,000	
Y la caballería de Murat. . . . .	10,000	
Total. . . . .	104,000.	

Si se rebaja de estos 104,000 hombres.  
 12,000 de Lannes. {  
 6,000 de Oudinot. { que se quedaron en las cercanías de Varsovia.  
 12,000 de Bernadotte que debian permanecer entre Thorn y Graudentz.  
 30,000.

Napoleon solo podia disponer de una vez de setenta y cuatro mil hombres de tropas activas.

nos que al parecer permitian concentrar tropas rápidamente, entró en campaña lleno de esperanza, escribiendo al archicanciller Cambaceres y á Mr. de Talleyrand, que habian levantado el campo *para aprovecharse de una helada magnífica y un tiempo soberbio*, pues los caminos se hallaban en muy buen estado; que nada dijesen á la emperatriz, *por no causarle un desasosiego inútil*, pero que ya habia emprendido su movimiento, *y costaria caro á los rusos, si no variaban de plan*.

Napoleon salió de Varsovia el día 30, y aquella misma noche llegó á Prasznitz situándose el 31 en Willenberg, á donde ya habia llegado Murat, reuniendo con premura sus regimientos de caballería á escepcion de los coraceros que andaban diseminados á lo largo del Vistula, y formando la vanguardia del mariscal Soult que ya se habia concentrado sobre el mismo Willenberg. El mariscal Davout se trasladó á marchas forzadas á Myszniec, y el mariscal Augereau á Neidemburgo, mientras que el mariscal Ney reunía sus divisiones en Hohenstein, disponiéndose á marchar hácia delante así que el grueso del ejército dejase atrás su derecha. El mariscal Bernadotte retrocedió lentamente y fué á situarse detrás de la izquierda de Ney, en Loebau, despues en Strasburgo y por último en las cercanias de Thorn; de suerte que todo sucedia á medida de los deseos de Napoleon. El enemigo siguió con la columna de la derecha y paso á paso, el movimiento del mariscal Bernadotte, y con la de la izquierda apenas avanzó hácia Alenstein, en cuya posicion se hallaba detenido hácia algunos dias de un modo inconcebible. Esto consistia en que el general Benningsen lleno de au-

dacia cuando fué preciso proyectar una gran maniobra hácia la parte baja del Vistula, vacilaba ahora que se trataba de realizar aquella maniobra atrevida, superior á sus facultades y á las del ejército. Para aventurarse en semejantes empresas, se necesita tener una confianza que solo dá la costumbre de vencer, y ademas la esperiencia de las peripecias porque está condenado á pasar el que forma esos proyectos antes de conseguir llevarlos á cabo; pero como el general Benningsen no tenia ni esa confianza ni esa esperiencia, flotaba entre mil incertidumbres, alegando para no obrar, los falsos pretextos con que siempre se cubren los hombres irresolutos, ya diciendo que esperaba viveres y municiones, ya fingiendo que creia, ó creyendo verdaderamente, que el movimiento retrógrado del cuerpo de Bernadotte era comun á todo el ejército francés y que se habia conseguido el resultado apetecido, puesto que Napoleon se preparaba á dejar el Vistula. Por lo demas aunque era bastante ridícula su indecision, despues de haber anunciado pomposamente que iba á emprender una gran operacion ofensiva, les salvaba, pues, cuanto mas penetrase en la parte baja del Vistula, tanto mas profundo seria el abismo en que hubiese caido. Con todo, si se prolongaba por dos ó tres dias mas esa misma indecision, podia perderse lo mismo que un movimiento mas pronunciado, pues Napoleon continuaba subiendo hácia el flanco izquierdo del ejército ruso.

El día 1.º de febrero, estaban en Patsenheim Murat y el mariscal Soult, el mariscal Davout avanzaba hácia Ortelsburgo, Augereau y Ney iban acercándose al grueso del ejército por Ho-

henstein, y Napoleon se encontraba con la guardia en Willenberg; por manera que dentro de veinte y cuatro ó cuarenta y ocho horas podíamos acometer á los rusos por el flanco izquierdo, con setenta y cinco mil hombres. Napoleon que siempre cuidaba de guiar á sus lugar-tenientes paso á paso, volvió á dirigir pliegos al mariscal Bernadotte, explicándole por última vez el papel que debía hacer en aquella gran maniobra é indicándole de que modo podría escabullirse mas pronto á los ojos del enemigo, y reunirse al ejército, haciendo mas seguro y decisivo el éxito de la combinación general. Los referidos pliegos fueron entregados á un oficial jóven y recién agregado al estado mayor, con órden de que los llevase á escape hácia la parte baja del Vistula.

Nuestras tropas marcharon durante los dias 2 y 3 de febrero, y el 3 por la noche despues de dejar atrás á Allenstein, fueron á pasar á una posición elevada, que se estiende del Alla al Passarge, bien flanqueada á derecha é izquierda por estos dos rios y por unos bosques. Aquella posición era la de Jonkowo, y Napoleon que el dia 3 penetró hasta Kettendorf no lejos de Jonkowo, corrió á la vanguardia para reconocer al enemigo, hallándole con mas fuerzas de las que debía suponérsele, y formado sobre el terreno como si quisiera dar allí la batalla. Napoleon tomó, pues, al instante sus disposiciones para trabar á la mañana siguiente una acción general, si el enemigo insistía en esperarle en Jonkowo.

En seguida apresuró la llegada de los mariscal Augereau y Ney que estaban muy cerca, además de que ya tenía á la mano en Gettkendorf al

mariscal Soult, la guardia y Murat, y algo distante sobre su derecha el mariscal Davout, quien apresuraba el paso á fin de llegar á las orillas del Alla. Queriendo asegurar el buen éxito de la batalla que preparaba para el dia siguiente, Napoleon mandó al mariscal Soult que desfilase por la derecha, á lo largo del curso del Alla, siguiese las vueltas y revueltas que da dicho rio, penetrase en su ángulo entrante que formaba por detrás la posición de los rusos, y lo pasase á viva fuerza por el puente de Bergfried, cualquiera que fuese la resistencia que encontrasen. Tomado el puente poseíamos á espaldas del enemigo un boquete por donde podíamos ponerle en el mayor peligro, siendo este el motivo de que Napoleon dirigiese hácia aquel punto dos divisiones del mariscal Davout, á fin de que el éxito fuese infalible.

Aquella misma noche ejecutó el mariscal Soult la órden del emperador, haciendo que la division de Leval tomase la aldea de Bergfried, despues del puente del Alla y por último las alturas que hay mas allá. El combate fué de corta duracion, pero vivo y sangriento, perdiendo los rusos mil doscientos hombres, y los franceses quinientos ó seiscientos; pero la importancia de aquel punto bien merecía semejante sacrificio. Ya en las altas horas de la noche, dábanse la mano á lo largo del Alla la caballería de Murat y el cuerpo del mariscal Soult, en presencia de los rusos, privados de apoyo hácia su izquierda, amenazados tambien por detrás, y separados de nosotros solamente por un arroyuelo que iba á desaguar en el Alla. Al dia siguiente, pues, debía darse una batalla importante, y Napoleon se preguntaba á si mismo, có-

mo era que los rusos habian ya reunido tantas fuerzas y se habian reconcentrado en aquel punto tan á tiempo, siendo tanto mas difícil comprenderlo, cuanto que segun todos los cálculos de distancia y de tiempo, no podian haber sabido bastante pronto los movimientos del ejército francés, para tomar una determinacion tan repentina, y tan poco conforme con su primer proyecto de marcha ofensiva hácia la parte baja del Vistula. Empero, cualquiera que fuese el motivo porque se habian reunido, lo cierto es que estaban en peligro de perder una batalla, y perderla hasta el extremo de interceptarles el Pregel, con solo que esperasen al día siguiente. Al día siguiente, en efecto, llenas de ardor nuestras tropas, avanzaron hácia la posicion concibiendo por un momento la esperanza de alcanzar á los rusos; pero vieron que sus lineas desaparecieron poco á poco, y que solo tenían por delante una vanguardia, colocada á manera de cortina para engañarlos. En aquel instante debió sentir Napoleon no haber atacado á los rusos la vispera, si la vispera hubiese estado reunido su ejército, y se hubiera apoderado desde muy temprano del puente de Bergfried; pero la concentracion de fuerzas, completa el día 4 por la mañana, no lo estaba el 3 por la noche. No tenia, pues, que acusarse de haber retardado el golpe, y lo que debia hacer era marchar tras del enemigo para ver de penetrar el secreto que le inducia á variar de resolucion.

No tardó en conocer este secreto, pues enaguardados de gozo los rusos porque se habian salvado milagrosamente de una ruina segura, lo divulgaban por el camino. El jóven oficial que llevaba

pliegos al mariscal Bernadotte fué cogido por los cosacos, no teniendo suficiente presencia de ánimo para destruir dichos pliegos, y enterado el general Benningsen, cuarenta y ocho horas antes de lo que debia, del movimiento del ejército francés, tuvo tiempo para concentrarse detrás del Allenstein. Viendo despues los preparativos que Napoleon hacia en Jonkowo, levantó el campo en la noche del 3, ya porque creyese imprudente pelear en una posicion en que corria riesgo de que le cogiesen la vuelta, ya porque no entrase en sus miras aceptar una batalla decisiva. Así, pues, aquel general emprendedor, que con una sola manobra debia quitarnos á Varsovia y Polonia, estaba ya en retirada hácia Königsberg, pues volvió hácia el Pregel por el camino de Arensdorf y Eylau, paralelo al curso del Alla.

Pero Napoleon á quien la fortuna inconstante por dos veces en tan poco tiempo, privó del fruto de las mejores combinaciones, no queria haber dejado sus cantones sin mas ni mas, ó lo que es lo mismo, sin hacer que los que le habian turbado en medio de su reposo, pagasen su temeraria tentativa. Aunque los hielos no eran muy grandes, caía no obstante lo necesario para que los caminos se endureciesen, sin que la temperatura fuese insostenible, y así se decidió á volver á poner á prueba la celeridad de sus soldados, intentando otra vez coger á los rusos por el flanco, para dar en una buena posicion, una batalla que pusiese fin á la guerra.

En consecuencia, tomó el camino de Arensdorf, marchando en el centro con Murat, el mariscal Soult, el mariscal Augereau y la guardia, y

teniendo á su derecha hácia el Alla el cuerpo del mariscal Davout, mientras que á su izquierda y hácia el Passarge, se hallaba el cuerpo del mariscal Ney. Previendo luego con maravillosa sagacidad que aunque los rusos se habian reunido á tiempo por un golpe de la fortuna, lo hicieron con demasiada prontitud, para no haber dejado atras destacamentos, hizo que el mariscal Ney se inclinase un poco á la izquierda hácia el Passarge, y le mandó cortase el puente de Deppen, diciéndole que como interceptase los caminos que conducen del Passarge al Alla, no dejaria de hacer alguna buena captura. Por último, dispuso que el mariscal Bernadotte dejase inmediatamente las orillas del Vistula, y puesto que ya no tenia que engañar con su astucia al enemigo, se reuniese cuanto antes con el ejército grande.

Nuestras tropas avanzaron segun el orden indicado, mientras que los rusos pasaron un momento el mismo dia 4 de febrero en Wolfsdorf, á igual distancia del Passarge y el Alla, para tomar algun descanso, y ver si el cuerpo del general Lestocg, que tardaba en llegar, conseguia alcanzarlos. Sin embargo, como este cuerpo estaba todavía muy lejos para que pudiesen recogerlo, y los franceses apretaban, continuaron su marcha, abandonando á Guttstadt, los recursos que allí habian reunido, los heridos, los enfermos y quinientos hombres que fueron hechos prisioneros.

Aunque los almacenes de Guttstadt no eran de gran importancia, valian mucho para los franceses que por haber tenido que dejar atras los convoyes, se mantenian con lo que encontraban en el camino. Al dia siguiente 5 de febrero, continuóse la

marcha en el mismo orden, teniendo los franceses el Alla á su derecha, y los rusos teniéndolo á la izquierda, y afanados unos y otros en ver quien caminaba con mas celeridad. Durante este tiempo avanzó Ney por el puente de Deppen hasta mas allá del Passarge, á fin de cortar la retirada á las tropas enemigas que se hubiesen retrasado, y efectivamente se encontró con los prusianos en el camino de Liebstadt. Viendo el general Lestocg que no podia abrirse paso por en medio del cuerpo de Ney, se resignó á un sacrificio necesario absolutamente, y presentando á los franceses una fuerte retaguardia de tres á cuatro mil hombres, mientras que los nuestros se cebaban en ella, procuró escabullirse, bajando por la orilla del Passarge, para atravesar este rio por mas abajo. Este cálculo, que muchas veces es una de las crueles necesidades de la guerra, libertó á siete ú ocho mil prusianos, á costa de tres ó cuatro mil, pues Ney cayó sobre los que le oponian en Waltersdorf, acuchilló parte de ellos, y cogió á los demas, quedando cubierto el suelo de unos mil entre muertos y heridos, una numerosa artillería y una inmensa cantidad de bagages. Napoleón, á quien importaba mas batirse contra los rusos con todas sus fuerzas reunidas, que recoger prisioneros prusianos en los caminos, encargó al mariscal Ney no se obstinase demasiado en querer perseguir al general Lestocg, y que tuviese cuidado de no separarse del ejército grande, de resultas de cuyas instrucciones Ney abandonó la persecucion de los prusianos, aunque procurando sin embargo no perderlos de vista, á fin de impedir que se reuniesen con los rusos.

Forzando estos la marcha, llegaron á Landsberga el 6 de febrero, hostigados sin cesar por los franceses, y abandonando en el Alla á Heilsberga, poblacion de escaso vecindario donde tambien tenían almacenes, enfermos y rezagados. Su retaguardia quiso mantenerse allí; pero el mariscal Davout las arrolló hácia adelante, y como al mismo tiempo que avanzaba, iba ocupando las dos orillas de Alla, la division de Friant se encontró con la referida retaguardia que queria escaparse por la orilla derecha, matándole alguna gente, cogiendo algunos centenares de prisioneros y dispersando á los demas.

Los rusos quisieron detenerse la noche del 6 en Landsberga, cubriéndose en consecuencia con un grueso destacamento situado en Hoff é impidiendo el paso con una fuerte masa de infanteria colocada en medio de un pais escabroso, que tenia á la derecha una aldea, á la izquierda unos bosques, y se hallaba protegida ademas por una caballeria numerosa. Murat, que fué el primero de nosotros que llegó, lanzó sus húsares y cazadores, y despues sus dragones, contra la caballeria de los rusos, á la cual arrolló, pero no pudo hacer mella á su sólida infanteria. Los coraceros del general Hautoull acudieron en aquel momento, y acometieron á su vez, cargando, pero inútilmente, el primer regimiento, pues le contuvo en medio de su carrera una carga de la caballeria enemiga. Reuniendo entonces Murat la division de coraceros, la arrojó contra la infanteria rusa, acompañando y escitando el movimiento de aquellos valientes ginetes un grito de *viva el emperador!* que salió de las filas. En un instante desbarataron la linea enemiga,

acuchillando á gran número de infantes que perecieron á los pies de sus caballos, y como en aquel mismo momento apareciesen la division de Le-grand del cuerpo del mariscal Soult, uno de sus regimientos marchó hácia la aldea que habia á la izquierda y la tomó. Los rusos daban mucha importancia á aquella posicion que les permitia poder pasar la noche con tranquilidad, y así volvieron á hacer un esfuerzo para apoderarse de la aldea; pero sorprendidos en lo mas fuerte de su lucha contra la infanteria francesa, con una nueva carga de nuestros coraceros, fueron arrollados definitivamente, teniendo que batirse en retirada despues de perder dos mil hombres, sacrificados en aquel combate de retaguardia.

Perseguido de esta suerte el general Benning-sen, no se creyó seguro en Landsberga, y se retiró hácia Eylau, donde entró el dia 7 de febrero.

Inmediatamente colocó una numerosa retaguardia en una ladera llamada de Ziegelhoff, y que se presenta á la vista así que se sale de los bosques que cubren el camino que va de Landsberga á Eylau. Los general Bagowout y Barklay de Tolly estaban en muy buena posicion sobre aquella ladera, dispuestos á renovar el combate de la vispera, y conociendo harto bien el general Benning-sen que le estrechábamos de muy cerca para no tener que entrar en batalla, daba mucha importancia á aquella ladera, en que podia recibir con ventaja al ejército francés si desembocaba por el territorio cubierto de arbolado. ®

Además le interesaba proteger la llegada de su artilleria gruesa, á la cual habia mandado que diese un rodeo, de suerte que por este y otros mo-

tivos debía ser obstinada su resistencia en aquel punto.

Secundada la caballería de Murat por la infantería del mariscal Soult, salió de los bosques con su acostumbrada osadía, y avanzó hacia la ladera de Ziegelhoff: la brigada de Levasseur, compuesta de los regimientos de línea número 46 y 28, la siguió con decisión, mientras que la brigada de Viviés desfilaba por la derecha, y procuraba dar vuelta á aquella posición por medio de unos lagos cubiertos de hielo. La brigada de Levasseur, á quien el foégo de una numerosa artillería escitaba á precipitar el ataque, apresuró el paso, siendo rechazada á la bayoneta la primera línea de la infantería enemiga; pero la caballería rusa cargó á tiempo sobre la izquierda de la brigada, derribó al regimiento número 28 antes de que hubiese podido formarse en cuadro, acuchilló á muchos de nuestros peones, y se apoderó de una quilla.

Restablecido á poco el combate, continuó por una y otra parte con encarnizamiento, pero sin embargo la brigada de Viviés dejó atrás la posición de los rusos, teniendo estos que dejarlo para retirarse nada menos que á Eylau. El mariscal Soult penetró en aquella población al mismo tiempo que ellos, y como Napoleon no queria la dejásemos en su poder para el caso incierto, pero probable, de que se diese una gran batalla, los nuestros entraron en Eylau con bayoneta calada. Los rusos se defendieron obstinadamente de calle en calle, pero nuestras tropas dieron vuelta á la población, hallando á una de sus columnas situada en un cementerio famoso despues por los terribles recuerdos que suscita, y que estaba hácia la derecha.

La brigada de Viviés tomó dicho cementerio despues de un combate erudísimo, y los rusos se replegaron mas allá de Eylau, debiendo añadir que de todos los encuentros que sostuvimos con la retaguardia enemiga, aquel fué el mas sangriento, costando al cuerpo del mariscal Soult grandes pérdidas. Así es que los nuestros se dieron algun tanto al desórden en Eylau, dispersándose los soldados para buscar con que vivir, y sorprendiendo en las casas á muchos rusos que no tuvieron tiempo de huir.

La primera opinión que formó Murat, y que comunicó á Napoleon, fué, que habiendo como habian perdido los rusos el punto de apoyo que tenían en Eylau, irian á buscar otro mas lejano; pero sin embargo, algunos oficiales que se extraviaron en aquella refriega, descubrieron á los rusos situados algo mas allá de Eylau, y encendiendo sus fogatas, como para parar allí la noche. Esta observacion, confirmada con otras noticias que se recibieron, no dejó el menor asomo de duda acerca de lo importantes que iban á ser los sucesos del siguiente día 8 de febrero, y efectivamente, ese día ha adquirido una importancia que los siglos no podrán borrar.

Puesto que los rusos se detenian despues del anterior combate, y no empleaban la noche en marchar, era evidente que estaban resueltos á trabar la mañana siguiente una acción general. En cuanto al ejército francés se hallaba agobiado de cansancio, habia disminuido con la rapidez de las marchas, sufría el hambre, y estaba aterido de frio; pero era preciso dar la batalla, y en una ocasión como aquella, no estaban acostumbrados á

sentir trabajos ni nuestros generales, ni nuestros oficiales, ni nuestros soldados en fin.

Napoleon se apresuró á enviar aquella misma noche varios oficiales á los mariscales Davout y Ney para que los trajesen hácia allí, el uno por la derecha y el otro por la izquierda; y como Davout, que habia ido siguiendo el Alla hasta Bartenstein, solo distaba tres ó cuatro leguas, contestó que al amanecer llegaría hácia la derecha de Eylau (derecha tambien del ejército francés) dispuesto á caer contra los rusos por el flanco. El mariscal Ney, que se habia dirigido hácia la izquierda con el objeto de mantener á los prusianos á cierta distancia, y poder caer sobre Königsberg, si los rusos iban á parar detrás del Pregel, marchaba hácia Krentzburgo, por manera que no habia seguridad de que llegase á tiempo al campo de batalla.

Privado, pues, el ejército francés del cuerpo de Ney, ascendia cuando mas á cincuenta y tantos mil hombres, aunque los rusos dicen al narrar los hechos que se componian de ochenta mil, y un historiador francés, digno de crédito, por lo regular sostiene que era de sesenta y ocho mil (1). El cuerpo del mariscal Davout, cuyo número vivo y efectivo en Awerstaedt era de veinte y seis mil hombres, disminuido notoriamente de resultados de los combates que se dieron despues, las enfermedades, la última marcha desde el Vistula hasta Eylau, y los destacamentos que se dejaron en el

(1) Al ver las falsas aseraciones de historiadores extranjeros y franceses, no nos atreveriamos á afirmar semejante verdad, si no se apoyase en documentos auténticos.

Narew, se componia de unos quince mil hombres. El cuerpo del mariscal Soult, que era el mas numeroso de todo el ejército, reducidísimo igualmente, con la disenteria, las marchas y los combates dados á retaguardia, solo podia calcularse en diez y seis ó diez y siete mil hombres. El del mariscal Augereau, disminuido de una multitud de rezagados y merodeadores que se habian dispersado para mantenerse, solo contaba en el bivac de Eylau, la noche del 7 de febrero, de seis á siete mil. La guardia, mejor tratada y mas contenida por la disciplina, á nadie dejó atrás, pero con todo ascendia únicamente á seis mil hombres; y por último, la caballería de Murat, compuesta de una division de coraceros y de tres de dragones, no presentaba en las filas arriba de diez mil ginetes. Componiase, pues, el total de las fuerzas de cincuenta y tres á cincuenta y cuatro mil combatientes, capaces de todo, es verdad, pero agoviados de fatiga, y acosados del hambre: ahora si el mariscal Ney llegaba á tiempo, era muy posible oponer al enemigo sesenta y tres mil hombres sin que pudiera contarse con el cuerpo de Bernadotte que se hallaba á treinta leguas de distancia.

Napoleon que aquella noche apenas durmió tres ó cuatro horas sobre una silla en la casa de postas, colocó el cuerpo del mariscal Soult en Eylau, parte en lo interior, y parte á derecha é izquierda de la poblacion, el de Augereau y la guardia imperial algo detrás, y toda la caballería en las alas, esperando fuese de dia para tomar sus disposiciones.

El general Benningsen se decidió al fin á dar la batalla, y se hallaba en una llanura, ó poco me-

nos, terreno excelente para sus peones, poco manobreros pero sólidos, y para su caballería bastante numerosa. La artillería gruesa, que tuvo que dar un rodeo para no embarazar sus movimientos, acababa de reunirsele, y aquel era un refuerzo de mucho precio. Además, se veía tan perseguido, que tuvo que interrumpir su marcha, para hacer frente á los franceses, y como un ejército que se bate en retirada, necesita llevar alguna delantera para poder dormir y comer; como también es preciso no tener al enemigo demasiado cerca, porque sufrir un ataque cuando se va de camino, y con la espalda vuelta, es el medio peor de recibir una batalla, siendo lo mas prudente escoger terreno y pararse para pelear, esto es precisamente lo que resolvió el general Benningsen el 7 por la noche. Hizo, pues, alto mas allá de Eylau decidido á sostener una lucha encarnizada con su ejército, que ascendía á setenta y ocho ú ochenta mil, y á noventa mil con los prusianos.

Cuando empezaron de nuevo las hostilidades, perdieron bastante gente en los últimos combates, pero muy poca en las marchas, porque un ejército que se retira sin ser derrotado se reúne con el impulso que le da el enemigo que le va persiguiendo, al paso que el ejército perseguidor, como no tiene los mismos motivos para estrechar sus filas, siempre deja atrás parte de su gente. Rebajadas las pérdidas que el ejército del general Benningsen sufrió en Mohrungen, Bergfried, Waltersdorf, Hoff, Heilsberga y Eylau (1) puede decirse

(1) Los rusos perdieron	
En Mohrungen. . . . .	1,500 hombres.
En Bergfried. . . . .	4,000

que él estaba reducido á cerca de ochenta mil hombres, setenta y dos mil de los cuales eran rusos y ocho mil prusianos; por manera que mientras no llegasen el general Lestocq y el mariscal Ney, iban á batirse setenta y dos mil rusos contra cincuenta y cuatro mil franceses. Los rusos tenían además una artillería formidable, que podía calcularse en cuatrocientas ó quinientas bocas de fuego, y la nuestra subía cuando mas á doscientas, inclusa la de la guardia, si bien es verdad que era superior á todos los trenes de artillería que entonces habia en Europa, sin exceptuar el de los austriacos. El general Benningsen se decidió, pues, á emprender el ataque así que amaneciese, debiendo nosotros añadir para que se comprenda la diferencia entre rusos y franceses, que el carácter de los primeros era enérgico, tan enérgico como el de los segundos, pero obraban impulsados por otros móviles. En los rusos no se notaba esa confianza en el triunfo ni ese amor á la gloria, que se veía en los franceses, sino cierto fanatismo en obedecer, que los animaba á arrostrar la muerte á ciegas. En cuanto á la dosis de inteligencia que habia en unos y en otros, no es necesario decir cuanto se diferenciaban.

Así que desembocamos hácia el Eylau, el pais se presentó á nuestra vista llano y descubierto, siendo el único punto saliente del terreno la población, situada en una alturilla, y dominada por

En Waltersdorf. . . . .	3,000
En Hoff. . . . .	2,000
En Heilsberga. . . . .	1,000
Y en Eylau. . . . .	500
Total. . . . .	9,000 hombres.

una torre gótica. A la derecha de la iglesia inclinábase un poco el suelo, viéndose allí un cementerio, y al frente subía bastante, formando algunos repechos, ocupados ya por los rusos en masa. Varios lagos, llenos de agua en la primavera, secos en el verano, helados en el invierno, y cubiertos en la actualidad de nieve, no se distinguían en manera alguna del resto de la llanura, y apenas formaban un punto de apoyo ó un obstáculo en aquel melancólico campo de batalla, algunas casas de campo reunidas en forma de lugarejos, y algunos apriscos de ganado hechos con madera, un cielo pardusco, del que de vez en cuando se desprendían espesos copos de nieve, aumentaba la tristeza de aquellos sitios, tristeza que se apoderó de la vista y los corazones, así que con el auxilio del día sumamente tardío en aquella estación, pudo verse los objetos.

Los rusos estaban formados en dos líneas muy inmediatas, cubriendo el frente con trescientas bocas de fuego, que habían sido colocadas en las partes salientes del terreno. Detrás, dos columnas cerradas apoyaban como si fuesen dos arcos torales aquella doble línea de batalla, estando destinadas al parecer á sostenerla y á impedir que se doblégase con el choque de los franceses. Una fuerte reserva de artillería, estaba situada á cierta distancia; parte de la caballería se hallaba detrás y parte en las alas, y los cosacos por lo regular andaban diseminados, formaban aquella vez en el cuerpo mismo del ejército. Era evidente, pues que los rusos querían oponer en aquel terreno descubierto á la energía y destreza de los franceses, una masa compacta, protegida hácia

su frente por una numerosa artillería, y fuertemente sostenida por detrás, una verdadera muralla en fin que lanzase sobre nosotros una lluvia de balas. Napoleón á caballo desde el amanecer, se situó en el cementerio que hay á la derecha de Eylau, y desde allí apenas protegido por algunos árboles, veía perfectamente la posición de los rusos, quienes formados ya en batalla, rompieron el fuego de cañon, siendo fácil preveer que la artillería iba á ser el arma que mas jugase en aquella jornada terrible.

Gracias á la posición de Eylau que se alargaba frente á los rusos, Napoleón podía dar menos profundidad á su línea de batalla, con lo cual se conseguía presentar menos bulto á los disparos de la artillería. En consecuencia, colocó en Eylau dos divisiones del mariscal Soult, esto es, la de Legrand por delante y algo á la izquierda, y la de Leval, parte á la izquierda de la población en una altura donde había un molino, y parte á la derecha, en el cementerio mismo. La tercera división de Soult, es decir la de Saint-Hilaire, se situó mas á la derecha todavía, á bastante distancia del cementerio, en la aldea de Rothenen, que era hasta donde se prolongaba la posición de Eylau. En el hueco que quedaba entre Rothenen y Eylau, y por donde debía desembocar el resto del ejército, se mantenía algo detrás el cuerpo de Augereau, formado en dos líneas, y compuesto con las divisiones de Desjardins y Hendlot. Augereau, atormentado por la calentura, con los ojos encendidos, pero olvidando sus padecimientos al oír el ruido del cañon, montó á caballo y se puso al frente de sus tropas. Todavía mas detrás de

aquel mismo boquete, se hallaban la infantería y la caballería de la guardia imperial, las divisiones de dragones y las de coraceros, dispuestas tanto unas como otras á presentarse al enemigo por el mismo punto y resguardadas entre tanto de los cañonazos, gracias á un hundimiento del terreno. Por último, en el extremo derecho de aquel campo de batalla, mas allá y por delante de Rothenen, y en el lugarejo de Serpallen, debia entrar en accion el cuerpo del mariscal Davout con el objeto de coger á los rusos por el flanco.

De consiguiente Napoleon formó con el menos espesor posible su línea, la cual tenia la ventaja de estar cubierta á la izquierda con los edificios de Eylau, y á la derecha con los de Rothenen, siendo mucho menos temible para él, que para los rusos el combate de artillería con que queria derribar la especie de muralla que le oponian los enemigos. Asi, pues, mandó sacar de los cuerpos y colocar en batalla todas las bocas de fuego del ejército agregando á ellas las cuarenta piezas que tenia la guardia, porque querian contestar á la formidable artillería de los rusos con otra muy inferior en número, pero muy superior en habilidad.

Ya hemos dicho que los rusos empezaron el fuego, y ahora añadimos que los franceses contestaron casi al instante con un violento tiroteo, ejecutado á medio tiro de cañon, de suerte que la tierra temblaba con aquel ruido espantoso. Los artilleros franceses, como no solo eran mas diestros, sino que disparaban contra una masa de carne, causaban horribles destrozos, llevándose por delante nuestras balas filas enteras. Las balas de

los rusos por el contrario, arrojadas con menos puntería, y dando como daban contra edificios, no nos causaban tanto daño como el que sufría el enemigo; pero no tardó en prenderse fuego á Eylau y á Rothenen, añadiéndose el horror del incendio al de la matanza. Aunque caian menos franceses que rusos, caian sin embargo muchos, sobre todo en las filas de la guardia imperial que permanecia inmóvil en el cementerio; los proyectiles pasaban por encima de la cabeza de Napoleon, y algunas veces bien cerca de él y atravesaban las paredes de la iglesia ó desgajaban las ramas de los árboles, á cuyo pie se habia situado para dirigir la batalla.

Duraba hacia ya mucho tiempo el tiroteo de cañon y ambos ejércitos lo sufrían con heroica tranquilidad, sin hacer ningun movimiento, y limitándose á estrechar las filas á medida que el fuego iba dejando en ellas algun vacío, cuando se notó en los rusos una especie de impaciencia (1). Deseando acelerar el resultado con la toma de Eylau pusiéronse en movimiento, para ver de apoderarse de la posicion del molino situado á la izquierda de la poblacion; parte de su derecha se formó en columna, y vino á atacarnos, pero la division de Leval, compuesta de las brigadas de Frey y Viviers, la rechazó valerosamente, demostrando á los rusos con su actitud que no tendrian mejor éxito sus esfuerzos si intentaban un segundo ataque.

En cuanto á Napoleon, no queria hacer ningun movimiento decisivo, por no comprometer, si lo

(1) Espresion que usa Napoleon al contar la batalla.

dirigia hácia delante, al cuerpo del mariscal Soult, que bastante hacia con mantenerse firme en Eylau bajo un espantoso fuego de cañon, y por no aventurar ni á la division de Saint-Hilaire, ni al cuerpo de Augereau contra el centro del enemigo, pues esto hubiera sido lo mismo que esponerlos á estrellarse contra una muralla de fuego. Aguardaba, pues, para obrar á qué el mariscal Davout, cuyo cuerpo iba á llegar por la derecha, acometiese á los rusos por el flanco.

El espresado lugarteniente, tan exacto como intrépido, llegó en efecto á la aldea de Serpallen yendo á la cabeza la division de Friant, la cual se encontró con los cosacos al tiempo de desembarcar; pero logró alejarlos y ocupó la aldea por medio de algunas compañías de infantería ligera. Apenas se habia situado en ella y en los terrenos que hay en la derecha, cuando una de las masas de caballería que estaban colocadas en las alas del ejército ruso, se separó del grueso para venir contra ella: el general Friant, valiéndose con tanta inteligencia como sangre fria de las ventajas que le ofrecia la casualidad de los sitios, formó los tres regimientos del que entonces se componia su division, detras de las largas y fuertes barreras de madera que servian para apriscos de ganado, y resguardado con aquella trinchera natural, hizo un fuego de fusilería á boca de jarro contra los escuadrones rusos, obligándolos á retirarse. Replegaronse efectivamente, pero no tardaron en volver acompañados de una columna de nueve á diez mil infantes: aquella era una de las dos columnas cerradas que servian de arcos torales á la línea de batalla de los rusos, y que se dirigia á la izquier-

da de dicha línea para recobrar á Serpallen. El general Friant solo tenia á sus órdenes unos cinco mil hombres, pero siempre resguardado detras de las barreras de madera con que se habia cubierto, y pudiendo como podia desplegarse sin temor de que le cargase la caballería, acogió á los rusos con un fuego tan bien nutrido y certero, que les causó una pérdida considerable. Sus escuadrones quisieron cogerle la vuelta, pero formó en cuadro sobre su derecha el regimiento 33, y los contuvo con la firmeza de sus peones: luego viendo que no podia valerse de su caballería, la cual consistia en algunos cazadores de á caballo, empleó en su lugar una nube de tiradores, que aprovechándose con destreza de las menores quiebras del terreno, fueron á hacer fuego contra los rusos por los flancos, obligándolos á retirarse hácia las alturas que hay detras de Serpallen, entre el mismo Serpallen y Klein-Sausgarten. Al retirarse hácia aquellas alturas, cubriéronse los rusos con una numerosa artillería, cuyo penetrante fuego era por desgracia muy mortífero. A todo esto, la division de Morand llegó á su vez al campo de batalla, y apoderándose el mariscal Davout de la primera brigada, esto es de la que mandaba el general Ricard, fué á colocarla mas allá y á la izquierda de Serpallen; en seguida situó la segunda, compuesta de los regimientos número 51 y 61, á la derecha de la aldea, de modo que pudiera sostener ó á la brigada de Ricard ó á la division de Friant. Dirigióse esta á la derecha de Serpallen, hácia Klein-Sausgarten, precisamente en el mismo momento en que la division de Gudin forzaba el paso para entrar en línea, de suerte que

gracias al movimiento de nuestra derecha, tuvieron los rusos que replegar su izquierda de Serpallen hacia Klein-Sausgarten.

Habíamos conseguido, pues, lo que esperábamos en el flanco del ejército enemigo, y Napoleón que desde la posición que ocupaba vió perfectamente que la reserva rusa se dirigía hacia el cuerpo del mariscal Davout, conoció había llegado la hora de obrar, pues de no intervenir, podían arrojarse los rusos en masa sobre el mariscal Davout, y destruirlo enteramente. Dió, pues, órdenes al instante, mandando á la division de Saint-Hilaire, que se hallaba en Rothenen, que se dirigiese hacia delante, para darse la mano hacia Serpallen con la division de Morand, y á las divisiones de Desjardins y Hendelet del cuerpo de Augereau, que desembocasen por el hueco que quedaba entre Rothenen y Eylau, ligasen sus operaciones con las de la division de Saint-Hilaire, y formasen todas juntas una línea oblicua desde el cementerio de Eylau hasta Serpallen. Aquel movimiento debia tener por resultado arrollar á los rusos, derribando la izquierda sobre el centro y echar por tierra, empezando por la estremidad, la larga muralla de hombres que teníamos delante.

Serian las diez de la mañana, cuando el general Saint-Hilaire, se puso en movimiento, dejando á Rothenen, y desplegándose oblicuamente en la llanura, bajo un fuego terrible de artillería, dando la derecha á Serpallen, y la izquierda al cementerio. Casi al mismo tiempo se puso tambien en movimiento Augereau, no sin presentir tristemente la suerte que iba á caber á su cuerpo de

ejército, espuesto á estrellarse contra el centro de los rusos, que estaba sólidamente apoyado en varios repechos. Mientras que el general Corbineau lo trasmitia las órdenes del emperador, una bala de cañon atravesó el costado á aquel valiente oficial, primogénito de una familia de héroes; pero el mariscal Davout se puso inmediatamente en marcha desembocando las divisiones de Desjardins y Hendelet entre Rothenen y el cementerio, en columnas cerradas. Así que pasaron el desfiladero, formáronse en batalla, desplegada la primera brigada de cada division, y la segunda en cuadro, mas al tiempo de avanzar, fué á dar de pronto en el rostro de los soldados una ráfaga de viento y nieve, impidiéndoles ver el campo de batalla. Las dos divisiones en medio de aquella nube, perdieron la direccion que llevaban, tomaron un poco á la izquierda, y dejaron á su derecha un gran espacio entre ellas y la division de Saint-Hilaire. Los rusos, á quienes incomodaba muy poco la nieve, porque les daba de espaldas, al ver que las dos divisiones de Augereau marchaban hacia los repechos en que apoyaban su centro, descubrieron de pronto una batería de setenta y dos bocas de fuego que tenian de reserva, siendo tan espesa la metralla que vomitaba aquella temible batería, que en un cuarto de hora quedó por tierra la mitad del cuerpo de Augereau. El general Desjardins que mandaba la primera division, murió en el acto; el general Hendelet, que mandaba la segunda, recibió una herida casi mortal, y bien pronto quedó fuera de combate el estado mayor de ambas divisiones. Mientras sufrían aquel fuego espantoso, teniendo que rehacerse sin dejar de

marchar, de resultas de los grandes claros que quedaban en sus filas, la caballería rusa se precipitó en el espacio que les separaba de la división de Morand, y cayó sobre ellas en masa. Aquellas valientes divisiones resistieron no obstante, pero tuvieron que retroceder hacia el cementerio de Eylau, cediendo el terreno, aunque sin deshacerse, á pesar de verse acometidas una vez, y otra y otra, por una porción de escuadrones. De pronto dejó de nevar, y se vió un espectáculo doloroso, pues de seis ó siete mil que eran los combatientes, cubrían la tierra unos cuatro mil entre muertos y heridos. Augereau, herido también, pero pensando mas que en el peligro que había corrido, en el desastre de su cuerpo de ejército, fué llevado al cementerio de Eylau, y allí se quejó á Napoleon, no sin amargura, de que no le habían socorrido á tiempo. En el estado mayor imperial reinaba suma tristeza, y Napoleon, tranquilo y firme, é imponiendo á los demas la impasibilidad que se imponía á sí mismo, dirigió algunas palabras de consuelo á Augereau, enviándole despues á espaldas del ejército, y tomando sus medidas para ver de reparar el daño. Lanzando desde luego los cazadores de su guardia, y algunos escuadrones de dragones que tenía á mano, para atraer á la caballería enemiga, llamó á Murat, y le mandó hiciere un esfuerzo decisivo sobre la línea de infantería que formaba el centro del ejército ruso, y que aprovechándose del desastre de Augereau, empezase á avanzar hacia adelante. Apenas recibió Lannes la primera orden, acudió á galope, y Napoleon le dijo: *¿Dejarás que nos traque esa gente?*—Entonces dispuso que aquel he-

roico gefe reuniese los cazadores, dragones y coraceros, y cayese sobre los rusos con ochenta escuadrones, para intentar cuanto era dable con el impulso de semejante masa de hombres á caballo, cargando con furor á una infantería que pasaba por impenetrable. La caballería de la guardia se encaminó también hacia adelante, dispuesta á acometer al mismo tiempo que la caballería del ejército; y el momento no podía ser mas crítico, pues si no se contenía á la infantería rusa, iba á embestir contra el cementerio, que era el centro de nuestra posición, y Napoleon solo tenía para defenderlo los seis batallones de á pie de la guardia imperial.

Murat parte á galope, reúne sus escuadrones, y despues hace que pasen entre el cementerio y Rothenen, por medio de aquel mismo boquete en que fué á parar Augereau á una destruccion casi cierta. Los primeros que cargan son los dragones de Grouchy, para limpiar el terreno, y alejar de él á la caballería enemiga; pero aquel valiente general cae del caballo, levántase sin embargo, se pone á la cabeza de su segunda brigada, y consigue dispersar los grupos de ginetes que iban delante de la infantería rusa, mas para derribar á esta se necesita nada menos que los escuadrones cubiertos de hierro del general Hautpoul. Este oficial, que se distinguía por lo hábil que era en manejar mucha caballería, se presenta con veinte y cuatro escuadrones de coraceros, seguidos por todos los dragones en masa: dichos coraceros formados en varias líneas, se ponen en movimiento, y se precipitan sobre las bayonetas rusas; pero contenidas por el fuego las primeras líneas, no

penetran, y se replegan á derecha é izquierda, yendo á reformarse detrás de las que las siguen, para cargar de nuevo. Al fin una de ellas, lanzada con mas violencia, derriba por un punto á la infanteria enemiga, y abre una brecha, por la cual penetran coraceros y dragones, deseosos de anticiparse los unos á los otros. Así como un rio cuando empieza á romper un dique, no tarda en arrebatarlo, una vez rota la infanteria de los rusos por nuestros escuadrones en masa, acaba de derribar en un instante la primera línea. Entonces se dispersan nuestros ginetes para acuchillar acá y allá, trabándose una espantosa refriega entre ellos y los peones rusos: van y vienen, descargan cuchilladas en todas partes sobre aquellos obstinados peones, y mientras arrollan, ó por mejor decir, destrozan á la primera línea de infanteria, la segunda se repliega á un bosque, que se veia en el fondo del campo de batalla. Quedaba allí otra reserva de artilleria, y los rusos la colocan en batería, disparando confusamente, sobre sus soldados y los nuestros, cuidándose muy poco de que la metralla cayese contra amigos ó enemigos, con tal de libertarse de nuestros temibles ginetes. El general Hautpoul es herido de muerte por una bala con cadena, y mientras que nuestra caballería se bate de este modo contra la segunda línea de la infanteria rusa, se incorporan algunos trozos de la primera para tirar acá y allá todavía. Al ver esto, los granaderos de á caballo de la guardia, conducidos por el general Lepic, que era uno de los héroes del ejército, se lanzan á su vez para secundar los esfuerzos de Murat, parten á galope, cargan á los grupos de infanteria que divisan en

pie, y recorriendo el terreno en todas direcciones completan la destruccion del centro del ejército ruso, cuyos restos acaban de refugiarse á los bosques que les sirven de asilo.

Durante esta escena de confusion, se separó un trozo de aquella vasta línea de infanteria, y fué avanzando hasta el mismo cementerio: tres ó cuatro mil granaderos rusos, marchando en derecha hácia adelante, con el ciego valor propio de soldados mas valientes que entendidos, van á tropezar contra la iglesia de Eylau y amenazan el cementerio que ocupaba el estado mayor imperial. La guardia de á pie, que hasta entonces habia permanecido inmóvil, sufriendo el fuego de cañon sin disparar un fusilazo, vé con júbilo la ocasion que se le presenta de poder pelear; efectivamente, mándase á un batallon que salga á recibir al enemigo, y dos se disputan la honra de ponerse en marcha, hasta que el primero por orden de antigüedad, conducido por el general Dorsenne, obtiene la ventaja de medir sus fuerzas con los granaderos rusos, á quienes se acerca sin disparar un tiro, les enviste á la bayoneta, y los arrolla unos sobre otros, mientras que al ver aquella lucha Murat, lanza sobre ellos dos regimientos de cazadores mandados por el general Bruyere. Cogidos los desgraciados granaderos rusos entre las bayonetas de los granaderos de la guardia, y los sables de nuestros cazadores, casi todos son hechos prisioneros ó muertos, á la vista de Napoleon, y á pocos pasos de él.

Esta acción de caballeria, que quizás sea la mas extraordinaria de cuantas hemos dado en nuestras grandes guerras, tuvo por resultado desva-

ratar el centro de los rusos, rechazarlo á bastante distancia. Para acabar de derrotar á una tropa que se tendia en su suelo, levantándose enseguida no sin hacer fuego, hubiera sido preciso tener á mano una reserva de infantería; pero Napoleon no se atrevia á disponer del cuerpo del mariscal Soult reducido á la mitad, y necesario para guardar á Eylau. Además, el cuerpo de Augereau estaba casi destruido, quedando únicamente de reserva los seis batallones de la guardia de á pie, y en medio de los azares de aquella batalla, que tan lejos estaba de concluirse, era aquel un recurso que era preciso conservar como de gran precio. Por lo que hace á la izquierda, hacia ya algunos días que el mariscal Ney marchaba al lado de los prusianos, pudiendo llegar antes que ellos, ó dejar que estos llegasen antes al campo de batalla, y ocho ó diez mil hombres que acudiesen allí de pronto debía ser para uno de los dos ejércitos un refuerzo decisivo tal vez. En cuanto á la derecha, el mariscal Davout habia trabado contra la izquierda de los rusos un combate encarnizado, cuyo éxito no se sabia aun.

Inmóvil Napoleon en aquel cementerio á donde se habian ido llevando los cadáveres de gran número de oficiales, mas grave que de costumbre, pero dominando la espresion de su rostro como dominaba su alma, con la guardia detrás, y delante los cazadores, dragones y coraceros que habian vuelto á formar, y estaban prontos á batirse de nuevo, esperaba los sucesos, antes de tomar una determinacion definitiva, porque nunca habian asistido á una accion tan disputada ni él ni sus soldados.

Empero aun no habia llegado el tiempo de las derrotas, y la fortuna, que se mostró rigurosa un momento con aquel hombre extraordinario, lo trataba todavía como á favorito suyo que era. A aquellas horas justificaban la confianza que Napoleon habia puesto en ellos, el general Saint-Hilaire con su division, y el mariscal Davout con su cuerpo. Acogida la referida division, como lo fué el cuerpo de Augereau, y en el mismo instante precisamente, por un horrible fuego de metralla y fusilería, sufrió cruelmente; y cegada tambien por la nieve, no vió que corria hácia ella á galope un cuerpo de caballería en masa, de lo cual resuelto que acometido antes de que pudiera formarse, un batallon del regimiento número 40 de ligeros, fué derribado á los pies de los caballos.

La division de Morand, que componia la extrema izquierda de Davout, descubierta por la desgracia acaecida al batallon del 40 de ligeros, tuvo que retroceder unos doscientos ó trescientos pasos; pero no tardaron Davout y Morand en volver á conducirla hácia delante. En este intermedio, sostenia el general Friant en Klein-Sausgarten una lucha heroica, y secundado por la division de Gudin, ocupaba definitivamente aquella posicion avanzada sobre el flanco de los rusos, llevando su arrojo hasta rechazar unos destacamentos á la aldea de Kuschitten, situada á espaldas del enemigo. Esto sucedia en el momento en que, estando para concluirse el dia, y medio destruido el ejército ruso, parecia que la batalla iba á terminar á favor nuestro.

Pero al fin se realizó lo que Napoleon temia,

pues perseguido á muerte el general Lestocq por el mariscal Ney, se presentó en aquel campo sembrado de cadáveres, con siete ú ocho mil prusianos, ganosos de vengarse del desden con que los miraban los rusos. Como el general Lestocq llevaba al cuerpo del mariscal Ney una hora ó dos de delantera, tenia justamente el tiempo necesario para dar un golpe, antes de que dicho mariscal le alcanzase: desemboca, pues, en el campo de batalla por Sckmoditten, pasa por detrás de la doble línea de los rusos, rota á la sazón por el fuego de nuestros artilleros y el sable de nuestros soldados de á caballo, y se presenta en Kuschitten, frente á la division de Friant, quien habia dejado atras á Klein-Sausgarten, y rechazado la izquierda del enemigo hácia su centro. Ocupaban la aldea de Kuschitten cuatro compañías del regimiento número 108 y el 51, que habia sido agregado de la division de Morand, para que fuese á sostener á la de Friant. Los prusianos, reuniendo á los rusos en derredor suyo, caen con impetu sobre el 51 y las cuatro compañías del 108, y aunque no consiguen romper sus filas, las arrojan hasta mucho mas atras de Kuschitten. Conseguida esta primera ventaja dividentse los prusianos mas allá de la referida aldea, á fin de recobrar las posiciones que los rusos habian perdido aquella mañana: para ello mandan desplegar, formando sobre sus alas dos columnas cerradas, las tropas rusas de reserva reunidas, y llevando delante una numerosa artilleria. De este modo avanzan atravesando por detrás del campo de batalla; para ver de ganar el terreno perdido, y atraer al mariscal Davout hácia Klein-Sausgarten, y desde allí hácia

Serpallen; pero acuden á contenerlos los generales Friant y Gudin, con el mariscal Davout á la cabeza. Toda la division de Friant, y los regimientos números 12, 21 y 25 de la de Gudin, se sitúan delante protegidos por toda la artilleria del tercer cuerpo, y en vano quieren los rusos y prusianos derribar aquel obstáculo formidable, pues no lo consiguen. Apoyados los franceses, ya en los bosques, ya en unos pantanos, ya en fin en montecillos, y ora desplegados en línea, ora dispersados en clase de tiradores, oponen una terquedad invencible á aquel último esfuerzo por parte de los coligados, á lo que debemos añadir que el mariscal Davout recorrió las filas, diciendo á sus soldados para contenerlos:—Los cobardes irán á morir á Siberia; pero los valientes morirán aquí como hombres de honor.... El ataque de los prusianos y rusos reunidos se paraliza; el terreno que habian perdido hácia su flanco izquierdo no vuelven á conquistarlo, y el cuerpo del mariscal Davout permanece firme en la posición de Klein-Sausgarten, desde donde amenaza al enemigo por la espalda.

Ambos ejércitos estaban cansados; aquel dia tan oscuro ya iba siendo cada vez mas, debiendo terminar en una noche espantosa, y la matanza era horrible. Cerca de treinta mil rusos muertos ó heridos por los proyectiles ó el sable de los franceses, cubrian el suelo, y muchos de sus soldados empezaban á irse á la desvandada (1). El general Benningsen, rodeado de sus lugar-tenientes, deliberaba sobre si era preciso volver á tomar la ofensiva, y hacer un nuevo esfuerzo; pero de un

(1) Así lo asegura Plotko en su narracion.

ejército de ochenta mil hombres, solo le quedaban cuarenta mil en estado de poder pelear, incluso los prusianos, y si sucumbían en aquella lucha desesperada, no tenía con que cubrir la retirada. Sin embargo, titubeaba aun, cuando fueron á anunciarle un suceso de gravedad: este suceso se reducía á que el mariscal Ney que seguía muy de cerca á los prusianos, acababa de llegar hácia nuestra izquierda como el mariscal Davout habia llegado aquella mañana hácia nuestra derecha, é iba á desembocar por Althof.

Así, pues, aunque el tiempo retardó las combinaciones de Napoleon, no por eso dejaron de llegar de resultas de ellas hácia los dos flancos del ejército ruso las fuerzas que debían decidir la victoria. Convenía, pues, al enemigo emprender la retirada cuanto antes, pues como el mariscal Davout se habia mantenido en Klein-Sausgarten, no tenia mucho que hacer para encontrarse con el mariscal Ney, quien habia avanzado hasta Schmoditten, y la reunion de estos dos mariscales esponía á los rusos á ser envueltos. El general Benningsen dió, pues, al momento la orden de retirada; pero sin embargo para asegurar esta, quiso contener al mariscal Ney y ver si podia quitarle la aldea de Schmoditten. Protegidos por las sombras de la noche, y con el mayor silencio, marcharon los rusos hácia la aldea, con el fin de sorprender á las tropas del mariscal Ney, que habian llegado tarde á aquel campo de batalla en que costaba trabajo conocerse unos á otros; pero estas se mantenían en guardia. El general Marchand, con el 6.º de ligeros y el 39 de línea, dejó que los rusos se acercasen, y despues los recibió con un fue-

go á boca de jarro que les obligó á detenerse: en seguida corrió hácia ellos á la bayoneta, y les hizo renunciar á todo ataque sério, pues desde aquel momento se pusieron los enemigos definitivamente en retirada.

Conociendo Napoleon por las fogatas de los mariscales Davout y Ney el verdadero estado de las cosas, sabia que era dueño del campo de batalla, pero no estaba seguro sin embargo de si tendria ó no que otra dar aquella misma noche ó á la mañana siguiente. Por lo demas, ocupaba la llanura que se estendia mas allá de Eylau, teniendo delante de sí y en el centro la caballería y la guardia, á la izquierda, por delante de Eylau las divisiones de Legrand y Leval del cuerpo del mariscal Soult, y á la derecha la division de Saint-Hilaire que se daba la mano con el cuerpo del mariscal Davout situado mas allá de Klein-Sausgarten: es decir, que el ejército francés describía una línea oblicua sobre el terreno que los rusos tuvieron aquella mañana. Mucho mas allá, y sobre la izquierda aislado el mariscal Ney, se hallaba detras de la posición que el enemigo abandonaba de prisa y corriendo.

Seguro Napoleon de haber conseguido la victoria, pero triste en el fondo de su corazón, permaneció en medio de sus tropas, mandando encender fogatas, y que nadie dejase las filas, ni aun para ir á buscar víveres. A poco se repartió á los soldados un poco de pan y aguardiente, y aunque no habia bastante para todos, no se les oyó quejarse: menos alegres que en Austerlitz ó en Jena, estaban llenos de confianza, envañecidos de sí mismos, y dispuestos á volver á empezar aquella lucha ter-

rible, si los rusos tenían valor y fuerza para ello. Cualquiera que les hubiese dado en aquel momento el pan y aguardiente de que carecían, les hubiera encontrado tan alegres como de costumbre: baste decir que como dos artilleros del cuerpo del mariscal Davout no hubiesen estado en su compañía durante aquella jornada, y hubieran llegado demasiado tarde para concurrir á la batalla, se reunieron sus camaradas aquella noche en el bivac, los sentenciaron, y no admitiendo sus disculpas, les impusieron en aquel terreno, empapado en hielo y sangre el castigo burlesco á que los soldados llaman *remiendo de viejo* (1).

Muníciones era lo único que había en abundancia, de suerte que el servicio de artillería, que se ejecutaba con extraordinaria actividad, quedó habilitado al instante, repartiéndose tantas municiones como se habían consumido. El servicio de los hospitales de sangre se hacía con no menos celo, recogiendo en consecuencia gran número de heridos, y dando á los demás algunos auxilios en el sitio donde yacían mientras no se les trasladaba, de todo lo cual cuidaba Napoleón, á pesar de que no podía tenerse en pie de puro cansado.

No todo andaba tan bien á espaldas del ejército, pues muchos rezagados que faltaron á las filas aquella mañana de resultas de la rapidez de las marchas, oyeron el estruendo de aquella espantosa batalla, percibieron algunos *hurra*s de los cosacos y se replegaron esparciendo por los caminos noticias á cual mas alarmantes. Los valien-

(1) Tomamos estos pormenores de las memorias militares del mariscal Davout, que aun no han visto la luz pública.

tes acudían á reunirse con sus camaradas, pero los demás se iban, tomando las distintas direcciones que había ido recorriendo el ejército.

Cuando al día siguiente empezó á amanecer, al ver aquel espantoso campo de batalla, hasta Napoleón se conmovió, según dió á conocer en el boletín que publicó acerca de aquel terrible hecho de armas. ¿Mas qué mucho si presentaba un espectáculo horroroso aquella helada llanura, cubierta de millares de muertos y moribundos cruelmente mutilados, millares de caballos derribados en tierra, una innumerable cantidad de cañones desmontados, de trenes rotos, de proyectiles esparcidos acá y allá, de lugarejos ardiendo, y *todo esto destacándose de un fondo de nieve* (1).—¡Este espectáculo, exclamó Napoleón, es el mas á propósito que puede darse para inspirar á los príncipes amor á la paz y horror á la guerra!—Esta reflexión es muy singular en su boca, pero la hizo con sinceridad en el momento en que la soltó.

Hablaremos de otra particularidad que llamó la atención á todos: ya por deseo de resucitar lo pasado, ya también por economía, se había querido dar á las tropas uniforme blanco, haciendo un ensayo en algunos regimientos; pero el ver sangre en los uniformes blancos decidió la cuestión, pues lleno de horror Napoleón dijo que solo quería uniformes azules, costaran lo que costaran.

El aspecto de aquel campo de batalla abandonado por el enemigo, dió también á conocer al ejército hasta donde se extendía su victoria, pues los rusos se retiraron, dejando en el campo siete

(1) Espression que usa Napoleón en uno de sus boletines.

mil muertos y mas de cinco mil heridos, á quienes el generoso vencedor se apresuró á sacar de allí despues que á los suyos. Ademas de los doce mil muertos ó moribundos abandonados en Eylau, llevaban consigo unos quince mil heridos, de mayor ó menor gravedad, por manera que tuvieron fuera de combate veinte y seis ó veinte y siete mil hombres, sin contar tres ó cuatro mil prisioneros, veinte y cuatro piezas de artillería y diez y seis banderas. La pérdida total del enemigo consistió pues, en treinta mil hombres, mientras que los franceses solo tuvieron fuera de combate, unos diez mil hombres, entre ellos tres mil muertos y siete mil heridos (1), pérdida muy inferior á la del

(1) Es cosa rara conseguir averiguar las pérdidas sufridas en una batalla con tanta exactitud como puede hacerse respecto á la de Eylau. Para lograrlo, yo he emprendido un trabajo que requiere atención, y he aquí la verdad, á lo menos hasta donde es posible obtenerla en semejante materia. El inspector de hospitales certificó aquella misma noche en Eylau que existían cuatro mil quinientos heridos, y á la mañana siguiente, despues de recorrer las aldeas circunvecinas, hizo subir el número total á siete mil noventa y cuatro, en un parte que ha llegado hasta nosotros. En los partes dados por los cuerpos, aparece por el contrario un número mucho mayor, pudiéndose creer con arreglo á ellos que los heridos de mayor ó menor gravedad, ascendían á trece ó catorce mil; pero esta diferencia se explica por el modo en que entienden la palabra heridos los autores de dichos partes. Los gefes de los cuerpos cuentan hasta las menores contusiones, queriendo cada uno de ellos, como es natural, hacer resaltar los sufrimientos de sus soldados; pero ia mitad de los hombres designados como heridos, no pensaban siquiera en ponerse en cura, como lo prueba el parte dado por el director de hospitales. Por lo demás, un mes despues se entabló una disputa muy curiosa por cartas entre Mr. Daru que no encontraba en los hospitales del Vistula arriba de seis mil heridos, y Napoleón

ejército ruso, y que se explica por el poco espesor de nuestras filas, y la habilidad de nuestros artilleros y soldados. Así, pues, en aquella jornada alcanzó el fuego ó el acero á cuarenta mil hombres de una y otra parte, es decir, que en un día quedó destruida la población de una gran ciudad, por el choque de las pasiones que abrigan los pueblos;

á quien le parecia que debía haber mas, incluyendo sobre todo en aquel número los heridos en la batalla de Eylau, y los que lo fueron en los anteriores combates desde que levantó sus cantones. Sin embargo, despues de un exámen detenido, nunca se encontró mas de seis mil y tantos, y menos de seis mil por lo que hace á Eylau, lo cual está conforme, si se tiene en cuenta las muertes que habian ido ocurriendo, con el número de siete mil noventa y cuatro presentado por el director de hospitales. Creemos, pues, que nos ponemos en la verdad haciendo subir á tres mil muertos y siete mil heridos las pérdidas que sufrimos en la batalla de Eylau: en cuanto á Napoleón, cualquiera conocerá que al hablar en su Boletín de dos mil muertos y cinco á seis mil heridos, alteró muy poco la verdad, en comparacion de lo que habian dicho los rusos, pudiéndose asegurar tambien que la noche en que se dió la batalla, tenia fundamento para no suponer mas.

Por lo que hace á las pérdidas que sufrieron los rusos, he adoptado lo mismo que ellos dicen y han demostrado los franceses, pues en el campo encontramos siete mil cadáveres, y en los sitios inmediatos cinco mil heridos, además debieron llevar consigo mucho mayor número, pues un alemán llamado Both, dice que en Königsberg entraron catorce mil novecientos heridos, y que casi todos ellos murieron de frio, conviniendo tambien en que tuvieron siete mil muertos y dejaron cinco mil heridos en el campo de batalla. Añadiendo tres ó cuatro mil prisioneros, tendremos una pérdida total de treinta mil hombres, que no puede ponerse en duda, debiendo inóitar por conclusion, que el general Benningsen, tan poco exacto siempre, confesó haber perdido veinte mil hombres.

pasiones terribles que es preciso dirigir bien, pero no tratar de extinguir.

El día 9 por la mañana encaminó Napoleon hacia adelante sus dragones y coraceros, á fin de que corriendo tras de los rusos, los arrojasen hacia Königsberg y los rechazasen para todo el invierno hasta mas allá del rio Pregel. El mariscal Ney, que no tuvo mucho que hacer en la jornada de Eylau, recibió encargo de sostener á Murat, y los mariscales Davout y Soult debian ir poco distantes, quedándose Napoleon en Eylau para cuidar de que fuesen vendados los heridos, de que se diese de comer á su ejército, y todo se pudiese en orden á su espalda, lo cual importaba mucho mas que una persecucion que sus lugartenientes eran muy capaces de ejecutar por sí mismos.

Así que se pusieron en marcha los nuestros, se convencieron mas y mas del desastre que habian sufrido los rusos, pues á medida que avanzaban, encontraban las aldeas y casas de campo de la Prusia Oriental llenas de heridos, enterándose del desorden, la confusion, y el triste estado en fin, en que se hallaba el ejército fugitivo. Sin embargo, comparando los rusos aquella batalla con la de Austerlitz envanecianse de la diferencia, conviniendo en que habian sido derrotados, pero añadiendo como para desquitarse de esa confesion, que la victoria habia costado caro á los franceses.

Hasta que no estuvieron en las orillas del Frisinga, riachuelo que corre de la línea de los lagos hacia el mar, no se pararon los nuestros; pero Murat llevó sus escuadrones hasta Königsberg. Los rusos refugiados con premura, unos mas allá del Pregel y otros en el mismo Königsberg,

demonstraron querer defenderse allí, pues habian colocado sobre los muros una numerosa artilleria, y asustados los habitantes se preguntaban si iba á caberles la misma suerte que á Lubeck. Afortunadamente para ellos Napoleon queria poner término á sus operaciones ofensivas, y aun cuando habia enviado los ginetes de Murat hasta las puertas de Königsberg, no se proponia conducir allí tambien su ejército, porque para intentar con esperanza de buen éxito un ataque á viva fuerza contra una gran poblacion, provista de algunas obras, y defendida por todas las tropas rusas y prusianas que quedaban, se necesitaba nada menos que todo aquel ejército, y por muy afortunado que fuese el ataque dado contra aquella rica ciudad, no equivalia á los riesgos que podiamos correr si se frustraba aquella tentativa. Lo que hizo Napoleon fué, ya que sus cuerpos habian llegado hasta las orillas del Frisinga, mantenerlos allí algunos dias para que no quedase la menor duda de que habia alcanzado la victoria, y en seguida pensó retirarse para volver á tomar sus cantones. No hay duda que no consiguó el inmenso resultado de que se lisongeó en un principio, y que seguramente no se le hubiera escapado, si los rusos no hubiesen interceptado el pliego en que hablaba de sus intenciones; lo cierto es que los fué hatiendo por espacio de cincuenta leguas, destruyéndoles nueve mil hombres en una serie de combates á retaguardia. Despues, cuando los encontró en Eylau formados en una masa compacta, cubiertos de artilleria, resueltos hasta estar desesperados, y con ochenta mil soldados, incluyendo los prusianos, en una llanura donde no era posible emprender ninguna maniohra, los atacó con cin-

cuenta y cuatro mil, los destruyó á cañonazos é hizo frente á todos los acontecimientos de la batalla con imperturbable sangre fria, mientras sus lugartenientes se esforzaban en querer reunirsele. Todas las ventajas habian estado aquel dia de parte de los rusos, como por egemplo, la solidez y la inmovilidad en medio del fuego, al paso que él no habia tenido todas las sayas, en un terreno en que era imposible maniobrar; pero no por eso dejó de oponer á su tenacidad un valor invencible, y una fuerza moral superior á los horrores de la carniceria mas atroz que se ha visto. Los soldados mostraron en aquella jornada una alma tan fuerte como la suya, y seguramente podia estar envanecido de semejante prueba, ademas de que si en ocho dias perdió doce ó trece mil hombres, tambien destruyó al enemigo treinta y seis mil. Pero en aquel momento es cuando debió conocer lo que valen el clima, el terreno y la distancia, pues poseyendo como poseia en Alemania mas de trescientos mil hombres, solo pudo reunir cincuenta mil en el sitio donde se dió la accion decisiva. Despues de semejante victoria debió hacer graves reflexiones, contando mas con los elementos y la fortuna, y fiándose menos en lo sucesivo en la invencible naturaleza de las cosas; y efectivamente hizo esas reflexiones que le inspiraron, segun veremos bien pronto, la conducta mejor calculada, y mas previsora que pueda darse. ¡Ojalá que hubiesen quedado grabadas para siempre en su memoria!

Aunque habia salido victorioso, y estaba libre durante muchos meses de cualquier tentativa contra sus cantones, temia sin embargo una cosa, á

saber el efecto que los mentirosos relatos de los rusos causasen en Austria, Francia, Italia, España y Europa, en una palabra, pues al ver que en el espacio de tres meses habia tenido que paralizar su marcha dos veces, ya por los lodazales, ya por las escarchas, se inclinaria á creer no era tan irresistible ni tan dichoso como parecia, pondria en duda la victoria mas cierta y cruelmente eficaz y por último intentaria quizá desconocer su buena suerte.

Resolvió, pues, mostrar en esto el carácter que habia desplegado aun en el mismo Eylau, y seguro como estaba de su propia fuerza, esperar á que mejor enterada Europa, conociese hasta dónde se estendia. En consecuencia, despues que permaneció algunos dias en las orillas del Frischinga viendo que el enemigo no salia de sus líneas, tomó el partido de retroceder para volverse á sus cantones. La temperatura continuaba siendo fria, pero sin bajar mas de dos ó tres grados, de suerte que se aprovechó de esto para conducir sus heridos en carros por medio del hielo, como así lo hizo, andando de aquel modo tan particular, sin sufrir mucho, unos seis mil, cuarenta ó cincuenta leguas hasta llegar al Vistula. El sumo cuidado que se puso en buscarlos á todos por las aldeas circunvecinas, permitió averiguar el verdadero número, conforme con el que hemos mencionado mas arriba; y cuando ya no quedaba por conducir ni heridos, ni enfermos, ni prisioneros, ni la artillería cogida al enemigo, Napoleon empezó su movimiento retrógrado el dia 17 de febrero, formando la retaguardia el mariscal Ney con el sexto cuerpo, y Murat con la caballería, conservando los demas cuerpos

su posicion acostumbrada segun el órden de marcha; esto es el mariscal Davout á la derecha, el mariscal Soult en el centro, y el mariscal Augereau á la izquierda, y en fin, componiendo la estrema izquierda á lo largo del Frische-Haff, el mariscal Bernadotte, que ya se habia incorporado al ejército.

Napoleon subió el rio Alla hasta cerca de los lagos, que es donde nace así como el Passarge: varió de direccion, y en vez de tomar el camino de Varsovia, tomó el Thorn, Marienburgo y el BINGA, porque queria apoyarse en adelante en la parte baja del Vistula. Los últimos acontecimientos, habian modificado sus ideas en cuanto á la base de operacion que queria escoger, y he aquí en qué se fundaba para semejante cambio.

La posicion que al principio tomó entre los brazos del Ukra, el Narew y el Bug, era consiguiente á haber ocupado á Varsovia, pues tenia la ventaja de proteger aquella capital, y si el enemigo se dirigia á lo largo de la costa, de permitir pudieramos con mas facilidad dejarle atras, cogere la vuelta y arrollarle hácia el mar, que era lo que Napoleon acababa de intentar, y lo que de seguro hubiera ejecutado, á no ser por los pliegos que el enemigo cogió. Pero, descubierta aquella maniohra, era probable que los rusos no se espondrian al peligro que acababan de evitar por una especie de milagro: la posicion, pues, que habiamos escogido delante de Varsovia no solo no presentaba esas mismas ventajas, sino que ofrecia un inconveniente y grave, cual era el de obligar al ejército á estenderse desmesuradamente, para cubrir á un mismo tiempo á Varsovia y el sitio de Dantzig, sitio que iba á ser la operacion

urgente á que era preciso consagrar los frios del invierno. Efectivamente, de situarse en Varsovia, tenia que quedarse muy distante el cuerpo de Bernadotte, con pocas probabilidades de poder reunirse al grueso del ejército; y si se marchaba hácia delante, era forzoso ademas dejar el quinto cuerpo, esto es el de Lannes, para custodiar á Varsovia. Ibamos á obrar, pues, con dos cuerpos menos, debiendo sentir en lo sucesivo tanto mas no tener á mano el cuerpo de Bernadotte, cuanto que debiamos agregarle nuevas fuerzas, para secundar y proteger el sitio de Dantzig.

Napoleon tomó, pues, la resolucion de alejarse de Varsovia, confiar la custodia de dicha capital al quinto cuerpo, á los polacos y á los bávaros (de resultas de la sumision de las plazas de Silesia, podia disponerse de estos últimos), y situarse con la mayor parte de sus tropas, delante de la parte baja del Vistula y detras del Passarge, teniendo á Thorn á la derecha, Elbinga á la izquierda, Dantzig á la espalda, el centro en Osterode, y los puestos avanzados entre el Passarge y el Alla. En esta posicion cubria el sitio de Dantzig, sin tener necesidad de separar con este objeto ninguna parte de sus fuerzas; pues si queriendo socorrer los rusos á Dantzig, iban á buscar una batalla, podia oponerles todos sus cuerpos reunidos, incluso el de Bernadotte, y aun parte de las tropas de Le-febvre, porque nada le impedia atraerlo hácia si en un caso urgente, como lo hizo en 1796, cuando levantó el sitio de Mantua para correr á donde estaban los austriacos. El dia en que tuviese que dar una batalla solo le faltaria el quinto cuerpo, que de cualquier modo que se obrase, era indispensa-

ble estuviese en el Narew, á fin de defender á Varsovia; pero á mayor abundamiento, la nueva posición daba lugar á combinaciones bien entendidas, fecundas en grandes resultados, é ignoradas por el enemigo, cuando conocia todas las que se desprendian de tener á Varsovia por base. Con acampar Napoleon detras del Passarge, distaba solo quince leguas de Königsberg, y suponiendo que los rusos, atraidos por el aislamiento aparente en que se dejaba á Varsovia, avanzasen sobre dicha capital, podiamos correr detras de ellos hácia la derecha, arrojándolos sobre el Narew y el Vistula, en los pantanos que hay en lo interior, con tanta certeza de destruirlos, como si hiciesen un movimiento hácia el mar. Si atacaban, al contrario, de frente los cantones establecidos en el Passarge, teniamos como acabamos de decir, además de la fortaleza natural de los espresados cantones, el ejército en masa que poder oponerles; por manera que aquella posición era excelente para el sitio de Dantzic, y para las operaciones que se emprendiesen en lo sucesivo, pues de ella nacian combinaciones nuevas que eran un secreto para el enemigo.

Seguramente, era un espectáculo tan notable como instructivo, ver á aquel general impetuoso, que segun decian sus detractores, solo era á propósito para la guerra ofensiva, trasladarse de un salto del Rhin al Vistula, detenerse de pronto ante las dificultades que oponian los sitios y las estaciones, y encerrarse en un espacio estrecho, haciendo una guerra fria, lenta y metódica, disputando palmo á palmo unos riachuelos sin pararse, reduciéndose en fin á proteger un sitio, y

situado á tanta distancia de su imperio, en presencia de Europa, asombrada de aquel modo de proceder, y algo inclinada á dudar de su poderío, conservando una firmeza indestructible, no dejándose llevar ni aun del deseo de dar un golpe que hiciese ruido, y sabiendo aplazar ese golpe para cuando de resultas de la indole particular de las cosas, fuese seguro y posible. Repetimos que este era un espectáculo digno de interés, sorpresa y admiracion, una ocasion preciosísima de estudio y reflexiones, para todo el que conozca las combinaciones de los hombres grandes, y tenga gusto en meditar sobre ellas.

Napoleon fué, pues, á situarse entre el Passarge y la parte baja del Vistula, con el cuerpo del mariscal Bernadotte á la izquierda sobre el primer rio, entre Braunsberga y Spandeu; el del mariscal Soult en el centro, entre Liebstadt y Mohrunge; el del mariscal Davout á la derecha, entre Allenstein y Hohenstein, en el punto donde mas se acercan el Alla y el Passarge; el del mariscal Ney de vanguardia, entre el Passarge y el Alla, en Guttstadt; y el cuartel general y la guardia en Osterode, en una posición central; en que Napoleon podia reunir todas sus fuerzas al cabo de algunas horas. Además atrajo al general Oudinot á Osterode, con los granaderos y cazadores, formando una reserva de infanteria de seis á siete mil hombres, y esparció la caballeria á su espalda, entre Osterode y el Vistula, desde Thorn hasta Elbinga, pais abundante en toda clase de forraje.

Al enumerar los cuerpos acantonados detras del Passarge, no hemos nombrado el de Augereau

porque Napoleon mandó disolverlo, y Augereau acababa de dejar el ejército, desconcertado con lo que le sucedió en Eylau, atribuyendo injustamente su derrota á envidia de sus compañeros, quienes segun él, no habian querido defenderle, y diciendo que estaba cansado, enfermo y gastado. El emperador le envió á Francia con muestras de contento, como para consolarle; pero temiendo no quedase en el sétimo cuerpo, medio destruido á la sazón, el desaliento que habia manifestado su gefe, mandó disolverlo, como ya hemos dicho, no sin repartir premios y condecoraciones. Repartió, pues, los regimientos entre los mariscales Davout, Soult y Ney; pero de los doce mil hombres de que se componia el sétimo cuerpo, se hallaron en Eylau unos siete mil, y de estos siete mil, habia fuera de combate dos terceras partes. De consiguiente el refuerzo que iban á recibir aquellos diferentes cuerpos era de siete á ocho mil hombres, contando los que sobrevivieron á la derrota y los que se habian quedado atras.

Napoleon situó el quinto cuerpo hácia el Omulew, algo distante de Varsovia, y como siguiese enfermo Lannes, llamó aunque sintiendo tener que privar á Italia de tan buen gefe, pero contento con poseerle en Polonia, al primero de sus generales, esto es á Massena, quien por no poder entenderse con José en Nápoles, pasó á tomar el mando del quinto cuerpo. Como los sitios de Silesia avanzaban, gracias á la energia y fecundidad de espíritu del general Vandamme, tomado ya Schweidnitz, solo faltaba que tomar Neissa y Glatz, y Napoleon se aprovechó de ello para atraer hácia el Vistula la division bávara de Deroy,

compuesta de seis á siete mil hombres de muy buenas tropas, mandando acampase en Pultusk, entre la posicion del quinto cuerpo hácia el Omulew y Varsovia. Los batallones polacos de Kalisch y Posen, habian sido enviados á Dantzig, por lo cual Napoleon reunió los de Varsovia, organizados por el principe de Poniatowski, en Neidemburgo, á fin de mantener la comunicacion entre el cuartel general y las tropas que estaban acampadas en el Omulew; poniendo al frente de ellos el general Zayonscheck. Pidió ademas que se organizase un cuerpo de caballeria de mil á dos mil polacos, con el objeto de que corriesen tras de los cosacos, y destinó todas aquellas tropas polacas á enlazar la posicion del ejército grande sobre el Passarge, con la que ocupaba Massena sobre el Narew, pues aun cuando seguramente no eran capaces de contener á un ejército ruso que tomase la ofensiva, bastaban para impedir que los cosacos penetrasen entre Osterode y Varsovia, y egercer en aquel vasto espacio una vigilancia activa. Concentrado de este modo Napoleon detras del Passarge y delante de la parte baja del Vistula, cubriendo como cubria en una posicion inatacable el sitio de Dantzig, y pudiendo con una simple amenaza á Koenigsberg, contener cualquier movimiento ofensivo contra Varsovia, se hallaba en una situacion donde nada tenia que temer. A esto hay que añadir que habiéndosele, como se le habian unido, los que se quedaron atras, así como el cuerpo de Bernadotte, y reforzado con los granaderos y cazadores de Oudinot, podia reunir en cuarenta y ocho horas ochenta mil hombres en cualquiera de los puntos del Passarge; situacion

muy respetable, sobre todo si se la compara con la de los rusos, que no podían poner en línea cincuenta mil hombres. Pero es digna de ser repetida la observación que ya hemos hecho sobre que un ejército de más de trescientos mil hombres, esparcido desde el Rin hasta el Vístula, y gobernado con una habilidad que nunca se ha visto en ningún otro general, se veía imposibilitado de presentar en el mismo campo de batalla más de ochenta mil hombres. Efectivamente, había de ochenta á noventa mil hombres capaces de poder obrar ofensivamente entre el Vístula y el Passarge; veinte y cuatro mil en el Narew, desde Ostrolenka á Varsovia, incluyendo los polacos y bávaros; veinte y dos mil á las órdenes de Lefebvre delante de Dántzig y Colberga, veinte y ocho mil á las de Morthier, entre italianos, holandeses y franceses, esparcidos desde Brema y Hamburgo hasta Stralsund y Stettin, quince mil en Silesia tanto bávaros como wurtemburgenses, treinta mil en las plazas, desde Posen hasta Erfurt y Maguncia, siete ú ocho mil empleados en los parques de artillería, quince mil heridos en todas épocas, sesenta y tantos mil enfermos y merodeadores, y por último, de treinta á cuarenta mil reclutas en marcha, lo que hace poco, más ó menos, trescientos treinta mil hombres, entre ellos doscientos setenta mil franceses; y cerca de sesenta mil auxiliares italianos, holandeses, alemanes y polacos.

Sin duda parecerá una cosa singular ese número enorme de sesenta mil enfermos ó merodeadores, número muy aproximado (1) como difícil

(1) Nunca pudo el emperador fijarlo exactamente, de re-

de fijar, pero digno de llamar la atención de los hombres de estado que estudian los resortes ocultos en que estriba el poderío de las naciones. De esos sesenta mil hombres que pasaban por enfermos y no se hallaban en las filas, ni la mitad existía en los hospitales, y los demás se ocupaban en el merodeo, pues ya hemos dicho que muchos soldados no concurrieron á la batalla de Eylau, de resultas de la rapidez de las marchas, y que se esparció alejadas distancias la impresión que causaba aquella terrible batalla, los cobardes y la pillería huyeron desalados, diciendo que los franceses se hallaban en derrota. Después se agregaron á ellos muchos hombres que sobretesto de enfermedad ó heridas leves, pedían se les trasladase á los hospitales, pero se guardaban muy bien de ir á ellos, porque allí se les detenía, se les vigilaba, y así daba con un esmero que rayaba en fastidio. Así es que pasaron el Vístula, y vivían en las aldeas á derecha é izquierda de la carretera, á fin de librarse de la vigilancia general que contenían los límites del orden á todo ejército; pero vivían á costa del país, del cual no hacían caso alguno, porque parte de ellos eran unos verdaderos cobardes, que siempre, y por muy heroico que sea un ejército, no faltan en sus filas, y parte de ellos eran muy valientes al contrario, aunque aficionadas al robo por naturaleza, amigos de la libertad y el desorden, y dispuestos á volver á sus cuerpos así que sabían se había vuelto á dar principio á las operaciones. Enterado Napoleón de se-

sultas de la continua variación que se notaba en el número efectivo de los cuerpos.

mejante estado de cosas por la diferencia que había entre el número de hombres que se creía se hallaban en los hospitales, y el que aparecía en los estados de gastos de Mr. Darú, fijó su atención en este abuso, empleando para recibirlo: primero, la policía de las autoridades polacas, y después la gendarmería escogida agregada á su guardia, como la única tropa que podía hacerse obedecer por lo respetada que era. Sin embargo, nunca pudo destruirse completamente en la línea de operaciones esa lepra que va en pos de los grandes ejércitos; y eso que el de que se trata aquí era el del campamento de Boloña, esto es, el más sólido, disciplinado y valiente que ha habido jamás. En la campaña de Austerlitz, apenas se dejaron ver los meriodadores; pero con la rapidez de los movimientos, la distancia, el clima, la estación y la matanza se relajaron los lazos de la disciplina, y esa polilla, triste resultado de la miseria en un gran cuerpo, empezó á pulular. Napoleón cuidó de atajar el mal con su acostumbrada prevision, y las victorias que alcanzó después; pero las derrotas pueden hacer que semejante mal degenera al cabo de algunos días en disolución de un ejército. Así, pues, aun en medio de los triunfos de la magnífica y terrible campaña de 1807, aparecieron varios síntomas de la de 1812, eternamente fatal y memorable.

El regreso á nuestros cantones produjo algunos movimientos por parte de los rusos, cuyas filas habían disminuido singularmente, quedándole solo cincuenta mil hombres en estado de poder obrar. Sin embargo, enorgullecido el general Bennyngsen por no haber perdido en Eylau toda

su gente, y apellidándose vencedor, como lo tenía de costumbre, quiso dar á sus fanfarronadas la apariencia de la verdad. Para ello dejó á Königsberga así que supo que el ejército francés se retiraba hácia el Passarge, y se presentó con algunas fuertes columnas á lo largo de dicho rio, sobre todo en la parte alta, hácia Guttstadt, frente á la posición que ocupaba el mariscal Ney. Mal encajinado iba hácia allí, pues el intrépido mariscal, á quien no cupo la honra de batirse en Eylau, ardía en deseos de impaciencia de poder desquitarse, y recibió vigorosamente los cuerpos que se le presentaron, causándoles notable pérdida. Al mismo tiempo, el cuerpo del mariscal Bernadotte, que trataba de situarse en la parte baja del Passarge, teniendo para ello que ocupar á Braunsberga, se apoderó de esta población, donde hizo á los prusianos dos mil prisioneros; brillante expedición cuyo buen éxito se debió á la división de Dupont. Los rusos continuaron no obstante moviéndose, como si quisieran dirigirse á la parte alta del Passarge, y Napoleón tomó á principios de marzo el partir de aquel hácia la parte baja una demostración ofensiva, á fin de inquietar al general Bennyngsen con respecto á la seguridad de Königsberga. Mucho sentía Napoleón tener que emprender semejante movimiento, pues era lo mismo que revelar á los rusos el riesgo que corrían de subir hácia nuestra derecha para amenazar á Varsovia: sabía harlo bien que una maniobra descubierta es un recurso perdido, y no quería obrar del todo ú obrar de un modo decisivo marchando sobre Königsberga con todas sus fuerzas; pero por una parte, era preciso obligar al enemigo á que se

mantuviese tranquilo, á fin de que él tambien pudiera estarlo en sus cuarteles de invierno, y por otra, no habia viveres ni municiones suficientes para intentar una operacion que durase algun tiempo. Napoleon se resignó, pues, á hacer una simple demostracion por la parte baja del Passarge, demostracion que ejecutaron el dia 3 de marzo los cuerpos de los mariscales Soult y Bernadotte, pasando dicho rio, mientras que el mariscal Ney en Guttstadt empujaba rudamente al cuerpo enemigo que se dirigia hacia la parte alta del Passarge. Los rusos perdieron en aquellos movimientos simultáneos cerca de dos mil hombres, y viéndolo comprometida su línea de retirada hacia Kœnigsberga, se apresuraron á retirarse, dejándonos tranquilos en nuestros cantones.

Así concluyó la campaña de aquel invierno, cuando empezaba á sentirse el frio, retardado por mucho tiempo, y el termómetro habia bajado á ocho ó diez grados bajo cero, conociéndose iba á hacer en marzo el tiempo que se esperaba en diciembre y enero.

Ya hemos dicho que Napoleon se decidió á pesar suyo á mandar emprender las últimas operaciones, y esto se confirma con las siguientes palabras que escribió al mariscal Soult: «Uno de los inconvenientes que yo habia previsto en los movimientos actuales, era que los rusos iban á conocer su verdadera posicion; pero me acosaban demasiado por la derecha, y á no ser porque estaba resuelto á dejar que pasara el mal tiempo, ocupado en organizar el sistema de manutencion, no sentiria la leccion que he dado al enemigo. Segun lo presuntuoso que está, creo que solo se

necesita paciencia para verle cometer errores de bulto.» (Osterode 6 de marzo).

Si Napoleon hubiese tenido entonces bastantes viveres y medios de trasporte para llevar consigo con qué poder mantener al ejército durante unos dias, inmediatamente hubiese puesto término á la guerra, tratándose como se trataba de un enemigo tan torpe, que sin duda se habria arrojado sobre la derecha de sus cuarteles. Así, toda la cuestion se reducía para él á reunir provisiones, que permitieran se repusiese el soldado, sin fuerzas ya de resultas de las privaciones, pero reunir las en pocos dias, sin verse espuesto á que murieran de hambre sus tropas, ó á dejar la mitad atrás como sucedió en Eylau. Las poblaciones de la costa, y especialmente Elbinga, podian proporcionarle viveres para los primeros momentos, pero esto no bastaba, de suerte que queria traer grandes cantidades; que bajasen de Varsovia por el Vistula, ó viniesen de Bronberga por el canal de Nackel, y despues fuesen trasladadas por tierra desde el Vistula hasta los cantones del ejército situado, como ya sabemos, á orillas del Passarge. Dió, pues, órdenes terminantes acerca de esto, mandando almacenar en Bronberga y Varsovia las provisiones necesarias para crear en seguida los medios de trasporte que debian servir para terminar el tránsito desde el Vistula hasta los márgenes del Passarge, pues su intento era empezar por dar á sus soldados todos los dias la racion completa, y formar despues en Osterode, centro de sus cuarteles, un almacen general donde hubiese algunos millones de raciones, en pan, arroz vino y aguardiente. Para conseguir esto quiso

utilizar el celo de los polacos, quienes hasta entonces le habian prestado pocos servicios militares, razon por la cual deseaba sacar de ellos á lo menos algunos otros administrativos; y como tenia en Varsovia á Mr. de Talleyrand, le encargó se entendiese con el gobierno provisional polaco, escribiéndole la carta siguiente, y autorizándole plenamente para que celebrase contratos á cualquier precio que fuese.

Osterode, 12 de marzo á las 10 de la noche.

«He recibido vuestra carta fecha 10 del corriente á las tres de la tarde, y en contestacion á ella os digo que ya sabeis tengo en Varsovia trescientas mil raciones de galleta. Para que vengan á Osterode se necesita ocho dias, y así aunque tengais que hacer milagros, disponed lo necesario para que se me envíe diariamente cincuenta mil raciones y dos mil azumbres de aguardiente. La suerte de Europa y los mayores cálculos dependen hoy de la manutencion del ejército, pudiendo aseguraros que como no me falte pan deroto á los rusos con la mayor facilidad, y teniendo como tengo millones, no quiero dejar de darlo á mis soldados. Quanto hagais estará bien hecho, pero necesito que así que recibais esta carta, me enviéis, no solo por tierra, sino por Mlawa y Zakroczin, cincuenta mil raciones de galleta y dos mil azumbres de aguardiente. Con que empleeis al dia ochenta carros pagados á peso de oro, salimos del paso, y si el patriotismo de los polacos no puede hacer este esfuerzo, no sé para qué podrán servir. El encargo que os hago es mas importante

que todas las negociaciones del mundo, y así, mandar llamar inmediatamente al ordenador, el gobernador, el general Lamarrois y los hombres que mas influencia tengan con el gobierno. No reparéis en el dinero, pues desde luego apruebo todo lo que hagais: lo que nosotros necesitamos, es galleta y aguardiente, porque con esas trescientas mil raciones de la primera y diez y ocho ó veinte mil azumbres de aguardiente, con tal que lleguen á esta dentro de unos dias, echaremos por tierra todas las combinaciones de todas las potencias.»

Mr. de Talleyrand reunió á los individuos del gobierno polaco, para ver de conseguir los viveres y carros que se necesitaban, debiendo nosotros decir que en Polonia no faltaban géneros, y que dando dinero á los judios, se proporcionaria los necesarios. Lo difícil de organizar era los medios de trasporte; pero buscáronse algunos en el pais, pagándolos á precios bastante altos, hasta que al fin se compraron carretas y caballos, con lo cual se logró establecer paradas desde las orillas del Vistula á las del Passarge. Los viveres circulaban en barcas por el Vistula, y desembarcados en seguida en Varsovia, Plock, Thorn y Marienwerder, eran trasladados á Osterode, centro de nuestros cantones, ó en los carros de los regimientos, ó en los del pais, ó en los que habiamos comprado con este objeto. En quanto á viveres tratóse de buscar en toda la Silesia bueyes, que pagábamos en el acto, y llegaban por su pié á Varsovia; recogióse vino y licores espirituosos en la costa del Norte, á donde los llevaba el comercio no solo en gran cantidad, sino superiores en calidad; y por últi-

mo, como hubiese algunas de estas bebidas en Berlin, Stetin y el Binga, fueron enviados por agua hasta Thorn. Muy bien hubiera querido Napoleón proporcionarse doscientas ó trescientas mil botellas de vino, para animar á sus soldados; pero aunque tenia cerca un precioso recurso en este género, estaba encerrado en la plaza de Dantzic, donde habia muchos millones de botellas de vinos excelentes; es decir, lo necesario para poder suministrar al ejército durante algunos meses, no siendo este un pequeño estímulo para ver de tomar aquella fortaleza.

Este afán, esta actividad con que Napoleón cuidaba de reunir víveres, no podían producir un resultado inmediato; pero entre tanto vivíamos á costa del Nogath, el Binga y los distritos que ocupábamos, siendo tal la industria de nuestros soldados, que llegaron á proporcionarse lo necesario para la subsistencia. Habiéndose descubierto muchos víveres que estaban ocultos, esto permitió poder esperar á que fuesen llegando los envíos que se hacían por el Vistula, y alojadas nuestras tropas en las aldeas, no vivaqueaban, lo cual era un gran alivio para soldados que habian estado acampados cinco meses seguidos, esto es, desde octubre hasta febrero. Los puestos avanzados vivían en chozas formadas con los materiales y el ramaje que tanto abundaba en aquellos bosques, y con algun vino y aguardiente que se encontró en el Binga y se repartía con orden, recobraron nuestros soldados un poco de alegría. En una palabra, así que pasaron los primeros días, acabaron por encontrarse mejor que á orillas del Narew, porque el país no era tan malo como aquel, y tenían esperanza de desquitarse

se en la primavera de los trabajos que estaban pasando, y de poner término con una batalla á la horrible lucha en que se hallaban envueltos.

A todo esto, iban ya llegando al Vistula los regimientos provisionales, destinados á traer reclutas, y á varios de ellos, que ya se hallaban en el teatro de la guerra, se les pasó revista, siendo disueltos y repartidos entre los regimientos á que pertenecían. De este modo veían los soldados que sus filas se iban llenando, oían hablar de grandes refuerzos preparados á espaldas del ejército, y confiaban mas y mas en la vigilancia suprema que cuidaba de que nada les faltase. También siguió Napoleón fijando su atención en la caballería, pues formó destacamentos de á pie con todos los ginetes desmontados, y los envió á Silesia, para que se remontasen con los caballos que tanto abundaban allí.

Al mismo tiempo, se hacían grandes obras en el Passarge y el Vistula, á fin de asegurar la posición del ejército. Todos los puentes que habia en el primer río, menos dos, uno para que el cuerpo del mariscal Bernadotte que se hallaba en Braunschweig, pudiera aprovecharse de él, y otro para uso del mariscal Soult que estaba situado en Spanden, habian sido destruidos; pero á cada uno de los dos existentes se le añadió anchas cabezas de puentes á fin de poder desembocar á la otra orilla, porque Napoleón repetía á cada paso á sus lugartenientes que no era fácil defender una línea á no estar en situación de poder pasarla á su vez, para tomar la ofensiva contra el que le atacase (1). En el Vis-

(1) Ni un río ni una línea, cualquiera que sea, (asi escri-

tula habia dos puentes, uno en Marienburgo y otro en Marienwerder, que aseguraban la comunicacion con las tropas del mariscal Lefebvre, encargadas del sitio de Dantzig: por manera que se podia ir á buscarlas, ó atraerlas, presentando en todas partes al enemigo una masa compacta. En cuanto al mariscal Lefebvre, ibase acercando hácia Dantzig, y esperaba la artillería gruesa sacada de las plazas de Silesia, para dar principio á aquel gran sitio, que debia ser la ocupacion y gloria del invierno; y por último tambien continuaban las obras que para consolidar la posicion de Varsovia se hacian en Siemrock, Praga y Modlin.

Todo esto lo mandaba Napoleon desde Osterode, que era un lugar cillo sin importancia alguna, pues aunque sus soldados tenian pan, patatas, carne, aguardiente, chozas donde abrigarse y leña para calentarse, los oficiales, como solo lograban proporcionarse la comida y el alimento del soldado, á pesar de percibir exactamente su sueldo, estaban espuestos á muchas privaciones y Napoleon quiso darles ejemplo de resignacion, permaneciendo entre ellos

Así es que los oficiales que enviaban á Osterode los gefes de los cuerpos, podian decir estaba

bía á Bernadotte desde Osterode el día 6 de marzo), pueden defenderse no teniendo puntos ofensivos, pues el que no hace otra cosa sino defenderse, corre riesgo sin conseguir nada. Por el contrario, cuando puede combinarse la defensa con un movimiento ofensivo, se hace correr al enemigo mas riesgos que los que él hace correr al cuerpo atacado. De consiguiente, haced que se trabaje día y noche en las cabezas de puente de Spandau y Braunsberga.

tan mal alojado como el último de ellos. ¿Qué extraño, pues, tambien que, contestando á su hermano José, quien se quejaba de lo que sufría el ejército de Nápoles, se burlara de sus quejas, le llamase débil y le hiciese la pintura siguiente?

«Hace dos meses que los oficiales de estado mayor no se desnudan, y aun hay algunos que no lo han hecho en cuatro, habiendo estado yo quince días sin quitarme las botas.... Vivimos en medio de la nieve y el barro, sin vino, sin aguardiente, sin pan, comiendo patatas y carne, haciendo largas marchas y contramarchas, sin ninguna especie de gozes, y batiéndonos por lo regular á la bayoneta bajo el fuego de metralla, teniendo que conducir los heridos en carros por medio del hielo al aire libre, durante cincuenta leguas.» (En esto alude á la marcha que emprendió despues de la batalla de Eylau, pues en Osterode estaban mejor las tropas). «De consiguiente, es una chanza de mal género comparar los sitios en que nosotros nos hallamos con el hermoso territorio de Nápoles, donde hay vino, pan, ropa de cama, tertulias, y hasta mugeres. Despues de haber destruido la monarquia prusiana, ahora nos batimos contra el resto de Prusia, contra los rusos, los calmukos, los cosacos, y los pueblos salvages del Norte, que antiguamente invadieron el imperio romano, por manera que estamos haciendo la guerra con una energía que causa horror. Lo bueno que tiene es que en medio de tantas y tamañas fatigas, cuando todos han estado enfermos de mayor ó menor gravedad, nunca me he sentido yo con mas fuerzas habiendo hasta engordado.» (Osterode 1.º de marzo).

La situación que Napoleón pinta aquí, mejoró y mucho en Osterode, á lo menos por lo que hace á los soldados; pero si nosotros sufríamos, los rusos sufrían mucho mas hallándose en una miseria horrible. Sus batallones, que al principio de la campaña ascendían á quinientos hombres, estaban reducidos en la actualidad á trecientos, doscientos y aun ciento cincuenta, habiendo cogido nosotros hacia poco diez de una vez que solo tenían este último número. Si los rusos hubiesen podido hacer frente á Napoleón, de seguro hubiera quedado destruido su ejército y así no podían presentarse en campo ruso, teniendo que escribir á San Petersburgo, en nombre de todos los generales, que si no se aumentaba cuando menos en un doble las tropas que quedaban, no habria otro remedio sino huir de los franceses. A esto hay que agregar que todos los oficiales rusos miraban á nuestro ejército con ojos de admiración, y conociendo como conocían en el fondo que mas bien que en favor de Rusia, se batían en favor de Inglaterra ó Prusia, deseaban la paz y la pedían á voz en grito.

Como sus tropas no tenían tantas ni tan buenas provisiones como las que Napoleón reunió con su gran prevision, se morían de hambre, y cansadas de guerra, dejaron de luchar con los nuestros, encontrándose en el merodeo casi sin atacarse. No parecia sino que se habían puesto de acuerdo por su instinto, para no aumentar los sufrimientos de aquella situación, sucediendo tambien algunas veces que impulsados del hambre los pocos cosacos, iban á pedir pan á nuestros soldados esplicándose por señas, y confesando que ha-

cia algunos dias que no habían encontrado nada que comer. Nuestros soldados tan compasivos como siempre, les daban patatas, género que tenían en abundancia, presentando un espectáculo singular aquel retroceso á la humanidad, en medio de las crueldades de la guerra.

Napoleón sabia que aunque sufrió mucho daño, habia causado al enemigo doble mas; pero tenia que combatir las voces falsas que habían adquirido crédito en Varsovia, Berlin, y sobre todo en París. Su prodigiosa gloria era la única que contenía los ánimos, siempre independientes en Francia, y mal intencionados en Europa, pudiendo ya presentir que en el momento que sufriese un descalabro, unos y otros le volverían la espalda, de suerte que nunca necesitó hacer tantos esfuerzos ni desplegar tanta energia de carácter, para dominar la opinion pública. Los jóvenes auditores que de París iban al cuartel general con los trabajos de los ministerios, y estaban poco acostumbrados al espectáculo que veían, y algunos oficiales descontentos ó conmovidos mas que de costumbre con los horrores de aquella guerra, escribían á Francia cartas llenas de exageraciones, lo cual, obligó á Napoleón á decir lo siguiente á Mr. Maret: «Ponéos de acuerdo con Mr. Daru para que haga salgan de aquí los auditores, porque inútiles, pierden el tiempo, y como están muy poco acostumbrados á los acontecimientos bélicos, *no escriben á París mas que necesidades*. En lo sucesivo quiero que traigan los trabajos oficiales del estado mayor.» — En cuanto á la narracion de la batalla de Eylau, hecha por ciertos oficiales, y que el ministro Fouché decia era origen de las voces falsas esparcidas en

Paris, Napoleón contestó que era preciso no darle crédito, añadiendo: «Mis oficiales saben lo que pasa en mi ejército, como los ociosos que se pasean por el jardín de las Tullerías, saben lo que se resuelve en el gabinete (1). Por otra parte los hombres son amigos de exagerar... Las negras pinturas que os han hecho de nuestra situación, son de esos charlatanes de París, cuyas cabezas solo sirven para figurar en un cuadro... Nunca ha sido mas grande ni mas bella la situación en que se halla la Francia y en cuanto á Eylau, ya he dicho y repito que el Bole-  
 tin exageró las pérdidas; además, ¿qué son dos ó tres mil hombres muertos en una gran batalla? Cuando con luzca mi ejército á Francia ó hácia el Rhin, se verá que no faltan muchos á la lista. En tiempo de la expedición de Egipto imprimiéronse las cartas del ejército, interceptadas por el gabinete británico, y el resultado fué que esas cartas dieron lugar á la expedición de los ingleses, expedición insensata que debia frustrarse, pero que salió bien porque así lo habia dispuesto el destino. También entonces se decia que careciamos de todo en Egipto, siendo así que es el país mas rico del universo, y que el ejército estaba destruido, á lo cual contesté llevando á Tolon ocho partes de las nueve de que se componia... Los rusos se atribuyen la victoria, como se la atribuyeron despues de lo de Pultusk, y aun de Austerlitz, pero al contrario, los hemos perseguido espada en mano hasta Königsberg, matándoles quince ó diez y seis generales. En una palabra, la pérdida que han tenido ha sido inmensa, pudiéndose decir que

(1) 15 de abril.

*hemos hecho en ellos una verdadera carnicería.»*

Como se hubiesen impreso algunas cartas del mayor general Berthier, en que se hablaba de los peligros que habia corrido Napoleón, este escribió lo que sigue al archicanciller Cambaceres: «Se ha publicado que mando los puestos avanzados, y esto no pasa de ser una tontería... Os habia suplicado que solo dejáseis se insertara en el *Monitor* los boletines; pero puesto que no sucede así, me impediréis que escriba una palabra, y con eso será mayor vuestra inquietud... Berthier escribe desde un campo de batalla, cansado, y no se figura que sus cartas han de ser impresas.... (Osterode 3 de marzo).

Así, pues, Napoleón no queria que se hiciese valer su valor personal, porque este mismo valor venia á ser un motivo de peligro: pero era confesar demasiado á las claras que aquella monarquía militar, sin pasado ni porvenir, estaba á merced de una bala de cañon.

De los arrebatos de júbilo que en Francia causaron los prodigios de Austerlitz y Jena, se pasó á una especie de inquietud, y como faltaban de Paris el emperador y los gefes del ejército, los cuales componian en gran parte la alta sociedad de aquel reinado, la capital estaba triste y desierta. La industria sufría con todo esto como no podia menos; y Napoleón encargó no solo á sus hermanas, sino á los principes Cambaceres y Lebrun, que diesen funciones, queriendo llenar de este modo el vacío que resultaba de estar él ausente. Además mandó examinar los muebles de la corona que habia en Fontainebleau, Versailles, Compiègne y Saint-Cloud, y dedicar varios millones

tomados de sus ahorros personales, para comprar telas en las fabricas de Leon, Rouen y San Quintin, disponiendo que los gastos se hiciesen, no con arreglo á lo que se necesitase en los palacios imperiales, sino á las necesidades de cada industria. Por lo regular trataba de reprimir la afición á gastar que tenian la emperatriz y sus hermanas; pero aquella vez les encargó fuesen pródigas, queriendo tambien que la caja de amortizacion, es decir, el tesoro del ejército prestase un millon todos los meses á las fabricas principales sobre mercancías. No contento con esto, pidió se estendiese un proyecto á fin de convertir esta medida accidental en una institucion permanente, que tuviera por objeto *no fundar como él decia, una caja de socorro para los comerciantes fallidos*, sino una caja destinada para sostener á los fabricantes que diesen ocupacion á gran número de trabajadores, y que se vieran obligados á tener que despedirlos, sino se les proporcionaba medios con que poder pagarles sus jornales.

Por último, recurrió á un medio extraordinario para proporcionar capitales al comercio, al mismo tiempo que introducian una mejora notable en el sistema de hacienda. Entonces, mucho mas que en el dia, no se cobraba exactamente la suma total de los impuestos, de suerte que las obligaciones de los recaudadores generales, que representaban dichos impuestos no debian vencer, ó á lo menos, parte de ellas, sino á los tres ó cuatro meses de haber transcurrido el año, es decir en marzo, abril ó mayo del siguiente. Era preciso, pues, descontarlas, en lo cual se ocupaban los hombres de negocios, entregándose á un agiotage

muy activo á que daba lugar aquella especie de deuda flotantes deuda á que se hacia frente con las obligaciones de los recaudadores generales así como ahora se hace frente á ella con los bonos reales. Semejante descuento exigia de parte de los capitalistas de Paris, un capital de 80.000.000 y á Napoleon se le ocurrió mandar que con respecto á 1808 por egemplo, la parte de obligaciones que no debia vencer hasta 1909, se aplicase al presupuesto de gastos del mismo 1809, y lo mismo en lo sucesivo, á fin de que se cubriese cada presupuesto con las obligaciones que vencieron en el mismo año. Quedaba por llenar, en cuanto á 1808, el déficit que correspondia á la parte de obligaciones descontables en 1809, ó lo que es lo mismo, habia que buscar la cantidad de 80.000.000; pero Napoleon propuso un empréstito que debia hacer el tesoro del estado al del ejército, con un premio moderado. «Por este medio, así escribia, todas mis obligaciones vencerán en el término de doce meses, el tesoro público se aborrrará 5 ó 6.000.000 que hoy se invierten en gastos de negociacion, y nuestras fabricas, así como nuestro comercio, realizarán una ganancia inmensa, puesto que habrá 80.000.000 sin colocacion, que no pudiendo tenerla en el tesoro, la hallaran entre los comerciantes.» (Osterode 1.º de abril, en una nota pasada al principe Cambaceres.)

En seguida mandó hacer en Paris una cantidad considerable de zapatos, botas, objetos de arneses y trenes de artilleria, no solo para dar ocupacion á los artesanos de la capital, sino porque los articulos que se fabricaban en Paris, eran me-

jores que los fabricados en otras partes. Lo difícil era conducirlos á Polonia; pero Napoleon inventó para ello un medio tan sencillo como ingenioso. Habia en aquella época en el ejército una compañía de hombres emprendedores, á cuyo cargo corrían los trasportes y que proporcionaba por un precio fijo los carros en que iba el pan, los bagages, y en fin cuanto llevan las tropas por muy á la ligera que estén equipadas. Napoleon notó en medio de los lodazales de Pultusk y Golymin, el poco celo de los conductores de carros, ajustados por la industria privada, así como lo poco valientes que se mostraban en los peligros y del mismo modo que quiso organizar militarmente á los conductores de la artillería, trató de organizar militarmente también á los conductores de bagages, diciendo que como todos los que concurren á los diferentes servicios que hay que hacer en un ejército, corren igual peligro, era preciso ligarlos á todos con los vínculos del honor y tratarlos como á los militares, para imponerles los deberes de tales. En consecuencia mandó formar en París batallones *detrens* para que condujesen los equipages, construir carros, comprar caballos de tiro y encaminarlos hacia el Vistula así que estuviese organizado lo personal y material de dichos batallones. En lugar de ir de vacío, aquellos nuevos equipages militares debían trasportar los objetos de equipo, fabricados en París, objetos que podían llegar á tiempo al Vistula, pues se necesitaban dos meses para la travesía y era muy posible que la guerra durase aun cinco ó seis. Con todas estas medidas se proponía Napoleon remediar la estancacion momentánea del comercio y suplir á los consumos de la paz

con los de la guerra, porque efectivamente, lo mismo consume una que otra, y cuando no falta el dinero, un gobierno hábil puede proporcionar á los jornaleros el trabajo á que se entregaban durante la paz y hacer que ganen la vida aun en medio de las dificultades que siempre nacen de la guerra.

Tal es la multitud de objetos en que se ocupaba Napoleon en Osterode, viviendo en una especie de granja, desde donde contenía á la Europa y gobernaba su imperio. Al fin acabaron por buscarle en Finkenstein una morada mas decente esto es una casa de campo, perteneciente á un empleado de la corona de Prusia, y en ella pudo alojarse con su estado mayor y su servidumbre militar, estando allí, lo mismo que en Osterode, en el centro de sus cantones, y en situacion de poder trasladarse á cualquiera parte donde se necesitase su presencia. Todas las semanas le enviaban la cartera de los diversos ministerios, y despachaba, no solo los negocios importantes, si no los que poco ó nada valian, sin que se escaparan á su activa vigilancia ni aun los teatros, pues como le pareciesen malos unos versos puestos en música que habian compuesto en loor suyo, compusieron otros de su orden en que se le elogiaba menos, pero en que habia sentimientos elevados, espresados en un lenguaje decoroso. Mandó pues que se diese las gracias y se premiase á sus autores añadiendo estas bellísimas palabras: *el mejor modo de alabarme es escribir cosas que inspiren sentimientos heroicos á la nacion, la juventud y el ejército.* Allí leía con atencion los papeles públicos y las sesiones de la Academia francesa, queriendo

quedasen consignadas las tendencias de ánimo de los escritores, y que se cuidase de ver qué discursos se pronunciaban en la academia. Consiguiendo á esto, desaprobó los ataques que el *Diario del Imperio* y el *Mercurio de Francia* dirigian contra los filósofos, y dijo: «Es preciso que se ponga al frente de esos periódicos un hombre que sepa, pues son tan religiosos que rayan en hipócritas, y en vez de atacar los excesos del sistema esclusivo de algunos filósofos, atacan la filosofía y los conocimientos humanos; en vez de contener una sana crítica las producciones del siglo, las desaniman, despreciándolas y envileciéndolas.....No hablo en cuanto á opiniones políticas, pues no se necesita ser muy astuto para ver que si tuvieran osadía, no serian mas sanas que las del *Correo Frances*.»

Habíase celebrado una sesión en la academia para recibir en su seno al cardenal Maury, llamado á Francia, y á quien volvió á darse la silla que antes ocupó, pronunciando con este motivo el abate Sicard un discurso en que se espresó acerca de Mirabeau en términos no muy buenos. El que iba á ser admitido en la Academia habló como el abate, y aquella sesión académica dió motivo á una especie de desencadenamiento contra la revolución y los revolucionarios, teniendo que escribir Napoleón, quien se afectó en extremo, al ministro Fouché lo siguiente: «Os encargo hagais todo lo posible porque no haya reaccion en las opiniones, cuidad de que se elogie á Mirabeau, en el concepto de que he visto en esa sesión de la Academia cosas que no me gustan: ¿cuando habremos de ser prudentes? ¿Cuándo estaremos animados de

la verdadera caridad cristiana, y se encaminarán nuestras acciones á no humillar á nadie? ¿Cuándo nos hemos de abstener de suscitar recuerdos que lastiman el corazón de tantas y tantas personas?» (Finkenstein 20 de mayo).

Otra vez supo por la correspondencia de toda clase que pagaba con liberalidad y leía con atención, que el gobierno interior de la Opera estaba dividido de resultados de reyertas intestinas y que querian perseguir á un maquinista porque no mudó una decoracion; y con este motivo escribió lo siguiente al ministro Fouché: «No quiero intrigas en ninguna parte, ni que M..... sea victima de una desgracia impensada: *estoy acostumbrado á defender á los hombres desgraciados, y haya ó no quien ponga en las nuves á las actrices, no quiero que nadie se aproveche de esto para intrigar.*» (12 de abril).

Al mismo tiempo cuidaba con extraordinario esmero del buen estado de las casas de educación, y especialmente la de Ecouen, donde debían ser educadas las hijas de los individuos de la Legion de Honor que fuesen pobres. Escribió, pues, á Mr. de Lacepede que queria saliesen de allí mugeres sencillas, castas y dignas de contraer matrimonio con hombres que hubiesen servido bien á su patria, sea en el ejército, sea en empleos civiles, siendo preciso, segun él, para que fuesen así, que se las educase inculcándoles sentimientos de una religion bien cimentada. «En la escuela de Fontainebleau, así decia, he dado una importancia secundaria á los institutos religiosos, porque allí se trata de formar buenos oficiales; pero en Ecouen es otra cosa, pues el objeto que

aquí me propongo es educar mugeres; esposas y madres de familia. Quiero mugeres que crean, pero no que ratiocinen, y es indispensable imponerles el yugo de la religion, por lo débil que es su cerebro, por lo inconstantes que son en sus ideas, por el destino que deben ocupar en el orden social, y porque es necesario inspirarles, con una resignacion perpétua, una caridad dulce y fácil de ejecutar. En una palabra, deseo que de esa escuela salgan, no mugeres que agraden sino que sean virtuosas, porque el verdadero atractivo está en el corazon, y no en la mente.»—En consecuencia, encargó se les enseñase historia y humanidades, evitándoles el tener que aprender lenguas ya muertas y ciencias demasiado elevadas, y que se les hiciese una reseña de la física para que pudieran desvanecer en su derredor la ignorancia popular, debiendo tambien saber un poco de medicina usual, botánica, música, baile, pero no el de la Opera, aritmética, y toda clase de trabajo femeníl. «Es preciso, añadía, que sus aposentos estén amueblados con el producto de sus manos, que ellas mismas se hagan las camisas, las medias, los trages y los prendidos, y que puedan hacer en caso necesario la canastilla para sus hijos. Quiero que esas jóvenes se conviertan en mugeres útiles, seguro de que así agradarán, al paso que si permitiera se convirtiesen en mugeres agradables, pronto tendríamos en ellas unas damas melindrosas, elegantes y afectadas en su compostura.» (Finkenstein 15 de mayo).

Como aquella prodigiosa actividad se convertía algunas veces, de vigilancia benéfica en sombra desconfianza, lo cual no puede menos de suceder en un soberano absoluto y de nuevo cuño,

Napoleon se ocupaba de la policia, estando enterado de quien entraba y salia en París. Supo, pues, que Mme. Stael habia regresado, habiendo recorrido ya varias casas de campo de las cercanias, y hablado mas de una vez en términos hostiles; y sostuvo que si él no intervenia, comprometeria á muy buenos ciudadanos, contra quienes tendria que ensañarse en seguida. En consecuencia, mandó, á pesar de las instancias que se le hicieron en favor de Mme. Stael, fuese espulsada de París, y desconfiando del ministro Fouché, por que contemplaba á las personas influyentes, dispuso la hiciese salir sin tardanza, encargando al archicanciller Cambaceres cuidase del cumplimiento de esta orden. (26 de marzo). Precisamente en aquel mismo momento se le dijo que la policia habia echado de París á un anciano llamado Ricord, individuo que fué de la Convencion, y por quien nadie se empeñaba, por quien no abogaba ningun gran personage, porque la reaccion se iba apoderando de todos, y no habia favor ni humanidad para los revolucionarios. «¿Por qué, escribió Napoleon así que lo supo al ministro Fouché, por qué se hace salir de París al convencional Ricord? Si es hombre peligroso, no debió dejarse entrar; contraviniendo á las leyes del año 8; pero ya que así se ha hecho, es preciso dejarle en la capital. Poco importa lo que hizo en otro tiempo, pues en tiempo de la Convencion obró como un hombre á quien le importaba vivir, y proclamó lo que entonces se proclamaba. Ahora tiene con que pasarlo bien, y no abrazará malos medios para poder subsistir. Que se le permita, pues, permanecer en París, á no ser que haya

razones muy poderosas para impedirle residir ahí.» (6 de marzo.)

Gracias tambien al afan con que procuraba enterarse de todo, supo por MM. Monge y Laplace, que Mr. Bertholet, hombre muy sabio á quien apreciaba y queria en extremo, estaba apurado de recursos, y le escribió lo que sigue: «He sabido que necesitais 150,000 francos, y acabo de mandar á mi tesorero ponga á vuestra disposicion esa cantidad, alegrándome de que se me haya proporcionado esta ocasion de poder seros útil y daros una prueba de mi aprecio.» (Finkenstein 4.º de mayo.)

Luego dirigió nuevos consejos á sus hermanos Luis y José acerca del modo de reinar, uno en Holanda y otro en Italia, diciendo al primero, que favorecia por espíritu de vanidad propia de todo recien elevado, al partido del régimen antiguo, esto es, el orangista, creaba mariscales sin tener ejército, é instituía una orden que prodigaba al primero que se presentaba, como por ejemplo á franceses á quienes no conocia, y á holandeses que no le habian prestado ningun servicio. A José le reprendió porque era débil é indolente, y se ocupaba en realizar reformas, mas aparentes que otra cosa, en vez de someter la Calabria, y porque en el decreto suprimiendo los monges, medida que aprobaba y mucho, habia un preámbulo que parecia habia sido estendido por filósofos, y no por hombres de estado. «Semejante preámbulo, decia, debia estar escrito en el estilo propio de un pontifice ilustrado, que suprime los monges por inútiles y gravosos para la iglesia. He formado muy mala opinion de un gobierno que

obra llevado de la manía que aquejaba á los hombres de la inspiracion. (14 de abril.) No frecuentas tanto el trato de los literatos y hombres científicos, porque son lo mismo que esas coquetas á quienes enamoramos por pura galantería, pero que nunca debemos convertir en esposas, ni llamarlas á desempeñar un ministerio.» Además, le reprendió porque se hacia ilusiones acerca de su situacion en Nápoles, lisongeándose de que le querian bien, cuando solo habia trascurrido un año desde su advenimiento á aquel trono. «Lo que debes hacer, le decia, es preguntarte á tí mismo, qué seria de tí, si no hubiese en Nápoles treinta mil franceses. Cuando hayas reinado veinte años, y no solo te hayas hecho temer, sino apreciar, entonces podrás creer que tu trono está afirmado.» Por último, despues le hacia la pintura siguiente acerca del estado en que se hallaban los franceses en Polonia: «Vosotros comeis en Nápoles guisantes, y quizá buscareis ya la sombra, cuando nosotros por el contrario, nos hallamos como en el mes de enero. He mandado abrir trincheras delante de Dantzic, donde empiezan á reunirse cien piezas de artillería y doscientas mil libras de pólvora. Nuestras obras distan sesenta toesas de la plaza, la cual tiene una guarnicion de seis mil rusos y veinte mil prusianos, mandados por el mariscal Kalkreuth; pero creo que no habrán transcurrido quince dias sin que la haya tomado. Por lo demas, puedes estar tranquilo.» (Finkenstein 19 de abril.)

Tales eran las diferentes ocupaciones á que se entregaba, en medio de las nieves de Polonia, aquel genio extraordinario, abarcándolo todo, cui-

dando de todo, aspirando no solo á gobernar á sus tropas y empleados, sino hasta el talento; queriendo, no ya obrar, sino pensar por todo el mundo; inclinado las mas de las veces al bien, pero dejándose llevar algunas por su incesante actividad hácia el mal, como acontece al que todo lo puede, y no halla obstáculo alguno que se oponga á sus propios impulsos; impidiendo, ora las reacciones, ora las persecuciones, y luego, en el seno de una gloria inmensa, sintiendo el aguijón de una lengua enemiga, hasta el extremo de bajar de su altura para perseguir á una muger, el mismo dia en que defendia á un individuo de la Convencion contra el espíritu reaccionario que reinaba en aquel momento! Felicitemonos á nosotros mismos porque al fin solo dependemos de la ley, de la ley igual para todos, y no estamos espuestos á tener que depender de los buenos ó malos impulsos del alma, por muy grande y generosa que sea esta. Sí, mas vale la ley que ninguna voluntad humana, cualquiera que sea, pero debemos ser justos, sin embargo, para con el hombre que por su omnimoda voluntad supo llevar á cabo cosas que rayan en prodigio, que las realizó con nuestro auxilio, que empleó su fecunda energía en reorganizar la sociedad francesa, reformar la Europa, y llevar á todo el mundo nuestro poderío, así como nuestros principios, y que si, de todo cuanto hizo con nuestras fuerzas, nos dejó únicamente un poder transitorio, tambien nos ha dejado la gloria que nunca muere; la gloria que algunas veces basta para recobrar el poder perdido.

## LIBRO VEINTE Y SIETE.

### Friedland y Tilsit.

Sucesos en Oriente durante el invierno de 1807.—Asustado el sultan Selim con las amenazas de Rusia, repone en sus destinos á los hospodares Ipsilanti y Maruzzi.—No por eso dejan de proseguir los rusos su marcha hácia la frontera turca.—Al saber la violacion de su territorio, escitadala Puerta por el general Sebastiani, envia sus pasaportes al ministro de Rusia, Mr. de Italski.—De acuerdo los ingleses con los rusos, piden se permita la vuelta á Mr. de Italski, que sea espulsado el general Sebastiani, y se declare inmediatamente la guerra contra Francia.—Resistencia de la Puerta y retirada de Carlos Arbuthnot, ministro de Inglaterra, á bordo de la escuadra inglesa anclada en Tenedos.—El almirante Duckworth á la cabeza de siete navios y dos fragatas, fuerza los Dardanelos sin sufrir ningun daño, y destruye una division naval turca en el cabo de Nagara.—Terror que se apodera de Constantinopla.—El gobierno turco se divide, y está á punto de ceder.—El general Sebastiani anima al sultan Selim y le induce á que finja una negociacion para tener tiempo de armar á Constantinopla.—Siguense los consejos del embajador de Francia, y Constantinopla queda armada al cabo de algunos dias con la cooperacion de oficiales franceses.—Entáblanse conferencias entre la Puerta y la escuadra británica anclada en las islas de los Principes.—Dichas conferencias terminan negándose la primera á lo que pedia la legacion inglesa.—El almirante Duckworth se dirige hácia Constantinopla, encuentra la ciudad armada con trescientas bombas de fuego, y se decide á volver á los Dardanelos.—Vuelve á pasarlos, pero con mucho daño de su division.—Efecto que causa en Europa este suceso, en provecho de la política de Napoleon.—Aunque victorioso éste, viendo las dificultades que la naturaleza le opondrá en Polonia, se fija en la idea de una gran alianza continental.—Hace nuevos esfuerzos para penetrar el secreto de la política austriaca.—

dando de todo, aspirando no solo á gobernar á sus tropas y empleados, sino hasta el talento; queriendo, no ya obrar, sino pensar por todo el mundo; inclinado las mas de las veces al bien, pero dejándose llevar algunas por su incesante actividad hácia el mal, como acontece al que todo lo puede, y no halla obstáculo alguno que se oponga á sus propios impulsos; impidiendo, ora las reacciones, ora las persecuciones, y luego, en el seno de una gloria inmensa, sintiendo el aguijón de una lengua enemiga, hasta el extremo de bajar de su altura para perseguir á una muger, el mismo dia en que defendia á un individuo de la Convencion contra el espíritu reaccionario que reinaba en aquel momento! Felicitemonos á nosotros mismos porque al fin solo dependemos de la ley, de la ley igual para todos, y no estamos espuestos á tener que depender de los buenos ó malos impulsos del alma, por muy grande y generosa que sea esta. Sí, mas vale la ley que ninguna voluntad humana, cualquiera que sea, pero debemos ser justos, sin embargo, para con el hombre que por su omnimoda voluntad supo llevar á cabo cosas que rayan en prodigio, que las realizó con nuestro auxilio, que empleó su fecunda energía en reorganizar la sociedad francesa, reformar la Europa, y llevar á todo el mundo nuestro poderío, así como nuestros principios, y que si, de todo cuanto hizo con nuestras fuerzas, nos dejó únicamente un poder transitorio, tambien nos ha dejado la gloria que nunca muere; la gloria que algunas veces basta para recobrar el poder perdido.

## LIBRO VEINTE Y SIETE.

### Friedland y Tilsit.

Sucesos en Oriente durante el invierno de 1807.—Asustado el sultan Selim con las amenazas de Rusia, repone en sus destinos á los hospodares Ipsilanti y Maruzzi.—No por eso dejan de proseguir los rusos su marcha hácia la frontera turca.—Al saber la violacion de su territorio, escitadala Puerta por el general Sebastiani, envia sus pasaportes al ministro de Rusia, Mr. de Italski.—De acuerdo los ingleses con los rusos, piden se permita la vuelta á Mr. de Italski, que sea espulsado el general Sebastiani, y se declare inmediatamente la guerra contra Francia.—Resistencia de la Puerta y retirada de Carlos Arbuthnot, ministro de Inglaterra, á bordo de la escuadra inglesa anclada en Tenedos.—El almirante Duckworth á la cabeza de siete navios y dos fragatas, fuerza los Dardanelos sin sufrir ningun daño, y destruye una division naval turca en el cabo de Nagara.—Terror que se apodera de Constantinopla.—El gobierno turco se divide, y está á punto de ceder.—El general Sebastiani anima al sultan Selim y le induce á que finja una negociacion para tener tiempo de armar á Constantinopla.—Siguense los consejos del embajador de Francia, y Constantinopla queda armada al cabo de algunos dias con la cooperacion de oficiales franceses.—Entáblanse conferencias entre la Puerta y la escuadra británica anclada en las islas de los Principes.—Dichas conferencias terminan negándose la primera á lo que pedia la legacion inglesa.—El almirante Duckworth se dirige hácia Constantinopla, encuentra la ciudad armada con trescientas bombas de fuego, y se decide á volver á los Dardanelos.—Vuelve á pasarlos, pero con mucho daño de su division.—Efecto que causa en Europa este suceso, en provecho de la política de Napoleon.—Aunque victorioso éste, viendo las dificultades que la naturaleza le opondrá en Polonia, se fija en la idea de una gran alianza continental.—Hace nuevos esfuerzos para penetrar el secreto de la política austriaca.—

Contestando á sus preguntas la córte de Viena, le ofrece su intervencion cerca de las potencias beligerantes.—Napoleon ve en esta oferta un modo de mezclarse en la reyerta, y de prepararse para la guerra.—Al momento pide otra conscripcion, saca mas fuerzas de Francia é Italia, forma con extraordinaria prontitud un ejército de reserva de cien mil hombres, y dá parte de estas medidas al Austria.—Estado floreciente del ejército francés en la parte baja del Vistula y el Passarge.—El invierno retardado por mucho tiempo, se hace sentir vivamente.—Napoleon se aprovecha de aquel tiempo en que nada se hacia para emprender el sitio de Dantzic.—El mariscal Lefebvre manda á las tropas, y el general Chasseloup dirige las operaciones propias de un oficial de ingenieros.—Grandes y dificultosas obras de aquel sitio memorable.—Los soberanos de Prusia y Rusia se deciden á enviar á Dantzic un poderoso socorro.—Napoleon por su parte, dispone sus cuerpos de ejército de modo que pueda reforzar al mariscal Lefebvre cuando menos se piense.—Glorioso combate dado al pie de las murallas de Dantzic.—Ultimas obras de aproximacion.—Dispónense los franceses á dar el asalto.—La plaza se rinde.—Recursos inmensos tanto en trigo como en vino, que enenentran los nuestros en la ciudad de Dantzic.—El mariscal Lefebvre es nombrado duque de Dantzic.—La vuelta de la primavera decide á Napoleon á tomar de nuevo la ofensiva.—Fijase la continuacion de las operaciones para el 10 de junio de 1807.—Los rusos se anticipan á los franceses, y dirigen el dia 5 de junio un ataque general contra los cantones del Passarge.—El mariscal Ney, pues á él acometen las dos terceras partes del ejército ruso, les hace frente con heroica intrepidez, entre Guttstadt y Deppen.—Dicho mariscal dá tiempo á que Napoleon concentre todo el ejército francés hácia Deppen.—Napoleon toma á su vez una ofensiva vigorosa, y rechaza los rusos espada en mano.—El general Benningsen se retira precipitadamente hácia el rio Pregel, bajando por el Alla.—Napoleon marcha de modo que pueda interponerse entre el ejército ruso y Koenigsberg.—La cabeza del ejército francés se encuentra con el ejército ruso acampado en Heilsberg.—Sangriento combate dado el dia 10 de junio.—Napoleon llega aquella noche á Heilsberg con el grueso de las fuerzas, y se prepara para dar á la mañana siguiente una batalla decisiva; pero los rusos levantan el campo.—Sigue maniobrando con el objeto de cortarlos por la parte de Koenigsberg.—Envia su izquierda, compuesta de los mariscales Soult y Davout, hácia Koenigsberg, y con los cuerpos de los mariscales Lannes, Mortier, Ney y Bernadotte, como igualmente con la guardia, sigue al ejército ruso á lo largo del Alla.—Asustado el general Benningsen de la suerte que podia caber á Koenigsberg, quiere acudir á socorrer aquella plaza, y se apresura á pasar el Alla por Friedland.—Napoleon lo sorprende el 14 por la mañana, en el momento de pasar el Alla.—Memorable batalla de Friedland.—Derrotados los rusos, se retiran hácia el Niemen, abandonando á Koenigsberg.—Toma de Koenigsberg.—Los rusos ofrecen una tregua, y Napoleon la acepta.—Traslacion del

cuartel general francés á Tilsit.—Entrevista de Alejandro y Napoleon sobre una balsa colocada en medio del Niemen.—Napoleon invita á Alejandro á que pase el Niemen, y fije su residencia en Tilsit.—Los dos monarcas se hacen intimos amigos muy pronto.—Napoleon reduce á Alejandro, y hace que acepte vastos proyectos, los cuales consisten en obligar á toda Europa á que tome las armas contra Inglaterra, si esta no quiere consentir en una paz equitativa.—El premio que Alejandro debe recibir por su complacencia es la reparticion del imperio turco.—Altercado con motivo de Constantinopla.—Alejandro acaba por adherirse á todos los proyectos de Napoleon, y al parecer le profesa una amistad entrañable.—En consideracion á Alejandro, consiente Napoleon en restituir al rey de Prusia parte de sus estados.—El rey de Prusia se traslada á Tilsit.—Papel que hace entre Alejandro y Napoleon.—La reina de Prusia llega igualmente á Tilsit, para ver de conseguir de Napoleon algunas concesiones favorables á Prusia.—Napoleon trata con respecto á aquella reina infortunada, pero permanece inflexible.—Concluyense las negociaciones.—Tratado público y secreto de Tilsit.—Convenios que no supo Europa.—De acuerdo Napoleon y Alejandro sobre todos los puntos, se separan dándose brillantes muestras de afecto, y prometiendo volverian á verse pronto.—Napoleon regresa á Francia, al cabo de cerca de un año de ausencia.—Hasta donde se estiende su gloria despues de lo de Tilsit.—Carácter de su politica en aquella época.

Mientras que acampado Napoleon en la parte baja del Vistula, esperaba en medio de las nieves de Polonia la vuelta de la primavera para tomar la ofensiva, invertia el tiempo de aquella inaccion aparente en sitiár á Dantzic, aumentar su ejército y gobernar su vasto imperio, el Oriente, que hacia poco se habia mezclado en las reyertas que se ventilaban en el Occidente, secundaba de un modo utilisimo su causa, proporcionando á su politica un éxito brillante.

Ya hemos dado á conocer al sultan Selim, la nobleza de su carácter y lo ilustrado que era, demostrando tambien el apuro en que se hallaba, pues tenia que escoger entre Rusia é Inglaterra á

quienes no queria bien, y Francia, nacion que apreciaba por inclinacion, instinto y prevision, porque sabia harlo bien que ni aun en los dias de su mayor ambicion, miraria con ojos de codicia á Constantinopla. Nos falta, pues, que contar lo que sucedió mientras el ejército francés daba en el mes de diciembre la batalla de Pultusk, y en el de febrero la de Eylau.

El sultán Selim empezó, segun hemos visto, por deponer á Maruzzi é Ipsilanti, hospodares que eran de Valaquia y Moldavia, como notoriamente adictos á la politica rusa; pero Mr. de Italski le amenazó con un rompimiento inmediato, si no los reponia en sus destinos, y el sultán cedió á las amenazas del representante de Rusia, resignándose á poner al frente del gobierno de las provincias del Danubio á dos enemigos declarados de su imperio. Para exigir semejante concesion, invocó Rusia el tratado de Cainardgé, que le conferia cierto derecho de intervencion en el gobierno de Moldavia y Valaquia; pero apenas habia obedecido el sultán Selim, cuando impulsado mas bien por la voluntad de sus ministros que por la suya propia, escribió á Napoleon, pidiéndole le mirase con indulgencia, y afirmándole que lo que acababa de hacer no era abandonar la alianza francesa, sino tomar una medida que aconsejaba la prudencia en vista de lo completamente desorganizadas que estaban las fuerzas turcas. Napoleon le contestó sin demora, y lejos de desanimarle con espresiones que revelasen descontento, se compadeció de él, le acarició, trató de reanimarle y le ofreció le socorreria con el ejército francés de Dalmacia, que podia dirigirse hácia la parte baja

del Danubio por Vosnia, y la escuadra francesa surta en Cádiz, que estaba dispuesta á hacerse á la vela de las costas de España, con rumbo hácia los Dardanelos. Protegida dicha escuadra por los estrechos asi que hubiese pasado el Bósforo, debia no tardar en enseñorearse del mar Negro, y dar allí á los turcos un gran apoyo; pero mientras no llegaban estos socorros, Napoleon mandó salir de Dalmacia varios oficiales, tanto de ingenieros como de artilleria, para que cooperasen con los turcos á la defensa de Constantinopla y los Dardanelos.

Valiéndose hábilmente el general Sebastiani de los medios que tenia á su disposicion, no cesó de estimular al sultán y el diván, para que se declarase la guerra á los rusos, alegando con este objeto los maravillosos triunfos que Napoleon habia conseguido en las llanuras del Norte, su atrevida marcha allende el Vistula, y su gran proyecto de reconstituir á Polonia, y prometiendo en nombre suyo, que si la Puerta tomaba las armas, haria fuesen revocados los tratados que la colocaban en la dependencia de Rusia, y aun tal vez que se le devolviese la Crimea.

De buena gana hubiera seguido el sultán Selim los consejos que le daba el general Sebastiani, pero sus ministros estaban divididos, siendo la mitad de ellos unos traidores vendidos á los rusos é ingleses, y temblando la otra mitad de pensar en el estado de decaimiento á que habia venido á parar el imperio Otomano. Aunque este imperio contaba todavia con mas de trescientos mil soldados, bárbaros en su mayor parte, y algunos medio instruidos, asi como una escuadra de vein-

te navios bastante buenos al parecer, estas fuerzas tan mal organizadas como mal dirigidas, no podian en manera alguna ponerse delante de los rusos é ingleses, á menos que los muchos oficiales franceses que habian sido admitidos en las filas del ejército turco, no lograsen comunicar á la larga la ciencia europea á tropas, valientes sin duda alguna, pero cuyo fanatismo entiviado por el tiempo, no podia pasar como antiguamente sin los recursos de la ciencia militar. Mientras que la Puerta se entregaba á esta indecision, los rusos salieron de su incertidumbre, atravesando el Dniester, á pesar de haber sido repuestos en sus destinos los dos hospodares, porque el atractivo que tiene para ellos Constantinopla, ahogó todas las consideraciones hijas de la prudencia. Efectivamente, era un error de bulto emplear cincuenta mil hombres contra los turcos, teniendo como tenian al frente el ejército francés, y cuando apenas podian oponerle doscientos mil soldados; pero en medio de los trastornos de aquel siglo, dominaba en todos los gobiernos la idea de aprovechar la ocasion para apoderarse de lo que les convenia. Los rusos se dijeron, pues, así mismos, que quizá habia llegado el momento de conquistar á Valaquia y Moldavia, y los ingleses por su parte no sentian tener un pretexto para volver á aparecer en Egipto. En una palabra, si aun no se habian puesto de acuerdo unos y otros para repartir inmediatamente el imperio turco, porque era muy difícil al parecer pensar de un mismo modo acerca de este asunto, á lo menos convinieron en quitar á Francia el influjo que tenia sobre la Puerta, pero quitarle este influjo á la fuerza,

debiendo para ello pasar los rusos el Dniester, y los ingleses los Dardanelos, al mismo tiempo que atacase á Alejandría una escuadra.

Esto esplica por qué pasaron los rusos el Dniester, aun despues de haber sido repuestos los hospodares: por lo demas, marcharon divididos en tres cuerpos, dirigiéndose uno de ellos hácia Chocsin, otro hácia Bender, y el tercero hácia Yassi; pues su proyecto era avanzar hácia Bucharest, para proteger á los servios que se habian insurreccionado. En cuanto á sus fuerzas activas ascendian á cuarenta mil hombres, y á cincuenta mil contando los cuerpos de reserva que se habian quedado atrás.

Mientras que los rusos obraban por su parte, el almirante inglés mandó al contra-almirante Luis, que se encaminase con tres navios hácia los Dardanelos, los pasase sin cometer ningun acto hostil, lo cual podia hacerse por que los turcos permitian el paso en aquella época á los buques armados de Rusia é Inglaterra, se limitase á hacer un simple reconocimiento de los sitios, recogiese las familias de los comerciantes ingleses que no quisieran permanecer en Constantinopla durante los sucesos que estaban avocados, y regresase en seguida á Tenedos para esperar la llegada de dos divisiones, una al mando del almirante Sidney Smith sacada de los mares de Levante, y otra del almirante Duckworth sacada de Gibraltar. Estas tres divisiones, compuestas de ocho navios, varias fragatas, corbetas y bombardas, debian ser mandadas por el almirante Duckworth, y obrar segun lo exigiese sir Arbuthnot, embajador de Inglaterra en Constantinopla.

Quando los turcos tuvieron noticia de semejante reunion de fuerzas, ora por la marcha de los rusos allende el Dniester, ora por la aparicion en los Dardanelos del contra-almirante Luis, miraron la guerra como cosa inevitable, y la aceptaron unos con entusiasmo, y otros con terror. Aunque Rusia protestó que sus intenciones eran inofensivas, y declaró que sus tropas iban á ocupar pacíficamente las provincias Danubias, á fin de asegurar el cumplimiento de los tratados, la Puerta no se dejó engañar, antes bien espidió sus pasaportes á Mr. de Italinski, y mandó cerrar inmediatamente ambos estrechos al pabellon militar de todas las potencias. Ademas se dió orden á los pachás de las provincias fronterizas, que reuniesen tropas, disponiendo el sultan que Mustafa Baraictar, saliese á castigar á los rusos á la cabeza de ochenta mil hombres, por el desprecio con que miraban al ejército turco, desprecio llevado hasta el estremo de invadir el imperio con menos de cincuenta mil hombres.

Espulsado por decirlo así Mr. de Italinski, quedó en Constantinopla Carlos de Arbuthnot, ministro de Inglaterra y á quien no habia aun fundamento para despedir, puesto que las fuerzas británicas no habian cometido alguna hostilidad; pero Arbuthnot, tomó á su vez una actitud amenazadora, pidiendo fuese llamado Mr. de Italinski y espulsado el general Sebastiani, que se adoptase inmediatamente una política hostil para Francia, se renovasen los tratados que ligaban á la Puerta con Inglaterra y Rusia, y por último se permitiese al pabellon británico tener entrada libre en los estrechos. No podia llevarse mas lejos las exigencias, ni emplear

un language mas arrogante, pero como si esto no bastase Carlos Arbuthnot declaró tambien que sino se aceptaba al momento sus condiciones, se retiraria á bordo de la escuadra inglesa, que en aquel momento estaba reunida en Tenedos, para conducirla á viva fuerza al pie de las murallas de Constantinopla. Esta amenaza causó profunda consternacion al divan, porque no podia contarse con las fortificaciones de los Dardanelos, descuidadas hacia mucho tiempo, y una vez pasados estos, todos temblaban al pensar que si una escuadra inglesa se apoderaba del mar de Mármara, podia destruir con el fuego de sus baterias el Serrallo, Santa Sofia y el arsenal de Constantinopla.

Así es que casi todos se mostraban dispuestos á ceder; pero el hábil embajador que entonces representaba á Francia en Constantinopla, y que tenia la ventaja de ser á un mismo tiempo diplomático y militar, sostuvo el valor que empezaba á debilitarse de los turcos, mostrándolos todos los inconvenientes que en aquellas circunstancias iban á resultar de una conducta pusilánime. En seguida hizo que resaltasen á sus ojos la coincidencia de los proyectos de Inglaterra y Rusia, en haber unido sus esfuerzos para invadir el territorio otomano por mar y tierra, la próxima reunion al pie de los muros de la capital de un ejército ruso y una escuadra inglesa, y el peligro en que se veia el imperio de ser repartido, ó desmembrado á lo menos, con la ocupacion simultánea de Valaquia, Moldavia y Egipto, por supuesto que habló á voz en grito de Napoleon, de sus victorias, de su presencia en el Vistula, y de las ventajas que resultaban de ser aliado suyo, anunciando no tar-

daria la Puerta en recibir auxilios de importancia, y prometiendo seria restaurada la antigua potencia otomana como los turcos desplegasen por un momento su antiguo valor. Estas exhortaciones llegaron á oídos del sultán y de los individuos del gobierno, ya por el camino directo, ya por otros indirectos pero bien escogidos, y como la evidencia del peligro, y las noticias que cada día llegaban acerca de la marcha triunfal de Napoleón, les daban fuerzas, causaron el efecto que era de esperar, terminando aquella negociación, después de varias alternativas de exaltación y abatimiento, por negarse el diván á acceder á lo que pedía Carlos Arbuthnot, y manifestarse resuelto á dejarle marchar.

En consecuencia de esto, el ministerio de Inglaterra dejó á Constantinopla el día 29 de enero, y se embarcó en el *Endymion*, para trasladarse á bordo de la escuadra que mandaba sir John Duckworth la cual estaba anclada en Tenedos, fuera de los Dardanelos. Durante quince días, no cesó Carlos Arbuthnot de amenazar la Puerta con las baterías de la escuadra británica, invirtiendo en sostener una correspondencia el tiempo que empleaba el almirante Duckworth en esperar viento favorable. Por su parte el general Sebastiani, después de haber inducido á la Puerta á que tomase una resolución enérgica, tenía que desempeñar una tarea mucho más árdua, cual era la de despertar su apatía, vencer su negligencia, y conseguir establecer algunas baterías, tanto en los estrechos como en Constantinopla. Y esto no era fácil, tratándose como se trataba de un gobierno inepto, que hacía mucho tiempo había caído en

una especie de imbecilidad, y cuyo poco espíritu vital paralizaba en aquel momento el temor de los navios ingleses mucho más que el de los ejércitos rusos; pero sin embargo, insistiendo unas veces con el sultán y otras con sus ministros, y con el auxilio de sus ayudantes de campo Lascoours y Coigny, logró se empezase á hacer un armamento, que aunque era muy imperfecto, bastó no obstante para causar alguna inquietud al almirante inglés, quien escribió á su gobierno diciéndole que aunque podía ejecutarse la operación, era más difícil que lo que se creía en Londres.

Por último, como no produjese ningún efecto la correspondencia sostenida entre Mr. Arbuthnot y el Reiss-Effendi, y empezase á sentirse un viento Sud, el almirante Duckworth se hizo á la vela el 19 de enero por la mañana hácia los castillos de los Dardanelos.

No hay en el mundo una posición tan conocida aun por los hombres menos versados en la geografía, como la de Constantinopla, situada en medio del mar de Mármara, mar cerrado, y en que no se puede penetrar sino forzando los Dardanelos ó el Bósforo. El que viniendo del Mediterráneo, sube el estrecho de los Dardanelos durante doce leguas, estrecho que por lo inmediato de sus orillas y su continua corriente, se parece á un ancho río, desemboca en el mar de Mármara, que tiene veinte leguas de anchura y treinta de extensión, y se halla de pronto en un bonito promontorio, bañado por una parte por el mismo mar de Mármara, y por la otra por el río de aguas dulces: aquel promontorio es la ciudad inmortal, llamada Bizancio en tiempo de los griegos, Constan-

tinopla en el de los romanos, y bajo el imperio de los turcos Stambul, siendo hoy la metrópoli del islamismo. Vista desde el mar presenta un anfiteatro de mezquitas y palacios moriseos, entre los cuales se distinguen las cúpulas de Santa Sofía, y al fin del promontorio que ocupa, se divisa el serrallo donde sumidos en la molicie los descendientes de Mahomet, se aduermen al lado del peligro de un bombardeo, desde que tan cobardes como ineptos no saben defender el Bósforo y los Dardanelos, que son las puertas de su imperio, puertas muy fáciles de cerrar.

Después de pasar los Dardanelos, atravesar el mar de Mármara, y dejar atrás el promontorio en que está edificada Constantinopla, se presenta otro estrecho mas angosto y temible que el primero, que solo tiene siete leguas de largo, y cuyas orillas están tan cerca una de otra, que si estuviera bien defendido, de seguro parecería en él una escuadra. Ese estrecho es el del Bósforo, que conduce al mar Negro, y así como los Dardanelos son para el imperio otomano la puerta por donde entra la Inglaterra, el Bósforo es la por donde entra Rusia: pero si los rusos tienen en contra la estrecha dimension del Bósforo, los ingleses tienen tambien en contra la corriente de las aguas, las cuales corren sin cesar del mar Negro al Mediterráneo. La espresada corriente imposible de dominar, á no ser que sopla un viento favorable del Sud, es la que los ingleses se dispusieron á subir el dia 19 de febrero de 1807, navegando en columna hácia el estrecho de los Dardanelos el almirante Duckworth, con los dos contra-almirantes Luis y Sidney Smith y siete navios, dos fragatas

y varias corbetas y hombardas, pues la vispera habia sido devorado por las llamas un navío, esto es el *Ajax*. Ayudado del viento, no tardó en pasar la primera parte del canal que corre del O. E. al E. y cuya anchura es tal, que nunca han pensado en defenderla los que poseen ese mar: desde el cabo llamado de *los Barberos* hasta Sestos y Abydos, el canal se levanta hácia el N. y adquiere tanta angostura en aquella parte, que entonces es peligroso en extremo arrostrar allí los fuegos cruzados; pero luego vuelve á separarse hácia el E. y presenta un ángulo oscuro del que parten fuegos temibles. Los disparos de las baterías allí establecidas cogen á los buques en toda su estension, de modo que una escuadra que sea tan atrevida que quiera forzar el paso, acerbillada á derecha é izquierda por las baterías de Europa y Asia, como lo es tambien de frente por las de Sestos, durante una travesía de mas de una legua. A la entrada y á la salida de aquel paso estrecho, se hallaban situados los castillos llamados de los Dardanelos, construidos de sólida mampostería, y armados con artillería gruesa pesada y poco manejable que lanzaba enormes bombas de piedra, terror en otro tiempo de la marina cristiana.

A pesar de los esfuerzos que hizo el general Sebastiani para escitar á los turcos á que defendiesen los Dardanelos, no sufrió grandes peligros la escuadra inglesa, la cual no tuvo un mástil siquiera derribado, saliendo del paso con algunas velas rotas, y unos sesenta hombres muertos ó heridos. Al llegar al cabo de Nagara, á la entrada del mar de Mármara, halló emboscada una division turca, que se componia de un navío de sesenta y

cuatro cañones, cuatro fragatas de poca importancia, y dos corbetas. Era imposible situar aquella division en un sitio peor que aquel, y mas inútilmente: para ser útil, era preciso que estuviese bien apostada y dirigida, y que obrase de consuno con las baterías de tierra, pero sin hacer nada mientras la escuadra enemiga pasaba, y encerrada despues en un fondeadero que no tenia defensa, era lo mismo que regalarla á los ingleses, para que se desquitasen del fuego que acababan de sufrir sin que les fuese dado devolverlo. Sir Sidney Smith se encargó en destruirla, lo cual no era muy difícil, pues la mayor parte de las tripulaciones se hallaban en tierra: así es que en pocos instantes se vieron obligados los buques turcos á arrojarlos á la costa; pero los ingleses los siguieron en las lanchas, y como no estaban seguros de poder traerlos á la vuelta, prefirieron prenderles fuego inmediatamente, lo cual ejecutaron á escepcion de una corveta que dejaron anclada. Aquella operacion les costó sin embargo treinta hombres.

El 21 de febrero por la mañana, aparecieron delante de la ciudad de Constantinopla, asustada al ver una escuadra enemiga, cuyos fuegos nadie podia, no ya alejar, sino ni siquiera contrarestar. Parte de la poblacion pedia temblando se accediese á las exigencias de los ingleses, parte arrojaba indignada gritos de furor, y las mugeres del Serrallo, espuestas mas que nadie á sufrir las bombas del almirante Duckworth, turbaban con su llanto el sosiego del palacio imperial. Entonces volvieron á empezar en el seno del divan las alternativas de debilidad y valor, queriendo hacer

resistencia el sultan Selim; pero los clamores con que le asaltaban, y los consejos de algunos ministros infieles, quienes alegaban para disuadirle de su intento, una escasez de recursos de que ellos eran criminales autores, contribuian á conmovier su corazon, mas noble que enérgico. Sin embargo, el embajador de Francia acudió á ver á Selim y se esforzó en hacer que tanto él como sus ministros y cuantos le rodeaban, se avergonzasen de tener que rendirse á una escuadra que no tenia ni un soldado de desembarque, y que bien podia incendiar algunas casas y atravesar las bóvedas de algunos edificios, pero que bien pronto tendria que retirarse despues de causar un destrozo tan inútil como odioso. Aconsejó, pues, que se resistiera á los ingleses, se ganase tiempo por medio de una negociacion simulada, se enviara á Andrinópolis las mugeres, la corte, todos cuantos temblaban, todos los que gritaban, se utilizara en seguida la parte enérgica del pueblo, para establecer baterías en la punta del Serrallo, y que hecho esto se entrase en tratos con la escuadra británica, enseñándole los cañones.

A mayor abundamiento, las pretensiones de los ingleses favorecian, por lo duras y arrogantes que eran, los consejos del general Sebastiani, pues Mr. Arbuthnot, á quien tenia que estar subordinado el almirante en todo lo concerniente á la política, quiso se hiciese antes una intimacion á la Puerta, intimacion que se reducía á pedir fuese espulsada la legacion francesa, se declarase inmediatamente la guerra á Francia, se entregase toda la escuadra turca, y por último se permitiese

ocupar á los ingleses y rusos los fuertes del Bósforo y los Dardanelos. Conceder semejantes cosas, era lo mismo que poner el imperio, la marina y las llaves de la capital en manos de sus enemigos de mar y tierra, pero los ingleses insistieron en sus pretensiones, yendo á esperar la respuesta en las islas de los Principes, situadas cerca de la costa de Asia, á alguna distancia de Constantinopla.

El general Sebastiani no dejó de hacer ver al sultan y sus ministros cuan bochornoso y peligroso era sufrir semejantes condiciones, y afortunadamente llegó en aquellos momentos un correo gabinete de las orillas del Vístula, con otra carta de Napoleon en que exhortaba con calor al sultan, diciéndole: «Generoso Selim, muéstrate digno descendiente de Mahomet. Ya ha llegado la hora de que te veas libre de esos tratados que te oprimen. Aunque me ocupo en reconstituir á Polonia, amiga y aliada tuya, á todo estoy dispuesto, preparándose ya á bajar el Danubio uno de mis ejércitos, y á coger por el flanco á los rusos, á quienes tú atacarás de frente. Una de mis escuadras vá á salir de Tolon para custodiar tu capital y el mar Negro; ánimo, pues, porque nunca volverá á presentarse una ocasion como esta de sacar á tu imperio del estado de postracion en que hoy yace, y de ilustrar tu memoria.» Aunque estas exhortaciones no eran nuevas, no podian llegar mas á tiempo; y así reanimado el corazon de Selim con las palabras de Napoleon, y las instancias del general Sebastiani, concibió los sentimientos mas nobles. Habló, pues, á sus ministros con energia, convocó el divan y los ulemas, y luego que se

enteraron estos de las pretensiones de los ingleses, todas las almas se llenaron de indignacion, resolviéndose por unanimidad que se resistiera á la escuadra inglesa, sin cuidarse de lo que pudiera intentar, pero siguiendo los acertados consejos del general Sebastiani, es decir, procurando ganar tiempo en conferencias, é invirtiendo el tiempo ganado en establecer formidables baterias alrededor de Constantinopla.

Empezóse, pues, por contestar á Mr. Arbuthnot, que sin examinar á qué se reducian sus proposiciones en el fondo, no se les daría oídos mientras la escuadra inglesa no tomase una posición menos amenazadora, pues no era digno de la Puerta deliberar bajo el cañon enemigo; y como se necesitaba cuando menos un dia para ir desde Constantinopla, á las islas de los Principes, y volver, pocas comunicaciones eran bastantes para ganar los dias que eran menester. Por lo demas, cuando llegó á la escuadra la contestacion de la Puerta, Mr. de Arbuthnot habia caido enfermo de repente; pero como seguia preponderando su influjo en el estado mayor de la escuadra inglesa, conocieron los almirantes lo mismo que él, que era una hazaña propia de bárbaros bombardear á Constantinopla; que sin tropas de desembarque, caso de que los turcos quisieran hacer resistencia, tendrian que retirarse despues de causar un daño inútil; y que se verian obligados, para volverse, á forzar de nuevo los Dardanelos, con una escuadra maltratada tal vez, y pasando por debajo de baterias, defendidas probablemente aquella vez mejor que la primera. Creian, pues, que era mas prudente conseguir por medio de la intimi-

dacion, y sin tener que proceder á un bombardeo, sus peticiones en todo ó en parte, siendo el trofeo en que mas empeño ponian la entrega de la escuadra turca. En consecuencia, el almirante Duckworth, que hacia las veces de Mr. Arbuthnot, enfermo como ya hemos dicho, contestó á los turcos que estaba pronto á convenir en un sitio propio para negociar, y pidió se fijase al momento cual debia ser, para enviar un oficial. La Puerta no se dió mucha prisa á contestar á aquella comunicacion, y al dia siguiente propuso á Kadikor, ó lo que es lo mismo, la antigua Calcedonia, mas abajo de Scutari, y frente por frente á Constantinopla. Como en el estado de exasperacion en que se hallaban los turcos, no era aquel sitio de los mas seguros ni convenientes para el oficial inglés, que debia trasladarse á él, así lo manifestó el almirante Duckworth, y pidió se señalase otro, amenazando con que obraria inmediatamente, sino se apresuraba el gabinete turco á abrir las negociaciones.

Gracias á estas conferencias por escrito ilusorias, ganáronse algunos dias, que se emplearon en Constantinopla del modo mas activo y hábil, y á poco llegaron del ejército de Dalmacia varios oficiales de artilleria ó ingenieros, por quienes fué secundado el general Sebastiani. Acampado éste en medio de los turcos, le siguió toda la legacion, sirviendo de intérpretes los *jóvenes de lenguas*, que habian acudido á los puntos militares, y con la cooperacion de la poblacion y nuestros oficiales, levantáronse formidables baterias en la punta del Serrallo, y la parte de la ciudad que costea el mar de Mármara. Cerca de trescientas

bocas de fuego, tiradas por un pueblo lleno de entusiasmo, y que miraba en aquel momento á los franceses como á sus libertadores, fueron puestas en bateria, y el sultan Selim, á quien el espectáculo de aquellos preparativos ejecutados tan pronto, colmaba de júbilo, quiso se levantase una tienda para él, junto á la del embajador de Francia, exigiendo que todos sus ministros fuesen á situarse en una de las baterias. En una palabra, Constantinopla iba tomando á cada hora que pasaba un aspecto mas temible, y los ingleses veian abrir nuevas troneras, por medio de las cuales aparecia la punta de los cañones.

Al cabo de siete ú ocho dias invertidos de este modo, fué adquiriendo mayor fundamento el temor que desde luego contuvo á los ingleses; á saber, que iban á causar un daño inútil, y tal vez peligroso, á que seguiria el tener que volver á pasar los Dardanelos con mas dificultad que al principio. Conociendo, pues, que nada ganaba con esperar, el almirante Duckworth hizo la última intimacion, cuidando de reducir sus peticiones y aumentar las amenazas, y se contentó con exigir se le entregase la escuadra turca, no sin declarar que iba á dirigirse á Constantinopla, si no se designaba inmediatamente un sitio á propósito para negociar. Ya entonces estaba todo concluido en Constantinopla, de suerte que aquel gobierno contestó al almirante inglés, que en el estado en que se hallaban los ánimos, no habia un sitio bastante seguro, para atreverse á salir garante de que no peligraria la vida de los negociadores que á él se enviasen.

En vista de semejante respuesta, no habia

mas sino dar principio al tiroteo; pero el almirante Duckworth solo contaba con siete navios y dos fragatas, y veía asestar contra él una masa espantosa de artillería, sabiendo además que, gracias á los franceses, herizábase de cañones el paso de los Dardanelos. Estaba, pues, seguro de que iba á cometer contra Constantinopla una barbarie que no tenia objeto ni disculpa, y á llegar con una escuadra desarbolada á un estrecho mucho mas peligroso de atravesar que antes. En consecuencia, á los once días de haber estado en el mar de Marmara, levó áncoras el 2 de marzo, se presentó formado en batalla bajo las murallas de Constantinopla, dió algunas bordadas casi á tiro de cañon, y viendo que no intimidaba á los turcos, preparados ya para defenderse, ancló á la entrada de los Dardanelos, proponiéndose pasarlos á la mañana siguiente.

Mientras á bordo de la escuadra inglesa reinaban el despecho y la confusion, estalló en Constantinopla una alegría sin limites al ver perderse en el horizonte las velas enemigas, con direccion á los Dardanelos. Franceses y turcos se felicitaban mutuamente por aquel feliz resultado de un momento de valor, y entusiasmada con el triunfo, quiso hacerse á la vela, á fin de perseguir á los ingleses, la escuadra turca, que habia sido equipada con presteza. En vano trató el general Sebastiani de impedir aquella imprudencia, que podia proporcionar al almirante Duckworth la ocasion de ilustrar su retirada, destruyendo la escuadra otomana: el pueblo lanzaba tales gritos, y las tripulaciones estaban tan animadas, que no pudiendo resistir el gobierno los arrebatos del

valor, como habia resistido los de la cobardia, tuvo que consentir en que saliera la escuadra. El Capitan Pachá levó, pues, áncoras mientras que los ingleses huian presurosos, sin saber que el triunfo corria tras ellos.

Al dia siguiente 3 de marzo por la mañana, desembarcó la escuadra inglesa en la parte angosta y peligrosa del estrecho de los Dardanelos, donde ya habian despertado el celo de los turcos con tan buen éxito como en Constantinopla, los pocos oficiales franceses que fué posible enviar al estrecho. Las baterias habian sido compuestas y estaban mejor servidas, pero por desgracia la artilleria pesada, colocada sobre malas cureñas, se hallaba en manos de hombres que hacian no muy buena punteria. Con todo, arrojóse sobre la escuadra inglesa algunas bombas de mármol de mas de dos pies de diámetro, y que á ser bien dirigidas, hubieran podido causar mucho daño, pero gracias á los vientos del Norte que les eran favorables, los ingleses solo emplearon hora y media en pasar la parte estrecha del canal, desde el cabo de Nagara hasta el de los Barberos. Por lo demás se portaron con el valor natural en sus marinos, pero sufrieron grandes averías, horadando aquellos gruesos proyectiles varios de sus navios; y los hubieran echado á pique, si hubiesen estado huecos y llenos de pólvora, como los que se usan hoy. La mayor parte de los buques de la escuadra, al salir del estrecho, se hallaban en un estado que exigia pronto reparos, costando aquel paso á los ingleses mas de doscientos hombres, entre muertos y heridos, pérdida de poca importancia si se la compara con la matanza de las

grandes batallas dadas en tierra, pero que no deja de tenerla, comparándola con lo que sucede en los combates de mar. Mientras la division inglesa salia de los Dardanelos, llegó á Tenedos el almirante Siniavin, con una division rusa de seis navios, é instó vivamente al almirante Duckworth á que volviese á dar principio á la operacion; pero despues de la derrota que acababa de sufrir, hubiera sido una cosa estravagante hacer otra tentativa, pues seis navios rusos no hubieran variado la situacion de un modo notable, ni allanado las dificultades.

Así terminó aquella empresa, que se frustró porque los medios no eran suficientes, y por los escrúpulos de humanidad que entonces mostraron los ingleses, escrúpulos de que no suele ir acompañada la política británica. Inglaterra sintió mucho aquel resultado, y Napoleon se alegró como es natural, pues además del efecto moral que causó en Europa el asunto de Constantinopla, efecto que redundó enteramente en provecho suyo, la lucha trabada contra los turcos era un respiro utilísimo para sus armas.

La Europa estaba en aquel momento muy conmovida con la terrible batalla de Eylau, que habia sido comentada en muy diverso sentido, aplaudiendo unos el que al fin se habia conseguido hacer frente á los franceses, y asustándose otros, y eran los mas, de lo que costó el poder resistirlos un momento, pues fué preciso darle á degollar un ejército, oponiéndoselo al paso, como un obstáculo fisico que hubiese que destruir. Es verdad que aquella era la primera vez que los triunfos conseguidos por los franceses no fueron tan deci-

sivos como los de costumbre, sobre todo en la apariencia; pero no por eso dejó de perder el ejército ruso en aquella sangrienta jornada la tercera parte de su gente, y si, para disimular su derrota, trataba de hacer el general Benningsen algunos presuntuosos alardes de fuerza frente á nuestros cuarteles de invierno, no podia intentar cosa alguna de provecho, ni oponerse á uno solo de los sitios que emprendiamos á su misma vista. Napoleon, á quien empezaban á llegar refuerzos, tenia para aniquilarle cien mil hombres sobre las armas sin contar las tropas francesas ó aliadas que, protegidas por el ejército grande, se ocupaban á la izquierda en sitiar á Dantzic, y acababan de conquistar á la derecha las plazas de Silesia. La única dificultad que impedia á Napoleon terminar aquella campaña, que ya era demasiado larga era la de los trasportes, segun ya hemos visto; y si hubiese helado bien, hubiera podido llevar consigo en ruedas con que poder mantener al ejército durante una operacion ofensiva; pero como unas veces helaba y otras se derretia el hielo, era imposible conducir en carros las provisiones por espacio de algunos dias. Era preciso, pues, esperar mejor estacion, y Mr. de Talleyrand, que se habia quedado en Varsovia, se valia de instancias, dineros, promesas y aun amenazas, para asegurar la conduccion de los viveres indispensables, desde el Vistola al Passarge.

Hallándose en tal estado las cosas, estado que debia durar aun algunos meses, Napoleon podia dedicar el tiempo á negociaciones, tanto mas importantes cuanto que así que conoció los obstáculos naturales, que observó á Polonia de mas cerca, se

disipó algun tanto el entusiasmo que le llevó á orillas del Vistula. Entonces conoció que si los rusos eran poco temibles para los soldados franceses no yendo á buscarlos allende el Danubio ó el Elba, se convertian con la ayuda del clima, en un enemigo á quien no podia vencerse sino al cabo de mucho tiempo y de haber superado no pocas dificultades. Conmoyido al principio con el ardor patrio que notó en Posen, creyó que los polacos podrian proporcionarle cien mil hombres; pero no tardó en ver que los habitantes del campo se cuidaban muy poco de un cambio de dominacion que no les sacaba de su esclavitud, teniendo por el contrario que refugiarse á la Polonia austriaca para librarse de los horrores de la guerra; que los habitantes de las poblaciones se mostraban entusiastas y dispuestos á sacrificarse sin ninguna mira oculta, pero la nobleza, como mas previsora, imponia condiciones que no podian ser aceptadas sin cometer una imprudencia; que los oficiales que habian servido en los ejércitos franceses, se llevaban muy mal con los nobles que no habian salido de sus castillos; que anos y otros aumentaban con sus nimiedades los obstáculos que se oponian á que el pais fuese organizado militarmente; y por último, que los cien mil hombres que esperaba poder sacar, estaban reducidos á quince mil soldados visosos, organizados en veinte batallones, y destinados á cubrirse de gloria algun dia á las órdenes del valiente Poniatowski, pero poco aguerridos en la actualidad, y dando lugar á que nuestros soldados se burlasen de ellos. Napoleon vió todo esto, y no encontraba tanto calor en querer reconstituir á Polonia, estando menos dispuesto, desde que la co-

nocia, á trastornar el continente por restaurarla, porque aunque no dudaba de su propio poder, formó una idea mas justa de los obstáculos que la naturaleza puede oponer al ejército mas heróico, y una opinion menos favorable de la obra que le atraia á las llanuras del Norte. Inclinábase, pues, algo mas á escuchar proposiciones pacificas, sin separarse por eso de ninguna de sus pretensiones, porque estaba convencido de que así que llegase la primavera, destruiria todos cuantos ejércitos se opusiesen á su paso, y porque solo veia en una negociacion que tuviese por objeto la paz, economia de tiempo y de sangre, pues por lo que hace á los peligros, se creia capaz de dominarlos á todos, cualesquiera que fuesen.

Despues que se dió la batalla de Eylau, anduvieron yendo y viniendo de Königsberg á Osterode varios parlamentarios; pero llevado de la primera impresion que le causó aquella batalla, dijo Napoleon al rey Federico Guillermo por conducto del general Bertrand, que estaba pronto á devolverle sus estados, mas solo hasta el Elba, con lo cual perdia el referido principe las provincias de Westfalia, Sajonia y Franconia, es decir, casi la cuarta parte de la monarquía prusiana, si bien es verdad que á lo menos le aseguraba le serian devueltas las otras tres cuartas partes. Napoleon añadió que, apreciando como apreciaba al monarca que entonces reinaba en Prusia, mejor queria concederle á él esta restitution que no por la intervencion de Rusia, y el desgraciado Federico Guillermo, aunque el sacrificio era muy grande, aunque sus soldados se portaron con honra en Eylau, y se creia algo mas favorecido en la opinion de sus aliados,

no se hizo ilusiones, siendo á sus ojos la referida batalla de Eylau, á que los rusos llamaban casi una victoria, una derrota sangrienta, que solo se diferenciaba de la de Jena ó Austerlitz, en haber costado mas sangre á los franceses, y no haber producido, gracias á la estacion, resultados tan decisivos. Además estaba persuadido de que en la primavera pondrian los franceses término á la guerra de un modo pronto y desastroso; pero la reina y el partido de la guerra, animados con los últimos acontecimientos, mas influidos por el ruso, de quien por desgracia estaban demasiado cerca hallándose como se hallaban en Königsberg, no apreciaban la situacion de las cosas con un juicio tan sano como el rey, y dictando una contestacion evasiva á las palabras amistosas que el general Bertrand tuvo encargo de transmitir, impidieron se aprovecharan las disposiciones de Napoleon, pacíficas momentáneamente.

Así, pues, lo encarnizado de la lucha que sostenia contra Rusia, hizo que Napoleon se inclinase por un instante á Prusia, siendo indudable que se hubiera alegrado de que, vuelta enteramente en sí, y estando como estaba dispuesto á devolverla no solo las provincias situadas mas allá del Elba, sino las de mas acá, se hubiese hecho amiga suya definitivamente, con aquella accion tan generosa como política; pero viendo que el rey Federico Guillermo se mostraba tan débil, indeciso y sin voluntad propia como antes, volvió á convencerse de que no podia contar con la Prusia, y desde aquel día solo pensó en ella para mirarla con desden, maltratarla y disminuir su dominio mas y mas. Sin embargo, algo menos desvanecido que

despues de lo de Jena, volvió á creer que para ser dueño del continente, y desterrar de él la influencia inglesa, ó lo que es lo mismo para *vencer el mar por medio de la tierra*, necesitaba no solo victorias, sino una gran alianza. Así lo creyó despues de las batallas de Marengo y Hohenlinden; así lo creyó tambien despues de la de Austerlitz y antes de la de Jena; y si al día siguiente de haberse dado esta última batalla, cesó un momento de pensar en ello, lo creyó de nuevo despues de las de Pultusk y Eylau, y meditando siempre sobre su situacion en medio de las dificultades de aquella guerra, trataba de examinar con qué potencia deberia aliarse. Siendo como era preciso dejar á un lado á Prusia, quedaba Rusia, con quien sostenia una lucha terrible, y Austria, que bajo apariencia de neutralidad, disponia armamentos á su espalda. Aunque la corte de Rusia, escitada por las sugerencias británicas, y la jactancia del general Benningsen, estaba al parecer mas enconada que nunca: sus generales, oficiales y soldados, que era sobre quienes gravitaba el peso de aquella guerra atroz, que se hallaban reducidos á la mitad de resultados de las jornadas de Czarnow, Pultusk, Golymin, y Eylau, y que, gracias á la barbarie de su gobierno, se mantenian con algunas patatas que sacaban de la nieve con las puntas de las bayonetas, abrigaban sentimientos muy distintos y usaban un lenguaje muy diferente al de los cortesanos de San Petersburgo. Llenos de admiracion hácia el ejército francés, y no abrigando como no abrigaban contra él ninguno de esos ódios de nacion á nacion, que algunas veces engendran en los pueblos la vecindad ó un origen comun, se pregunta-

ban á sí mismos porque se les hacia verter su sangre en provecho de los ingleses, que ninguna prisa se daban en ir á socorrerlos, y de los prusianos que ni siquiera sabian defenderse.

Todos los militares rusos que sabian raciocinar; decian que estando como estaban tan distantes una de otra Francia y Rusia, no tenian porque disputar, y varios oficiales nuestros, que fueron hechos prisioneros y cangeados, oyeron acerca de esto palabras muy significativas, en boca nada menos que del general ruso mas valiente que tenia la Rusia, es decir del principe Bagration que mandaba alternativamente la vanguardia ó la retaguardia rusa, la primera cuando era preciso atacar, y la segunda cuando era preciso batirse en retirada.

No faltó quien refriese á Napoleon estos pormenores, pormenores que le dieron en que pensar, diciéndose á sí mismo, aun en medio de los horrores de la actual guerra, que quizás seria preciso acabar por ponerse de acuerdo con Rusia, para cerrar á Inglaterra los puertos y gabinetes del continente; pero si podia concebirse esa alianza, no era seguramente el mejor medio prepararla y realizarla entre dos batallas, y cuando tenian que comunicarse con los puestos avanzados por medio de un corneta. Viendo, pues, que era imposible intentarlo siquiera entonces, y acordándose de lo que el archiduque Fernando le dijo en Wurtzburgo, pensó de nuevo en aliarse con la corte de Viena; á pesar de los armamentos con que le amenazaba, pensando sobre todo que ahora podia devolverle lo que medio siglo antes la hubiera colmado de júbilo, esto es Silesia, esa Lom-

bardia del Norte, que tanto sentia haber perdido, y por cuyo cobro habia hecho tantos esfuerzos, hasta el punto de ser aliada de Francia durante 30 años. Trasladó del bivac de Osterode al castillo de Finkenstein, y recorriendo unas veces sus cantones á caballo, hasta el extremo de andar 30 leguas en un dia, sosteniendo otras larga correspondencia con los agentes que tenia en Polonia sobre el modo de proporcionar viveres para el ejército, ó con los ministros que se hallaban en Paris acerca de la gobernacion del imperio, y combinando por último en su cabeza planes de politica general en medio de las eternas noches del Norte, acabó, despues de pensar en todas las alianzas, por reducirse á dos, diciéndose á sí mismo que era preciso escoger entre la de Austria ó la de Rusia. Tambien sostenia correspondencia con Mr. de Talleyrand, quien se quedó en Varsovia, desde donde dirigia los negocios estrangeros, y Napoleon le escribió una vez lo siguiente: «*Es preciso que todo esto acabe adoptando un sistema con respecto á Rusia ó á Austria. Pensadlo bien, fijad en esto vuestras ideas, y obligad á Austria á que se esplique definitivamente con nosotros.*»

Empero Austria seguia cubriéndose con un velo impenetrable, pues mientras que el general Andreossy, que era nuestro embajador en Viena, nos noticiaba todos los dias, hechos alarmantes, como por ejemplo, armamentos de gente, compras de caballos y formacion de almacenes, el general baron de Vincent, por el contrario, enviado de la corte de Austria en Varsovia, no cesaba de afirmar, con la mayor franqueza al parecer, que Austria no podia hacer la guerra, por lo agoviada que

se hallaba; que estaba resuelta á no quebrantar la paz á menos que no la tratasen de un modo insufrible; y que si tomaba algunas precauciones, esto no debia atribuirse á miras hostiles contra Francia, sino á que la prudencia exigia se tomasen algunas medidas en vista de una guerra espantosa, que abarcaba todo el circulo de sus fronteras, y sobre todo el estado de Galliteia, sumamente comovida desde la sublevacion de Polonia. Mr. de Talleyrand se dejó persuadir de esto hasta tal punto, que á cada paso estaba diciendo á Napoleon que el general Andreossy era un agente peligroso, que observaba y juzgaba mal lo que sucedia á su alrededor, siendo capaz si se le daba oídos, de indisponer á las dos córtes, á fuerza de referir las cosas, con inesactitud y mala intencion.

Aunque Napoleon se inclinaba, lo mismo que cualquier otro á creer lo que aguardaba, y se complacia en pensar que Austria no podia reponerse de los golpes que recibió en Ulm y Austerlitz, así como que nunca se atreveria á faltar á la palabra que su soberano le dió en el bivac de Urchitz, ilustrado por el peligro, se fiaba mas de los partes del general Andreossy que de las protestas del baron de Vincent. Así es que escribió á Mr. de Talleyrand:

El general Andreossy será un hombre altanero, un observador mediano, y problemente exagerará las cosas que vé, pero vos sois un hombre crédulo y tan inclinado á dejaros seducir, como hábil para seducir á los demas. Basta con que se os adule para dejaros engañar, y Mr. Vincent os engaña con buenas razones: Austria nos teme pero tambien nos aborrece y está armada para apro-

vecharse de un descabro. Como en la primera consigamos una gran victoria, se portarán como Mr. de Hangwitz al dia siguiente de la batalla de Austerlitz, y entonces tendreis razon; pero solo con que la guerra sea dudosa, la volveremos á ver sobre las armas á nuestra espalda. Sin embargo, es preciso obligarla á que se pronuncie de una vez, pues efectivamente, comete un error de bulto con no querer ponerse hoy de acuerdo con nosotros, ni aprovecharse de un momento en que somos dueños de Prusia para recobrar de nuestras manos lo que Federico le quitó en otro tiempo. En un dia puede, como quiera, desquitarse de cuanto ha perdido en medio siglo, y reponer la fortuna de la casa de Austria, que tanto ha venido á menos, ya por culpa de Prusia, ya de resultados de los golpes, que sobre ella ha descargado Francia. Pero es preciso que se explique: ¿desea que se le conceda una indemnizacion por lo que ha perdido? En ese caso le ofrezco la Silesia. ¿Le alarma el estado en que se halla el Oriente? Estoy dispuesto á tranquilizarla acerca de la suerte de la parte baja del Danubio, disponiendo como mejor tenga á bien de Moldavia y Valaquia. ¿Le inspira sospechas nuestra presencia en Dalmacia? Pues estoy pronto á hacer con respecto á esto sacrificios, por medio de un cambio de territorio. ¿Por último nos prepara la guerra, para ver por última vez hasta donde llega el poder de sus armas, aprovechándose de que todo el continente se ha conjurado contra nosotros? Sea en buena hora: acepto ese nuevo adversario; pero que no espere cogermé de sorpresa, porque solo una muger ó un niño puede creer que habré venido á los

desiertos de Rusia, sin haber tomado antes precauciones. Austria no me hallará desprevenido: al contrario, encontrará en Sajonia, Baviera é Italia, ejércitos que están dispuestos á resistirle, y me verá contramarchar para caer sobre ella con todas mis fuerzas, derrotarla, y tratarla peor que á todas las potencias que hasta aquí he vencido. Con eso castigaré su mala fé de un modo terrible, que llame la atención, y de que no puede dar idea la suerte actual de Prusia. Explíquese, pues, y sepa yo á que debo atenerme acerca de sus disposiciones.»

Napoleon encargó á Mr. de Talleyrand, que no dejase sosegar á Mr. de Vincent, y echase la sonda repetidas veces en la sima que ocultaba la política austriaca; y estimulado Mr. de Talleyrand por el emperador, dividía el tiempo en exhortar al gobierno polaco, para que previniese viveres y carros, y en conversar con Mr. de Vincent, para ver de arrancarle, con cien conversaciones diferentes, el secreto de su córte.

Este secreto trataba de recabarlo de las palabras del enviado austriaco, hasta de los gestos de su rostro, tratándole unas veces con confianza y benevolencia á fin de provocar su franqueza con un abandono sin límites, y procurando otras sorprenderle y agitarle, presentándole de pronto, no sin aparentar un enfado que no tenia, la pintura de los armamentos que se hacian en Viena. Mr. de Vincent, ora fuese un hombre hábil, ora hablase con sinceridad, siempre repetía lo que ya había dicho, á saber, que en Viena no querian ni podian hacer la guerra, y que se limitaban á mantenerse en guardia, sin pensar en atacar á nadie; pero sin

embargo, cuando Mr. de Talleyrand avanzó hasta insinuar que el premio de una alianza seria, ya Silesia, ya las provincias del Danubio, ya en fin, Dalmacia. El ministro austriaco contestó que no tenia instrucciones para tratar de asuntos de tanta importancia, y pidió se le permitiese ponerlo en conocimiento de su córte, lo cual hizo dando cuenta sin demora á Mr. de Stadion de los pasos preliminares de Mr. de Talleyrand.

Dirigia á la sazón los negocios estrangeros en Austria Mr. de Stadion, en sentido mucho mas hostil para Francia que lo hicieron los Cobentzel, pero es preciso hacerle la justicia de que no ocultaba tanto como ellos sus sentimientos hostiles con un barniz de cordialidad. Por lo demás, aunque su corazón respiraba odio, sabia contenerse, y observaba una reserva decorosa; siendo fácil de penetrar el secreto de Mr. de Stadion y su córte, con tal que, dejando á un lado las apariencias que siempre gustan, se buscara el fondo de las cosas, en que nada había que pudiese agradar. Austria armaba gente para aprovecharse de nuestros descabros, lo cual era muy natural en ella, siendo un error y grave, creer que con brillantes ofertas podíamos atraernos una potencia tan venagativa. Efectivamente, abrigaba en su alma un odio contra nosotros que le hubiera impedido apreciar debidamente ventajas reales y positivas, si se les hubiese ofrecido, y con mucha mas razon ventajas que no bastasen á calmar su resentimiento, como por ejemplo, una parte de Silesia, Moldavia ó Dalmacia, porque todo esto no equivalia ni con mucho á lo que había perdido en el espacio de quince años. Con todo, por muy insuficientes

que fuesen esas ventajas, sin duda las hubiera aceptado, si hubiese creído que en el estado en que se hallaba el mundo podía darse algo de un modo sólido y estable; pero en medio de las continuas variaciones que sufrían los estados europeos se figuraba que nada había duradero, no estando dispuesta por lo mismo á tomar por vía de indemnización de provincias hereditarias ó agregadas desde antiguo á su casa, otras dadas por la política del momento, que podían quitarle con la misma facilidad con que se las daban y que era preciso comprar además con una guerra contra los que regularmente eran sus aliados, y en provecho del que pasaba á sus ojos por autor de todos sus males. Así, pues, nada que proviniese de Napoleón, debía inspirarle atractivo ó confianza, pudiendo estar cierto de antemano dicho general de que rehusaría cuantas ofertas le hiciese; pero hostigado con preguntas y mas preguntas, no podía encerrarse, ó en un silencio absoluto ó en una negativa general á oír toda clase de proposiciones. Ocurriósele, pues, dar un paso que por lo pronto le proporcionaba el medio de poder contestar de un modo decoroso, y que le aseguraba para mas tarde el de poder aprovecharse de los sucesos, cualquiera que estos fuesen. El indicado paso se reducía á ofrecer á Francia intervendría para con las córtes beligerantes, y nada mejor calculado que esto, no solo por lo que hace al presente, sino en cuanto al porvenir: por lo que hace al presente, porque así probaba que quería la paz, trabajando por restablecerla; y en cuanto al porvenir, porque trabajando francamente en favor de esa paz, tendría muy buen cuidado de dirigir las condiciones

de ella en sentido conforme á su política, si Napoleón salía victorioso. Si éste quedaba vencido al contrario, ó no conseguía una victoria completa, Austria pasaba de una intervencion modesta á otra impuesta por la fuerza, moderándola ó agravándola segun diesen de sí las circunstancias. En una palabra, de este modo tomaba parte como mejor lo tuviese á bien en la reyerta, y una vez conseguido esto, podía obrar segun aconsejase la suerte.

Mr. de Stadion encargó al baron de Vincent, contestase á Mr. de Talleyrand, que en Viena se agradecía infinito las ofertas del emperador de los franceses, pero que por muy ventajosas que fuesen, no podía aceptarlas aquel gabinete, porque de hacerlo así, tendría que entrar en guerra, ó con los alemanes que eran sus compatriotas, ó con los rusos, aliados suyos, y que no quería disputar con las armas en la mano por ningun motivo, ni con nadie, pues conocía que no se hallaba en estado de poder sostenerla: (esta confesion era poco peligrosa haciendo como hacia Austria en aquel mismo momento grandes preparativos militares); que lo que el gobierno austriaco quería era la paz, únicamente la paz, prefiriéndola á las mejores adquisiciones del mundo; que en prueba de su amor á la paz, se ofrecía interponer su mediacion para ver de negociarla, y que si Francia se prestaba á ello, él se encargaba por su parte de conseguir consintieran tambien los gabinetes de Berlin, San Petersburgo y Lóndres; que Mr. de Budberg, ministro del emperador Alejandro y á quien se habia consultado sobre este asunto, habia acogido perfectamente la buena intencion de la córte de Viena.

y que como en Londres habia tomado la direccion de los negocios otro gabinete (el de MM. Castlereagh y Canning), habia probabilidades de hallar disposiciones pacificas en los nuevos representantes de la politica inglesa, pues probablemente se alegrarian de poder popularizarse en Inglaterra, dando la paz á su advenimiento. Mr. de Stadion mandó se añadiese seria una fortuna para su gobierno, que el omnipotente emperador de los franceses viera en aquella oferta una prueba del desinterés y espíritu de concordia que animaban al emperador de Austria.

El omnipotente emperador de los franceses tenia tanta perspicacia como poder, y así apenas leyó esta respuesta que le enviaron de Varsovia á Finkenstein, comprendió todas las miras que encerraba, con la misma prontitud que hubiera podido emplear en descubrir los movimientos de un ejército enemigo en el campo de batalla. Escribió, pues, á Mr. Talleyrand lo que sigue: «Ese es el primer paso que dá Austria para intervenir en los sucesos, pues si estuviera resuelta á no mezclarse para nada en la lucha que sostienen Francia, Prusia, Rusia é Inglaterra, ni siquiera querria correr el riesgo de comprometerse, llevando palabras de unas á otras. Brindarse por mediadora, es prepararse para la guerra, buscando un medio decente para tomar parte en ella, medio que necesita, despues de las declaraciones de gabinete á gabinete, y los juramentos de soberano, cuando se comprometió á no mezclarse nunca en nuestras actuales reyertas. Lo que nos está sucediendo es una desgracia, porque esto anuncia la presencia de un ejército austriaco en el Oder y el Elba,

mientras nosotros estemos en el Vistula; pero es imposible rechazar esa intervencion. Esto estaria en contradiccion con el lenguaje que siempre hemos usado, y que consiste en asegurar que estamos dispuestos á celebrar la paz, esponiéndonos ademas, si nos negamos terminantemente, á que ofendida Austria, tome una resolucion instantánea. Es preciso, pues, ganar tiempo, y contestar que es demasiado indirecta la oferta de intervencion, para que la aceptemos de un modo positivo; pero que ahora y siempre acogeremos con tanta confianza como gratitud la buena intencion de la córte de Viena.»

Dirigido Mr. de Talleyrand por Napoleon, contestó á Mr. de Vincent en los términos que el emperador dijo, mostrándose en cierto modo dispuesto á aceptar la intervencion de Austria, pero dudando al parecer al mismo tiempo, de que fuese formal la oferta de esa intervencion. Mr. de Vincent afirmó por el contrario, que dicha oferta no podia ser mas formal, y declaró por lo demás iba á invocar el testimonio de su córte, como así lo hizo, escribiendo á Mr. de Stadion, quien por su parte no tardó tampoco en contestar. Efectivamente, al cabo de pocos dias anunció la córte de Viena que estaba pronta á pasar de simples conferencias preliminares á una proposicion formal; que tenia la certeza de que en San Petersburgo y Londres seria aceptada su intervencion; y á mayor abundamiento aquel mismo dia dirigia una oferta positiva, tanto á Francia como á Prusia, Rusia é Inglaterra; y por último, que esperaba saber de un modo terminante las intenciones del emperador Napoleon acerca de aquel asunto.

Una respuesta tan pronta y clara, apoyada en armamentos de cuya existencia no podía ya dudarse, le pareció á Napoleon un hecho de suma gravedad, cuya importancia no era imposible desconocer, y á que solo podía contestarse por desgracia con una aceptacion, pero contra cuyas consecuencias era preciso prepararse por medio de grandes precauciones. Escribió, pues, en este sentido á Mr. de Talleyrand, y le envió de Finkenstein el modelo de nota que van á leer nuestros lectores, previniéndole al mismo tiempo iba á añadir á aquella nota nuevos preparativos mas formidables que nunca y de que era preciso dar cuenta inmediatamente á Austria para que supiese cómo iba ser acogida su intervencion, fuese amistosa ú hostil, diplomática ó belicosa.

La respuesta á la oferta de intervencion estaba concebida en estos términos:

«El ministro de negocios estrangeros que abajo firma, ha presentado á S. M. el emperador y rey la nota que le ha sido entregada por Mr. el baron de Vincent.

«El emperador acepta por sí y en nombre de sus aliados la intervencion amistosa del emperador Francisco II, encaminada á restablecer la paz, que tan necesaria es para todos los pueblos, pero abriga el temor de que la potencia cuyo sistema ha sido hasta aquí, á lo que parece, fundar su poder y grandeza en las divisiones de continente, procurará por este medio que surjan nuevos motivos de queja y nuevos pretextos del discusiones. Sin embargo, Francia, que, como sabe toda Europa, ha sido provocada á la guerra actual, no debe apartarse de cualquier camino que conduzca á cortar

la lucha, poniendo término á la efusion de sangre y consolando á tantas y tantas familias.

«Por otra parte, el emperador Napoleon ve en esta circunstancia una ocasion natural y brillante de manifestar al soberano de Austria la confianza que le inspira, y el deseo que abriga de que vuelvan á estrecharse los lazos que entre si unian á ambos pueblos, lazos que produjeron en otros tiempos su prosperidad comun, y que pueden hoy mejor que ninguna otra cosa, consolidar su tranquilidad y bienestar.»

En estas conferencias se invirtió todo el mes de marzo; pero como la estacion era cada vez mas rigorosa, haciéndose sentir en la primavera el frio que en vano se esperó durante el invierno, no podía aun darse principio á las operaciones militares, por lo cual resolvió Napoleon aprovecharse de aquella tardanza, para aumentar sus fuerzas de un modo formidable, tanto en la apariencia como en la realidad. Su intento era, sin dejar á Italia y Francia demasiado desprovistas de tropa, acrecentar su ejército activo cuando menos en una tercera parte, y tomar en el Elba otro de reserva de cien mil hombres, á fin de poder destruir completamente no solo á los rusos sino á los prusianos, apenas empezase la campaña, y volverse contra Austria en caso necesario, esto es si se decidia á tomar parte en la guerra.

Para conseguir uno y otro resultado, resolvió sacar una nueva conscripcion, es decir, la de 1808, aunque solo corria á la sazón el mes de marzo de 1807: ya en 1805 llamó á las armas la de 1806, y en 1806 la de 1807, con el fin de que los jóvenes conscriptos tuviesen doce ó quince

meses de aprendizaje, y siempre estuvieran llenos sus depósitos. De este modo, las fuerzas efectivas del ejército francés, que ascendieron de quinientos dos mil hombres á quinientos ochenta mil con la conscripcion de 1807, iban á ascender á cerca de seiscientos cincuenta mil con la de 1808, sin escluir los aliados; y gracias al arte con que Napoleon manejaba sus recursos, debia hallar en aquel aumento de gente medios para proveer á todas sus necesidades, y hacer frente á todos los sucesos.

Empero habia alguna dificultad, despues de haber llamado en noviembre de 1806 la conscripcion de 1807, en llamar en marzo de 1807 la de 1808, pues era sacar dos conscripciones en cinco meses, y ciento cincuenta mil hombres á un mismo tiempo. Napoleon estendió en consecuencia el decreto, y lo envió sin demora al archicanciller Cambaceres, que hacia sus veces al frente del gobierno, y á Mr. Lacuée, encargado en las conscripciones, diciendo á uno y otro que conocia las objeciones á que podian dar lugar semejantes medidas, pero que no debian pararse en ellas ni un momento, pues solo con que se suscitase una objecion en el consejo de Estado ó en el Senado, perderia en consideracion á los ojos de Europa, y Austria tomaria las armas, no siendo en tal caso una ó dos las conscripciones que habria que decretar, sino tres ó cuatro, y tal vez inutilmente, para acabar por ser vencido. «Es preciso, así escribia, no mirar las cosas bajo un punto de vista tan limitado, sino bajo otro mas estenso, y sobre todo, considerarlas bajo el aspecto de la politica. Una conscripcion anunciada y resuelta sin titu-

bear, conscripcion que quizá no llamaré, y que de seguro no traeré al ejército activo, porque no me propongo sostener la guerra con niños, haré que Austria suelte las armas; pero al contrario, la menor indecision la induciria á volver á tomarlas y á esgrimirlas contra nosotros. De consiguiente no hay que hacer objeciones, pues para que tengamos paz, pero una paz pronta y soberbia, es preciso se ejecute inmediata y puntualmente el decreto que os dirijo.»

Despues de hacer que este decreto se espiciase en Paris, lo envió Napoleon á Varsovia á Mr. de Talleyrand, diciendo lo manifestase á Mr. de Vincent, con encargo espreso de que le revelase las nuevas fuerzas que preparaba en Francia, presentase á sus ojos el cuadro de gastos que con este motivo iban á hacer las potencias beligerantes, pero Austria particularmente, y le declarase sin rodeos que habia adivinado el pensamiento que envolvia la oferta de intervencion, y que aunque la aceptaba, era sabiendo lo que significaba; que hacia bien en ofrecer la paz, pero que era preciso ofrecerla *con un baston blanco en la mano*; que los armamentos de Austria, imposibles ya de negar, venian muy mal con brindarse como mediadora; que por lo demas, él se esplicaba con esta franqueza, para evitar desgracias, y evitárselas tambien á Austria; y que si queria enviar oficiales austriacos á Francia é Italia, se comprometia á mandar les enseñasen los depósitos, los campamentos de reserva y las divisiones que estaban en marcha, para que viesen que ademas de los trescientos mil franceses que ya habia en Alemania, se disponia á atravesar el Rhin otro ejér-

cito de cien mil hombres, á fin de reprimir cualquier movimiento hostil de la corte de Viena.

Estas comunicaciones llegaron muy á tiempo, y Mr. de Vincent no pudo disimular su emocion cuando supo el nuevo aumento de fuerzas, volviendo á protestar una y mil veces en nombre de su gobierno que sus intenciones eran lo mas pacíficas del mundo. Los movimientos de tropas de que nos quejábamos, dijo que eran síntomas de un trabajo de reorganizacion que habia emprendido el archiduque Carlos, á fin de que el ejército no costase tanto, é introducir en él varias mejoras tomadas de los ejércitos franceses. Por lo demas, si algunos cuerpos se acercaban al parecer á las fronteras de Polonia, esto no era otra cosa que tomar precauciones con respecto á las provincias de Gallitcia, que andaban muy agitadas con lo que sucedia en las inmediaciones; y en cuanto á la oferta de intervencion, debia ser mirada únicamente como una prueba del deseo que abrigaba Austria de poner término á una guerra que tenia afligido al mundo, siendo preciso que viésemos en semejante conducta, no la intencion de mezclarse en esa guerra, sino la voluntad franca y leal de acabar con ella. Ademas pronto podriamos juzgar por los resultados, asegurándonos entonces de si Austria obró ó no con sinceridad insistiendo en permanecer neutral.

Las instancias que Napoleon hizo en Paris, llegaron tan á tiempo como las comunicaciones á Viena, pues aunque todavia brillaba su estrella en todo su esplendor, aun no habian perdido su prestigio las maravillas de Austerlitz y Jena, y se apreciaba como era debido el grande y prodigioso

espectáculo de un ejército francés invernando tranquilamente á orillas del Vistula, ciertos destructores, que se mostraban muy obsequiosos cuando Napoleon estaba delante, y se convertian en difamadores en su ausencia, hacian en voz baja algunas observaciones amargas acerca de la sangrienta carniceria de Eylau, y lo difícil que era hacer la guerra á tan larga distancia, no necesitándose mucho mas para que los ánimos, siempre dispuestos en Francia á mirar las cosas por el lado peor, se dejasen llevar á querer sustituir la censura á la continua admiracion de que Napoleon no habia cesado de ser objeto desde que tenia en su mano los destinos de Francia. El prudente Cambaceres advertia estos síntomas, y temiendo cuanto podia perjudicar al gobierno imperial, de buena gana hubiera querido desarmar la critica, ahorrando al pais nuevas cargas. Por lo que hace á Mr. Lacuée, como miraba desde mas alto la situacion de las cosas, y solo veia los sufrimientos materiales de la poblacion, temia que dos pedidos de ochenta mil hombres, renovados uno tras otro, en noviembre de 1806 y marzo de 1807, sobre todo despues de los de 1805, y cuando no se licenciaba un soldado, causasen mal efecto, privando á la agricultura de los brazos necesarios, y á las familias de su sosten. MM. Cambaceres y Lacuée estaban, pues, dispuestos cada uno por su parte, á hacer algunas objeciones, y á pedir se retardase algun tanto los llamamientos de reclutas, debiendo nosotros decir que el sentimiento que les animaba era tan honrado como prudente, y que lo que Napoleon podia desear era que hubiese habido entonces muchos

hombres con valor para hacer que llegase á sus oídos, antes que se alzara, el grito de las afligidas madres, grito que todavía no era amenazador, pero que algunas veces resonaba sórdamente allá en el fondo de los corazones cuando llegaba la noticia de una gran matanza, como por ejemplo la de Eylau. Con todo, al mismo tiempo que se dijese á Napoleon la verdad, á título de lección que podía aprovechar para lo sucesivo, lo mejor por el pronto era cumplir sus mandatos, porque nada mas útil en interés de la paz, que el aparato de fuerzas que acababa de decretar. Así, pues, las objeciones de MM. Cambaceres y Lacuée, que fueron enviadas por escrito al cuartel general, pero que no tardaron en ahogar las cartas posteriores que para el mismo punto salieron sin interrupción, no retardaron en lo mas mínimo la presentacion, adopcion y cumplimiento del decreto en que se llamaba á las armas la conscripcion de 1808.

Napoleon se apresuró á hacer de aquellos nuevos recursos el uso que convenia á sus vastos designios: por lo demas, ya hemos visto que desde que entró en Polonia, sacó de Francia siete regimientos de infanteria en esta forma; de París el 15 de ligeros, el 58 de linea, el primer regimiento de fusileros de la guardia, y uno municipal; de Brest el 15 de linea; de Saint-Ló, el 31; y de Boloña el 19. De Italia sacó cinco regimientos de cazadores de á caballo, y cuatro de coraceros, la mayor parte de cuyos cuerpos acababan de llegar á Alemania. Los regimientos número 19, 15 y 58 de linea, y el 15 de ligeros, se iban acercando á Berlin, debiendo cooperar al sitio de Dant-

zig; el primer regimiento de fusileros de la guardia, y el de la guardia municipal, estaban ya en marcha; los cuatro regimientos de coraceros que habian salido de Italia, se hallaban ya en el Vistula, á las órdenes del general España, oficial de extraordinario mérito; y por último, de los cinco regimientos de cazadores de á caballo, dos, esto es el 19 y el 23, se habian reunido al general Lefebvre al pie de los muros de Dantzic, el 15 estaba remontándose en Hanover, y los otros dos acudian presurosos.

Los regimientos provisionales ó de marcha, habian ya atravesado á Alemania en número de doce de infanteria y cuatro de caballeria, habiéndoseles pasado revista en el Vistula, para ser disueltos en seguida y enviados á los cuerpos que estaban acampados á orillas del Passarge, espectáculo muy satisfactorio siempre para el ejército, que veia, ibanse cubriendo las bajas que habia en sus filas, y oia hablar diariamente de grandes refuerzos destinados á prestarle ayuda. Mientras que al principio de estar situado en el Passarge, no hubiera podido presentar en un mismo punto setenta y cinco ú ochenta mil hombres, ahora podia oponer á un ataque repentino cien mil; y lo mejor es que de todas partes se llevaban víveres hácia el Vistula, víveres que se conducian de este rio á los cantones por medio de carros organizados allí mismo, lo cual bastaba para la racion diaria, y para empezar á formar provisiones de reserva, destinadas á ser utilizadas en caso de movimientos imprevistos. Bien abrigado y mantenido el ejército, se hallaba en muy buena situacion de ánimo, y la caballeria pesada, así como la de linea, habian

sido conducidas á la parte baja del Vistula, para que se aprovecharan del forrage que tanto abundaba en las bocas de aquel rio, mientras que los regimientos de caballeria ligera que quedaron de observacion al frente de los campamentos, iban á disfrutar, alternando entre sí, del descanso y la abundancia que se encontraba en las márgenes del Vistula. Napoleon, que quiso que la caballeria ascendiese de cincuenta y cuatro á sesenta mil hombres, y despues á setenta, acababa de mandar se compusiese de ochenta mil ginetes, pues aunque la campaña habia consumido diez y seis mil caballos, por tres ó cuatro mil ginetes que quedaron fuera de combate, además de los caballos cogidos á los ejércitos prusiano y hessense, Napoleon compró diez y siete mil en Alemania, y se ocupaba en comprar doce mil en Francia, para surtir los depósitos. Las obras hechas en Praga, Modlin y Sierruck, se habian concluido enteramente, siendo tan sólidas, á pesar de ser de madera, como las de mamposteria, y los cantones establecidos á orillas del Passarge estaban provistos de fuertes cabezas de puente, que permitian poder rechazar al enemigo, y acometerle si era preciso. Es decir, que no solo era segura sino buena nuestra situacion, á lo menos segun lo que podia esperarse del pais y la estacion.

Los cuerpos que se hallaban en marcha, gracias á los depósitos de infanteria y caballeria situados en el camino, y en que dejaban los hombres y caballos cansados, tomando en cambio los que habian dejado otros cuerpos, llegaban al término de su viage con la misma gente que á su salida. Así es que los regimientos de coraceros pro-

cedentes de Nápoles llegaron completos al Vistula, y por lo que hace á las tropas que iban de Italia, Parma, Milan y Augsburgo, así como las que habian salido de Francia, Maguncia, Wurtzburgo y Erfurth, tenian en Wittemberg, Potsdam, Berlin, Custring, Posen, Thorn y Varsovia, otros tantos puntos de parada, donde hallaban cuanto habian menester en viveres, armas y uniformes hechos en todas partes, lo mismo en Paris que en Berlin, tanto en la capital conquistadora como en la conquistada, porque Napoleon queria mantener al pueblo de una y otra. Gracias á estos continuos afanes, se logró que nada faltase, y que no tuviese una baja, á cuatrocientas ó quinientas leguas de Francia, un ejército regular de cuatrocientos mil hombres, número que nos parece quimérico cuando la antigüedad nos lo presenta (á menos que no se trate de las grandes poblaciones que entonces emigraban), que jamás ha figurado en las historias modernas, y que por primera vez se reunió en la época cuyo recuerdo nos ocupamos en trazar.

Aprovechándose de que habia en los depósitos muchos conscriptos, Napoleon se dedicó á llevar de Francia á Italia mas tropa, con dos intenciones, segun ya hemos dicho, esto es aumentar de un modo considerable el ejército activo del Vistula, y crear otro de reserva en el Elba. Pudiendo, pues, como podia sacar de los depósitos, conscriptos ya formados, mandó al mariscal Kellermann que aumentase hasta veinte el número de regimientos provisionales de infanteria, y hasta diez el de los de caballeria; pero con la condicion de que solo debian entrar en ellos los conscriptos que estuvie-

sen perfectamente disciplinados é instruidos. En seguida, para utilizar los conscriptos cuya educacion militar apenas empezaba, ideó otra combinacion, que fué organizar batallones llamados de guarnicion, compuestos de hombres no instruidos aun y ni siquiera vestidos, para enviarlos á Erfurth, Cassel, Magdeburgo, Hameln y Custrin, con el fin de que tuviesen tiempo de formarse, y poder disponer de las tropas ya veteranas que habia en dichas plazas, y que debian ser reemplazadas por los espesados batallones, cuyo número vivo y efectivo se fijó en unos diez á doce mil hombres.

Después de ocuparse de los regimientos provisionales destinados á cubrir las bajas de los cuerpos establecidos á orillas del Vistula, Napoleon quiso aumentar los siete regimientos de infanteria y nueve de caballeria que habia sacado de Francia é Italia, lo cual podia hacerse recurriendo á una porcion de combinaciones que solo él era capaz de formar. En Braunau habia de guarnicion un regimiento soberbio, esto es, el 3.º de linea, que se componia de tres batallones de guerra, y tres mil cuatrocientos hombres vivos y efectivos. Napoleon le dirigió hácia Berlin, haciendo que le reemplazase en Braunau el 7.º de linea tomado de la guarnicion de Alejandria, y reemplazando este último con dos regimientos de Nápoles, que por haber sido derrotados en Santa Eufemia, necesitaban ser reorganizados. No queriendo dejar en Italia mas que regimientos de dragones, hizo que saliese de aquel reino el 14 de cazadores á caballo, que se hallaba allí todavia, y de este modo ascendieron á diez los regimientos de caballeria sacados de Italia. Además, mandó

formar en Paris otro regimiento de fusileros de la guardia, lo cual era fácil, habiendo como habia dos conscripciones, esto es, las de 1807 y 1808, en que poder escoger buenos soldados. Sacó del campamento de Saint-Ló el 5.º de ligeros, que entonces no era indispensable estuviere allí; dispuso saliese de Paris con direccion al Rhin un regimiento de dragones, acampado á la sazón en Meudon, y que debia remontarse en Potsdam; dió igual orden con respecto al 26 de cazadores, que se hallaba en Saumur, y del que podia disponerse estando como estaba completamente tranquila la Vendée; y por último, mandó se pusiese en marcha un batallon de marinos de la guardia, utilísimo para la navegacion del Vistula. De consiguiente, sacaba de Francia é Italia tres regimientos franceses de infanteria, otros tres tambien franceses de caballeria, y además un batallon de marinos, debiendo servir estas fuerzas, ó para completar los cuerpos existentes, ó formar otro nuevo para el mariscal Lannes, quien habiendo caido enfermo como ya sabemos en Varsovia, habia sido reemplazado por Masséna en el mando del quinto cuerpo, y empezaba á mejorarse. Quería Napoleon así que se concluyese el sitio de Dantzic, formar un cuerpo de reserva con las tropas que á él hubiesen concurrido y los nuevos regimientos traídos de Francia, para dárselo á Lannes, y que se agregase al ejército activo. El octavo cuerpo mandado por el mariscal Mortier, compuesto de holandeses, italianos y franceses, y esparecidos desde las ciudades anséaticas hasta Stralsund, y desde Stralsund hasta Colberga, se habia ocupado hasta entonces en contener la Alemania, guardando las

ciudades anseáticas la division holandesa, haciendo frente á los suecos, delante de Stralsund, una de las dos divisiones francesas, estando pronta la otra en Stettin á acudir al bloqueo de Stralsund ó al sitio de Dantzig, y en fin, bloqueando á Colberga la division italiana. Luego que hubiesen terminado los sitios, habia resuelto Napoleon reunir al octavo cuerpo, todas las tropas francesas allí ocupadas ahora, y agregarlo al ejército activo, con lo cual tendria, además del cuerpo de Massena situado en el Narew, y los de los mariscales Ney, Davout, Soult, Bernadotte, y Murat, que se hallaban en el Passarge, otros dos nuevos cuerpos á las órdenes de Mortier y Lannes, colocados entre el Vístula y el Oder, y enlazados entre sí con el segundo ejército que se proponia organizar en Alemania.

Los elementos de aquel segundo ejército, los formó del modo siguiente: habia en Silesia una parte de los bávaros y todos los wurtembergenses, que acababan de sitiarse las plazas de aquel país á las órdenes del príncipe Gerónimo y el general Vandamme, y en la costa del Báltico, los holandeses que pertenecian en la actualidad al cuerpo de Mortier, y los italianos, tambien pertenecientes á dicho mariscal, situados unos segun acabamos de decir, en las ciudades anseáticas, y otros delante de Colberga. Como eran buenos auxiliares, habian sido fieles hasta entonces, y empezaban á aprender el arte de la guerra en otra escuela, Napoleon pensó en aumentar, su número dándoles por sosten cuarenta mil franceses sacados de las tropas ya veteranas, con el fin de formar en el Elba un ejército de mas de cien mil hombres.

Lo primero que para ello hizo fué pedir á la confederacion del Rhin, fundándose en los armamentos sospechosos del Austria, otra parte del contingente que tenia derecho á exigir, y que debiendo como debia ser de veinte mil hombres, le proporcionaria unos quince mil. Esto era disgustar á los gobiernos alemanes, aliados nuestros; pero si se complicaba la guerra actual con la intervencion de Austria, peligraba de tal modo su reciente engrandecimiento, que Napoleon estaba autorizado para pedirles hiciesen semejante esfuerzo. Esto sin contar con que mas bien iba á recaer el disgusto en los pueblos que en los gobiernos, consideracion que por sí sola obligaba á sentir fuese preciso hacer semejante exigencia. Napoleon pensó tambien en pedir al nuevo reino de Italia dos regimientos de infanteria, y otros dos de caballeria, porque no era en Italia donde los soldados italianos debian tener ocasiones de aprender el arte de la guerra, sino en el Norte, y en la escuela del ejército grande. Además si los alemanes podian quejarse hasta cierto punto de que defendian intereses que nada tenian de comun con los suyos, segun su modo de ver las cosas, los italianos no tenian que alegar ninguna queja sobre esto, porque los intereses de Francia eran los mismos que los de Italia, y al mismo tiempo que se les enseñaba á batirse, se les enseñaba á que pudieran defender algun dia la independenciam de su nacion.

Napoleon concibió otra idea que en aquellos momentos tenia toda la apariencia de un acto malicioso; cual fué pedir tropas á España. En visperas de darse la batalla de Jena, el príncipe de a

Paz, que no cesaba de hacernos traicion á las claras ó en secreto, publicó una proclama en que llamaba á las armas á la nacion española, bajo el extraño pretesto de que se hallaba amenazada la independencia de España.

En España misma, en Francia y aun en Europa se preguntaban todos quien era el que amenazaba aquella independencia, pero nada mas fácil que contestar á sus preguntas. El principe de la Paz creyo como todos los adversarios de Francia, que el ejército prusiano era superior al nuestro, y tenía esperanza de que el dicho ejército destruyese al que llamaban enemigo comun, pero desengañado con la victoria de Jena, se atrevió á decir que el objeto de su proclama era levantar en masa á la nacion española, y poder socorrer á Napoleon, caso de que éste necesitase auxilios. Semejante embuste era demasiado torpe para engañar á nadie, mas Napoleon se contentó con solo reirse, y dejó para otro tiempo el ventilar esta cuestion. Sin embargo, habia á lo largo de los Pirineos algunos miles de españoles que eran muy buenas tropas, y nada tenían que hacer allí, á no ser que estuviesen destinadas á obrar contra Francia: tambien habia algunos miles de soldados españoles en Liorna, para guardar aquella plaza del reino de Prusia, y que mas bien podian servir para entregarla á los ingleses que para defenderla, y tomando al parecer Napoleon por lo sério la esplicacion que dió el principe de la Paz acerca de su proclama, le dijo agradecia su celo, y le pidió que como una nueva prueba de ese mismo celo, le ayudaria con unos quince mil hombres, que eran enteramente inútiles, tanto en los Pirineos como en Liorna, aña-

diendo que se proponia entregarles el Hannover, que pertenecia á Inglaterra, en prenda de lo decidido que estaba á devolverles las colonias. No se necesitaba en verdad razones con tanta astucia combinadas, para un gobierno tan bajo como el que en aquella época regia los destinos de España, y así apenas llegaron á Madrid los pliegos de Napoleon, se espidió orden para que las tropas españolas se pusiesen en marcha. Consiguiente á esta medida debian pasar los Pirineos de nueve á diez mil hombres, y salir de Liorna de cuatro á cinco mil, viendo lo cual Napoleon, comunicó á todas partes las instrucciones necesarias para que fuesen recibidos, tanto en Francia como en los países que de ella dependian, del modo mas amistoso y hospitalario, y para que se les diese viveres, uniformes y aun dinero.

Iba, pues, á tener en el Elba sesenta mil hombres por lo menos, entre alemanes, italianos, españoles y holandeses en esta forma, los bávaros y wurtembergenses reunidos al nuevo contingente pedido á la confederacion del Rhin, podian formar unos treinta mil hombres; los holandeses, aumentados por algunas otras tropas quince mil; los españoles otros quince mil, y los italianos de siete á ocho mil. Para que estos auxiliares llegasen á ser tropas muy buenas, bastaba agregarlas cierto número de franceses, y Napoleon ideó un medio de proporcionarse cuarenta mil, y de los mejores por cierto, sacándolos tambien de Italia y Francia. Teniendo como habia tenido la precaucion de mandar con mucha antelacion poner en pie de guerra el ejército de Italia, habia en Frioul y Lombardia cinco divisiones de infanteria enteramente

organizadas, y Napoleon resolvió sacar de Brescia y Verona las dos divisiones de Molitor y Boudet, divisiones excelentes, dignas de los gefes á cuyas órdenes servian, y que despues probaron en Essling y Wagram cuanto era su valor. Por lo demas, su número ascendia á quince ó diez y seis mil hombres, casi todos ellos soldados veteranos de Italia, y entre los cuales habia algunos conscriptos de los últimos cupos: por supuesto que se les mandó pasasen los Alpes, y se trasladasen por Augsburgo, una á Magdeburgo y otra á Berlin, para lo cual se necesitaba mes y medio.

Con esto dejaba Napoleon sin fuerzas á Italia, pero en aquel momento estaba muy lejos aquella nacion de tener tanta importancia como Alemania; y como Napoleon estaba bien cubierto por la espalda mientras residiese en Polonia, y tenia seguridad de poder ir á parar por Silesia ó Sajonia, hácia Bohemia, á fin de aterrar á Austria con solo una cuchillada de revés, estaba siempre seguro de libertar á Italia de enemigos, aunque la invadiesen de paso. Calculaba, pues, con suma habilidad, prefiriendo fortalecerse en Alemania mas bien que en Italia; ademas que si sacaba fuerzas de aquel pais, tambien habia dispuesto se enviase á él veinte mil conscriptos sacados de los cupos de 1807 y 1808, mandando ademas que las compañías de preferencia de los batallones de depósito dejasen estos para ir á formar en Lombardia dos nuevas divisiones activas, lo cual era fácil, teniendo como tenia, gracias á su prevision, llenos siempre y bien ejercitados, así los depósitos de Italia como los de Francia. Debía, pues, tener bien pronto y lo mismo que antes, sesenta mil

hombres en el Adige, setenta y dos mil con el cuerpo de Marmont y noventa mil ocupados en volver á conducir un fuerte destacamento de Nápoles hácia Milan.

Empero no bastaban en el Elba quince mil franceses, para que pudieran servir de lazo y apoyo á los sesenta mil auxiliares que allí iba á reunir, por lo cual pensaba Napoleon en sacar todavía de Francia un recurso precioso. Habia formado en Boloña, Saint-Ló, Pontivy y Napoleonville, cuatro campamentos compuestos de cierto número de los regimientos mas antiguos, y de los que necesitaban descansar y ser licenciados, proveyéndolos abundantemente de cuanto podia hacerles falta tanto en hombres como en material. Dichos regimientos presentaban una fuerza de casi treinta y seis mil hombres, y ya hemos visto que debian ser secundados por algunos destacamentos de guardia nacional, esto es, seis mil hombres situados en Saint Omer, tres mil en Cherburgo y otros tres mil entre Oleron y Burdeos, por diez mil marinos de la escuadrilla de Boloña, por tres mil trabajadores regimentados en Amberes, ocho mil en Brest, tres mil en Lorient, y cuatro mil en Rochefort, por doce mil guarda-costas, y por tres mil gendarmes, que podian ser reunidos en un mismo punto, convocando esta milicia de veinte y cinco leguas á la redonda. Todo esto componia una fuerza de cerca de noventa mil hombres situados á lo largo de las costas, y que podian presentar veinte y cinco ó treinta mil en la parte del litoral que fuese atacada: pero á Napoleon se le ocurrió crear otras tropas para que reemplazasen á las regulares que habia en los campamentos de

Boloña, Saint-Lo, Pontivy y Napoleonville. Para ello mandó formar cinco legiones, compuestas con oficiales sacados del ejército, y conscriptos pertenecientes á las dos últimas conscripciones mandadas por cinco senadores, y que constasen de seis batallones y seis mil hombres cada una, ó lo que es lo mismo, treinta batallones y treinta mil hombres entre todos. En cuanto á su instrucción, debían aprender, permaneciendo estacionados en las costas del Océano, y como el estado de guerra permanente en que se hallaba Francia desde el año 92, había proporcionado tantos oficiales, nunca faltaban cuadros para los cuerpos de nueva creacion. Es verdad que los elementos de aquellas cinco legiones no podían reunirse hasta dentro de dos ó tres meses, es decir, hasta fines de mayo ó principios de junio; pero las tropas de los campamentos no iban á dejar aun el litoral, y si en mayo ó junio no se veía á los ingleses dirigirse hácia las costas de Francia, ó si al contrario, se les veía hacerse á la vela hácia las de Alemania, debían seguir el movimiento de las escuadras inglesas veinte y cinco mil soldados veteranos de los que había en dichos campamentos, y subir al mismo tiempo que ellos las orillas de la Mancha, el mar del Norte, y el Báltico, por Normandía, Picardía, Holanda, Hannover y Mecklenburgo yendo á incorporarse en Alemania con las divisiones de Boudet y Molitor. Por lo demas, tenían orden de ejecutar aquella marcha lo mas pronto posible, si así lo exigía la conducta de Austria, debiendo en todo caso dejar tras sí las cinco nuevas legiones, cuya presencia podía ser útil, aun antes de estar completamente organizadas.

Por medio de esta combinacion Napoleón iba á tener en el Elba con las divisiones de Boudet y Molitor, los veinte y cinco mil hombres sacados de Normandía y Bretaña, y los sesenta ó setenta mil auxiliares, entre alemanes, italianos, españoles y holandeses, otro ejército de mas de cien mil hombres, ademas de los dos cuerpos que mandaban los mariscales Mortier y Lannes, cuyo papel estaba reducido á ligar entre sí el ejército de reserva con el ejército grande y activo acampado á orillas del Vistula. Dotado como se hallaba de un talento admirable para mover las masas, con replegar la cola hácia la cabeza, ó la cabeza hácia la cola, la izquierda sobre la derecha, ó la derecha sobre la izquierda, podría dirigir el grueso de las fuerzas, ó hácia adelante sobre el Niemen, ó hácia atrás sobre el Elba ó á la derecha amenazando á Austria, ó á la izquierda amenazando la parte de la costa. Con toda la gente que acababa de llegar y la que debía reunirsele mas tarde, contaba en Alemania nada menos que con cuatrocientos cuarenta mil hombres, trescientos sesenta mil de los cuales eran franceses, y ochenta mil aliados. Nunca se habían reunido hasta entonces tantos medios con la fuerza de poder, el vigor y la prontitud que desplegó Napoleon en aquella ocasion.

De todos estos refuerzos únicamente habían llegado los nuevos regimientos sacados de Francia é Italia, los provisionales que cada dia iban á cubrir las bajas del ejército grande, los bávaros y wurtembergenses que obraban en Silesia, los holandeses que se hallaban en el Báltico, y las tropas de Mortier que andaban esparcidas delante de Stralsund, Colberga y Dantzig; pero se había

dado orden para que se pusiesen en marcha las divisiones de Boudet y Molitor, así como las demas tropas italianas, alemanas, españolas y francesas.

El mariscal Brune, que se hallaba en el campamento de Boloña como general en jefe que era de él, y que siempre estaba encargando nos acordásemos del Helder, fué llamado á Berlin, para que se pusiese á la cabeza del segundo ejército reunido en Alemania.

Durante este tiempo continuaban los sitios, pero antes de contar las vicisitudes del mas importante de todos ellos, esto es, del que dió lugar durante el invierno á hechos memorables, es preciso hacer mención de una desgracia que pudo comprometer seriamente la seguridad de nuestra retaguardia. El mariscal Mortier que mandaba el octavo cuerpo, y tenia á sus órdenes desde que se marchó el rey Luis, cuatro divisiones, una holandesa, otra italiana y dos franceses, colocó hácia las bocas del Elba la division holandesa, dejó delante de Stralsund la francesa mandada por Grandjean, apostó en Stettin la de Dupas, tambien francesa, y llevó la italiana hácia Colberga, para ver de contener los incómodos partidarios que la guarnicion de aquella plaza arrojaba entre el Vistula y el Oder. A esto hay que añadir que de seis regimientos de que se componian las dos divisiones francesas, se habian tomado cuatro, el 2.º de ligeros para dirigirlo hácia Dantzic, el 12 tambien de ligeros para enviarlo á Thorn, y el 22 y 65 de linea para reforzar el ejército situado en el Passarge, dando en cambio al mariscal Mortier el 58 que habia llegado de Paris, y destinándole ademas varios regimientos que iban á

llegar de Francia. De resultas de esto solo pudo dejar al general Grandjean dos regimientos franceses, esto es, el 4.º de ligeros y el 58 de linea, llevándose consigo el 72 á fin de apoyar á los italianos delante de Colberga.

Precisamente fué aquel el momento que escogieron para intentar una empresa á nuestra espalda, los suecos, quienes seguian ocupando á Stralsund, plaza marítima muy importante de Pomerania sueca, y que era el apadero por donde regularmente bajaban á Alemania. Seguramente hubiera valido la pena de poner sitio á aquella plaza, si Dantzic no hubiese merecido la preferencia sobre cualquier otra conquista por el mismo estilo. El rey de Suecia, cuya mal organizada cabeza debia costar á su familia el trono, y á su país la Pomerania y la Finlandia, se habia propuesto desembocar por Stralsund, con un ejército compuesto de suizos, ingleses y suecos, y convertirse en un nuevo Gustavo Adolfo, para intentar un golpe brillante en el continente de Alemania; pero como Napoleon era dueño absoluto de ese mismo continente, obligó á las tropas suecas á tener que encerrarse en Stralsund, donde se hallaban como bloqueadas en una cabeza de puente. El rey de Suecia, que con la misma viveza juzgaba de sus amigos que de sus enemigos, se manifestaba sumamente descontento con Rusia, pero sobre todo con Inglaterra, que no la enviaba un soldado, y que ademas le daba los subsidios con extraordinaria parsimonia. Así, pues, viendo que no podia viajar por el continente, se encerró en Stokolmo, donde vivia condenado á la tristeza y el aislamiento dejando en Stralsund al general Essen, con

un cuerpo de quince mil hombres de muy buenas tropas. Enterado el general Essen de lo que pasaba delante de él, no pudo resistir á la tentacion de forzar la linea del bloqueo, que los franceses defendian con muy pocas fuerzas, y á principios de abril desembocó á la cabeza de quince mil suecos, contra el general Grandjean que apenas tenia cinco ó seis mil hombres que oponerles, siendo franceses la mitad cuando mas. El general Grandjean se defendió valerosamente delante de la plaza, pero viendo que iban á cogerle la vuelta por las alas, tuvo que retirarse primero hácia Anckan, y despues hácia Unkermonde y Stettin. Hizo, pues, una retirada en buen orden, secundado por el valor de los franceses y holandeses, y perdió pocos soldados en el campo de batalla, pero uca cantidad de efectos militares, y algunos piquetes aislados que no pudo recoger, sobre todo en las islas de Usedom y Wollin, que cierran el Grosse-Haff.

Esta sorpresa causó cierta emocion á espaldas del ejército, y especialmente en Berlin, donde habia una poblacion enemiga, profundamente resentida, ávida de acontecimientos y que buscaba en cualquier circunstancia imprevista alimento para sus esperanzas. Empero la fortuna de Francia, que entonces brillaba en todo su esplendor, solo podía dejar á sus adversarios cortos momentos de júbilo: así, pues, en aquel mismo instante llegaban al Elba y el Oder algunos de los regimientos procedentes de Francia, entre otros el 43 de linea y varios de los provisionales en marcha; y el general Clarke, que gobernaba á Berlin, con tanta prudencia como energia, mandó que inmediatamen-

te saliese para Stettin el 43 de linea, á fin de que reforzase al general Grandjean, agregando ademas un regimiento provisional y varios escuadrones de caballería que habia disponibles en el gran depósito de Potsdam. El mariscal Mortier por su parte volvió atras á la cabeza del regimiento número 72, y de varios destacamentos italianos sacados de Colberga, y como aquellas tropas reunidas á la division de Grandjean, eran bastantes para castigar á los suecos por su tentativa, Mortier las distribuyó en dos divisiones, bajo el mando de los generales Grandjean y Dupas, colocó el 72, el 43 de linea y los holandeses en la primera, el 4.º de ligeros, el 38 de linea y algunos italianos en la segunda, dejó los regimientos provisionales para cubrir la izquierda y la retaguardia, y marchó contra el enemigo con la tranquila resolucion que le caracterizaba. De este modo fué arrojando á los suecos de posicion en posicion, los trajo hasta el rio Peene, pasó este rio á pesar de que quisieron impedirselo, y los rechazó hácia Stralsund, causándoles una pérdida de algunos centenares de muertos y dos mil prisioneros. La correria de los suecos empezó á principios de abril, se acabó el día 18 del mismo mes, y temiendo el general Essen, no le arrebatásemos toda la Pomerania, quiso salvarla por medio de una tregua. En consecuencia envió al mariscal Mortier un parlamentario proponiéndole se mantendria neutral aquella provincia, con tal que se suspendiese toda clase de hostilidades, y como no podiamos sitiar á Stralsund, lo que mas nos convenia era cerrar un portillo por donde podrian penetrar los ingleses en Alemania, y hacer al mismo tiempo que quedasen disponibles

para el sitio de Dantzig, las tropas que de otro modo hubiera sido preciso dejar en la Pomerania sueca. Conociendo el mariscal Mortier los designios que acerca de esto abrigaba Napoleon, consintió, pues, en una tregua en virtud de la cual se comprometieron los suecos á observar una neutralidad absoluta, á no abrir la Pomerania á ningun enemigo de Francia, y á no proporcionar socorro alguno, ni á Colberga ni á Dantzig. Por lo demas, para volver á dar principio á las hostilidades debia anunciarse con diez dias de antelacion, como así se estipuló en la tregua, la cual fué enviada á Napoleon á fin de que la aprobase si lo tenia á bien.

Napoleon no podia pensar de otro modo que su lugarteniente, pues el motivo que le indujo á reducir al menor número posible las tropas situadas delante de Stralsund, debia hacer que aceptase una tregua que anulaba al mismo Stralsund, sin distraer ninguna parte de nuestras fuerzas para bloquearlo. Aceptó, pues, la tregua que le proponia, con la condicion de que el plazo para anunciar la continuacion de las hostilidades se estendiese de diez dias á un mes.

El general Essen admitió la tregua con esta modificacion, y la envió á Stockolmo, para que la ratificase el rey, debiendo permanecer entretanto el mariscal Mortier con sus fuerzas sobre el rio Peene, y trasladarlas en seguida hácia Stettin, Colberga y Dantzig, aunque dejando con todo á los holandeses, para que vigilaran la provincia neutralizada.

Por lo demás, si los suecos nos prestaron un servicio con adoptar aquella tregua, tambien se lo prestaron á sí mismos, pues en Berlin se reunian

á cada momento mas tropas francesas, y el 3.º de línea, sacado de Braunau y compuesto de tres mil cuatrocientos hombres, cuatro ó cinco regimientos provisionales que marchaban del Rhin al Elba, el 13 de cazadores que estaba remontándose en Hannover, y en fin el 19 de línea que habia salido del campamento de Bolonia, acababan de ser encaminados hácia Pomerania, debiendo pagar los suecos con su destruccion total el tiempo que hubiesen hecho perder á nuestros soldados.

A todo esto acababa de ser circunvalada la plaza de Dantzig, habiéndose dado principio á los trabajos del sitio: pues aunque Napoleon solo queria bloquearla, como la guerra se prolongaba, resolvió emplear el invierno en tomarla. Y por cierto que valia muy bien la pena de intentarlo, por que Dantzig tiene mando sobre la parte baja del Vistula, domina las fértiles llanuras que este rio recorre hácia su embocadura, contiene un ancho puerto, y en él se hallan encerradas las riquezas del comercio del Norte. Si Napoleon se apoderaba de Dantzig, nadie podia molestarle en la posicion que ocupaba en la parte baja del Vistula, quitaba á los coligados el medio de que pudieran egerle la vuelta por la izquierda, y entraba á poseer un depósito inmenso de granos y vinos, suficiente para mantener al ejército por espacio de mas de un año. Era, pues, imposible utilizar el invierno de un modo mejor que en hacer semejante conquista: pero exigia un sitio muy largo, tanto á causa de las obras de la plaza, como de la fuerte guarnicion encargada en defenderla. Si al principio de la campaña hubiera podido Napoleon ponerle sitio de pronto, es de presumir que como

las obras de defensa de Dantzic eran de tierra y ademas estaban muy descuidadas, hubieran cedido á un ataque imprevisto: pero entonces no tenia ni tropas disponibles, ni artilleria gruesa, y tuvo que reducirse á bloquear á Dantzic con algunos alemanes y polacos auxiliares, sostenidos por solo un regimiento francés, esto es el 2.º de ligeros. Advertido el rey de Prusia, tuvo, pues, tiempo para poner en estado de defensa una plaza, que era el último baluarte de su reino, el depósito mas vasto de sus riquezas, y mientras estuviese en sus manos un peligro muy sério para Napoleon. Además de esto, envió allí de guarnicion diez y ocho mil hombres, catorce mil de los cuales eran prusianos, y cuatro mil rusos, nombrando gobernador al célebre mariscal Kalkreuth, que en aquel momento permanecía ocioso y murmurando en Königsberg, y era muy á propósito para semejante mando. No era de temer que aquel guerrero curtido en los combates, que acababa de condenar á muerte al comandante de Stettin, por haber entregado el puesto confiado á su custodia, opusiera á los franceses una resistencia mediana. Y efectivamente, apenas llegó el mariscal Kalkreuth acabó de prender fuego á los ricos arrabales de Dantzic que su antecesor habia empezado á incendiar, y se dedicó á reparar las obras, mejorar el espíritu de la guarnicion, é intimidar á cuantos tuvieran intencion de rendirse.

Dantzic no era, pues, en marzo de 1807 una plaza arruinada ó descuidada, que podia ser tomada por sorpresa, pues ademas de tener un gobernador excelente, una poderosa guarnicion y obras tan vastas como sólidas, presentaba un sitio

á que era difícil en extremo poder llegar. El Vistula tiene su delta como todos los grandes rios, y un poco mas abajo de Mewe, á unas quince leguas del Báltico, se divide en dos brazos, que encierra un pais rico y fértil, llamado la isla de Nogath. Uno de dichos brazos, esto es el de la derecha, toma el nombre de Nogath, y vá á desaguar en el golfo denominado Frische-Haff, al paso que el otro, es decir, el de la izquierda, conserva el nombre de Vistula, corre directamente hácia el Norte hasta llegar á una legua del mar, encuentra allí de pronto un banco de arena, se desvia hácia el Oeste y despues de costear dicho banco por espacio de siete ú ocho leguas, endereza su rumbo otra vez hácia el Norte, hasta que al fin desagua en el Báltico. En la embocadura de este último brazo del Vistula, en medio de un pais llano, en extremo fértil, inundado con frecuencia, y al pie de algunas alturas arenosas, está situada la ciudad de Dantzic, á unos cuantos miles de pasos del mar.

El gran banco de arena que obliga al Vistula á tener que desviar su curso, para correr hácia el Oeste, se llama de Nehrung, y por un lado acaba delante de Dantzic, mientras que prolongándose por el otro durante unas veinte leguas, vá á formar una de las orillas del Frische-Haff, y á unirse con Königsberg, á escepcion de una cortadura que hay en Pillau, cortadura natural que han hecho las aguas del Nogath, el Passarge y el Pregel, para desaguar por el Frische-Haff en el Báltico. Efectivamente, Pillau es el punto por donde se penetra del Frische-Haff al Báltico, y por donde pasa la navegacion de la importante ciudad de Königsberg.

Se puede de consiguiente, si se atraviesa el estrecho paso de Pillau, ir de Königsberg á Dantzic por tierra, siguiendo el banco de arena de Nehrung, que tiene á lo mas una legua de ancho, y por lo regular mucho menos, y veinte y cinco de largo, en que no hay un árbol, no á ser cerca de Dantzic, y que apenas está cubierto por algunas chozas de pescadores.

Situada Dantzic en el brazo izquierdo del Vistula, esto es, en el que ha conservado tal nombre, dista del mar dos mil trescientas toesas; ó sea cerca de una legua, cerrando la embocadura del Vistula el fuerte de Weichselmünde, regularmente construido. Para abreviar el tránsito de la plaza al mar, se ha abierto un canal llamado de Laake, presentando el terreno comprendido entre el río y el canal una isla que se llama *Holm*, y en donde se ha establecido una porción de reductos que dominan no solo el río sino el canal, y que forman dos salidas hácia el mar. Por último, situada la plaza en las orillas del Vistula, atravesada por un riachuelo llamado el Motlau, envuelta por sus aguas reunidas, y encerradas en un recinto cercado de baluartes con veinte frentes, es sumamente difícil acercarse á ella, porque está inundada por todas partes, no artificial sino naturalmente, y el sitiador no puede hacer que cese á su antojo esa inundacion por medio de aberturas, costando sumo trabajo á sus mismos habitantes defenderse de ella, en ciertos momentos del día y el año. De consiguiente, rodeada Dantzic de terrenos inundados por el Norte, el Este y el Sudeste seria inespugnable, á no ser por las alturas arenosas que la dominan, y que van á parar en unas

pendientes muy rápidas al pie de sus muros, frente al Oeste. Asi, pues, no han dejado de apoderarse de las mencionadas alturas en provecho de la defensa, y las han coronado de una serie de obras que presentan un segundo recinto; pero generalmente siempre ha sido atacada Dantzic por esas alturas. Efectivamente, una vez tomado el doble recinto que ocupa la cumbre, se puede asestar contra la ciudad mortíferas baterías, no siendo posible en tal caso que resista; pero con todo, aquel doble recinto no deja de ser difficilísimo de ser atacado. Las obras de Dantzic son de tierra, y en vez de escarpas de mampostería, presentan declives hechos con céspedes; pero al pie de esos declives habia entonces una fila de fuertes empalizadas de enorme dimension (tenian quince pulgadas de diámetro), muy inmediatas unas á otras, y profundamente clavadas en tierra. Las bombas podian romperlas, destrozár algunas veces la cabeza, pero no arrancarlas, y en los declives de detras, habia enormes vigas, suspendidas con cuerdas, que en el momento del asalto debian rodar de arriba abajo, sobre los sitiadores. Además, en todos los ángulos entrantes del recinto (*plazas de armas entrantes*), habian construido los sitiados mampuestos de madera gruesa, cubriéndolos con tierra, de modo que no podian penetrarlos las balas ni las bombas. La madera que hay en las llanuras del Norte, y cuyo depósito está en Dantzic, se habia prodigado bajo todas las formas, y pronto se conoció las propiedades defensivas que en si tienen, no solo durante aquel sitio memorable, sino después. Por último, una cantidad inmensa de municiones, viveres que bastaban para que la poblacion

y las tropas se mantuviesen durante un mes, y el estar en continua comunicacion con la ciudad de Königsberg, ya por mar, ya por el Nehrung, lo cual inspiraba á la guarnicion esperanza de poder ser socorrida, ó retirarse cuando lo tuviese á bien; todo esto, decimos, aumentaba las probabilidades de la defensa, y las dificultades del ataque.

El mariscal Lefebvre, que mandaba las tropas del sitio, no poseía ninguno de los conocimientos que reclamaba semejante operacion, no habiendo en el ejército un soldado ni mas valiente ni mas ignorante: así es que todas las cuestiones de arte que se suscitaban entre los ingenieros, queria resolverlas de un mismo modo, á saber, dando el asalto á la cabeza de sus granaderos. Si, no obstante su poca capacidad, le escogió Napoleon para aquel mando, es porque, como ya hemos dicho en otra parte, deseaba proporcionar empleo á los senadores, porque no queria permaneciese en París un militar veterano tan sumiso como adicto, pero que algunas veces soltaba la lengua si no se le contenia, y en fin, porque, sin confiarle el mando de un cuerpo de ejército, se proponia proporcionarle la ocasion de que se hiciese acreedor á un gran premio. El valiente Lefebvre, que hacia olvidar su ignorancia por cierto espíritu natural, sabia hacerse justicia á si mismo, y así se asustó verdaderamente al saber la tarea que Napoleon acababa de imponerle; pero éste le tranquilizó, prometiendo enviarle los recursos que necesitase, y aun que le guiaria desde su campamento de Finckenstein, diciéndole:—Valor, pues, porque es preciso que cuando volvamos á encontrarnos en Francia, tambien vos tengais que contar en la sala del Senado.—

Desarmado por estas amabilisimas palabras, el mariscal se apresuró á obedecer, y Napoleon le envió para que le dirigiesen dos oficiales de relevante mérito; á saber, el ingeniero Chasseloup y el general Lariboissiere, porque sabia que las murallas de las plazas fuertes se derriban con el arma de ingenieros y la de artillería. Es verdad que suelen disentir en el modo de pensar, porque el primero de esos dos cuerpos determina los ataques, y el otro se encarga de ejecutarlos á cañonazos; pero Napoleon distaba de Dantzic treinta ó cuarenta leguas, y podia resolver cualquiera dificultad por medio de su correspondencia diaria, y enviar á uno de sus dos ayudantes de campo el general Savary ó Bertrand, general tambien, para que cortasen en su nombre diferencias que el mariscal Lefebvre no podia comprender ni juzgar; como así lo hizo mas de una vez mientras duró el sitio.

Napoleon resolvió dar principio á los primeros trabajos con los auxiliares, y uno ó dos regimientos franceses tomados del cuerpo del mariscal Mortier, y despues cuando los regimientos que iban llegando de Francia pasasen cerca del Vistula, retenerlos momentáneamente al pie de las murallas de Dantzic, para reforzar las tropas sitiadoras. El mariscal Lefebvre tuvo, pues, á sus órdenes desde el principio cinco ó seis mil polacos recién armados y apenas instruidos; dos mil quinientos hombres de la legion del Norte, compuesta de polacos y de desertores alemanes y rusos, que aunque tenían entusiasmo, no así solidez, por no haber sido bastante bien organizados; dos mil doscientos badenses, poco acostumbrados al fuego

y á las fatigas de trinchera; cinco mil sajones, que eran buenos soldados, pero que como pelearon en Jena al lado de los prusianos, todavía no habian podido tomarnos cariño; y por último tres mil franceses, á saber: el 2.º de ligeros, los regimientos número 23 y 19 de cazadores á caballo, y seiscientos soldados de ingenieros, tropa incomparable, que supliendo cuanto faltaba en aquel famoso sitio, se cubrió en él de gloria. Véase, pues, como iba á emprenderse el ataque regular de una plaza guarnecida por diez y ocho mil hombres, con otros tantos á lo mas, de los cuales solo tres mil eran franceses.

La artillería gruesa, de que se necesitaba cuando menos cien piezas, con una provision inmensa de pólvora y proyectiles, solo podia sacarse de los arsenales de Silesia; pero estando cortada la conduccion por agua, era preciso tirar de ella con el mayor esfuerzo, y por caminos malísimos, desde el Oder al Vistula. Así es que aun la esperaban en marzo; pero antes de pensar en batir la plaza, lo primero que habia que hacer era estrechar el sitio, á fin de privar á la guarnicion de los refuerzos y animacion que recibia de Königsberg, siendo preciso para conseguirlo, separarla por una parte del fuerte de Weichselmünde, é interceptar por la otra el Nehrung, esto es el banco de arena que se estiende, como ya hemos dicho, de Königsberg á Dantzic, no teniendo mas que una cortadura en Pillau.

Nuestras tropas llegaron á las alturas arenosas que dominan á Dantzic por la parte de Poniente, y desde allí veian delante de sí el recinto exterior construido en dichas alturas, á sus pies la ciudad,

á la izquierda el Vistula, que desaguaba en el Báltico por en medio de las ondas del fuerte Weichselmünde, á la derecha la vasta estension de terrenos que inundaba el Montlau, y al frente hasta perderse de vista, el Nehrung, bañado por una parte por el mar y por otra por el Vistula, y hundiéndose en el horizonte hácia Frische-Haff. Todo aquello era un circuito de siete ú ocho leguas, imposible de abarcar con diez y ocho mil hombres, aun que tambien es cierto que ocupándose estos puntos podia bastar con circunvalarlo. Así, pues, situándose en el Vistula, entre el fuerte de Weichselmünde y Dantzic, se interceptaban las comunicaciones por mar, y yendo á establecerse en el Nehrung, se interceptaban por tierra; pero para apoderarse de un punto principal solamente, era preciso coronar desde luego las alturas, y despues bajar á la izquierda, tomar las obras del fuerte de Weichselmünde en las orillas del Vistula, y á falta de esta operacion impedir á lo menos el paso del rio, atravesar á la isla del Holm, y apoderarse del canal de Laake. En seguida era preciso despues de bajar por la izquierda, bajar tambien por la derecha á la llanura inundada, atravesarla por los diques, pasar el Vistula mas arriba de Dantzic como ya se habia pasado mas abajo, entrar en el Nehrung, atrincherarse en él, y cortar el camino de tierra, así como el de mar. Vencidas estas primeras dificultades, podia abrirse la trinchera por delante del recinto; pero para ello se necesitaban ocho ó diez mil hombres mas, de buenas tropas, y no los habia. Se pensó, pues, por consejo de Chasseloup, comandante de los ingenieros, en escoger entre las varias operaciones preliminares, la que

pareciese mas urgente y menos difícil, conviniendo todos en que era demasiado peligroso pasar el Vistula por debajo de Dantzic, entre el fuerte de Weichselmünde y la plaza, y penetrar en la isla de Holm, bajo el fuego de reductos bien armados, y á pesar de las salidas que el enemigo podia hacer, ora de Weichselmünde, ora de Dantzic. En consecuencia, se resolvió pasarmas arriba de Dantzic, esto es á una ó dos leguas, por un sitio que se llama Neufahr, establecer allí un corto campamento, con lo cual se interceptaba el Nehrung y luego á medida que hubiese medios de reforzar aquel campamento, aproximarle á Dantzic para que llegase á darse la mano con las tropas que mas tarde irian á pasar el Vistula, entre la plaza y Weichselmünde.

Esta operacion se confió al general Schramm, con un cuerpo de cerca de tres mil hombres, compuesto de un batallon del regimiento número 2 de ligeros, algunos centenares de granaderos sajones, un destacamento polaco, infanteria y caballeria, y un escuadron del regimiento número 49 de cazadores. El 19 de marzo por la mañana, embarcáronse las tropas hácia Neufahr, esto es dos leguas mas arriba de Dantzic, en barcas que hubieron de proporcionarse, atravesaron el Vistula no tan ancho desde que se divide en varios brazos y se valieron para realizar aquella operacion de una isla situada cerca de la orilla opuesta. Así que el general Schramm se vió en Nehrung, dividió su escaso cuerpo en tres columnas, una á la izquierda para que cayese sobre las tropas enemigas que defendian la posicion por la parte de Dantzic, otra á la derecha para que rechazase las que

se presentaran por la parte de Königsberg, y por último, otra para que hiciera veces de reserva, poniendo á la cabeza de dichas divisiones un destacamento de franceses, para que dieran el ejemplo.

Apenas desembarcaron las tropas del general Schramm, cuando impulsados por el batallon del 2.º de ligeros, dieron la vuelta hácia la izquierda, se dirigieron al encuentro de los prusianos y los arrollaron á pesar de un fuego vivísimo. Mientras que tomando la izquierda, los empujaba la columna principal hácia Dantzic la segunda quedó de observacion en el camino de Königsberg, y la tercera que hacia de reserva, sirvió para reforzar la primera. El enemigo quiso aprovecharse de los obstáculos del terreno para renovar su resistencia, porque al aproximarse el Nehrung á Dantzic presenta varias dunas y unos bosques; pero ayudada la primera columna por la tercera, volvió á rechazarle, matándole ó cogiéndole algunos hombres. Los sajones rivalizaron en aquella ocasion con los franceses, llevando unos y otros al enemigo hasta el glasis del fuerte de Weichselmünde; que era de donde habian salido las tropas que defendian el Nehrung.

La accion habia concluido al parecer, cuando á eso de las 7 de la noche, vimos desembarcar por Dantzic una columna de tres á cuatro mil prusianos, y volver á subir el Vistula, tambor batiente y á banderas desplegadas. El 2.º de ligeros contuvo aquella columna con un fuego certero y bien nutrido, despues la cargó á la bayoneta, y la rechazó hácia Dantzic, donde corrió á encerrarse. Aquella jornada, que nos puso en posesion de un punto por don-

de podía pasarse el Vistula mas arriba de Dantzic, y una posicion que interceptaba el Nehrung, costó al enemigo doscientos ó trescientos hombres fuera de combate, y de quinientos á seiscientos prisioneros, distinguiéndose en ella por su inteligencia y sangre fria el capitan de ingenieros Girod, encargado en dirigir la expedicion. Terminada la operacion, mandó derribar unos árboles, levantar parapetos y establecer un puente de barcas en el Vistula, con una fuerte cabeza de puente, detras de cuyo abrigo se situaron las tropas, resguardándose por medio de puestos avanzados de caballeria, que por una parte llegaban hasta los glasis del fuerte de Weichselmünde, y por la otra corrían hácia el Nehrung, con direccion á Königsberg.

En los dias siguientes, procuró el general Schramm que mandaba aquel destacamento, bajar hasta Heubude para estrechar la plaza desde mas cerca, y apoderarse tambien de una esclusa que influia mucho en la inundacion, pero estando rodeada de aguas no podía llegarse á ella por ningun lado, siendo preciso renunciar á tomarla, y limitarse á acercar el puente de barcas hasta Heubude. Sin embargo, aquel puesto avanzado situado en la parte alta del Vistula, aun despues de haber sido trasladado á Heubude, tenia que andar seis leguas para comunicarse con el cuartel general, por medio de los terrenos inundados y á lo largo de los diques, de suerte que con querer cortar las comunicaciones de los sitiados se espuso él á perder las suyas propias.

El 26 de marzo intentó el enemigo dos salidas, una de la plaza dirigida por las puertas de Schilditz y Oliva sobre nuestros puestos avanzados, con

la intencion de acabar de prender fuego á los arrabales, y la otra de las obras exteriores del fuerte de Weichselmünde, y dirigida por Langenfurth sobre la izquierda del cuartel general; pero una y otra fueron rechazadas vivamente distinguiéndose en aquel hecho de armas por su valor y habilidad, Sokolniki, capitan polaco de caballeria, y quedando prisionero el baron de Kakow, célebre partidario prusiano.

Como nuestras tropas fueron siguiendo al enemigo hasta el pié de las obras, se acercaron á la plaza mas que hasta entonces, gracias á lo cual se pudo estudiar su configuracion, y el general Chasseloup, formó el plan de ataque con la inteligencia propia de un ingeniero tan instruido como egercitado.

El recinto exterior, construido en el borde de las alturas, presentaba dos obras ligadas entre si, pero distintas y separadas por medio de un vallecillo, en cuyo fondo se halla el arrabal de Schilditz. La primera de dichas obras, esto es, la de la derecha (derecha para el ejército sitiador); se llama Bischoffsberga, y la segunda esto es la de la izquierda Hagelsberga, siendo esta última la que escogió el general Chasseloup como punto principal de ataque, sin perjuicio de dirigir otro falso contra Bischoffsberga. Hé aquí los motivos que tuvo para ello (1).

(1) Hemos creído que debíamos contar con algunos por menores el sitio de Dantzic, porque es un buen modelo de sitio regular y tal vez el mas notable de nuestro siglo, porque los sitios regulares, que tan frecuentes y perfectos fueron en tiempo de Luis XIV, son muy escasos en nuestros dias, porque el de Dantzic tuvo el insigne honor de ser protegido por Napoleon á la

Las obras de Hagelsberga no estaban al parecer tan bien cuidadas como las de Bischoffsberga, siendo el primero estrecho, y poco cómodo para poder desplegar tropas, ora tuviesen los sitiados que hacer salidas, ora se vieran obligados á rechazar un asalto, mientras que el segundo ancho y bien distribuido, permitia poder formar en batalla tres ó cuatro mil hombres, y arrojarlos en masa sobre los sitiadores. El Hagelsberga, podía ser batido por el otro lado desde Stolzemberga que era una de las posiciones exteriores, y el Bischoffsberga no podia serlo por ninguna parte, llegándose á aquel por un terreno que formaba ondulaciones pero continuo, y encontrándose para acercarse á éste un barranco profundo, en que no era fácil abrir caminos, y en que tambien se corria el riesgo de ser precipitados, cuando se quisiese pasarlo para dar el asalto. Ademas de que era mas fácil tomar á Hagelsberga que á Bischoffsberga, una vez tomada aquella posicion, era mejor que la otra, pues aunque desde los Jos se dominaba la plaza, y podiamos destruirla con nuestros disparos, si estos disparos no bastaban para hacer que se entregasen, y era preciso bajar de las alturas para forzar el segundo recinto, se encontraba bajando á Hagelsberga, desde el baluarte de Heilige-Leichnams hasta el de Santa Isabel, un frente saliente, que por no estar flanqueado por ninguna parte debia ofrecer pocas dificultades para los sitiadores. Al contrario, bajando de Bischoffsber-

debe de doscientos mil hombres, y por último, porque es un episodio indispensable, que liga la campaña del invierno con la del verano, en la guerra inmortal de Polonia.

ga, se encontraban desde el baluarte de Santa Isabel hasta el de Santa Gertrudis, un ángulo entrante flanqueado por todas partes, y espuesto ademas al fuego de varios *caballeros* sumamente elevados. Por último, habia una razon que se desprendia de la situacion general de las cosas, para que nos decidiésemos á dar el ataque contra Hagelsberga: esta razon era que atacando este último punto acercábamos nuestras principales fuerzas á la parte baja del Vistula, que era por donde debia circunvalarse la plaza, atrayendo allí el cuerpo separado del general Schramm, y dándole la mano para que pasase á la isla de Holm, con lo cual aislábamos á Dantzig del fuerte de Weichselmünde. Estas razones eran convincentes; y lo eran tanto que el mismo Napoleon se convenció: por lo demas el general Kirgener, que estaba subordinado al general Chasseloup, concibió la idea de fijar el punto de ataque mas á la izquierda todavía, esto es hácia la puerta de Oliva, en el terreno bajo comprendido entre Hagelsberga y el Vistula, contra la isla de Holm; pero no se adoptó esta idea, porque hubiera sido preciso tomar primero el recinto exterior, sufriendo por la izquierda los disparos de la isla de Holm, y atacar despues el segundo recinto, arrostrando por la derecha los fuegos de Hagelsberga; de suerte que no era admisible semejante modo de operar.

El general Chasseloup fué llamado á Thorn por unos dias, para que trazase el proyecto de algunas obras defensivas; pero antes de marchar dejó formado el plan de ataque y mandó se diese principio á los trabajos.

Ya no habia razon alguna para retardarlos,

pues el mariscal Lefebvre acababa de recibir parte de los refuerzos que se le habian prometido. Efectivamente, el regimiento número 44 de línea, tomado del cuerpo de Augereau, llegaba en aquel momento de las orillas del Vístula, y aunque solo se componia de unos mil hombres, estos eran de los mejores; y el 19, que hacia dos meses que habia salido de Francia llegaba tambien de Stettin escoltando un convoy de artillería, siendo estas tropas bastantes, mientras no llegasen los demas regimientos cuya venida se anunciaba, para empezar los trabajos, y dar el egemplo á las tropas auxiliares.

Sin estar versados en la bella ciencia que ha inmortalizado á Vauban, todos saben las precauciones que se necesitan para presentarse delante de una plaza de guerra. Metiéndose debajo de tierra, abriendo trincheras, y arrojando hácia la parte del enemigo los escombros, avanzan las tropas sitiadoras bajo el fuego de la artillería gruesa, hasta formar líneas que se llaman *paralelas*, porque efectivamente lo están al frente que se ataca. En seguida se las arma con baterías, para contestar al fuego de los sitiados, y despues de trazar la primera paralela, se acerca el sitiador, caminando por debajo de tierra con el auxilio de unas máquinas llamadas *zetas* hasta la distancia en que se quiere trazar otra paralela, la cual se arma tambien con baterías. Así se llega hasta la tercera, desde donde se avalanza al borde del foso, lo cual se llama *camino cubierto*, y despues se baja al foso con nuevas precauciones, se derriba con baterías de brecha las murallas llamadas *escarpadas*, se llena el foso con los escombros, y se dá al

fin el asalto sobre estos mismos escombros. Salidas del enemigo para turbar á los sitiadores en los dificultosos trabajos, combates de artillería gruesa, minas que hacen volar por el aire á sitiadores y sitiados, todo esto y mucho mas se vé en aquellas escenas animadas y muchas veces terribles, en esa espantosa lucha subterránea, en que la ciencia disputa su poder al heroismo, para atacar ó defender las grandes ciudades, que son dignas de semejantes esfuerzos, por sus riquezas, su situacion geográfica ó su fuerza militar.

Por supuesto que hay que recurrir á estos medios complicados, cuando no puede tomarse de pronto una plaza; y este era precisamente el caso en que nos hallabamos, por los motivos que hemos espuesto mas arriba: así es que el día 1.º de abril por la noche se abrió la trinchera frente á Hagelsherga, que era el punto designado para dar el ataque, y se tomó posicion en la ladera llamada Zigankenberga. Segun uso y costumbre, se procuró ocultar aquella primera operacion á los ojos del enemigo, y al amanecer estaban cubiertos nuestros soldados con un parapeto de tierra que tenia doscientas toesas de largo. Los sitiados dirigieron sobre ellos un fuego vivísimo, pero no pudieron impedir se perfeccionara la obra durante todo aquel día; por manera que en la noche del 2 de abril salieron los nuestros de la primera paralela, por medio de las trincheras trasversales llamadas *zetas* como las máquinas, y de este modo ganaron terreno, pues mientras que parte de nuestros soldados trabajaba en las obras, otra procuraba apoderarse de una que no debia tardar en molestarnos.

La obra á que aludimos era un reducto conocido con el nombre de Kalke-Schanze, situado á nuestra izquierda en la orilla del Vistula, y de consiguiente en el terreno bajo por donde atraviesa dicho río. Aunque estaba colocado mas abajo del punto que nosotros coronábamos con nuestras obras, enfilaba nuestras trincheras, siendo esto un motivo suficiente para que procurásemos libertarnos de él. Y efectivamente, unos soldados de la legion del Norte, tropa bastante atrevida, segun ya hemos dicho, aunque poco sólida, se arrojaron osadamente sobre el reducto, apoderándose de él; pero durante aquella misma noche, hizo el enemigo una salida contra nuestras primeras trincheras y el reducto que acabábamos de quitarle. Al principio fué rechazado, mas recobró el reducto de Kalke-Schanze, del cual espulsó á los soldados de la legion del Norte, asi como á los badenses. Apenas se vió en él, inundó los fosos con las aguas del Vistula, cercó las escarpas de tierra con fuertes empalizadas, y se hizo allí casi inespugnable.

Nos vimos, pues, obligados á continuar nuestro camino subterráneo, á pesar de aquel vecino incómodo, de que era preciso librarse con el auxilio de travesías, que son una especie de parapetos de tierra, opuestos á los fuegos que salian del flanco, y que como nos imponian un aumento de trabajo, debian prolongar las operaciones del sitio.

Durante las noches y los dias subsiguientes desde el 4 de abril hasta el 7, prosiguiéronse los trabajos atrincherados bajo el fuego de la plaza, al cual no podiamos contestar, porque aun no habia llegado la artilleria gruesa, teniendo únicamente artilleria de campaña, que colocamos en algunos

reductos, para disparar metrallazos en contra del enemigo, cuando hiciese una salida. El trabajo ofrecia mas dificultades que en la mayor parte de sitios regulares, pues el suelo en que se trabajaba, se componia de una arena fina, move-diza y poco consistente que se desmoronaba con el choque de las balas de cañon, y que el fuerte viento, que siempre sopla al acercarse el equinoccio, arrojaba á los ojos de nuestros soldados. Además el tiempo era bien malo, nevando unas veces y lloviendo otras, á lo cual hay que agregar que los únicos buenos trabajadores que teniamos eran los franceses, pocos en número y agobiados de cansancio.

En la noche del 7 se abrió una paralela contra Bischoffsberga, con dos intenciones; una distraer al enemigo por medio de un ataque falso, y otra establecer baterias que cogiesen á Hagelsberga por la parte opuesta, y pudieran tambien arrojar sus disparos contra la ciudad. En los dias siguientes continuáronse los caminos subterráneos, no solo simulando ataques sino dándolos efectivamente, mientras que por su parte los sitiados emprendian obras dirigidas á destruir las nuestras, y destinadas á apoderarse de un repecho, desde donde podian dominar nuestras trincheras. En la noche del 10, el general Chasseloup, que habia vuelto á nuestro campo, tomó las disposiciones necesarias para destruir los trabajos dirigidos contra los nuestros, y á eso de las diez de la misma noche, cuatro compañías del regimiento número 44 de linea con ciento veinte soldados de la legion del Norte, mandados por el gefe de batallon Rogniat, pasaron una especie de barranco, que separaba la izquier-

da de nuestra primera paralela de la posicion que ocupaban los prusianos, arrojáronse sobre ellos, los arrollaron, cogieron trece y obligaron á los demas á ponerse en fuga tirando los fusiles. Sin demora ocupáronse los soldados en cegar con palas las trincheras que los enemigos habian empezado á levantar; pero como esto se hacia á cuarenta toesas de la plaza, y bajo un fuego de metralla y obus muy mortifero, despues de resistir cierto tiempo nuestros trabajadores de la legion del Norte, acabaron por huir unos tras otros, y los prusianos pudieron volver á la obra que habian abandonado, antes que hubiese sido completamente destruida. A la una de la madrugada, enterados el general Chasseloupy el mariscal Lefebvre de la vuelta del enemigo, resolvieron volver á arrojarle de allí; y efectivamente lanzaron hácia la obra cuatrocientos hombres del regimiento número 44, los cuales encontraron en ella un fuerte destacamento de granaderos prusianos, los atacaron á la bayoneta, mataron ó hirieron á unos cincuenta, y cogieron otros tantos poco mas ó menos, con muchos fusiles y herramientas. En seguida, permaneció allí hasta el amanecer, cegando con palas las trincheras de los sitiados, una compañía de sajones, pero al rayar el dia, aunque secundados por nuestros tiradores, no pudieron mantenerse firmes bajo los fuegos de la plaza, y tuvieron que retirarse.

Los prusianos volvieron á recuperar la obra en todo el dia 12, y levantaron de prisa y corriendo una especie de reducto empalizado en el repecho, á cuya posesion daban tanta importancia; pero como no era posible dejarlos tranquilos sobre la iz-

quierda de nuestras trincheras, se decidió quitarles á la noche siguiente aquella posicion por tercera vez, y ligarla al momento con la segunda paralela, abierta aquel dia. El 12 á las nueve de la noche, pusieron el gefe del batallon Rogniat y el general Puthod, á la cabeza de trescientos granaderos sajones de Bevilacqua, una compañía de carabineros de la legion del Norte, y otra de granaderos del regimiento número 44, mandados por el gefe de batallon Jacquemard, y embistieron con decision contra la obra tan disputada. La resistencia que hizo el enemigo fué muy viva, y como estaba resguardado por unas empalizadas, rompió contra nuestras tropas tal fuego de fusilería, que por un momento vacilaron estas: pero los granaderos del 44 marcharon en derechura hácia las empalizadas, mientras que los granaderos sajones de Bevilacqua, guiados por un tambor valiente, hallaron un camino que daba vuelta á la obra por la izquierda, y se introdujeron en ella, decidiendo el éxito de la lucha. Desde entonces quedamos por dueños del reducto, que los nuestros se apresuraron á enlazar con la segunda paralela.

Sin embargo, así que amaneció, resuelto el enemigo á disputarnos hasta el fin la posesion de un punto que debia paralizar nuestras obras subterráneas, si lograba conservarlo, intentó una gran salida, dirigiendo una fuerte columna sobre el reducto tan encarnizadamente disputado. Todos los fuegos de la plaza apoyaron sus esfuerzos, y gracias á esto se arrojó sobre el reducto en que habian quedado los sajones, los venció por el número, á pesar de que hicieron una vigorosa resistencia, y despues de conquistar la obra, marchó con

decision hacia nuestras trincheras, para invadirlas y derribarlas. Ya habia entrado en ellas, cuando el mariscal Lefebvre, que así que se enteró de aquella salida, reunió en un instante un batallon del 44, se lanzó sobre los prusianos espada en mano, y en medio de una lluvia de balas, los arrojó de las trincheras, y los persiguió bayoneta calada hasta el glasis de Hagelsberga, desde donde fué preciso retirarse bajo continuos disparos de metralla. Los prusianos perdieron en aquella accion cerca de trescientos hombres, costándonos á nosotros quince oficiales y un centenar de soldados, entre sajones y franceses.

Desde aquel momento, el enemigo dejó en nuestro poder el repecho de la izquierda, repecho que quedó enlazado definitivamente con nuestras trincheras: en seguida desembocamos por nuevos caminos subterráneos, mas allá de la segunda paralela, trabajando del mismo modo en la que se habia trazado delante de Bischoffsberga, y cuyo objeto hemos indicado ya.

Aquellos tres dias de combate retardaron los trabajos del sitio tanto mas cuanto, que como nuestras trincheras se veian amenazadas á cada paso, era preciso dedicar á su custodia nuestras mejores tropas; pero los dias siguientes se invirtieron en concluir la segunda paralela, ensancharla, formar en ella plazas de armas, para que pudieran alojarse las tropas que estaban de guardia, y disponer el sitio donde habian de colocarse las baterias, mientras no llegaban los cañones de grueso calibre, poniéndose el mismo esmero en la paralela del falso ataque, empezada á levantar delante de Bischoffsberga. A todo esto, llegaron

de órden de Napoleon, quien tenia fija su atencion en las operaciones de aquel gran sitio, dos nuevos regimientos, esto es, el de la guardia municipal de Paris y el 12 de ligeros, sacado momentáneamente de Thorn, para ser enviado á Dantzig. Al mismo tiempo mandó Napoleon al mariscal Mortier, que acababa de terminar con los suecos el asunto de la tregua, encaminase sus tropas hacia Dantzig, y reuniese en la isla de Nogath los elementos de la reserva de infanteria que debia mandar el mariscal Lannes; de suerte que teniamos esperanzas de ser fuertemente apoyados.

Provisto el ejército sitiador de dos nuevos regimientos franceses mas, convenia circunvalar la plaza de una vez, y continuar las operaciones proyectadas en el Vistula, trayendo al general Schramm, de la altura de Heubüde á la de la isla de Holm, lo cual era tanto mas urgente, cuanto que el enemigo se comunicaba todos los dias por medio del fuerte de Weichselmünde con el mar, por donde recibia socorros de gente y municiones. En consecuencia, el general Gardanne, que habia tomado el mando de las tropas situadas en Nehrung, bajó el 15 de abril la corriente del Vistula con dichas tropas y algunos refuerzos que se le enviaron, y fué á establecerse á lo largo del canal de Laake, entre Dantzig y el fuerte de Weichselmünde, á setecientas toesas del glasis de dicho fuerte. Apostado allí, interceptaba la navegacion del canal, y podia interceptar tambien la del Vistula, cuando las tropas del cuartel general fuesen á unir sus disparos con los suyos, bajando por su izquierda hacia la orilla del río. Al principio no fué muy contrariada dicha operacion, si esceptua-

mos los reductos de la isla de Holm; pero conociendo á poco el mariscal Kaikreuth lo grave de la empresa, se resolvió á hacer los mayores esfuerzos para mantener abierta la comunicacion con el mar. El 16 de abril, salieron al mismo tiempo tres mil rusos y dos mil prusianos, los primeros del fuerte de Weichselmünde, y los segundos de Dantzic, á fin de atacar á nuestras tropas, que no habian tenido tiempo de establecerse sólidamente en Nehrung y en la embocadura del canal. Entonces se trabó un combate muy vivo por la parte del fuerte con los rusos, afortunadamente un poco antes de que los prusianos hubiesen desembocado de la plaza; pero los rechazamos sobre el glasis del fuerte, causándoles una pérdida considerable. Apenas habiamos acabado con ellos, cuando fué preciso volver á empezar con los prusianos, lo cual no fué ni difícil ni muy largo, pues nuestros auxiliares, á cuya cabeza iba el 2.º de ligeros, se portaron valerosamente. El enemigo perdió en aquella accion de quinientos á seiscientos hombres entre muertos y prisioneros y nosotros cerca de doscientos.

Despues de aquel combate, estaba segura al parecer nuestra instalacion en la parte baja del Vistula y Nehrung; pero no obstante, nos dedicamos á consolidarle, levantando dos parapetos de tierra, á fin de resguardarnos á un mismo tiempo contra el fuerte y contra la plaza, y se les dió bastante estension para que por una parte llegasen al rio, y por la otra á los bosques de que se hallaba cubierta aquella parte del Nehrung. Cortando leña acá y allá, y haciendo árboles en los puntos convenientes, pusimos los bosques casi en

estado de no poder penetrar en ellos: en el centro de nuestros atrincheramientos, se colocó un fuerte mampuesto; y á estas precauciones se añadió la de establecer en el canal y el rio una guardia de lanchas, que debia impedir á las embarcaciones enemigas bajar ó subir el Vistula. Mientras se hacian estos trabajos en la orilla derecha, las tropas del cuartel general que se hallaban en la orilla izquierda, bajaron de las alturas á la margen del Vistula, y construyeron en ella reductos, á fin de que se cruzasen sus fuegos con los de las tropas situadas en Nehrung. De este modo nos libertaba por aquella parte una obra cubierta con gaviones, y que tenia doscientas toesas de largo, debiendo añadir que mientras se hacia, un oficial muy valiente, llamado Tardiville, se situó con un centenar de hombres en una casa que habia á orillas del Vistula, y se sostuvo en ella á pesar de los proyectiles del enemigo, con tal obstinacion, que aquella casa tomó su nombre mientras duró el sitio. Quedaba por conquistar la isla de Holm, para que la circunvalacion fuese completa; pero hasta tanto que así sucediese, los barcos enemigos penetraban hasta Dantzic con no poco trabajo. Efectivamente, varias barcas fueron apresadas, y una corbeta que procuró subir el Vistula, tuvo que pararse por el fuego que le hacian desde ambas orillas: entonces, guiados los soldados por un oficial de ingenieros llamado Lesecq, saltaron por cima de las trincheras, se colocaron sin abrigo alguno en la orilla del rio y acribillando á balazos al buque enemigo, le obligaron á retirarse. Durante aquella lucha, una bala de cañon le llevó el sable al capitan Lesecq, sin salir herido él.

Era el 20 de abril, y ya hacia mes y medio que nos hallábamos delante de la plaza, así como veinte dias desde que la trinchera fué abierta, cuando llegó la artillería gruesa, parte de ella procedente de Breslau, parte de Stettin, y parte de Thorn y Varsovia. Solo faltaban municiones; pero sin embargo podía empezar el fuego de las baterías de la primera y segunda paralela, disponiéndose en consecuencia lo necesario para dar principio á ello el dia 20, mas estalló de pronto una furiosa tormenta, que llenó las trincheras de torrentes de nieve, paralizando los trabajos. Fué preciso, pues, invertir dos dias en ponerlas corrientes, y como nuestros soldados vivaqueaban al aire libre, en un clima tan crudo, y que lo era aun mas por haberse retardado el invierno, sufrieron cruelmente durante aquel mal tiempo. Al fin el dia 23 por la noche, empezaron á disparar á un tiempo, y siguieron batiendo la plaza durante todo el dia 24, cincuenta y ocho bocas de fuego, que consistian en morteros, obuses y piezas de á veinte y cuatro y de á doce. La artillería enemiga que reservaba sus fuegos para hacer frente á la nuestra se apresuró á contestar, con bastante buena puntería por cierto; pero al cabo de algunas horas de aquel combate á cañonazos, soberbiamente dirigido por el general Lariboissiere, quedaron derribadas una porcion de troneras del enemigo, desmontadas muchas de sus piezas, y estalló en lo interior de la ciudad un violento incendio, causado por las bombas que arrojaban los obuses colocados en el punto que servia de ataque falso. Vese subir columnas de humo por cima de los edificios mas altos, como prueba del daño que ha-

híamos hecho; pero con todo, sin conmoverse en manera alguna el mariscal Kalkreuth, consiguió apagar el fuego, gracias á la mucha agua que habia en la ciudad. Para sondear sus disposiciones, le anunció el mariscal Lefebvre el 25 por la mañana, que iba á tirar con bala roja, pero no contestó; entonces todas nuestras piezas volvieron á hacer fuego con mas energía que antes, y estalló un nuevo incendio, que tambien se apagó con el auxilio de la guarnicion y los habitantes. Como el fuego de nuestra artillería atraía sobre ella los proyectiles enemigos, los trabajadores continuaron sus obras, las cuales avanzaron rápidamente y gracias á las dos de los ingenieros, que ahonaban en la arena en medio de las bombas que derribaban el mango de las zapas, y se llevaban los gaviones y sacos de tierra, llegaron las *zetas* hasta la tercera paralela, abierta al fin en la noche del 25 con el auxilio de la *zapa volante*.

En la noche del 26 trazóse gran parte de aquella paralela, siempre á favor del combate de las dos artillerías; pero desgraciadamente no poseíamos bastantes bocas de fuego ni municiones, y apenas tirábamos al dia dos mil bombas ó balas, cuando el enemigo hacia tres mil disparos. Además, teníamos muchas piezas de hierro que saltaban en manos de nuestros artilleros, y hacian tanto daño como los proyectiles enemigos; pero con todo nuestros soldados suplían la inferioridad en número con lo certero del tiro. El 27 quiso el enemigo volver á tomar la ofensiva por medio de salidas y aprovechándose de que aun no se habían acabado los trabajos de la tercera paralela, resolvió destruirlos, suspendiendo de pronto el

fuego á eso de las siete de la noche. Este indicio nos hizo presumir que los sitiados intentaban algo, y por lo mismo colocamos á derecha é izquierda, detras de los parapetos en que se ocultaban, las compañías del regimiento número 12 de ligeros que acababan de llegar. Efectivamente, seiscientos granaderos prusianos, seguidos de doscientos trabajadores, avanzaron hácia la paralela, imperfecta todavía y á que era fácil llegar: un puesto avanzado, que estaba tendido boca abajo, los divisó retirándose inmediatamente, á fin de dejarlos penetrar; pero entonces se arrojaron sobre ellos de improviso las compañías del 12 de ligeros, les acometieron á la bayoneta en el foso, y trabaron un combate cuerpo á cuerpo. La lucha fué mortífera, mas los rechazaron los nuestros, dejando tendidos en el sitio ciento veinte hombres entre muertos y heridos, cogiendo cierto número de prisioneros, y persiguiendo á los demas á la bayoneta hasta el glasis de la plaza.

El mariscal Kalkreuth pidió se suspendiesen las hostilidades por dos horas, para recoger los muertos y heridos, y por consejo de los artilleros é ingenieros, que deseaban una suspension de armas para poder hacer algunos reconocimientos, la concedió el mariscal Lefebvre. Los generales Lariboissiere y Chasseloup corrieron sin demora hasta el pie de los muros de la plaza, á fin de buscar posiciones desde donde pudiera batirse con mayor seguridad las obras de los sitiados, y hechos los reconocimientos, empezóse de nuevo á trabajar, ocupándose los nuestros en establecer nuevas baterías en los puntos que aquellos eligieron, cuidando de enlazarlas con nuestras trinche-

ras por medio de fosos con sus correspondientes parapetos.

El 28 por la noche, volvió á intentar el enemigo otra salida, con una columna de dos mil hombres, repartida en tres destacamentos, y lo mismo que la vispera marchó sobre nuestra tercera paralela, cuyos trabajos queria interrumpir á toda costa, pero al ver el primer destacamento dos compañías del regimiento número 19 de línea, se arrojaron sobre él á la bayoneta, y lo rechazaron hasta el glasis de Hagelsberga: sin embargo, acogidas allí por un fuego muy vivo, que salia del camino cubierto, y envueltas por el segundo destacamento, á quien no habian visto, perdieron unos cuarenta hombres. Con todo, fueron socorridas á tiempo, y el enemigo se retiró, dejando en nuestro poder setenta muertos y ciento treinta prisioneros.

A pesar de hacer tantos y tan violentos esfuerzos contra nuestra tercera paralela, no nos impidieron que perfeccionáramos los trabajos, prolongándola á derecha é izquierda, y armando baterías, pues hacia poco que habian llegado nuevos convoyes, gracias á lo cual pudimos colocar en batería mas de ochenta piezas de grueso calibre. Desde entonces se aumentó el fuego de artillería, hasta que al fin desembocamos de la tercera paralela por dos lados, á fin de dirigirnos á los puntos salientes de Hagelsberga, obra que se componia de dos baluartes; entre las cuales habia una media luna. Caminamos, pues, hácia el punto saliente del baluarte de la izquierda, y hácia el de la media luna; pero entonces se hicieron sumamente mortíferos los trabajos, porque el ene-

migo había guardado para el fin del sitio los mayores recursos de su artillería, y empezó á dirigir la mejor contra nuestras obras. Nuestros soldados de ingenieros veían trastornadas sus zapas, y la arena movediza que separaban á un lado, caía sobre las trincheras con el choque de los proyectiles; pero no por eso desmayó su constancia en los trabajos en medio de aquellos peligros. Nuestras tropas de infantería sufrían por su parte terribles fatigas, pues cuanto más nos acercábamos á la plaza, tanto más era preciso confiar la custodia de las trincheras á soldados de reconocido valor; y como de las cuarenta horas, pasaban veinte y cuatro trabajando ó protegiendo á los que trabajaban, en aquel momento avanzábamos con mucha lentitud. El mariscal Lefebvre, que empezaba á perder la paciencia, echaba la culpa á todo el mundo, lo mismo á los ingenieros cuyas combinaciones no comprendía, que á los artilleros cuyos esfuerzos no sabía apreciar, y sobre todo á los auxiliares, que le prestaban muchos menos servicios que los franceses. Los soldados sajones se batían bien, pero no mostraban muy buena voluntad, particularmente en el trabajo; los haddenses no eran buenos ni para trabajar, ni para entrar en fuego; y los polacos recién armados, aunque tenían celo, no estaban acostumbrados á la guerra. Los soldados de la legión del Norte, que se mostraban muy listos para atacar, se dispersaban á la menor resistencia que les hiciese el enemigo, y como todos aquellos auxiliares se inclinaban á desertarse, era preciso mantenerlos con las provisiones almacenadas en el cuartel general, para no dejarlos correr por las aldeas cir-

cunvecinas, de tal suerte que había que cuidarles mejor que á los franceses, aunque estaban muy lejos de servir tanto como ellos. Así es que el mariscal Lefebvre los ultrajaba á cada paso, diciendo que no sabían mas que comer, tratando de pura embrolla las razones de los ingenieros, sosteniendo que él haría mas que ellos con el pecho de sus granaderos, y empeñándose en que había de poner fin al sitio por medio de un asalto general.

El proyecto no podía ser mas temerario, pues aun estábamos muy lejos de las obras de la plaza y si embestíamos el foso, íbamos á encontrarnos con las terribles empalizadas que reemplazaban en Dantzic las escarpas de mampostería. A todo esto, los ingenieros como sucede siempre en un sitio, no estaban de acuerdo con los artilleros, explicando la lentitud con que se hacían los caminos subterráneos por lo movedizo del terreno, la poca protección que encontraban en la artillería, y los pocos buenos trabajadores que había. A esto contestaban los artilleros que había bastantes bocas de fuego y municiones, para igualar los fuegos del enemigo, y que no podían hacerlo mejor; pero deseando el mariscal ponerlos de acuerdo, propuso se acabase de una vez dando el asalto, aun antes de haberse concluido los trabajos preliminares. Los ingenieros que perdían mucha gente en aquellos trabajos, respondieron que como la artillería derribase una fila de empalizadas por medio de una batería de rechazo, ellos guiarían á nuestra infantería en el asalto de Hagelsberga; pero sin embargo, acordándose de que los rusos perdieron en 1724 delante de Dantzic cinco mil

hombres, en una empresa por el estilo, que la impaciencia les hizo acometer, no se atrevieron á aventurar semejante temeridad sin que lo mandase el emperador.

Afortunadamente se hallaba á unas treinta leguas de allí, y podía llegar su contestacion dentro de cuarenta y ocho horas: mas decimos, de seguro hubiera ido á darla personalmente, si viendo que el rey de Prusia y el emperador de Rusia estaban en el cuartel general de Bartenstein, no hubiera temido intentasen algo contra sus cuarteles de invierno. Así que recibió, pues, la carta del mariscal Lefebvre, se apresuró á moderar el ardor de aquel anciano guerrero, dirigiéndole una fuerte reprimenda, y reprendiéndole por su impaciencia, el desden con que miraba una ciencia que no conocia, y lo mal que hablaba de los auxiliares. «No sabeis, le escribió, mas que quejaros, injuriar á nuestros aliados, y variar de dictámen con arreglo á lo que os dice el primero que llega. Queriais tropas, y os las he enviado, preparo todavía mas, y sois *un ingrato*, que seguís quejándoos, sin pensar siquiera en darme las gracias. Además, tratáis á los aliados, y especialmente á los polacos y badenses, sin miramiento alguno, y no considerais que sino están acostumbrados al fuego, ya se acostumbrarán con el tiempo. ¿Creeis que nosotros éramos tan valientes en el año 92, como lo somos hoy, al cabo de quince años de guerra? Tratad, pues, con indulgencia, por lo mismo que sois un soldado ya veterano, á los soldados bisonos que empiezan ahora, y que no miran aun los peligros con tanta sangre fria como vos. El príncipe de Baden, que teneis á vuestro lado (dicho príncipe se había

puesto á la cabeza de los badenses, y asistia al sitio de Dantzig), ha tenido á bien dejar las comodidades de la corte, por conducir sus tropas al fuego, y por lo mismo debeis tratarle con atencion, teniendo en cuenta que está dando prueba de un celo que no se vé en sus iguales. Con el pecho de vuestros granaderos, á quienes quereis llevar á todas partes, no se derriban murallas, y así dejad que obren los ingenieros, oyendo los consejos del general Chasseloup, que es un hombre entendido, y en quien debeis seguir teniendo confianza, sin hacer caso del primer *criticon* que llega, para juzgar de lo que no entiende. Reservad el valor de vuestros granaderos para cuando diga la ciencia que podeis emplearlo útilmente, y entretanto, tened paciencia. Algunos perdidos, que no sabria, por lo demás en qué emplear hoy, no valen la pena de que mueran algunos hombres, cuya vida se puede economizar. Mostrad la calma, la consecueacia y el aplomo que tan bien sientan en vuestra edad: vuestra gloria consiste en tomar á Dantzig; tomadla, pues, y no quedareis descontento de mí.»

No se necesitaba mas para que el mariscal se calmase, y así se resignó á dejar que continuaran las operaciones del sitio, segun todas las reglas del arte. Aunque habiamos llevado el campo de Neh-rung á la parte baja del Vistula, é interceptá-bamos el paso del canal y el rio, no podiamos circunvalar completamente la plaza mientras no tomásemos la isla de Holm, y solo tambien tomando dicha isla podiamos derribar una multitud de reductos, sobre todo el de Kalke-Schanze, que cogia nuestras trincheras de revés, las incomodaba con su fuego, y paralizaba las obras, á causa de las

travesías que era preciso añadir á ellas. Sin tener todas las tropas que hubiera sido de desear para que el sitio adelantase rápidamente, teníamos con todo bastantes para hacer una tentativa contra dicha isla, de suerte que dedicamos la noche del 6 de mayo para esta empresa, dándose orden al general Gardanne de que concurriese á ella por su parte, dirigiéndose hácia el canal de Laake en balsas. Ochocientos hombres debían bajar de la izquierda del cuartel general á la orilla del Vistula, atravesar el río dos veces, y ejecutar el principal ataque, como efectivamente así sucedió, según vamos á ver. A las diez de la noche, trajéronse doce barcas frente por frente á la aldea de Schellmühl, sin que el enemigo lo advirtiese, y á la una dejaron dichas barcas la orilla derecha, abordando á la isla de Holm, con unos destacamentos del regimiento de la guardia de París, el 2.º y 12 de ligeros, y cincuenta soldados de ingenieros. El enemigo dirigió contra las embarcaciones algunos disparos de cañon con metralla; pero á pesar del fuego saltaron á tierra nuestras tropas, corriendo los granaderos de la guardia de París hácia el reducto mas inmediato, sin disparar un tiro y quitándose lo á los rusos que lo defendían. En aquel mismo instante cien hombres del 2.º de ligeros, y otros tantos del 12, corrieron también sobre los otros dos reductos, uno de los cuales estaba construido en la punta de la isla, y el otro en una casa llamada *Casa blanca*; sufrieron una descarga, pero marcharon con tal celeridad, que á los pocos minutos habían conquistado los reductos, haciendo prisioneros á los rusos. Nuestras tropas se arrojaron con igual rapidez sobre las demas

obras, y al cabo de media hora ya habían ocupado la mitad de la isla, y hecho quinientos prisioneros; pero mientras se acababa esta operación tan pronta, las doce barcas que servían para pasar el Vistula condujeron otra columna compuesta de badenses y soldados de la legión del Norte, la cual tomó á la derecha, y se dirigió hácia la parte de la isla que mira á la ciudad de Dantzig. Animadas aquellas tropas con el ejemplo que acababan de darles los franceses, se arrojaron con osadía sobre los puestos enemigos, los sorprendieron, los desarmaron y cogieron en un instante doscientos hombres y doscientos caballos de la artillería. El general Gardanne pasó á la isla, atravesando el canal de Laake, y desde entonces quedó asegurada aquella importante conquista.

Esta era una ocasión favorable para apoderarse del reducto tan incómodo de Kalke-Schanze, tomado y perdido al principio del sitio, y que como está rodeado de agua y abierto en la garganta que hay por la parte de la isla de Holm, debía su principal fuerza al apoyo que recibía de dicha isla. Al mismo tiempo, pues, que nuestras dos columnas invadían la isla, un destacamento de sajones y soldados de la legión del Norte, conducido por el jefe de batallón Roumette, entró en los fosos del reducto con el agua hasta el pecho, se arrojó sobre las empalizadas, las atravesó, y á pesar de un vivo fuego de fusilería, se apoderó de la obra, en la cual cogió ciento ochenta prusianos, cuatro oficiales y varios cañones.

Aquella serie de golpes de mano nos valió seiscientos prisioneros y diez y siete bocas de fuego, costando al enemigo seiscientos hombres entre

muertos y heridos, y proporcionándonos sobre todo la posesion de la isla de Holm, que completaba la circunvalacion de Dantzic, y cortaba fuegos muy perjudiciales para nuestras trincheras. Pero lo mejor fué que gracias á la rapidez con que todo aquello se hizo, tuvimos una pérdida insignificante.

Cuando ya nuestros trabajos habian llegado á la parte saliente de la media luna, abrimos una trinchera circular que abarcaba aquella parte y la dejaba algo atrá tanto á derecha como á izquierda, de suerte que era tiempo de dar el asalto al *camino cubierto*. Llámase así el borde interior del foso, á lo largo del cual circulan y se defienden los sitiados, al abrigo de una fila de cortas empalizadas; y en la noche del 7, precedido un destacamento del 49 de línea y el 12 de ligeros, por cincuenta soldados de ingenieros armados de hachas y palas, y mandados por los oficiales de ingenieros Barthelemy y Beaulieu, y el gefe de batallon de infanteria Bertrand, desembocó por los dos extremos de la trinchera circular, y avanzó hácia el camino cubierto. Una lluvia de balas cayó sobre el espresado destacamento; pero los soldados de ingenieros, que iban á la cabeza, se arrojaron hacha en mano sobre las empalizadas, y derribaron algunas, mientras que penetrando nuestros peones en el camino cubierto, lo recorrian bajo la metralla que vomitaban las baterías de la plaza. En seguida se dirigieron hácia los fuertes mampuestos que se habian construido en los ángulos entrantes del recinto; pero sufrieron un fuego de fusileria tan vivo, que tuvieron que regresar á la parte saliente de la media luna, aunque no por eso dejó

de quedar en su poder el camino cubierto. Durante este tiempo, corrian acá y allá los mineros, para ver si habia minas empezadas y dispuestas, segun uso y costumbre, de modo que pudiera saltar el terreno conquistado por los sitiadores. Efectivamente, un sargento de ingenieros descubrió en la parte saliente de la media luna un pozo de mina, se arrojó sobre él sable en mano, encontró trabajando en ramales de mina á doce prusianos, y aprovechándose del terror que les inspiró su repentina aparicion, á todos los hizo prisioneros, derribando en seguida la obra. Aquel militar valiente, cuyo nombre merece ser conservado, se llamaba Chopot.

El asalto del camino cubierto, que siempre es una de las operaciones mas mortíferas de un sitio regular, nos costó diez y siete muertos y setenta y seis heridos, pérdida bastante grande si se tiene en cuenta el corto número de hombres que se empleó en un terreno tan estrecho. Dueños ya del camino cubierto de la media luna, estábamos situados en el borde del foso, pero era preciso bajar á él, derribar en seguida la fila de altas empalizadas que habia en el fondo, y tomar por asalto las rampas formadas con sus céspedes que hacian veces de escarpas de mamposteria. Esta no era una empresa muy fácil, pues era preciso además ejecutar en la parte saliente del baluarte de la izquierda, la misma operacion que acababa de hacerse en la media luna, para que aquel baluarte no nos hiciese fuego por el costado, mientras atacábamos la misma media luna.

Establecieronse, pues, los nuestros en el foso, resguardáronse allí por medio de las precauciones

de estilo, y siguieron caminando hacia la izquierda para ver de acercarse á la parte saliente del baluarte. Durante los dias 8, 9, 10, 11, 12 y 13 de mayo, se ocuparon en este trabajo con un peligro terrible; porque estando tan próximos, las bombas del enemigo trastornaban las zapas, penetraban en las trincheras, se llevaban á los hombres, y muchas veces derribaban sobre ellos los parapetos que habian levantado á tanta costa. El fuego de fusilería era tan terrible como el de la artillería á tan corta distancia; la arena que nuestros soldados amontonaban se desprendía á cada instante, siendo preciso volver á empezar una y mil veces los trabajos; y por último, la poca duración de las noches en el mes de mayo, pues todo el mundo sabe que cuanto mas se acerca uno al polo, tanto mas largas son las noches en invierno, y cortas en verano; apenas nos dejaba cuatro horas de las veintey cuatro para poder trabajar. Cada vez mas impaciente el mariscal Lefebvre, pedia con instancia se hiciese practicable el asalto, derribando la línea de empalizadas de que el foso estaba guarnecido en el fondo; pero los ingenieros decian que á la artillería le tocaba destruirlas con balas de rechazo, y temiendo los artilleros no estuviese minado el terreno, contestaban que no tenian sitio para establecer baterías. La dificultad que encontrábamos aquí prueba las propiedades defensivas que en sí tiene la madera, pues habiendo como habiamos llegado al borde del foso, si hubiésemos tenido al frente, en vez de una fila de empalizadas, una muralla de mampostería, hubiéramos establecido una batería de abrir brecha, derribado dicha muralla en cuarenta y ocho

horas, cegado el foso con los escombros, y dado el asalto; pero las bombas hacian pedazos la cabeza de algunas de aquellas empalizadas, muchas veces apenas las descascaraban, y no derribaban ninguna. Acercábase el momento decisivo; la impaciencia era estremada; y nos hallábamos en el instante de un sitio, en que los sitiados hacen los últimos esfuerzos para resistir, y en que los sitiadores están dispuestos á dar los golpes mas atrevidos, para acabar de una vez.

Empero de pronto se esparció entre sitiados y sitiadores la noticia de que iba á socorrer á Dantzig un ejército ruso; y efectivamente, hacia mucho tiempo que se habia prometido dicho socorro, habiendo motivos para que unos y otros se admirasen de que no hubiese llegado aun: reunidos á la sazón en su cuartel general los soberanos de Prusia y Rusia, sabian el peligro en que se hallaba Dantzig, y no ignoraban lo importante que era para ellos impedir su conquista, pues mientras conservasen aquella plaza, tenian en jaque la izquierda de Napoleon, hacian que su permanencia en el Vistula fuese precaria, le obligaban á tener que privarse de veinte y cinco mil hombres, empleados en el bloqueo ó en el sitio, y por último, le cerraban el depósito mas vasto de viveres que habia en el Norte. Si debian, pues, volver á tomar la ofensiva mas tarde ó temprano, valia la pena de que se apresurasen por un motivo tan grave, y mucho mas teniendo como tenian dos medios directos para socorrer á Dantzig: á saber; ó atacar á Napoleon en el Passarge, á fin de quitarle las posiciones, con que se resguardaba para proteger el sitio, ó bien enviar un cuerpo de tropas conside-

nable, ya por tierra, siguiendo el Nehrung, ya por mar, embarcándolas en Königsberg para desembarcarlas en el fuerte de Weichselmünde. Había también otro medio, pero que no dependía de ellos, cual era, que los ingleses desembarcasen veinte y cinco mil hombres, desembarco ofrecido cien veces, anunciado otras tantas y nunca realizado. Efectivamente, si los ingleses hubiesen cumplido la palabra que habían dado á sus aliados, y en vez de conservar en Inglaterra parte de sus fuerzas, para hacer frente al campamento de Boloña, enviar otra á Alejandria para satisfacer las miras que abrigaban con respecto á Egipto, y otra también á las orillas de la Plata para apoderarse de las colonias españolas, hubiesen desembarcado un ejército ora en Stralsund, ora en Dantzig, cuando apenas teníamos tres ó cuatro regimientos franceses esparcidos en Pomerania, hubieran podido cambiar el curso de los sucesos, ó ponernos á lo menos en un gran apuro. Esto es tanto más cierto, cuanto que Napoleón se hubiera visto obligado á separar del ejército grande, veinte y cinco mil hombres, y si al mismo tiempo le atacaban en el Passarge, se veía privado de una porción considerable de las fuerzas que necesitaba, para hacer frente al principal ejército ruso.

Pero los ingleses no pensaban siquiera en ir á socorrer á sus aliados, porque les asustaba demasiado la idea de poner el pie en el continente, y les convenía más emplear sus tropas en apoderarse de colonias: esto sin contar con que de resultas de un cambio de ministerio, cuyas causas y efectos daremos á conocer bien pronto, todas las

resoluciones que se tomaban en Lóndres, revelaban no poca incertidumbre. El único auxilio, pues, que se envió á Dantzig consistió en tres corbetas, cargadas de municiones, y mandadas por oficiales intrépidos, que tenían orden de subir el Vistula para penetrar á toda costa en la plaza.

De consiguiente solo podía contarse con tropas prusianas y rusas que fuesen á socorrer eficazmente á Dantzig, y reunidos en Bartenstein los dos soberanos, deliberaron acerca de esto con sus generales, costándoles sumo trabajo ponerse de acuerdo. Había una razón, esto es, la falta de víveres, que se oponía al proyecto más conveniente, es decir al que consistía en volver á proseguir inmediatamente las operaciones activas. Como la tierra no había sido aun bastante fecundizada por el sol, no bastaba para alimentar á hombres y caballos, á lo cual hay que añadir que había pocos almacenes, pudiéndose á lo más proporcionar grano y carne para los hombres, pero en cuanto á los caballos no comían otra cosa que la pajaza con que estaban cubiertas las chozas habitadas por los campesinos de la Prusia antigua. Creían, pues, los enemigos que era preciso esperar á que la yerba estuviese bastante crecida para mantenerse con ella los caballos, y esta era precisamente la razón que obligaba á Napoleón á permanecer en el Passarge; pero él no tenía una plaza importante que salvar, recibiendo al contrario todos los días nuevas fuerzas, que le ponían en estado de dar un paso más, hacia los muros de Dantzig.

Viéndose en semejante situación los dos soberanos aliados, adoptaron el medio más pobre

de socorrer la plaza, que fué enviar unos diez mil hombres, la mitad por la lengua de tierra de Nehrung, y la otra mitad por mar, y el fuerte de Weichselmünde. Reduciase el proyecto á forzar la línea de circunvalación, apoderarse del campo francés de Nehrung, desembocando, ora por el fuerte de Weichselmünde, ora por el mismo Nehrung y el camino de Königsberg, penetrar en seguida en la isla de Holm, restablecer las comunicaciones con Dantzig, entrar en la plaza, y si logran realizar todas estas operaciones, hacer una salida general contra el cuerpo sitiador para destruir sus trabajos; y obligarle á que levantara el sitio. Para todo esto se necesitaba mucho mas de diez mil hombres, y sobre todo que el que los guiase lo hiciera con suma habilidad.

Un cuerpo prusiano y ruso, compuesto en su mayor parte de caballería, y mandado por el coronel Bulow, debía atravesar en lanchas el paso de Pillau, abordar á la punta de Nehrung, y caminar por aquel estrecho banco de arena, durante las veinte leguas que hay de Pillau á Dantzig. Ocho mil hombres, la mayor parte de los cuales eran rusos, se embarcaron en Pillau en barcos propios para conduccion, y escoltados por buques de guerra ingleses, hasta el fuerte de Weichselmünde; por lo demas, los mandaba el general Kamenski, hijo del otro general ya anciano que momentáneamente mandó el ejército ruso, al principio de la campaña. El día 12 de mayo llegaron á la embocadura del Vistula, y desembarcaron en los diques exteriores, protegidos por el fuego de artillería de Weichselmünde, durante cuyo tiempo hacia el enemigo alardes de fuerza contra to-

dos nuestros cuarteles de invierno. Efectivamente, fingieron delante de Massena querer pasar el rio Bug, como si trataran de obrar al otro extremo del teatro de la guerra; hicieron circular muchas patruillas frente á nuestros cantones del Passarge, y por último el cuerpo destinado á recorrer el Nehrung, se dirigió rápidamente hácia los puestos separados que teniamos al otro extremo de aquel banco de arena, y los obligó á replegarse.

Súpose que en Pillau se reunian dos cuerpos de ejército que debian ir á socorrer á Dantzig por diferente camino; voces que salieron de la plaza sitiada confirmaron aquella noticia, y esto bastó para que el mariscal Lefebvre se llenase de la mayor ansiedad. Así es que, sin recurrir siquiera al emperador, se apresuró á llamar hácia sí al general Oudinot, que se hallaba en la isla de Nogat con la division de granaderos, division que debía formar parte del cuerpo de reserva destinado para el mariscal Lannes, y al mismo tiempo escribió á todos los gefes de las tropas situadas en las inmediaciones, pidiéndoles socorro.

Empero Napoleon, á quien bastaban 24 horas para espedir un correo gabinete desde Finkensteen á Dantzig, lo habia remediado todo de antemano; por lo cual reprendió al mariscal Lefebvre, aunque con dulzura, su modo de obrar, y le tranquilizó diciéndole no tardaria en recibir socorro, socorro que estando como estaba preparado con mucha antelacion, no podia dejar de llegar á tiempo. Napoleon se alarmó muy poco con los pueriles alardes de fuerza hechos á su derecha, porque conocia harto bien lo que era un ataque fingido, para que pudiera engañarsele; ademas de que no

tardó en saber de un modo seguro que el enemigo se limitaba á dirigir hácia Dantzic un grueso destacamento de tropas, ya por Nehrung, ya por mar, y tomó en consecuencia precauciones que estaban en proporcion con lo grave del peligro.

El mariscal Mortier, de quien podia disponerse de resultas de la tregua hecha con los suecos, recibió orden de apresurar la marcha, enviando antes á Dantzic una porcion de sus tropas, y en consecuencia de esta orden llegó al campo del mariscal Lefebvre, en el momento en que éste estaba mas alarmado, el regimiento número 72 de línea. La reserva del mariscal Lannes, preparada en la isla de Nogath, empezaba á formarse, y mientras esto se verificaba, la brillante division de granaderos de Oudinot, que era el alma de ella, se colocó entre Marienburgo y Dirschau, á dos ó tres jornadas de Dantzic. El regimiento número 5 de línea, sacado de Braunau y compuesto de tres mil cuatrocientos hombres, se hallaba tambien en la isla de Nogath, de suerte que habia recursos muy suficientes; pero Napoleon mandó además que una de las brigadas del general Oudinot se dirigiese á Furstenwerder, echase allí un puente, y estuviese pronto para pasar el brazo del Vistula, que separa la isla de Nogath de Nehrung. La caballería andaba esparcida por la parte baja del Vistula y las cercanías de Elbinga, para poder pastar, y Napoleon mandó al general Beaumont que tomase unos mil dragones, se dirigiese á Furstenwerder, dejase desfilar al cuerpo enemigo que se encaminaba hácia Nehrung, lo cortase así que hubiese pasado de Furstenwerder, y le hiciese todo el número de prisioneros que pudiera. Por último

dispuso que el mariscal Lannes marchase hácia Dantzic con los granaderos de Oudinot, y le encargó que no cansase sus tropas empleándolas en los trabajos del sitio, sino que las tuviese de reserva para precipitarlas sobre los rusos, luego que estos procurasen tomar tierra en las cercanías de Weichselmünde.

Tomadas estas disposiciones con tiempo, gracias á una prevision que todo lo hacia á propósito, llegaron delante de Dantzic mas tropas que las que se necesitaban para conjurar el peligro. En cuanto á los rusos, empezaron á desembarcar el día 12 de mayo, viéndolos nuestras tropas perfectamente desde las arenosas alturas que ocupaban, en los diques del fuerte de Weichselmünde; pero hasta el 14 por la noche no desembarcaron del todo, ni se reunieron delante de dicho fuerte. A consecuencia de repetidos avisos que en este intermedio se enviaron al mariscal Lannes, apresuró este su marcha, y el mismo día 14 llegó al pie de los muros de Dantzic con los granaderos de Oudinot, menos los dos batallones que quedaron en Furstenwerder; el 72 estaba ya en el campo, y el mariscal Mortier con el resto de su cuerpo distaba solo una jornada.

Animado el mariscal Lefebvre con estos refuerzos, envió al general Gardanne, que mandaba el campo de la parte baja del Vistula situado en Nehrung, el regimiento de la guardia municipal de Paris, y antes de enviar mas tropas, aguardó á que los rusos manifestasen á las claras su intento, porque podian desembocar por el fuerte de Weichselmünde, ó sobre la orilla derecha, para atacar el campo del general Gardanne, ó sobre

la izquierda, para atacar el cuartel general. El día 15 de mayo, á las tres de la madrugada, salieron los rusos del fuerte de Weichselmünde con siete u ocho mil hombres, y se dirigieron á atacar nuestras posiciones de Nehrung, que empezaban en la punta de la isla de Holm, en el sitio en que se reúne con el Vistula el canal de Saake, se estendian en forma de parapeto empalizado hasta el bosque de que está cubierto por aquella parte el Nehrung, estaban protegidas allí por numerosos derribos de árboles, y acababan en dunas de arena á lo largo del mar.

El general Schramm, que habia pasado á las órdenes de Gardanne, defendia aquella línea con un batallon del 2.º de ligeros, un destacamento del regimiento de la guardia de París, un batallon sajón, parte de cazadores del 19, y algunos polacos de caballería mandados por el capitán Sokolniki, quien ya se habia distinguido en aquel sitio segun hemos visto. El general Gardanne se mantenía detras con el resto de sus fuerzas, ora para ir á socorrer á las tropas que defendian las trincheras, ora para contrarestar una salida de la plaza, y el mariscal Lefebvre al ver desde las alturas de Zigankenberga el movimiento de los rusos, le envió aquella mañana un batallon del 12 de ligeros. Poco despues, el mariscal Lannes puso en marcha con cuatro batallones de la division de Oudinot, teniendo que caminar sobre los diques que atravesaban la parte llana del pais situada á nuestra derecha, por que los ingenieros no habian podido establecer aun un puente hácia nuestra izquierda, que sirviera de comunicacion directa con el campo de Nehrung por la parte baja del Vistula.

Los rusos avanzaron formados en tres columnas, una dirigida á lo largo del Vistula frente á nuestros reductos, otra contra el bosque y los árboles derribados que impedían la entrada, y la tercera compuesta de caballería y destinada á costear el mar. Además quedó otra de reserva para socorrer á cualquiera de las tres que desmayase, y las corbetas inglesas que llegaron al mismo tiempo, debían por su parte subir el Vistula, destruir los puentes que suponían habría, coger nuestras obras por el lado opuesto, y secundar el movimiento de los rusos por medio de un fuego de sesenta piezas de grueso calibre; pero el viento no favoreció aquella disposición, y las corbetas tuvieron por necesidad que permanecer en la embocadura del Vistula.

Las columnas rusas marcharon con vigor á atacar nuestras posiciones, pero colocados nuestros soldados detras de las obras atrincheradas de tierra, los aguardaron con sangre fría, é hicieron sobre ellos desde muy cerca fuego de fusilería. No por eso alojaron los rusos, antes bien se acercaron hasta el pie de los reductos, y cada vez que eran rechazados, saltaban los nuestros por cima de las obras atrincheradas, y los perseguían á la bayoneta. La columna que se dirigió hácia los árboles derribados, como tenía que vencer un obstáculo menos hondo, procuró penetrar en el bosque y situarse en él; pero tuvo que detenerse lo mismo que la primera: sin embargo, volvió á la carga, y trabó con nuestras tropas una serie de combates cuerpo á cuerpo, siendo la lucha en aquel punto tan larga como obstinada. La columna de caballería que debía costear el mar, permaneció de ob-

servacion delante de nuestros destacamentos de á caballo, sin hacer ningun movimiento sério, y ya hacia varias horas que duraba la accion, cuando cansadas nuestras tropas, porque las empleadas en la defensa de las obras solo podian oponer dos mil hombres á siete ú ocho mil, y el general Gardanne tenia que vigilar con las demas los portillos de la plaza, iban á sucumbir á aquellos repetidos ataques. Sin embargo, un batallon de la guardia de París que envió el general Gardanne, y el batallon del regimiento número 42 de ligeros, procedente del cuartel general, acudieron á socorrerlas, dirigiéndose mandados por el general Schramm, sobre los rusos á quienes rechazaron; entonces reanimados los demas con el ejemplo, cayeron sobre ellos, persiguiéndolos hasta el glasis del fuerte de Weichselmünde.

Con todo, el general Kamenski tenia orden de hacer los mayores esfuerzos para socorrer á Dantzig, por lo qual no quiso encerrarse en el fuerte sin hacer otra nueva tentativa. Reunió, pues, á las tropas que acababan de pelear, la reserva que aun no habia entrado en lucha, y avanzó de nuevo contra nuestras obras atrincheradas, tan vigorosa como inútilmente atacadas; pero ya era demasiado tarde, pues el mariscal Lannes y el general Oudinot habian llevado al general Schramm un refuerzo de cuatro batallones de granaderos, y habia uno de ellos para poner fin al combate. El general Oudinot se puso efectivamente á la cabeza de un batallon, reunió nuestras tropas en masa al rededor suyo, luego las condujo hácia adelante, arrolló á los rusos, y los rechazó por segunda vez á la bayoneta hasta el glasis de Weichselmünde,

donde los obligó á encerrarse definitivamente, porque aquella accion debia ser y en efecto fué la última.

Los rusos dejaron dos mil muertos en el campo de batalla, la mayor parte entre muertos ó heridos, y algunos prisioneros, y nuestra pérdida fué de trescientos fuera de combate. Al general Oudinot le mató el caballo una bomba, que pasando entre él y el mariscal Lannes, saltó poco para que matase á este último; pero no habia llegado el momento de que sucumbiese á tantas bazañas repetidas aquel ilustre mariscal, á quien reservaba aun el destino brillantes hechos de armas, antes de herirle.

Desde entonces no podia conservar inquietud alguna el capitan Lefebvre, ni la menor esperanza el mariscal Kalkreuth. Sin embargo, los comandantes de las corbetas enviadas por Inglaterra para socorrer á Dantzig, tenian empeño en cumplir las instrucciones que se les habian dado, y como lo que la plaza necesitaba principalmente era municiones, el capitan de la *Dauntless*, quiso aprovecharse de una fuerte brisa del Norte para subir el Vistula; pero apenas habia dejado atras el fuerte de Weichselmünde, y acercándose á nuestros reductos, cuando se vió asaltado por un fuego violento de artilleria. Las tropas salieron de las obras atrincheradas, y uniendo el fuego de fusileria al de cañon, pusieron á la corbeta inglesa en tal estado, que á poco no podia hacer ninguna maniobra, yendo á encallar en un banco de arena, donde tuvo que arriar pabellon. Registraronla los nuestros y vieron que contenia una gran cantidad de pólvora y pliegos para el mariscal Kalkreuth.

La plaza quedaba, pues, absolutamente abandonada á sí misma; pero por desgracia á cada momento iban haciéndose mas difíciles las operaciones del sitio. Situadas nuestras tropas en el borde del foso, intentaron bajar á él, mas la índole de aquel terreno, que se desmoronaba sin cesar, la inmensa cantidad de artillería de que disponía el enemigo, y el poder como podia acribillar nuestras trincheras con sus bombas, hacia que los trabajos fuesen lentos y peligrosos. Era preciso no obstante, costára lo que costara, llegar al fondo del foso, é ir á cortar hacha en mano una fila de empalizadas bastante ancha, para abrir camino á las columnas de ataque; y efectivamente, se empezó á bajar al foso por medio de tablas entretegidas con ramos de árboles, avanzando sobre bastidores cubiertos de tierra y fagina. Las bombas del enemigo atravesaron las tablas varias veces, y aplastaron á los hombres que se resguardaban tras de ellas; pero nada era capaz de desanimar á nuestros soldados de ingenieros, que de seiscientos que eran habian quedado reducidos á trescientos, habiendo muerto ó estando heridos la mitad de los oficiales. Entre los obstáculos que habia que vencer, se hallaba el mampuesto construido en el ángulo entrante que formaba la media luna con el baluarte, y los nuestros resolvieron volar con el auxilio de una mina aquella obra que resistia hasta á las bombas. Abrióse, pues, una á que se dió fuego á pesar de no estar bastante cerca del mampuesto, y el resultado fué que con la tierra que la mina levantó, se hizo mas difícil destruirlo, teniendo los nuestros que situarse en el embudo ó cráter de la mina, para separar bajo el fuego enemigo la

tierra de que estaba cubierto el mampuesto, del cual nos libertamos al fin prendiéndole fuego.

Luego que logramos llegar al fondo del foso, trataron varios soldados de ingenieros de ir á cortar algunas empalizadas, bajo el fuego de la plaza; pero necesitaron media hora para destruir tres; de suerte que la operacion iba á ser tan larga como mortífera. Era el 18 de mayo, y habian transcurrido cuarenta y ocho dias desde que se abrió la trinchera, sin que se pudiera criticar en manera alguna al cuerpo de ingenieros que se portaba con una abnegacion admirable. Sin embargo, algunos maldicientes atribuian la lentitud del sitio al general Chasseloup, y el general Kirgener que dirigia los trabajos en clase de segundo, y que tenia otras ideas acerca del punto que debia escogerse para dar el ataque, no cesaba de repetir al mariscal Lefebvre que se habia hecho mal en escoger á Hagelsberga, y que esta era la única causa de la tardanza que se experimentaba. Tantas veces lo repitió, que el mariscal Lefebvre acabó por creerlo, y escribió al emperador el dia 18 de mayo, quejándose del general Chasseloup, atribuyendo la larga resistencia de la plaza á haber escogido muy mal punto de ataque, y diciendo que el Bischoffsberga hubiera presentado muchas menos dificultades.

Nada se remediaba en aquel momento con quejas, aunque fuesen mas fundadas que lo eran efectivamente, y así, Napoleon que no apartaba la vista del sitio, no tardó en contestar, escribiendo al mariscal Lefebvre: «Creia que érais *hombre de mas caracter y opinion*. ¿No es desanimar al ejército, y rebajar su propio juicio, el dejarse persuadir

por un inferior, cuando el sitio está para acabarse, sobre que debe variarse el punto de ataque? Se ha hecho bien el escoger á Hagelsberga, y es preciso que sepais que siempre que se ha atacado á Dantzig ha sido por el mismo punto. Tened pues confianza en Chasseloup, que es el ingeniero mas hábil y de mayor esperiencia de cuantos se hallan ahí, guiáos únicamente por lo que él y Lariboisiere aconsejen, y *arrojad de vuestro lado à todos los criticones de escalera abajo.*»

El mariscal Lefebvre se vió, pues, obligado á insistir en la primera eleccion, y esperar los efectos lentos pero seguros de un arte que no conocia. En cuanto à las tropas de ingenieros, multiplicándose de un modo prodigioso, llegaron por una parte al fondo del foso de la media luna, y por la otra al del baluarte, teniendo en vista del corto espacio en que obraban, que trabajar bajo las bombas, y defender por sí los trabajos contra las salidas de la plaza. En fin, frente al baluarte de la izquierda, que atacábamos al mismo tiempo que la media luna, unas veces con fagina encendida, y otras con sacos de pólvora, así como otras tambien con hacha, destruyeron las empalizadas, en una estension de ochenta y dos pies. Esto bastaba para que pudieran pasar las columnas destinadas à dar el asalto, momento que aguardaban las tropas con impaciencia; y así se fijó aquel para el 21 de mayo por la noche, conduciendo al foso varias columnas que tendrian unos cuatro mil hombres, y luego al pie de la rampa de tierra que se elevaba detras de las empalizadas, à fin de que viesen antes la obra que habia que escalar, y aprendiesen el modo de subir à ella. Lle-

nas de ardor con semejante aspecto, pidieron à voz en grito que se les permitiera dar el asalto, y como hubiese tres enormes vigas suspendidas por medio de cuerdas sobre las rampas de tierra, destinadas à rodar sobre los sitiadores, un soldado valiente cuyo nombre debe decir la historia, Francisco Vallé, cazador del regimiento número 12 de ligeros, que varias veces habia ayudado à los trabajadores de ingenieros à arrancar las empalizadas, se ofreció à ir à cortar las cuerdas que sostenian dichas vigas, à fin de que cayesen antes de dar el asalto. Cogió, pues, un hacha, trepó à las escarpas hechas con céspedes, cortó las cuerdas, y no salió herido de un balazo hasta despues que ejecutó aquel acto de heroismo, debiendo añadir que la herida que recibió no fué mortal.

Acercábase al fin la hora de dar el asalto, cuando de pronto se supo con gran sentimiento que el mariscal Kalkreuth pedia capitulacion.

Efectivamente, el coronel Lacoste se presentó en clase de parlamentario, para entregar al mariscal Kalkreuth las cartas que iban dirigidas à su nombre, y habiamos encontrado en la corbeta inglesa recientemente apresada; y no podia llegar mas à tiempo para ofrecer el lugar-teniente de Federico una ocasion honrosa de proponer se capitulase, lo cual era ya necesario. El mariscal trabó conversacion con el coronel, conoció era preciso rendirse, pero reclamó para la guarnicion de Dantzig las condiciones que en otro tiempo obtuvo de él la de Maguncia, es decir facultad para poder salir no en clase de prisionera de guerra, sin tener que soltar las armas, y comprometiéndose únicamente à no servir contra Francia en

el espacio de un año. El mariscal Lefebvre suscribió á estas condiciones, porque temia mucho que el sitio se prolongase; pero pidió tiempo para consultar á Napoleon, quien no tenia tanta prisa, porque inspiraba respeto á los rusos en el Passarge, y de buena gana hubiera sacrificado unos cuantos dias mas por hacer prisionero un cuerpo de ejército, no contando como no contaba en manera alguna con que las tropas enemigas cumplirían el compromiso de no servir hasta dentro de un año. Se manifestó, pues algo descontento, pero consintió en la capitulacion propuesta, mandando al mariscal Lefebvre dijese á Mr. de Kalkreuth que concedia unas condiciones tan buenas, en consideracion á él, á su edad, á sus gloriosos servicios, y al modo cortés con que trataba á los franceses.

La capitulacion se firmó el 26, y el mismo dia por la mañana entró en la plaza el mariscal Lefebvre, pues aun cuando habia ofrecido á los mariscales Lannes y Mortier, que habian llegado hacia unos dias, entrarían en ella con él, estos no quisieron disputarle una honra que le pertenecía y que merecia, sino por su saber, á lo menos por su valor y la constancia con que habia vivido dos meses en aquellas formidables trincheras. Hizo, pues, su entrada á la cabeza de un destacamento de todas las tropas que habian concurrido al sitio, siendo las primeras como era natural las de ingenieros, porque de seiscientos hombres, la mitad habia quedado fuera de combate. Así Napoleon publicó sin demora la siguiente orden del dia:

Finkenstein, 26 de mayo de 1807.

«La plaza de Dantzig ha capitulado, y nues-

tras tropas han entrado en ella hoy al medio dia.

«S. M. manifiesta su satisfaccion á las tropas sitiadoras, y especialmente á los zapadores, que se han cubierto de gloria.»

Largo fué aquel sitio memorable, puesto que la plaza resistió á cincuenta y un dias de trinchera abierta, pero muchas causas contribuyeron á la larga resistencia que hizo el enemigo; como por ejemplo, la configuracion de la plaza, su estension, las fuerzas de la guarnicion sitiada casi igual al ejército sitiador, la lentitud con que llegó la artillería gruesa, su escaso número, que permitió al enemigo poder reservar sus fuegos para los últimos trabajos, los pocos buenos trabajadores que guardaban proporcion con las pocas tropas buenas, la naturaleza del terreno, el cual se desmoronaba á cada paso con el golpe de los proyectiles, las propiedades defensivas de la madera, que no podía batirse en brecha, siendo preciso arrancarla con azadon ó cortarla con hacha, y por último, una estacion espantosa, tan variable como el equinoccio, y en que unas veces llovía á torrentes, mientras que otras helaba; todas estas causas, decimos, contribuyeron á prolongar aquel sitio, tan honroso para los sitiados como para los sitiadores. El mariscal Kalkreuth sacó de la plaza muy pocos soldados, pues de diez y ocho mil trescientos veinte hombres que componían la guarnicion, solo salieron de Dantzig siete mil ciento veinte (1), teniendo dos mil setecientos muertos,

(1) Estos números están tomados de los estados que se hallaron en la plaza.

tres mil cuatrocientos heridos, ochocientos prisioneros y cuatro mil trescientos desertores; pero el antiguo discípulo de Federico se mostró en aquella circunstancia digno de la gran escuela militar en que se habia educado.

El mariscal Lefebvre con su valor, el general Chasseloup con sus conocimientos, Napoleon con su vasta prevision, y las tropas de ingenieros con un ardor increíble, proporcionaron al ejército aquella conquista importante. Aunque faltó artillería gruesa, siempre fué un verdadero milagro, hallándose á una distancia tan prodigiosa del Rhin y en aquella estacion, poder sacar de Silesia, Prusia y la Polonia alta, el material necesario para un sitio de tanta importancia; y aunque no hay duda que hubiera sido facil á Napoleon terminar mucho mas pronto la resistencia de Dantzic, segregando del Passarge y el Vistula uno de sus cuerpos de ejército, no podia conseguir semejante aceleracion sino á costa de una imprudencia de bulto, pues segun todas las probabilidades, debia ser atacado durante el sitio por los ejércitos ruso y prusiano, y á haberlo sido, le hubieran debilitado no poco los veinte y cinco mil hombres enviados á Dantzic. No nos cansaremos, pues, de admirar la habilidad con que escogió la posicion del Passarge, desde donde al mismo tiempo que protegía el sitio de Dantzic, hacia frente á los ejércitos coligados que podian presentarse á cada momento; sobre todo el arte con que se aprovechó ya de los regimientos que se hallaban en marcha, ya de las tropas que volvian de Stralsund, ya de la reserva de infantería preparada en la parte baja del Vistula, para mantener alrededor de Dantzic fuerzas

suficientes para las operaciones del sitio; y por último, el talento con que supo aguardar un resultado que habria comprometido apresurándose, y que no tenia ademas interés en anticipar, pues como no queria obrar ofensivamente hasta junio, poco importaba no acabar de conquistar á Dantzic hasta mayo.

No todo se reducía á tomar á Dantzic, pues era preciso ocupar la embocadura del Vistula, y los sitios inmediatos al mar, es decir, el fuerte de Weichselmünde, que si se defendia bien, exigia un ataque en regla, y podia producir gran pérdida de tiempo; pero el efecto moral que causó la toma de Dantzic, nos valió la rendicion de dicho fuerte cuarenta y ocho horas despues. Habiéndose desertado la mitad de la guarnicion, la otra mitad entregó el fuerte, pidiendo capitulacion con iguales condiciones que Dantzic, y concedida esta, unos y otros regresaron á Königsberg por el camino que va de Nehrung á Pillau. Ademas de la ventaja que reportáramos de asegurarnos en el Vistula una base de operaciones indestructibles, con la ciudad de Dantzic adquirió Napoleon inmensas provisiones, pues sin contar las grandes riquezas allí amontonadas, contenia la plaza trescientos mil quintales de grano, y sobre todo varios millones de botellas de vino de superior calidad, lo cual iba á ser para el ejército en aquellos sombríos climas, un motivo de alegría, y un manantial de salud. Napoleon envió sin demora á Rapp, edecan suyo, y con cuya adhesion contaba, para que tomase el mando de Dantzic, é impidiese la ocultacion de géneros, siguiéndole inmediatamente él tambien, y yendo á pasar dos dias en

aquella ciudad, porque queria juzgar por sus propios ojos de la importancia de la plaza, los trabajos que era preciso añadir para que fuese inespugnable, y los recursos que de alli podian sacarse para la manutencion del ejército.

Inmediatamente mandó conducir á Elbinga diez y ocho mil quintales de trigo, para surtir los exhaustos almacenes de aquella ciudad, que ya habia proporcionado ochenta mil quintales de grano, envió un millon de botellas de vino á los cuarteles del Passarge, vió todos los trabajos del sitio, aprobó lo que se habia hecho, elogió y mucho al general Chasseloup, así como que se hubiese atacado por Hagelsberga, premió espléndidamente á los oficiales del ejército, y se propuso indemnizarlos bien pronto, con regalos magníficos, de todo el botín que les habia prohibido recoger con tanta prudencia como nobleza, confiando al general Rapp el gobierno de Daatzig. En seguida resolvió nombrar al mariscal Lefebvre duque de Dantzig, y añadir á este titulo una soberbia dotacion, para lo cual escribió á Mr. Mollien, mandando comprase con fondos del tesoro del ejército unas tierras con su castillo, que produjesen 100,000 libras de renta líquida, y formáran la dotacion del nuevo duque. Tambien encargó á Mr. Mollien comprase unos veinte castillos, que hubiesen pertenecido á familias antiguas, y estuvieran situados hasta donde fuese posible en el Occidente á fin de regalarlos á los generales que estaban prodigando su sangre por él; de suerte que trataba de renovar la aristocracia de Francia, como renovaba las dinastias de Europa, con la punta de la espada, convertida en sus manos ea una especie de varita de vir-

tud, de la cual se desprendian gloria, riquezas y coronas.

Despues dió las órdenes necesarias para reparar sin detencion las obras de Dantzig, colocando en ella de guarnicion los regimientos números 44 y 49 de línea, que habian sufrido mucho durante el sitio, y quiso que alli se reuniesen todos los regimientos provisionales que no tuvieran tiempo de llegar al ejército antes que se hubiera dado principio otra vez á las operaciones ofensivas. Luego encargó la custodia del fuerte de Weichselmünde á la legion del Norte, cuyo entusiasmo y fatigas habian sido estremados, y cuya fidelidad no podia ponerse en duda; mandó repartir en Nehrung parte de las tropas alemanas, y dispuso que los sajones, que eran muy buenos soldados, pero que necesitaban servir en nuestras filas para que nos tomasen cariño, se reuniesen con el cuerpo de Lannes, que ya habia regresado al Vistula; y á los polacos, á quienes deseaba aguerrir, que se incorporasen á las tropas de Mortier, destinado tambien á dirigirse al Vistula. En cuanto á los italianos, se quedaron en el bloqueo de Colberga, y los demás polacos en el de la ciudadela de Grandentz, puntos de escasa importancia, que nos faltaba aun que tomar.

Así que Napoleon regresó á Finkenstein, dispuso todas las cosas para volver á empezar las operaciones ofensivas á principios de junio, porque las astutas negociaciones de Austria no produjeron otro resultado que hacer inevitable se decidiese la cuestion por medio de las armas. La oferta de intervencion por parte de aquella córte, que Napoleon aceptó con desconfianza y sentimiento,

aunque con urbanidad, fué hecha tambien inmediatamente á Inglaterra, Prusia y Rusia; pero como aun cuando la politica del nuevo gabinete inglés estaba muy lejos de inclinarse á la paz, no podia preferir abiertamente desde luego la guerra. Mr. Canning contestó por lo mismo, como ministro de negocios estrangeros que era, que la Gran Bretaña aceptaba con gusto la intervencion de Austria, y seguiria en aquellas negociaciones el ejemplo de las córtes aliadas Prusia y Rusia.

La respuesta de esta última fué la menos amistosa de las tres, debiendo decir antes de todo que el emperador Alejandro se habia trasladado al cuartel general de su ejército, que estaba en Bartenstein, sobre el rio Alla, y que el rey de Prusia fué á reunirse con él, dejando á Königsberg. La guardia imperial, que habia salido de San Petersburgo hacia poco, y numerosos reclutas sacados de las provincias mas remotas del imperio, proporcionaron al ejército ruso un refuerzo de treinta mil hombres, y repararon las pérdidas que sufrió en Pultusk y Eylau, porque engañado el jóven czar con las ridiculas exageraciones del general Benningsen, llevadas hasta mas allá de lo que permite el deseo de animar á los soldados, á su pais y á su soberano, casi creia que nos habia vencido en Eylau, y se inclinaba á probar de nuevo la suerte de las armas. El rey de Prusia, al contrario, que mantenia relaciones con Napoleon por mediacion de Duroc, conocia mejor las disposiciones del vencedor de Jena, y se inclinaba al parecer á entrar en tratos, con la condicion de que le devolviesen la mayor parte de su reino. Por lo demás, no se hacia ilusiones acerca de los triunfos conse-

guidos por la coalicion, pues viendo que los franceses habian conquistado la principal plaza de sus estados, delante del ejército ruso, reducido á no poder oponerse á ello, no podia persuadirse que dentro de poco se habian de hallar en situacion de arrojar á Napoleon hácia el Vistula y el Oder (1). Opinaba, pues, por la paz; pero infatuado el emperador Alejandro con sus pretendidas ventajas, á que daba no obstante un mentís notorio la toma de Dantzic, afirmó al rey Federico Guillermo que antes de poco se le restituiria todo su patrimonio, sin que perdiese una provincia siquiera, restableciéndose además la independencia de Alemania, y que para ello habia con ganar una batalla, pues asi que sucediese esto, se decidiria Austria, con lo cual se aseguraba la pérdida de Napoleon y la libertad de Europa. Federico Guillermo se dejó, pues, llevar de nuevas sugerencias, parecidas y no poco á las que le sedujeron en Postdam, y la intervencion de Austria fué negada en la realidad, aunque aceptada en la apariencia, porque se contestó que los dos soberanos se alegrarian mucho de que se hiciese la paz en Europa, gracias á la bondadosa intervencion de Austria, pero que antes querian saber las bases que sentaba Napoleon para entrar en tratos con las potencias aliadas.

(1) Es muy difícil saber con exactitud lo que sucedió entre aquellos soberanos, que vivian en un trato tan estrecho, y no confiaban á los que tenian á su lado sus ocultos intentos; pero por las comunicaciones que la córte de Prusia pasó á varias otras córtes alemanas de segundo y tercer órden, se ha sabido lo que aconteció en el cuartel general. Además, lo que refiero aquí está tomado de lo que la misma reina de Prusia dijo á un diplomático respetable de aquel tiempo.

Aquella respuesta evasiva no dejaba la menor duda de que iba á continuar la guerra, de suerte que causó sumo disgusto á Austria, cuya nacion perdía el medio de poder mezclarse en la reyerta para terminarla á su antojo, ya con el auxilio de las armas si Napoleon sufría algun revés, ya por medio de la paz cuyo árbitro sería aquel gabinete, si el emperador continuaba siendo dichoso. Sin embargo, no quiso abandonar la intervencion, por no dejar ver que habia sido derrotada, y comunicó á Napoleon las contestaciones que habia recibido, pidiéndole aclarase las dudas que al parecer impedían diesen principio á las negociaciones las potencias beligerantes. Mr. de Vincent fué quien se encargó de proseguir aquellas conferencias, pero tuvo que hacerlo por escrito, pues permanecia en Varsovia, mientras que Mr. de Talleyrand se hallaba al lado de Napoleon en Finkenstein.

Aquel desenlace agradó á Napoleon, que veía con mucho temor la intervencion de Austria; pero insistiendo sin embargo en no cargar con la responsabilidad de negarse á hacer la paz, contestó que estaba pronto á entrar en el camino de las concesiones, con tal que se concediese á España, Holanda y la Puerta, una cosa equivalente á lo que él se proponía devolver, añadiendo que designasen un sitio para reunir en él un congreso, y enviaria plenipotenciarios sin tardanza alguna.

Empero la intervencion se habia frustrado, porque se necesitaban muchos meses para que semejantes conferencias fuesen á parar á un fin cualquiera, y tenia esperanzas de poner término á la guerra á los pocos dias de hacer buen tiempo.

Efectivamente todo estaba dispuesto por am-

has partes para proseguir las hostilidades con la mayor energía, y los dos soberanos reunidos en Bartenstein, habian contraído mutuamente las obligaciones mas solemnes, comprometiéndose á no deponer las armas hasta que no estuviere vengada la causa de Europa, y hubiésemos devuelto todos los estados prusianos. Para ello firmaron en dicho punto un convenio en que se obligaban á no obrar sino de comun acuerdo, ni tratar con el enemigo por separado uno de otro, diciendo que sus esfuerzos no tenían por objeto menguar el poderío de Francia, sino emancipar á las potencias de primero y segundo orden que la misma Francia habia reducido á un estado de humillacion. Tambien decian que iban á pelear para hacer que evacuásemos á Alemania, Holanda y aun Italia, si Austria se reunia con ellos, con el fin de restablecer á falta de la antigua confederacion germánica, una nueva constitucion federativa, que asegurase la independencía de todos los estados alemanes y una influencia racional por parte de Austria y Prusia en Alemania. Por lo demas la estension de las reparaciones proyectadas dependia, de los triunfos que alcanzase la coalicion, la cual firmó otros convenios, tanto con Suecia, como con Inglaterra, cuya última nacion, como mas interesada que nadie en continuar la guerra y que hasta entonces se habia aprovechado de los esfuerzos de las potencias sin hacer ella ninguno, habia prometido subsidios y tropas de desembarco. Su avaricia cuando se trataba de los espresados subsidios indispuso al rey de Suecia, hasta el punto de que este príncipe se disgustó de la cruzada que siempre habia soñado podria intentar contra Fran-

cia; pero sin embargo con ayuda de Rusia, se sacó á Inglaterra 1.000,000 de libras esterlinas para Prusia, una dotacion anual para los suecos empleados en Pomerania, y un compromiso de enviar á Stralsund un cuerpo de veinte mil ingleses. Prusia se comprometió por su parte á enviar al mismo Stralsund ocho ó diez mil prusianos, que unidos á los veinte mil ingleses y á quince mil suecos, debian formar á espaldas de Napoleon un ejército respetable, y tanto mas de temer para él, cuanto que se cubria con el velo de la tregua que firmó el mariscal Mortier.

Apesar de que se dió parte á Austria de todos estos convenios, no abandonó su sistema, ademas de que la toma de Dantzig, que atestiguaba la impotencia de los rusos, unida á todo lo que se sabia en Viena acerca de la situacion en que se hallaban los ejércitos beligerantes, bastaba para que aquella córte no abandonase su plan de estar á la expectativa.

De consiguiente, Alejandro y Federico Guillermo tenian que luchar por si solos contra los franceses, con los restos de las fuerzas prusianas, que consistian en unos treinta mil hombres, la mayor parte de ellos prisioneros que se nos habian escapado, el ejército ruso cuyas bajas se cubrieron con nuevas tropas, los suecos y el cuerpo que los ingleses se comprometieron á enviar á Pomerania. Los soldados del general Benningsen continuaban en su estado de cruel penuria, y mientras que Napoleon sabia sacar de un país enemigo recursos en abundancia, el gobierno ruso no sabia como aplacar el hambre devoradora de su ejército, apesar de hallarse en medio de un país amigo, y tener

medios considerables de navegacion. Aquel infortunado ejército sufría y se quejaba, pero al ver en Bartenstein á su jóven soberano, mezclaba á sus gritos de dolor otros de cariño, y le engañaba prometiéndole con sus vitores mas de lo que podia hacer en pro de la politica y la gloria del imperio moscovita. Aunque ignorante, juzgaba bastante bien lo inútil de aquella guerra, pero pedia se le dejase avanzar, aunque solo fuese para conquistar viveres, siendo esto causa de que los soberanos se trasladasen uno á Tilsit, y otro á Königsberg, donde debian esperar el resultado de la campaña dejando á sus generales orden de tomar cuanto antes la ofensiva.

El general Benningsen se habia situado en la parte alta del rio Alla, ó lo que es lo mismo en Heilsberga, donde á imitacion de Napoleon, formó un campo atrincherado, creó algunos almacenes muy mal surtidos, y preparó el terreno para dar una batalla defensiva, si Napoleon era el primero que entraba en accion. Por lo demas, podia reunir bajo su mano cerca de cien mil hombres, y fuera de esa masa principal, tenia á su izquierda en el rio Narew un cuerpo de diez y ocho mil hombres, mandados al principio por el general Essen, y despues por el general Tolstoy; á la derecha cerca de veinte mil hombres que se componian de la division de Kamenski, la cual habia regresado de Weichselmünde, y del cuerpo prusiano de Lestocq; y por último, en Königsberg tenia algunos depósitos, lo que constituia un ejército de ciento cuarenta mil hombres, esparcidos desde Varsovia hasta Königsberg, aunque habia cien mil reunidos á orillas del Alla,

frente por frente á nuestros cantones del Passarge. Además el general Labanof, llevaba un refuerzo de treinta mil hombres, sacados de lo interior del imperio; pero aquellas tropas no debían llegar al teatro de la guerra sino cuando ya se hubiese dado principio á las operaciones.

Aunque aquel ejército podía presentarse con confianza delante de cualquier enemigo, no podía pelear con probabilidades de buen éxito contra el ejército francés de Austerlitz y Jena, al cual era por otra parte muy inferior, en número, desde que Napoleón había tenido tiempo de sacar de Francia é Italia las nuevas fuerzas cuya larga enumeración hemos hecho anteriormente.

Con efecto, Napoleón acababa de recoger el fruto de sus incesantes afanes y admirable previsión, y armado, bien mantenido y reforzado con nuevos reclutas su ejército, se hallaba en estado de poder hacer frente á todos sus enemigos, tanto los que lo eran á las claras, como los que estaban prontos á declararse al primer suceso trágico que ocurriese. A su espalda tenía al mariscal Brune, con quince mil holandeses reunidos en las ciudades anseáticas; catorce mil españoles que habían salido de Liorna, Perpiñan y Bayona, y se hallaban en marcha hacia el Elba; quince mil wurtembergenses empleados recientemente en conquistar las plazas de Silesia; los diez y seis mil franceses de las divisiones de Boudet y Molitor, que acababan de llegar á Alemania; diez mil hombres de los batallones que guarnecían á Hameln, Magdeburgo, Spandau, Custring y Stettin, y por último el nuevo contingente pedido á la confederación del Rin. Es decir, que el mariscal Bru-

ne tenía á sus órdenes un ejército de cerca de ochenta mil hombres, que en caso necesario podía llevarse hasta ciento ó ciento diez mil, con los veinte y cinco mil soldados veteranos sacados de las costas de Francia.

Las tropas francesas que estaban cansadas, y los aliados en quienes menos confianza se tenía, daban la guarnición de Dantzig, ó seguían bloqueando á Colberga y Graudentz; dos nuevos cuerpos compensaban en el Vistula la disolución del de Augereau, cuales eran, según ya hemos visto los de los mariscales Mortier y Lannes, el primero de cuyos cuerpos, esto es el de Mortier, se componía del regimiento número 4.º de ligeros, los 15 y 58 de línea, y el municipal de París, que formaban la división de Dupas, así como de parte de los regimientos polacos recién creados; y el segundo, esto es el de Lannes, constaba de los famosos granaderos y cazadores de Oudinot, y los regimientos número 2.º y 12 de ligeros, y 3.º y 72 de línea, pertenecientes á la división de Verdier, debiendo los sajones constituir la tercera división del cuerpo de Lannes. Aquellos dos cuerpos se hallaban en los diferentes brazos en que se divide el Vistula por la parte baja, estando situado uno en Dirschau, y otro en Marienburgo, y el de Mortier podía presentar en fuego once ó doce mil hombres, así como el de Lannes quince mil, aunque su número nominal era mas considerable.

Allende el Vistula, y frente al enemigo, poseía Napoleón cinco cuerpos, además de la guardia y la caballería de reserva.

Ocupando Massena al mismo tiempo que el río Narew, el Omuleff, y teniendo la derecha cer-

ca de Varsovia, el centro en Ostrolenka, y la izquierda en Neidenburgo, guardaba el otro extremo de nuestra línea, con treinta y seis mil hombres, veinte y cuatro mil de los cuales estaban prontos á combatir, figurando en este número seis mil hãvaros.

En el hueco que quedaba entre Massena y los cantones del Passarge, patrullaba continuamente, ya por los bosques, ya por los pantanos que hay en aquel país, un cuerpo de polacos recién formado, esto es, el de Zayonschek, compuesto de cinco á seis mil hombres, de caballería en su mayor parte, y que aunque nominalmente pertenecía al cuerpo de Mortier.

Por último, detrás del Passarge estaban acantonados los cuerpos de los mariscales Ney, Davout, Soult y Bernadotte.

Ya hemos hecho una descripción del Passarge y el Alla, rios que nacen uno cerca de otro, de los muchos lagos que hay en aquel país, pero el primero de los cuales corre á nuestra izquierda perpendicularmente hácia el mar, mientras que el segundo en derechura delante de nosotros, y perpendicularmente hácia el Pregel, con lo cual forman ambos un ángulo; uno de cuyos lados ocupábamos nosotros y los rusos el otro. Cada uno de los dos ejércitos estaba formado, por lo demás, de un modo diferente en los lados de aquel ángulo, pues nosotros guarnecíamos el Passarge en toda su estension, que es de unas veinte leguas, desde Hohenstein hasta Braunsberga, y los rusos al contrario, con el fin de hacernos frente, se habian concentrado en la parte alta del Alla, cerca de Heilsberga.

El mariscal Ney, situado en el remate de aquel ángulo poco regular, como todos los que traza la naturaleza, ocupaba á un mismo tiempo el Alla y el Passarge, por Guttstadt y Deppen, con un cuerpo de veinte y cinco mil hombres, que podía suministrar diez y siete mil combatientes, tropa incomparable y digna del gefe que la mandaba.

En la misma altura, pero un poco detrás, se hallaba el mariscal Davout como Ney entre el Alla y el Passarge, entre Allenstein y Hohenstein, flanqueando á aquel, é impidiendo cogiese el enemigo la vuelta al ejército y penetrase hácia el Vistula por Osterode. Su cuerpo, modelo de disciplina y firmeza, y que era una imágen del gefe que lo mandaba, podía presentar en batalla treinta mil hombres de cuarenta mil de que se componía, porque, aquel mariscal era el que siempre tenia á sus órdenes mas gente á propósito para combatir, gracias á su vigilancia y vigor. El mariscal Soult, colocado á la izquierda de Ney, guardaba en Liebstadt la parte media del Passarge, teniendo puestos atrincherados en los puentes de Pittehn y Lomitten, y disponia de treinta á treinta y un mil hombres vivos y efectivos, á pesar de que su cuerpo constaba de cuarenta y tres mil. El mariscal Bernadotte defendia la parte baja del Passarge, desde Spanden á Braunsberga, con treinta y seis mil hombres, veinte y cuatro mil de los cuales estaban dispuestos á marchar; y la brillante division de Dupont ocupaba á Braunsberga y las avenidas del mar, ó Frische-Haff.

En fin, entre el Passarge y el Vistula, en una comarca sembrada de lagos y pantanos, se hallaba el cuartel general de Finkenstein, en que Na-

napoleon estaba acampado en medio de su guardia, compuesta de ocho á nueve mil combatientes vivos y efectivos, de doce mil que eran. Algo mas atrás, y á la izquierda andaba esparcida por las llanuras de Elbinga la caballeria de Murat, que comprendia toda la del ejército, á escepcion de los húsares y cazadores que se dejaron en cada cuerpo, como medio de proteccion, y que de treinta mil ginetes podia presentar veinte mil prontos á montar á caballo.

Tales eran las fuerzas de Napoleon, quien contaba con mas de cuatrocientos mil hombres entre franceses y aliados, desde el Rhin al Pasarge, y desde Bohemia al Báltico, con las tropas que estaban de marcha ó ya habian llegado al teatro de la guerra, las que tenia á su espalda ó dispuestas á tomar la ofensiva, y los soldados inválidos, heridos ó enfermos. Considerando únicamente las fuerzas con que iba á entrar en accion, y dejando á un lado el cuerpo de Massena, que estaba destinado á guardar el rio Narew, puede decirse que tenia á mano seis cuerpos, esto es, los de los mariscales Ney, Davout, Soult, Bernadotte, Lannes y Mortier, y ademas la caballeria y la guardia, los cuales componian ciento sesenta mil combatientes, aunque, en los estados figuraban doscientos veinte y cinco mil (1).

(1)	Fuerzas nominales.	Idem efectivas.
Ney.	25,000.	17,000.
Davout.	40,000.	30,000.
Soult.	45,000.	31 ó 32,000.
Bernadotte.	56,000.	24,000.
Murat.	50,000.	20,000.

Pero el tomar la ofensiva trae consigo el inconveniente de que cuanto mas se avanza, tanto mas se disminuye la fuerza de los ejércitos con el cansancio, la diseminacion y la necesidad de resguardarse. Supongamos por un momento que esos cuatrocientos mil hombres tuviesen que regresar al Rhin, no de resultas de una derrota, sino por un calculo de prudencia, y no podremos menos de conocer, que esceptuando los enfermos, cada hombre hubiera proporcionado un combatiente, cuando en el Vistula, por el contrario solo podia combatir menos de la mitad. Supongamos que hubiesen andado doscientas leguas mas, y veremos que únicamente la cuarta parte podia presentarse delante del enemigo; y eso que el que guiaba aquellas masas era el mayor organizador que ha existido jamás. Demos, pues, gracias á la naturaleza de las cosas, porque ha dispuesto que sea mas difícil atacar que defenderse.

Empero los ciento sesenta mil hombres que Napoleon tenia á su disposicion, despues de cubrir suficientemente sus flancos y retaguardias, se

	Fuerzas nominales.	Idem efectivas.
La Guardia.	12,000.	8 ó 9,000.
Lannes.	20,000.	15,000.
Y Mortier.	15,000.	10,000.
	221,000	155,000

Agregando á esta suma los polacos que mandaba Zayonschek, y que serian cinco mil vivos y efectivos, aunque nominales fuesen siete á ocho mil, tendremos un total de ciento sesenta mil combatientes, si bien ascendia el número nominal á doscientos veinte y seis mil.

hallaban todos en las filas, al paso que si aplicásemos al ejército ruso el mismo modo de contar, veríamos que de seguro no tenía ciento cuarenta mil hombres. Además, los soldados de Napoleón estaban completamente descansados, perfectamente mantenidos, vestidos según convenía á la guerra, es decir, abrigados y calzados, y bien provistos de armas y municiones. La caballería sobre todo, que se había repuesto en los llanos de la parte baja del Vístula, y remontándose con los mejores caballos de Alemania, hacía dos meses que se ocupaba en continuos ejercicios, y ofrecía un aspecto tan soberbio que queriendo Napoleón verla reunida en una llanura, se trasladó á Elbinga para pasarle revista; diez y ocho mil caballos, enorme masa movida nada más que por un jefe, esto es, el príncipe Murat, maniobraron delante de él durante todo un día, y tanta admiración le causaron á pesar de lo acostumbrado que estaba á ver grandes ejércitos, que al escribir una hora después á sus ministros, no pudo menos que elogiarles el hermoso espectáculo que acababan de presenciar sus ojos en los llanos de Elbinga.

Con una prevision de que tuvo grandes motivos para felicitarse á sí mismo, exigió Napoleón que desde 1.º de mayo saliesen todos los cuerpos de las aldeas en que estaban acantonados, para acampar por divisiones, al alcance unas de otras, en sitios bien escogidos y detrás de buenas obras de campaña. Este era el verdadero medio de que el enemigo no le sorprendiese, pues todos los ejércitos que han sido asaltados de improviso en sus cuarteles de invierno, han sufrido tal contratiempo por tener diseminadas acá y allá tropas que se

han separado del centro comun para buscar donde alojarse, y vivir á su sabor. Un ejército que hallándose en semejante posición sea atacado de pronto, puede perder antes de que tenga tiempo de reunirse, la mitad de su fuerza en cuanto al número, y por lo que hace á territorio, provincias y reinos enteros, de suerte, que no podía ser más prudente la precaucion de acampar; pero sin embargo, era difícil de conseguir, no solo de los soldados, sino de los jefes, pues tenían que dejar buenos cantones donde cada cual había acabado por establecerse con entera libertad, y que recibir de las provisiones víveres que encontraban con más seguridad en aquellos sitios. Napoleón lo exigió, no obstante, y á los diez ó quince días, todos los cuerpos estaban acampados en chozas, protegidas por obras de tierra ó inmensos derribos de árboles, maniobrando diariamente, y habiendo recobrado, gracias á su reunion en masa, la energía del espíritu militar, energía que varía hasta lo infinito, crece ó mengua, no solo con la victoria ó la derrota, sino con la actividad ó el reposo, con todas las circunstancias en fin, que ensanchan ó encogen el corazón humano, como si fuese un resorte.

La naturaleza, tan sombría en aquellos climas durante el invierno, pero que en ninguna parte carece de hermosura, sobre todo, cuando el sol le devuelve en la primavera la luz y la vida, convidaba á los hombres á moverse; los caballos tenían pasto en abundancia, que permitían dedicar todos los medios de conduccion á la subsistencia de las tropas; y los dos ejércitos se hallaban en presencia uno de otro á tiro de cañón, maniobran-

do algunas veces á su misma vista, sirviéndose recíprocamente de espectáculo, y absteniéndose de tirar, porque ambos estaban seguros de que pronto se pasaria de aquella tranquila actividad á una lucha sangrienta. De una y otra parte se esperaba la próxima renovación de las hostilidades, y todos se mantenian en guardia por temor de ser sorprendidos, sucediendo tambien un dia que á la caída de la tarde se oyó hácia Braunsberga, punto que ocupaba la division de Dupont, un ruido confuso de voces, como si se acercara un cuerpo numeroso de tropas. Los gefes acudieron al instante creyendo que al fin iba á empezar el ataque contra los cantones, y que los rusos tomaban la iniciativa; pero cuando se aproximaron al sitio de donde salia el ruido, vieron á los rusos contemplando con gran alborozo una multitud de cisnes silvestres, que se bañaban en las aguas del Passarge, cuyas orillas están llenas de ellos. (1)

Sin embargo, así que Napoleon regresó de Dantzic y Elbinga, viendo que nada le faltaba ya entre el Vistula y el Passarge, resolvió ponerse en movimiento el dia 10 de junio para dirigirse hácia el Alla, seguir rio abajo, separar á los rusos de Königsberg, tomar esta plaza delante de ellos y rechazarlos hácia el Niemen. Con este objeto mandó que para el espresado dia se racionase cada cuerpo de ejército con pan ó galleta para dos semanas, debiendo llevar los soldados raciones para cuatro dias en la mochila, y diez en los car-

(1) Estos pormenores están tomados de las Memorias militares del general Dupont, que son sumamente interesantes y aun no se han publicado.

ros; pero mientras se preparaba para volver á dar principio á las hostilidades, los rusos que estaban decididos á ganarle la delantera, determinaron poner en movimiento su ejército, cinco dias antes que el suyo. Se comprende que hubieran arrosado todos los azares de la ofensiva, cuando se trataba de salvar á Dantzic; pero que cuando ningun interés urgente les obligaba á apresurarse, se atrevieran á acometer á Napoleon en posiciones estudiadas desde mucho tiempo antes, así como defendidas con esmero, y esto únicamente porque nos hallábamos en la primavera, solo puede concebirse en un general que obrase sin reflexion, y se dejase llevar de vagos instintos mas bien que de una razon ilustrada. Aunque el enemigo hubiese estado seguro, que no lo estaba en manera alguna, de que las operaciones tendrian un buen resultado, oponiendo entonces tropas rusas á las francesas, nunca hubiera sido buen plan tomar la ofensiva contra Napoleon, situado como estaba en el Passarge, pues era cometer una serie de locuras atacar por mar, y tratar de apoderarse de Braunsberga, en la parte baja del Passarge, para ir en seguida á tropezar contra la parte baja del Vistula y Dantzic, cuya plaza ocupábamos. En cuanto á atacar por el lado opuesto, es decir, volver á subir el Alla, pasar por el punto donde nacen este rio y el Passarge, cogernos la vuelta por la derecha y deslizarse entre el mariscal Ney y el cuerpo de Massena, en el espacio que guardaban los polacos, era precisamente lo que deseaba Napoleon; pues en este caso subia por su izquierda, se colocaba entre los rusos y Königsberg, los cortaba de su base de operacio-

nes y los arrojaba en las intrincadas breñas que hay en lo interior de Polonia. De consiguiente, de tomar la ofensiva, tenía el enemigo que correr grandes riesgos, sin que se presentase á su vista ni un resultado ventajoso que poder alcanzar. La única conducta racional que podía adoptar el general ruso, la única cuyo buen acierto acreditó despues la esperiencia, desgraciadamente contra nosotros, era preciso esperar á Napoleon en el Pregel apoyando la derecha en Königsberg y la izquierda en Vehlau, defender bien aquella línea, replegarse en buen orden si se perdía, hácia el Niémen, atraer á los franceses á las hondonadas del imperio, evitando las grandes batallas, oponiéndoles de este modo un obstáculo temible, cual es el de las distancias, y negándoles la ventaja de que alcanzaran ruidosas victorias.

Peró el general Benningsen que habia prometido á su soberano sacaría de la batalla de Eylau las consecuencias mas brillantes, y no tardaria en indemnizarle ámpliamente de la toma de Dantzic, no podia prolongar por mas tiempo la inacción que observó mientras duró el sitio de aquella plaza, y creyéndose obligado á tomar la iniciativa, concibió el proyecto de arrojarse sobre el mariscal Ney, quien por lo muy avanzada que estaba su posicion, se prestaba á las sorpresas mas que ningun otro. Efectivamente, queriendo tener Napoleon bajo su dominio no solo el Passarge hasta donde nace, sino la parte alta del Alla, á fin de ocupar el remate del ángulo que describen dichos rios, colocó al mariscal Ney en Guttstadt, á orillas del Alla. Cualquiera, pues, que no conociese las precauciones que se tomaron para cor-

regir el inconveniente que al parecer resultaba de semejante situacion, hubiera creído que Ney estaba en el aire; pero todo estaba preparado de antemano para concentrar de pronto las tropas. Al mariscal Ney se le habia indicado que se retirase hácia Deppen, el mariscal Davout hácia Osterode, el mariscal Soult hácia Liebstadt y Mohrungeu, y el mariscal Bernadotte hácia Preuss-Holland; y si el enemigo insistia, andando unos y otros una jornada mas, debian reunirse en Saalfeld, con la guardia, Lannes, Mortier y Murat, en un laberinto de lagos y bosques, cuyas salidas conocia Napoleon únicamente, y donde preparaba un desastre al adversario imprudente que fuese á buscarle allí.

Sin penetrar ninguna de estas combinaciones, el general Benningsen resolvió apoderarse del cuerpo del mariscal Ney, para lo cual adoptó las disposiciones que creyó oportunas. Dirigió, pues, contra Ney la mayor parte de sus fuerzas, limitándose á hacer simples alardes contra los demas mariscales, y dispuso que tres columnas y aun cuatro, si se cuenta la guardia imperial, acompañadas de toda la caballería, subieran el Alla, y acometieran al mariscal Ney, de frente por Allkirch, por la izquierda por Wolfsdorf, y por la derecha por Guttstadt, mientras que llenando Platow, hetman de los cosacos, con sus exploradores, el espacio que nos separaba del rio Narew, y forzando con infantería ligera, el Alla por cima de Guttstadt, procuraba deslizarse entre los cuerpos de Ney y Davout. Durante este tiempo la guardia imperial mandada por el gran duque Constantino, debia situarse de reserva detras de las tres co-

lumnas encargadas de acometer al mariscal Ney, para ir á socorrer á la que desmayase; y una columna compuesta de dos divisiones, y mandada por el teniente general Doctorow, recibió orden de ir desde Olbersdorf hácia Lomitten, para atacar los puentes del mariscal Soult, impidiéndole socorriese á Ney; otra columna rusa y prusiana, mandada por los generales Kamenski y Rembow, se encargó de hacer un fuerte alarde sobre el puente de Spanden, que guardaba el mariscal Bernadotte, á fin de que fuese amenazado á un tiempo todo el Passarge; y en fin, el general prusiano Lestoeg debia presentarse delante de Braunschberg, con el objeto de aumentar la incertidumbre de los franceses acerca del plan general que iba envuelto en todos aquellos ataques.

Faltaba saber si las disposiciones del general ruso, bien calculadas en la apariencia, se ejecutarían con la exactitud necesaria para realizar operaciones tan complicadas, y no encontrarían á los franceses tan preparados y resueltos, que fuese imposible sorprenderlos y forzarlos en su posicion. Los movimientos de aquellas numerosas columnas, merced á los bosques y lagos que hay en aquel oscuro pais, escaparon á la penetracion de nuestros generales, quienes sospechaban que los rusos estaban dispuestos, pero estándolo ellos tambien, y esperando á cada momento la orden de marcha, no mostraban ni sorpresa ni temor, al ver los preparativos del enemigo.

Véase, pues, como la prevision puede mas que nada en la guerra: si aquel formidable ataque dirigido contra el mariscal Ney, se hubiese dado estando diseminadas nuestras tropas por las aldeas,

hubieran sido sorprendidas, y tenido que correr hácia atrás para reunirse: pero no sucedia así, y gracias á las órdenes de Napoleon, órdenes que no gustaron á los cuerpos, y que fué preciso repetir de un modo absoluto para que se les diese cumplimiento, las tropas estaban acampadas por divisiones cubiertas con obras de tierra y árboles derribados, y situadas de tal modo que podian defenderse largo tiempo, y socorrerse unas á otras, antes de verse obligadas á tener que ceder terreno.

El dia 5 de junio por la mañana, así que amaneció, la vanguardia rusa, mandada por el príncipe Bagration, se dirigió rápidamente hácia la posicion de Altkirch, que era una de las que ocupaba el mariscal Ney con una division, y no hizo caso de los puestos avanzados franceses que habia en los bosques, á fin de cogerlos así que los dejase atrás; pero como de resultas de estar acampadas nuestras tropas, dormían formadas en batalla, satisfechas mas bien que admiradas de ver al enemigo, llenas de sangre fria, y ejercitadas diariamente en tirar, hicieron sobre los rusos un fuego mortífero que los obligó á pararse bien pronto, no retirándose el regimiento número 39 que estaba situado delante de Altkirch, hasta que no vió cubierto de cadáveres el pie de las trincheras. Durante este tiempo, los ataques dirigidos contra Wolfsdorf á la izquierda, Guttstadt á la derecha y Bergfried mas á la derecha aun, se ejecutaban con vigor, pero afortunadamente sin ninguna armonía, de modo que el mariscal Ney tuvo tiempo de emprender la retirada. Así que se puso al frente de las tropas, conoció que el ejército ruso concentraba contra él su principal esfuerzo, y que habia

llegado el caso de tomar el camino de Deppen, señalado como línea de retirada, gracias á lo previsor que era Napoleón; y como tuviese una de las divisiones en Krossen, delante de Guttstadt, y otra detras, esto es en Glottau, las reunió, sin embargo de lo cual tuvo tiempo para recoger la artillería, los bagages y los puestos separados que habia en los bosques, llevándose todo, menos doscientos ó trescientos hombres que quedaban al extremo más avanzado de la selva de Amt-Guttstadt. En seguida tomó el camino que va de Guttstadt á Deppen, por Quetz y Ankendorf, atravesando lentamente el corto espacio que hay entre el Alla y el Passarge, deteniéndose con extraordinaria sangre fría para hacer fuego por ambas filas, cargando algunas veces á la bayoneta la infantería que la estrechaba de muy cerca, ó formándose en cuadro, haciendo fuego de fusilería á boca de jarro contra la innumerable caballería rusa, y causando en fin á los enemigos una admiración que ellos mismos espresaron algunos dias después (1). No queriendo ceder todo el espacio de

(1) Hé aquí como cuenta Platow la retirada que hizo el mariscal Ney hácia Deppen:

Los franceses, que pasaban por maestros en el arte de la guerra, resolvieron aquel dia un problema muy difícil, que fué emprender á la vista de un enemigo mucho más fuerte y que los estrechaba con vigor, una retirada que era indispensable, haciéndola lo menos perjudicial posible. Y efectivamente, salieron del paso con la mayor habilidad: la calma, el orden y la rapidez al mismo tiempo, con que el cuerpo de Ney se reunió al oír tres cañonazos; la sangre fría y la atenta circunspección con que ejecutó su retirada, oponiendo una resistencia que se renovaba á cada paso, y sabiendo sacar partido con maestría de cada po-

cuatro ó cinco leguas que separa en aquel sitio al Alla del Passarge, hizo alto en Ankendorf, habiendo tenido que habérselas con quince mil hombres de infantería y otros tantos de caballería; y no hay duda que si hubiesen obrado de consuno las dos columnas del príncipe Bagration y el teniente general Saken, y se hubiese unido á ellas la guardia imperial, es difícil que en presencia de sesenta mil hombres reunidos, no hubiera sufrido una derrota terrible. Por lo demás, perdió mil doscientos á mil quinientos hombres entre muertos y heridos; pero desbarató á mas de tres mil rusos, y el enemigo se detuvo así que llegó la tarde, sin motivo ninguno, como sucede siempre que no dirige los movimientos de las grandes masas un pensamiento firme y consecuente.

Aquel mismo dia pasó el río Alla el hetman Platow por Bergfried, é inundó de cosacos el país pantanoso y cubierto de árboles, que separaba el ejército grande de los puestos del mariscal Masseña; pero no era probable de ningún modo que se atreviese á acometer á los treinta mil hombres del mariscal Davout, quien al oír resonar á lo lejos el estruendo del cañon, se apresuró á reunir sus tropas entre el Alla y el Passarge, y tomó el camino

sición; todo esto prueba el talento del capitán que mandaba á los franceses, y lo acostumbrados que estaban á hacer la guerra con toda perfección, como si se tratase de la mejor de las disposiciones, y de ejecutar una bien entendida operación ofensiva. Para atacar con buen éxito, lo mismo que para oponer una resistencia regular en una retirada, se necesitan grandes cualidades, virtudes difíciles de practicar, y sin embargo es necesario que todo se reúna en un mismo personaje para formar un gran capitán.

de Alt-Ramten, que le permitia socorrer al mariscal Ney, al mismo tiempo que se acercaba á Osterode. Valiéndose sin embargo de un buen ardid de guerra, envió á uno de sus oficiales hácia donde se hallaba el enemigo, con intencion de que le cogiesen pliegos en que anunciaba no tardaria en llegar á la cabeza de cincuenta mil hombres, para defender al mariscal Ney. Por el lado opuesto, esto es, sobre la izquierda del cuerpo de Ney, atacó el enemigo á los mariscales Soult y Bernadotte conforme al plan en que habia convenido; pero el teniente general Doctorow, que marchó con dos divisiones por Wormditt y Olbersdorf sobre las cabezas de puente que guardaba el mariscal Soult, se encontró delante del Passarge con numerosos derribos de árboles, y tras ellos tiradores valientes que hacian un fuego continuado y bien dirigido, teniendo que batirse varias horas consecutivas para forzar los obstáculos que defendian las avenidas del puente de Lomitten. Apenas habia conseguido apoderarse de parte de los derribos de árboles, cuando unas compañías de reserva se arrojaron sobre sus tropas, lanzándolas de ellos á bayonetazos; unos destacamentos de caballería rusa que pasaron el Passarge por algunos vados, fueron rechazados por nuestros soldados de á caballo, y en todas partes quedó por las valientes tropas del mariscal Soult la corriente del Passarge, abandonando al fin únicamente á los rusos los árboles derribados y medio consumidos por el fuego, que habia delante del puente de Lomitten. El general Doctorow se detuvo á la caída de la tarde agobiado de cansancio, y desesperando de poder vencer semejantes obstáculos defendidos

por unos soldados como aquellos; pero como los rusos atacaban con el pecho descubierto á tropas que estaban bien resguardadas, tuvieron mas de dos mil hombres fuera de combate, causándonos únicamente una pérdida de mil. Los generales Ferey y Viviés de la division de Carra-Saint-Cyr, se cubrieron de gloria en el puente de Lomitten, con los regimientos números 47 y 56 de línea y el 24 de ligeros.

Una accion casi igual se dió en el puente de Spanden, que dependia del mariscal Bernadotte. Cubierto dicho puente con una trinchera de tierra, custodiaba aquel puesto el 27 de ligeros, teniendo detras las dos brigadas de la division de Villate; y desde el principio de la accion recibió en el cuello el mariscal Bernadotte una herida que le obligó á resignar el mando en el general Maison, gefe de su estado mayor y uno de los oficiales mas inteligentes y enérgicos del ejército. Unidos allí los rusos á los prusianos, hicieron durante mucho tiempo fuego de cañon contra la cabeza del puente, y cuando creyeron que las tropas que lo defendian titubeaban, avanzaron con intencion de escalarlo; pero los soldados del 27 de ligeros recibieron orden de tenderse en el suelo, á fin de no ser vistos. De este modo dejaron que el enemigo llegase hasta el pie de la obra atrincherada, y despues de una descarga hecha á boca de jarro, derribaron trescientos hombres, hiriendo á otros varios centenares: aterrados los rusos y prusianos, se desbandaron, retirándose en desorden, y desembocando entonces por la cabeza de puente el regimiento número 47 de dragones, se arrojó sobre ellos á galope, acuchillando á un buen número.

El ataque no se llevó mas lejos en aquel punto, pero costó al enemigo de seiscientos á setecientos hombres, siendo así que nuestra pérdida fué insignificante.

Aquel modo vigoroso con que los rusos fueron recibidos en todo lo largo del Passarge, les causó una sorpresa fácil de concebir, y produjo un principio de indecision en proyectos, sobrado poco meditados, para que los prosiguieran con constancia. La columna rusa y prusiana de los generales Kamenski y Rembow, que fué derrotada en Spanden, aguardó órdenes ulteriores, antes de acometer nuevas hazañas; el teniente general Doctorow, que tuvo que detenerse en el puente de Lomitten, subió el Passarge, para ver de acercarse al grueso del ejército ruso; y el general Benningsen, que se hallaba en Quetz rodeado de la mayor parte de sus tropas, viendo que no habia podido apoderarse por sorpresa del cuerpo del mariscal Ney, aunque le obligó á retroceder, y sin acertar á darse cuenta á sí mismo de todos los obstáculos que iba á encontrar, resolvió hacer otro esfuerzo á la mañana siguiente, contra aquel mismo cuerpo, objeto de sus mas violentos ataques.

Seis ó siete horas despues de haber hecho aquellas tentativas simultáneas sobre la línea del Passarge, Napoleon lo supo en Finkenstein, pues apenas distaba doce leguas del mas lejano de sus lugartenientes; y habia tenido cuidado de preparar sus medios de correspondencia de modo que pudiera saber hasta los menores incidentes con estremada prontitud. Con anticiparse el enemigo cinco dias solamente, puesto que él habia dado sus órdenes para el 10 de junio, no le cogia de

improviso, y como tenia formado su plan para todos los casos que pudieran ocurrir, no mostró la mas mínima indecision, ni debia paralizar sus disposiciones ninguna pérdida de tiempo. Aprobó, pues, la conducta del mariscal Ney, le elogió como merecia, y le mandó se retirase en buen orden á Deppen, y que sino podia defender el Passarge en el mismo Deppen, se replegase por medio del laberinto de lagos, primero á Liebemühl, y en seguida á Saalfeld. Tambien mandó al mariscal Davout que se reuniese inmediatamente con sus tres divisiones sobre el flanco izquierdo de Ney, dirigiéndose hácia Osterode, lo cual se habia ya realizado, como hemos visto; y al mariscal Soult que insistiese en defender el Passarge, sin perjuicio de retirarse hácia Mohrungeu, y de esta poblacion á Saalfeld, si el enemigo forzaba su posicion, ó la de alguno de los mariscales que estaban á sus inmediaciones. Por último, estas mismas instrucciones se dieron al cuerpo del mariscal Bernadotte, indicándole por línea de retirada el camino que vá de Preuss-Holland á Saalfeld.

Mientras Napoleon conducia hácia esta última poblacion los lugartenientes que estaban situados delante, llamó al mismo punto á los situados detrás, mandando al mariscal Lannes que marchase de Marienburgo á Cristbourgo y Saalfeld; al mariscal Mortier, que se hallaba en Dirschau, que siguiese el mismo camino, y tanto al uno como al otro que llevasen consigo todos los viveres que pudieran. La caballeria ligera debia reunirse en Elbinga, y la pesada en Cristbourgo, dirigiéndose hácia Saalfeld, y las tres divisiones de dragones que estaban acampadas á la derecha de Bischoffs-

werder, Strasburgo y Soldau recibieron órden de reunirse por Osterode al rededor del cuerpo de Davout, debiendo todos ellos llevar viveres por medio de los carros preparados de antemano. Para que todas aquellas tropas se concentrasen, y se reuniesen entre Saalfeld y Osterode ciento sesenta mil hombres, se necesitaba cuarenta y ocho horas; pero Napoleon hizo ademas marchar la guardia de Finkenstein hácia Saalfeld, disponiéndose él tambien á dejar aquella poblacion en la mañana del 6, cuando el enemigo hubiese dejado ver mas á las claras sus movimientos é intenciones. En consecuencia, mandó su servidumbre á Dantzic, como igualmente á Mr. de Talleyrand, que era poco á propósito para las fatigas y peligros del cuartel general.

Efectivamente, el día 6 las columnas rusas encargadas de proseguir el ataque empezado contra el cuerpo del mariscal Ney, estaban mas concentradas de resultas del movimiento ofensivo que habian hecho la vispera; y el mariscal Ney iba á tener que habérselas con treinta mil hombres de infantería y quince mil de caballería. Despues de las pérdidas que sufrió el dia anterior, solo podía oponer al enemigo quince mil hombres, pero todo lo habia previsto de antemano, enviando mas allá de Deppen los heridos y bagages, para que el camino quedase despejado, y su cuerpo de ejército no encontrase al paso ningun obstáculo. Luego, en vez de levantar el campo de prisa y corriendo, esperó orgulloso al enemigo, formando las brigadas de que se componian sus divisiones en escalones que se dejaban atrás unos á otros, y disponiendo que antes de retirarse cada escalon, hiciese fuego,

cargase algunas veces tambien á la bayoneta, y despues se replegase, dejando al siguiente escalon el cuidado de contener á los rusos. En terreno descubierto y con tropas menos sólidas, semejante retirada hubiera acabado en una derrota; pero gracias á la habilidad con que escogia las posiciones, y al extraordinario aplomo de sus soldados, el mariscal Ney invirtió varias horas en pasar un espacio que cuando menos era de dos leguas. A cada momento veia arrojarse sobre sus bayonetas una multitud de ginetes; pero todos sus esfuerzos iban á estrellarse contra aquellos cuadros impenetrables, hasta que al llegar á un lago de poca importancia, el enemigo cometió el disparate de dividirse, á fin de pasarlo, parte á la derecha, y parte á la izquierda. El intrépido mariscal Ney, aprovechando la oportunidad con tanta resolucion como presencia de espíritu, se detiene, vuelve á tomar la ofensiva contra el enemigo dividido, lo carga con vigor, lo rechaza á lo lejos y tiene con esto tiempo de llegar tranquilamente al puente de Deppen, detras del cual debia estar al abrigo de todo ataque. Luego que llegó á aquel sitio, colocó ventajosamente la artillería delante del Passarge, y apenas se presentó el enemigo, lo acribilló á balazos.

Aquella jornada, que nos costó algunos centenares de hombres, pero dos ó tres veces mas al enemigo, aumentó la admiracion que causaba á ambos ejércitos la intrepidez del mariscal Ney. A nuestra izquierda, y á lo largo de la parte baja del Passarge, las columnas rusas permanecieron inmóviles, aguardando el resultado de la accion trabada entre Guttstadt y Deppen, y á nuestra de-

recha el cuerpo del mariscal Davout, que marchaba hacia aquella población, se dirigió sin ningún contratiempo sobre el flanco del mariscal Ney, á fin de protegerle, ó llegar á Osterode.

Con semejantes lugartenientes y soldados, las combinaciones de Napoleon tenían, además del mérito de haber sido concebidas, la ventaja de que serian ejecutadas casi infaliblemente. Así, pues, el 6 por la noche, luego que Napoleon dirigió á Saalfeld cuanto quedaba detrás, se trasladó allí para juzgar de los sucesos por sí mismo, y recoger sus lugartenientes, caso de que fuesen rechazados, ó dirigir sobre uno de ellos sus tropas en masa si habian conseguido mantenerse firmes, á fin de tomar la ofensiva á su vez con una superioridad de fuerzas capaz de destruir completamente al enemigo. Así que llegó á Saalfeld, supo que todo el día habia reinado la mayor calma en la parte baja del Passarge, que en la parte alta habia emprendido Ney hacia Deppen una retirada felicísima, y que el mariscal Davout se hallaba ya en marcha sobre el flanco derecho de Ney, hacia Alt-Ramten, de suerte que las cosas no podian ir mejor.

El 7 por la mañana resolvió Napoleon ir á Deppen para reconocer los puestos avanzados; pero antes mandó á todos los cuerpos que se dirigiesen hacia Saalfeld, y le siguieran al mismo Deppen. El 7 en la noche se trasladó á Alt-Reichau, y como supiese tambien que todo seguía tranquilo, marchó el 8 por la mañana á Deppen, felicitó al mariscal Ney, así como á sus tropas, por la brillante conducta que habian observado, vió al ejército ruso inmóvil, como todo ejército cuyo gefe no sabe

qué partido tomar, y mandó hacer un gran alarde de fuerzas para conocer sus verdaderos designios; pero los rusos lo rechazaron de modo que probaron estaban mas dispuestos á retroceder, que á insistir en su marcha ofensiva.

Efectivamente, viendo el general Benningsen cuán inútiles eran los esfuerzos hechos contra el cuerpo del mariscal Ney, el mal éxito que tuvo en los demas puntos del Passarge, y sobre todo la rapidez con que se habia concentrado el ejército francés, conoció bien pronto que si hacia un movimiento mas pronunciado hacia Varsovia, teniendo como tenia á Napoleon sobre el flanco derecho, iba á sufrir un desastre. Tomó, pues, el partido de detenerse, y despues que pasó el día 7 en Guttstadt, en una indecision natural en circunstancias tan graves, se decidió al fin á volver á pasar el rio Alla, y á dirigirse á Heilsberga, para ocupar allí la posicion defensiva que habia preparado hacia mucho tiempo por medio de buenas obras de campaña. En la noche del 7 mandó á su ejército retrocediese hasta Quetz, y al saber el 8 que la mayor parte de los cuerpos franceses marchaban hacia Deppen, se confirmó en su resolucion de retirarse, mandando á todas sus divisiones que se dirigieran hacia Heilsberga bajando el rio Alla. La parte de tropas que habia avanzado mas entre Guttstadt y Deppen, debia escabullirse al momento, volviendo á pasar el Alla inmediatamente, y ganando á Heilsberga por la margen derecha, para lo cual se echaron cuatro puentes en dicho rio, y el principe Bagration se encargó de proteger aquella retirada con su division y los cosacos. Las demas columnas que no habian pene-

trado tanto en aquella direccion, debian ganar simplemente la posicion de Heilsberga por Launau; y la márgen izquierda, y la mas lejana de todas, esto es, la del general Kamenski, que era la que habia atacado en union con los prusianos la cabeza de puente de Spanden, recibió orden de retirarse por Mehlsak, con lo cual tenia que recorrer la base del triángulo que forman Spanden, Heilsberga y Guttstadt. Por lo demas, se trajo únicamente la caballeria, dejando la infanteria de los prusianos al general Lestocq, quien debia volver á encaminarse hácia atras para proteger á Königsberg, con gran riesgo de ser cortado por el ejército ruso, pues siguiendo las orillas del mar mientras el general Benningsen seguia las del Alla, iba á ser separado de este por una distancia de quince á diez y ocho leguas.

El 8 por la noche estaba en plena retirada el ejército ruso, y el 9 acabó de atravesar el Passarge por los alrededores de Guttstadt; pero de pronto se presentaron los franceses, porque ya habia reunida al rededor de Deppen una porcion considerable de nuestras tropas. Lannes, que habia salido de Marienburgo, la guardia de Finkenstein, y Murat de Cristbourgo, llegaron á Deppen el 8 por la noche, y formaban con el cuerpo del mariscal Ney una masa de cincuenta á sesenta mil hombres, de suerte que se apresuraron á estrechar al enemigo. La caballeria de Murat atravesó el Alla á nado, y siguió la pista al príncipe Bagration; pero los cosacos se portaron mejor que de costumbre, apiñándose en masa en derredor de la infanteria, y sufriendo con valor, para unos partidarios que eran, el fuego de nuestra artilleria ligera.

Durante este tiempo, el mariscal Soult pasó por orden de Napoleon el Passarge en Elditten, se encontró con el cuerpo del general Kamenski hácia Wolfsdorf, arrolló á uno de sus destacamentos, y le hizo muchos prisioneros. El mariscal Davout volvió á tomar su direccion, pues en vez de retirarse ó marchar hácia adelante, se acercaba á Guttstadt, de suerte que Napoleon iba á tener á mano los cuerpos de los mariscales Davout, Ney, Lannes y Soult, y ademas la guardia y Murat, que nunca le dejaban, y el mariscal Mortier que se hallaba una jornada mas atrás. Todos aquellos cuerpos componian una fuerza de ciento veinte y seis mil hombres (1), sin incluir el cuerpo de Bernadotte, que se quedó en la parte baja del Passarge, y que era preciso permaneciese allí dos ó tres dias mas para observar la conducta de los prusianos; pero así que estos retrocediesen de resultas de nuestra marcha hácia adelante, Napoleon podia atraer, hácia sí siempre que lo tuviera á bien, al mariscal Bernadotte, y tener de este modo á su disposicion ciento cincuenta mil combatientes; estando privado únicamente del cuerpo de Massena, cuya presencia era indispensable en el Narew. El general Benningsen, al contrario,

(1)	Davout . . . . .	50,000
	Ney . . . . .	15,000
	Lannes . . . . .	15,000
	Soult . . . . .	50,000
	La Guardia . . . . .	8,000
	Murat . . . . .	18,000
	Y Mortier . . . . .	10,000
		426,000

separado lo mismo que Napoleón del cuerpo que quedó en el Narew (se componía de diez y ocho mil hombres), y condenado al bajar el Alla á separarse de Lestocg (tenía á sus órdenes otros diez y ocho mil hombres), iba á presentarse delante de Napoleón solo con la masa central de sus fuerzas, es decir, con cerca de cien mil hombres, menos seis ó siete mil, entre muertos y heridos, que quedaron al pie de nuestras obras atrincheradas.

El plan de Napoleón era bueno, por lo mismo que era una consecuencia de cuanto había previsto, querido y preparado durante los últimos cuatro meses. Efectivamente, desde que tomó la bien entendida disposición de acantonarse entre el Passarge y la parte baja del Vistula, ocupó fuertemente á Braunsberga, Elbinga y Marienburgo, y tomó á Dantzic, se hizo invencible por la izquierda y hacía el mar, teniendo los rusos que atacarle por la derecha, es decir, que volver á subir el Alla para amenazar á Varsovia. Desde ese momento estaba trazada su maniobra, debiendo dirigirse á su vez hácia adelante, dejar atrás la derecha de los rusos, interceptarles el camino del mar, rechazarlos hácia el Alla y el Pregel, llegar antes que ellos á Königsberga, y tomar á su misma vista aquel precioso depósito que contenía los últimos recursos de los prusianos, y los socorros que los ingleses habían enviado á la coalición. Quanto mas penetrasen los rusos en la parte alta del Alla, tanto mayor debía ser el resultado de aquella maniobra; pues aunque acababan de pararse de pronto para volver á bajar dicho río por la orilla derecha, Napoleón iba también á bajarlo

en seguimiento suyo por la margen izquierda, casi seguro de aventajarles en celeridad, llegar al instante que ellos á la confluencia del Alla y el Pregel, y hacerles sufrir en el camino un gran descalabro, como intentase volver á pasar el río delante de él, para ir á socorrer á Königsberga.

Unas miras tan profundamente meditadas y formadas con tanta antelación, debían convertirse bien pronto en disposiciones formales; y así sin perder un solo instante en deliberar, Napoleón mandó el día 9 al mariscal Davout, que se reuniese inmediatamente con la derecha del ejército; al mariscal Ney, que descansase un día en Guttstadt, de sus duros combates para incorporarse en seguida al mismo ejército; al mariscal Soult, que se hallaba un poco á la izquierda cerca de Lauenau, que costease el Alla, para llegar á Heilsberga, precedido y seguido por la caballería de Murat; al mariscal Lannes que acompañase á Soult; y por último, al mariscal Mortier que apresurase el paso para reunirse con el grueso del ejército. También él siguió con la guardia aquel movimiento, disponiendo que el cuerpo del mariscal Bernadotte, mandado interinamente por el general Victor, se concentrase en la parte baja del Passarge, á fin de dirigirse mas allá, luego que se conociesen mejor los proyectos del enemigo.

El día 10 de junio efectivamente, marcharon nuestras tropas hácia Heilsberga por la orilla izquierda del Alla, y al pasar un desfiladero que hay cerca de una aldea llamada Bewerniken, encontraron una fuerte retaguardia, que fué rechazada bien pronto, yendo en seguida á parar á

la vista de las posiciones que ocupaba el ejército ruso.

Después de hacer tan presuntuosos alardes de fuerza, el general enemigo debía sentirse tentado á no huir tan pronto, ni pararse á fin de pelear sobre todo en una posición que habia costado tantas precauciones, para que fuese algo mas ventajosa caso de darse una gran batalla; pero esto hubiera sido poco prudente, pues el tiempo urgía, si no queria le interceptásemos el camino de Königsberg. Sin embargo, el orgullo pudo mas que la razon, y el general Benningsen resolvió esperar al ejército francés delante de Heilsberga.

Esta poblacion está situada en unas alturas, por entre las que circula el rio Alla, y en ellas habia levantado el enemigo una porcion de reductos que ocupaba el ejército ruso, dividido entre ambas orillas; pero este inconveniente bastante grave, lo habian salvado estableciendo cuatro puentes en los puntos entrantes mas resguardados, para que las tropas pudieran pasar de una orilla á otra. Como según todas las indicaciones, los franceses debian llegar por la márgen izquierda del Alla, allí se hallaban aglomeradas la mayor parte de las tropas rusas, habiendo dejado únicamente el general Benningsen en los reductos de la márgen derecha la guardia imperial, y la division de Bagration, cansada de los combates que sostuvo los dias anteriores. Habianse formado baterías para tirar de una orilla á otra, y en la izquierda, que es por donde nosotros debiamos atacar, se veia el grueso del ejército enemigo protegido por tres reductos erizados de cañones. El general Kamenski, que se incorporó al ejército el

dia 10, defendia aquellos reductos, y detrás, algo mas arriba, estaba formada en dos lineas la infantería rusa, componiendo la primera línea el 4.º y 3.º batallón de cada regimiento enteramente desplegados, y la segunda los segundos batallones formados en columna detrás de los primeros, y en los huecos que entre ellos quedaban, mientras que doce batallones, colocados algo mas lejos estaban destinados á servir de reserva. En toda aquella línea de batalla, y formando una especie de corchete á la derecha y hacia atrás, se hallaba toda la línea rusa, reforzada con la prusiana, y presentando una masa de escuadrones sumamente desproporcionada. Por último, mas á la derecha y hacia Konegen, estaban de observacion los cosacos, ocupando algunos destacamentos de caballería ligera unos cuantos bosquecillos que habia acá y allá por delante de la posición. De consiguiente, los franceses que llegasen hacia Heilsberga, tenian que sufrir el fuego de los reductos de la orilla derecha, de frente el de los de la izquierda, los ataques ademas de una infantería numerosa, y las cargas de una caballería que lo era mucho mas; pero animados con el ardor del triunfo, persuadidos de que el enemigo no pensaba mas que en huir, y deseando arrancarle algunos trofeos antes de que tuviera tiempo de escaparse, no hacian caso ni del número ni de las posiciones. Este espíritu era comun en generales y soldados, y como Napoleon no estaba allí aun para contener su ardor, el príncipe Murat y el mariscal Soult desembocaron hacia Heilsberga, y acometieron á los rusos, antes de que les siguiese el resto del ejército. El príncipe de Bagration, que al prínci-

pio estuvo situado en la orilla derecha, se trasladó á la izquierda rápidamente para defender el desfiladero de Bewerniken, y el general Benningesen le dió por apoyo el general Uwarow con veinte y cinco escuadrones; pero el mariscal Soult forzó el desfiladero, y tuvo buen cuidado de poner en batería treinta y seis piezas, con lo cual pudieron desplegarse sus tropas fácilmente. La division de Carra-Saint-Cyr fué la primera que se presentó en columna por brigadas, y arrolló á la infantería rusa hasta mas allá de un barranco que bajaba de la aldea de Lawden al Alla; y gracias á aquel movimiento, pudo desplegarse la caballería de Murat, pero agoviada de cansancio y sin estar aun reunida toda ella, le acometió el general Uwarow con sus veinte y cinco escuadrones en el momento en que estaba formándose: no pudo menos, pues, de perder terreno y corrió á rehacerse detrás, pero cargó de nuevo y recobró la ventaja. La division de Carra-Saint-Cyr, rodeaba el barranco mas allá del que habia rechazado á los rusos, y como tuviesen que arrostrar de frente el fuego de los reductos de la orilla izquierda, y por el flanco los de la derecha, sufrió cruelmente, hasta que fué á reemplazarla la division de Saint-Hilaire, pasando en columna cerrada por enmedio de los huecos de nuestra línea de batalla. Aquella valiente division atravesó el barranco, arrolló á los rusos, y los siguió hasta el pie de los tres reductos que cubrian su centro, mientras la caballería de Murat se arrojaba sobre la del príncipe Bagration, la destrozaba completamente, y mataba al general Koring. A todo esto, la division de Legrand, que era la tercera del mariscal

Soult, entraba en batalla, y tomaba posiciones á nuestra izquierda, por delante de la aldea de Lawden, rechazando despues á los tiradores enemigos de los bosquecillos que habia entre ambos ejércitos, y llegando tambien al pie de los reductos que constituian la fuerza de la posicion de los rusos. Entonces el general Legrand segregó de su principal fuerza el regimiento número 26 de ligeros para que atacase el reducto que se hallaba mas cerca, y aquel intrépido regimiento se lanzó á él á paso de carga, penetró á pesar de las tropas del general Kamenski, y se apoderó del espresado reducto, despues de un combate encarnizado; pero el oficial que mandaba la artillería enemiga se llevó los cañones á galope, los asestó sobre el terreno que dominaba el reducto, y empezó á vomitar metralla contra el 26, al cual causó enormes pérdidas. En aquel mismo instante, viendo el general ruso Warnek el mal estado en que se hallaba aquel regimiento, se arrojó sobre él á la cabeza del que mandaba Kalouga, y recobró el reducto, sin que el 55, que formaba la izquierda de de la division de Saint-Hilaire, y que estaba inmediato al 26, pudiera volver las cosas al estado en que antes se hallaban; pues al contrario, tuvo que reunirse con su division despues de perder su águila. Nuestros soldados quedaron de este modo espuestos á tener que sufrir el fuego de una artillería numerosa y bien servida, sin desmayar por eso; entonces quiso valerse el general Benningesen de su inmensa caballería, y mandó dar varias cargas contra las divisiones de Legrand y Saint-Hilaire; pero estas sufrieron dichas cargas con admirable sangre fria, y dieron tiempo á que

la caballería francesa se formase tras de ellas, para cargar á su vez á los escuadrones rusos. Situado el mariscal Soult en medio de un cuadro en que se hallaban mezclados franceses, rusos, ginetes desmontados y peones heridos, mantenía á todo el mundo en los límites del deber con su enérgica actitud. Napoleón, que aun se hallaba distante del sitio del combate, así que oyó cañonazos, dió al general Savary los fusileros de la guardia, para que fuese á socorrer á los cuerpos que se habían comprometido temerariamente, y apresurando el paso Savary, tomó posición entre las divisiones de Saint-Hilaire y Legrand. Formado en cuadro, sufrió por largo espacio de tiempo las cargas de la caballería rusa, que hubieran sido muy peligrosas con el horrible fuego que al mismo tiempo se nos hacia de los reductos, si nuestras tropas no hubiesen sido tan firmes ni hubieran tenido tan buenos gefes. Al valiente general Roussel, que se hallaba espada en mano, en medio de los fusileros de la guardia, le llevó la cabeza una bala de cañón, y aquel combate imprudente, en que treinta mil franceses peleaban á pecho descubierto contra noventa mil rusos resguardados con reductos, se prolongó hasta muy avanzada la noche. El mariscal Lannes apareció al fin por el extremo derecho, y tanteó la posición del enemigo; pero no quiso emprender nada sin mandato del emperador: por lo demás, á poco cesaron los cañonazos, y cada cual trató de tomar un poco de descanso, tendiéndose en el suelo en una noche lluviosa como aquella. Los rusos, mas numerosos que nosotros y que estaban más apinados, sufrieron una pérdida muy superior á la

nuestra pues dejaron en el campo tres mil muertos y siete ú ocho mil heridos, al paso que nosotros tuvimos dos mil muertos y cinco mil heridos.

Napoleón, que llegó tarde por que no suponía que el enemigo se detuviese tan pronto para resistirle, quedó muy satisfecho de la energía de sus tropas, pero no tanto de la prisa que se habían dado á entrar en lucha, y resolvió esperar á que amaneciese, para dar la batalla con sus fuerzas reunidas, si los rusos insistían en defender la posición de Heilsberga, ó para perseguirlos á muerte, si levantaban el campo. Vivaqueó, pues, con sus soldados en un terreno en que yacían diez y ocho mil rusos y franceses, entre muertos, moribundos y heridos.

Preso el general Benningsen de agudos sufrimientos y terribles dudas, pasó la noche en el vivac embozado en su capa (1), debiendo decir que si se necesita tener un alma muy fuerte para arrostrar á un mismo tiempo los dolores físicos y morales, el general Benningsen era capaz de sufrir unos y otros. Así es que, participando á la vez de la satisfacción de haber hecho frente á los franceses y del temor de verlos á la mañana siguiente reunidos todos delante de él, esperó á que fuese de día para tomar un partido, mientras que nuestras tropas por su parte estaban en pie desde las cuatro de la mañana, recogiendo los heridos, y disparando algunos fusilazos contra los puestos avanzados del enemigo, á que estos les contestaban también. A todo esto nuestros cuer-

(1) El historiador ruso Plotko dice que el general Benningsen padecía mal de piedra.

pos de ejército iban tomando posición, yendo á situarse la víspera el mariscal Lannes á la izquierda del mariscal Soult, y empezando á presentarse por la izquierda de Lannes, esto es, hácia Grossendorf, el cuerpo del mariscal Davout. La guardia de á pie y á caballo se desplegó en las alturas de detrás, y todo anunciaba un ataque decisivo con masas formidables, á cuyo aspecto, pero sobre todo al ver el cuerpo del mariscal Davout, que sobresalía al ejército ruso en Grossendorf, y se dirigía al parecer hácia Kœnigsberg, se determinó el general Benningsen á emprender la retirada, porque no quería perder al mismo tiempo que un día una batalla, y esponerse á ir á socorrer á Kœnigsberg, tal vez demasiado tarde, y tal vez tambien cuando estuviese medio destruido. El general Kamenski debia partir antes que nadie, á fin de llegar con tiempo al camino de Kœnigsberg, y unirse á los prusianos con quienes estaba acostumbrado á pelear; y despues que el general Benningsen sacó de Heilsberga cuanto podia conducir, se puso en marcha con su ejército por la orilla derecha del Alla, en todo el día 11, encaminándose dividido en cuatro columnas hácia Bartenstein, primer puesto despues de Heilsberga, y donde estuvo en otro tiempo su cuartel general.

Napoleon empleó parte del día en observar aquella posición, y si no atacó con su acostumbrada prontitud, fué porque no tenia mucha prisa de dar la batalla en un terreno como aquel, y porque no dudaba que si dirigia su izquierda hácia adelante, haria con aquel simple alarde que el enemigo levantase el campo. Efectivamente, viendo

que todo sucedia como habia previsto, entró aquella misma noche con la guardia en Heilsberga, donde halló bastantes provisiones y muchos heridos rusos, á quienes mandó cuidar como á los franceses, y cuyo número atestiguaba que el ejército enemigo perdió la víspera diez ú once mil hombres.

La jornada de Heilsberga no podia cambiar los planes de Napoleon, cuya intencion debia ser siempre adelantarse á los rusos, separarlos de Kœnigsberg, y aprovecharse del primer movimiento falso que hiciesen para acercarse á aquella plaza importante, que era su base de operaciones. Es verdad que aquella vez no se pusieron en situacion de poder ser derrotados, pero no podia tardar en presentarse la ocasion favorable que aguardaba, siendo preciso, para que faltase esa ocasion, que el general Benningsen, cuya posición era muy difícil, no cometiese una falta.

Para mejor conseguir su objeto, Napoleon modificó algun tanto su marcha, segun vamos á ver: saliendo de Heilsberga, y aun de Launau, el rio Alla tuerce á la derecha, dando mil rodeos, y ofrece un camino muy largo, si se quiere seguir su curso; un camino que ademas aleja al que marcha por él, del mar y Kœnigsberg. Como el general Benningsen necesitaba el Alla para apoyarse en él, tenia que recorrer sus vueltas y revueltas; pero Napoleon al contrario, que lo que queria era encontrar á su enemigo falto de apoyo, y que necesitaba mas que nada tomar una posición intermedia en Kœnigsberg y el Alla, desde donde pudiera enviar un destacamento sobre aquella población, sin alejarse demasiado de él, podia dejar las

orillas del espesado rio sin inconveniente, y aun con ventaja. En consecuencia, resolvió dirigirse á un camino intermedio, que recorrió el invierno último, esto es el que vá de Landsberga á Eylau, subiendo en línea recta hácia el rio Pregel. Al llegar á aquel camino, y mas allá de Eylau, es decir en Dömnau, se encuentra uno por la izquierda á dos jornadas de Königsberg, y por la derecha á una solamente del Alla y la ciudad de Friedland, porque despues de dar este rio una porcion de vueltas, vuelve á dirigirse hácia el O, con lo cual dista en Friedland mucho menos de Königsberg que en ninguna otra parte de su curso. Desde allí, pues, si la fortuna favorecía á Napoleon, y se mostraba tan hábil como siempre, tenia las mejores probabilidades de apoderarse de Königsberg con una mano, y descargar con la otra un golpe terrible, sobre el ejército ruso.

Así, pues, Napoleon dirigió hácia Landsberga á Murat con parte de la caballería, haciendo que le siguiesen los cuerpos de los mariscales Soult y Davout destinados á formar el ala izquierda del ejército, y á estenderse hácia Königsberg, ó ir á parar al centro, si se les necesitaba para dar la batalla; dejó en el Alla el resto de la caballería compuesta de cazadores, húsares y dragones, á fin de que se batiesen las orillas de aquel rio, y siguieran la pista al enemigo; dirigió sobre Eylau por Landsberga el cuerpo de Lannes que tenia á mano, el de Ney que habia permanecido un dia en Guttstadt para tomar allí descanso, y el de Mortier que se hallaba todavia una jornada atrás, haciendo que cada uno de ellos avanzase por una

senda diferente, para evitar el aglomeramiento de tropas, pero de modo que pudiera reunirlos en unas cuantas horas; y por último, como los prusianos, que se retiraban hácia Königsberg, no merecian se fijase en ellos la atención, el cuerpo de Bernadotte, que quedó interinamente en la parte baja del Passarge, recibió orden de ir á reunirse inmediatamente con el ejército por Mehlsack y Eylau.

Estas disposiciones, y otras muchas relativas á los almacenes, los hornos y los hospitales que queria organizar en Heilsberga, á la gran provision de viveres que habia en Dantzic y de que no cesaba de cuidar, y á la navegacion de Frisch-Haff, de que se apoderó, cerrando el paso de Pillau, y haciendo que cruzasen por él en las embarcaciones propias del pais los marinos de la guardia, estas disposiciones, decimos, retuvieron á Napoleon en Heilsberga todo el dia 12, en cuyo intervalo iban marchando sus cuerpos, y le era fácil alcanzarlos á caballo en pocas horas.

El 13 por la mañana, se trasladó á Eylau, y se encontró no la llanura cubierta de nieve, y de un aspecto triste y sombrío que inundó tanta sangre el dia 8 de febrero, sino un pais risueño y fértil, lleno de verdes bosques y lindos lagos, y poblados de numerosas aldeas. La caballería y la artillería conocieron con asombro que durante la gran batalla de Eylau, marcharon á gaitope sobre la superficie de los lagos, entonces helados completamente. Los indicios que se recogian acerca de la marcha del general Benningsen, eran tan inciertos como sus proyectos, pues por una parte siguió la caballería ligera el grueso del ejército ru-

so á lo largo del Alla, y lo vió entre Bartenstein y Schippenbeil, y por otra se creyó haber descubierto que unos destacamentos enemigos se dirigian hácia Kœnigsberg, tratando segun todas las apariencias de reunirse con el general Lestocq, para defender aquella ciudad. De todos estos indicios debia deducirse que el ejército ruso se inclinaba á encaminarse hácia Kœnigsberg, que para ello dejaria el Alla y que si hacia este movimiento, nos encontraríamos con él en Domnau; razon por la cual Napoleón mandó que el mariscal Soult y Murat con la mitad de la caballeria avanzasen primero hácia Kreutzburgo, y marchasen despues hácia Kœnigsberg, para precipitar el ataque. En seguida dispuso que les siguiese el mariscal Davout, quien debia tomar una posicion intermedia, á fin de reunirse en el espacio de algunas horas, ó con el mariscal Soult, ó con el grueso del ejército, segun aconsejasen las circunstancias; encaminó inmediatamente el mariscal Lannes de Eylau hácia Domnau, agregándole parte de la caballeria y los dragones de Grouchy, con órden de que enviasen partidas hasta Friedland, para saber lo que hacia el enemigo, y asegurarse de si dejaba ó no el Alla, de si iba ó no iba á socorrer Kœnigsberg; y por último, el mariscal Mortier, que habia llegado á Eylau, salió sin demora para Domnau, á donde debia llegar algunas horas despues que el mariscal Lannes. En aquel mismo momento entraban en Eylau, el mariscal Ney con su cuerpo, y el general Victor con el de Bernadotte; pero antes de dirigirlos con la guardia y la caballeria pesada, ora hácia Domnau, en pos de los mariscales Lannes y Mortier, ora há-

cia Kœnigsberg en seguimiento de los mariscales Davout y Soult, esperó Napoleón á saber con mayor certeza por las nuevas noticias de la caballeria ligera, la verdadera marcha del enemigo.

En la noche del 13 aclararon todas las dudas los reconocimientos hechos durante el dia, pues se supo que el general Bennigsen, habia bajado el Alla, y tomado al parecer el camino de Friedland, ya para continuar su marcha á lo largo de dicho rio, ya para dejar sus orillas, á fin de llegar á Kœnigsberg. Efectivamente en Friedland es donde debia tener intenciones de abandonar el Alla, porque es el punto en que este rio se acerca mas á Kœnigsberg; y así no dudando por mas tiempo Napoleón, dirigió hácia Lannes y Mortier toda la parte de caballeria que no habia seguido á Murat, y puso á su frente al general Grouchy; mandó á dichos dos mariscales que se trasladasen á Friedland, para apoderarse, si es que podian, de aquella poblacion y de los puentes del Alla; dispuso que Ney y Victor avanzasen hácia Domnau, y se encaminasen en pos de Lannes y Mortier, mas ó menos cerca de Friedland, segun los acontecimientos; y en fin, puso en marcha la guardia, resolviendo salir él á caballo al dia siguiente 14 de junio, al amanecer, á la cabeza de sus tropas reunidas. ¡La fecha de 14 de junio, aniversario de la batalla de Marengo, le recordaba el dia mas hermoso de su vida, llenando su corazon de un presentimiento oculto y feliz: aun no habia dejado de creer en su dicha, y aquella creencia era fundada!

Lannes llegó á Domnau unas cuantas horas antes que el mariscal Mortier, y se apresuró á

enviar hácia Friedland, para que reconociese el terreno, el regimiento número 9 de húsares, regimiento que penetró en aquella poblacion, pero acometido á poco por mas de treinta escuadrones enemigos, que llevaban consigo mucha artilleria volante, quedó muy maltratado, teniendo que refugiarse á Georgeneau, puesto intermedio entre Domnau y Friedland. Cuando Lannes supo esto, envió la caballeria ligera y los coraceros sajones para que socorriesen al 9 de húsares, y despues él mismo se puso en marcha para llegar á Friedland, rechazar la caballeria enemiga hasta mas allá del Alla, y cerrar el boquete por donde segun las trazas queria dirigirse el ejército ruso á socorrer á Königsberg. Efectivamente, llegó allí á eso de la una de la madrugada del dia 14, y creyendo ver en medio de las sombras de la noche una porcion considerable de tropas, se detuvo en la aldea de Posthenen, despues de desalojar de ella á un destacamento enemigo. No se sintió con bastantes fuerzas para ocupar Friedland, y esta fué una circunstancia sumamente venturosa para nosotros, pues con ocuparla, hubiera impedido que el general Bennigsen hubiese cometido un error de bulto, y arrebatado á Napoleon uno de sus mejores triunfos.

Con efecto, en aquel instante acercábase á Friedland todo el ejército ruso, precedido por treinta y tres escuadrones, diez y ocho de los cuales eran de la guardia imperial, la infanteria de dicha guardia, y veinte piezas de artilleria volante, debiendo entrar en aquella poblacion dentro de algunas horas el grueso del ejército. Conociendo el general Bennigsen que era preci-

so darse prisa para salvar á Königsberg, ó á lo menos salvarse así mismo detras del Pregel, caminó durante toda la noche del 11, á fin de llegar á Bartenstein, dió allí algunas horas de descanso á sus soldados, y volvió á ponerse en marcha con direccion á Schippenbeil, á donde llegó el 13; pero así que supo que los franceses habian aparecido en Domnau, se apresuró á correr hácia Friedland, punto en que el Alla está mas inmediato, como acabamos de decir, á Königsberg, que en ninguna otra parte de su curso, teniendo cuidado de enviar delante una fuerte vanguardia de caballeria.

Lannes que estaba situado en Posthenen, no pudo apreciar hasta el dia siguiente la gravedad del suceso que se preparaba, pero como en aquel pais inmediato al polo, el crepúsculo empieza en el mes de junio á las dos de la mañana, á las tres era enteramente claro, y Lannes no tardó en reconocer la naturaleza del terreno, las tropas que lo ocupaban, y las que estaban pasando los puentes del Alla, para ir á disputarnos el camino de Königsberg.

Cerca del sitio en que los dos ejércitos iban á encontrarse, dá el Alla una porcion de vueltas, y nosotros llegábamos por unas colinas cubiertas de arbolado, desde las cuales empieza á bajar el terreno hasta la orilla del rio. Aquel pais cúbrese en aquella estacion de avena sumamente alta, y á nuestra derecha veíamos al Alla penetrar en la llanura, haciendo varios recodos, y despues dar la vuelta á Friedland, volver á nuestra izquierda y trazar de este modo un ángulo abierto hácia el punto que ocupábamos, y en cuyo fondo se halla

Friedland, poblacion de escasa importancia. Por los puentes de Friedland, colocados en aquella hondonada del Alla, fué por donde salieron los rusos, para desplegarse en la llanura, viéndoseles distintamente agolparse á dichos puentes, atravesar la poblacion, ir á parar á los arrabales, y ponerse en batalla frente á las alturas. Un arroyo llamado del Molino (Mühlen-Flüss), corría hácia Friedland, formaba allí un corto estanque, y luego iba á desaguar en el Alla, despues de dividir la llanura en dos mitades desiguales. La situada á nuestra derecha era la de menos estension, y la en que aparecia Friedland, entre el arroyo del Molino, y el Alla, en el fondo mismo del ángulo obtuso que acabamos de describir.

En la precipitacion con que marchó Lannes, solo llevó consigo los granaderos y cazadores de Oudinot, el 9 de húsares, los dragones de Grouchy y dos regimientos de caballería sajona, de suerte que no podia oponer arriba de diez mil hombres (1) á la vanguardia enemiga, que habiendo sido reforzada en varias ocasiones, tenia triples fuerzas, y debia ser apoyada bien pronto por todo el ejército ruso. Afortunadamente ofrecia el terreno numerosos recursos para un hombre de tanto valor y habilidad como aquel ilustre mariscal; pues en el centro de la posicion que era preciso ocupar para interceptar el camino de los rusos, habia una aldea, la de Posthenen, que atravesaba

(1) Oudinot. . . . .	7,000
Grouchy. . . . .	4,300
El 9 de húsares, caballería ligera y coraceros. . . . .	4,200
	<hr/>
	10,000

ba el arroyo del Molino para dirigirse á Friedland, y un poco mas atrás se veia una ladera desde donde podia batirse la llanura del Alla. Lannes colocó en ella su artillería y varios batallones de granaderos para protegerla, y como hubiese á la derecha un bosque espeso llamado Sortlack, que avanzaba en forma saliente, y dividia en dos mitades el espacio comprendido entre la aldea de Posthenen y las orillas del Alla, apostó allí dos batallones de cazadores, que esparcidos en clase de tiradores, podian contener por mucho tiempo á tropas que no fuesen muy numerosas y resueltas. El 9 de húsares, los dragones de Grouchy y los caballos sajones, presentaban una fuerza de tres mil caballos, prontos á arrojarse sobre cualquier columna que procurase atravesar aquella cortina de tiradores. A la izquierda de Posthenen, la línea de las alturas cubiertas de árboles se estendia descendiendo hasta la aldea de Heinrichsdorf, por donde pasaba la carretera que va de Friedland á Königsberg, y aquel punto tenia mucha importancia, porque si los rusos querian llegar antes que nosotros á Königsberg, debian disputarnos el camino con encarnizamiento; ademas de que aquel campo de batalla era naturalmente mas difícil de defender estando como estaba mas al descubierto. Lannes que aun no tenia bastantes tropas para situarse allí, colocó sobre su izquierda, aprovechándose de los bosques y las alturas, los batallones que le quedaban, con lo cual se aproximó aunque sin ocuparlas, á las casas de Heinrichsdorf.

El fuego, que empezó á las tres de la mañana se hizo de pronto muy vivo, y nuestra artillería,

colocada en la ladera de Posthenen, bajo la protección de los granaderos de Oudinot, tenía á raya á los rusos, causándoles gran destrozo. A la derecha esparcidos nuestros cazadores por la orilla del bosque de Sortlack, contenían á su infantería con un fuego incesante de tiradores, y los caballos sajones, lanzados por el general Grouchy dieron varias cargas á cual mas afortunadas contra su caballería; pero como los rusos se presentasen con aspecto amenazador hacia Heinrichsdorf, el general Grouchy se trasladó de la derecha á la izquierda y corrió allí á galope, á fin de disputarles el camino de Königsberg, que era el punto importante por cuya posesion se iba á derramar la sangre á torrentes.

Aunque el mariscal Lannes solo podia oponer en aquellos momentos diez mil hombres á veinte y cinco ó treinta mil, se sostenia gracias á su habilidad y energia, asi como á la acertada cooperación del general Oudinot, comandante de los granaderos, y del general Grouchy, que mandaba la caballería; pero á cada hora que pasaba se reforzaba mas y mas el enemigo, y el general Benningsen llegó de Friedland, formando el proyecto de dar la batalla, proyecto muy temerario porque hubiera sido mucho mas prudente seguir bajando el Alla hasta el punto en que este rio se reune con el Pregel, cubrirse en seguida con el mismo Pregel, y tomar posiciones detrás de este rio, apoyando la izquierda en Wehlau y la derecha en Königsberg. Es verdad que necesitaba un dia para llegar á aquella ciudad; pero no hubiera arriesgado una batalla contra un ejército superior en número, calidad y mando, y en una situacion muy

mala para él, puesto que tenía á la espalda un rio, é iba á ser arrojado en el ángulo obtuso del Alla con todo el vigoroso impulso de que era capaz el ejército francés. Mas despues de perder mucho tiempo en llegar á Königsberg, el general Benningsen mostraba mucha impaciencia por ir á ella, estimulado, segun dicen, por el emperador Alejandro, que habia prometido á su amigo Federico Guillermo salvaria lo único que quedaba de la monarquía prusiana. Ademas, veia que el camino de Friedland es mucho mas corto, y por último, creia encontrar sin apoyo un cuerpo aislado del ejército francés, con la posibilidad de destruirlo antes de entrar en Königsberg, por todo lo cual se persuadió que aquel era un favor inesperado de la fortuna que era necesario aprovechar, y se decidió á no dejarle escapar.

En consecuencia, se apresuró á mandar echar tres puentes en el Alla, uno mas arriba y dos mas abajo de Friedland, para acelerar el paso de las tropas, y proporcionarles tambien medios de retirada, cercando con artillería la orilla derecha que era por donde llegaba, y que dominaba la margen izquierda. Luego así que asomó casi todo su ejército, lo dispuso del modo siguiente: en la llanura que hay alrededor de Heinrichsdorf, á la derecha para él y á la izquierda para nosotros, colocó cuatro divisiones de infantería al mando del teniente general Gortschakow, y la mayor parte de la caballería al del general Uwarow. La infantería estaba formada en dos líneas, viéndose en la primera dos batallones de cada regimiento desplegados en batalla, y el tercero formado en columna cerrada detrás de los otros dos, cerrando el hueco

que los separaba, y en la segunda, como el campo de batallase iba estrechando á medida que se penetraba en el ángulo obtuso del Alla, estaba desplegado un batallón solamente, hallándose los otros dos en columna cerrada. La caballería, dispuesta sobre el costado y un poco delante, flanqueaba á la infantería, y á la izquierda (derecha para los franceses), dos divisiones rusas, de que formaba parte la guardia imperial, aumentadas con todos los destacamentos de cazadores, ocupaban la porción de terreno comprendida entre el arroyo del Molino y el Alla. Por lo demás estaban formadas en dos filas pero muy inmediatas á causa de la falta de terreno, y las mandaba el príncipe Bagration, hallándose también allí la caballería de la guardia, al mando del general Kollogribow. Cuatro puentes volantes se habían echado en el arroyo del Molino, para que no perjudicase tanto á las comunicaciones entre las dos alas, y la vigésima cuarta división rusa se había quedado al otro lado del Alla, en el terreno que domina la orilla derecha, para recoger el ejército en caso de una desgracia, ó ir á decidir la victoria, si veía que la suerte empezaba á declararse por ellos. Los rusos contaban sobre su frente con mas de doscientas bocas de fuego, además de las que había de reserva, ó en batería en la orilla izquierda, ascendiendo de setenta y dos á setenta y cinco mil hombres su ejército, reducido de ochenta á ochenta y dos mil después de la acción de Heilsberga, y separado hoy del cuerpo de Kamenski y algunos destacamentos de caballería que se enviaron á Wehla para que custodiasen los puentes del Alla.

El general Benningsen puso en movimiento há-

cia adelante, en el orden que acabamos de describir, al ejército ruso en masa, para que saltando de la ondonada que formaba el Alla, pudiera desplegarse, estender sus fuegos, y aprovecharse de las ventajas del número que poseía al principio de la batalla.

Arriesgada era la situación de Lannes, porque iba á presentarsele delante todo el ejército ruso, pero afortunadamente recibió algunos refuerzos en el tiempo trascurrido, pues llegaron presurosos en la división de caballería pesada del general Nansouty que se componía de tres mil quinientos coraceros y carabineros, la de Dupas, que era la primera del cuerpo de Mortier y contaba seis mil infantes, y en fin, la de Verdier, que contaba siete mil y era la segunda del cuerpo de Lannes. Todas aquellas tropas componían una fuerza de veinte y seis á veinte y siete mil hombres (1), que iban á luchar contra setenta y cinco mil. Eran las siete de la mañana, y los rusos precedidos por una nube de cosacos, que estendían su correrías hasta nuestra espalda, avanzaban hácia Heinrichsdorf, donde ya tenían infantería y artillería; pero apreciando Lannes la importancia de aquel puesto, dirigió hácia allí la brigada de granaderos de Albert, y mandó al general Grouchy que se apoderase de él á

(1) Oudinot . . . . .	7,000
Verdier . . . . .	7,000
La caballería de Lannes . . . . .	1,200
Dupas . . . . .	6,000
Namonty . . . . .	5,500
Y Grouchy . . . . .	1,300
	26,500.

toda costa. Grouchy, que acababa de ser reforzado por los coraceros, se trasladó á donde le mandaban inmediatamente, y sin tener en cuenta las dificultades, lanzó sobre Heinrichsdorf la brigada de dragones de Milet, mientras la de Carrié daba vuelta á la aldea, y los coraceros apoyaban aquel movimiento. La brigada de Milet atravesó á Heinrichsdorf á galope, y arrojó de ella á sablazos á los infantes rusos, mientras que dandola vuelta la brigada de Carrié, cogía y dispersaba á los que lograron escaparse, apoderándose de cuatro piezas de artillería. En aquel momento la caballería enemiga, que habia ido á socorrer á su infantería arrojada de Heinrichsdorf, cayó sobre nuestros dragones y los alejó; pero los coraceros de Nansouty la cargaron á su vez, y la arrojaron sobre la infantería rusa la cual no pudo hacer fuego en medio de aquella refriega, de suerte que Heinrichsdorf quedó por nuestra, situándose en ella los granaderos de la brigada de Albert.

A todo esto, entraba en linea la division de Dupas, pues el mariscal Mortier, á quien mató el caballo una bala de cañon en el momento de presentarse en el campo de batalla, colocó á dicha division entre Heinrichsdorf y Posthenen, y rompió contra los rusos un fuego de artillería, que, como dirigido desde las alturas contra tropas apiñadas, causaba en sus filas terrible destrozo. Estando disponibles de resultas de la llegada de la division de Dupas los batallones de granaderos que formaron al principio á la izquierda de Posthenen, Lannes los acercó á donde él se hallaba, y pudo presentar á los ataques de los rusos sus filas mas apiñadas, ya delante del mismo Posthenen, ya de-

lante del bosque de Sortlack. El general Oudinot que los mandaba, aprovechándose de todas las quebradas del terreno, que unas veces presentaba arboledas sembradas acá y allá, otras charcos formados por las lluvias de los anteriores días, y otras trigales, disputaba el terreno con tanta habilidad como energía, ocultando ó presentando sus soldados á la vista del enemigo, dispersándolos en clase de tiradores, ú oponiéndolos en masa erizada de bayonetas á todos los esfuerzos de los rusos. Aquellos valientes granaderos, á pesar de ser inferiores en número se obstinaban sin embargo sostenidos por su general, cuando afortunadamente para ellos llegó la division de Verdier, pues el mariscal Lannes la dividió en dos columnas ambulantes, para enviarla á la derecha, al centro, á la izquierda, ó á cualquier parte en fin donde lo exigiese el peligro. La orilla del bosque de Sortlack, y la aldea llamada tambien así, que está situada sobre el Alla, es lo que se disputaba con mayor furor, y los rusos acabaron por apoderarse de la aldea, así como los franceses del bosque, pues cuando los rusos quisieron penetrar en él, Lannes hizo que saliese de improviso una brigada de la division de Verdier, y los rechazó muy lejos. Aterrados entonces los rusos con aquellos ataques repentinos, y temiendo no estuviese oculto Napoleon con su ejército en aquel misterioso bosque, no se atrevieron á volver á acercarse á él.

Viendo el enemigo que no podia forzar nuestra derecha entre Posthenen y Sortlack, trató de hacer una vigorosa tentativa sobre nuestra izquierda, en la llanura de Heinrichsdorf, que ofrecia menos obstáculos. Como la naturaleza del

terreno permitia dirigir hácia aquel lado la mayor parte de la caballería, tenían allí mas de doce mil caballos que poder oponer á los cinco ó seis mil del general Grouchy; pero este se dedicó á compensar la inferioridad en número con buenas disposiciones, y desplegó en la llanura una larga fila de coraceros, colocando de reserva sobre el flanco de aquella línea detrás de la aldea de Heinrichsdorf, los dragones, la brigada de carabineros y la artillería volante. Dispuesto todo esto, se puso á la cabeza de la línea desplegada de sus coraceros, avanzó contra la caballería rusa como si fuese á cargarla, y despues dando una vuelta de pronto, fingió que se retiraba al trote delante de la masa de escuadrones enemigos. De este modo los atrajo en su seguimiento, hasta que cuando hubiesen dejado atrás á Heinrichsdorf, presentasen el flanco á las tropas ocultas detrás de aquella aldea, y deteniéndose entonces, volvió á dar la cara al enemigo, arrojando sus coraceros sobre la caballería rusa, á la cual cargó, la arrolló, y la obligó á pasar por debajo de Heinrichsdorf, de donde salía una lluvia de metralla, y de donde cayeron sobre ella los dragones y carabineros allí emboscados, acabando de ponerla en desorden. Sin embargo, como los choques con tropas de á caballo nunca son tan mortíferos que no puedan renovarse, la caballería rusa volvió á la carga, y repitiendo siempre la misma manobra el general Grouchy, la atraía hasta mas allá de Heinrichsdorf, cogiéndola, segun ya hemos visto, por el flanco y la cola, así que dejaba atrás esta aldea. Al fin, despues de varios encuentros, quedó por nuestra la llanura de Heiarichsdorf,

cubierta de hombres y caballos muertos, de ginetes desmontados y de relucientes corazas.

Así, pues, la resistencia que por una parte encontró la infantería rusa en la orilla del bosque de Sortlack, y los ataques que por otra sufrió por el flanco su caballería siempre que dejó atrás la aldea de Heinrichsdorf, los detuvieron al pie de nuestras posiciones, y Lannes pudo prolongar hasta el medio dia aquella lucha de veinte y seis mil hombres contra setenta y cinco mil; pero ya era tiempo de que Napoleon llegase con el resto del ejército.

Queriendo Lannes darle cuenta de lo que estaba sucediendo, le envió casi todos sus ayudantes de campo uno tras otro, mandándoles fuesen á verle á revienta caballo, pero le encontraron que corria á galope hácia Friedland, con el gozo retratado en su rostro.—Hoy es el 4 de junio, repetía á cuantos encontraba, dia en que se dió la batalla de Marengo, y que es muy afortunado para nosotros!—Anticipándose en seguida á sus tropas todo lo que permitia la ligereza de su caballo, atravesó las filas de la guardia, el cuerpo de Ney y el de Bernadotte que iban de marcha, saludando de paso á la brillante division de Dupont, que desde Ulm hasta Braunsberga no habia cesado de distinguirse, pero siempre sin que él estuviera delante, y manifestándole lo satisfactorio que era para él verla pelear á su presencia.

Cuando Napoleon llegó á Posthenen, se aumentó el ardor de que se hallaban animados gefes y soldados, apresurándose á rodearle Lannes, Mortier y Oudinot que se hallaban allí desde aquella mañana, y Ney que acababa de llegar. El

valiente Oudinot acudió con el uniforme acribillado á balazos y el caballo cubierto de sangre, y dijo al emperador:—Daos prisa, señor, porque mis granaderos no pueden mas; pero con un refuerzo que se me proporcione, arrojaré á todos los rusos al río.—Napoleon paseó su anteojo por aquella llanura en que arrinconados los rusos en el ángulo que forma el Alla, procuraban aunque inútilmente desplegarse, y conoció al momento la peligrosa situación en que se hallaban, y la única ocasión que le presentaba la fortuna, dominada, preciso es que lo conociamos, por su genio, porque el disparate que en aquel momento estaban cometiendo los rusos, se lo inspiró el por decirlo así, lanzándolos del otro lado del Alla, y reduciéndolos á tener que pasar este río delante de él para ir á socorrer á Koenisberg. A todo esto, el día estaba muy adelantado, y se necesitaban muchas horas para poder reunir todas las tropas francesas; de suerte que algunos lugartenientes de Napoleon creían que era preciso dejar para la mañana siguiente el dar una batalla decisiva; pero aquel contestó: «no, no, porque no comete el enemigo dos veces un mismo disparate.» E inmediatamente tomó sus disposiciones para emprender el ataque, disposiciones dignas de su magnífico golpe de vista.

Todo el mundo sabía, desde los mariscales hasta el último soldado, que la batalla tenía por objeto arrojar á los rusos en el Alla; pero se trataba de saber cómo se las compondría Napoleon para asegurar aquel resultado, y hacerlo tan grande como posible. En el fondo del ángulo obtuso que forma el Alla, y en que estaba arrinconado el

ejército ruso, había un punto decisivo que poder ocupar, cual era la ciudad de Friedland, situada á nuestra derecha, entre el arroyo del Molino y el espresado río; y allí era dondè se hallaban los cuatro puentes, única retirada que tenía el ejército ruso. Napoleon, se propuso pues, dirigir allí todos sus esfuerzos, por cuyo motivo encargó al cuerpo de Ney la difícil y gloriosa tarea de penetrar en aquel abismo, tomar á Friedland á toda costa, á pesar de la resistencia desesperada que los rusos no dejarían de hacer, arrebatárles los puentes y cerrarles todo camino de salvación; pero al mismo tiempo resolvió suspender todo esfuerzo sobre la izquierda, mientras obraba vigorosamente por la derecha, ocupar por aquella parte al ejército ruso con un combate simulado, y no empujarlo fuertemente á la izquierda hasta que, tomados los fuertes de la derecha, estuviere seguro de precipitarlo hácia un punto de retirada que no tuviera salida.

Rodeado de sus lugartenientes, les esplicó con la fuerza y laconismo de lenguaje naturales en él, el papel que á cada uno de ellos tocaba hacer aquel día, y cogiendo del brazo al mariscal Ney, le enseñó Friedland, los puentes y los rusos aglomerados delante de ellos, diciéndole: «en eso consiste todo; corred hácia allí sin mirar siquiera en vuestro derredor, penetrad en esa masa espesa, cueste lo que os cueste, entrad en Friedland, apoderaos de los puentes, y no os cuideis de lo que pueda suceder á la derecha, á la izquierda ó á vuestra espalda porque aquí estoy yo con mi ejército para cuidar de lo que convenga.»

Entusiasmado Ney, y envanecido con la for-

midable tarea que se le encargaba, partió á galope, para disponer sus tropas delante del bosque de Sortlack; y viendo Napoleon su actitud marcial, dijo encarándose con el mariscal Mortier: «ese hombre es un león (1).»

Napoleon dictó en seguida á sus generales lo que habia dispuesto, á fin de que lo tuvieran presente en la imaginacion, y ninguno de ellos se espusiera á apartarse en lo mas mínimo de sus instrucciones. Luego colocó á la derecha el cuerpo del mariscal Ney, de manera que Lannes, con llevar hácia Posthenen la division de Verdier, pudiera presentar con ella y los granaderos dos fuertes líneas, situó el cuerpo de Bernadotte (lo mandaba interinamente Victor) entre Ney y Lannes, poco antes de Posthenen, y oculto en parte con las desigualdades del terreno, formando la cabeza de dicho cuerpo la brillante division de Dupont; en la colina que hay detrás de Posthenen, estableció la guardia imperial, la infanteria en tres columnas cerradas y la caballeria en dos líneas; entre Posthenen y Heinrichsdorf quedó el cuerpo del mariscal Mortier, apostado como aquella mañana; pero mas concentrado, y aumentado con los fusileros de la guardia imperial; un batallon del regimiento número 4.º de infanteria ligera y el regimiento de la guardia municipal de Paris, reemplazaron en Heinrichsdorf á los granaderos de la brigada de Albert; la division polaca de Dombrowski se reunió con la de Dupas, y guardaba la artille-

(1) Sé todos estos pormenores de boca del mariscal Mortier, á quien tubo la honra de tratar, y que me los ha referido muchas veces.

ria. Napoleon dejó al general Grouchy la tarea que tan bien habia desempeñado ya, de defender la llanura de Heinrichsdorf; añadió á los dragones y coraceros que mandaba aquel general la caballeria ligera de los generales Beaumont y Colbert, para que le ayudasen á libertarse de los cosacos; y en fin, como podia disponer aun de dos divisiones de dragones, colocó la del general Latour-Maubourg, reforzada con coraceros holandeses, detrás del cuerpo del mariscal Ney, y la del general La Houssaye, reforzada con coraceros sajones, detrás del de Victor. En este orden formidable los franceses presentaban en batalla nada menos que ochenta mil hombres (1), pero

(1) Es muy difícil calcular con rigorosa exactitud las fuerzas de un ejército el dia de una batalla, porque rara vez hay para ello datos auténticos, y si se proporcionan, es mucho mas raro todavía que estos estados sean conformes á la realidad. Mr. Derode, en un trabajo excelente que ha publicado acerca de la batalla de Friedland, se ha valido de un estado sacado de la obra del general Mateo Dumas, estado que aunque se haya tomado del archivo de la guerra, es inexacto bajo muchos aspectos, pues en las oficinas del ministerio se estendian estados que no siempre correspondian á los hechos que tenian lugar en el Vistula. En el Louvre existen en el rico depósito de papeles de Napoleon, libretas formadas por él, que siempre tenia á mano y que, renovadas de mes en mes, contenian una descripción exacta de todos los cuerpos que tenia á sus órdenes: las hojas de dichas libretas estaban escritas solo por un lado, y en el otro se ponía algunas veces con tinta encaraada los cambios verificados durante el mes. En esas libretas, aunque con la condicion de no tomarlas como base absoluta, antes al contrario, de modificar sin cesar los datos que contienen, apreciando debidamente las circunstancias del momento, podemos buscar la verdad aproximadamente. Por lo que hace al año de 1807, no he encontrado

se repitió á la izquierda la orden que ya se le habia dado sobre que no se dirigiese adelante, limitándose á contener á los rusos hasta que se decidiese el triunfo de la derecha. En seguida dispuso

las libretas correspondientes á los meses de mayo, junio y julio, habiendo tenido que valerme de las de los meses de marzo y agosto aunque la del mes de marzo es demasiado incompleta, porque el ejército no habia recibido entonces todos los refuerzos que llegaron en mayo y junio, y la del mes de agosto es demasiado completa por el contrario, porque en aquella época se habia incorporado al grueso de las tropas una porcion considerable de fuerzas, que estaban en marcha durante los acontecimientos de junio. Pero valiéndome de estos estados, comparándolos entre sí, rectificándolos sobre todo por medio de la correspondencia de Napoleon, y tratando de ilustrarse acerca de la batalla de Friedland, por medio de una nota escrita de su puño y letra, en la cual aparece la fuerza de varios de los cuerpos que figuraron en aquella batalla, puede formarse el cálculo siguiente, que creo se acerca mucho á la verdad. Añadiré á esto que basta con aproximarse á la verdad, porque para juzgar un gran acontecimiento como el de Friedland ó Austerlitz, importa poco saber si fueron ochenta ú ochenta y dos mil los hombres que tomaron parte en la accion: dos ó tres mil combatientes mas ó menos en nada alteran el carácter del acontecimiento, ni las combinaciones que lo decidieron. Si el historiador nada debe perdonar para averiguar la verdad de un modo absoluto, es porque debe acostumbrarse continuamente á ella, á fin de que nunca se relaje en él la escrupulosa alicion á referir hechos verdaderos; pero lo importante no es contar las cosas con minuciosos pormenores, sino presentar el verdadero carácter de ellas.

Hé aquí, pues, el estado mas verosímil de las fuerzas del ejército francés que concurrieron á la batalla de Friedland.

Aunque la guardia ascendia á nueve mil hombres, no se hallaban en las filas ni los marinos ni los dragones, y los fusileros habian sufrido una pérdida considerable, de suerte que contaba á lo mas siete mil quinientos.

Napoleon que no se hiciese fuego mientras no se avisara por medio de una bateria de veinte piezas colocada por cima de Posthenen.

Admirado el general ruso al ver tantas fuerzas

Hombres vivos y efectivos . . . . .	7,500
La nota citada, escrita de puño y letra de Napoleon valia los granaderos de Oudinot en	
Hombres vivos y efectivos . . . . .	7,000
La division de Verdier . . . . .	8,000
La infanteria sajona . . . . .	4,000
El regimiento número 9 de húsares . . . . .	400
Los coraceros sajones . . . . .	600
Y la caballeria ligera sajona . . . . .	200
Lo cual hace un total de . . . . .	20,200

Pero los sajones se habian quedado en Heilsberg á escepcion sin embargo de tres batallones que, segun se decia, se hallaban en Friedland, y la division de Verdier sufrió en el Heilsberg una pérdida notable, á lo cual hay que añadir que la marcha fué muy precipitada. Creo, pues, que nos pondremos en la verdad si calculamos de este modo las fuerzas del cuerpo de Lannes:

Oudinot . . . . .	7,000
Verdier . . . . .	6,500
Las sajonas . . . . .	1,200
Y la caballeria . . . . .	1,200
	15,900

(La artilleria va inclusa en las divisiones de infanteria).

De consiguiente podemos dar á Lannes . . . . .	15,900
	23,400

desplegadas, y conociendo el error que habia cometido en creer que solo tenia que habérselas con el cuerpo del mariscal Lannes, se quedó sorprendido, y vacilaba como es natural, vacilacion

Suma anterior. . . . . 23,400

El cuerpo de Ney se componia al entrar en campaña de diez y seis á diez y siete mil hombres vivos y efectivos, segun resulta de una carta que el mariscal Ney escribió á Napoleon; pero perdió de dos mil á dos mil quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, en los combates de Gultstadt y Denpen. Ascendia, pues, á lo mas, teniendo en cuenta las marchas á catorce mil hombres.

Ney. . . . . 14,000

El mariscal Mortier tenia, segun la nota de Napoleon ya citada, en la division de Dupas. . . . . 6,400

Y en la de Dombrowski. . . . . 4,000

Ademas, poseia un destacamento de caballos bávaros, que se designaban en la nota citada de un modo incierto, y que podian ascender á . . . . . 1,500

TOTAL. . . . . 11,900

Sabido es por las cartas del mariscal Lefebvre, lo exactos que eran los polacos en seguir las banderas, de suerte que podemos calcular el cuerpo del mariscal Mortier en diez mil hombres.

Mortier. . . . . 10,000

El cuerpo del mariscal Bernadotte, mandado por el general Victor, se componia en marzo, sin contar la division de dragones, de cerca de veinte y dos mil hombres vivos y efectivos. Despues fué reclutado, pero dejó varios piquetes detrás, y aunque ascendia á

47,400

que produjo una especie de flojedad en los suyos, hasta el punto de que apenas anunciaban la continuacion de la batalla algunas piezas de artillería. Napoleon queria que todas sus tropas entra-

Suma anterior. . . . . 47,400

veinte y cinco mil hombres, no debió llevar sino veinte y dos mil á Friedland.

Victor. . . . . 22,000

En la caballeria estaban comprendidos los coraceros del general Nansouty, pero rebajando las pérdidas de marcha, las que sufrió en Heilsberga, etc. podemos calcularla en. . . . . 3,500

Los dragones del general Grouchy. . . . . 1,800

Los del general La Houssaye. . . . . 1,800

Los del general Latour-Maubourg, que constaban de seis regimientos. . . . . 2,400

Y la caballeria ligera de los generales Beaumont y Kolberte. . . . . 2,000

41,500—11,500

Ascendia, pues, el total del ejército á. . . . . 30,900

Creo de consiguiente que puede decirse que el ejército francés se componia en la batalla de Friedland de cerca de ochenta mil hombres, veinte y cinco mil de los cuales no dispararon un tiro, como se verá despues. Quedan sin contar el cuerpo del mariscal Davout que no se batió, y que se componia de veinte y nueve á treinta mil hombres al principio de la campaña, y de veinte y ocho mil, si se tiene en cuenta los que se quedan rezagados en las marchas: el mariscal Soult que perdió en Heilsberga cerca de cinco mil hombres y solo debia tener veinte y

Biblioteca popular.

T. VII. 41

sen en línea, descansasen á lo menos una hora, y recibieran municiones en abundancia; por manera que no se apresuraba á empezar, y resistía á la impaciencia de sus generales, porque sabiendo como sabia que en aquella estacion y pais debia brillar la claridad del dia hasta las diez de la noche, tendria tiempo para hacer que el ejército

siete mil; y Murat, en fin, con unos diez mil, cuyas fuerzas hacen subir el total del ejército que operaba en aquel momento:

En Friedland á . . . . .	80,000
Delante de Koenigsberg ó en marcha hacia aquella ciudad.	( Davout . . . . . 23,000 Sault . . . . . 27,000 Y Murat . . . . . 10,000
TOTAL . . . . .	145,000

Este total de ciento cuarenta y cinco mil hombres guarda proporcion no solo con las fuerzas que existían el dia 5 de junio, sino con las pérdidas que es de suponer sufriria el ejército en los combates que se dieron desde dicha fecha. Efectivamente; haciendo subir estas pérdidas á doce ó quince mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, segregados ó rezagados, nos encontramos con los ciento sesenta mil que habia al principio de la campaña. Aunque estos números están tomados de los únicos documentos dignos de fé, documentos puestas en claro y modificados por una correspondencia diaria, los tenemos por aproximados, y nada mas. Y si hemos entrado en estos pormenores es para dar una idea de cuán difícil es ser exactamente rigurosos en materias como esta; pero repetimos que aunque el historiador debe no apartarse jamás de su deber, el cual está reducido á apurar la verdad, tranquilizada la posteridad que lo lee al ver sus esfuerzos, puede contentarse con que diga generalmente la verdad en cuanto á números y pormenores. Esto es lo que le importa y lo que le basta, puesto que es lo que constituye el verdadero carácter de las cosas y de los sucesos.

ruso sufriese el desastre que le preparaba. Al fin cuando le pareció que habia llegado el momento oportuno, dió la señal; entonces dispararon á un tiempo las veinte piezas de la batería de Postheneu, la artillería del ejército contestó en toda la línea, y al oír aquella señal esperada con tanta impaciencia, el mariscal Ney puso en movimiento sus tropas.

Salió del bosque de Sortlack por escalones, yendo delante á la derecha la division de Marchand, y tras de ella á la izquierda la de Bisson, si bien precedidas ambas por una nube de tiradores, que á medida que se iban acercando al enemigo, se replegaban y volvian á las filas. Los nuestros marcharon con decision contra los rusos quitándoles la aldea de Portlack, disputada durante tanto tiempo, y su caballería quiso detener nuestro movimiento ofensivo, tratando de cargar á la division de Marchand; pero los dragones de Latour-Maubourg y los coraceros holandeses pasaron por entre los huecos de batallon á batallon, cargaron á su vez aquella caballería, la arrojaron sobre su infantería y empujando á los rusos contra el Alla, precipitaron á gran número de ellos en el lecho hondamente encajonado de aquel rio. Algunos se salvaron á nado, pero muchos se ahogaron (1), y así que vió Ney que su derecha se apoyaba en el Alla, aljó la marcha, dirigiendo hacia adelante su izquierda, formada con la division Bisson, á fin de arrinconar á los rusos en el estrecho espacio comprendido entre el arroyo del Molino y el Alla. Cuando llegó á aquel

(1) El mariscal Ney dice en su parte que dos mil.

punto, redobló su fuego la artillería enemiga, y además de las baterías que había al frente, teníamos que sufrir el fuego de las colocadas en la margen derecha del Alla, y de que era imposible libertarse cogiéndolas, pues nos separaba de ellas la madre del río. Batidas nuestras columnas de frente y de costado por las bombas enemigas, sufrían con admirable sangre fría aquel horrible fuego convergente, y el mariscal Ney, galopando de un extremo á otro de la línea, sostenía el valor de sus soldados con su heroica firmeza. Sin embargo, las balas de cañon se llevaban por delante filas enteras, y el fuego iba aumentando de tal modo, que ni aun las tropas mas valientes podían soportarlo por mas tiempo. Al ver esto la caballería de la guardia rusa, que mandaba el general Kollogrihow, se lanza á galope para tratar de poner en desorden á la infantería de la division de Bisson que le parecia vacilaba, y turbada por la primera vez aquella denodada infantería, cede terreno, arrojándose hácia atrás dos ó tres batallones. En vano quiere contenerlos el general Bisson, que por su elevada corpulencia, sobresale por cima de la línea de sus soldados, pues se retiran formando pelotones al rededor de sus oficiales. Gravísima iba siendo la situación, cuando afortunadamente el general Dupont, que se hallaba á alguna distancia sobre la izquierda del cuerpo de Ney, advierte aquel principio de desorden, y sin aguardar á que le manden marchar, pone en movimiento su division, pasa por delante de ella, recordándole los triunfos conseguidos en Ulm, Dirnstein y Alla, y la conduce al encuentro de los rusos. Con sumo denuedo avanza dicha divi-

sion á pesar de los disparos de aquella formidable artillería, mientras que volviendo á la carga los dragones de Latour-Maubourg, se arrojan sobre la caballería rusa que se había esparcido acá y allá para perseguir á nuestros peones, y consiguen alejarla. Continuando su movimiento por aquel terreno despejado la division de Dupont, y apoyando su izquierda en el arroyo del Molino, obliga á la infantería rusa á detenerse: además, llena de confianza y alegría á los soldados de Ney; rehácense los batallones de Bisson, y vuelve á formarse toda nuestra línea, marchando hácia adelante. Viendo Napoleon que era preciso contestar á la formidable artillería del enemigo, y que la de Ney, por lo poco numerosa que era, apenas podía mantenerse en batería delante de la de los rusos, manda al general Victor que reuna todas las bocas de fuego de sus divisiones y las coloque en masa sobre el frente de Ney. El hábil é intrépido general Senarmont, que era quien mandaba aquella artillería, la conduce al trote, la reune á la del mariscal Ney, la lleva á varios centenares de pasos delante de nuestra infantería y situándose osadamente frente á los rusos, rompe contra ellos un fuego terrible por el número de las piezas y la habilidad del tiro. Dirigiendo contra la orilla derecha una de sus baterías, no tarda en hacer callar á las que el enemigo tenía hácia aquella parte, y avanzando en seguida su línea de artillería, se acerca por grados hasta ponerse á tiro de metralla; entonces dispara sobre las gruesas masas que se aglomeran al retroceder en el ángulo obtuso del Alla, y les causa un destrozo horrible. Nuestra línea de infantería, sigue aquel movimiento y

avanza también protegida por las numerosas bocas de fuego del general Senarmont; pero los rusos, cada vez más arrinconados en aquel abismo, se muestran desesperados en cierto modo, y hacen un esfuerzo para salir de su apuro. Su guardia imperial, apoyada en el arroyo del Molino, y medio oculta en el barranco que sirve de madre á dicho arroyo, sale de aquel albergue, y marcha con bayoneta calada sobre la división de Dupont, situada también á lo largo del arroyo; pero esta no espera á la guardia rusa, sino que va en derecha hacia ella, y presentándole la bayoneta, la rechaza, arrinconándola en el barranco. Viéndose en este trance los rusos, se arrojan unos más allá del barranco, y otros sobre los arrabales de Friedland; pero el general Dupont pasa con parte de su división el arroyo del Molino, se lleva por delante cuanto encuentra, y llega á espaldas del ala derecha de los rusos, que luchaba con nuestra izquierda en la llanura de Heinrichsdorf, da la vuelta á Friedland, y la acomete por el camino de Königsberg, mientras que, continuando Ney su marcha directamente, entra por el camino de Eylau. En las puertas de la población trábase una espantosa refriega, pero los nuestros hostigan á los rusos por todas partes, penetran en las calles persiguiéndolos, y los rechazan hacia los puentes del Alla, enfilados por los obuses de la artillería del general Senarmont, que se quedó fuera. Los rusos se precipitan sobre los fuertes, para buscar refugio en las filas de la división vigésima cuarta, de reserva al otro lado del Alla, y el desgraciado general Benningsen, lleno de dolor, acude en busca de aquella división á fin de conducirla á la

orilla del río, para socorrer á su ejército que se hallaba en peligro; pero apenas habían pasado los puentes algunos restos de su ala izquierda, destrúenlos é incéndianlos, no solo los franceses, sino los mismos rusos, deseosos de detenernos. Después que Ney y Dupont desempeñaron su tarea, reuniéronse en Friedland, cuya población estaba ardiendo, y se dieron mutuamente la enhorabuena por su glorioso triunfo.

Colocado Napoleón en el centro de las divisiones que tenía de reserva, siguió con la vista aquel gran espectáculo, y mientras lo contemplaba con atención, pasa una granada casi rozando las bayonetas; un soldado bajó la cabeza como por instinto, y Napoleón le dijo sonriéndose:—Si esa granada hubiera estado destinada para ti, aunque te hubieses metido cien pies bajo de tierra, te hubiera ido á buscar allí.—Con esto quería acreditar la utilísima creencia de que el destino hiere indistintamente al hombre valiente y al cobarde, y que la cobardía que se oculta se deshonorá inútilmente.

Viendo que Friedland había sido ocupado, y destruidos los puentes del Alla, Napoleón mueve al fin su izquierda sobre el ala derecha del ejército ruso, privado de todo medio de retirada, y que tenía tras de sí un río sin puentes. El general Gortschakoff que mandaba aquella ala, conoce el peligro que le amenaza, y queriendo conjurar la tormenta, procura cargar la línea francesa que se estiende desde Posthnen á Heinrichsdorf, formada por el cuerpo del mariscal Lannes, el de Mortier y la caballería del general Grouchy; pero Lannes hace frente á los rusos con los granaderos,

el mariscal Mortier le opone una barrera de hierro con el regimiento número 15 y los fusileros de la guardia, y sobre todo la artillería de Mortier, dirigida por el coronel Balbois y un excelente oficial holandés llamado Mr. Vanbriennen, les causa un daño incalculable. Al fin Napoleón, que tenía empeño en aprovecharse de lo que quedaba del día, lleva toda su línea adelante, y caballería, infantería, artillería, todos se ponen en movimiento á un mismo tiempo. El general Gortschakoff, mientras se vé así acosado, sabe que los franceses ocupan á Friedland, y queriendo recobrarla, dirige una columna de infantería hácia las puertas de aquella población. Dicha columna penetra en ella y arrolla momentáneamente á los soldados de Dupont y Ney, pero éstos rechazan á su vez á la columna rusa, y en medio de aquella infortunada ciudad vuelve á trabarse otra refriega, disputándose su posesion al resplandor de las llamas, hasta que al fin los franceses se hacen dueños de ella, y arrojan al cuerpo de Gortschakoff en la llanura sin salida, que le había servido de campo de batalla. La infantería de dicho general se defiende con intrepidez y antes que rendirse se precipita en el Alla: parte de los soldados rusos son tan afortunados que encuentran pasos vadeables y consiguen salvarse, pero otra parte se ahoga en el río, y toda la artillería queda en nuestro poder. Una columna, esto es, la que se hallaba más á la derecha (derecha para los rusos), huye río abajo, á las órdenes del general Lambert, con una porcion de caballería, y gracias á la oscuridad de la noche y el desórden inevitable en una victoria, consigue escaparse de nuestras manos.

A las diez y media de la noche, la victoria era completa tanto en la izquierda como en la derecha, no habiendo conseguido Napoleón una mas brillante en su vasta carrera. Sus trofeos eran ochenta bocas de fuego, y pocos prisioneros, porque los rusos quisieron mejor ahogarse que rendirse; pero veinte y cinco mil hombres entre muertos, heridos y ahogados, cubrian con sus cuerpos las dos orillas del Alla. La márgen derecha, á donde fueron muchos de ellos arrastrándose como pudieron, presentaba un espectáculo de carnicería casi tan espantoso como la márgen izquierda; y no solo de Friedland, sino de las aldeas inmediatas, salian columnas de fuego que arrojaban un resplandor fatidico sobre aquel sitio, teatro de dolor para unos, y de júbilo para otros. En cuanto á nosotros, solo teníamos que lamentar la pérdida de siete á ocho mil hombres, entre muertos y heridos, debiendo añadir que de ochenta mil franceses, veinte y cinco mil no dispararon un tiro, y que el ejército ruso, debilitado en veinte y cinco mil combatientes, y privado además de gran número de soldados que se estraviaron, era incapaz en adelante de proseguir la guerra. Napoleón debía aquel magnífico triunfo al modo general con que concibió la campaña, y al plan de batalla que formó, pues tomando por base el Passarge con varios meses de antelación, asegurándose de esta manera para cualquier caso que ocurriese el medio de separar á los rusos de Königsberg, y marchando de Guttstadt á Friedland de tal modo que pudiera dejarlos atras constantemente, los obligó á cometer una imprudencia de bulto por querer llegar á Königsberg, me-

reciendo que la fortuna le proporcionase la feliz casualidad de encontrarlos en Friedland, apoyada la espalda en el río Alla. Luego como siempre, disponía sus masas con extraordinaria habilidad, mientras enviaba sesenta y tantos mil hombres sobre Königsberg, supo presentar ochenta mil en Friedland; y ya hemos visto que no se necesitaban tantos para destruir al ejército ruso.

Napoleon durmió aquella noche en el campo de batalla, rodeado de sus soldados tan alegres como en Austerlitz y Jena, y que gritaban *viva el emperador!* aunque solo tenían que comer un pedazo de pan que llevaban en la mochila, y se contentaban con la satisfacción mas noble que proporciona la victoria, esto es, la de la gloria. El ejército ruso, dividido en dos mitades, bajaba el Alla en una noche clara y trasparente, con la desesperacion en el alma, aunque habia cumplido con su deber. Afortunadamente para ese mismo ejército, Napoleon solo tenía á mano la mitad de su caballeria, pues si hubiese tenido la otra mitad y Murat á su frente, el cuerpo ruso que corria rio abajo mandado por el general Lambert, hubiera caido prisionero.

Los rusos caminaban con tal rapidéz, que al día siguiente 13 de junio, se hallaban en Wehlau sobre el Pregel, cuyos puentes cortaron, situándose el 16 por la mañana algo mas allá de dicho rio, esto es, en Petersdorf, y aguardando para dirigirse al Niemen, á que se reuniesen con ellos, á fin de retirarse de comun acuerdo, los cuerpos de los mariscales Kamenski y Lestocg, que no podian defenderse en Königsberg contra el victorioso ejército francés.

Al día siguiente de haberse dado la batalla de Friedland, Napoleon trató de sacar de su victoria todas las ventajas posibles, y despues de recorrer, como lo tenia de costumbre, el campo de batalla, mirar con tierno interés á los heridos, y decir á sus soldados que serian altamente premiados, se encaminó hácia el Pregel, precedido por toda su caballeria, la cual corria en persecucion de los rusos, bajando por las dos orillas del Alla. Sin embargo, estos llevaban doce horas de delantera, porque hubiera sido imposible no conceder una noche de descanso á unos soldados que habian estado caminando toda la noche anterior, y que en seguida se habian batido un día entero, desde las dos de la madrugada hasta las diez de la noche. Llevándonos, pues, los rusos como nos llevaban algunas horas de ventaja, y retirándose como se retiraban con la celeridad propia de un ejército que solo puede encontrar su salvacion en la fuga, no debiamos lisongearnos de llegar antes que ellos al Pregel. Cuando llegamos á dicho rio, todos los puentes habian sido derribados, pero Napoleon se apresuró á componerlos, tomando las disposiciones necesarias para que se hiciesen desde el Pregel al Niemen las capturas que no tuvimos tiempo de hacer de Friedland á Wehlau.

Mientras él estaba ocupado con el ejército ruso en Friedland, marchaban hácia Königsberg, precedidos por Murat los mariscales Soult y Davout, y encontrándose Soult con la retaguardia del general Lestocg, le cogió un batallon entero, envolviendo despues cerca del mismo Königsberg á una columna de mil doscientos á mil quinientos hombres, que no se habia retirado bas-

tante pronto de las cercanías de Braunsberga, y á la cual hizo prisionera. El 14 apareció al pie de los muros de Königsberg, demasiado bien defendida para que fuese posible tomarla por medio de un ataque repentino, mientras que Davout y Murat por su parte recibieron orden de regresar hácia Friedland, por si la batalla duraba mas de un dia, orden que les obligó á dejar á Soult encaminándose hácia Wehlau por la derecha. En el camino recibieron no obstante un aviso en que se les daba cuenta de la batalla de Friedland y la retirada de los rusos, y consiguiente á él se dirigieron hácia el Pregel, llegando á Tapiau, punto intermedio entre Königsberg y Wehlau. En seguida reunieron los medios necesarios para pasar el Pregel, y efectivamente lo pasaron, á fin de interceptar todas las tropas fugitivas que pudieran.

Cuando corrió la noticia de la batalla de Friedland, los destacamentos prusianos y rusos que guarnecian á Königsberg, no vacilaron en dejar aquella plaza, que no se hallaba en estado de sostener un sitio como el de Dantzig. Ya se había refugiado la corte de Prusia á la ciudad fronteriza de Memel, que es la última del reino fundado por Federico el Grande, y los generales Lestocq y Kamenski se retiraron, abandonando las inmensas provisiones, así como los enfermos y heridos de los dos ejércitos, que había en Königsberg. Un batallón que quedó allí para estipular la capitulación, la entregó al mariscal Soult, quien entró en ella inmediatamente, hallando trigo, vino, cien mil fusiles que había enviado Inglaterra y aun estaban á bordo de los buques que les con-

ducian, y en fin, un número considerable de heridos, que había allí desde lo de Eylau, además de varios miles que se albergaban en las aldeas circunvecinas.

Los generales Lestocq y Kamenski condujeron sus tropas de prisa y corriendo por el camino que vá de Königsberg á Tilsit, y pudieron penetrar en la selva de Baum, antes que el mariscal Davout y el príncipe Murat hubiesen interceptado el camino de Tapiau á Labiau. Sin embargo, no se reunieron con el general Benningsen sin dejar tres mil prisioneros en manos del mariscal Davout.

Napoleon se trasladó á Wehlau, y continuó persiguiendo al ejército ruso sin descanso, y teniendo lazos á sus cuerpos separados, á fin de apresar á los que se hubiesen quedado atrás. Por lo demás, dispuso que el mariscal Soult continuase en Königsberg, para atacar inmediatamente á Pillau, pues así que aquel fuertecillo fuese nuestro, la guarnición de Königsberg debía darse la mano por el Nehrung con la de Dantzig, y además cerrar á los ingleses el Frische-Haff, cuya navegacion hacian en aquel momento los marinos de la guardia. Envió su ayudante de campo Savary para que tomase el mando de la plaza de Königsberg, como envió á Dantzig á Rapp, á fin de impedir el saqueo de los recursos cogidos al enemigo, y formar un nuevo depósito; dirigió el mariscal Davout hácia Labiau, punto por donde vá á parar al Báltico la navegacion interior de aquellas provincias, y le dió un cuerpo de unos mil caballos mandados por el general Grouchy, para que se apoderase de los destacamentos ru-

sos que quedaban atras; y por último, dirigió á Murat con el grueso de la caballería hacia el camino derecho que vá de Wehlau á Tilsit, mandando que le siguiesen inmediatamente los cuerpos de Mortier, Lannes, Victor y Ney; además de que el cuerpo de Davout debía reunirse en caso necesario con el ejército, para lo cual solo tenia que andar una jornada. De este modo podia Napoleón destruir completamente á los rusos, si tenían la pretension de volverse á parar para combatir de nuevo; pero al mismo tiempo envió hacia la derecha dos mil soldados de caballería ligera, húsares y cazadores, para que subiesen el rio Pregel, y cortasen el paso á cuantos se retirasen por aquel lado, ya fuesen heridos, ya enfermos, ya rezagados, ó ya en fin convoyes.

Gracias á estas acertadas disposiciones, cogimos todavía varios miles de prisioneros, y diversos convoyes de víveres, pero no se nos proporcionó ocasion de poder dar otra batalla al enemigo; pues deseoso de refugiarse detrás del Niemen, se dió tal prisa que llegó á él el 18, lo acabó de pasar el 19, y destruyó á lo lejos todos los medios que servian de pasage. El mismo dia 19 nuestros exploradores persiguieron á algunas tropas de kalmucos armados con flechas, lo cual divirtió mucho á nuestros soldados como poco acostumbrados á habérselas con aquella clase de enemigos, y llegaron hasta el Niemen, viendo al ejército ruso acampado á la otra parte del rio, detrás de aquel baluarte del imperio que tanto ansiaba alcanzar.

Allí debía terminar la atrevida marcha del ejército francés, que habiendo salido del campamento de Boloña en setiembre de 1803, había re-

corrido la mayor parte del continente en su extension, y vencido en veinte meses á todos los ejércitos europeos. Al fin iba á detenerse el moderno Alejandro, no porque sus soldados estuviesen cansados, pues estaban prontos á seguirle á donde quiera que los condujese, sino porque sus enemigos no podian tenerse en pie, eran incapaces de resistir por mas tiempo, y se veian obligados á pedirle la paz que tuvieron la imprudencia de no querer unos cuantos dias antes.

El rey de Prusia dejó en Memel á la reina su esposa, instigadora aunque alligida ya, de aquella guerra funesta, y fué á reunirse con el emperador Alejandro en las orillas del Niemen. Aunque el modesto Federico Guillermo no participaba de las insensatas ilusiones que su jóven aliado formó de resultas de la batalla de Eylau, se dejó llevar no obstante por él hasta rehusar la paz, y preveia ahora iba á pagar la negativa con la pérdida de la mayor parte de sus estados. Alejandro estaba tan abatido como al dia siguiente de la batalla de Austerlitz, y echaba la culpa de los últimos sucesos al general Benningsen, quien habia prometido lo que no podia cumplir, no sintiéndose tampoco con fuerzas para continuar la guerra. Por otra parte, su ejército pedia la paz á voz en grito, pues aunque no estaba descontento de sí mismo, porque conocia se habia portado bien en Heilsberga y Friedland, no se creia capaz de resistir al ejército de Napoleón, reunido enteramente desde la toma de Königsberg, reforzado con Massena, que acababa de rechazar hacia Durezewo al cuerpo de Tolstoy, y que podia oponer ciento setenta mil hombres á los setenta mil ru-

sos y prusianos existentes aun. Asi es que preguntaba por quién se luchaba con las armas en la mano; si era por los prusianos que no sabian defender su pais, ó por los ingleses que despues que habian anunciado tantas veces enviarian socorros, no enviaban ninguno, y solo pensaban en conquistar colonias. El desden con que miraban á los prusianos era injusto, pues en los últimos tiempos se portaron con valor, haciendo cuanto podia esperarse de su escaso número; pero á bien que los prusianos se quejaban de la barbarie, ignorancia y asoladora ferocidad de los soldados rusos. Lo único en que unos y otros estaban de acuerdo era acerca de los ingleses; y efectivamente estos hubieran podido, desembarcando en Stralsund ó Dantzig, llevar un socorro utilísimo, y tal vez variar ó aliojar la marcha de los sucesos; pero lo único en que se mostraron activos fué en enviar expediciones á las colonias españolas, y aun los subsidios que á falta de ejércitos, constituian su única cooperacion, los regatearon hasta el extremo de que se disgustó el rey de Suecia, mirando con frialdad la guerra. En medio de la desgracia es un alivio poder quejarse, y lo que es en aquel momento, rusos y prusianos descargaban su mal humor contra el gabinete británico, diciendo en alta voz, los oficiales rusos especialmente, que por causa de los ingleses y su miserable ambicion, se estaban batiendo hombres valientes que no tenian ningun motivo para aborrecerse, ni aun para mirarse con envidia, puesto que nada podian envidiarse Rusia y Francia.

Los dos monarcas vencidos participaban del rencor que sus soldados abrigaban contra Ingla-

terra, y conocian mejor que ellos lo necesario que era separarse de ella, y conseguir inmediatamente la paz. El rey de Prusia que fué el primero que la deseó, y que preveia cuanto iba á costarle haberla retardado, era de parecer sin quejarse, que debia pedirsele á Napoleon, y dejó que el emperador de Austria la negociase, creyendo que como su amigo fué el único que quiso se prolongase la guerra, le defenderia en las negociaciones, mejor que lo habia hecho en el campo de batalla. Convinose, pues, en que se propondria una tregua, y que despues de conseguida, trataria Alejandro de tener una entrevista con Napoleon, pues como se sabia por esperiencia cuánto le gustaba que los soberanos enemigos le agasajasen, y lo propicio que se mostraba al dia siguiente de haber conseguido una victoria á transigir, acordándose ambos soberanos de lo que el emperador Francisco logró de él en el vivac de Urschitz, esperaban podrian obtener una paz menos onerosa que lo que era de temer, si no con respecto á Rusia, porque lo único que tenia que perder era consideracion, á lo menos tocante á Prusia, cuyo reino estaba en manos del vencedor.

En consecuencia, el 19 de junio envió el príncipe Bagration á Murat que se hallaba en los puestos avanzados, una carta que le habia escrito el general en gefe Benningsen, y en que deplorando éste las desgracias de la guerra, ofrecia una tregua como medio de ponerles término. Dicha carta fué entregada á Napoleon que llegaba en aquel momento á Tilsit, y la recibió muy bien, porque ya hemos dicho que empezaba á conocer cuanto agravaban las distancias, las dificultades

de las operaciones militares; y como hacia cerca de un año que se hallaba tan distante del centro de su imperio, conocia lo necesario que era volviere á él, sobre todo para reunir el Cuerpo legislativo, cuya convocacion habia retardado, porque no quería se reuniese estando él ausente. Por último, estaba enterado de lo que se hablaba en el ejército ruso, y se inclinaba á pensar que tal vez encontraría en Rusia el aliado que necesitaba para cerrar el continente á Inglaterra.

Contestó, pues, en términos amistosos, diciendo que despues de tantos trabajos, fatigas y victorias, no deseaba otra cosa sino una paz estable y honrosa, y si aquella tregua era el medio de conseguirlo, estaba pronto á consentir en ella. A consecuencia de esta contestacion, se trasladó á Tilsit el príncipe de Labanoff, vió á Napoleon, le manifestó las disposiciones que abrigaban cuantos rodeaban á Alejandro, y despues que vió que tambien deseaban la paz los franceses, aunque no tanto por necesidad, convino en una tregua. Napoleon quería se le entregasen las plazas prusianas de Pomerania y Polonia que aun conservaban, como por ejemplo, Colberga, Pillau y Graudenz; pero era preciso para ello que diese su consentimiento el rey de Prusia, ausente á la sazón del cuartel general ruso, y que debía resistirse á abandonar aquellas plazas, que eran las únicas que le quedaban. Estipulóse, pues, una tregua particular entre los ejércitos francés y ruso, que firmaron el 22 de junio el príncipe de Labanoff y el de Neuchatel, y fué llevada al cuartel general de Alejandro, para que la ratificase, como la ratificó inmediatamente.

El mariscal Kalkreuth se presentó en seguida para tratar en nombre del ejército prusiano, y Napoleon le recibió con suma urbanidad, diciéndole era el único militar distinguido, y sobre todo atento de todos los de su nacion, que habia tratado bien á los prisioneros franceses que la suerte ponía en sus manos; y concedió una suspension de armas sin exigir la entrega de las plazas prusianas. Era una prueba de generosidad el dejarlas en poder de Prusia, aunque es verdad que no debía inquietarse por ello el ejército francés, demasado solidamente establecido en el Vistula por medio de Varsovia, Thorn y Dantzic, y en el Pregel por medio de Königsberg y Vehlau, para que tuviese que temer nada de unos puntos como Colberga, Pillau y Graudenz. Firmóse, pues, la tregua con el mariscal Kalkreuth, como ya lo habia sido con el príncipe de Labanoff, y se convino en que la demarcacion que separase á los ejércitos beligerantes, fuese el rio Niemen hasta Grodno; luego volviendo atrás por la derecha, el Bober hasta el punto en que desagua el Narew y por último el mismo Narew hasta Pultusk y Varsovia.

Como nunca se cansaba Napoleon de tener vigilancia, se organizó detrás de aquella línea como si fuera á empezar pronto la guerra y llevarla al centro del imperio ruso, aproximando hácia sí el cuerpo de Massena y situándolo en Bialistock, reuniendo los polacos de Dombrowski y Zayonschek en un solo cuerpo de diez mil hombres que debía ligar á Massena con Ney, colocando á éste en Gumbinen sobre el Pregel, reuniendo en Tilsit á los mariscales Mortier, Lannes, Bernadotte y Davout, la caballería y la guardia, dejando al maris-

cal Soult en Königsberg, mandando preparar en Vehlau un campo atrincherado para concentrarse en él con todo su ejército en caso necesario, dando órdenes en Dantzig y Königsberg para sacar parte de las inmensas provisiones que habia en aquellas plazas, y trasladarlas al Niemen, y por último, disponiendo que el general Clarke que se hallaba en Berlin, y el mariscal Kellermann en Maguncia, continuasen dirigiendo los regimientos de marcha hácia el Vistula, lo mismo que si no se hubiese interrumpido la guerra. De las diferentes medidas que tomó para aumentar sus fuerzas en la primavera, solo suspendió una, cual fué el llamar á las armas á la conscripcion de 1808, pues quiso que unida esta noticia á la de sus triunfos, se alegrase Francia doblemente, aplaudiendo sus victorias.

Preparado Napoleon de aquel modo respetable, esperó á que se diese principio á las negociaciones, nosin invitar á Mr. de Talleyrand, que habia ido á buscar en Dantzig un poco de seguridad y reposo, á que fuese inmediatamente á Tilsit, para ayudarle con su astucia y su paciente habilidad. Luego, segun lo tenia de costumbre, dirigió á su ejército una proclama en que resaltaba al mismo tiempo que la grandeza de su alma, la magnitud de las circunstancias. Dicha proclama decia así.

«Soldados,

«El día 3 de junio nos atacó el ejército ruso en nuestros cantones, creyendo que nuestra inacción nacía de otras causas; pero aunque demasia-

do tarde ha conocido que nuestro reposo era como el del leon, y se arrepiente de haberlo turbado.

«En los combates de Guttstadt y Heilsberga, en el siempre memorable de Friedland, en 10 dias de campaña, en fin, hemos cogido ciento veinte piezas de artilleria, siete banderas, muerto, herido ó hecho prisioneros á sesenta mil rusos, y arrebatado al ejército enemigo todas sus provisiones, hospitales, asilos de enfermos, como los de la sangre, la plaza de Königsberg, trescientas embarcaciones que habia en este puerto, cargadas de toda clase de municiones, y ciento sesenta mil fusiles que enviaba Inglaterra para que nuestros enemigos se armasen.

«De las orillas del Vistula hemos llegado á las del Niemen ligeros como una águila, y así como celebrásteis en Austerlitz el aniversario de mi coronacion, este año habeis celebrado de un modo digno el de la batalla de Marengo, que puso fin á la guerra de la segunda coalicion.

«Franceses, os habeis mostrado dignos de vosotros mismos y de mí que os mando: ahora regresareis á Francia cubiertos de laureles y despues de haber conseguido una paz gloriosa que lleve consigo la garantia de su duracion, porque va es tiempo de que nuestra patria viva tranquila al abrigo de la maligna influencia de Inglaterra. Los beneficios que pienso hacer por vosotros os probará cuanta es mi gratitud, y hasta donde se estiende el cariño que os profeso.

«En el campamento imperial de Tilsit á 22 de junio de 1807.»

Los dos soberanos vencidos tenian aun mas prisa que Napoleon por dar principio á las nego-

cal Soult en Königsberg, mandando preparar en Vehlau un campo atrincherado para concentrarse en él con todo su ejército en caso necesario, dando órdenes en Dantzig y Königsberg para sacar parte de las inmensas provisiones que habia en aquellas plazas, y trasladarlas al Niemen, y por último, disponiendo que el general Clarke que se hallaba en Berlin, y el mariscal Kellermann en Maguncia, continuasen dirigiendo los regimientos de marcha hácia el Vístula, lo mismo que si no se hubiese interrumpido la guerra. De las diferentes medidas que tomó para aumentar sus fuerzas en la primavera, solo suspendió una, cual fué el llamar á las armas á la conscripcion de 1808, pues quiso que unida esta noticia á la de sus triunfos, se alegrase Francia doblemente, aplaudiendo sus victorias.

Preparado Napoleon de aquel modo respetable, esperó á que se diese principio á las negociaciones, nosin invitar á Mr. de Talleyrand, que habia ido á buscar en Dantzig un poco de seguridad y reposo, á que fuese inmediatamente á Tilsit, para ayudarle con su astucia y su paciente habilidad. Luego, segun lo tenia de costumbre, dirigió á su ejército una proclama en que resaltaba al mismo tiempo que la grandeza de su alma, la magnitud de las circunstancias. Dicha proclama decia así.

«Soldados,

«El día 3 de junio nos atacó el ejército ruso en nuestros cantones, creyendo que nuestra inacción nacía de otras causas; pero aunque demasia-

do tarde ha conocido que nuestro reposo era como el del leon, y se arrepiente de haberlo turbado.

«En los combates de Guttstadt y Heilsberga, en el siempre memorable de Friedland, en 10 dias de campaña, en fin, hemos cogido ciento veinte piezas de artilleria, siete banderas, muerto, herido ó hecho prisioneros á sesenta mil rusos, y arrebatado al ejército enemigo todas sus provisiones, hospitales, asilos de enfermos, como los de la sangre, la plaza de Königsberg, trescientas embarcaciones que habia en este puerto, cargadas de toda clase de municiones, y ciento sesenta mil fusiles que enviaba Inglaterra para que nuestros enemigos se armasen.

«De las orillas del Vístula hemos llegado á las del Niemen ligeros como una águila, y así como celebrásteis en Austerlitz el aniversario de mi coronacion, este año habeis celebrado de un modo digno el de la batalla de Marengo, que puso fin á la guerra de la segunda coalicion.

«Franceses, os habeis mostrado dignos de vosotros mismos y de mí que os mando: ahora regresareis á Francia cubiertos de laureles y despues de haber conseguido una paz gloriosa que lleve consigo la garantia de su duracion, porque va es tiempo de que nuestra patria viva tranquila al abrigo de la maligna influencia de Inglaterra. Los beneficios que pienso hacer por vosotros os probará cuanta es mi gratitud, y hasta donde se estiende el cariño que os profeso.

«En el campamento imperial de Tilsit á 22 de junio de 1807.»

Los dos soberanos vencidos tenian aun mas prisa que Napoleon por dar principio á las nego-

ciaciones, y así el príncipe de Labanoff, que era uno de los rusos que con mas sinceridad deseaban que se cortasen las diferencias que dividian á Francia y Rusia, volvió el 24 á Tilsit para pedir una audiencia á Napoleon. Este se la concedió inmediatamente, y aquel señor ruso le manifestó el deseo que animaba á su soberano de poner término á la guerra, el profundo disgusto con que miraba la alianza inglesa, y lo impaciente que estaba por ver al hombre grande del siglo, y esplicarse con él de un modo franco y cordial. Como lo que deseaba Napoleon era encontrarse con aquel jóven soberano, de quien tanto habia oido hablar, y cuyo talento, gracia y seduccion, que se elogiaba muchísimo, le causaban mucha curiosidad, y poco temor porque estaba mas seguro de seducir que de que le sedujeran á él, cuando se ponía en relaciones con los hombres, aceptó la entrevista, disponiendo se verificase para el dia siguiente 25 de junio.

Queriendo que reinase cierto aparato en la primera entrevista de los dos príncipes mas poderosos de la tierra, que iban á avistarse para terminar una sangrienta lucha, mandó al general de artillería Lariboisiere colocase una gran balsa en medio del rio Niemen, á igual distancia y á la vista de las dos orillas del rio. Con todas las telas mas ricas que pudo reunirse en Tilsit, población de escasa importancia, se construyó un pabellon á un lado de la balsa, para recibir á los dos monarcas, y el 25, á la una del dia, se embarcó Napoleon acompañado del gran duque de Berg, el príncipe de Neuchattel, los mariscales Bessieres y Duroc, y el gran escudero Caulaincourt. En

aquel mismo instante dejaba la otra orilla Alejandro, acompañado del gran duque Constantino, los generales Benningsen y Ouwarow, el príncipe de Labanoff, y el conde de Lievén. Las dos embarcaciones llegaron á un mismo tiempo á la balsa colocada en medio del rio, y lo primero que hicieron Napoleon y Alejandro al acercarse el uno al otro, fué darse un abrazo. Aquel testimonio de una reconciliacion franca fué visto por los numerosos espectadores que llenaban las orillas, porque el Niemen no tiene en aquel sitio mas anchura que el Sena, y escitó grandes aplausos. Efectivamente, los dos ejércitos estaban formados á lo largo del rio; el pueblo medio salvaje de aquellas campiñas habia acudido presuroso, y los testigos de aquella gran escena, como poco versados en los secretos de la política, al ver que sus soberanos se abrazaban, creyeron que ya estaba hecha la paz, y no tendrían que verter su sangre en adelante.

Después de aquel primer testimonio de cariñosa urbanidad, Alejandro y Napoleon se trasladaron al pabellon dispuesto para recibirlos (1), y

(1) Es muy difícil saber con exactitud lo que sucedió en las largas conferencias que Napoleon y Alejandro tuvieron en Tilsit, porque por toda la Europa han corrido datos desfigurados acerca de esto, y no solo se han supuesto conversaciones quiméricas, sino que se ha publicado con el nombre de artículos secretos de Tilsit, una porcion de tratados que son absolutamente falsos. Sobre todo los ingleses, para justificar la conducta que ulteriormente observaron con respecto á Dinamarca, han dado á luz muchos artículos secretos de Tilsit, ideados unos por los que se ocupan en recoger tratados, y enviados otros en aquel tiempo al gabinete de Londres, por espías diplomáticos que lo

lo primero que se preguntaron el uno al otro fué, por qué se hacian la guerra. Efectivamente,

que es en aquella ocasion, ganaron muy mal el dinero que se les prodigaba. Gracias á documentos auténticos y oficiales que yo he podido consultar, voy á dar por primera vez las verdaderas estipulaciones de Tilsit, tanto publicas como secretas, y sobre todo á dar á conocer tambien en sustancia lo que hablaron Napoleon y Alejandro, para lo cual voy á valerme de un documento muy curioso, que probablemente estará condenado por mucho tiempo á permanecer en las sombras del secreto, pero del que puedo, sin que se me tenga por indiscreto, sacar todo lo relativo á Tilsit. Aludo á una correspondencia que sostuvieron MM. Savary y Caulaincourt con Napoleon, y á la de Napoleon con ellos, pues el general Savary permaneció algunos meses en San Petersburgo como enviado extraordinario, y Mr. de Caulaincourt residia en dicha capital varios años en clase de embajador. Lo adicto que el uno era á Napoleon, y lo veráz que era el otro, no permiten dudar del afán que mostraron por dar á conocer al mismo emperador toda la verdad, debiendo decir que el tono de sinceridad con que está escrita esta correspondencia honra á los dos. Temiendo no fuesen á suscribir su propio juicio al de Napoleon, y queriendo que éste pudiera juzgar por sí mismo, contrajeron la costumbre de agregar á sus despachos una especie de proceso verbal por preguntas y respuestas, que contenia las conversaciones que tuvieron con Alejandro en el seno de la intimidad. Tanto uno como otro le veian todos los dias personalmente, tratándole con la mayor familiaridad, y refiriendo lo que decía palabra por palabra, han hecho sin sospecharlo siquiera, el retrato mas interesante y verídico seguramente. Muchos, y especialmente rusos, para disculpar á Alejandro por la intimidad que tenia con Napoleon, comparan esta intimidad con la política, y haciéndole mas profundo de lo que era, dicen que engañaba á Napoleon, pero esta disculpa singular no la hubieran intentado siquiera si hubiesen leído la correspondencia de que se trata. Alejandro era disimulado pero dado á impresiones, y en aquellas conferencias se le vé á cada momento abandonar su disimulo, y decir cuanto piensa. Es verdad que estavo ligado

Napoleon perseguia únicamente á Rusia porque era aliada de Inglaterra, y Rusia por su parte aunque justamente alarmada con la dominacion

algun tiempo, no á la persona de Napoleon, pues siempre lo causó cierto temor, sino á su política, cuya causa sirvió con actividad; pero tambien lo es que concibió una ambicion muy natural, que Napoleon dejó naciese en él, halagándola por algun tiempo y acabando por defraudarla. Entonces fué cuando Alejandro se separó de Francia, pero se separó sin confesarlo, lo cual constituyó por un momento la hipocresia con que le honran los rusos, aunque casi no lo era, siendo sumamente fácil conocer en su lenguaje ó involuntarios impulsos la variacion de sus disposiciones. Si dijera aquí en que consistió la ambicion de Alejandro, ambicion que Napoleon halagó y que acabó por no satisfacer, referiria con anticipacion, hechos que pertenecen á tiempos ulteriores, por lo cual me limito á decir en este momento como ha podido servirme para aclarar los misterios de Tilsit, la larga serie de conferencias que Alejandro tuvo con Savary y Caulaincourt. Hé aquí como lo he conseguido: acordándose Alejandro de lo sucedido en Tilsit, recordaba sin cesar á Savary y Caulaincourt cuanto se hizo y dijo en aquella célebre entrevista, y contaba con frecuencia las conversaciones de Napoleon, los dichos unas veces profundos y otras picantes que oyó de su boca, y sobre todo las promesas que decía haberle hecho. Copiado todo esto fielmente el mismo dia, se mandaba á Napoleon, quien algunas veces negaba, pero otras admitia visiblemente, como si no pudiera negarlo, lo que se le recordaba; y de la reproducción contradictoria de estos recuerdos, es de donde yo he sacado los pormenores que voy á suministrar, y cuya autenticidad no puede ponerse en duda. Además, por conducto estrangero, tambien auténtico y oficial, he conseguido se me enseñen unos despachos muy curiosos en que se contiene lo que la reina de Prusia dijo por via de desahogo, cuando regresó de Tilsit, á un antiguo diplomático digno de su confianza y amistad. Con el auxilio, pues, de estos diversos materiales, he trazado la pintura que vá á leerse, y que creo es la única verdadera, entre todas enantas se han hecho de las escenas memorables que pasaron en Tilsit.

que Francia ejercía en el continente, servía los intereses de Inglaterra mucho mas que los suyos propios, encarnizándose en aquella lucha hasta el punto que acababa de hacerlo. Así es que Alejandro dijo á Napoleon:—Si vos quereis mal á Inglaterra, y nada mas que á ella, fácilmente nos pondremos de acuerdo, porque tambien tengo yo que quejarme de ella.—Y en seguida contó los motivos de queja que tenia contra la Gran Bretaña, la avaricia y egoismo de que habia dado pruebas, las promesas falsas que le habia hecho, el abandono en que le habia dejado, y en fin cuanto le inspiraba el resentimiento de una guerra desgraciada, que habia tenido que sostener con fuerzas suyas únicamente. Tratando Napoleon de conocer cuales eran los sentimientos que debia halagar en el soberano que le hablaba, no tardó en advertir que se hallaba dominado por dos: en primer lugar por un profundo mal humor contra aliados, ó gravosos como Prusia, ó egoistas como Inglaterra; y en segundo un orgullo muy excesivo, y humillado á la sazón. En consecuencia, se dedicó á probar al joven Alejandro, que sus aliados le habian engañado, y ademas que se habia portado con nobleza y valor, esforzándose en querer persuadirle que Rusia se equivocaba en patrocinar la causa de unos vecinos tan ingratos y envidiosos como los alemanes, y servir los intereses de unos mercaderes tan codiciosos como los ingleses. Atribuyó este error á sentimientos generosos llevados hasta el exceso, así como á una mala inteligencia á que habian dado lugar ministros ineptos ó corrompidos, y en fin elogió de un modo singular la valentia de los soldados rusos, diciendo

al emperador Alejandro que si se reuniesen los dos ejércitos que habian luchado con tanto valor uno contra otro en Austerlitz, Eylau y Friedland, portándose ambos como unos gigantes, aunque peleaban con una venda en los ojos, podian hacerse dueños del mundo, en bien y por la tranquilidad de este. Luego le insinuó con suma discrecion que con hacer la guerra á Francia no podia conseguir ninguna ventaja; de suerte que consumia sus fuerzas en valde, al paso que si se unia con ella para dominar en Occidente y Oriente, alcanzaria tanta gloria, y mas provecho seguramente. Sin esplicarse mas acerca de esto, parecia que se encargaba de hacer la fortuna de su joven antagonista, mucho mejor que los que le habian comprometido á que siguiese un camino en que hasta entonces solo habia encontrado derrotas. Es verdad que Alejandro habia contraido obligaciones con respecto á Prusia, y era preciso que su honor quedase á salvo en aquella situacion, pero tambien le dió á entender Napoleon que le restituiria la parte de estados prusianos que fuese necesaria para que pudiera salir con honra de sus compromisos, despues de lo cual quedaba el gabinete ruso en libertad de seguir una politica nueva, que era la única verdadera, provechosa y parecida en todo á la que siguió la gran Catalina.

Aquella conferencia, que duró mas de una hora, y en que se tocaron todas las cuestiones sin profundizarlas, conmovió vivamente á Alejandro, á quien Napoleon acababa de abrir una nueva perspectiva, lo cual agrada siempre á un alma inconstante y sobre todo descontentadiza. Por otra parte, conociendo Alejandro en medio de sus der-

rotas, los inconvenientes que traía la guerra encarnizada que le habían inducido á hacer contra Francia, y las ventajas que podría producir un sistema de union con ella, se había dicho mas de una vez á sí mismo parte de lo que Napoleon acababa de decirle, pero no con esa claridad, esa fuerza, y sobre todo esa seducción propias de un vencedor que se presenta al vencido, con las manos llenas de regalos, y la boca de palabras cariñosas. Alejandro se dejó pues seducir, y conociéndolo Napoleon, se propuso hacer que su seducción fuese completa.

Después de haberle adulado como monarca, quiso adularle como hombre, á cuyo efecto le dijo—Mejor nos entenderemos vos y yo tratando directamente, que valiéndonos de nuestros ministros, quienes muchas veces nos engañan ó no nos comprenden: estoy seguro de que mas adelantaremos nosotros en una hora, que nuestros plenipotenciarios en muchos dias, y así creo que entre nosotros no debe haber ninguna persona intermedia.—No se podía adular á Alejandro de mejor modo que atribuyéndole sobre los que le rodeaban, una superioridad semejante á la que Napoleon tenia derecho á atribuirse sobre todos cuantos les servian; pero además le propuso dejase la aldea en que estaba alojado, y se estableciese en Tilsit, cuya poblacion se neutralizaria para recibirle, y donde podrían tratar personalmente de sus asuntos á cualquiera hora. Esta proposicion fué aceptada al momento, conviniéndose por lo tanto en que aquel mismo dia se trasladaria á Tilsit Mr. de Labanoff para arreglar los pormenores. Faltaba, sin embargo, hablar

del desventurado rey de Prusia, quien se hallaba en el cuartel general de Alejandro, esperando lo que seria de él y de su reino; y Alejandro se ofreció á llevarle á la balsa echada en el rio Niemen, para presentarle á Napoleon, con el fin de que le dirigiese algunas palabras que le tranquilizasen. Efectivamente, antes de pasar de un sistema politico á otro, era necesario que Alejandro salvase alguna cosa de la corona de su aliado, si es que no queria deshonorarse, y como Napoleon ya había tomado un partido acerca de esto, como conocia muy bien que era preciso hacer ciertas concesiones para poner á cubierto el honor de Alejandro, consintió en recibir al rey de Prusia á la mañana siguiente. Los dos soberanos salieron entonces del pabellon, y pasando de cosas serias á otras de pura urbanidad, cumplieron á los que les acompañaban, tratando Napoleon de un modo lisongero al gran duque Constantino y al general Benningsen, y diciendo Alejandro á Murat y á Berthier que eran unos lugartenientes dignos del capitán mas grande de los tiempos modernos. En seguida se separaron los dos emperadores, dándose nuevas muestras de amistad, y se embarcaron á la vista de los numerosos espectadores reunidos en las orillas de Niemen, los cuales les aplaudieron como antes.

Aquella tarde fué al cuartel general francés el principe Labanoff, para arreglar todo lo concerniente á la instalacion del emperador Alejandro en Tilsit, y se convino en que dicha ciudad seria neutral, que el emperador Alejandro ocuparia la mitad, y el emperador Napoleon la otra, que la guardia imperial rusa pasaria á la orilla

izquierda para hacer el servicio al lado de su soberano, y que aquel cambio de residencia se verificaría al día siguiente, despues que el rey de Prusia fuese presentado á Napoleón.

Con efecto, el 26 de junio por la mañana, los dos emperadores se trasladaron como la vispera al Niemen, observando la misma etiqueta, y entraron en el pabellon en que tuvieron su primera entrevista. Alejandro llevaba consigo al rey de Prusia, príncipe que no debía á la naturaleza ninguna gracia, y á quien no debían dársela los infortunios y pesares: era un hombre honrado, sensato, modesto y algo mas que sencillo en sus modales; pero no se humilló delante del vencedor, en cuya presencia se mostró triste, lleno de dignidad y entonado. La conversacion no podía ser muy larga, pues vencido por Napoleón, y protegido por Alejandro, si estaban dispuestos al parecer á devolverle parte de sus estados, lo cual era probable aunque no cierto segun la conferencia de la vispera, Napoleón concedía aquella restitucion por pura política hacia Alejandro; pero nada se hacía por él, nada se esperaba de él, y de consiguiente no tenían esplicaciones que darle. La entrevista, debía pues, ser corta, y efectivamente lo fué; pero sin embargo, el rey de Prusia dió al parecer mucha importancia á probar que no había obrado mal respecto á Napoleón, y que despues de ser aliado de Francia durante mucho tiempo, se había convertido en enemigo suyo, esto se debía á las circunstancias, y no á una falta de buena fé de que pudiera avergonzarse un hombre honrado. Napoleón afirmó por su parte que nada tenía que echarse en

cara, y como era sobrado generoso, y tenía demasiado talento para ir á ofender á un príncipe humillado, se limitó á decirle que el gabinete de Berlín, aunque muchas veces se le había advertido desconfiase de las intrigas de Inglaterra, había cometido el disparate de no escuchar aquel consejo amistoso, por lo cual era preciso atribuir á esta causa únicamente las desgracias de Prusia. Por lo demas, añadió que la Francia victoriosa no quería sacar de sus triunfos hasta la última consecuencia, y que dentro de pocos días, probablemente serían unos y otros tan afortunados que se avendrían acerca de las condiciones de una paz tan honrosa como sólida.

Los tres soberanos se separaron despues de tener una entrevista que apenas duró media hora, y se decidió que también el rey de Prusia iría, aunque mas tarde, á situarse en Tilsit, al lado del emperador de Rusia.

1. Aquel mismo día á las cinco de la tarde, pasó Alejandro el Niemen, y Napoleón salió á su encuentro hasta la orilla del rio, conduciéndole al alojamiento que le había preparado, y convidándole á comer, no sin que durante la comida le tratara con la mayor distincion y suma delicadeza. Desde aquel día quedó establecido, que el emperador Alejandro comería con Napoleón, porque él no llevaba consigo su servidumbre, y pasaron juntos las primeras horas de la noche, hablando mucho tiempo confidencialmente, y dándose el uno al otro muestras de una familiaridad tan noble como afable.

El 27 por la mañana montaron á caballo para pasar revista á la guardia imperial francesa, y

aquellos antiguos soldados de la revolucion, la república y el imperio, que siempre habian servido á Francia con heroismo, se presentaron orgullosos delante del soberano á quien habian vencido. Es verdad que no tenian que ostentar en su presencia la elevada estatura y la marcha regular y acompasada de los soldados del Norte; pero desplegaron la facilidad en los movimientos, la firme aptitud y la inteligencia en las miradas, que esplicaban sus victorias, y la superioridad que tenian sobre todos los ejércitos de Europa. Alejandro les felicitó y mucho, y ellos contestaron á sus palabras gritando repetidas veces, ¡viva Alejandro! ¡viva Napoleon!

Habia cuarenta y ocho horas que los dos emperadores se habian abocado, y ya se trataban con tanta confianza que podian esplicarse francamente; por lo cual Napoleon desarrolló á la vista de Alejandro los designios á que queria asociarle, designios que acababan de sugerirle circunstancias muy recientes.

Estraordinaria era la situacion en que Napoleon se encontraba en aquel momento, pues haciendo resaltar la grandeza de su genio, y la prodigiosa altura á que habia llegado su fortuna, dejaba ver al mismo tiempo la parte flaca de su política, política tan escesiva y variable como las pasiones que la inspiraban.

Muchas veces hemos hablado de las alianzas que en aquella época convenian á Francia, diciendo que á no ser que se realizase el fenómeno espantoso, pero imposible afortunadamente, de la monarquía universal, era preciso que Napoleon contara en Europa con otra cosa que no fuese

enemigos conjurados contra él públicamente ó en secreto, y que debia esforzarse en tener un amigo, uno á lo menos. Tambien hemos dicho que España, nuestra aliada mas antigua y natural, se hallaba completamente desorganizada, estando destinada mientras no se regenerase del todo, á servir de carga á los que se uniesen á ella; que Italia estaba por crear; que Inglaterra, alarmada entonces con la posesion de las Indias, y al vernos en Texel, Amberes, Brest, Cádiz, Tolon, Génova, Nápoles, Venecia, Trieste y Corfú, ora como propietarios, ora como dominadores, no podia reconciliarse con nosotros; que Austria se mantendria implacable mientras no se le devolviese la Italia ó se le hiciese olvidar con otra cosa; que Rusia nos miraba con ojos de envidia en el continente lo mismo que Inglaterra en el Océano; y por último que Prusia, rival natural de Austria, vecina á quien amenazaba Rusia, potencia protestante, aficionada á novedades, y enriquecida con bienes eclesiásticos, era la única cuyos intereses políticos y principios morales, no eran absolutamente incompatibles con los nuestros, siendo de consiguiente la que debiamos buscar como un amigo fuerte y sincero que nos ayudase, ya que no á impedir del todo las coaliciones, á hacer á lo menos que fuesen incompletas. Empero ya hemos visto que colocada Prusia entre los dos partidos que entonces traian dividido al mundo, incierta y sin saber qué hacer, cometió el error de ser débil mientras Napoleon abusaba de su fuerza, que esto dió lugar á un rompimiento deplorable, que á Napoleon le cabia la inmensa gloria militar, al propio tiempo que la inmensa desgracia política.

ca de haber destruido en quince dias una monarquía, que era la única con quien podíamos contar para contraer una alianza en Europa, y por último que habiendo querido los rusos ir á socorrer á los prusianos en Polonia, como fueron á socorrer á los austriacos en Gallitcia, los habia derrotado completamente en Friedland ni mas ni menos que en Austerlitz.

Vencedor de todo el continente, y viéndose rodeado de potencias á quienes habia ido derrotando sucesivamente, esto es, á una de ellas en Austerlitz hacia diez y ocho meses, á otra en Jena ahora ocho meses, y á la tercera en Friedland hacia solo diez dias, Napoleon era dueño de escoger, no entre amigos sinceros, sino entre otros que se apresuraban á rendirle obsequios y á mostrarse sumisos. Si las cosas se encadenaron de modo que aun no habia llegado para él el momento de ensayar la alianza rusa, podia en aquel instante conjurar en cierto modo el destino, y entrar de pronto en el camino de una politica sana, para no volver á salir de él, con lo cual hubiera adquirido con menos poderío aparente, mas omnipotencia real y efectiva, y tal vez una duracion eterna, si no por lo que respecta á su dinastía, tocante á lo menos á la grandeza de Francia, que para él valia tanto como su misma dinastía. Para ello era preciso portarse como un vencedor generoso, y por medio de una accion imprevista, pero en manera alguna estraña, sacar á Prusia de su abatimiento, darle mas fuerza y estension que nunca, y decirle:—Has hecho mal en no haber sido franco conmigo, y por esto te he castigado; olvidemos tú tu derrota, y yo mi victoria: ahora te engrandezco

en vez de debilitarte mas y mas, para que seas siempre aliada mia.—Federico Guillermo, que odiaba la guerra, que todos los dias estaba acensándose á si mismo de haberse dejado arrastrar á ella, y que mas tarde, esto es, en 1813, cuando medio vencido Napoleon, presentaba una presa fácil de devorar, vacilaba aun en aprovecharse del cambio de la fortuna, y no volvió á tomar las armas hasta que vió que su pueblo las tomaba á pesar suyo; ese rey, decimos, obligado á ser agradecido, si se le hubiera colmado de beneficios, despues de las batallas de Jena y Friedland, nunca hubiera formado parte de una coalicion, y como entonces solo habria tenido Napoleon que pelear contra Austria y Rusia, no hubiera sucumbido. Si Napoleon deseaba obtener una corona en Alemania para uno de sus hermanos deseo tan importuno como imprudente, ahí tenia la Hesse, que Prusia le hubiera abandonado con mucho gusto; ademas de que tenia como en suspenso la suerte del Hannover, estando dispuesto á darlo á Inglaterra en cambio de la paz, ó á Prusia en recompensa de una alianza intima. En cuanto al emperador Alejandro como nada tenia que pedirle ni darle, no podia ni debia quejarse de que el vencedor reconstituyese á Prusia al dia siguiente de haber derrotado á los prusianos y rusos. Es decir, que le hubiera obligado á admirar al vencedor y á firmar la paz sin decir una palabra, sin volver á hablar ni de Italia, ni de Holanda, ni de Alemania, lo cual solia ser en aquella época un pretexto para que Francia y Rusia anduviesen en contestaciones.

Esto que venimos diciendo era sin duda una

utopia, y no de generosidad, porque Napoleón era muy capaz de abrigar esa generosidad imprevista y deslumbradora, que brota algunas veces de un corazón grande y deseoso de adquirir gloria, sino una utopia con relación á las combinaciones del momento. Efectivamente, arrastrado Napoleón entonces por el curso de las cosas que se lleva por delante á los hombres mas poderosos, lo habia resuelto de otro modo, porque en materia de alianzas, aunque todavía se hallaba á la mitad de su reinado, ya las habia experimentado todas. Apenas fué nombrado cónsul, en la época en que sus pensamientos eran buenos, prudentes y profundos, porque eran los primeros que le inspiraba la vista de las cosas, mucho antes que la corrupción que engendra el ejercer el mando durante largo tiempo se hubiese apoderado de él, pensó en Prusia, y la convirtió en aliada suya. Hubo un instante, en tiempo de Pablo I, en que como un expediente cualquiera, se le ocurrió reunirse á Rusia: hubo tambien un momento en que durante la paz de Amiens, se le antojó unirse á Inglaterra, seducido por la ventaja de unir el poderío marítimo al terrestre; pero siempre fué de un modo pasajero, y desde entonces Prusia no cesó de ser no solo su confidente, sino su cómplice en todos los negocios de Europa. Indispuesto despues con Prusia hasta el estremo de declararle la guerra, y conociendo lo aislado que estaba, bizo á Austria proposiciones medio encubiertas que redundarian en honra de su penetracion, si la necesidad que sentia de tener un aliado, aun en medio de sus victorias, no le disculpase de haberle ido á buscar con tanta inseguridad. Enterado bien pronto de

los pérfidos armamentos de Austria, y embriagado de orgullo con la batalla de Jena, creyó que á nadie necesitaba; pero trasladado á Polonia, y sorprendido despues del combate de Eylau al ver los obstáculos que la naturaleza puede oponer al heroísmo y el genio, volvió á pensar en la alianza con Prusia. Ofendido con las respuestas de esta potencia, respuestas menos diligentes de lo que esperaba, victorioso como nunca en Friedland, y en fin, deseando poner término á una guerra lejana, por necesidad tenia, girando como giraba en un círculo de pensamientos, que poner las mientes en el que no se le habia ocurrido aun, y entonces favorecian tantas y tantas circunstancias, esto es, en el de una alianza con Rusia. Separado definitivamente de Prusia, cuya nacion no habia sabido aprovechar un instante para volver en sí, irritado en gran manera por la conducta artificiosa de Austria, viendo que Rusia estaba disgustada de unos aliados que la habian apoyado tan mal, creyendo que en el gabinete ruso habria mas sinceridad que en el prusiano, por lo mismo que era menos ambigua su posicion, y seducido en fin por la novedad que siempre engaña hasta cierto punto, aun á los hombres de mas firme talento, á Napoleón se le ocurrió convertir á Alejandro en aliado y amigo suyo, deslumbrando su imaginacion, llenando su cabeza de ideas ambiciosas, y ofreciendo á su aturdida vista prestigios que era fácil crear y mantener durante algun tiempo, pero no eternizar, á menos que no se renovasen por medio de peligrosas satisfacciones. Como era natural, el Oriente era un recurso para proporcionar al joven Alejandro esa clase de satisfacciones, muy fáciles

de imaginar aunque mucho menos de realizar, pero que fué á facilitar de pronto una circunstancia casual y reciente: tan cierto es, que cuando ha llegado el momento de que se verifique una cosa, no parece sino que todo lo favorece, hasta los sucesos mas imprevistos.

Napoleon habia comprometido á los turcos en su reyerta, escitándolos á que disputasen las provincias del Danubio á los conquistadores de la Crimea, y el Egipto á los poseedores de la India, para lo cual les prometió los socorreria por tierra contra los rusos y por mar contra los ingleses, empezando por ayudarles á defender los Dardanelos por medio de sus oficiales. Por último, se obligó á no firmar la paz, si no redundaba tambien en ventaja del imperio otomano; pero el infortunado Selim, á quien odiaban los ulemas porque queria reducir sus facultades, y los genizaros porque queria someterlos á la disciplina europea, espí con una caída espantosa sus prudentes designios. Hacía mucho tiempo que los ulemas le miraban con suma desconfianza, y los genizaros veían con una especie de furor las nuevas tropas conocidas con el nombre del *nizam-djedid*, esperando unos y otros una ocasion en que poder satisfacer sus resentimientos. El sultan exigió que los genizaros que guarnecían los castillos del Bósforo y los Dardanelos se vistiesen con el *nizam-djedid*, y esto dió lugar á que se rebelasen, propagándose la insurreccion rápidamente á las compañías de genizaros que habia tanto en Constantinopla, como en las poblaciones inmediatas á la capital. Acudieron en seguida á Constantinopla, amotináronse en la plaza

del At-Meidan, (el hipódromo antiguo), y volvieron boca abajo las marmitas, signo de rebelion por lo regular, que indica no quieren recibir el alimento de manos de un amo á quien aborrecen. Los ulemas se reunieron por su parte, y declararon que un principe que habia reinado por espacio de siete años sin tener posteridad, y bajo cuyo imperio se habia interrumpido la peregrinacion á la Meca, era indigno de reinar. Los genizaros continuaron reunidos durante varios dias, pidiendo, consiguiendo y tomando algunas veces sin que se las entregasen, las cabezas de los ministros de la Puerta, á quienes se acusaba de favorecedores del nuevo sistema, y viendo al fin el musti que los rebeldes se obstinaban, proclamó la caída de Selim, y el advenimiento al trono de Mustafá. El infortunado Selim, encerrado en un aposento del serrallo, podia esperar en verdad que le socorriese su ejército mandado por el gran visir Baraictar, que era un súbdito leal; pero aquel socorro ofrecía graves peligros, pues era de temer que si el gran visir se presentaba á la cabeza de soldados fieles, seria asesinado el sultan destronado, antes de que pudiera favorecerle. Esto fué lo que supo Napoleon el 24 de junio en su cuartel general de Tilsit, y segun todas las probabilidades, el nuevo gobierno turco iba á ser enemigo de Francia, justamente porque el que acababan de derribar habia sido amigo suyo. Por otra parte, era indudable que la anarquía que minaba á aquel infortunado imperio, lo colocaba así como á España, en el número de esos aliados, de quienes es preciso esperar mas inconvenientes que servicios, sobre todo cuando situa-

da Constantinopla á tanta distancia de París, no podíamos aconsejarle fácilmente, y nuestro socorro debía ser muy lento. Napoleon, en quien se verificaba una revolucion de ideas con la viveza propia de su genio, vió de pronto de otro modo los sucesos de Oriente, pues hacia mucho tiempo que los hombres de estado de Europa consideraban al imperio turco como en visperas de ser repartido, y con esta mira habia querido Napoleon que á Francia le tocase su parte, tratando de apoderarse de Egipto. Luego abandonó aquella idea momentáneamente, cuando en 1802 pensó en reconciliar á Francia con todas las potencias; pero volvió á ella con ahinco al ver lo que estaba sucediendo en Constantinopla, y se dijo á sí mismo que supuesto que no se podía hacer que viviese aquel imperio, era lo mejor aprovecharse de sus despojos para el buen arreglo de los asuntos de Europa, y sobre todo para humillar á Inglaterra. Tenia á la sazón á su lado, como ya sabemos, vencido pero temible aun, al soberano cuya juvenil imaginacion era mas fácil exaltar, mostrándole las bocas del Danubio, el Bósforo y Constantinopla, y pensó que con algunos de aquellos despojos turcos, que tarde ó temprano no podian menos que ir á parar á poder de Rusia, obtendria, no solo la paz, que en aquel momento no era dudosa, sino una alianza íntima, apasionada, y por medio de la cual venciese á Inglaterra, realizando en los tronos de Occidente las revoluciones que meditaba.

Teniendo como tenia á su lado diariamente al emperador Alejandro, ya en revistas, ya en largos paseos por las orillas del Niemen, ya en fin,

en un gabinete-despacho, donde habia estendido un mapa universal, y donde se encerraba muchas veces con él despues de comer, logró deslumbrar la imaginacion de aquel príncipe, y trastornarla completamente, proponiéndole en una conversacion casi continua de muchos dias las miras siguientes.

—El cielo, así dijo á Alejandro, acaba de romper los compromisos que habia contraido con la Puerta, pues mi aliado y amigo el sultan Selim ha sido destronado y preso. Habia creído que podía hacerse algo con esos turcos, como por ejemplo, devolverles un poco de energia, y enseñarles á que se valgan de su valor natural, pero veo que es una ilusion. Es preciso, pues, acabar de una vez con un imperio que no puede subsistir, é impedir que sus despojos contribuyan á aumentar la dominacion de Inglaterra.—Dicho esto, desplegó á los ojos de Alejandro los nuevos proyectos que acababa de concebir, manifestando que si deseaba ser aliado de Francia, y amigo suyo sincero y constante, nada era mas fácil, ni mas ventajoso para él y su imperio; pero era preciso que esa alianza fuese completa, sin reserva y vehiculo por donde se confundiesen los intereses de las dos potencias. En primer lugar esa alianza era la única que convenia á Rusia, porque ¿de qué se acusaba á Francia? ¿de qué queria dominar á Italia, á Holanda y quizá á España? ¿de qué aspiraba á crear en el Rhin un sistema que disminuyese la preponderancia que de antiguo tenia Austria en Alemania, y contuviese la que empezaba á ejercer Prusia? Pero ¿qué importaba á Rusia, Italia, España y Holanda? ¿La misma

Alemania no miraba á Rusia con ojos de envidia, y era enemiga suya aunque en secreto? ¿no se hacía un servicio á Rusia con debilitar á las principales potencias alemanas? Y al contrario, ¿de qué se acusaba á Inglaterra? ¿no era de que quería dominar los mares, que son propiedad de todo el mundo; oprimir al pabellon neutral, en cuyo caso se hallaba el ruso; apoderarse del comercio de las naciones, y rescatarlas del yugo dándoles géneros exóticos al precio que ella misma fijaba; poner el pie en cualquier parte que podia, como en Portugal, Dinamarca y Suecia; y por último, tomar ó amenazar á los puntos dominantes del globo, como el cabo de Buena Esperanza, Malta, Gibraltar y el Sund, para poner la ley á todos los comerciantes del universo? En aquel mismo momento, ¿no trataba de conquistar á Egipto, en vez de ir á socorrer á sus aliados? Y recientemente, si se hubiese apoderado de los Dardanelos ¿qué es lo que hubiera hecho con ellos? Ahora bien, ¿no podia decirse que lo mismo importaba á Rusia las pretensiones que se atribuian á Francia, que la conducta codiciosa de Inglaterra? La gran Catalina y Pablo I creian que esa conducta importaba y mucho á Rusia, puesto que la una y el otro declararon la guerra á la Gran Bretaña, por conservar los derechos del pabellon neutro, pues los ingleses oprimian hasta tal punto el comercio de las naciones, que se habian apoderado del de San Petersburgo, cuyos capitales eran suyos, y que venia á ser en sus manos un medio temible de influir en Rusia, pues con solo encerrar el dinero, hacian que el pueblo empezase por murmurar y acabase asesinando á los emperadores. Un ejér-

cito francés, conducido por un gran capitán, podia llegar en rigor hasta el Vístula, hasta el Niemen tambien, ¿pero iria hasta el Nawa? Una escuadra inglesa, al contrario, podia forzar el Sund, prender fuego á Kroustadt, amenazar á San Petersburgo despues que hubiese forzado el Bósforo, y destruir á Sevastopol y Odessa; una escuadra inglesa podia encerrar á los rusos en el Báltico y en el mar Negro, y tenerlos prisioneros en aquellos mares como en un lago. Empero, Francia y Rusia, como no se tocaban por ningun punto y tenian unos mismos enemigos, esto es, los ingleses por mar y los alemanes por tierra, además de un objeto comun y en que debian poner toda su solicitud, cual era el imperio turco, podian entenderse y ponerse de acuerdo, siendo ambas bastante poderosas para dominar el mundo como asi lo tuviesen á bien.

Despues de esta magnífica ojeada, Napoleon añadió un sistema de medios mas seductor aun que las ideas generales que acababa de desenvolver, pues como le acusaban de que queria la guerra por solo el gusto de pelear, y no era así, trató de probarlo en el acto, diciendo á Alejandro:—Sed mi mediador cerca del gabinete de Lóndres, pues este papel conviene á vuestra posicion de antiguo aliado de Inglaterra, y aliado dentro de poco de Francia. Ya no pienso en Malta: que la Gran Bretaña conserve esta isla, en compensacion de lo que yo he adquirido desde que se quebrantó la paz de Amiens; pero que devuelva á España y Holanda sus colonias, y entonces le devolveré yo el Hannover. ¿No son estas condiciones justas y perfectamente equitativas?

¿puedo aceptar otras? ¿puedo abandonar á mis aliados? ¿Y cuando estoy dispuesto á sacrificar mis conquistas en el continente, y una conquista como Hannover, porque mis aliados recobren sus lejanas posesiones, hay quien niega mi lealtad y moderacion? —

Alejandro confesó que aquellas condiciones no podian ser mas justas, ni Francia aceptar otras, y prosiguiendo Napoleon, logró que aquel principe conociese que si Inglaterra se obstinaba á pesar de hacerle tales proposiciones, era preciso obligarla á que cediese, porque no siempre debia estar el mundo en guerra por ella; y le probó que podia reducirse la con una simple declaracion. — Si Inglaterra, le dijo, se niega á admitir la paz con estas condiciones, proclamamos aliado de Francia: anunciad que vais á unir vuestras fuerzas con las suyas para asegurar la paz marítima, y decid á la Gran Bretaña que ademas de la guerra con Francia, tendrá la de todo el continente; esto es, la de Rusia, la de Prusia, la de Dinamarca, la de Suecia y Portugal, cuyas naciones deberán obedecernos cuando les intimemos nuestra voluntad; hasta la de Austria, pues tendrá que pronunciarse en igual sentido, como vos y yo le declaramos que tambien lucharemos contra ella, en caso de que no quiera luchar contra Inglaterra con las condiciones que hemos enunciado. Viéndose entonces espuesta Inglaterra á una guerra universal, sino quiere celebrar una paz equitativa, depondrá las armas; pero todo esto, añadió Napoleon, debe comunicarse á cada gabinete, fijándole un término preciso é inmediato para que se decida. Si Inglaterra no cede, obraremos de comua acuerdo,

y ya encontraremos suficiente desquite, para indemnizarnos de tener que continuar la guerra. Quizá resistan dos países muy importantes, y uno de ellos sobre todo para Rusia, que son Portugal y Suecia, subordinados á Inglaterra merced á su posicion marítima; pero yo me entenderé con España acerca de Portugal: en cuanto á vos, apoderaos de Finlandia, por vía de indemnizacion de la guerra que tendreis que hacer contra Suecia. Es verdad que el rey de dicha nacion es cuñado y aliado vuestro; pero por lo mismo que es vuestro hermano político y aliado, que siga los cambios de vuestra política, ó sufra las consecuencias de su mala voluntad. Suecia, repitió Napoleon muchas veces, podrá ser un pariente, un aliado del momento, pero es un enemigo geográfico (1), y puesto que San Petersburgo se halla demasiado cerca de la frontera de Finlandia, es preciso que las hermosas rusas de la capital no oigan desde sus palacios el cañon de los suecos. —

Después de señalar á Alejandro la Finlandia en premio de la guerra contra Inglaterra, Napoleon le hizo entrever hácia el Oriente una cosa mas brillante aun, diciéndole: — Debeis servirme de mediador cerca de la Inglaterra, pero mediador armado que impone la paz, y yo haré el mismo papel por vos cerca de la Puerta. Le intimaré que voy á intervenir en sus asuntos, y si se niega á entrar en tratos con condiciones que os satisfa-

(1) Estas son las espresiones que usó Napoleon, y que Alejandro repitió á Mr. de Caulaincourt refiriéndole lo que sucedió en Tilsit.

gan, lo cual no debemos esperar en vista del estado de anarquía en que se halla, me uniré á vos contra los turcos, como vos os habeis unido á mí contra los ingleses, y entonces repartiremos el imperio otomano segun convenga.—

Imenso era el campo de las hipótesis acerca de esto, y así la imaginacion de los dos soberanos se perdió en un mar profundo de combinaciones, deseando desde luego Rusia conseguir, cualquiera que fuese el éxito de la negociacion que se entablase con la Puerta, una porcion cualquiera de las provincias del Danubio, y consintiendo en ello Napoleon en cambio de la asistencia que Rusia debía prestarle en los negocios de Occidente. Sin embargo, como era probable que en nada cederian los turcos, de esto iba á seguirse la guerra, y de la guerra la reparticion; pero ¿qué repartición? Rusia podia obtener, ademas de la Besarabia, Moldavia, Valaquia, y la Bulgaria hasta los Balkanos, y Napoleon debía desear como es natural las provincias marítimas, como por ejemplo, Albania, Tesalia, Morea y Candia. En cuanto á Austria, no faltaria en la Bosnia ó en Servia alguna cosa con que indemnizarla, ya cediéndoselas como á única propietaria de ellas, ya formando con aquellos terrenos la dotacion de un archiduque, con lo cual se procuraria consolarla de aquellos trastornos del mundo, de que salia cada vez mas lastimada, mientras sus rivales se engrandecian.

Figurémonos al jóven czar, humillado la vispera, yendo á pedir la paz al campamento de Napoleon, y no abrigando sin duda inquietud

alguna respecto á sus propios estados, á los cuales libertaba la distancia de la codicia del vencedor, pero creyendo que iba á perder una porcion considerable del territorio de su aliado el rey de Prusia; figurémosnosle trasladado de pronto á una especie de mundo, imaginario á la par que real y efectivo, imaginario por lo que respecta á la grandeza, y real y efectivo, viéndose al dia siguiente de haber sufrido una derrota importante, en camino de conquistar á Finlandia y parte del imperio turco, y de recoger de una guerra desgraciada, mas que se recogia en otro tiempo de otra venturosa, como si el honor de haber sido vencido por Napoleon, equivaliese casi á una victoria, y debiese producir sus frutos; figurémosnos á ese jóven monarca, ansioso de adquirir gloria, buscándola por todas partes hacia siete años, ora en la civilizacion precoz de su imperio, ora en la formacion de un nuevo equilibrio europeo, y no encontrando sino inmortales derrotas, y luego hallando de pronto esa gloria tan buscada en un sistema de alianza con su vencedor, alianza que debía hacerle entrar á participar de la dominacion del mundo, en grado inferior, pero al lado del hombre grande que tenia á bien compartirla con él, y valer á Rusia las magnificas conquistas que Catalina prometió á sus sucesores, pero que despues cayeron en el reino de las quimeras: figurémosnosle, decimos, pasando tan pronto de tanto abatimiento á tan elevadas esperanzas, y no nos costará trabajo comprender su agitacion, su inmenso júbilo, y la repentina amistad que concibió hácia Napoleon, amistad que tomó al instante

las formas de un cariño entusiasta, y sincero seguramente, á lo menos en aquellos primeros momentos.

Alejandro que, como ya hemos dicho, era muy jóven y afable, humano, y de talento, pero tan inconstante como su padre, se arrojó de pronto en el camino que abría ante sus ojos su hábil seductor, y ni una vez siquiera dejaba á Napoleon sin espresar una admiracion sin límites.—¡Qué hombre tan gran delicia sin cesar á los que se le acercaban; ¡qué génio! ¡qué estension de miras! ¡qué capitán! ¡qué hombre de estado! ¡que no le hubiera conocido antes! ¡cuántas faltas me hubiera ahorrado! ¡y qué cosas tan grandes hubiéramos hecho juntos!—Sus ministros que habian ido á reunirse con él, y los generales que le rodeaban, notaban la seduccion que ejercia en él, y no lo sentian, porque tenian por una fortuna el que saliese de un mal paso con honra y ventaja, á juzgar á lo menos por la satisfaccion que brillaba en su rostro.

Durante este tiempo, el desventurado rey de Prusia fué á llevar á Tilsit su desgracia, su tristeza, su razon que no trataba de aparentar, su modestia, y su buen sentido, sin que participase de la deslumbradora intimidad que llenaba de júbilo á Alejandro. Este le presenta la amistad que le unia á Napoleon, como un medio de conseguir se restituyese á Prusia mayor porcion de sus estados; pero le ocultaba la alianza que se preparaba, ó le confesaba únicamente todo lo menos que podia del secreto. Efectivamente, parecía una cosa estraña que uno de los dos vencidos obtuviese tan buenas conquistas,

cuando el otro iba á perder la mitad de su reino; pero lo cierto es que aunque Napoleon trataba á Federico Guillermo con suma urbanidad, no se hacia mucho caso de él. A caballo, y al frente de las tropas, no tenia la gracia que brillaba en Alejandro, ni el tranquilo ascendiente que tenia Napoleon, de suerte que la mayor parte de las veces se quedaba detrás, aislado como la desgracia, haciendo esperar á sus régios compañeros cuando montaban á caballo ó se apeaban, y siendo, en una palabra, objeto de poco afán, y aun de ménos aprecio que lo que merecía, porque los franceses creian con referencia á lo que oian decir en la córte imperial, que Prusia habia hecho traicion á Napoleon, y los rusos no cesaban de repetir que se habia batido mal. En cuanto á Alejandro, todas las atenciones eran para él, pues cuando regresaba de sus largas correrias, Napoleon le retenia á su lado, le prestaba hasta sus muebles y ropa blanca, no permitiendo que perdiese tiempo en ir á su alojamiento para mudar de trage. Napoleon usaba un estuche de oro que gustó al parecer á Alejandro, y al instante se lo ofreció, haciendo que lo aceptase: por último, despues de comer juntos los tres soberanos en el edificio que ocupaba Napoleon, se separaban temprano, y los dos amigos iban á encerrarse en su gabinete, privanza de que estaba escluido Federico Guillermo, y que se esplicaba siempre del mismo modo, á saber por los esfuerzos que Alejandro hacia para que Napoleon concediese la mayor parte de la monarquía prusiana.

Y sin embargo no era de ella de quien se

trataba en aquellas largas conferencias, sino del inmenso sistema europeo, que debía servir para dominar á la Europa mancomunadamente. La repartición, no solo probable sino posible, del imperio turco, era siempre el asunto de la conversacion, pues aunque ya habian discutido, segun hemos visto, un plan de repartición, les pareció incompleto. Rusia obtenia las orillas del Danubio hasta los Balkanos; las provincias marítimas, tales como Albania y Morea, debian ser de Napoleon; las interiores, tales como Bosnia y Servia, se daban á Austria; y la Puerta conservaba la Romelia, es decir, la parte Sud de los Balkanos, Constantinopla, el Asia Menor y Egipto. Así, pues, con arreglo á este proyecto, los bárbaros del Asia se quedaban, al mismo tiempo que con Santa Sofia, con Constantinopla, que era la llave de los mares, y la verdadera capital de Oriente para los hombres de imaginación; Constantinopla, prometida tantas veces á los descendientes de Pedro el Grande por la opinion universal, opinion formada con las esperanzas de los rusos y los temores de Europa!

Alejandro insistió en esto mas de una vez, porque de seguro le hubiera gustado mas una repartición mas completa que diese á Napoleon, ademas de Morea, las islas del Archipiélago, Candia, Siria y Egipto, pero Constantinopla á los rusos. Con todo, Napoleon que creia haber hecho demasiado para ver de atraerse al jóven emperador, nunca quiso ir tan lejos, porque no debía convenirle ceder la ciudad de Constantinopla á cualquiera que fuese, por muy enemigo que fuera de Inglaterra, ni dejar que nadie, mientras vivie-

se él, hiciese la conquista mas brillante que pudiese imaginarse. Podia muy bien dejarse llevar de la tendencia natural de las cosas, y á fin de resolver muchas dificultades europeas, á fin de proporcionarse una alianza poderosa contra Inglaterra, permitir que el torrente de la ambicion rusa fuese á batir el pie de los Balkanos, sobre todo si le animaba el deseo de desviar ese torrente del Vistula, pero no queria que pasase de aquellos montes tutelares, ni que se realizase por nadie de este mundo, en frente de él y á su mismo lado, la obra mas magnífica de los tiempos modernos. Miraba demasiado por la grandeza de Francia, y tenia sobrado fija la imaginación, sin auxilio de nadie, en el género humano, para que fuese á consentir semejante intrusión en el camino de su propia gloria!

Así, á pesar de cuanto deseaba seducir á su amigo, nunca consintió en otra repartición sino en la que quitaba á la Puerta las provincias del Danubio mal enlazadas al imperio, y Grecia demasiado despierta ya para que sufriera por mucho tiempo el yugo de los turcos.

Un dia, de vuelta los dos emperadores de un largo paseo, se encerraron en el gabinete-despacho, donde habia estendidos una porción de mapas, y Napoleon, continuando al parecer una conversacion muy viva que sostenia con Alejandro, pidió á Mr. Méneval un mapa de Turquía, lo estudió, y luego prosiguiendo la conversacion, exclamó varias veces poniendo el dedo sobre Constantinopla, y sin cuidarse de que le oia su secretario, en quien tenia completa confianza:—¡Constantinopla! ¡Constantinopla! ¡nunca! ¿no veis que

es lo mismo que dar el imperio del mundo?(1). —

Sin embargo, la Finlandia y las provincias del Danubio, dadas á Rusia en premio de su cooperacion al logro de los proyectos de Francia, presentaban una perspectiva bastante bella, para ilusionar á Alejandro, pues si obtenia aquel vasto territorio, su reinado seria igual al de Catalina. De consiguiente, no quiso que Napoleon le instara mas, y consintió en cuanto exigian de él.

Convino pues en que Francia y Rusia anudarian desde aquel mismo instante una alianza íntima, defensiva y ofensiva á un mismo tiempo; no tendrian en lo sucesivo sino unos mismos amigos y unos mismos enemigos, y en cualquier ocasion que fuese necesario, reunirian sus fuerzas de mar y tierra para conseguir un mismo objeto, proponiéndose arreglar mas tarde por medio de un convenio especial el número de hombres y buques que deberia emplearse en cada caso particular. Por de pronto, Rusia debia ofrecer su mediacion al gabinete británico, á fin de que hiciese las paces con Francia, y sino aceptaba aquella mediacion con las condiciones propuestas por Napoleon, estaba obligada á declarar la guerra á la Gran Bretaña. Inmediatamente despues de esto debia compelerse á toda Europa, inclusa Austria, á que concurriese á aquella guerra, y si Suecia y Portugal se resistian, como era facil preveer, un

(1) Estos pormenores me los ha referido el mismo Mr. Méneval, testigo ocular, pero ademas de la veracidad de ese testigo respetable, me garantiza su exactitud la correspondencia de MM. Savary y Caulaincourt, la cual prueba que nunca se pasó del limite de los Balkanos, á pesar de todos los esfuerzos que hizo Alejandro.

ejército ruso iria á ocupar á Finlandia, y otro francés á Portugal. En cuanto á los turcos, Napoleon se comprometió á ofrecerles su mediacion, para ponerlos en paz con Rusia, y sino admitian dicha mediacion, se estipuló que la guerra que Rusia les hacia á la sazón seria comun á Francia, y que las dos potencias harian en seguida con el imperio otomano lo que tuvieran por conveniente sin perjuicio de no pasar, en cuanto á la desmembracion, del limite de los montes Balkanos y el golfo de Salónica.

Adoptadas en sustancia estas resoluciones, Napoleon se encargó de estender de su puño y letra los tratados públicos y secretos en que debian estar consignadas; pero antes sin embargo era preciso ponerse de acuerdo acerca de la desventurada Prusia, que Napoleon habia prometido no destruir completamente, dejando que subsistiese, á lo menos en parte, por honor á Alejandro.

Napoleon habia sentado dos condiciones fundamentales de que no queria apartarse, cuales eran apropiarse, para emplearlas en diversas combinaciones, todas las provincias alemanas que Prusia poseia á la izquierda del Elba, y ademas todas las polacas que habia recibido en las varias reparticiones que se habian hecho de Polonia, lo cual equivalia nada menos que á la mitad de los estados prusianos, tanto en territorio como en poblacion. Con las provincias de Wesfalia, Brunswick, Magdeburgo y Thuringe, que pertenecian á Prusia desde antiguo ó las habia adquirido recientemente, queria Napoleon, reuniéndolas al gran ducado de Hesse, formar un reino aleman que se llamase reino de Wesfalia, y que se proponia dar á su

hermano Gerónimo, para introducir en la confederacion del Rhin un príncipe de su familia, pues, así como ya habia coronado á dos hermanos suyos, uno de los cuales reinaba en Italia, y otro en Holanda, deseaba tener un tercero en Alemania. En cuanto al Hannover, que perteneció momentáneamente á Prusia, Napoleon pretendia conservarlo en prenda hasta que hiciese las paces con Inglaterra, y por lo que hace á Polonia, su intencion era empezar su restauracion por medio de las provincias de Posen y Varsovia, las cuales pensaba constituir en estado independiente, á fin de recompensar á los polacos, pues aunque hasta entonces no le habian prestado grandes servicios, estos podrian ser mayores, cuando reuniesen á su valor natural la ventaja de estar bien organizados, y á fin de abolir tambien, derribando la obra del Gran Federico, la principal y mas culpable de todas ellas, qual era la repartición de Polonia. Napoleon no sabia lo que con el tiempo podria quitar á Austria, en cambio ó por fuerza, de las provincias polacas que detentaba aquella potencia, y entre tanto resucitaba á Polonia por medio de la creacion de un estado polaco bastante estenso y verdaderamente importante.

Para facilitar mas y mas esta restauracion, se le ocurrió una cosa que ya habia pensado y que se reducía á dar la Polonia á Sajonia, de suerte que destruía una de las grandes monarquías de Alemania, esto es Prusia, y aspiraba á crear otras dos nuevas monarquías aliadas: á saber Westfalia, formada con toda clase de territorio en beneficio de su hermano menor, y Sajonia, aumentada hasta el extremo de adquirir un doble

territorio, estando destinadas tanto la una como la otra, segun todas las apariencias, á serle fielmente adictas. A esto hay que añadir que, obrando de tal suerte, creia iba á formar un nuevo equilibrio alemán, y á reemplazar con dos alianzas la de Prusia, que habia perdido, siendo este tambien el motivo de que los límites que señaló á la confederacion del Rhin fuesen, el Inn con respecto á Austria, el Elba con respecto á Prusia, y el Vistula con respecto á Rusia.

Esta última potencia no tenia muchas objeciones que hacer contra semejantes combinaciones, sobre todo cuando tomaba el partido de asociarse á la política francesa, á escepcion de los sacrificios que se imponian á Prusia, y la restauracion de Polonia, le interesaban muy poco todas aquellas creaciones y desmembramientos de estados alemanes; pero repetimos que los sacrificios impuestos á Prusia traian muy inquieto al emperador Alejandro, especialmente cuando se acordaba de los juramentos que prestó en el sepulcro de Federico el Grande, y las demostraciones de un cariño propio de los caballeros antiguos que prodigó á la reina de Prusia. De nueve millones y medio de habitantes que tenia la monarquía prusiana, quedaba reducida á cinco, y de ciento veinte millones de francos á que ascendian sus rentas, solo le dejaba el vencedor sesenta y nueve, lo cual no podia admitir Alejandro sin hacer algunas observaciones. Hizolas, pues, á Napoleon, pero éste le contestó que por consideracion á él dejaba tantas provincias á Prusia, pues á no ser porque deseaba complacerle, la reduciría á un estado de tercer orden, quitándole hasta Silesia, para darla, ó á

Sajonia á fin de que adquiriese todo el poderío que habia tenido Prusia, ó á Austria en cambio de Galliteia.

De seguro hubiera sido mejor esta doble combinacion, y puesto que Napoleon estaba decidido á sacrificar á Prusia, mas valia destruirla del todo que á medias. Siempre es un mal sistema derribar estados antiguos para crear otros nuevos, por que los antiguos están prontos á revivir, y los nuevos á morir, á no ser, sin embargo, que se obre en el sentido, ya muy pronunciado, de la marcha de las cosas. Ahora bien, la marcha de las cosas exigia que Prusia fuese engrandeciéndose por grados, y que Polonia y Sajonia fueran destruyéndose progresivamente, y todo cuanto se hiciese en este sentido tenia probabilidades de duracion, al paso que cuanto se intentase en sentido contrario tenia muy pocas. Para dar alguna consistencia á lo que se estaba haciendo era preciso debilitar sin demora á Prusia en tal grado, y dar tanta fuerza á Sajonia y Polonia, que á la primera le quedasen muy pocos medios de poder renacer, y á las otras dos muchos para poder sostenerse. Así, pues, ya que no se reconstituia á Prusia por entero, lo cual hubiera sido preferible á todo lo demas, mejor hubiera hecho Napoleon en destruirla completamente. El mismo lo creia así, y lo dijo al emperador Alejandro. Llegando hasta ofrecerle parte de los despojos de la casa de Brandeburgo, si queria prestarse á sus proyectos, á fin de restaurar á Polonia mas completamente; pero Alejandro se negó á ello, porque materialmente le era imposible aceptar los despojos de Prusia: bastante hacia con no defenderla por mas tiempo, y convertirse

en aliado y amigo del vencedor que la despojaba. Ademas de la suerte impuesta á Prusia como un castigo, Alejandro no podia ver con gusto que Polonia fuese restaurada; pero Napoleon se esforzó en demostrarle que Prusia debia detenerse en el Niemen por la parte de Occidente; que si pasaba de este rio para acercarse al Vistula, como lo hizo cuando la última reparticion de Polonia, daba que sospechar y hacia que la Europa la mirase con ódio, adquiria unos súbditos que no se avendrian á sufrir su yugo en mucho tiempo, si es que se avenian alguna vez, y se ponía con aquellas conquistas dudosas bajo la dependencia de las naciones inmediatas, las cuales siempre estarian dispuestas á fomentar en ellas la insurreccion; que era preciso buscarse su engrandecimiento en otra parte; que lo hallaria en el Norte hácia la Finlandia, y en Oriente hácia Turquía; que en esta última direccion sobre todo, se abria para ella el camino de la verdadera grandeza, de una grandeza sin límites, puesto que tenia por perspectiva hasta la India; y por ultimo, que si procuraba engrandecerse por aquella parte, tendria en el continente amigos y aliados, y especialmente Francia, siendo su único adversario Inglaterra, potencia que, como no tenia otra fuerza que la que le daban sus buques, nunca podria disputarle las márgenes del Danubio.

Poderosas eran las razones de Napoleon; pero aunque hubiesen sido malas, no habia términos hábiles para contradecirlas, porque era preciso escoger, entre no tener nada en ninguna parte ni engrandecerse por ningún lado, sin impedir que Polonia renaciese y Prusia viniese á tierra,

ó engrandecerse y mucho en el sentido indicado por Napoleón. Alejandro no vaciló, pues, aunque por otra parte estaba tan lleno de ilusiones, encantado con lo que oía decir á su hábil seductor, no se necesitaba fuerza de razones para hacer que se decidiese. Tratabase sin embargo de saber de qué medios se valdrian para conseguir llevase en paciencia su desgracia Federico Guillermo, quien al ver en tanta intimidad á los dos emperadores, creyó era él el motivo de esa intimidad, y que recogería el premio de ella; pero Alejandro se encargó, por muy embarazoso que fuese aquel papel, de dar los primeros pasos, y participar á Federico Guillermo las resoluciones á él concernientes, dejando que se entendiera directamente con el árbitro supremo, que trazaba las fronteras de todo el mundo. Federico Guillermo acogió muy mal los preliminares de Alejandro, y se propuso acudir á Napoleón: mas el desgraciado rey de Prusia, á quien la fortuna favorecía entonces tan poco, aunque debía indemnizarle mas tarde, no era capaz de tratar por sí mismo sus propios asuntos. Ni tenía astucia, ni imponía; y si algunas veces no pudiendo soportar su alma el peso de la desgracia se dejaba llevar de involuntarios impulsos, estos impulsos de cólera y furor sentaban muy mal en un rey sin estados ni ejército, pues lo único que le quedaba era la ciudad de Memel, donde la reina pasaba los días y las noches llorando, y de unos diez á quince mil hombres que mandaba el general Lestocq. El príncipe de quien vamos hablando tuvo una larga esplicacion con Napoleón, y lo mismo que en la primera entrevista trató de probarle que no era merecedor de las

desgracias que sobre él llovian, porque el origen de sus reyertas con Francia se remontaba á la violacion del territorio de Anspach, afirmando con obstinacion que con atravesar dicha provincia, habia faltado Napoleón al respeto debido á la soberanía prusiana. Esta cuestion tenia muy poca importancia bajo el punto de vista en que se hallaban las cosas; pero tan convencido estaba Napoleón de que tenia razon, como el rey de Prusia, porque si atravesó por Anspach, lo hizo con entera buena fé, y así mostró tanto empeño en que la razon estuviese de su parte acerca de este punto, como si no hubiera sido el mas fuerte. Los dos monarcas se fueron animando, y desesperado el rey de Prusia, se entregó á arranques que lastimaban su dignidad, servian muy poco su causa, y eran sumamente embarazosos para Napoleón, quien causado al fin de oírle quejarse, lo envió á su aliado Alejandro, que era quien le indujo á que continuase la guerra, cuando al día siguiente de la batalla de Eylau hubiera sido posible hacer las paces con ventaja de Prusia. Por lo demas, le dijo:—El emperador Alejandro tiene un medio de indemnizaros, cual es sacrificar por vos sus parientes los príncipes de Mecklemburgo y Oldemburgo, cuyos estados serán una magnífica adquisicion para Prusia, hácia el Norte y el Báltico, y abandonar tambien por vos al rey de Suecia, á quien podreis quitar Stralsund, y la porcion de Pomerania de que se vale tan mal. Que el emperador Alejandro consienta en que adquirais ese territorio, que sino es igual al que se os quita, está mejor situado, y yo no me opondré á ello por mi parte.—

Napoleon obraba con fundamento en enviar á Federico Guillermo con Alejandro, quien efectivamente podia proporcionar á Prusia aquellos paisés en cambio de lo que perdía; pero bastante tenia Alejandro con la tristeza de sus aliados los prusianos, para que fuese á añadir en su propia familia motivos de queja y reconvencion y á tener que ver semblantes consternados. El mismo Federico Guillermo no se habria atrevido á hablar de ellos siquiera, y así miró la oferta como una derrota, resignándose á perder la mitad de su reino. Sin embargo, podria dársele alguna cosa al entrar en los pormenores de la reparticion, que aliviase no poco su pesar, pues se le dejaba la Prusia antigua, Pomerania, Brandeburgo y Silesia, pero se le despojaba de Polonia y las provincias situadas á la izquierda del Elba, debiendo ya que se le privaba de una porcion tan considerable de sus estados, no aislar demasiado entre sí las provincias que le quedaban. Efectivamente, invadiendo por grados á Polonia, fué como Federico ligó la Prusia antigua con Pomerania, Brandeburgo y Silesia, siendo preciso saber ahora qué parte de Polonia podia dejarse á Prusia para enlazar perfectamente entre sí aquellas provincias. Por último, y esto era lo mas importante, tratábase de saber si dando á Prusia por frontera en Alemania el rio Elba, se le concederia la plaza de Magdeburgo, mas importante aun con respecto al Elba, que las de Maguncia ó Strasburgo con respecto al Rhin.

Napoleon consentia en que las fronteras de Polonia se trazasen de tal modo que ligáran todo lo mas que se pudiera la Prusia antigua con Po-

merania, Brandeburgo y Silesia; pero al mismo tiempo que concedia á Federico Guillermo la parte baja del Vistula, queria quitarle la ciudad de Dantzic, para hacerla independiente, como lo eran Brema, Lubeck y Hamburgo. En cuanto á Magdeburgo, se mantuvo inflexible; pues como esta ciudad y la de Maguncia eran para él en el Norte puntos de descanso, no era posible que renunciase á ellos: no quiso, pues, ceder con respecto á Dantzic y Magdeburgo.

El rey de Prusia se resignó tambien acerca de Dantzic, pero tenia empeño en conservar á Magdeburgo, porque estando como estaba situada esta ciudad en el seno de Alemania, era un punto de apoyo considerable, y la llave del Elba, nueva frontera de sus estados, si bien no alegó este motivo político, sino una razon de cariño. Efectivamente, los habitantes del ducado de Magdeburgo, esparcidos á derecha y á izquierda del Elba, pertenecian al número de los súbditos mas antiguos y que con mas afecto miraban á la monarquia; pero tampoco consiguió nada por este medio. Insistió no obstante, ya con Napoleon, ya con Alejandro, y á éste se le ocurrió que debia ir á Tilsit la reina de Prusia, para ver si conmovia al vencedor con su talento, hermosura é infortunio. Las voces calumniosas á que dió lugar la admiracion con que Alejandro miraba á aquella princesa, habian impedido hasta entonces que se trasladase á Tilsit; pero sin embargo, hubo que recurrir á su intervencion, como unico medio que quedaba, no para trastornar groseramente á Napoleon, sino para tratar de escitar sus mas delicados sentimientos, por

medio de la presencia de una reina, bella, dotada de talento y desgraciada.

Ya era tarde para ensayar semejante recurso, porque Napoleón había formado su plan definitivamente, siendo por otra parte poco probable que en ninguna época hubiera sacrificado parte de sus designios á influjos de una muger, por muy interesante que fuese.

Federico Guillermo invitó á la reina á que fuese á Tilsit, y ésta accedió á sus deseos, prolongándose en consecuencia las negociaciones, las cuales duraban hacia unos doce días, para dar tiempo á que la princesa hiciera su viage. Al fin llegó á Tilsit el día 6 de julio, y una hora despues fué á visitarla Napoleón. La reina de Prusia tenía entonces treinta y dos años, y aunque la edad había ajado algun tanto su hermosura, deslumbradora antes, era aun una de las mugeres mas bellas de su tiempo. Además, reunia á su mucho talento la costumbre de hablar y conocer de asuntos políticos, costumbre que contrajo tomando en ellos una parte indiscreta, y la mas completa nobleza de carácter y actitud; pero sin embargo de todo esto; el deseo demasiado vivo que sentia de salir bien de la tarea que iba á emprender con el hombre grande de quien dependia, perjudicó á su buen éxito. Al hablar de la grandeza de Napoleón, su genio y la desgracia de no haberle conocido mejor, lo hizo en términos no tan sencillos que pudieran conmovérle; pero bien pronto se hizo sentir en el curso de la conversacion la fuerza de carácter é imaginacion de aquella princesa, hasta tal punto que el mismo Napoleón se vió apurado, teniendo

que aplicar todo su ingenio, al mismo tiempo que le prodigaba las mayores muestras de atención y respeto, para no soltar una palabra si quiera que pudiese comprometerle.

En seguida fué á comer con Napoleón, quien salió á recibirla á la puerta de su morada imperial; y durante la comida, trató de ablandarle, ó á lo menos de arrancarle una palabra que le hiciese concebir alguna esperanza, sobre todo con respecto á Magdeburgo; pero Napoleón, tan respetuoso y cortés como siempre, evadía las cuestiones, desesperándola con una resistencia que se parecia á una fuga continua. Entonces adivinó la táctica de su poderoso adversario, y se quejó vivamente de que no quisiera, antes de separarse de ella, dejar en su alma un recuerdo, que le permitiese añadir á la admiracion que le causaba como hombre grande, un cariño inviolable como vencedor generoso. Tal vez si Napoleón hubiese estado menos preocupado con el afán de engrandecer á reyes ingratos, ó crear reinos efimeros, se hubiese dejado ablandar en aquella ocasion, y concedido no solo lo que pedian, sino además lo que podia conceder, sin daño de sus proyectos, hubiese ganado el ardiente corazón de aquella reina, y el honrado corazón de su esposo, pero resistió á las instancias de la reina, escudado con un respeto invencible. Apurado de aquella lucha con una persona á quien era difícil no doblegarse, y deseando poner término á su nueva obra para regresar á sus estados, quiso acabar una vez en veinte y cuatro horas. Trazó, pues, con su inmutable voluntad todo lo relativo á Prusia, Polonia y Westfalia; consintió en que

la demarcacion que habia que hacer entre Polonia y Pomerania, fuese tal que siguiendo las orillas del rio Netza y el canal de Bromberga, se reuniese con el Vistula por debajo del mismo Bromberga; y en cuanto á Magdeburgo, hizo una concesion, que fué, acordar que si Francia se quedaba con el Hannover, ora porque no celebrase la paz con Inglaterra, ora porque la celebrara sin tener que devolver aquel pais; retrocederian los límites de Prusia hacia la izquierda del Elba, y hasta las cercanias de Magdeburgo, con lo cual adquiria aquella nacion un territorio de trescientas ó cuatrocientas mil almas, viniendo á ser esto lo mismo que si se le devolviese aquella plaza.

Nada mas quiso conceder, y en seguida mandó á Mr. de Talleyrand que se avistase con MM. de Kourakin y Labanoff, para que terminase todas las diferencias el dia 7, de suerte que la reina de Prusia, que fué llamada á Tilsit á fin de mejorar la suerte de la monarquia prusiana, lo que hizo fué acelerar el resultado que se queria evitar, con el apuro en que ponía á Napoleon y el buen éxito que estuvo á punto de conseguir con su insistencia graciosa y porfiada á un mismo tiempo. Viendo los plenipotenciarios rusos y prusianos que no habia otro remedio sino consentir ó negar, acabaron por ceder, y celebrado el tratado el mismo dia 7, se firmó el 8 tomando el título que se ha hecho célebre, de TRATADO DE TILSIT.

Tres clases de estipulaciones fueron las que allí se celebraron.

Un tratado público entre Francia y Rusia, y otro entre Francia y Prusia.

Unos artículos secretos que se añadieron á aquellos dos tratados.

Y en fin un tratado oculto de alianza ofensiva y defensiva, entre Francia y Rusia, que se comprometieron á no revelar absolutamente á nadie, mientras las dos partes no se pusiesen de acuerdo para publicarlo.

En los dos tratados públicos entre Francia, Rusia y Prusia, se estipuló lo siguiente:

Que se devolveria al rey de Prusia, *en consideracion al emperador de Rusia*, la Prusia antigua, Pomerania, Brandeburgo y la Silesia alta y baja.

Que Francia se quedaria con todas las provincias situadas á la izquierda del Elba, á fin de formar con ellas y el gran ducado de Hesse, un reino llamado de Westfalia, para el principe Gerónimo Bonaparte, hermano menor de Napoleon.

Que tambien se quedaria con los ducados de Posen y Varsovia, para formar con ellos un estado polaco, que con el título de gran ducado de Varsovia, se daria al rey de Sajonia, debiendo abrirse un camino militar por medio de Silesia, que facilitase el paso de Alemania á Polonia.

Que Rusia y Prusia, reconocieran á Luis Bonaparte por rey de Holanda, á José Bonaparte por rey de Nápoles, y á Gerónimo Bonaparte por rey de Westfalia; además de reconocer tambien la Confederacion del Rin, y en general todos los estados creados por Napoleon. ®

Que los principes de Oldemburgo y Mecklemburgo, serian restablecidos en sus respectivas soberanias; pero las tropas francesas ocuparian su

territorio para ejecutar el bloqueo continental. En fin, que Rusia interpondría su mediación para que se restableciese la paz entre Francia é Inglaterra.

Y Francia interpondría la suya, para que también se restableciese entre la Puerta y Rusia.

En los artículos secretos, se estipuló lo siguiente.

Que se devolvería á los franceses las bocas del Cattaro.

Que en adelante pertenecerían á Francia según todas las reglas de propiedad, las Siete islas.

Que José, reconocido ya por rey de Nápoles en el tratado público, lo sería también por rey de las Dos Sicilias, cuando los Borbones de Nápoles hubiesen sido indemnizados por medio de las islas Baleares ó de Candia.

Que si se reunía el Hannover al reino de Wessalia, se devolvería á Prusia, á la izquierda del Elba, un territorio que contuviese trescientos ó cuatrocientos mil habitantes.

Y por último, que se concederían pensiones vitalicias á los gefes destronados de las casas de Hesse, Brunswick y Nassau-Orange.

El tratado secreto que era el mas importante de cuantos se firmaron en aquellos momentos, y que se comprometieron á mantener oculto, contenía la obligacion por parte de Rusia y Francia de hacer causa comun en cualesquiera circunstancias, unir sus fuerzas de mar y tierra siempre que tuvieran que hacer la guerra; tomar las armas contra Inglaterra, sino suscribia á las condiciones que ya hemos referido, y contra la Puerta

sino aceptaba la mediacion de Francia, y en este último caso, *sustraer*, según decia el testo, *las provincias de Europa á las vejaciones de la Puerta, exceptuándose Constantinopla y la Romelia*. Las dos potencias se comprometian ademas á intimar mancomunadamente á Suecia, Dinamarca, Portugal y aun á Austria, concurriesen á la realizacion de los proyectos de Francia y Rusia, es decir, cerrasen sus puertos á Inglaterra, y le declarasen la guerra (1).

No podian aliarse los dos soberanos de un momento mas íntimo y completo ni sermas pronto y extraordinario el cambio de política por parte de Alejandro.

Firmado el tratado por los rusos, tenían que firmarlo los prusianos, lo cual causó á estos últimos vivísima emocion: en cuanto á la reina de Prusia, quiso partir inmediatamente, y así despues que comió como acostumbraba el dia 8 con Napoleón, no sin que durante la comida le dirigiese algunas quejas que respiraban orgullo, y á Alejandro algunas otras llenas de amargura, salió en compañía de Duroc, quien no habia cesado de mostrarse con ella sumamente afectuoso, y se metió en su coche sollozando. Poco despues se puso en marcha para Memel, á donde fué á llorar su imprudencia, sus pasiones políticas, el mal influjo que habia ejercido en los negocios públicos, y la fatal confianza que habia puesto en gefes de imperio que creia serian fieles á su palabra y

(1) Lo que aqui publico no es el testo, sino un análisis rigurosamente exacto del tratado, cuyo verdadero sentido no se sabe hasta ahora.

amistades. La fortuna debia cambiar con respecto á su pais y á su esposo, pero aquella infortunada princesa estaba destinada á morir sin ver aquel cambio.

Cuando Alejandro se vió libre de amigos desgraciados, cuya tristeza le era gravosa, se entregó abiertamente al entusiasmo que le causaban sus nuevos proyectos. Es verdad que habia sido vencido; pero tambien lo era que sus ejércitos se habian portado con honra; y en vez de sufrir pérdidas de resultas de una guerra en que solo habia hallado descabros, dejaba á Tilsit con la esperanza de realizar próximamente los grandes desígnios de Catalina. Todo esto dependia de él, porque podia conducirse de modo que la mediacion de Rusia para con el gabinete británico, y la de Francia para con el Divan diesen lugar á la paz ó á la guerra, y al paso que una de esas dos mediaciones podia proporcionarle la Finlandia, la otra las provincias del Danubio en todo ó en parte, de suerte que estaba encantado con su nuevo amigo. Por lo demas, se prometieron el uno al otro estar siempre unidos, nada se ocultarian, y volverian á verse bien pronto, para proseguir directamente unas relaciones que ya habian producido tan venturosos frutos, pues aunque Alejandro no se atrevió á proponer á Napoleon fuese á ver en el fondo del Norte la capital de un imperio demasiado jóven aun para que fuera merecedor de atraer sus miradas, él queria ir á Paris, para visitar la capital del imperio mas civilizado del universo, que presentaba el espectáculo de haber sustituido un gran gobierno á la anarquía mas espantosa, y donde esperaba, segun decia, apren-

der, concurriendo á las sesiones del consejo de Estado, el arte de reinar que con tanta superioridad ejercia el emperador de los franceses.

El 9 de julio, esto es, el mismo dia en que se firmaron los tratados, se verificó con toda solemnidad el cambio de las ratificaciones, y la separacion de los dos soberanos. Napoleon, con el gran cordon de San Andrés al cuello, se trasladó á la morada que ocupaba Alejandro, y este príncipe salió á recibirle con el gran cordon de la legion de honor, estando formada toda su guardia. En seguida luego que cangearon las ratificaciones, montaron á caballo, y fueron á presentarse á sus tropas, pidiendo Napoleon saliese de las filas de la guardia imperial rusa el soldado que pasase por mas valiente, para darle como le dió la cruz de la legion de honor. Despues habló largo rato con Alejandro, y le acompañó hácia el Niemen, abrazándose ambos por última vez, en medio de los aplausos de los espectadores, y separándose, Napoleon permaneció en la orilla del Niemen hasta que vió desembarcar á su amigo en la otra orilla y entonces se retiró para despedirse de sus soldados, á cuyo heroismo se debian tantas maravillas, partiendo en seguida para Königsberg á donde llegó el 10 de julio por la mañana.

En aquella ciudad arregló todos los pormenores indispensables para evacuar á Prusia, y encargó al príncipe Berthier celebrase para ello un convenio que debia firmarse con Mr. de Kalkreuth. Nuestras tropas debian haber evacuado las orillas del Niemen el 21 de julio, las del Pregel el 25, las del Passarge el 20 de agosto, las del Vistula el 5 de setiembre, las del Oder el 1.º de octubre y

las del Elba el 1.º de noviembre, con la condicion sin embargo de que las contribuciones que debía Prusia, tanto las ordinarias como las estraordinarias, se pagasen integramente ó en especies, ó en recibos que aceptase el intendente del ejército. El débito ascendia á quinientos ó seiscientos millones que pesaban sobre las ciudades anseáticas, los estados alemanes de los príncipes destronados, Hannover, y en fin la Prusia propiamente dicha, estando comprendido en la espresada suma lo que las tropas francesas ó aliadas consumian en géneros, y lo que debía pagarse en dinero. El tesoro del ejército que empezó á llenarse en Austerlitz, iba pues á recibir un aumento considerable, y recursos suficientes para premiar el entusiasmo con que aquellos heroicos soldados defendian al soberano mas magnifico del universo.

Napoleon distribuyó el ejército en cuatro porciones mandadas por los mariscales Davout, Soult, Massena y Brune, debiendo formar la mitad primera, y ocupar la Polonia hasta que estuyese organizada, Davout con el tercer cuerpo, los sajones, los polacos, y varias divisiones de dragones y caballería ligera. El mariscal Soult con el cuarto cuerpo, la reserva de infantería que perteneció al mariscal Lannes, parte de los dragones y la caballería ligera, debía formar la segunda mitad, ocupar la Prusia antigua desde Königsberg á Dantzic, y encargarse de todos los pormenores de la evacuacion. El mariscal Massena con el quinto cuerpo, las tropas de los mariscales Ney y Mortier, y la division bávara de Wrede, debía formar la tercera mitad, y ocupar á Silesia hasta la evacuacion general; y por último, el mariscal Brune que

formaba la cuarta mitad con todas las tropas que quedaban á la espalda, recibió la comision de vigilar las costas del Báltico, y si los ingleses se presentaban en ellas, recibirlos como otra vez los recibió en Helder. Por lo que hace á la guardia, y el cuerpo de Victor, que antes perteneció á Bernadotte, los encaminó Napoleon hácia Berlin.

Napoleon salió de Königsberg el dia 13 de julio, y se dirigió en derechura á Dresde, á fin de pasar algunos dias al lado de su nuevo aliado el rey de Sajonia, hecho gran duque de Varsovia, y convenir con él en la constitucion que debía darse á los polacos. Aquel príncipe tan bondadoso y prudente como poco ambicioso, pero lisonjeado, ni mas ni menos que todo su pueblo, con el engrandecimiento de su familia, acogió á Napoleon con apasionadas muestras de cariño y gratitud, y al cabo de unos dias le dejó Napoleon para volverse á Paris, que le aguardaba impaciente, y que no le habia visto hacia cerca de un año, llegando á aquella capital el 27 de julio á las seis de la mañana.

Nunca habian estado rodeados de tanto brillo la persona y el nombre de Napoleon; nunca habia adquirido su cetro imperial mas poderio aparente, pues desde el estrecho de Gibraltar hasta el Vistula, desde los montes de Bohemia hasta el mar del Norte, y desde los Alpes hasta el mar Adriático, dominaba directa é indirectamente por sí mismo ó por príncipes que eran unas hechuras suyas, y otros sus dependientes. Mas allá aun, tenia aliados ó enemigos vencidos, esceptuando Inglaterra; de suerte que casi todo el continente dependia de él, porque Rusia acababa de adoptar sus designios

con calor, despues de resistirle por un momento, y Austria se veia obligada á dejar que los realizase, y aun amenazada sino los secundaba. Inglaterra en fin, aunque se resguardaba con el vasto dominio que ejercia en el Océano, iba á tener que aceptar la paz ó una guerra universal.

Tales eran las esterioridades de aquella potencia gigantesca, esterioridades capaces de deslumbrar á la tierra, y que efectivamente la deslumbraron; pero la realidad no era tan sólida como brillante, y basta reflexionar un momento con frialdad para convencerse de ello. Apartado Napoleon de su lucha con Inglaterra por la tercera coalicion, y llevado de las playas del Océano á las orillas del Danubio, castigó á la casa de Austria, quitándole á consecuencia de la batalla de Austerlitz, los Estados venecianos, el Tirol y Suavia, con lo cual completó el territorio de Italia, engrandeció á nuestros aliados de la Alemania meridional, y alejó las fronteras austriacas de las nuestras. Hasta aquí todo iba bien, porque seguramente pertenecía á una política sana acabar de emancipar el territorio italiano, proporcionarnos amigos en Alemania, y dar mas espacio al terreno que habia entre Austria y Alemania. Pero en el enagenamiento que produjo la prodigiosa campaña de 1805, el cambiar arbitrariamente la faz de Europa y en vez de limitarse á modificar lo pasado, que es el mayor triunfo que el destino puede conceder á la mano del hombre, querer destruirlo; en vez de hacer que continuase en provecho nuestro la rivalidad que de antiguo reinaba entre Francia y Austria, por medio de ventajas concedidas á una y otra, arrancar á Austria el cetro germánico

para no darlo á Prusia; convertir su antagonismo en ódio comun contra Francia; crear con el título de confederacion del Rhin, una soñada Alemania francesa, compuesta de principes franceses á quienes sus súbditos miraban con antipatia, y principes alemanes que agradecian muy poco nuestros beneficios, y despues de hacer, con tan injusta alteracion de los limites del Rhin, inevitable la guerra con Prusia, guerra tan impolítica como fué gloriosa, dejarse arrastrar por el torrente de la victoria hasta las orillas del Vistula, y procurar allí restaurar á Polonia, teniendo como tenia á la espalda á Prusia vencida pero bramando de cólera, y á Austria, enemiga nuestra implacable aunque en secreto; todo esto, decimos, que como obra militar era una cosa admirable, como obra política era una cosa imprudente, escesiva y quimérica.

Con la ayuda de su genio, Napoleon se sostuvo en aquellos extremos peligrosos, triunfó de todos los obstáculos, como la distancia, el clima, el lodo y el frio, y acabó de derrotar en el Niemen á las potencias continentales; pero lo que es en el fondo deseaba ardientemente poner término á aquella atrevida correría, y todo lo que hizo en Tilsit, se resiente de esta situacion. Habiendo perdido para siempre el afecto de Prusia, que no se le ocurrió el buen pensamiento de atraerse tambien para siempre, por medio de un gran acto de generosidad, enterado de los sentimientos de Austria, y sintiendo, por muy victorioso que fuese, la necesidad de tener un aliado, aceptó como tal á Rusia que se le presentaba en aquel momento, é ideó un nuevo sistema político, fundado en

un principio únicamente, en el acuerdo de las dos ambiciones rusa y francesa, para hacer en el mundo lo que se le antojase; acuerdo funesto, porque importaba mucho á Francia no dejar que Rusia obrase á su antojo, y mucho mas todavía no obrar ella á medida de su deseo. Despues que aumentó con el tratado de Tilsit el profundo disgusto de Alemania, creando en ella un trono francés, que debia costarnos en hombres y dinero, en odios que dominar y en inútiles consejos, cuanto ya nos costaban los de Nápoles y Holanda, despues que reconstituyó la Prusia á medias en vez de restaurarla ó destruirla enteramente; despues, por último, que reconstituyó á Polonia también á medias, y haciéndolo todo de un modo incompleto, porque á semejante distancia urgía el tiempo y empezaban á debilitarse las fuerzas, Napoleón se adquirió enemigos irreconciliables, y amigos impotentes ó dudosos, levantando para decirlo de una vez, un edificio inmenso, y en que todo era nuevo, desde la base hasta la cúpula, pero construido tan pronto que los cimientos no habían tenido tiempo de sentarse, ni la mezcla de endurecerse.

Empero así como todo es censurable, según nuestro modo de ver las cosas, en la obra política de Tilsit, por muy brillante que parezca, todo es admirable al contrario en cuanto al modo de conducir las operaciones militares. Ese ejército de Boloña, que llevado desde el estrecho de Calais al punto donde nace el Danubio con increíble prontitud, envolvió á los austriacos en Ulm, arrolló á los rusos hácia Viena, acabó de derrotar á unos y otros en Austerlitz, descansó en seguida algunos

meses en Francia, volvió á empezar á poco su victoriosa marcha, entró en Sajonia, sorprendió al ejército prusiano que se hallaba en retirada, lo destruyó en Jena, lo siguió sin descanso, le ganó en celeridad, y lo cogió prisionero en las orillas del Báltico: ese ejército que conducido del Norte al Este corrió al encuentro de los rusos, los rechazó hácia el rio Pregel, no se detuvo sino porque le obligaron á ello inmensos y profundos lodazales, ofreció entonces el espectáculo nunca visto de un ejército francés acampado tranquilamente en las márgenes del Vístula, turbado de pronto en medio de sus cuarteles, salió de ellos para castigar á los rusos, los alcanzó en Eylau, les dió, aunque muriéndose de hambre y frio, una batalla sangrienta, volvió despues de la batalla á sus cuarteles, y allí acampado otra vez sobre la nieve, de modo que descansando y todo protegía un sitio, mantenido, reclutado durante un largo invierno á distancias en que sucumbe cualquiera administracion, volvió á tomar las armas en la primavera, y como la naturaleza prestó ayuda al genio entonces, se colocó entre los rusos y su base de operaciones, los redujo, por querer llegar á Königsberg antes que nosotros, á tener que pasar un rio en su presencia, los precipitó en él en Friedland, terminando así con una victoria inmortal, y en las mismas orillas del Niemen, la correría mas larga y atrevida, no por medio de la Persia ó la India, indefensas, como el ejército de Alejandro Magno, sino por medio de Europa cubierta de soldados tan disciplinados como valientes: he aquí una cosa de que no hay ejemplo en la historia de los siglos, he aquí una cosa digna de la eterna admiracion

de los hombres, he aquí una cosa que reúne todas las buenas cualidades, como celeridad y lentitud, audacia y prudencia, el arte de combatir y el de marchar, el genio de la guerra y el del buen gobierno, y todo esto tan diferente y tan raras veces unido, siempre á tiempo, siempre en el momento necesario, para asegurar el triunfo! Cada cual se preguntará, pues, á sí mismo, cómo pudo desplegarse tanta prudencia en la guerra, y tan poca en la política, pero la respuesta es fácil: consistió en que Napoleon se dejó llevar de su genio en todo lo concerniente á la guerra, y le guiaron las pasiones en todo lo relativo á la política.

Añadiremos no obstante, para concluir, que el colosal edificio levantado en Tilsit hubiera sido quizá duradero, si el peso que no tardó en gravitar sobre sus cimientos recargados, no hubiese ido á precipitar su ruina. De consiguiente, aunque en Tilsit quedó comprometida la fortuna de Francia, no estaba inevitablemente perdida, y la gloria que allí alcanzó fué inmensa.

FIN DEL TOMO SETIMO.

## INDICE.

### LIBRO VEINTE Y CINCO.

JENA.

PGS.

Situacion del imperio francés al empezar la guerra contra Prusia.—Asuntos de Nápoles, la Dalmacia y Holanda.—Medios de defensa de que se valió Napoleon por si se formaba una coalicion general.—Plan de campaña.—Napoleon deja á Paris y se traslada á Wurtzburgo.—La corte de Prusia vá tambien á reunirse con el ejército.—El rey, la reina, el principe Luis, el duque de Brunswick, y el principe de Hohenlohe.—Primeras operaciones militares.—Combates de Schleitz y Saafeld.—Muerte del principe Luis.—Turbacion de espíritu en el estado mayor prusiano.—El duque de Brunswick toma el partido de retirarse hácia el Elba, cubriéndose con el rio

Saale.—Prontitud con que Napoleon ocupa los desfiladeros del Saale.—Memorables batallas de Jena y Awerstaed.—Derrota y desorganizacion del ejército prusiano.—Capitulacion de Erfurt.—El cuerpo de reserva del príncipe de Wurtemberg es sorprendido y derrotado en Halle.—Retirada divergente y precipitada del duque de Weimar, el general Blucher, el príncipe de Hohenlohe, y el mariscal Kalkeuth.—Marcha ofensiva de Napoleon.—Ocupacion de Leipsick, Wittemberg y Dessau.—Paso del Elba.—Sitio puesto á Magdeburgo.—Entrada triunfal de Napoleon en Berlin.—Disposiciones que toma acerca de los prusianos.—Gracia concedida al príncipe de Hatzfeld.—Ocupacion de la línea del Oder.—Persecucion contra los restos del ejército prusiano por parte de la caballería de Murat, y la infantería de los mariscales Lannes, Soult y Bernadotte.—Capitulacion de Prenzlów y de Lubeck.—Rendicion de las plazas de Magdeburgo, Stettin y Custrin.—Al cabo de un mes es dueño Napoleon de toda la monarquía prusiana. . . . . 5

## LIBRO VEINTE Y SEIS.

EYLAU.

Efecto que causan en Europa las victorias conseguidas por Napoleon en su lucha contra Prusia.—A qué se atribuyen las ha-

zañas de los franceses.—Orden del rey Federico Guillermo que tendia á borrar en el ejército prusiano las distinciones hijas del nacimiento.—Napoleon manda levantar el templo de la Magdalena, y que se dé el nombre de Jena al puente formado frente á la escuela militar.—Pensamientos que concibe en Berlin embriagado de gozo con sus triunfos.—La idea de vencer el mar por medio de la tierra, se convierte para él en sistema, y contesta al bloqueo marítimo con el bloqueo continental.—Decretos de Berlin.—Resolucion de llevar la guerra al Norte, hasta someter todo el continente.—Proyecto de marchar hácia el Vistula, y sublevar la Polonia.—Polacos que acuden á ver á Napoleon.—Sospechas que causa en Viena la idea de reconstituir á Polonia.—Napoleon ofrece á Austria la Silesia en cambio de la Gallicia.—Negativa y ódio secreto de la corte de Viena.—Precauciones que toma Napoleon contra aquella corte.—El Oriente mezclado en la reyerta de Occidente.—Turquía y el sultan Selim.—Napoleon envía á Constantinopla al general Sebastiani para inducir á los turcos á que hagan la guerra á los rusos.—Destitucion de los hospodares Ipsilanti y Maruzzi.—Michelson, general ruso, marcha hácia la provincia del Danubio.—Napoleon proporciona medios adecuados á la magnitud de sus proyectos.—Llamamiento á las armas en 1806 de la conscripcion de 1807.—

Destino que da á los recién llamados.—Organización en regimientos de marcha de los refuerzos destinados al ejército grande.—Nuevos cuerpos sacados de Francia é Italia.—El ejército de Italia es puesto en pie de guerra.—Desarrollo dado á la caballería.—Medios rentísticos creados con los recursos de Prusia.—No pudiendo avenirse Napoleón y Federico Guillermo acerca de las condiciones de una tregua, dirige aquel su ejército hacia Polonia.—Murat, Davout, Augereau y Lannes, marchan hacia el Vístula á la cabeza de ochenta mil hombres.—Napoleón les sigue con un ejército igual en fuerzas, y compuesto de los cuerpos que mandaban Soult, Bernadotte y Ney, la guardia y la reserva.—Entrada de los franceses en Polonia.—Aspecto del terreno y el cielo.—Entusiasmo de los polacos por los franceses.—Condiciones que pone Napoleón para reconstituir á Polonia.—Espíritu que anima á la alta nobleza polaca.—Entrada de Murat en Varsovia.—Napoleón vá á establecerse en Posen.—Ocupación del Vístula desde Varsovia hasta Thorn.—Unidos los rusos con los restos del ejército prusiano, ocupan las orillas del Narew.—Napoleón quiere rechazarlos hacia el Pregel á fin de invernar con mayor tranquilidad sobre el Vístula.—Bonitas combinaciones para destruir á los prusianos y rusos.—Combates de Czarnow, Golymin y Soldau.—Batalla de Paltusk.—Los ru-

sos, rechazados con gran pérdida hasta mas allá del Narew, no pueden ser perseguidos á causa del mal estado de los caminos.—Apuros de los vencedores y los vencidos, quienes se atascan en los lodazales de Polonia.—Napoleón se situa delante del Vístula, entre Bug, el Narew, el Orezyc y el Ukra.—Coloca el cuerpo del mariscal Bernadotte en Elbing, delante de la parte baja del Vístula, y forma otro cuerpo con el número 40 á las órdenes del mariscal Lefebvre, para empezar á poner sitio á Dantzic.—Admirable prevision con que cuida de abastecer y poner en estado de seguridad los cuarteles de invierno.—Obras en Praga, Modlin y Sierock.—Estado material y moral del ejército francés.—Alegria de los soldados en medio de un país nuevo para ellos.—El príncipe Gerónimo y el general Vandamme ponen sitio á las plazas de Silesia, con los auxiliares alemanes.—Júbilo de corta duracion en Viena, donde se cree que los rusos han triunfado.—La corte de Viena conoce mejor los hechos; y vuelve á encerrarse en los límites, de su habitual reserva.—El general Benningesen nombrado general en jefe del ejército ruso, quiere emprender de nuevo las hostilidades en la mitad del invierno, y marcha hacia los cantones del ejército francés, siguiendo la parte litoral del Báltico.—Lo descubre el mariscal Ney, y da la voz de alarma á todos los cuer-

pos.—Bonito combate del mariscal Bernadotte en Mohrungen.—Combinacion acertada de Napoleon para arrojar á los rusos hácia el mar.—El enemigo lo sabe por un oficial que se deja quitar los pliegos que llevaba.—Los rusos se retiran á tiempo.—Napoleon los persigue á todo trance.—Combates de Waltersdorf y Hoff.—No pudiendo huir mas tiempo los rusos, se detienen en Eylau, resueltos á dar la batalla.—El ejército francés, muriéndose de hambre y reducido á la tercera parte por las marchas, llega á donde estaba el ejército ruso, y dá en Eylau una batalla sangrienta.—Sangre fría y energia de Napoleon.—Conducta heroica de la caballeria francesa.—El ejército ruso se retira casi destruido; pero el ejército francés, sufre por su parte, crueles pérdidas.—El cuerpo de Augereau queda tan maltratado que es preciso disolverlo.—Napoleon persigue á los rusos hasta Königsberg, y seguro de que se habian retirado mas allá del Pregel, vuelve á tomar la posicion que tenia sobre el Vistula.—Cambio que introduce en el recinto de sus cuarteles.—Deja la parte alta del Vistula, para situarse en la baja, y detras del Passarge, á fin de cubrir mejor el sitio de Dantzic.—Redobla su afan para abastecer de viveres otra vez sus cuarteles de invierno.—Napoleon se instala en Osterode, en una especie de granja, y emplea el invierno en alimentar su ejér-

cito, llenar las bajas con reclutas, gobernar el imperio y contener á la Europa.—Tranquilidad de ánimo, é increíble variedad de cosas en que se ocupa Napoleon durante su residencia en Osterode y Finkenstein. . . . . 219

## LIBRO VEINTE Y SIETE.

## FRIEDLAND Y TILSIT.

Sucesos en Oriente durante el invierno de 1807.—Asustado el sultan Selim con las amenazas de Rusia, repone en sus destinos á los hospodares Ipsilanti y Maruzzi.—No por eso dejan de proseguir los rusos su marcha hácia la frontera turca.—Al saber la violacion de su territorio, escitada la Puerta por el general Sebastiani, envia sus pasaportes al ministro de Rusia, Mr. de Italinski.—De acuerdo los ingleses con los rusos, piden se permita la vuelta á Mr. de Italinski, que sea expulsado el general Sebastiani, y se declare inmediatamente la guerra contra Francia.—Resistencia de la Puerta y retirada de Carlos Arbutnot, ministro de Inglaterra, á bordo de la escuadra ingle-

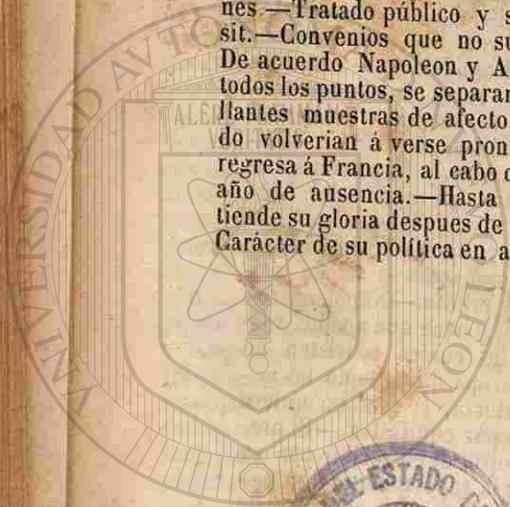
sa anclada en Tenedos.—El almirante Duckworth á la cabeza de siete navíos y dos fragatas, fuerza los Dardanelos sin sufrir ningun daño, y destruye una division naval turca en el cabo de Nagara.—**Terror** que se apodera de Constantinopla.—El gobierno turco se divide, y está á punto de ceder.—El general Sebastiani anima al sultan Selim y le induce á que finja una negociacion para tener tiempo de armar á Constantinopla.—Siguen los consejos del embajador de Francia, y Constantinopla queda armada al cabo de algunos dias con la cooperacion de oficiales franceses.—Entáblanse conferencias entre la Puerta y la escuadra británica anclada en las islas de los Príncipes.—Dichas conferencias terminan negándose la primera á lo que pedia la legacion inglesa.—El almirante Duckworth se dirige hácia Constantinopla, encuentra la ciudad armada con trescientas bocas de fuego, y se decide á volver á los Dardanelos.—Vuelve á pasarlos, pero con mucho daño de su division.—Efecto que causa en Europa este suceso, en provecho de la politica de Napoleon.—Aunque victorioso éste, viendo las dificultades que la naturaleza le opone en Polonia, se fija en la idea de una gran alianza continental.—Hace nuevos esfuerzos para penetrar el secreto de la politica austriaca.—Contestando á sus preguntas la córte de Viena, le ofrece su intervencion cerca de

las potencias beligerantes.—Napoleon vé en esta oferta un modo de mezclarse en la reyerta, y de prepararse para la guerra.—Al momento pide otra conscripcion, saca mas fuerzas de Francia é Italia, forma con extraordinaria prontitud un ejército de reserva de cien mil hombres, y dá parte de estas medidas al Austria.—Estado floreciente del ejército francés en la parte baja del Vístula y el Passarge.—El invierno retardado por mucho tiempo, se hace sentir vivamente.—Napoleon se aprovecha de aquel tiempo en que nada se hacia para emprender el sitio de Dantzig.—El mariscal Lefebvre manda á las tropas, y el general Chasseloup dirige las operaciones propias de un oficial de ingenieros.—Grandes y dificultosas obras de aquel sitio memorable.—Los soberanos de Prusia y Rusia se deciden á enviar á Dantzig un poderoso socorro.—Napoleon por su parte, dispone sus cuerpos de ejército de modo que pueda reforzar al mariscal Lefebvre cuando menos se piense.—Glorioso combate dado al pie de las murallas de Dantzig.—Ultimas obras de aproximacion.—Dispónense los franceses á dar el asalto.—La plaza se rinde.—Recursos inmensos tanto en trigo como en vino, que encuentran los nuestros en la ciudad de Dantzig.—El mariscal Lefebvre es nombrado duque de Dantzig.—La vuelta de la primavera decide á Napoleon á tomar de nuevo la ofensi-

va.—Fijase la continuacion de las operaciones para el 10 de junio de 1807.—Los rusos se anticipan á los franceses, y dirigen el dia 5 de junio un ataque general contra los cantones del Passarge.—El mariscal Ney, pues á él acometen las dos terceras partes del ejército ruso, les hace frente con heroica intrepidez, entre Guststadt, y Deppen.—Dicho mariscal da tiempo á que Napoleon concentre todo el ejército francés hácia Deppen.—Napoleon toma á su vez una ofensiva vigorosa, y rechaza los rusos espada en mano.—El general Benningsen se retira precipitadamente hácia el rio Pregel, bajando por el Alla.—Napoleon marcha de modo que pueda interponerse entre el ejército ruso y Koenigsberg.—La cabeza del ejército francés se encuentra con el ejército ruso acampado en Heilsberga.—Sangriento combate dado el dia 10 de junio.—Napoleon llega aquella noche á Heilsberga con el grueso de las fuerzas, y se prepara para dar á la mañana siguiente una batalla decisiva; pero los rusos levantan el campo.—Segue maniobrando con el objeto de cortarlos por la parte de Koenigsberg.—Envia su izquierda, compuesta de los mariscales Soult y Davout, hácia Koenigsberg; y con los cuerpos de los mariscales Lannes, Mortier, Ney y Bernadotte, como igualmente con la guardia, sigue al ejército ruso á lo largo del Alla.—Asustado el general Benningsen de la suerte que

podia haber á Koenigsberg, quiere acudir á socorrer aquella plaza, y se apresura á pasar el Alla por Friedland.—Napoleon lo sorprende el 14 por la mañana, en el momento de pasar el Alla.—Memorable batalla de Friedland.—Derrotados los rusos, se retiran hácia el Niemen, abandonando á Koenigsberg.—Toma de Koenigsberg.—Los rusos ofrecen una tregua, y Napoleon la acepta.—Traslacion del cuartel general francés á Tilsit.—Entrevista de Alejandro y Napoleon sobre una balsa colocada en medio del Niemen.—Napoleon invita á Alejandro á que pase el Niemen, y fije su residencia en Tilsit.—Los dos monarcas se hacen intimos amigos muy pronto.—Napoleon reduce á Alejandro, y hace que acepte vastos proyectos, los cuales consisten en obligar á toda Europa á que tome las armas contra Inglaterra, si esta no quiere consentir en una paz equitativa.—El premio que Alejandro debe recibir por su complacencia es la reparticion del imperio turco.—Altercado con motivo de Constantinopla.—Alejandro acaba por adherirse á todos los proyectos de Napoleon, y al parecer le profesa una amistad entrañable.—En consideracion á Alejandro, consiente Napoleon en restituir al rey de Prusia parte de sus estados.—El rey de Prusia se traslada á Tilsit.—Papel que hace entre Alejandro y Napoleon.—La reina de Prusia llega igualmente á Tilsit,

para ver de conseguir de Napoleon algunas concesiones favorables á Prusia.— Napoleon trata con respeto á aquella reina infortunada, pero permanece inflexible.—Conclúyense las negociaciones.—Tratado público y secreto de Tilsit.—Convenios que no supo Europa.—De acuerdo Napoleon y Alejandro sobre todos los puntos, se separan dándose brillantes muestras de afecto, y prometiendo volverian á verse pronto.—Napoleon regresa á Francia, al cabo de cerca de un año de ausencia.—Hasta donde se estiende su gloria despues de lo de Tilsit.—Carácter de su política en aquella época. 455



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



